

CRISTINA PRADA

TODAS LAS
CANCIONES
DE AMOR
QUE **AÚN** SUENAN
EN LA RADIO



Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Como cada palabra, para el hombre de mi vida

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias al apoyo de un montón de personas maravillosas que han creído en mí y a las que les debo cada palabra que he escrito.

A Giuseppe, porque cada día que pasa te quiero más. Eres mi amor, mi vida, mi hombre. Llenas mis días de seducción, sonrisas y amor, y jamás me cansaré de decirte cuanto te quiero.

A mi hijo Pasquale; tu sonrisa es el mejor regalo.

A mi familia, sobre todo a mis padres, por su paciencia, apoyo y comprensión.

A mi familia italiana, absolutamente *made in sud*. No veo la hora de estar con vosotros otra vez.

A Carmen, por todas las tardes de *terraceo*, las risas, los comentarios mirando a ambos lados a punto de reír, los consejos, los ánimos. Por ser mi amiga después de más de quince años.

A mis amigos, que desde el primer instante me apoyaron incondicionalmente, compraron el libro, lo postearon. Sois geniales.

A Amanda, por tu buen ojo para ese complejo mundo llamado ortografía y por todo lo que me ayudas.

A Tiaré, por esos maravillosos montajes que ponen en imágenes mis palabras y por tener siempre un comentario con el que llenarme de ilusión por mi trabajo. Además, me descubriste al señor ojos azules.

A mis chicas de Facebook. Por todo lo que me hacéis reír con vuestros comentarios y por las ganas de seguir que me trasmitís.

A Esther Escoriza y toda la gente de Zafiro, por volver a hacerlo posible.

Con el primer libro dije que realmente había cumplido un sueño. Ahora siento que el sueño crece y una felicidad inmensa lo hace con él.

Do you ever feel like a plastic bag, drifting through the wind, wanting to start again?

Me siento exactamente así. La suave voz de Boyce Avenue versionando la canción *Fireworks* inunda la habitación y mis oídos. Estoy tumbada en un colchón *king size* tirado en el suelo, entre Álex y Lauren. Hemos dejado la puerta del balcón abierta y el ruido del mar llega con más fuerza. El calor es insoportable. En la penumbra que las estrellas no dejan que sea oscuridad total, no puedo dejar de pensar que me siento exactamente así. Soy como una bolsa de plástico movida por el viento esperando su turno para empezar de nuevo, sin Ryan. No quiero empezar sin Ryan. No quiero amar sin Ryan. Me cuesta respirar sin Ryan.

Hace exactamente cinco días desde que vi su maravilloso rostro mirarme a través de la ventanilla del taxi. La chica que lloraba en el coche me parece muy lejana y, en cierta absurda manera, la detesto, ella fue la que se montó en el taxi, la que dijo «arranque».

Lo cierto es que no creo que vaya a superarlo nunca, ni siquiera sé si quiero. Durante el día, mientras estamos en la playa o charlando, finjo estar bien, finjo ser la misma chica despreocupada, pero Lauren y Álex saben que no es verdad. Si no fuera así, cada una estaríamos durmiendo en una habitación y no las tres en este gigantesco colchón. Creo que temen que haga una locura, como conducir en plena noche hasta Nueva York. La idea me taladra la mente cada noche hasta que consigo dormirme. Ir a Nueva York, ir a Chelsea, tirarme en sus brazos y no volver a salir de su cama.

Ya no puedo más.

Me levanto con cuidado y voy hasta el salón. Me pongo unos vaqueros y me dejo la misma camiseta con la que intentaba dormir. Me recojo el pelo y cojo las llaves del Mini de Álex. Valoro la posibilidad de dejarles una nota, pero prefiero que no sepan dónde encontrarme.

Justo cuando voy a agarrar el pomo de la puerta, me detengo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué demonios estoy haciendo? Me presento en Chelsea y ¿qué? Ryan no va a cambiar. Sigue siendo el mismo hombre irascible, malhumorado, arrogante y... ya está porque ya no es un mujeriego, ¿o sí? Yo me lo imagino sufriendo como en las novelas de las hermanas Brontë, dispuesto a acogerme de nuevo entre sus brazos, y quién sabe si ya hay una o varias rubias calentándole la cama. Un sudor frío me recorre el cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies. ¿Por qué me martirizo así? No confía en mí. Es hermético, arrogante y controlador. No va a cambiar y yo debería empezar a asumir que estar así no es bueno para mí.

«Supéralo, Parker.»

Me doy la vuelta enfadadísima, dejo con rabia las llaves sobre la mesita de la entrada y me quito los vaqueros prácticamente peleándome con ellos. La luz se enciende y doy un brinco en bragas y conteniendo el aliento.

—Joder —mascullo de alivio cuando veo a Lauren de pie junto al interruptor de la cocina.

—¿Una copa? —murmura adormilada caminando hacia uno de los armarios.

Yo recupero mis pantalones cortos, me los pongo y me siento en uno de los taburetes.

En silencio, Lauren sirve dos copas de vodka. En efecto, ante la imposibilidad de encontrar o fabricar nuestros propios Martini Royale, llevamos casi una semana emborrachándonos, como rudas mujeres ricas de playa y campo, con sórdidos chupitos del vodka Grey Goose de la bodega personal del padre de Álex.

—¿Cuántas veces van ya? —pregunta como quien no quiere la cosa, dejando su vaso vacío sobre la encimera.

El vodka triplemente destilado me abrasa la garganta cuando baja, pero ya me siento mejor. ¿Me estaré convirtiendo en una alcohólica? La idea me preocupa, pero la deshecho rápidamente. Aunque la respuesta fuera sí, actualmente sería el menor de mis problemas.

—Siete —respondo dejando mi vaso junto al suyo.

Lauren desenrosca la botella. Se toma su tiempo para hacerlo y para continuar hablando.

—Siete veces en cinco días que te vistes, le robas el coche a una de tus mejores amigas y te dispones a largarte a Nueva York en mitad de la noche.

Asiento y me bebo a la vez que ella el segundo chupito de un trago. Siete veces. Creo que lo más deprimente es que he llevado la cuenta.

Lauren se dispone a llenar de nuevo los chupitos, pero farfulla algo ininteligible, se levanta de mala gana, saca dos tazas de porcelana china de uno de los armarios y vuelve a sentarse.

—Mejor así —concluye llenándolas—. Ya sólo nos falta llevarlo en la botella de deporte para parecer dos adolescentes descarriadas de telefilme de sobremesa.

Sonrío.

—No te preocupes, al final una de las adolescentes siempre se salva.

—Sí, pero la otra tendrá que morir en un fatal accidente de tráfico provocado por el alcohol para que la superviviente reaccione.

—Hoy te toca a ti —digo tras dar un trago—. Ayer moría yo en una habitación de motel por acceder, borracha, a irme con un tío que conocía en una discoteca.

—Cierto —contesta sosteniendo la taza entre las dos manos.

Me observa mientras me llevo de nuevo la fina porcelana a mis labios.

—Levanta el meñique, por Dios —me riñe—. Estamos en un sitio con clase.

Ya no podemos más y ambas nos echamos a reír. Las charlas más absurdas de nuestras vidas las estamos manteniendo estos días en esta cocina a horas similares.

—Y si tantas ganas tienes de verlo, ¿por qué no lo haces?

—No puedo, Lauren.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—¿Por qué?

—Porque Ryan sigue siendo Ryan. No va a cambiar, ni siquiera creo que quiera, y no sé si podría volver a estar al lado de alguien que se lo calla todo y que controla la situación y la manipula para obtener siempre lo que quiere. Es arrogante, irascible, complicado...

—Y estás enamoradísima de él —me interrumpe.

La miro mal, exasperada, y ella se queda irónicamente boquiabierta fingiendo que le sorprende lo que acaba de decir.

—No puedo volver con él —sentencio.

—Está bien. No lo hagas.

Su cambio de punto de vista me pilló por sorpresa.

—¿Qué?

—Lo que has oído, no lo hagas. Quédate aquí, lámete las heridas y recupérate. Algún día sucederá. De repente una noche no te levantarás a las tres de la madrugada —mira el reloj para confirmar que no se ha equivocado— con la necesidad imperiosa de correr a sus brazos y pensarás que eres feliz, pero entonces tendrás que regresar a Nueva York y un día lo verás y él estará jodidamente guapo como siempre y te mirará con esos ojos azules y te sonreirá de esa manera que hace que todas las chicas tengan la necesidad de rendirle sus bragas como ofrenda y tú volverás a caer. Ryan siempre va a ser Ryan, pero tú, queridísima Maddison Parker, siempre vas a ser Maddison Parker, y estás loca por él.

Vaya.

—Bonitas palabras —le respondo cogiendo de nuevo mi vodka.

—Y ciertas. —Me mira desafiante por encima de su taza.

—No lo veré nunca más.

—Te buscará.

—Me mudaré.

—Te encontrará.

—Me iré de la ciudad.

—Dudo que eso lo frene.

—Del país —replico absolutamente exasperada.

—Tiene un jet privado.

—No lo entiendo —digo al fin—. ¿Tú no deberías estar maldiciendo su nombre por todo el daño que me ha hecho?

—Y lo hago, en privado, como buena amiga, pero quiero que seas feliz.

—Ése es el problema, con él soy más feliz que nunca y también demasiado desgraciada, y no sé si me compensa.

—Tendrás que averiguarlo. Tómate tu tiempo. Me gusta vivir en los Hamptons.

—¿Cuántas botellas de vodka nos quedan?

—Semana y media.

Ambas sonreímos.

—No me compensa, pero le quiero —digo después de lo que parece una eternidad sin hablar.

—Pues estás bien jodida —concluye.

—Ésas sí que son palabras muy ciertas.

—Lo sé y lo siento.

Vuelvo a sonreír y hundo mi cabeza en mis brazos cruzados sobre la encimera. Odio mi vida ahora mismo.

Nos levantamos cuando el sol se hace insoportablemente presente en la habitación. La boca aún me sabe a vodka. Esto no puede ser sano.

Me doy una ducha rapidísima y me cepillo los dientes. Vuelvo a ser persona o casi.

Cuando llego a la cocina, Lauren está viendo las noticias. Está enfurruñada y con el mismo intento de recogido griego que trató de hacerse anoche antes de acostarse cuando su coordinación «me sostengo horquilla entre los dientes, recupero la horquilla de entre los dientes» no era muy buena. Sin duda alguna por culpa del Grey Goose.

—Voy a hacerte una foto y subirla a Facebook.

Sin ni siquiera mirarme, me manda a callar llevándose el mando a distancia a los labios. Yo pongo los ojos en blanco y vuelvo a ocupar mi taburete de borracheras nocturnas. Álex me sonríe al otro lado de la cocina mientras pasa desganada las páginas de la única revista de cotilleos que tenemos en la casa. La hemos leído una decena de veces cada una.

—En otro orden de cosas, pasemos a las noticias económicas —anuncia la presentadora de la CNN.

No me puedo creer que tenga ánimos para escuchar las noticias. Yo tengo aún la cabeza embotada, sumergida en una bruma de porcelana china. Prácticamente no puedo pensar.

Me levanto de un salto, del que me arrepiento al instante, y voy a preparar café.

—La noticia ha sorprendido a todos. —Hasta la presentadora parece estarlo—. Nadie esperaba esta mañana que Lionell Mackenzie, el jefe de prensa del Riley Enterprises Group, anunciara a primera hora la OPA hostil que el grupo empresarial ha lanzado sobre Borow Media, su competidor pero siempre supuesto amigo.

La bruma se disipa por completo o aumenta hasta cegar todo, no lo sé. Dejo la taza de café sobre la encimera y corro hasta colocarme junto a Lauren.

—Todo parece indicar que la adquisición de una pequeña pero prometedora empresa, Bloomfield Industries, podría haber sido el detonante de lo ocurrido.

Bloomfield Industries no, el detonante he sido yo.

—En cualquier caso, el brillantísimo Ryan Riley acaba de conseguir que su grupo empresarial se convierta en uno de los más importantes de todo el país.

La presentadora continúa con otra noticia. Lauren apaga el televisor y deja caer el mando sobre el sofá.

—Esa zorra tiene lo que se merecía —sentencia.

No voy a negar que se lo mereciera, pero no me parece bien. Ryan ha actuado por venganza, no

ha tomado la decisión pensando en la empresa. Él no es así y puede que acabe arrepintiéndose.

—Ryan no ha debido hacerlo —protesto.

—¿Por qué? —se queja Álex.

—Porque no lo ha hecho por algo profesional. Esa OPA no ha sido negocios para él.

—Tú no tienes que pensar en eso ahora —me recuerda Lauren—. Ha sido su decisión y ella lo ha pedido a gritos —añade llena de desdén.

Inevitablemente su último comentario me hace sonreír.

Aprovechando nuestro silencio, el sonido de una canción a lo lejos se cuele por las puertas del salón que dan acceso a la playa. No reconozco la música.

Álex va a hacer un comentario pero Lauren la chista con rotundidad.

—Escuchad.

Aún sin hacerlo, Álex y yo ya sabemos a qué se refiere. Nos miramos y suspiramos tan divertidas como exasperadas.

—Otra vez la misma canción. *Every breath you take*. Os lo digo, he investigado un poco, Sting tiene una casa en la zona. Seguro que la pone a todo volumen cuando se siente nostálgico.

Álex y yo la miramos como si nos estuviera contando que Santa Claus, el Grinch y Scrooge existen y todos se han ido de copas con ella.

Lauren pone los ojos en blanco, tira de mi mano y, con brusquedad, salimos a la terraza.

—Si seguimos el sonido de la música, encontraremos su casa.

Tal y como escucho el plan, desde luego al más puro estilo Lauren Stevens, tiro de la mano de Álex y la arrastro con nosotras. De acuerdo que estamos exiliadas en los Hamptons por mi culpa, pero no va a librarse de esta singular caza al hombre.

Mientras atravesamos la calle principal de los Hamptons, no puedo evitar quedarme mirando los lujosos vallados y las grandiosas entradas que la flanquean a ambos lados. Es alucinante, como un país propio. Los Hamptons son el exceso hecho verano y resulta increíble.

De nuestras pintas, sin embargo, no puede decirse lo mismo. Las tres con pantalones cortos de colores y camisetas de tirantes. El pelo recogido de cualquier manera y chanclas. Quiero autoconvencerme de que el *glamour* se lleva dentro, no es la ropa que vistes, pero quien dijo esa frase claramente no se ha topado con nosotras esta mañana.

La canción deja de sonar justo cuando Lauren dobla la esquina que conduce a la calle que alberga la primera línea de playa. En esta zona las casas son más modestas. Son las primeras que se construyeron cuando los Hamptons simplemente era una zona de costa como tantas otras.

Sin embargo, para mí son las más bonitas. No porque tengan salida directa a la playa, sino porque su intención es completamente diferente. Estas casas viven para el mar, para contemplarlo, para disfrutar de él. Entre la gente que habita las grandes mansiones es habitual oír que ni siquiera pisan la playa. Vienen aquí por el ambiente, las fiestas. Una idea completamente diferente.

Lauren se para en mitad de la calle escuchando atentamente, esperando que The Police vuelva a sonar, pero nada.

—¿Podemos irnos a casa, loca desquiciada? —se queja Álex mientras se gira y comienza a caminar de vuelta.

Lauren se encoje de hombros y, desilusionada, suspira profundamente.

Mientras caminamos de vuelta, Álex se agarra a mi abrazo.

—¿Y tú qué tal lo llevas?

—Bien.

—Necesitamos algo más concreto —comenta Lauren—. Del uno al diez, ¿cómo estás? Tienes que saber que el uno es Rose cuando acaba de descubrir que Jack ha muerto congelado entre restos del *Titanic* con su mano fría e inerte agarrada a la suya.

Lauren se lleva la mano al corazón y finge la mueca de tristeza más grande del mundo, lo que nos hace sonreír.

—¿Y el diez? —pregunta Álex.

—El diez es Scarlett Johansson cuando Ryan Reynolds la dejó. Estás triste pero sabes que encontrarás a alguien mejor.

Volvemos a sonreír.

—¿Y? —me apremia.

Lo pienso unos segundos.

—Soy un tres.

Las dos me miran pero ninguna dice nada. Yo suspiro. ¿A quién pretendo engañar? Soy un total y absoluto uno. Aún intento despertar a Jack.

Justo cuando estamos a punto de abandonar la calle, escuchamos una canción que inmediatamente nos es familiar a las tres. El corazón me da un vuelco sólo con recordar la última vez que la oí.

—¿Ésa no es una de las canciones que tanto le gustan a tu padre? —le pregunta Lauren a Álex.

—Sí, la he escuchado un millón de veces, pero nunca recuerdo cómo se llama.

—*Il tempo de morire* —respondo en un susurro.

Mis ojos se llenan de lágrimas a la vez que mi mente cruel se recrea en la voz de Ryan cantándola suavemente mientras sus brazos rodeaban mi cintura, en su estudio, en su casa, en Chelsea, en un tiempo en el que era feliz.

Antes de que pueda reaccionar, la puerta de un garaje se abre y un perro sale disparado hacia nosotras. Todo mi cuerpo, mi corazón, se anticipan a lo que de alguna extraña manera ya saben que va a pasar.

Se oyen pasos acelerados salir tras el perro y a alguien que lo llama:

—¡*Lucky!* —Su voz, cómo pude pensar siquiera que podría llegar a olvidarla.

Ryan sale del mismo garaje, corre unos pasos más y entonces se detiene en seco. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Por Dios, está guapísimo.

Tengo que dejar de mirarlo. Todo el momento me está envolviendo y todo lo que lo he echado

de menos, todo el amor que siento por él, está concentrándose en mi garganta y casi me impide respirar.

Me agacho y recibo a mi cachorro encantada. Ha crecido muchísimo. Sonrío mientras lo acaricio una y otra vez, pero no me llega a los ojos. No quiero romper a llorar y tengo la esperanza de que, si no dejo de reír, mis propias emociones pillaran la indirecta.

Lauren y Álex se quedan petrificadas. Lo miran a él y me miran a mí, tratando por todos los medios de fingir que esta situación no es real, que Ryan no está a unos pasos de mí.

Sigo acariciando al perro. Sonriendo. Sí, la sonrisa es mi mejor arma. Estoy demasiado nerviosa. El corazón me late deprisa y mi respiración es un auténtico caos. De reojo puedo ver cómo Ryan se acerca lentamente, como si fuera un león acorralando a una gacela. ¿A quién pretendo engañar? Una gacela ante un león tendría más posibilidades que yo.

«Ni que lo digas.»

Me incorporo despacio y, sin moverme un centímetro, cometo la mayor estupidez de todas. Alzo la mirada y dejo que esos maravillosos ojos azules me atrapen. Está guapísimo y yo no puedo dejar de pensar que la vida es sumamente injusta.

—Hola —susurra deteniéndose a unos pasos de mí.

—Hola.

Hola, Nueva York. Hola, Chelsea. Hola, Ryan.

Ninguno de los dos dice nada más. Sólo dejamos que nuestras miradas permanezcan entrelazadas.

Lo he echado tanto de menos.

La situación parece reactivar a Lauren y Álex, que nerviosas se acercan a mí.

—Maddie, nosotras regresamos a casa —me avisa Álex—. Creo que con las prisas ni siquiera la dejamos bien cerrada.

Su comentario me hace apartar la mirada de Ryan.

—Sí, será mejor que nos vayamos —murmuro nerviosa.

Las dos me miran con los ojos como platos. Sin duda, que me marchara, era la última de sus intenciones.

—Maddie.

Mi cuerpo interpreta esa simple palabra como la seductora orden que ha sido en realidad y, como si estos cinco días no hubieran sucedido, dejo de nuevo que sus ojos me atrapen y algo dentro de mí se rinde por completo a él y a su voz.

Asiento aún más nerviosa y las chicas, conmocionadas también por el magnetismo que ha conseguido desprender con una sola palabra, se marchan.

—Tenemos que hablar —me dice, y su voz suena endurecida. No está usando un tono amable. Aun así, me es imposible negarme.

Vuelvo a asentir. Él cruza la distancia que nos separa y toma mi mano. Suspiro discretamente porque ese pequeño contacto me desarma, pero no puedo resultarle siempre tan transparente, me recuerdo, así que me armo de valor e intento no darle importancia a que su mano esté tocando la mía. Además, estoy completamente convencida de que para él ha sido algo mecánico.

Me guía hasta la casa. Todavía tiene la puerta del garaje abierta y puede verse su flamante

BMW flanqueado por al menos una decena de tablas de surf. Camina decidido. No hay atisbo de duda en él. En cambio, a mí me tiemblan las rodillas. Siempre he envidiado eso de Ryan, ese férreo autocontrol. Ahora mismo me vendría de maravilla.

Se saca las llaves de su bañador de una popular marca de surf y abre la puerta. Suspiro al contemplar la casa por dentro. Es exactamente como la imaginaba. Sencilla, con pocos muebles, pero muy elegantes. Todos son de madera clara y hay un inmenso sofá color chocolate bajo las ventanas. Algo meramente funcional para quien pasa las horas en la playa, en el mar.

Ryan me deja en el centro del salón, se asegura de que *Lucky* entra y cierra la puerta. Ese sonido me hace despertar de esta especie de burbuja y volver a caer en la cuenta de que estoy a solas con él. ¿Qué demonios voy a hacer?

Noto sus pasos hasta que se detiene a mi espalda. Ni por un instante su proximidad ha dejado de tener el mismo efecto en mí.

—Maddie —me llama de nuevo con ese tono exigente y demasiado sensual al que no puedo negarme—, mírame.

Lentamente, me giro. La penumbra de la habitación se vuelve su aliada y la electricidad que siempre nos rodeaba lo hace una vez más. Sigo siendo la gacela, sólo que ahora he entrado temeraria en la guarida del león.

—Te he echado de menos —susurra.

Alza la mano despacio y la guía hasta mi cadera.

Debería salir huyendo. Nunca he sido más consciente de nada en toda mi vida. Aparto la mirada nerviosa y abrumada. Por un momento me siento de nuevo en su despacho. ¿Por qué tengo la sensación de que con él no ha pasado un solo minuto desde que me besó por primera vez?

—Creí que querías hablar —musito con la respiración acelerada.

Sus dedos tocan mi piel y no puedo evitar lanzar un pequeño suspiro. Lo he echado de menos, lo he echado muchísimo de menos.

—Sabes que no se me da muy bien hablar —responde atrayéndome suavemente hacia él.

Se inclina sobre mí sin desatar nuestras miradas. Sus labios están perturbadoramente cerca de los míos.

—Ryan —murmuro.

Una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro. Nada ha cambiado y ésta es la mejor prueba de ello. Va a despistarme con el sexo, a fingir que nada ha pasado y a pretender que yo haga lo mismo antes de tener que hablar.

—Ryan —repito con una tibia insistencia—, no puedo.

Pero él no se mueve lo más mínimo.

Sacando fuerzas no sé muy bien de dónde, me aparto y me dirijo hacia la puerta. Ryan suspira exasperado y se pasa las manos por el pelo. Abro atropellada y salgo de nuevo a la calle.

—Maddie, maldita sea —masculla saliendo en mi busca, acelerado—. ¿Adónde vas?

—Ryan, me voy. Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —inquire furioso.

—Lo mejor para mí, para protegerme.

Ryan me mira analizando cada una de mis palabras. No han sido arbitrarias, aunque tampoco era plenamente consciente de dónde quería llegar al pronunciarlas. Son las mismas que él usó en el despacho para explicarme por qué intentaba mantenerse alejado de mí.

Ahora me doy cuenta de que es lo peor que podría haberle dicho y lo mejor si lo que realmente quiero es que me deje marchar.

Ryan se queda inmóvil a unos pasos de la entrada de su casa y a unos pasos de mí. Su mirada azul está salpicada por un reguero de emociones. Está furioso, frustrado, dolido, pero tengo la sensación de que no conmigo, sino consigo mismo.

Suspiro para tratar de controlar el apabullante aluvión de lágrimas que amenaza con inundarlo todo y finjo una sonrisa que no me llega a los ojos.

—Lo siento —musito justo antes de echar a andar.

Desaparezco por la primera calle que me da la oportunidad. Pierdo la cuenta de cuántas veces tengo que respirar hondo para tranquilizarme. Odio mi vida ahora mismo.

Subo los primeros escalones de la casa de Álex y la maraña de pensamientos que llevo arrastrando desde que me alejé de Ryan se ha hecho aún más intensa. Debería sentirme orgullosa de mí por haber sido fuerte pero, maldita sea, es Ryan Riley y le quiero con todo mi corazón. Ya lo acepté una vez siendo el hombre más complicado sobre la faz de la tierra, ¿por qué no hacerlo otra?

«Porque se trata de superar los errores, no de cometerlos otra vez.»

Me pongo los ojos en blanco a mí misma y me siento en el último escalón. Una verdad cristalina se instala en mi mente: no puedo seguir aquí. Ya basta de este exilio autoimpuesto que tiene aún menos sentido con Ryan a unas casas de distancia.

Me levanto decidida y entro en la casa. Las chicas deben haberse marchado a la playa. No hay rastro de ellas. Recojo mis cosas y les dejo una nota explicándoles que vuelvo a la ciudad y pidiéndoles que, en cuanto ellas lo hagan, me llamen.

Lauren escondió mi iPhone con el suyo dentro de uno de los jarrones de porcelana de la dinastía Ming de la madre de Álex. El exilio dentro del exilio. Recupero el mío pero no lo enciendo. Llevo sin hacerlo cinco días.

Mientras espero el autobús, me mentalizo para pasar tres horas y media en él. No puedo evitar pensar en Ryan. Estaba sencillamente guapísimo. Suspiro bruscamente y apoyo la cabeza en el cristal de la parada. Van a ser tres horas y media muy largas.

El taxi se detiene frente a mi edificio. Después del interminable viaje no me apetecía caminar las cuarenta manzanas desde la estación de Port Authority. En la radio del coche sonaba *Here comes the sun*, de los Beatles. Hacía años que no escuchaba esa canción y había olvidado lo increíblemente positiva que es.

Subo a mi apartamento, tiro la mochila en el sillón y yo lo hago en el sofá. Lo mejor sería meterme ya en la cama para poner punto y final a este día. Me levanto con esa intención pero

entonces me doy cuenta de que yo no soy así. No me dejo vencer. De acuerdo que estos últimos cinco días no he sido precisamente el optimismo hecho mujer, pero se acabó y lo primero es lo primero. Cojo mi mochila y saco el iPhone. Se terminó estar incomunicada con el mundo.

Pulso el botón de encendido y la pantalla se ilumina. Tras unos segundos aparece la foto de *Lucky*. Casi al instante el icono de los mensajes tiembla. Deslizo el pulgar por la pantalla y sin darme cuenta contengo la respiración hasta que la lista se abre frente ante mis ojos. La mayoría son llamadas perdidas: Bentley, mi hermana Leah, mi hermano Robert, Linda y, casi al final, un nombre: Ryan. Por un momento me quedo como una idiota mirando cada letra y siento unas inmensas y kamikazes ganas de llamarlo. Sin embargo, rápidamente sacudo la cabeza y deshecho esa idea. Le mando un mensaje a Lauren diciéndole que he llegado sana y salva, recupero mi mochila del sillón al tiempo que dejo el teléfono sobre la isla de la cocina, vuelvo a mi habitación y cierro la puerta. La tentación, cuanto más lejos, mejor.

Deshago la bolsa con desgana. Estoy colgando mis vestidos cuando me doy cuenta de que, por error, me he traído uno de Lauren. Es increíblemente ajustado e increíblemente corto. Se lo llevó por si algún multimillonario nos invitaba a su mansión en la playa, en cuyo caso tenía que ponérmelo para ligármelo y empezar a aplicar la máxima de que un clavo saca otro clavo. Por suerte no pasó. Me parece imposible que alguien pueda ponérselo y no acabe enseñando las bragas.

Me meto en la cama y enciendo la pequeña televisión de mi habitación. Hago *zapping* hasta que encuentro algo decente, que resulta ser «Mom» en la CBS. Mejor evitar cualquier posibilidad de acabar pensando en quien no debo pensar. Mañana me levantaré a primera hora, me pondré mi falda de la suerte y saldré a las duras calles de Nueva York a buscar un empleo. La frase es muy de película de sobremesa, pero necesito sobreestimularme.

Me quedo dormida antes de que acabe el capítulo.

Me despierto. Me siento algo desorientada. Pongo los pies en el suelo. Me encanta andar descalza por el parqué. El suelo se mece dulcemente. El barco se mece dulcemente. Comienzo a caminar.

—Vamos, Ryan. —La voz de la chica es muy suave y ronroneante—. Ven a jugar.

Sigo la voz y las risas hasta salir a cubierta. Ryan está allí, rodeado de mujeres en bañador, pero él parece triste y ni siquiera las escucha. Alza la cabeza y me ve.

—¿Y tú qué dices, Maddie? —pregunta seduciéndome con esos extraordinarios ojos azules—. ¿Debería ir a jugar?

Quiero decir que no, pero en ese instante Bar Refaeli llega a cubierta, pasa a mi lado y se coloca frente a Ryan.

—Ella ya no quiere jugar —pronuncia con su perfecto acento.

Quiero gritar que sí, que sí quiero, pero antes de que pueda pronunciar una palabra todos saltan por la borda y lo único que oigo son risas y más risas.

Me despierto sobresaltada con la respiración acelerada y el corazón latiéndome con una fuerza inusitada. Tardo unos segundos en comprender que estoy en mi habitación. Miro el reloj. Son las

cuatro de la mañana. Me dejo caer otra vez sobre la almohada. No me puedo creer que haya vuelto a soñar con el maldito yate.

El despertador suena a las siete en punto. Me levanto de un salto y me meto en la ducha. Automáticamente decido bloquear cualquier pensamiento mínimamente relacionado con el sueño que he tenido; de hecho, con soñar en general. No puedo permitirme sentirme confusa y echar de menos a Ryan desde las siete de la mañana.

Al salir de la ducha, mientras camino envuelta en mi toalla más mullida, enciendo el iPod, lo conecto a los altavoces y busco *Here comes the sun*. Anoche la oí en el taxi y sé que es la canción adecuada si lo que pretendo es empezar el día llena de optimismo.

*Little darling, it's been a long cold lonely winter
Little darling, it feels like years since it's been here
Here comes the sun
Here comes the sun
and I say it's all right*

Sonrío mientras George Harrison canta. Justo la canción que necesitaba.

Cojo mi falda de la suerte aún colgada de la percha y la observo. Las cosas siempre me han ido bien con esta falda. Con ella conocí a Ryan, me recuerda de forma inoportuna mi mente. Suspiro profundamente. A pesar de todo, no lo cambiaría por nada.

*Here comes the sun
and I say it's all right.*

Sonrío aunque no me llega a los ojos y finalmente me la pongo. Añado mi nadadora azul y unas sandalias de cuero. Me seco el pelo con la toalla y me lo recojo en una cola de caballo. Me cepillo los dientes y me maquillo. No voy a desayunar. Si la cosa va bien y encuentro trabajo, me recompensaré con tarta de calabaza del Saturday Sally.

Al salir de la habitación, miro el móvil en la distancia, aún en la encimera de la cocina, y somos como dos vaqueros en un duelo del Oeste. No diré que es el responsable de todas mis desgracias, pero ahora mismo no es mi aparatito favorito.

Me siento en el sofá, botellita de agua helada en mano, y abro el portátil. Busco en las principales webs de empleo de la ciudad y me organizo para que la mañana me cunda lo máximo posible. Necesito encontrar trabajo lo antes posible. Es fundamental para estar ocupada y, por supuesto, para pagarme las facturas.

No tengo mucha suerte con las cuatro primeras entrevistas. Buscan asistentes con más experiencia y no consigo siquiera pasar del mostrador de recepción. Me desanimo un poco, pero George Harrison y su *Here comes the sun* hoy son mi mantra y rápidamente me lleno de optimismo otra vez.

La quinta es en pleno centro de Manhattan, en la Tercera Avenida. Un estudio de arquitectos

busca asistente. Cuando llego allí, un guardia de seguridad muy simpático me pide que espere y poco después una chica llamada Sarah me recoge en el vestíbulo y, tras subir a la planta nueve, me guía por un laberíntico pasillo hasta unas pequeñas oficinas. En la puerta de entrada puede leerse en letras enormes «Roy Maritiman, arquitecto».

—El estudio es pequeño —me informa con una sonrisa. Parece realmente amable—, pero tiene más trabajo del que parece.

Le devuelvo la sonrisa a la vez que esquivo a un mensajero que sale con varios paquetes y, sobre ellos, un casco de bici.

—Serás la secretaria del señor Maritiman.

Al oír la palabra secretaria no puedo evitar sonreír. Me recuerdo a mí misma diciéndole a Ryan que yo no era la secretaria de nadie. También recuerdo perfectamente lo furiosa que estaba. Me dolía cómo se comportaba conmigo y ahora una parte de mí lo daría todo por volver a ese punto.

«¿Sólo una parte?»

Sacudo la cabeza. Esta línea de pensamientos no me beneficia en nada.

—Empezarás mañana a las ocho —continúa sacándome de mis pensamientos.

—¿Mañana? —pregunto confundida—. ¿Y la entrevista?

—El señor Maritiman vio tu currículum y le ha impresionado mucho que hayas trabajado como asistente de Bentley Sandford y, en definitiva, para Ryan Riley.

Al pronunciar su nombre no puede evitar que una boba sonrisita le inunde los labios. Está claro que lo conoce y sabe lo guapísimo que es. Intento olvidarme de ese detalle porque me ha caído muy bien y todo parece indicar que vamos a ser compañeras de trabajo.

—El puesto es tuyo —me confirma—, si te interesa, claro.

¡Genial!

—Sí, sí, claro que me interesa —prácticamente tartamudeo emocionada—. Me interesa muchísimo.

Estoy contentísima. Tengo trabajo. ¡Tengo trabajo!

—Nos veremos mañana —me recuerda con una sonrisa, contagiada de mi entusiasmo—. ¿Sabrás salir sola?

—Sí, no te preocupes.

—A las ocho —dice una vez más alejándose camino de los despachos del fondo.

Sonrío de nuevo y me marcho pletórica. Mi falda de la suerte nunca falla.

En mitad de la calle saco mi iPhone del bolso dispuesta a llamar a las chicas para contarles las buenas noticias, pero, justo cuando estoy a punto de deslizar mi pulgar sobre el botón verde, el teléfono comienza a sonar y el nombre de Ryan se ilumina en la pantalla. Mi sonrisa se apaga pero no me siento triste. Ryan sigue siendo la primera persona a la que querría contarle algo así; cualquier cosa, en realidad. Sigue sonando. ¿Y si lo cogiera? Podría simplemente decir hola y escuchar qué tiene que decir él. Mi sentido común, mi parte racional, mi dignidad y mi orgullo comienzan a llamarme a coro «kamikaze», pero mi corazoncito de repente se ha henchido de esperanza. Vuelvo a

suspirar. Sigue sonando. Dudo. Dudo de verdad. Deslizo el pulgar. Suspiro. Y finalmente rechazo la llamada.

Cuando el iPhone deja de sonar, tengo la sensación de encontrarme en el lugar más silencioso del mundo, pero entonces un taxista le grita a otro que él es un europeo refinado y que se meta sus modales por el culo y súbitamente vuelvo a la realidad. Estoy en Nueva York.

Suspiro hondo y decido que también puedo con esto. Una llamada no va a acabar conmigo. Convencida, vuelvo a centrarme en la pantalla del iPhone y de prisa marco el número de Lauren. Si no me pareciera un poco patético, me reiría por lo rápido que he marcado para evitar que el teléfono volviese a sonar.

—Mira quién llama —contesta Lauren al otro lado—: la escapista. Álex, cancela las partidas de búsqueda, la tengo al teléfono —continúa socarrona.

—Muy graciosa, pero dejáras tiradas en una preciosa playa rodeadas de hombres ricos y alcohol ha tenido su fruto.

—¿Has encontrado hombres todavía más ricos y más alcohol?

Lo ha preguntado tan seria y sincera que no puedo evitar echarme a reír.

—Mejor —respondo aún con la sonrisa en los labios—. Tengo trabajo.

—¿De qué? —pregunta entusiasmada.

—En un estudio de arquitectura. Seré la secretaria del arquitecto jefe.

—¿Un estudio de arquitectos? Para ti será como dejar las drogas duras con metadona —comenta burlona—. Me gusta.

Le hago un mohín que está claro que ella no ve.

—Ya lo tengo superado —digo muy convencida.

Tengo la nueva teoría de que, si yo me lo creo, por inercia todo el mundo acabará haciéndolo y al final se hará realidad.

—Si es así, te reto a que te presentes en Chelsea ahora mismo. Con bragas —me aclara—, no le pongas las cosas tan fáciles.

—Yo siempre llevo bragas —me quejo.

Ahora los taxistas me miran a mí.

—Y yo no soy alcohólica —replica impertinente—. Verdades a medias, chica, verdades a medias.

—Eres la peor amiga del mundo —la riño divertida.

—Probablemente, pero soy la mejor que tienes.

—Yo soy su mejor amiga —oigo a Álex protestar por detrás.

—No te preocupes —la calma Lauren—. Somos como la divina Trinidad.

Vuelvo a echarme a reír y cuelgo. Tanto sol y el Grey Goose del padre de Álex están haciendo verdaderos estragos.

A la hora de almorzar regreso a mi apartamento. Abro la nevera y cojo una Budweiser helada

dispuesta a celebrar mi nuevo trabajo cuando me doy cuenta de que hay algo que tengo que arreglar. No puedo concentrarme en volver a ser todo risas y optimismo sin atar ese cabo.

Muy decidida, salgo de mi apartamento, cruzo el rellano y llamo con insistencia. No tengo ni idea de lo que voy a decir, pero, si con un regalo lo que importa es la intención, cuando una se planta delante de la puerta de alguien dispuesta a pedir disculpas, esa premisa debería funcionar igual.

James abre la puerta sin mirar a quién lo hace, secándose las manos en un trapo de cocina.

—Hola —susurro armándome de valor.

Mi voz le hace alzar la cabeza automáticamente.

—Hola —contesta sorprendido.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Si tengo algo que decir, será mejor que lo diga ahora.

—Nunca voy a olvidar a Ryan —suelto de un tirón.

James frunce el ceño aún más confuso. Vale, no ha sido el mejor comienzo, pero ya no puedo echarme atrás. Respiro hondo.

—Eso ya lo he asumido —continúo—. Me casaré con otro hombre: un irlandés, un italiano o un judío; al fin y al cabo, estamos en Nueva York. Destilaré su whisky, prepararé sus albóndigas o —me tomo un segundo para pensar— haré lo que quiera que hagan los judíos —sigo impaciente y puedo ver el principio de una sonrisa asomar en sus labios, lo que me da ánimos para continuar—. Pero no voy a perderte a ti.

Sonríe abiertamente y yo, aliviada, hago lo mismo.

—Eres mi mejor amigo, James Hannigan.

De nuevo el silencio se abre paso entre nosotros. Ahora le toca a él decir algo. Los segundos se me están haciendo eternos.

—Hannigan... has sonreído —me quejo—. No puedes seguir enfadado.

James se cruza de brazos y apoya su hombro contra la puerta. Con ese simple gesto toda la situación se relaja.

—Los judíos preparan comida *kosher* —comenta con una sonrisa.

—¿Los *pretzels* son *kosher*?

—Racista.

Ambos sonreímos de nuevo.

—Todo esto es porque en tu apartamento no hay cerveza, ¿verdad? —pregunta fingidamente perspicaz.

—Verdad.

Y aunque podríamos pasarnos horas así, me lanzo a sus brazos y le estrecho con fuerza.

—Lo siento —susurro una vez más.

—Deja de sentirlo, idiota —me riñe separándose de mí—, y vamos dentro. La comida está lista.

Here comes the sun, and I say it's all right. He recuperado a mi cuarto Beatle.

Mientras estamos comiendo, recibo un mensaje de Lauren en el que me dice que regresarán esta misma tarde. No nos cuesta mucho decidírnos a quedar para tomar unos Martini Royale y celebrar mi nuevo trabajo.

Un par de horas después nos encontramos todos en The Vitamin. Nos acomodamos en una de las mesas del fondo y pedimos la primera ronda. Les explico en qué consistirá mi nuevo trabajo y que empezaré mañana mismo.

—Eso se merece un brindis —anuncia Álex levantando su cóctel—. Por Roy Maritiman, estudio de arquitectos.

—¡Por Roy Maritiman, estudio de arquitectos! —repetimos todos imitando su gesto.

Cuando estamos saboreando nuestras copas, Bentley entra en el local. Por un momento contengo la respiración esperando ver a Ryan entrar también, pero no lo hace.

«¿Decepcionada?»

Suspiro discretamente. Si fuera posible, estrangularía a mi voz de la conciencia o, como me gusta llamarla últimamente, de las puntualizaciones bochornosas.

Lauren, de espaldas a la puerta, no lo ve llegar. Él se acerca sigiloso y le tapa los ojos.

—¿Quién soy? —pregunta divertido.

—Seas quien seas, me vienes de cine. Mi novio no está.

Todos nos echamos a reír menos Bentley, naturalmente, quien suspira fingidamente exasperado. Al final se acomoda al lado de su novia, que no pierde la oportunidad para darle un sonoro beso.

—Hola —me saluda con una sonrisa llena de empatía.

—Hola —respondo.

Es raro estar con Bentley sin Ryan. Supongo que tendré que acostumbrarme. Sé que discutieron el día que me marché. La idea de que sigan peleados por mi culpa no me hace sentir nada bien.

Tras más o menos una hora de chistes malos, casi todos de James, me levanto a por una nueva ronda. Mientras espero en la barra, Bentley se acerca a ayudarme.

—Lauren está completamente loca —se queja divertido—. Acaba de proponerme un plan de lo más rocambolesco para coincidir con Sting.

Sonrío. Fue su único propósito los cinco días que estuvimos en los Hamptons e imagino que también el extra que estuvieron sin mí.

—Tiene la idea de que está deprimido —la disculpo—. En el fondo es por una buena causa.

—Vaya, ahora me siento un poco mal por haberme negado en rotundo a adoptar un niño en Camboya para que coincida con el hijo de Sting en el colegio.

Ambos nos echamos a reír antes siquiera de que acabe la frase.

—¿Y tú qué tal estás? —pregunta cuando nuestras carcajadas se calman.

—Estoy bien. —Intento sonar sincera.

Bentley asiente y yo también lo hago. Tengo serias dudas de que me haya creído, pero decide darme cuerda y lo agradezco.

—Me alegro —responde—, aunque, si te soy sincero, no me alegra tanto que hayas encontrado otro trabajo.

Mi sonrisa se transforma en otra más triste.

—Me gustaba ser tu ayudante.

Bentley me devuelve el gesto.

El camarero regresa con nuestras copas: cuatro cócteles y una cerveza helada para Bentley. Intento pagar, pero no me deja. Le da un billete de cincuenta al camarero y un trago a su bebida.

—Bentley, ¿puedo preguntarte algo?

No puedo creerme que vaya a hablar de Ryan con él, pero necesito saberlo.

—Lauren me dijo que Ryan y tú habías discutido por mi culpa. —No sé por qué, mi tono de voz se ha vuelto casi un susurro—. ¿Ya estáis bien?

Bentley me sonríe de nuevo lleno de empatía.

—Sí, ya lo hemos arreglado.

Asiento. Eso está bien.

—¿Y... —dudo. Me muerdo el labio inferior un segundo—... qué tal está Ryan?

Puestos a hacer preguntas kamikazes, hagamos la mayor de todas.

—Ha estado mejor.

Mi estómago se atenaza. De pronto las lágrimas que llevo conteniendo más de cinco días están a punto de inundar mis ojos. No tendría que haber preguntado. Bentley me mira durante un segundo y se inclina discretamente.

—Pelearse conmigo es un trago muy duro —comenta socarrón para hacerme sonreír.

Yo ahogo una risa nerviosa en un suspiro y consigo frenar las lágrimas.

—Ha salido de viaje. Estará una semana en Holanda por motivos de trabajo.

¿Una semana? Quizá por eso me llamó esta mañana. Me he convencido a mí misma de que no verlo es lo mejor y, sin embargo, ahora me siento extrañamente triste al saber que va a estar fuera tantos días. Resoplo mentalmente. Soy la persona más ridícula del mundo.

Volvemos a la mesa y, aunque no quiero, no puedo evitar que las palabras de Bentley me afecten. Aun así, soy una mujer con una misión y me obligo a centrar mis pensamientos en cualquier otra cosa que no sea Ryan Riley. Me concedo un cincuenta por ciento de éxito.

Después de pasar horas en nuestro pub favorito, decido regresar a casa. Ya es casi media noche. Mañana es mi primer día de trabajo y no creo que quede demasiado bien que me presente medio borracha.

Álex me pide que le dé unos minutos y, tras apurar su último Martini Royale, sale del local conmigo.

—Creí que te quedarías con James —le digo mientras cruzamos la Séptima Avenida y continuamos por la 39 Oeste.

—Me apetecía volver a casa —dice sin más.

Sonrí. Sé que está preocupada por mí y quiere aprovechar el camino para uno de sus interrogatorios estilo «El mentalista».

—Me alegro de que hayas encontrado trabajo. —Mi sonrisa se ensancha. Estoy muy contenta—. Y tú, ¿te alegras?

Su pregunta me pilla totalmente por sorpresa.

—Claro que me alegro —respondo automáticamente y, para qué negarlo, poniéndome un poco a la defensiva.

—Sólo preguntaba —contesta fingidamente inocente.

Yo la miro perspicaz. Álex Hannigan nunca «sólo pregunta».

—Y en cualquier caso, entendería que no lo estuvieras —añade.

—Alexandra Hannigan, ¿a dónde pretendes llegar?

Ambas sonreímos a la vez que giramos en el cruce con la Octava. Nos topamos con un grupo de chicas en patines con aros y pulseras fluorescentes. Deben salir de alguna fiesta en el Lower Manhattan.

—Encontrarse con Ryan en los Hamptons tuvo que ser muy duro para ti. Después regresas a la ciudad e inmediatamente te pones a buscar trabajo, dejando claro que no volverás a hacerlo para él.

Asiento. Ése es el plan.

—Estoy muy orgullosa de ti, Maddison Parker —continúa imitando mi manera de llamarla de hace unos segundos— y sólo quería asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien.

Álex me mira y sonrío de nuevo. A ella no puedo engañarla.

—Lo estarás —sentencia sin asomo de dudas—, pero para eso tienes que seguir haciendo lo que te conviene. Tomar buenas decisiones y olvidarte de él.

Asiento. Eso también forma parte del plan, aunque va a ser muy complicado.

Nos despedimos en el rellano y entro en mi apartamento.

A oscuras, sola en mi habitación, tumbada en la cama y con la vista clavada en el techo, intento mantener vivos los rescoldos de mi optimismo. He hecho las paces con James, he encontrado trabajo, las chicas han regresado; pero, a oscuras, sola en mi habitación, tumbada en la cama y con la vista clavada en el techo, sólo puedo pensar en Ryan. Volvería con él ahora mismo sin dudarlo pero ¿para qué?, ¿cuánto duraríamos esta vez? Él nunca va a cambiar. Me llevo la almohada a la cara y suspiro con fuerza. Basta de pensar en Ryan Riley, Parker. Es lo más temerario y estúpido que podrías hacer.

A las siete en punto suena el despertador. Gracias a Dios, no he soñado con yates ni Bar Refaeli, así que este día ya cuenta con un punto a su favor.

Pongo la radio y me meto en la ducha. Bajo el chorro de agua caliente canto a pleno pulmón el gran éxito de Pharrell Williams, *Happy*. Toda la música que escucho últimamente tiene un mensaje muy claro.

Miro mi armario buscando qué ponerme y finalmente opto por mi vestido azul marino con

pequeños pájaros blancos estampados y mis Oxford azules. Me seco el pelo con la toalla y me lo recojo en una cola de caballo justo antes de salir y prepararme el desayuno. Estoy nerviosa y no tengo mucha hambre, pero, si voy a recuperar mi rutina, éste es el primer paso.

Después de cepillarme los dientes y maquillarme, salgo de mi apartamento dispuesta a tener un gran primer día de trabajo.

Exactamente ocho horas y treinta y siete minutos después, entro en mi apartamento dando un sonoro portazo. Conecto el iPod y pongo *Stronger*, de Kelly Clarkson, a todo volumen. Mi canción salvavidas. Antes de llegar al estribillo están llamando a mi puerta y no me sorprende en absoluto cuando, al abrir, veo a Álex al otro lado. Esta canción es como la *batseñal*.

—¿Tal mal ha ido? —pregunta siguiéndome al interior de mi apartamento.

—Trabajar para Roy Maritiman es un infierno —mascullo abriendo el frigorífico y cogiendo dos cervezas—. Sólo he necesitado una jornada laboral para darme cuenta de que es presuntuoso, desdeñoso y mucho menos inteligente de lo que él se cree. —Abro las cervezas y le tiendo una a Álex, que ya se ha acomodado en el sofá—. Echo de menos a Bentley —gimoteo dejándome caer en el sofá.

Ella sonríe.

—Echo de menos a Ryan —continúo—, laboralmente hablando —le aclaro—. Ver trabajar a Ryan era sencillamente increíble. Tan brillante, tan determinado. Roy no le duraría ni dos segundos. Además, no sólo es eso —sigo lamentándome—. Echo de menos las charlas con Lauren, comer juntas en el Marchisio's... —El sexo desenfrenado con Ryan en el despacho, los encuentros casuales. Podría verlo todos los días. Suspiro bruscamente y me llevo la mano libre a la cara—. Demonios, estoy bien jodida. El motivo por el que regresaría corriendo al Riley Group sin mirar atrás es el mismo por el que no puedo volver. No puedo permitirme el lujo de ver a Ryan todos los días.

Está claro que esta última frase no ha sido un mero comentario. Necesito recordármelo, y en voz alta.

—Un buen día, entonces —comenta Álex antes de darle un trago a su cerveza.

La miro mal y ella hace todo lo posible por ocultar una incipiente sonrisa.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—¿Tú qué crees que voy a hacer? Volver a ese horror mañana. No tengo más remedio.

—Podrías volver a trabajar con Bentley.

La miro mal de nuevo. En realidad, creo que la miro un poco peor.

—Te acabo de decir que no puedo permitirme ver a Ryan todos los días. ¿Alguna vez me escuchas? —me quejo.

—Es que me he perdido entre «Ryan es tan brillante», «Ryan es tan determinado», «Ryan es tan guapo».

—Yo no he dicho eso —me apresuro a replicarle.

—Pero lo has pensado.

—Álex —vuelvo a quejarme.

—Maddie.

Se echa a reír de mi cristalina desesperación y apenas un segundo después no tengo más remedio que hacer lo mismo.

—Trabajo de mala muerte, jefe capullo y sin dios del sexo. Compadéceme —le pido levantando mi botellín de cerveza para que brinde conmigo.

—Y no te olvides que, desde que todo esto empezó, has cumplido un año, así que ahora eres más vieja. —Frunzo los labios. No había caído en eso—. Te compadezco —responde chocando su cerveza con la mía—. Vamos —me insta levantándose—. Si gimoteamos un poco, James nos preparará la cena.

—Algo italiano y con salsa —refunfuño enfadada con el universo por mi suerte—. No acepto menos.

Vamos hasta el apartamento de los Hannigan. James se niega a cocinar pero a cambio encarga unas pizzas. Vemos algo de tele y jugamos al póquer. Gano siete pavos pero tengo que aguantar que Álex me despida con un socarrón «afortunada en el juego, desafortunada en amores». Le lanzo una moneda de veinticinco centavos que esquivo sin problemas, pero en el movimiento se da un golpe en el dedo pequeño del pie con la pata de la mesa. Universo, ya te odio un poco menos, pienso y a la vez que rompo a reír.

Regreso a mi apartamento puntual para mi cita con Jimmy Fallon y «The Tonight Show». Me pongo el pijama y me meto en la cama. La tele de fondo no me ayuda a desconectar y me sorprende pensando en Ryan. Al margen de todo, adoraba trabajar para él, sentir que le ayudaba a cambiar el mundo. Suspiro bruscamente y me obligo a dejar la mente en blanco. El Riley Enterprises Group, *Spaces* y Ryan Riley se acabaron para mí. Tengo que asumirlo de una maldita vez.

El despertador suena impasible a mis desgracias a las siete en punto. Me meto en la ducha y me convengo de que el segundo día puede ir mejor que el primero. ¿Por qué no? No estoy nada convencida pero necesito mantenerme positiva.

Me seco el pelo con el secador. Me gusta cómo me cae sobre los hombros, así que decido dejármelo suelto.

Delante del armario elijo mi vestido vaquero con un sencillo cinturón marrón y mis sandalias del mismo color. Completo el conjunto con mi bandolera. Me siento en el borde de la cama y compruebo si llevo todo lo necesario: cartera, *gloss*, paquete de Kleenex, llaves y el móvil. Cada vez que lo miro recuerdo la llamada de Ryan y que ahora mismo está en Holanda. Rápidamente bloqueo esta línea de pensamientos, guardo el iPhone, cierro el bolso y me levanto de un golpe. Prohibido pensar en el señor irascible.

Me preparo el desayuno y después me cepillo los dientes y me maquillo, algo muy básico.

En el metro intento buscarle las ventajas a mi nuevo trabajo. Los compañeros parecen simpáticos. Sarah, la chica de la entrevista, también es arquitecta y la mano derecha de Roy. Su secretaria, Wendy, también parece muy agradable y ayer me estuvo ayudando a entender el sistema de trabajo de la oficina. Aparte de ellas, no conocí a nadie más. Se supone que hay dos estudiantes de arquitectura que tienen una especie de beca de prácticas y trabajan algunas horas en el estudio, pero ayer no los vi.

Nada más entrar dejo el bolso en mi mesa y saludo a Wendy, que habla por teléfono en la suya. La oficina no es muy grande. Nuestros escritorios están uno frente al otro, pero separados por varios metros. Muy cerca se encuentra la segunda parte de la oficina, donde están los despachos de Roy y Sarah. La separación de espacios la marcan unos cuantos escalones. A parte de estas dos estancias, sólo hay una sala de descanso y una pequeña habitación donde trabajan los becarios.

Antes siquiera de encender el ordenador, voy a prepararle el café a Roy. Resoplo y refunfuño como una niña pequeña mientras cargo la cafetera. Ayer me dejó bien claro que mi primera tarea en cuanto entre en la oficina es prepararle su café. «Usa azúcar moreno, no azúcar blanco, Maddison.» Odio que me llame Maddison. Todo él es odioso.

Camino hasta su despacho con la taza en la mano. Llamo a la puerta y espero a que me dé paso.

«Bonita costumbre.»

Maldita sea.

—Su café, señor Maritiman —digo yendo hasta su mesa.

—Maddison, organiza la agenda y prepara todo lo necesario para hoy. Tengo que diseñar.

—Por supuesto, señor Maritiman.

Le da un sorbo a su café y se recuesta sobre su enorme sillón. «Tengo que diseñar» es el equivalente de Roy a «quiero quedarme toda la mañana contemplando las vistas de mi despacho». Si no fuera el nieto del genial arquitecto Alexander Maritiman, nadie le prestaría un solo segundo de atención.

Regreso a mi mesa. Al fin enciendo el ordenador y comienzo a organizar su jornada de trabajo de tal manera que cualquier mínimo esfuerzo por su parte esté programado para después del almuerzo.

Estoy intentando cuadrarlo todo cuando oigo pasos acercarse a mí. No sé por qué, todo mi cuerpo me pide que levante la mirada. Al hacerlo, suspiro sorprendida. Más que eso, estoy conmocionada. Si no fuera por la cara de idiota con la que lo mira Wendy, diría que estoy sufriendo alucinaciones. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace Ryan aquí?

—Ryan —susurro nerviosa casi en estado de *shock*.

—Buenos días, señorita Parker.

Está guapísimo. Más aún que cada día que pasé con él. ¿Cómo es posible? Lleva un traje gris marengo, una impoluta camisa blanca y su corbata roja, mi preferida. No puede ser. Mi mente se niega a creerlo. Lleva la misma ropa que el día que nos conocimos, sólo que, por algún extraño fenómeno de la naturaleza, le queda todavía mejor.

La puerta del despacho de Roy se abre y éste sale ajustándose la corbata atropelladamente.

—Señor Riley —lo llama solícito pero él sigue con sus impresionantes ojos azules posados en mí—, acaban de avisarme de que vendría.

—Señor Maritiman.

Finalmente se gira hacia él, ya apenas a un paso de mi mesa, y yo me obligo a levantarme haciendo el mayor esfuerzo de toda mi vida. Mis piernas, todo mi cuerpo, yo misma, seguimos conmocionados.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Roy está pletórico—. ¿O sólo ha venido a visitar a una vieja empleada? —pregunta con una sonrisa intentando parecer gracioso. No lo consigue.

—¿Una vieja empleada? —inquieta despreocupado.

—Maddison —continúa Roy señalándome como si fuera un objeto propiedad de su estudio—, trabajaba para usted.

Si me quedaba alguna duda de por qué conseguí este empleo, acabo de respondérmela.

—¿Trabajaba para mí? —pregunta con una sonrisa de lo más impertinente—. ¿Contabilidad?

—Era la ayudante del señor Sandford —replico con una sonrisa fingidamente solícita.

¿Por qué estoy entrando en su juego? ¿Y no se supone que estaba en Holanda?

Suspiro exasperada mentalmente y me esfuerzo en no estrangularlo mientras finge intentar recordarme.

—Ah, sí —comenta al fin displicente—. Ahora tiene otra —añade sin más.

Roy sonrío y a regañadientes le presta atención a Wendy, que se acerca con unos papeles. Ryan aprovecha para mirarme de arriba abajo con total descaro y se inclina discretamente sobre mí.

—Pero no tiene esas piernas tan increíbles —susurra cerca, muy cerca.

Ahogo un inoportuno suspiro en una risa nerviosa e intento fingir por todos los medios que sentir su sensual voz y su increíble olor no acaban de afectarme todo lo que me han afectado. Lo asesino con la mirada y su sonrisa se ensancha. El bastardo presuntuoso está disfrutando con esto.

Roy vuelve a prestarnos atención y, mientras a mí me tiemblan las piernas, Ryan no da una sola muestra de estar mínimamente afectado. Algunas cosas nunca cambian.

—Será mejor que me acompañe a mi despacho —le dice Roy—. Maddison, por favor, cancela todas mis citas para esta mañana.

Lo miro y asiento mordiéndome la lengua. Toda esta situación es un chiste enorme.

«Como tu vida en general.»

Roy le indica a Ryan que lo siga y ambos se encaminan a su despacho, pero, cuando está a punto de subir el primer escalón, Ryan se detiene como si acabara de recordar algo y se vuelve hacia mí.

—Señorita Parker —me llama acercándose otra vez a mi mesa—, dijiste que me querías. —Sus espectaculares ojos azules me atrapan—. No pienso rendirme.

Sus palabras son un susurro inaudible para todos excepto para mí, que no puedo apartar mi mirada de él ni siquiera cuando gira sobre sus pasos y vuelve con Roy, que lo espera en las escaleras.

¿Ha sido una amenaza? ¿Una declaración de amor? No tengo ni la más remota idea, pero no podría ser más consciente de lo abrumada, nerviosa y feliz que me siento ahora mismo.

La puerta del despacho se cierra y yo suspiro bruscamente al tiempo que me llevo las manos a la cara. Todos mis planes de olvidarlo y seguir adelante con optimismo y una sonrisa acaban de irse al traste. ¿Por qué tiene que ser tan increíblemente guapo?

Mientras estoy compadeciéndome de mi suerte, suena el intercomunicador de mi mesa. Cómo no, Roy me pide que vaya a su despacho. Intento pensar en alguna excusa, pero mi mente ahora mismo está sumida en la visión de Ryan y ha decidido recrearse en vez de ayudarme.

Me levanto y voy hasta la puerta. Llamo y estoy a punto de esperar a que me den paso pero, antes de que Roy lo haga, entro y cierro tras de mí. Ya es hora de acabar con las viejas costumbres.

Avanzo unos pasos y espero a que mi jefe termine el discurso con el que intenta, sin ningún éxito, impresionar a Ryan, que está sentado al otro lado de su mesa elegante y sofisticado hasta decir basta. El despacho parece extrañamente pequeño con él aquí.

Debería salir huyendo, estar ya a tres manzanas de aquí en vez de mirarlo embobada. Seguro que se ha puesto ese maldito traje a propósito. ¿Qué vestido me pondría yo si quisiera torturarlo? Lo pienso un instante. El blanco, sin duda alguna. Todavía recuerdo cuando me dijo que con él parecía el pecado original.

¿Pero qué estoy haciendo?, me riño en un grito mental. No debería estar pensando en torturarlo. No debería estar pensando en él y punto. Suspiro discretamente. Mi vida es un asco.

—Maddison —me llama Roy sacándome de mis pensamientos.

Llevo la mirada hasta él y por su expresión comprendo que no era la primera vez que me llamaba mientras yo estaba embobada contemplando a Ryan. Por si no tuviera bastante, él sonrío arrogante, dejándome claro que también se ha dado cuenta. ¡Mierda!

«No se te ocurra ruborizarte.»

Sólo me faltaba eso. Carraspeo y cuadro los hombros. Actitud profesional, Parker.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Maritiman?

—Trae mi portafolio. Quiero que el señor Riley le eche un vistazo a nuestros últimos proyectos.

Asiento y voy hasta el pequeño mueble junto a la puerta. Me agacho y comienzo a buscar los documentos que me ha pedido.

—Como le decía, quiero que se encargue del rediseño de uno de los edificios de White Plains —comenta Ryan.

Aunque no es mi intención, al oír el nombre de esa calle centro mi atención en la conversación. Ésos son los edificios que el Riley Group se comprometió a restaurar en el sur del Bronx. ¿En serio Ryan piensa que Roy es el arquitecto adecuado?

—Sin duda ha tomado la decisión acertada. Nuestro estudio realizará un trabajo impecable.

Entonces supongo que no lo hará él, pienso, y no puedo evitar que una sonrisilla llena de malicia se me escape. De reojo veo una incipiente en los labios de Ryan. ¿Cómo puede saber lo que estaba pensando?

—Mañana, si no le parece mal, podemos reunirnos en sus oficinas para que me dé las especificaciones y detalles del proyecto.

Sin duda alguna, hoy está siendo el mejor día en la vida de Roy Maritiman.

—De hecho, no es necesario —responde Ryan—. No quiero que pierda el tiempo con algo que claramente no está a su altura.

Roy sonrío mostrando su perfecta y carísima dentadura. Ya está bailando al son que marca Ryan y ni siquiera se ha dado cuenta.

—Podría enviar a su secretaria —continúa Ryan—. ¿Maddison? —me llama como si no recordara mi nombre, volviéndose hacia mí otra vez con esa impertinente sonrisa.

—Maddie —le corrijo con los ojos entornados y fingiendo una sonrisa.

—Ella podría ir al edificio —sigue prestándole de nuevo su atención a Roy—. Yo mandaré a alguien de mi oficina. Pondrían la información en común y recopilarían todas las especificaciones que fuesen necesarias.

Mi jefe sonrío encantado. Ryan ha hecho que se sienta importante y ese sentimiento le nubla la mente.

—Maddison —me llama Roy.

Yo me incorporo y él me hace un gesto para que me acerque a la mesa.

—Vas a encargarte del proyecto del Riley Group —me informa como si no hubiese estado en este despacho los últimos diez minutos. Es un imbécil—. Sólo de la primera fase, naturalmente.

Sonrío henchido de sí mismo y Ryan le devuelve una fingida sonrisa. Lo conozco y sé que lo detesta, pero ahora le sirve a sus propósitos y lo manipulará hasta obtener lo que quiere.

—¿Cuándo querría la primera reunión? —le pregunta.

—¿Qué tal mañana mismo? —responde Ryan—. Este proyecto me tiene algo impaciente.

¿Acabo de convertirme en un proyecto? Una parte de él está disfrutando con todo esto y el tono travieso de su voz es la mejor prueba de ello.

—Maddie, cancela todo lo que tengas para mañana —me informa Roy—. A primera hora tendrás que estar en el trescientos veintiuno de la calle White Plains.

Concierta la cita a primera hora porque es domingo y no me necesita aquí para prepararle el café. Si hubiese sido un lunes, no me habría mandado al Bronx hasta las once.

Asiento y sonrío maldiciendo para mis adentros.

—Perfecto, entonces —dice Ryan golpeándose suavemente los muslos con las palmas a la vez que se levanta.

Roy le tiende la mano y Ryan se la estrecha.

Dado que la reunión ha concluido, me escabullo y vuelvo a mi mesa. No voy a estar con el señor Riley un segundo más de lo estrictamente necesario.

Roy acompaña a Ryan hasta la puerta. Mi jefe se deshace en sonrisas y halagos prematuros a un trabajo que está claro que le queda demasiado grande. Es un pusilánime.

Noto la mirada de Ryan sobre mí. Hace que me arda la piel. Alzo la mirada imprudente y dejo que la suya me atrape. Ya me siento hipnotizada. No debería haberlo mirado. ¿Cuándo aprenderé que no puedo luchar contra esos ojos azules?

Él me dedica su espectacular sonrisa y ahora sí que estoy perdida. Sin embargo, deja de prestarme atención para asentir a cualquiera de las estupideces que está diciendo Roy y de pronto me descubro desamparada.

«Joder.»

Justo antes de salir del estudio, Ryan se gira y da unos pasos en mi dirección.

—Señorita Parker —me llama—, he pensado que la primera reunión mejor se llevará a cabo en la 76 Este, en el número treinta y cinco.

Lo miro confusa. ¿Qué hay en esa dirección?

—Es el hotel Carlyle —comenta aún con ese tono travieso—. ¿Ha estado alguna vez?

¡Sucio bastardo!

¿Qué pretende que conteste? Su sonrisa se ensancha y se vuelve aún más arrogante. Quería exactamente dejarme sin palabras.

—No, no he estado —respondo a regañadientes.

—Le encantará. Se lo aseguro.

Inmediata e involuntariamente, rememoro el fantástico corsé con cadenas de oro de Cartier. El simple recuerdo me produce una punzada de placer en el vientre.

—Señorita Parker —llama de nuevo mi atención. Al verme volver de mi ensoñación, sonrío otra vez. Sí, definitivamente ha conseguido lo que quería—, ¿recordará la dirección?

—Hotel Carlyle, a primera hora —digo mecánica, desganada y displicente.

—Eso es —responde mientras golpea rítmicamente la madera de mi mesa con sus largos dedos.

Finalmente me sonrío para asegurarse de que me derrita y se marcha contento. La visita laboral le ha ido como la seda.

Roy vuelve a su despacho y yo me quedo sentada en mi mesa, sintiéndome como si acabara de chocar con un tren de mercancías. Wendy suspira con la mirada perdida en la puerta y yo, sin ni

siquiera saber por qué, rompo a reír, una risa nerviosa y descontrolada pero risa al fin y al cabo. La mañana no ha podido ser más surrealista.

Paso lo que queda de día intentando no martirizarme demasiado con lo que ha pasado y, sobre todo, intentando no darle demasiadas vueltas a lo que pasará mañana. Lo peor de todo es que una parte de mí, esa que sólo Ryan sabe despertar y que llevaba dormida desde que me marché a los Hamptons, se ha levantado triunfal, relamiéndose y sintiéndose muy, muy halagada. ¿Cómo pude ser tan ilusa de pensar que lo dejaría estar? «Siempre consigo lo que quiero»; sus palabras sobrevuelan mi mente, y ahora lo que quiere soy yo.

«Y no finjas que no te encanta la idea.»

Ya en mi apartamento me pongo el pijama y me tiro en el sofá con la mirada clavada en el techo. Normalmente esperaría a estar tumbada en la cama para empezar a devanarme los sesos, pero hoy ha sido un día demasiado complicado. ¿Qué demonios voy a hacer mañana? La reunión va a ser un problema y que sea precisamente en ese hotel va a ser uno aún mayor.

Suspiro con fuerza. Me niego a pensar en esto en lo que queda de noche. Mañana llamaré al trabajo y diré que estoy enferma. Al cuerno la profesionalidad. Si voy a ese hotel, tendré las bragas bajadas antes de cruzar el vestíbulo. Es una cuestión de supervivencia.

Me voy a casa de los Hannigan para distraerme y sólo vuelvo a mi apartamento para meterme en la cama e intentar dormir. Empresa difícil, pero estoy tan cansada que no tardo en conseguirlo.

El despertador suena a la siete pero en realidad llevo despierta desde las cuatro de la madrugada.

Al principio, pensando una excusa que darle a Roy y librarme de la reunión. Después, convenciéndome a mí misma de que, si iba, era sólo por pura profesionalidad. Y más tarde, cuando empezaba a amanecer, intentando controlar las mariposas de mi estómago despiertas sólo con la posibilidad de ver a Ryan. Es la historia de mi vida. Mi sentido común rozando el autoengaño y mi cuerpo despierto, encendido, deseando a Ryan.

Antes de meterme en la ducha, conecto el iPod y busco una canción ensordecedora que me impida pensar. Necesito la artillería pesada. Selecciono *Get Lost*, de Icona Pop.

Let's get lost

Drive all night

Leave this whole

Fucked up world behind

Sí, es exactamente lo que necesito. Algo que me convenza de que soy una chica fuerte y valiente y puedo enfrentarme a cualquier cosa.

Pero el efecto de la canción dura poco y, delante del armario, nunca he tenido tantas dudas sobre qué ponerme. Elijo mi vestido rosa con pequeños bordados grises en los bajos y en los gruesos tirantes y me convengo de que me lo habría puesto aunque no fuese a ver a Ryan. Tengo que repetirme lo mismo cuando me maquillo y me peino. Sin embargo, soy consciente de que dejarme el pelo suelo es una declaración de intenciones demasiado obvia y, resoplando, me recojo mi melena castaña en

una sencilla cola de caballo.

A las ocho menos cuarto salgo de mi apartamento. No he estado tan nerviosa en toda mi vida.

En la puerta del hotel más bonito de la ciudad me sorprende quitándome la coleta y dejando que las ondas castañas me caigan sobre los hombros. No quiero preguntarme por qué lo hago.

«Mejor así. No te gustaría la respuesta.»

Cruzo el vestíbulo con paso titubeante. La adrenalina y la sangre caliente fluyen por mis venas a toda velocidad.

Llego al mostrador de recepción e, inquieta, comienzo a dar rítmicos golpecitos con la punta de los dedos sobre el elegante mármol. Una recepcionista se acerca con la sonrisa de rigor preparada. La mía es tímida y nerviosa, exactamente como me siento ahora mismo.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta.

—El señor Riley me espera para una reunión.

Al oír el apellido Riley, su sonrisa se vuelve increíblemente solícita y yo tengo que hacer un esfuerzo titánico por no poner los ojos en blanco.

—El señor Riley la espera en la *suite* del ático.

¿El ático? ¿En serio, Riley? El bastardo no piensa dejar ningún cabo suelto.

Le sonrío aún más nerviosa a la vez que asiento. El enfado que sentí ayer al verme en esta encerrona vuelve como un ciclón.

Un botones me acompaña hasta el ascensor y pasa una tarjeta para que el elevador me lleve directamente a la última planta. Cuando las puertas se abren, trago saliva y doy un paso al frente. Tengo la sensación de que ese pequeño gesto ha sido la decisión más temeraria que he tomado en toda mi vida.

Delante de la puerta respiro hondo y me dispongo a llamar antes de que mi parte más belicosa abandone las armas. Estar enfadada me conviene y mucho, sobre todo si no quiero acabar tartamudeando y mirándolo bochornosamente esperanzada.

—Hacer el ridículo no es una opción, Parker —me digo a mi misma y asiento varias veces para reafirmar la idea.

Casi al mismo tiempo miro a ambos lados esperando que ningún botones esté deambulando por aquí. No sé cómo encajaría que me vieran hablando sola con la premisa de no hacer el ridículo.

Finalmente respiro hondo una vez más y llamo a la puerta.

—Adelante —le oigo darme paso desde el otro lado.

Entro despacio y cierro tras de mí. Recorro el pequeño hall y me detengo en la entrada del salón. No voy a negar que acabo de ponerme un poco nerviosa. Entre estas paredes pasaron muchas cosas.

Miro a mi alrededor intentando apartar de un manotazo los recuerdos y caigo en la cuenta de que, a pesar de haberme dado paso, Ryan no está.

Confusa me dirijo a la pequeña habitación que separa los dos grandes espacios de la *suite*. Quizá esté sentado contemplando las vistas pero tampoco está. Apoyada en el umbral,

involuntariamente, llevo mi mirada al otro lado, al inmenso dormitorio y, sobre todo, a la inmensa cama. El mejor sexo de mi vida lo tuve en esta habitación. Se nos daban realmente bien los hoteles.

«No sigas por ahí.»

Oigo un ruido y a los pocos segundos la puerta de la terraza se abre y Ryan entra en el dormitorio. Sus ojos se posan en lo míos desde el primer instante y mi cuerpo traidor y kamikaze se enciende. Mentalmente me pongo los ojos en blanco. Estoy enfadada, maldita sea. Aunque objetivamente está guapísimo. Eso no puedo negarlo. La luz del sol y su traje azul marino resaltan aún más sus ojos y su pelo castaño claro hasta hacerlo parecer casi rubio.

Tengo que hacer un serio esfuerzo por no suspirar y me obligo a apartar la mirada de él. De reojo puedo verlo sonreír mientras camina hasta el umbral de la puerta del dormitorio y se detiene bajo él. Estamos separados únicamente por la pequeña estancia.

—Estás preciosa.

Todo su magnetismo animal traspasa la habitación y me atrapa. Es tan sexy que resulta casi perturbador.

Esto no está yendo en absoluto como quería.

—Tú tampoco estás mal —respondo intentando sonar indiferente.

Ryan disimula una incipiente sonrisa. Sabe perfectamente cómo está y el hecho de que tenga tan claro cómo me afecta me enfada aún más. Si cree que, porque los trajes le queden tan ridículamente bien y tener esa sonrisa, pienso olvidar lo furiosa que estoy con él, está muy equivocado.

—Creí que estábamos aquí para trabajar —comento volviendo a alzar la mirada y uniéndola a la suya.

Demuéstrale que no eres ninguna cría insegura, Parker.

—Y yo creí que tú no eras secretaria —replica insolente.

¿A que ha venido eso?

—Necesito comer, pagar facturas. No todos somos arrogantes multimillonarios como usted, señor Riley —contesto todavía más impertinente.

—¿Señor Riley? —repite esa una sexy media sonrisa en los labios—. ¿Me estás provocando?

—¿Qué? —pregunto escandalizada a la vez que intento contener una risa nerviosa—. Sí, te estoy provocando —bromeo contagiada de su humor.

Ryan da un peligroso paso hacia mí.

—Pues deberías tener cuidado —me advierte sensual.

—¿Por?

Ryan da otro paso. Ya noto su olor, sigue oliendo deliciosamente bien y yo tengo la tentación de inclinarme y aspirar directamente de su cuello.

—Porque ahora mismo todo en lo que puedo pensar es en meterme en esa cama y no dejarte salir en una semana. Lo último que necesito es que me provoques, señorita Parker.

Uau.

Sus palabras me dejan sin respiración.

—Será mejor que vayamos al salón y comencemos con la reunión —musito con un hilo de voz.

Muy bien Parker. La profesionalidad siempre es el camino.

Saco fuerzas no sé exactamente de dónde y me vuelvo para alejarme de él, pero Ryan me toma del brazo y me obliga a girarme, dejándome al borde del abismo otra vez, a escasos centímetros de sus labios.

—Ryan —susurro zafándome de su brazo —, tenemos mucho que hacer y nada en un dormitorio.

Él sonrío y por un segundo me hipnotiza. Deberían prohibirle sonreír, maldita sea.

—¿Estás nerviosa? —susurra.

—No, ¿por qué tendría que estarlo? —carraspeo para evitar tartamudear, pero es que sigue muy cerca—. Estoy muy segura de lo que quiero.

Eso es, Parker.

—Te creería si no te estuvieran temblando las rodillas —responde presuntuoso.

Yo sonrío irónica y nerviosa. Es un gilipollas y un capullo arrogante y tiene razón, pero no lo reconocería ni aunque mi vida dependiese de ello.

—Me da igual si me crees o no. Tu opinión dejó de importarme hace mucho.

Ryan sonrío otra vez de esa forma tan presuntuosa.

—¿Sabes? Para estar tan enfadada conmigo ni siquiera has intentado cancelar esta reunión de... —hace una pequeña pausa absolutamente a propósito dejando que el peso de sus palabras caiga en su sonrisa —... trabajo.

¿Qué? No me lo puedo creer.

—Si estoy aquí, es porque no he tenido más remedio —me quejo.

—Creí que eras una chica de recursos.

—Y lo soy —sentencio malhumorada.

¿A que está jugando?

—Pues entonces está claro que se te da mejor buscar excusas para estar cerca que lejos de mí.

—¿Qué? —pregunto perpleja.

Ryan sonrío claramente satisfecho de haberme hecho perder el hilo y yo resoplo. Esto se acabó. No pienso quedarme aquí para ver cómo se ríe de mí.

—Si no quieres trabajar, señor... —me freno a mi misma no quiero «provocarlo». ¡Esto es ridículo! —. Si no quieres trabajar, Ryan, me vuelvo al estudio. Tengo mucho que hacer.

Estoy dispuesta a girarme una vez más para salir del dormitorio, pero rápidamente sale a mi encuentro y tira de mi brazo de nuevo, volviéndome a dejar demasiado cerca de sus labios, de su cuerpo, de él.

—No vas a irte.

—¿Por qué? ¿Ya no tienes más ex empleadas de las que reírte?

Mi comentario le pilla fuera de juego y por un segundo me mira confuso aunque rápidamente se repone.

—¿A que ha venido eso? —pregunta malhumorado.

—A que estoy cansada de que te rías de mí y también a que estoy muy enfadada por esta encerrona —continúo exasperada.

—Si no hubieras saliendo corriendo cuando nos encontramos en los Hamptons, no habría tenido que ir a buscarte —replica malhumorado.

Parece que está comenzando a enfadarse.

—No iba a quedarme contigo en esa casita. Estoy muy enfadada —repito tratado de que, por algún milagro, lo entienda de una vez—. No voy a caer rendida a tus pies otra vez.

La sexy sonrisa de Ryan reaparece en sus labios y cualquier rastro de enfado parece esfumarse. Está claro que le divierte verme aquí, frente a él, justo en este hotel, defendiendo mi postura.

—¿Estás segura? —inquire acercándose aún más.

Resoplo. Había olvidado lo agotador que es discutir con él.

—Sí —musito reafirmando mi respuesta.

Ryan da el peligroso y último paso que nos separa y yo me doy cuenta de que también parece que había olvidado lo guapísimo que es o quizá he confiado demasiado en mis posibilidades. Si no, no entiendo como he pensado que podría escapar de él.

—Ryan, por favor —suplico y no sé exactamente por qué lo hago.

—¿Qué?

Mueve una de sus manos y acaricia fugaz mi cadera con la punta de sus dedos. Yo suspiro, casi gimo.

—Tengo que irme. —Mi voz apenas es un murmullo.

—No voy a dejar que te me escapes otra vez —susurra salvaje y sensual anclando sus dedos con fuerza sobre mi piel, reclamando lo que es suyo.

Está tan cerca que puedo notar su cálido aliento inundando mis labios. Va a besarme y yo voy a rendirme porque lo echo demasiado de menos.

Su móvil comienza a sonar en el bolsillo interior de su chaqueta. El ruido me sobresalta y me devuelve a la realidad. Mi sentido común, mi enfado y mi indignación vuelven de golpe y me gritan la estupidez que he estado a punto de hacer. Me alejo unos pasos y escapo de su campo de fuerza. Él me observa con la mirada oscurecida. Está llena de deseo pero también de frustración, de rabia. Sin desunir nuestras miradas, saca el iPhone que aún suena en su chaqueta, lo apaga sin comprobar quién llama y lo lanza al fondo de la habitación. El teléfono choca primero contra un elegante mueble y después contra el suelo. A pesar de todo, no es un gesto furioso. Simplemente ahora mismo el móvil y fuese quien fuese quien le estuviese llamando no le importan lo más mínimo.

Da un paso hacia mí e inmediatamente yo lo doy hacia atrás. Suspira brusco y profundo y la expresión de su rostro se recrudece. Soy plenamente consciente de lo enfadado que está, pero yo también lo estoy y no puedo dejar que se acerque.

El móvil vuelve a sonar en algún punto del dormitorio. Me sorprende que aún funcione.

—Será una llamada de trabajo. Deberías contestar —musito.

—Maddie, me importa bastante poco quien sea.

Es su voz de jefe exigente y tirano. Algo dentro de mí reacciona a ese tono, como ha sucedido desde el día en que lo conocí, y brilla con fuerza.

—Ryan, voy a marcharme.

Es lo mejor. Ni siquiera tendría que haber venido.

—No se te ocurra hacerlo —replica con la voz endurecida.

—No puedes impedírmelo.

Me mira arqueando una ceja y una media sonrisa de lo más arrogante comienza a dibujarse en sus labios. Claro que podría. Es más, ni siquiera creo que le costase mucho.

—No quiero que me lo impidas —cambio la frase y su sonrisa desaparece.

Nuestras miradas siguen atadas. Sus ojos azules brillan metálicos e indomables, con una intensidad salvaje y desbocada. Esa mirada consigue mantenerme clavada en el elegante parque, me impide alejarme de él. Es algo instintivo, algo que, aunque quiera, no puedo controlar.

Llaman a la puerta y Ryan farfulla frustrado por la nueva interrupción.

—Un desayuno cortesía del hotel, señor Riley —nos anuncian desde el otro lado. Una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro. Necesito salir de esta habitación si no quiero acabar en sus brazos otra vez.

Una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro. Necesito salir de esta habitación si no quiero acabar en sus brazos otra vez.

—Me tomaría un café —comento tratando de sonar conciliadora.

Ryan me mira confuso. Es demasiado listo.

—Te prometo que no me marcharé —miento.

Me observa unos segundos más y, al fin, desconfiado, pasa a mi lado y se dirige hacia el recibidor. El botones entra empujando un elegante carrito hacia el centro de la suite, dejando la puerta abierta. Su mirada sigue sobre mí. Yo, fingiéndome absolutamente inocente, doy unos pasos hacia el salón y, cuando Ryan deja de prestarme atención para darle un propina al empleado, salgo corriendo como una exhalación.

Le oigo mascullar algo que no logro entender y sale disparado tras de mí.

Llamo al ascensor. Se abre. Entro y comienzo a pulsar desesperada el botón de la planta baja. Las puertas comienzan a cerrarse. Escucho a Ryan solo a unos metros.

—Vamos —suplico.

Llega acelerado justo para ver las puertas terminar de cerrarse. No puedo evitar que una sonrisa malcriada y triunfal se escape de mis labios. Me he librado y él debe estar hecho una auténtica furia ahora mismo.

«La sonrisa te va a durar poco.»

Lo sé.

Nerviosa, miro cómo los números del ascensor van descendiendo. Las puertas se abren en el vestíbulo y sin pensarlo salgo corriendo.

—¡Maddie! —le oigo llamarme a lo lejos mientras atravieso las majestuosas puertas del hotel.

Me giro por inercia y lo veo acercarse a toda velocidad desde la puerta que da a las escaleras. Joder, sí que está en buena forma.

Deprisa, salgo a la calle y me quedo petrificada al ver a Finn frente a mí. ¿Va a detenerme? Lo miro un instante. Él me devuelve la mirada confuso y automáticamente comprendo que no sabe nada y, sin dudarlo, otra vez.

—¡Maddie! —oigo gritar a Ryan.

Finjo no oír nada y continuo esquivando neoyorquinos y turistas. Afortunadamente esto es Manhattan. Aquí todos han visto de todo y, los que no, piensan que es lo más habitual en la Gran Manzana. En cualquier caso, nadie se sorprende.

Cruzo la calle sin ni siquiera mirar y un taxi tiene que dar un frenazo para no atropellarme. Aun así, llego a la otra acera. Sin embargo, ya tengo un motivo más para que me tiemblen las rodillas.

—¡Joder! ¡Maddie! —grita de nuevo.

Soy consciente de lo infantil de mi comportamiento. Tarde o temprano acabará alcanzándome y en cualquier caso no puedo pasarme la vida corriendo, pero no puedo volver a ese maldito hotel.

Estoy a punto de cruzar la siguiente calle pero un claxon me hace detenerme en seco con un pie ya en la carretera.

Genial, Parker. Sólo te falta morir atropellada y encima por un Prius.

«Eso ni siquiera es un coche de verdad.»

Me quedo paralizada observando al conductor, que me asesina con la mirada antes de continuar su camino. En ese mismo instante noto la mano de Ryan agarrarme por el brazo y obligarme a girarme sin ninguna delicadeza.

—Maddie, ¿te has vuelto loca? —me reprende con la respiración acelerada—. Como vuelvas a ponerte en peligro de esa manera, te juro por Dios que no respondo.

Su tono está endurecido y la rabia, apenas contenida en su mirada, pero, maldita sea, ¡todo esto ha sido por su culpa!

—Sube al coche —me ordena exigente.

El Audi A8 acaba de detenerse a unos pasos de nosotros. Yo lo miro sin moverme un centímetro. El Prius tendría que volver y atropellarme de verdad, porque sólo muerta subiría a ese coche. ¡Yo también estoy furiosa!

Ryan se pasa las manos por el pelo e intenta controlar su respiración. Desde luego se ha dado una buena carrera.

—Sube —masculla furioso.

Me mira con los ojos entornados. Quiere que me suba y quiere que lo haga ya.

—Ni hablar —replico impertinente.

Ryan da un paso hacia mí. Ahora mismo su metálica mirada podría atravesarme; aun así, no me amedrento y no aparto mis ojos verdes de los suyos azules.

—Sube al maldito coche, Maddie.

Su voz es tan amenazadoramente suave que hace que se me hiele la piel. No voy a negar cuánto me intimida.

—Joder —claudico malhumorada.

Entro en el coche ante su atenta mirada. Desde la ventanilla observo cómo pierde la vista en la bulliciosa ciudad. En ese instante la mente la mente parece funcionarle a mil kilómetros por hora. Tras unos segundos, baja la mirada y cabecea. Finalmente se sube al Audi e inmediatamente Finn se incorpora al tráfico.

Por suerte para mí este coche es lo suficientemente amplio como para poder quedarme en un extremo con los brazos cruzados sin mantener el más mínimo contacto con Ryan.

—No me puedo creer que hayas sido tan irresponsable de cruzar la calle así —gruñe.

¿Qué? ¿Cómo se atreve a reprocharme nada? ¡Es el colmo!

—No es asunto tuyo —replico.

—¡Han estado a punto de atropellarte!

—¡No quería estar contigo!

Mi frase nos silencia a los dos. Creo que él nunca habría imaginado que me escucharía decirla y la verdad es que no nunca habría pensado que la pronunciaría. Resoplo. Odio esta situación.

—Me has mentido —protesta malhumorado.

—Eso ha sido culpa tuya —me defiendo.

Ryan me asesina con la mirada pero yo no me amilano. Estoy muy cabreada y lo cierto es que no entiendo por qué sigo aquí. Me voy a mi casa y no pienso permitir que me lleve.

«Prohibido acercarte a cien metros del Village, Riley.»

—Para el coche. Quiero bajar.

—Ni hablar —responde arisco sin ni siquiera mirarme.

—Para el coche —repito intentando no abalanzarme sobre él para lanzarlo del vehículo en marcha.

Ryan me ignora por completo y continúa con la vista al frente. Yo lo asesino con la mirada y me dejo caer con rabia contra el asiento. Dios, ¿cómo puede ser tan frustrante?

—Finn —digo mirando al chófer y usando mi tono más amable—, para el coche, por favor.

—No —se adelanta Ryan terco a cualquier respuesta que pensara darme.

—¡Para el maldito coche! —grito.

Estoy al límite de mi paciencia.

Ryan entorna una vez más los ojos y resopla malhumorado. Le hace un imperceptible gesto a

Finn y éste detiene el coche. En cuanto el Audi ralentiza la velocidad lo suficiente, abro la puerta y me bajo. Ryan lo hace tras de mí.

—¿Se puede saber por qué estás tan cabreada? —masculla furioso a mi espalda.

—¿Qué? —¿Cómo puede atreverse a preguntarme algo así?—. Por tu culpa —respondo absolutamente enfadada, herida, furiosa—. Me dejaste. Me echaste de tu vida sin ni siquiera pestañear y ahora te comportas como si nada hubiera pasado, como si hubiese sido una discusión sin importancia.

Mis palabras tienen un eco directo en él, porque su expresión se suaviza y un sentimiento puro y sin endulzar lleno de arrepiento y dolor se apodera de sus ojos azules.

—He pasado los días más horribles de mi vida —concluyo con la voz entrecortada, pero no es un llanto de dolor, sino de rabia.

—Maddie —me llama.

Su única palabra está llena de compasión y eso es lo último que quiero; él es la última persona que deseo que me compadezca.

—Déjame en paz, Ryan —sentencio empezando a caminar, alejándome de él.

—Maddie —vuelve a llamarme acercándose a mí.

Una lágrima se escapa por mi mejilla. Ryan alza la mano para intentar secármela, pero yo detengo su mano con la mía y rápidamente me limpio la cara con el reverso de la otra.

Resopla pero no se queja.

—Lo destrozaste —susurro mirándole directamente a los ojos con los míos vidriosos.

—Lo sé —responde sin dudar.

Su mirada se endurece y el dolor se hace aún más patente en ella.

Suspiro. Aunque a veces me sea más fácil no pensar en ello, sé que él también está sufriendo con todo esto.

—Siento haberte mentido —susurro en tono conciliador.

Ryan me dedica una sonrisa fugaz que no le llega a los ojos. Durante unos segundos nuestras miradas se entrelazan y los dos decidimos tácitamente concedernos una tregua.

—Tenemos trabajo que hacer.

—En terreno neutral —aclaro.

Su sonrisa se ensancha y al verla no puedo evitar imitarla. A pesar de todo, sigue siendo la sonrisa más maravillosa que he visto nunca.

Ryan mira a su alrededor y, tras unos segundos, centra su atención de nuevo en mí.

—¿Qué le parece esa cafetería, señorita Parker? —pregunta señalando un pequeño local al otro lado de la calle.

Asiento. Parece un sitio de lo más agradable.

—Finn —lo llama girándose hacia él—, he olvidado mi móvil en el hotel. —Ryan me mira de reojo y no puedo evitar que se me escape una sonrisilla de lo más impertinente—. Puede que no

funcione.

Ahora es Finn quien asiente.

Mi sonrisa se hace más evidente. Ryan resopla divertido y, tomándome por sorpresa, me coge de la mano y cruzamos la calle. Pienso en protestar, pero el tacto de sus dedos contra los míos me trae demasiados buenos recuerdos.

Me guía por la pequeña cafetería hasta una de las mesas junto a los ventanales. Es un local pequeño, muy acogedor. Parece una de esas *pâtisserie* de las postales de París.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Ryan.

—Un refresco.

—Creí que te apetecía café —comenta socarrón.

Yo sonrío tímidamente y aparto mi mirada para tomar un poco de distancia de esos ojos azules. Necesitaba un plan de huida, ¿qué puedo decir?

Ryan regresa a los pocos minutos seguido de una camarera que nos sirve dos vasos de soda con hielo y limón y un *cupcake* de nata adornado con una fresa perfecta y brillante. Sonrío al contemplarla. Parece dibujada.

La chica se retira rápidamente y desaparece en la trastienda. No hay más clientes en el local, así que casi sin darme cuenta vuelvo a estar exactamente como no quería, a solas con él.

Le doy un trago a mi soda fingiendo que la situación no me pone nerviosa y comienzo a rebuscar en mi bolso mi libreta y un lápiz. Ryan apoya los brazos en la mesa y se inclina ligeramente hacia delante. Sus ojos están posados en mí, escrutando cada movimiento que hago, y eso claramente no ayuda a que dejen de temblarme las rodillas.

—¿Qué especificaciones quieres que le haga llegar a Roy?

Sí, lo mejor es centrarse en el trabajo. Ser profesional.

Ryan resopla a la vez que se yergue sobre su silla. No sé si es porque he sacado el tema del trabajo o por lo que le inspira Roy.

—Que el edificio se mantenga en pie —replica sardónico.

Definitivamente es por Roy.

—Es tan mal arquitecto que dudo que lo consiga —sentencia.

Apenas puedo disimular la sonrisa que amenaza con inundar mis labios. Los dos pensamos exactamente lo mismo de Roy. Lo cierto es que por un momento temí que se hubiese vuelto loco y creyera que realmente era el arquitecto adecuado para el trabajo.

—Entonces, ¿por qué lo has contratado? —pregunto con cierto aire pícaro en la voz.

Ahora soy yo la que cruza los brazos sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—Tiene un personal interesante, ¿qué puedo decir?

—Tú deberías diseñar esos edificios.

Mis palabras se han escapado de mis labios sin que haya podido contenerlas y han sonado más admiradas de lo que me hubiese gustado.

Ryan sonríe.

—Así que, si monto un estudio de mala muerte en el centro de Manhattan y obligo a unos becarios a que trabajen gratis, ¿serás mi secretaria? —pregunta socarrón.

—Tú no eres el nieto de Alexander Maritiman.

—Creí que te ponía que fuera un Riley —responde divertido, plenamente convencido de cada presuntuosa palabra que ha pronunciado.

Yo río escandalizada y lo miro. Por un momento me dejo envolver por sus ojos azules y por la electricidad que ha ido creciendo entre nosotros a cada palabra. Me muero de ganas de irme con él, ésa es la pura verdad. Por eso, antes de que mi sentido común se diluya, tengo que marcharme de aquí.

—Gracias por el refresco, Ryan —digo levantándome.

Él suspira y se deja caer sobre la silla.

—Vas a ponérmelo difícil, ¿verdad?

Yo finjo que no he oído nada mientras guardo el cuaderno y el lápiz de nuevo en mi bolso. Ryan se levanta y se ajusta los puños de la camisa que le sobresalen elegantemente de la chaqueta azul marino. Me observa unos segundos y finalmente se inclina hacia mí.

—El problema para ti es que, cuanto más difíciles me ponen las cosas, más las deseo.

Sin decir nada más, se aleja en dirección a la puerta robándome cualquier tipo de reacción. Sus palabras han sonado exactamente como lo que son, una sensual y sexy amenaza que me ha quitado la respiración.

Trato por todos los medios de romper el hechizo y dejar de mirarlo, reaccionar de una maldita vez, pero no puedo. Es demasiado guapo, demasiado atractivo, demasiado todo, y yo la pobre idiota que intenta huir de él, como si eso fuera posible.

Alza la cabeza y su mirada llena de deseo y puro magnetismo animal se posa en la mía. Ahogo un suspiro milagrosamente.

—Maddie —me llama.

La exigencia de su voz por un segundo hace que mi sentido común desaparezca y sólo quiera correr a besarlo.

Todo esto es muy mala idea.

«Pero que muy mala idea.»

—Maddie —vuelve a llamarme.

Su mirada me seduce. Ryan sonrío arrogante, un sonrisa dura y fugaz. Camina hacia mí pero se detiene a unos pasos.

—Te quiero en mi oficina mañana a las once.

No me lo pide, me lo ordena con su voz transformada en un susurro salvaje y sensual. Es una voz tan masculina y sexy que despierta mi cuerpo por puro instinto.

Asiento. No puedo articular palabra. Su mirada continúa sobre la mía e involuntariamente mis ojos comienzan a bailar entre los suyos y sus perfectos labios. Quiero, necesito que me bese, pero Ryan gira sobre sus pasos y se encamina hacia la puerta.

—Hasta mañana, señorita Parker —se despide justo antes de salir.

Me siento como si me hubieran despertado de golpe de un sueño. ¿Qué acaba de pasar aquí?

Miro a mi alrededor y suspiro con fuerza. He estado a punto de caer de lleno y lo más sorprendente es que, si no lo he hecho, ha sido porque él no ha querido. Eso ha sido como si tiraran de la alfombra bajo mis pies.

Vuelvo a suspirar aún más larga y profundamente que antes. Desde luego las cosas no han salido como esperaba.

«¿Con Ryan las cosas salen como esperas alguna vez?»

Desde luego que no.

A pesar de ser domingo, paso el resto de la mañana y toda la tarde en el estudio. Lo hago porque no quiero estar en mi apartamento y comenzar a martirizarme con todo lo que ha sucedido.

Pasadas las seis no tengo más remedio que marcharme. Literalmente secuestro a Lauren y cenamos todos juntos en casa de los Hannigan.

Cuando me meto en la cama, estoy agotada. Solo quiero dormir pero sin quererlo comienzo a pensar en Ryan, a repasar cada minuto del día de hoy. Son momentos como éste los que me hacen pensar que tengo un punto autodestructivo que no me ayuda en nada. Me lo recuerdan estos instantes y el hecho de que no me haya mudado a la montaña más recóndita de la India para huir del señor irascible-sexo increíble.

Me despierto desorientada. Me levanto y apoyo los pies sobre el parqué recién acuchillado. El suelo se balancea suavemente. Comienzo a caminar y por un momento dejo que el tenue olor a espuma y sal me inunde. Salgo a cubierta y camino hasta la barandilla. Adoro el mar.

Un ruido en el otro extremo del barco me distrae y, curiosa, camino hacia él. Parece un grupo de chicas gritando entusiasmadas.

—¡Diez! —pronuncian a coro—. ¡Nueve! ¡Ocho! —Es una cuenta atrás—. ¡Siete!

Recorro el descomunal barco y al fin veo el grupo de chicas. Debe de haber docenas.

—¡Seis! ¡Cinco!

Todas llevan bañadores de diseño y tacones de infarto.

—¡Cuatro! ¡Tres!

Están pletóricas, como si la cuenta atrás fuese a acabar con el calentamiento global y las guerras en el mundo y las hiciera despertar la mañana de Navidad.

—¡Dos! ¡Uno!

Rodean algo pero, por mucho que lo intento, no puedo ver qué es.

—¡Cero!

Todas las chicas rompen en aplausos y vítores. Comienza a caer confeti de colores, aunque no sé muy bien de dónde.

El grupo de chicas se abre ante mí y por fin consigo ver lo que admiraban tan entusiasmadas. Ryan, más guapo que nunca, está en el centro de la cubierta con una gorra de capitán y a su lado Bar Refaeli con sus kilométricas piernas.

—¡Por Ryan! —grita ella levantando su copa de Dom Pérignon Rosé—. Ya no tendremos que esperar más. Vuelve a pertenecer a todas las chicas del mundo.

Todas aplauden pletóricas y él sonríe encantado.

Me despierto sobresaltada, con la respiración hecha un verdadero caos y el corazón latiéndome desbocado. ¡Odio estos malditos sueños!

El despertador suena a las siete en punto. Me levanto pataleando contra las sábanas. Sigo muy enfadada, exactamente como me desperté después de ese maldito sueño. Ryan puede *volver a jugar* con quiera. Me da igual si es con una modelo de lencería o con todo el plantel de *Victoria's Secret*.

Resoplo y me siento en el borde la cama. Eso no es verdad. No quiero que juegue con nadie. Emocionalmente exhausta me dejo caer de nuevo contra el colchón. Lo de mudarme a un lugar recóndito de otro continente me resulta cada vez más atractivo.

«No te valdría de nada, seguirías soñando con él»

Me pongo los ojos en blanco, suspiro con fuerza y me levanto de un salto. No voy a martirizarme con esto. Es cierto que solo he necesitado pasar un par de horas con él para acabar hecha un lío, pero no pienso rendirme. Sigo enfadada, muy enfadada y si no lo entiende es su problema.

Enciendo la radio y comienza a sonar *Bang Bang* de Jessie J., Ariana Grande y Nicki Minaj. Sonrío. Me gusta esta canción. Cada vez que la escucho tengo la sensación de que las mujeres podríamos dominar el mundo.

Salgo de la ducha tarareando. Hoy hace un calor insoportable así que opto por un sencillo vestido verde agua de tirantes con pliegues en la falda. Para darle un poco de gracia añado un delgado cinturón marrón y mis sandalias de cuero también marrones. Abrochándolas me pregunto cuándo dejará de hacer tantísimo calor. Ya estamos prácticamente en septiembre.

Me recojo el pelo en una cola de caballo y me maquillo. Gracias a mis entretenidos sueños con yates y Bar Refaeli no tengo el aspecto descansado que me gustaría pero logro disimularlo.

En el estudio dejo todo listo para Roy antes de que él se digne aparecer siquiera y a las nueve y media ya estoy en el andén esperando el metro para ir al Riley Enterprises Group. Conforme más se acerca el momento de poner los pies allí, más nerviosa estoy, pero decido ignorarlo. Soy una chica fuerte y pienso demostrarlo.

Desde que me bajo en la parada de la 59 con Columbus Circus, tengo que respirar hondo una decena de veces, pero eso también lo ignoro. Nada va a acabar con la idea de que esta vez voy a controlar el control de la situación.

Saludo a Ben de camino a los ascensores. Él me devuelve un rutinario «hola» hasta que cae en la cuenta de que soy yo e, inmediatamente, alza la cabeza sorprendido.

—No te preocupes. Sólo es temporal —le aclaro con una sonrisa entrando en el ascensor.

—Aun así, me alegro —le oigo contestar casi en un grito.

Mi sonrisa se ensancha.

Me escabullo al fondo del ascensor. Y flanqueada por una veintena de hombres enchaquetados vuelvo a suspirar hondo. En las veinte planas de trayecto los ejecutivos entran y salen. Algunos me miran como si mi cara les sonase, aunque no recuerdan de qué.

Cuando el pitido me anuncia que las puertas van abrirse salgo muy decidida. Sin embargo a cada paso que doy a través de la redacción, las burbujas en la boca de mi estómago se hacen más y más fuertes. Es normal estar nerviosa, me digo, este ha sido el lugar de mis días más felices y de mis desgracias.

Cuando el ascensor se abre, por un momento mis piernas se niegan a obedecerme y caminar. Ya no estoy nerviosa. Ahora estoy a punto del colapso. Intento reunir todas las fuerzas que aún conservo y por fin empiezo a andar.

Las puertas se cierran a mi espalda y con un suspiro saco todo el aire que involuntariamente

había retenido. Otra vez estoy aquí y, Dios, ¡cómo lo había echado de menos!

Saludo a algunos redactores y voy al despacho de Bentley. Entro despacio y sonrío al ver a mi jefe exactamente como esperaba: concentradísimo en su mesa de arquitecto revisando fotografías y con una pila de documentos corregidos con rotulador rojo a su lado.

Llamo suavemente a la puerta y mi antiguo jefe alza la cabeza.

—Maddie —me saluda sorprendido—. ¿Qué haces aquí? Vas a volver —afirma con una sonrisa en los labios sin darme tiempo a responder.

—Sólo he venido a recoger unos documentos —le aclaro sin poder evitar que su gesto se contagie a mis labios—. Las especificaciones para Roy.

—Una lástima —se lamenta—. Hoy más que nunca me vendría bien mi ayudante.

Claramente se refiere al día de cierre de la revista.

El teléfono de su mesa suena. Me hace un gesto para que lo disculpe y yo asiento en seguida. Bentley comienza a hablar y yo decido darme un melancólico paseo por la que fuera mi oficina. Todo sigue exactamente igual que como lo dejé, lo que me hace pensar que nadie me ha sustituido en estos días. Debe haber sido una locura para Bentley. La verdad es que ahora mismo me siento un poco culpable.

Acaricio la mesa con nostalgia y miro detenidamente mi sillón. En ese instante noto pasos detenerse a mi espalda y, como siempre, todo mi cuerpo sabe que es él.

—Buenos días, señorita Parker.

Por un momento valoro seriamente la posibilidad de no girarme. Seguro que estará guapísimo y llevará un traje espectacular. Podría colarme en su casa una noche y quemarle todos los trajes a medida, obligarle a vestir con ropa de grandes almacenes. Resoplo. ¿A quién pretendo engañar? Lo he visto con un simple pantalón corto de deporte y estaba de ensueño.

Resignada me giro, alzo la mirada y todas mis sospechas se hacen injustamente realidad. Está atractivo hasta decir basta con un traje italiano negro, camisa blanca y corbata delgada y negra. No se ha afeitado y una incipiente y sexy barba le recorre la mandíbula. Por un segundo imagino cómo sería el tacto contra la piel de mi mejilla o, mejor aún, contra la de mis muslos.

Me pongo los ojos en blanco mentalmente. ¡Maddison Parker, estás enfadad con él!

—Buenos días, señor Riley.

Trato de sonar indiferente pero está tan guapo que casi tartamudeo y mi seguridad pierde un poco de efecto.

Él sonrío y sus preciosos ojos azules atrapan los míos. Sé que le oído, pero son los ojos más maravillosos que he visto nunca.

—Aún no son las diez —dice dando un peligroso paso hacia mí—. Diría que estás un poco ansiosa.

—Pensé que, si venía antes, terminaríamos antes y podría marcharme. Tengo mucho trabajo —me defiende.

Bien dicho, Parker.

—Una lástima —susurra dando un paso más—, porque hoy no vas a moverte de aquí.

Su voz es tan salvaje y sensual, tan masculina, tan peligrosa que todas mis defensas caen fulminadas. Nerviosa me muerdo el labio inferior intentando contener un suspiro. Todo esto es una maldita locura. Quiero odiarle. ¿Por qué no me deja odiarle?

Creo que va a cruzar la distancia ínfima que nos separa y a besarme con fuerza, pero en lugar de eso entra en el despacho de Bentley, deja una carpeta sobre la mesa y, sin mirar atrás, sale de la oficina. Yo, como ha vuelto a ser desastrosamente habitual, no puedo más que ver cómo se aleja dejando una estela de pura sensualidad y seducción tras él.

«Parece que las cosas no han cambiado mucho por aquí.»

¡Maldita sea!

—Maddie —me llama Bentley sacándome de mi ensoñación.

—¿Sí? —respondo reaccionando al fin.

Por la manera en la que me mira, tengo la ligera sospecha de que no era la primera vez que me llamaba. La verdad es que en los últimos días me he visto en esta situación más veces de las que me gustaría admitir.

—¿Quieres que nos tomemos un café?

—En realidad había pensado que podría ayudarte, si quieres —replico rápidamente.

Bentley me mira con una sonrisa. Sabe que estoy deseando volver a sentarme en esa silla.

—No tengo que ver a Ryan hasta las once —me disculpo.

Bentley decide torturarme y no decir nada. Sólo me observa con esa sonrisa insolente en los labios.

—Vale, está bien —confieso exasperada—. Me muero por volver a trabajar contigo aunque sólo sea una hora.

Ambos nos echamos a reír.

Bentley me hace un gesto para que entre con él en su despacho y me sienta al otro lado de su mesa. Me enseña la maqueta en blanco de la revista y comenzamos a discutir la disposición de los artículos, aunque más bien el que fuera mi jefe pone en marcha todo su talento y yo me limito a asentir y sonreír. Nunca me cansaré de repetir lo increíble que es verlo trabajar.

—Son casi las once —comenta mirando su reloj—. Será mejor que vayas a ver a Ryan.

Asiento y ambos nos levantamos.

—Me has ayudado mucho —añade.

Salimos de su despacho y nos quedamos a unos pasos de la puerta de la redacción.

—Bentley, sólo te he dicho que tus ideas me parecían buenas.

—Bueno, a veces todos necesitamos que nos digan que lo que pensamos hacer no es una locura —dice muy seguro de sí mismo—, como ahora.

¿Por qué tengo la sensación de que no estamos hablando de la maqueta?

—Sólo he venido por trabajo —susurro poniéndome a la defensiva sin saber muy bien por qué.

—Y yo sólo hablaba de la maqueta.

La sonrisa de Bentley se transforma en una mueca de lo más impertinente y finalmente me da un cariñoso beso en la mejilla.

—Suerte con el señor irascible —se despide de vuelta a su despacho.

No puedo evitar sonreír y automáticamente caigo en la cuenta de que estoy aquí y no le he dicho nada a Lauren. Si se entera, me mata. Camino del despacho de Ryan le envío un mensaje diciéndole que comamos juntas en Marchisio's. Su respuesta no tarda en llegar.

¿Segura? Creía que, en el divorcio, el Marchisio's le tocó al señor irascible-sexo increíble.

Sonrío.

Y le tocó. Hoy es mi día de visitas.

Al levantar la vista del iPhone, ya estoy frente a la puerta de su despacho. He caminado por inercia hasta aquí y es ahora cuando realmente me doy cuenta de dónde estoy.

Empiezo a pensar que esto no es buena idea, sobre todo después de los «buenos días» de hace poco más de una hora. Sacudo la cabeza. Estoy aquí por trabajo. Nada más. No puedo permitir que mi profesionalidad se vea afectada de nuevo. Recogeré las especificaciones y me marcharé. Exactamente lo que debí hacer ayer.

El iPhone vibra en mi mano. Miro la pantalla. Es un nuevo mensaje de Lauren lleno de exclamaciones, interrogaciones, asteriscos y almohadillas cuya traducción libre es que esta absoluta y totalmente alucinada. Sonrío. Voy a tener que responder muchas preguntas durante el almuerzo.

Miro el reloj de mi Smartphone. Son las once y dos minutos. Ryan odia la impuntualidad así que será mejor que entre ya. Respiro hondo y cuadro los hombros. Agarro con fuerza el pomo y lo giro. Nunca he tenido tan claro que me estoy metiendo en la guarida del león.

Tess está sentada a su enorme mesa tan elegante como siempre. Todo está exactamente igual, aunque por otro lado no sé qué esperaba.

Tranquilízate, Parker.

—Hola, Maddie. Me alegro de verte —me saluda sincera.

—Hola, Tess. ¿Qué tal va todo?

Ella me sonrío perspicaz. Parece que el señor irascible está en buena forma.

—Le avisaré de que estás aquí.

Asiento.

En ese momento las puertas del despacho de Ryan se abren. Él sale con el paso decidido y deja unas carpetas sobre la mesa de Tess. Me ve pero su expresión se mantiene imperturbable. Gira sobre sus pasos y vuelve a la oficina sin dedicarme una palabra. ¿Está enfadado?

—Señor Riley —lo llama Tess—, Maddie Parker está aquí.

Ryan vuelve a girarse y apoya el costado en el marco de la puerta a la vez que se cruza de brazos. Sus ojos azules al fin se posan sobre mí.

—¿Se reunirá con ella ahora? —le pregunta la secretaria.

Está maquinando algo. Puedo notarlo en su mirada.

—No —responde al fin displicente—. Llega tarde —continúa— y ya me he puesto con otros asuntos.

Miro el reloj indignada. No son más que las once y seis minutos, bastardo controlador.

—La próxima vez sea más puntual —añade con ese tono tan presuntuoso y exigente como si hubiese oído mi protesta mental.

Le dedico la peor mirada que soy capaz de esgrimir y tragándome todos los insultos que ahora mismo quiero gritarle a la cara, giro sobre mis pasos dispuesta a marcharme. Si piensa que voy a quedarme aquí todo el día esperando a que decida recibirme, está muy equivocado.

—Muchas gracias, Tess —me despido.

Ella me devuelve una sonrisa llena de empatía. Está claro que después de ser su secretaria todos estos años, sabe lo insufrible que puede llegar a ser.

—Sigue necesitando las especificaciones —apunta Ryan aún más insoportable.

Sus palabras me detienen en seco.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Tiene razón. No puedo regresar al estudio sin las especificaciones. Ahora mismo sólo quiero estrangularlo.

Me vuelvo una vez más maldiciendo para mis adentros.

—Señor Riley —lo llamo obligando a las palabras a subir por mi garganta. ¡Estoy furiosa!

—¿Sí, señorita Parker?

Él muy capullo está disfrutando con esto.

—¿Cuándo podría atenderme?

Las palabras y mi tono de voz no casan en absoluto.

—No lo sé —responde absolutamente odioso—. Tess, ¿cuándo tendré un hueco para atender a la señorita Parker?

Lo fulmino con la mirada, pero él, lejos de amedrentarse, sonrío presuntuoso.

—Tiene una reunión con el señor Miller después de comer, pero podríamos pasarla a mañana —le informa.

—No. Me interesa muchísimo lo que el señor Miller tenga que decirme.

Ahogo una risa furiosa en un suspiro a la vez que cabeceo y apoyo las manos en mis caderas. Si hay alguien que no tiene el más mínimo interés para Ryan es precisamente el señor Miller. Aún recuerdo cuando dijo que sus explicaciones eran de parvulario. Y lo peor de todo es que sabe que lo sé.

—Entonces, ¿a última hora de la tarde? —pregunta la secretaria de nuevo.

—Sí, supongo que sí —contesta como si le supusiera un esfuerzo enorme.

Es un gilipollas.

—Pues nos veremos a última hora de la tarde —respondo malhumorada a la vez que me giro de nuevo.

—Señorita Parker. —Esas dos palabras me hacen detenerme otra vez.

No puedes asesinarle, me repito a modo de mantra mientras me giro, no puedes asesinarle y mucho menos si hay testigos aunque tengo serias dudas de que Tess testificara en mi contra. Creo que más bien me enviaría una cesta de mini magdalenas y una tarjeta musical por librarle de él.

—A última hora de la tarde no me viene especialmente bien —continúa—, así que intentaré encontrarle un hueco. No se marche muy lejos.

¡Tiene que estar de broma! No pienso quedarme aquí todo el día a su entera disposición.

Voy a abrir la boca dispuesta a protestar, en realidad, a iniciar la tercera guerra mundial, pero Ryan, sin darme tiempo a reaccionar, se incorpora conservando esa maldita sonrisa y entra de nuevo en su despacho para cerrar la puerta tras él.

Suspiro con fuerza con la mirada clavada en la puerta. Sopeso seriamente la posibilidad de entrar y rociarlo todo con gasolina. No puedo creerme que piense retenerme aquí todo el día en contra de mi voluntad. Qué frustrante es todo esto. Había olvidado que discutir con Ryan Riley, director ejecutivo, siempre lo es.

Cruzo la redacción como una exhalación y acabo, otra vez por inercia, en mi antigua oficina. Echo un discreto vistazo al despacho de Bentley y, tras comprobar que no está, me dejo caer malhumorada en mi silla. Ahora mismo me siento como Bill Murray despertando en el día de la marmota otra vez. Sólo que mi vida gira en torno a una oficina y a un hombre injustamente atractivo.

Tengo que dejar de martirizarme urgentemente. Si voy a tener que estar aquí, por lo menos intentaré disfrutar y hacer todo lo que echo tanto de menos, o casi todo.

Busco a Bentley y paso el resto de la mañana trabajando con él. El mal humor se me pasa en seguida y por un momento casi me descubro agradeciéndole mentalmente a Ryan que me obligue a estar aquí.

De regreso de recoger unas correcciones, veo a Ryan en la sala de conferencias, sentado a la enorme mesa, reunido con un grupo de ejecutivos. Está concentrado y, como siempre, se le ve determinado y brillante, irradiando una luz que le hace tremendamente atractivo.

No puedo evitar quedarme embobada mirándolo. Definitivamente ha nacido para estar ahí sentado, para ser el CEO de unas de las empresas más importantes del país, para cambiar el mundo.

Ryan alza la vista y, al perderla en la redacción, nuestras miradas se encuentran. Por un momento ninguno de los dos se mueve y por un momento también nos dejamos envolver por todo lo que sentimos y por la electricidad que, a pesar de la pared, las otras mesas y las decenas de personas, se instala entre nosotros y nos ata a unos niveles que ni siquiera entiendo.

Ryan sonrío, su sonrisa preciosa y sincera, y yo hago lo mismo.

En estos momentos me cuesta mucho trabajo recordar porque estoy tan enfadada con él.

Finalmente vuelve a centrarse en los ejecutivos con los que está reunido y yo doy el suspiro más largo de la historia.

Tengo que salir de aquí ya. No he tenido nada más claro en toda mi vida.

De vuelta con Bentley, terminamos de revisar la maqueta y antes de que me dé cuenta ya es la hora de comer.

Lauren me espera en el vestíbulo con una sonrisa enorme en los labios. Yo finjo no darme cuenta y decido comportarme como si el hecho de que haya venido a pasar el día en la oficina fuese algo de lo más normal.

—Hola —me saluda socarrona.

—Hola.

—¿Un día interesante?

—Los he tenido mejores —respondo displicente.

—¿Eso significa que Ryan no te ha echado un polvo en su despacho?

—¡Lauren! —me quejo—. Podrían oírnos.

Estamos en mitad del vestíbulo del Riley Group.

—Perdón —protesta impertinente—, el señor Riley.

No tengo más remedio que echarme a reír y ella hace lo mismo.

Mientras esperamos a que el camarero nos sirva nuestra comanda, contemplo el gastropub y, como me ha pasado con cada centímetro de la oficina, no puedo evitar pensar que todo sigue igual. Creo que una parte de mí esperaba secretamente que Ryan y todo el edificio, incluso toda la manzana, hubieran entrado en una desesperada vorágine de autodestrucción por mi marcha.

—Bentley ha estado muy estresado últimamente —me explica Lauren—, así que quiero darle una fiesta sorpresa.

—Eres una gran novia.

—Gracias —responde encantada.

—Y es un detalle, sobre todo cuando probablemente tú seas su mayor causa de estrés —añado socarrona.

Lauren me hace un mohín de lo más infantil al que devuelvo otro exactamente igual.

—¿Y dónde la celebrarás? —le pregunto.

—Había pensado hacerlo en el Can Can Rouge. ¿Qué te parece?

—Genial —contesto entusiasmada.

El Can Can Rouge, un cabaret en el centro de Manhattan del que solo se escuchan maravillas. Uno de los locales más de moda en la ciudad.

—Te apuntas, ¿verdad? —pregunta Lauren.

—Claro —respondo sin dudar.

El camarero deja nuestras Coca-Cola *light* y dos ensaladas de pavo y queso sobre la mesa.

—Me alegro. Por un momento pensé que no querías venir.

Sé que lo dice por Ryan, pero no puedo dejar de salir o pasar tiempo con mis amigos sólo por no coincidir con él. Además, qué sentido tiene que huya en mi tiempo libre si él ya se encarga de que tenga que verlo en horario laboral.

—He asumido que, aunque no quiera, él conseguirá que acabemos viéndonos de alguna manera. Lauren sonrío. Ella ya tenía claro que sería así y me lo advirtió en los Hamptons.

—¿Y qué tal ha ido hoy?

—Ha decidido que, como he llegado cinco minutos tarde a su despacho, tendré que quedarme aquí hasta última hora para que me dé la documentación que necesito para Roy.

—¿En serio?

—Es odioso.

—El señor irascible ha vuelto, sólo que, para tu desgracia, sin el sexo increíble.

El comentario de Lauren me hace reír en contra de mi voluntad y estoy a punto de espurrar todo el refresco sobre mi ensalada.

—Es una pena que ya no folléis por toda la oficina como locos. —La miro mal pero ella decido ignorarme por completo—. Para hacer las nuevas reformas vacían cada planta durante varios días.

—¿Por qué no aprovechas esa información para usarla con Bentley? —replico malhumorada.

No volveré a tener sexo alucinante nunca más. Qué deprimente.

—¿Quién te ha dicho que no lo he hecho ya?

Le hago un mohín y le comunico que he decidido no volver a hablarle nunca. Ella me sonrío y sigue comiendo ensalada.

Terminamos de comer y regresamos a la oficina. Lauren recibe una llamada del señor Miller, el jefe de su departamento. Habla con monosílabos poco más de treinta segundos, cuelga y, tras echarle, lo que ella asegura es una maldición india, se marcha de vuelta a su oficina.

Yo también regreso y, aunque Bentley aún está en el *Marchisio's*, me pongo manos a la obra y le soluciono algo de trabajo para mañana. Estar sin ayudante tiene que ser un verdadero incordio para él.

Mientras estoy llevando una enorme y pesada pila de carpetas hasta la estantería roja, el teléfono de la mesa comienza a sonar. Durante unos estúpidos segundos me debato entre llegar a la estantería o volverlas a dejar sobre la mesa de mi jefe. Finalmente resoplo y voy hasta mi escritorio con ellas. Las apoyo en la madera y exhausta cojo el teléfono. Pesaban muchísimo.

—¿Diga?

Tengo la voz agitada. Definitivamente tengo que empezar a hacer ejercicio. Mi estado de forma física es bochornoso.

«Será que antes tenía quien se preocupara de que hicieras ejercicio todas las noches».

Sacudo la cabeza. Me niego en rotundo a pensar en eso.

—¿En qué puedo ayudarla?

—El señor Riley quiere verte en su despacho. Tiene un hueco antes de su próxima reunión.

—Claro.

Cuelgo y por millonésima vez en lo que va de día suspiro hondo.

Voy hasta la oficina de Ryan. Tess me hace pasar y, antes de que pueda darme cuenta, estoy golpeando suavemente la puerta de su despacho.

—Adelante —le oigo darme paso desde el interior.

Resoplo una última vez y camino hasta colocarme en el centro de la estancia. Él está de pie tras su enorme y elegante mesa de director ejecutivo. La observo y por un instante sólo puedo pensar en las veces que me ha follado sobre ella. Sin quererlo el corazón comienza a latirme con fuerza en el pecho. Como si pudiese leerme el pensamiento, Ryan sonrío y pasa despacio la mano sobre la madera a la vez que la rodea hasta colocarse frente a mí. Mis ojos siguen ávidos sus dedos. Estoy empezando a sentir calor, mucho calor.

Ryan retira la mano y siento como si me sacaran de un sueño. Aparto mi mirada rápidamente de él pero de reojo puedo ver su presuntuosa sonrisa.

«Se lo has puesto muy fácil, Parker».

Ryan no dice nada. Se limita a seguir observándome y yo cada vez me pongo más nerviosa. Se apoya en la mesa y se cruza de brazos. Aunque tengo mi mirada prudentemente perdida en el fondo de la estancia, puedo sentir la suya azul y abrasadora en cada centímetro de mi cuerpo y en todos a la vez. Es tan intenso y tan eléctrico que siento como si me tocara con sus manos.

Imprudente alzo la mirada y la ato a la suya. La peor idea de todas.

—¿Querías verme? —musito.

Una parte de mí se está calzando las zapatillas de deporte por si tengo que volver a salir huyendo, pero la otra se está deleitando en lo guapísimo que es, en lo bien que huele y, sobre todo, en lo azules que son sus ojos.

Ryan me dedica su media sonrisa y asiente.

—Parece que al final vas a tener que darme las gracias —comenta sin levantar sus ojos de los míos.

Su comentario me pilla fuera de juego, pero rápidamente me pongo en guardia. No puedo fiarme de él.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque hay que diría que te lo has pasado muy bien trabajando otra vez en *Spaces*.

Sonrío de nuevo y yo resoplo por enésima vez en lo que va de día.

—No me ha quedado más remedio —contesto exasperada y malhumorada—. Me has obligado a quedarme.

—Yo no te he obligado a trabajar con Bentley —replica arrogante.

¿Qué es lo que pretende? ¿Que reconozca que me ha encantado estar aquí? ¿Volver a ser la ayudante del editor? No lo haría ni por un millón de dólares.

—¿Podemos hablar ya de las especificaciones? —pregunto impertinente.

Tengo que reconducir la conversación y salir de aquí lo antes posible. Vuelvo a recordar porque estoy furiosa con él y lo agradezco.

Sin embargo, la sonrisa de Ryan se ensancha. Como siempre, tengo la sensación de que está disfrutando con todo esto.

Finalmente se descruza de brazos y sin levantarse se gira sobre su escritorio. El movimiento hace que su elegante camisa se ajuste sobre su perfecto torso y mi cuerpo traidor se relame.

Concéntrate, Parker.

—Toma —dice tendiéndome un pesado dossier que toma de su mesa.

—¿Qué es esto? —pregunto cogiéndolo.

—Un estudio sobre arquitectura actual —responde cruzándose de brazos de nuevo—. Si voy a tratar las especificaciones contigo, será mejor que te pongas al día.

Abro la carpeta y le echo un vistazo. Esto tiene más de doscientas páginas y, para ser sobre arquitectura, muy pocos dibujos.

—Es enorme —protesto.

—Son conceptos básicos —replica con una odiosa y presuntuosa sonrisa en los labios.

—No pienso leérmelo —contesto cerrando la carpeta de un golpe y devolviéndosela.

Pero Ryan, aún con los brazos cruzados, lo mira unos segundos y después me mira a mí.

Esos malditos ojos azules me están diciendo con una sola mirada que no piensa coger el dossier y que yo voy a leerlo.

—Eres odioso —me quejo dándome la vuelta y caminando hacia la puerta.

—Otra vez diciendo exactamente lo que piensas de mí. Eso me gusta —comenta satisfecho.

Sus palabras me hacen girarme de nuevo con la mirada entornada. ¿Es que nunca piensa dejar de reírse de mí?

—Me alegra divertirlo como siempre, señor Riley —digo molesta.

Su sonrisa se ensancha y eso me enfada todavía más. ¡Es un capullo!

—Que eres odioso no es lo único que pienso de ti —comento insolente.

—¿Ah, no? —pregunta tan interesado como presuntuoso a la vez que se incorpora ágil y camina hacia mí.

Ahora mismo te odio, Riley.

—Creo que sigues siendo un jefe déspota y tirano incluso con los que no trabajan directamente para ti. Un arrogante y un controlador que me ha tenido todo el día aquí en contra de mi voluntad porque he llegado cinco minutos tarde a tu despacho.

—Fueron seis —responde presuntuoso. ¡Dios! ¡Es el colmo!

—¿Y qué derecho tienes? —pregunto furiosa y frustrada—. ¿Por qué o has hecho?

—Porque podía hacerlo —sentencia aún más arrogante.

Sus ojos azules me dominan por completa. Son increíblemente azules.

—¿Y por qué no me besaste ayer?

Las palabras salen de mi boca sin que pueda controlarlas. Suspiro nerviosa y aparto mi mirada de la suya. Maldita sea, que ridícula puedo llegar a ser.

Ryan me sonrío de esa manera tan dura y sexy e increíblemente sensual cubre la distancia que nos separa y despacio se inclina sobre mí.

—Porque saliste huyendo y eso tiene sus consecuencias —susurra con una voz tan ronca y peligrosa que simplemente me derrite—. Si quieres que te bese, tendrás que suplicármelo.

Ahogo un nuevo suspiro en una sonrisa nerviosa. Le odio pero lo cierto es que ahora mismo no sé si darle la bofetada que se merece o tirarme en sus brazos.

—No quiero que me beses —replico furiosa incapaz de moverme un ápice.

No pienso dejar que crea que me tiene exactamente donde me tiene. Es una cuestión de principios.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Ryan me contempla unos segundos más y finalmente se aparta. Juraría que su respiración también esta acelerada. Si fuese así, me alegraría enormemente. Significaría que no soy la única a la que este sinsentido de odio y deseo le afecta.

—Ahora salga de mi despacho, señorita Parker —me ordena regresando a su mesa—. Aún le queda mucho por leer.

No parece afectado, mientras que a mí sólo me sostienen la adrenalina y un deseo delirante y líquido corriendo por mis venas. ¿En qué momento se han cambiado las tornas?

«Siempre han estado así, Parker.»

Resoplo malhumorada y me obligo a salir del despacho, monstruoso dossier en mano.

Me voy a la que fuera mi antigua mesa y me siento a ella. Está loco si piensa que voy a suplicarle que me bese. Le odio y estoy muy, muy, pero que muy enfadada con él, aunque como siempre consigue que lo olvide.

Abro el dossier y vuelvo a resoplar. No pienso seguir dándole vueltas a mi inexistente relación con Ryan Riley.

A las cinco en punto la oficina en general y la redacción en particular comienzan a vaciarse.

Yo sigo leyendo esta tortura hecha papel mientras intento idear una excusa convincente que darle mañana a Roy para no llevar las especificaciones y así poderme marchar ya de aquí. No se me ocurre ninguna.

Dos horas después la oficina ya está completamente desierta. Bentley se ha marchado a una reunión en la oficina de Spencer. Antes de irse me ha sonreído a la vez que medía con los dedos lo que me quedaba por leer. Yo le he dedicado mi mejor mohín, indignada porque mi sufrimiento le divertía, pero sólo ha servido para ensanchar su sonrisa aún más. Entiendo que sean como hermanos.

Desde luego, Dios los cría y ellos se juntan.

Cuando ya estoy a punto de rendirme, oigo unos golpecitos en la puerta abierta. Es Lauren.

—¿Qué haces aún aquí, chica? —inquire sentándose en mi mesa.

—Podría preguntar lo mismo. —Reflexiono un instante—. De hecho, lo pregunto: ¿qué haces aún aquí?

—El señor Miller ha puesto una reunión a última hora y no he tenido más remedio que quedarme. Habría fingido que estaba enferma, pero no tenía ganas de vérmelas con el señor irascible. Como imaginarás, últimamente no está de muy buen humor.

Frunzo los labios y pierdo mi vista de nuevo en el dossier fingiendo que no he oído la última frase.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta reparando en mi gigantesca carpeta.

—Ryan quiere que me ponga al día en arquitectura actual antes de darme las especificaciones para Roy.

—¿No es ése el motivo por el que las especificaciones arquitectónicas se tratan con un arquitecto? ¿Para ahorrarle a una pobre asistente morir de aburrimiento? —comenta a la vez que imita el gesto de su novio y mide lo que me queda por leer.

—Eso digo yo.

—¿Y qué tal con Ryan? ¿Habéis hablado?

—Ryan no habla —sentencio, y muy a pesar en mi tono de voz hay cierto toque de resentimiento.

—¿Te ha besado? —inquire socarrona.

—No —respondo muy digna. No ha querido.

Lauren me observa unos segundos.

—Otra vez estás hecha un lío, ¿verdad?

Alzo la cabeza de la página sobre cimientos contexturizados con base de hormigón armado y miro fijamente a Lauren justo antes de cerrar el dossier de un golpe, cruzar los brazos sobre la mesa y hundir mi cabeza en ellos.

—No es nada justo —me lamento.

Desde mi nido de avestruz particular oigo reír a Lauren.

—No lo entiendo —digo incorporándome—. No entiendo en qué momento todo ha vuelto a ser exactamente como al principio. Cuando he salido de su despacho esta tarde, tenía la sensación de que habíamos vuelto a ser el señor Riley y la señorita Parker y otra vez no tenía ni idea de cómo se sentía él, ni siquiera de cómo me sentía yo. Lauren, se supone que yo era la que no quería volver, la que tenía el control, y eso simplemente se ha esfumando.

—¿Verdad o Roger H. Prick?

—Verdad. No, espera. Roger H. Prick. —He tenido un día horrible, me merezco que me reconforten—. No, para. —Vuelvo a frenarla justo antes de que pronuncie la primera palabra—. Verdad. —Lauren me mira esperando una última respuesta—. Verdad —me reafirmo.

—Nunca vas a tener el control con Ryan —me dice en un golpe de voz como si fuera el hecho más obvio del planeta.

Yo gimoteo y me dejo caer de nuevo sobre la mesa, sólo que sin brazos que me amortigüen.

—No es nada justo —vuelvo a protestar con mi frente descansando en la fría madera.

—Vamos —dice Lauren obligándome a levantarme—. Necesitas animarte.

A pesar de mis reticencias, tira de mi mano y nos saca del despacho. Cruzamos la desierta redacción y entramos en la sala de conferencias. Lauren me suelta, cierra la puerta y se encamina a la enorme columna de madera.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto confusa.

—Ya te lo he dicho. Divertirnos —contesta mientras toquetea los botones de la consola que controla los plasmas.

La observo intrigada hasta que finalmente se incorpora, saca el iPhone de su bolsillo y desliza el dedo por la pantalla. De pronto una canción comienza a sonar con los televisores como altavoces.

Lauren se sienta satisfecha en la silla presidencial y me hace un gesto para que también lo haga. Reconozco la canción, es *We are never ever getting back together*, de Taylor Swift.

—Creía que la gente de nuestra edad no escuchaba a Taylor Swift —digo sentándome en la mesa frente a ella.

—Hazme caso. Esa chica es una gurú del amor.

Sonrío mientras ella cierra los ojos dispuesta a vivir intensamente la canción.

—No sé si tu opinión vale mucho, teniendo en cuenta que escuchas a Miley Cyrus.

—Otra gurú del amor —replica convencidísima—. *Wrecking Ball* me cambió la vida.

Me dejo caer sobre la mesa y clavo mi mirada en el techo. Casi al mismo tiempo Lauren pulsa un botón en su Smartphone y la canción comienza de nuevo. Se sube a la mesa y empieza a bailar con los ojos cerrados totalmente extasiada, como los *hippies* en los anuncios de la tele por cable. Yo sonrío pero no me sorprende. No es la primera vez que le veo hacerlo.

*I remember when we broke up the first time
You're saying this is it, I've had enough*

Escucho la canción y no puedo evitar prestarle atención. Comienzo a sentirme identificada.

I say I hate you, we break up, you call me, I love you

—Vamos. Esto es liberador —me anima Lauren.

Desde luego lo parece. Me levanto y me subo a la mesa. El estribillo comienza a sonar. Me uno a las palmadas de Lauren y, como si se tratara de una coreografía improvisada, damos una pisada al mismo tiempo. Empezamos a cantar.

We are never ever ever getting back together

We are never ever ever getting back together
You go talk to your friends, talk to my friends, talk to me
But we are never ever ever ever getting back together

Nos echamos a reír sin dejar de bailar sobre la mesa y Lauren sube un poco más el volumen.

—Ahora tienes que sacar todas las cosas que te tienen hecha un lío —me anuncia.

La miro dudosa. ¡Qué demonios!

—Me pone de los nervios que se comporte como si nada hubiese pasado —canto al ritmo de la música.

—Genial —me anima Lauren—. ¿Qué más?

—Y sigue siendo un maldito arrogante que cree que puede decidir por los dos sin ni siquiera hablar conmigo.

Esto es liberador.

—¿Qué más?

—Y odio que no me deje estar enfadada con él. ¡Quiero seguir odiándole! —canto a pleno pulmón.

Cierro los ojos. Otra palmada. Otra pisada.

We are never ever ever getting back together
We are never ever ever getting back together

¡Estoy lanzada!

—¿Qué más?

—No quiere entender que jamás volveré con él —canto desgañitándome.

Una fuerte palmada de Lauren en el brazo me hace abrir los ojos de golpe.

—¿Qué? —me quejo, mirándola.

Ya no baila. Está completamente seria con la vista clavada al frente. Llevo mis ojos hacia donde apuntan los suyos y veo a Ryan al otro lado de la pared de cristal. Su mirada está endurecida hasta parecer casi metálica.

Tiene las manos apoyadas en las caderas y su expresión refleja una furia apenas contenida. Detrás de él, Bentley intenta disimular una incipiente sonrisa, aunque, claro, no acaba de oír cantar a su exnovia voz en grito que jamás volverá con él.

Trago saliva cuando lo veo acercarse a la puerta de la sala de conferencias. Su paso es firme y muy seguro de sí mismo, como el de todo los Riley, sólo que en su caso también tiene un toque sugerente y amenazador.

Entra y, con sus ojos clavados en los míos, camina hacia mí. Sin decir una palabra, me tiende la mano para ayudarme a bajar. La acepto y, utilizando la silla como escalón intermedio, bajo. Ya en el suelo aprieta mi mano con más fuerza y tira de ella para que empecemos a andar. Ahora mismo irradia un enfado casi termonuclear y yo tengo la sensación de que acabo de meterme en un lío enorme.

Vamos en silencio hasta su despacho. Entramos y me suelta en el centro de la habitación. Desanda sus pasos para cerrar la puerta y se gira de nuevo hacia mí. La estancia está prácticamente en penumbra; como tantas veces, las luces de la ciudad son mi única guía.

Estoy muy nerviosa, aunque una parte de mí sigue en pie de guerra. No he dicho nada que no quisiera decir.

Ryan comienza a caminar lentamente, intimidándome con cada paso. Soy plenamente consciente de que debería salir huyendo, pero al mismo tiempo no puedo dejar de contemplarlo. Es como si tuviese delante de mí a un león a punto de devorarme. Es peligroso y excitante. Es hipnótico.

—Así que jamás volverás conmigo —repite mis palabras en un susurro con su voz grave y masculina.

Contengo un suspiro milagrosamente y asiento.

Aguanta el tipo, me recuerda mi parte más guerrera con falda escocesa y la cara pintada de azul como los de *Braveheart*. No voy a rendirme aunque sea ridículo lo de prisa que me late el corazón ahora mismo.

Ryan se acerca un paso más y ya no queda espacio entre nosotros. Su olor me embriaga y otra vez estoy a punto de alzarme de puntillas y oler directamente de su cuello. Maldita sea, no tenía previsto que las cosas fueran así. Me obligo a dejar de fantasear con olerle y me concentro en posar mi vista en cualquier otro sitio que no sea él. Mirarlo a los ojos a esta distancia tan ínfima y kamikaze es lo peor que podría hacer.

Ryan se inclina despacio sobre mí, coloca sus dedos en mi barbilla y me obliga a levantarla suavemente. Sus maravillosos ojos azules me esperan dispuestos a atrapar los míos. Estoy enfadada. Quiero estar enfadada, pero cada vez es más difícil.

—Maddie —susurra haciendo que me derrita por dentro—, el control aquí lo sigo teniendo yo, ¿lo entiendes?

Asiento otra vez, más nerviosa que antes, y Ryan sonrío de esa manera tan dura y sexy. La luz

robada de Manhattan se alía con él para hacerle parecer aún más guapo. Un leve suspiro se me escapa y me muerdo el labio inferior para contener otro.

«Bonita manera de aguantar el tipo, Parker»

Ryan sonrío de nuevo. Retira sus dedos despacio de mi barbilla y sin más se marcha, dejándome sola en su despacho.

Yo resoplo intentando recuperar la actividad normal de mi cerebro. ¿Qué demonios acaba de pasar? Dios, estoy cansada de preguntarme siempre lo mismo cada vez que estoy con él más de cinco minutos. ¡Es frustrante! ¿Por qué con él tiene que ser todo tan intenso? Resoplo de nuevo. Por lo menos no me ha besado. Estamos en un punto en que eso ya lo considero una victoria.

Me llevo la palma de la mano a la frente y cabeceo. Santo cielo, que patética puedo llegar a ser.

«Ni que lo digas».

Aún no he terminado de cruzar la diez oeste camino de mi apartamento cuando mi móvil suena avisándome de que tengo un email. Para alegrarme el día es de mi jefe, el señor Maritiman. Mientras espero a que el mensaje se abra miro el Smartphone con el mismo odio que lo miraría a él. No soporto a *Roy Maritiman, Arquitecto* (y gilipollas).

Sencillamente no doy crédito cuando leo que quiere que esté en el *Riley Group* a primera hora de la mañana para recoger las especificaciones. ¿Cómo sabe que no las tengo? Suspiro. Seguro que Ryan se ha encargado de hacerlo saber en cuanto ha puesto un pie fuera de su despacho con la única idea de tenerme allí mañana. Sucio Bastardo.

Estoy tan indignada que antes de que me dé cuenta pataleo un par de veces contra el suelo. No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer! Mañana tendré una sesión de tortura y ojos azules con el señor Ryan Riley, director ejecutivo, desde las ocho de la mañana.

Suspiro intentando recuperar la compostura y miro a mi alrededor por si me ha visto alguien. Afortunadamente no hay nadie. Solo el vendedor de *Pretzels* y admitámoslo, ese hombre ya tenía su carrito en esa misma esquina cuando me mudé a vivir aquí, me ha visto hacer cosas peores, casi todas por culpa de Lauren.

Resoplo, más que suspiro, una vez más. Ahora mismo solo quiero que me atropelle un tren de mercancías, o a lo mejor ya lo ha hecho. Uno con un pelo de ensueño y trajes italianos a medida.

Mi vida es un asco.

Entro en mi apartamento y, sin dudarlo, me dejo caer sobre el sofá. Sólo quiero lamentarme de la broma continua que es mi vida. No obstante, sé que tampoco voy a sacar nada en claro. Me levanto de un salto y saco mi iPhone. Todo se ve mejor detrás del cristal de una copa de Martini Royale, así que llamo a los Hannigan y Lauren y nos encontramos en The Vitamin.

Regreso a casa a una hora completamente absurda teniendo en cuenta que mañana debo estar en la oficina del Riley Group a las ocho de la mañana. De todas formas no creo que hubiera podido dormir mucho y por lo menos me he reído con los chistes malos de James.

Afortunadamente caigo en un profundo sueño en cuanto pongo la cabeza en la almohada.

El despertador suena ajeno a mis desgracias a las siete en punto. Me pesan los párpados y siento cansado cada músculo de mi cuerpo. Si no fuera Ryan, llamaría y fingiría estar enferma, pero sé que, si lo hago, se presentará aquí y me sacará a rastras de la cama.

«O a lo mejor se metería contigo en ella.»

Mmm. Cierro los ojos. Deliciosa posibilidad.

—Oh, Parker, por todos los santos —me riño en voz alta exasperada, levantándome de la cama de un salto.

Pensar en él no es una posibilidad y mucho menos pensar en él desnudo.

Pongo la radio y me meto en la ducha. Necesito buenas vibraciones. El locutor anuncia *Shake it off* de Taylor Swift y sonrío de oreja a oreja. Me encanta esa canción.

*I'll never miss a beat,
I'm lightning on my feet.
And that's what they don't see mmm,
that's what they don't see mmm.*

Casi sin darme cuenta comienzo a bailar. Primero los brazos tímidamente, las caderas.

*'Cause the players gonna play, play, play, play, play.
And the haters gonna hate, hate, hate, hate, hate.
Baby, I'm just gonna shake, shake, shake, shake, shake.
I shake it off, I shake it off.*

El agua cae muy caliente, casi ardiendo y me siento genial. Muevo los pies.

I shake it off, I shake it off.

Al final voy a tener que darle la razón a Lauren. Tengo las pilas cargadas. Taylor Swift es genial.

I shake it off, I shake it off.

Giro sobre mis talones. Alzo las manos. ¡Me siento genial! ¡Mierda! Los dibujos de la cortina de mi ducha se inclinan y estoy a punto de acabar literalmente espatarrada en el baño cuando consigo mantener el equilibrio apoyando las manos en los azulejos.

Suspiro mientras la canción sigue sonando y decidido dejar de bailar y aclararme el pelo. No

me puedo permitir morir en estas condiciones. Lauren, James y Alex se encargarían de poner en mi lápida algo de lo más humillante tipo: *Murió desnuda por monomando de la ducha y Taylor Swift. Saquen sus propias conclusiones.*

Salgo del baño sin volver a poner en peligro mi integridad física y voy hasta mi armario. Opto por mi vestido de tirantes de pequeñas florecitas estampadas, todas de colores muy vivos. La temperatura deber haber subido a mil grados centígrados aproximadamente y hace muchísimo calor. Me pongo mis sandalias. Me cepillo los dientes y me recojo el pelo en una cola de caballo.

Sé que debería comer algo pero he dormido muy poco y mi cuerpo aún no se ha despertado. Además, saber que veré a Ryan tampoco ayuda mucho.

Después de siete paradas de metro, me bajo en Columbus Circus y camino el par de manzanas que me separan de la oficina.

En el ascensor me doy cuenta de lo nerviosa que estoy. Discreta, suspiro hondo y me obligo a calmarme. Veré a Ryan, es cierto, pero yo ya no quiero nada con él, así que verlo es como ver a cualquier otro jefe que he tenido, como ver a Bentley o a Roy.

Ni siquiera escucho la voz de mi conciencia, sólo el eco de unas risas.

Salgo del elevador y cruzo con paso inquieto y acelerado la redacción. Saludo a Linda, que me devuelve el gesto sorprendida de verme otra vez por aquí, y me encamino al despacho de Ryan. Justo antes de entrar, vuelvo a respirar hondo.

«Cálmate de un vez, Parker», me imploro.

Me mentalizo de que todo esto es como las misiones de rescate que salen en las pelis de espías, *entrar y salir*. Si no cometo ninguno error, todo irá bien.

Abro la puerta y camino hasta colocarme frente a la mesa de Tess.

—Buenos días.

—Buenos días, Maddie.

—El señor Riley me pidió que viniese a su despacho —le aclaro.

Tess asiente y anuncia mi llegada por el intercomunicador. Ryan le ordena que me haga pasar. Me acerco a la puerta y llamo suavemente.

—Adelante —le oigo darme paso desde el otro lado.

Antes de abrir, me repito mi mantra de hoy, «entrar y salir, entrar y salir», e involuntariamente le suplico al universo que no esté tan guapo como siempre.

Camino hasta colocarme en el centro de su despacho y, cuando alzo la mirada, creo que estoy a punto de desmayarme.

Los rayos de sol atraviesan la ventana e inciden tenues sobre él, haciendo que su pelo castaño claro una vez más parezca casi rubio. Sus espectaculares ojos azules clavados en la pantalla de su Mac brillan con fuerza. Alza la mano y se acaricia pensativo el labio inferior con el índice. El gesto consigue que el puño de su camisa blanca sobresalga elegantemente de su traje gris marengo. Mis ojos siguen el movimiento de sus dedos y, antes de darme cuenta, estoy fantaseando con la idea de que me bese.

«Firmado: El universo.»

Maldita sea, ése no era el plan.

—Buenos días —me saluda sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador.

—Buenos días.

Aún no me ha mirado y ya he fantaseado con él.

«Todo muy sensato, Parker.»

—Ryan, ¿podrías darme las especificaciones? Aún tengo que volver al estudio y preparar los informes...

—Siéntate —me interrumpe.

Sentarme es quedarme. Justo lo que debo evitar.

—Ryan, no puedo quedarme. Tengo que...

—Maddie, siéntate —repite mirándome directamente a los ojos.

Suspiro bajito. Es su voz de jefe exigente y tirano y sencillamente no soy capaz de resistirme a ella. Resoplo con fuerza, asegurándome de que me oye. Si no soy capaz de irme por lo menos quiero dejarle claro que no quiero estar aquí.

Sus perfectos labios se curvan en una incipiente sonrisa y yo me siento en la silla al otro lado de su mesa. Cuadro los hombros y saco mi bloc de notas y mi lápiz dispuesta a apuntar todo lo que tenga que decirme.

—¿Qué quieres que le diga a Roy? —pregunto profesional.

Es la mejor actitud que puedo tomar; si no, corro el peligro de volver a contemplarlo embobaba. Ryan me mira y se deja caer sobre su sillón de director ejecutivo mientras su sonrisa se ensancha. Parece que le hace gracia que quiera mantener una actitud distante con él.

—Ese edificio albergará ciento sesenta apartamentos. Muchos niños, muchas familias. Quiero que sea un edificio cómodo y accesible. No quiero nada de última tendencia que al final no sea más que una maraña de pasillos. Tiene que ser un diseño sencillo. Tiene que ser un hogar.

Sus últimas palabras me hacen alzar la mirada. Otra vez esa maravillosa sensación de estar ayudando a hacer algo realmente importante me invade por completo. Otra vez me está permitiendo que le ayude a cambiar el mundo.

—Tienes muy claro cómo quieres que sea ese edificio —musito más admirada de lo que me hubiese gustado.

Ryan sonrío.

—Necesito que tengas una idea muy precisa de lo que estoy buscando para que puedas explicárselo a Roy.

Con ese simple comentario, ha vuelto a dejarme claro que nunca va a hablar con Roy sobre este edificio porque es algo entre él y yo. Y, aunque sea una locura, esa idea me encanta.

—¿Cuántas plantas quieres que tenga?

—Veinte.

—¿Veinte? —inquiero confusa.

Cualquier edificio en esa zona es mucho más alto. Ryan, con esa habilidad innata para leerme la mente, se levanta, rodea la mesa hasta detenerse a mi espalda e, inclinándose suavemente sobre mí, me roba el lápiz de la mano. Sus dedos no llegan a tocar los míos, pero todo mi cuerpo se estremece por el potencial contacto.

—Todos los edificios a su alrededor son muy altos porque quieren quedarse con las vistas a la bahía del East River —me explica mientras comienza a dibujar en mi bloc de notas— y no comprenden que el emplazamiento más alto no es siempre el más privilegiado.

Sus trazos son suaves y seguros. Guía el lápiz y lo difumina suavemente con los dedos.

—El edificio tendrán una orientación sur sureste.

Sus palabras me atrapan y me hacen mirarlo. Está tan concentrado, simplemente feliz. Ésta es su verdadera pasión, su sueño.

—Cada vez que una de esas personas se asome a la ventana, verá el sol incidir en el mar.

Ryan suelta el lápiz y el sonido que produce me hace mirar de nuevo el papel. Ha pintado un precioso edificio que se yergue pequeño pero triunfal en mitad de un maraña de construcciones y se asoma literalmente a la bahía. Es sencillamente maravilloso.

—Ryan, es magnífico —susurro.

—Sólo es un dibujo —comenta restándole importancia.

—Es más que eso y lo sabes —replico girándome justo a tiempo de poder ver cómo su mirada deja el dibujo y se centra en mí.

Me sonrío sincero, con su sonrisa más bonita que creo que sólo guarda para mí, y automáticamente mi corazón se acelera.

—Sigo pensando que tú deberías diseñar ese edificio.

Ryan alza la mano y la posa en mi mejilla. Está muy cerca y yo sigo tan enamorada que todo mi cuerpo me pide que mande a paseo mi enfado y mi orgullo y simplemente me deje llevar.

—¿Aún sigues teniendo fe ciega en las personas, señorita Parker? —susurra permitiendo que una sonrisa se asome otra vez en sus labios.

—No —respondo convencida—, sólo en ti.

—Maddie —me llama con su voz ronca de deseo.

Lo he echado tanto de menos.

—No —respondo convencida—, sólo en ti.

—Maddie —susurra.

¡Lo he echado tanto de menos!

Oímos pasos acercarse y apenas un segundo después la puerta se abre.

—¿Estás listo?

Es la voz de Spencer. Supongo que una de las pocas personas que se atrevería a entrar en este despacho sin llamar. Ryan se separa rápidamente y sale a su encuentro.

—Sí, claro —responde haciendo gala de todo su autocontrol.

Yo suspiro aprovechando que les doy la espalda a ambos y me levanto rogando porque mis piernas me respondan.

—Maddie —me saluda Spencer sorprendido y por su tono de voz creo que temiendo haber interrumpido algo.

—Hola —le respondo caminando hacia él.

—No sabía que estabas aquí.

Lleva la vista hasta su hermano y parece disculparse con la mirada. Ryan lo observa con la expresión imperturbable.

—Te esperaré arriba —le anuncia Spencer—. Me alegro de verte, Maddie —se despide con una sonrisa.

—Igualmente —contesto imitando su gesto.

En realidad le estoy eternamente agradecida. Si no hubiera entrado, probablemente habríamos acabado besándonos y yo sigo enfadada, aunque empiece a ser ridículo la cantidad de veces que tengo que recordármelo.

Ryan sigue a su hermano con la mirada hasta que la puerta se cierra tras él.

—Maddie, espérame aquí —me dice ajustándose los puños de la chaqueta y dirigiéndose a la puerta.

No, no voy a esperarlo aquí. Es una pésima idea por demasiadas razones. Además de que otra vez está decidiendo por los dos.

—Ryan, no voy a quedarme.

Mis palabras le hacen detenerse en seco y girarse de nuevo hacia mí. No dice nada pero su mirada se endurece.

—Podrías darme las especificaciones antes de irte —trato de negociar con él.

—¿Tanta prisa tienes por marcharte? —inquire malhumorado.

¿Qué demonios le pasa? Además, si tengo o no prisa por marcharme es problema mío, no suyo. Él no es el único que está empezando a enfadarse.

—No se trata de eso, Ryan, pero tengo que regresar al estudio, preparar los informes y hacer todo el trabajo que no pude hacer ayer para mi jefe —respondo haciendo hincapié en las dos últimas palabras.

Ryan resopla. Parece que mi comentario no le ha gustado nada.

—Tu jefe —repite con desdén—. Ni siquiera entiendo qué haces trabajando para alguien como Roy Maritiman. Es un gilipollas engreído que no sabría hacer ni una torre con palillos.

Ahora mismo tengo ganas de gritarle que se meta en sus asuntos.

—Pues acabas de pedirle que diseñe tu edificio —le desafío impertinente.

—Maddie —me reprende.

—Ryan, dame las especificaciones —estoy a punto de gritar exasperada.

—Ni hablar —responde terco.

—No pienso esperarte.

No voy a ceder.

Ryan da un paso hacia mí y todo mi cuerpo traidor se revela. Su metálica mirada consigue que sus ojos se llenen de fuerza y, aunque sea una absoluta locura, también de deseo. El mismo que estoy segura de que, totalmente en contra de mi voluntad, también reflejan los míos.

—Claro que vas a hacerlo —sentencia en el susurro más salvaje, atractivo y provocador que he oído en mi vida.

No sé si es la manera en que me mira o la forma tan amenazadora y a la vez tan increíblemente sensual en la que ha pronunciado cada palabra, pero ha vuelto a atraparme en su red.

Mi respiración se acelera. Ya no puedo pensar con claridad.

Sin decir nada más, gira sobre sus pasos y sale del despacho mientras a mí sólo me queda observar cómo se marcha otra vez echa un absoluto lío. ¿Cómo es posible que hayamos roto, que sea yo quien no quiere volver y, sin embargo, sea él quien tiene todo el control?

«Porque es Ryan Riley.»

Cuando la puerta se cierra tras él siento como si me hubieran sacado de una burbuja.

Suspiro bruscamente y me llevo las manos a la cara. Tengo que ponerle fin a esto. No soy su muñequita. No puedo decidir por mí. Tengo un trabajo y una vida y no voy a echar el freno en ninguna de las dos solo porque él lo quiera.

Sin dudarlo giro sobre mis pasos y vuelvo hacia su mesa. Recupero mi bolso guardo mi lápiz y al coger el bloc, no puedo evitar quedarme mirando el dibujo. A veces tengo la sensación de que con Ryan solo hay dos velocidades la absolutamente eléctrica y la tenue, llena de sensualidad e intensidad. Y a veces también tengo la sensación de que casi siempre estamos en la primera, follando como locos y discutiendo como locos o, mejor dicho, estábamos. El follar con el señor irascible se ha acabado.

Arranco el dibujo y lo dejo sobre la mesa. Meto furiosa la libreta en el bolso y aún más enfadada salgo del despacho. Tess intenta preguntarme pero yo me limito a sonreír y a darle los buenos días antes de abandonar definitivamente la oficina. Apuesto a que tenía órdenes muy concretas de no dejarme salir.

Mientras espero el ascensor, me doy cuenta de que no puedo marcharme así. No voy a permitirle que después me eche en cara que huí de él o algo por el estilo. Voy a plantarle cara.

Alguna vez tendrá que ser la primera.

Entro en el elevador y pulso el botón de la planta veintisiete. Doy por hecho que la reunión es allí, en el despacho de Spencer, aunque no tengo la más mínima idea.

Ando, prácticamente corro, tratando de ignorar cómo mi cuerpo se enciende al pasar por esta planta y, sobre todo, por el lugar concreto donde nos conocimos.

La secretaria de Spencer no está, así que me acerco con paso decidido a la puerta entreabierta del despacho del mayor de los Riley.

—Eso es ridículo.

Es Ryan. Parece enfadado, muy enfadado.

—Lo único que papá quiere...

—Papá se equivoca, joder —interrumpe a su hermano malhumorado—, y tú mejor que nadie deberías entenderme.

—Y te entiendo —se apresura a responder.

Ryan resopla sardónico.

—Pero podrías ceder en esto —le pide conciliador.

—No, maldita sea, Spencer. He dicho que no.

El móvil de Ryan comienza a sonar pero rápidamente corta la llamada.

—Va a seguir llamando —le advierte su hermano.

—Te crees que no lo sé.

¿De qué estarán hablando? Ryan parece furioso. Me pongo los ojos en blanco. Sea lo que sea, no me interesa. Suspiro hondo y finalmente golpeo la puerta. Tengo que salir de aquí antes de que me asalte alguna idea brillante como que Ryan necesita hablar.

—Adelante —responde Spencer.

Al entrar, inconscientemente busco a Ryan con la mirada. Está sentado en el lateral de la mesa con los brazos cruzados y la vista perdida en el cielo de Manhattan. Otra vez tiene aspecto de llevar horas en esta oficina. ¿Qué habrá pasado?

—Siento interrumpiros —me disculpo.

Al oír mi voz, Ryan posa sus ojos en mí. Spencer asiente para que continúe, pero necesito un segundo. Esa mirada acaba de hacerme perder el hilo.

—Sólo quería decirle al señor Riley que me marchó ya.

Ahora es Ryan el que asiente y vuelve su mirada a los rascacielos. Recuerdo todas las veces que le he visto así después de discutir con su padre. Suspiro discretamente sin poder dejar de contemplarlo mientras la idea de correr y consolarlo se instala en el fondo de mi estómago y lo aprieta.

Spencer nos observa unos segundos y finalmente se levanta.

—Tengo que recoger unos documentos en Contabilidad —anuncia andando hacia la puerta.

Cuando pasa junto a mí, me sonrío con dulzura, gesto que le devuelvo, y finalmente sale cerrando tras él. Esto no se parece en nada a mi sensata idea de marcharme de aquí, más bien es todo lo contrario.

—Ryan, ¿estás bien? —musito.

Suspira hondo.

—Sí, estoy bien —contesta tras unos segundos que me parecen una eternidad.

Aún sigue con la vista perdida en la ventana.

Camino despacio hasta quedarme apenas a unos pasos de él.

—Te he oído hablar con Spencer.

Mis palabras hacen que se gire de inmediato.

—¿Qué has oído? —pregunta exigente.

Su firmeza me pilla por sorpresa y confusa hago memoria. Realmente no he escuchado nada en concreto.

—En realidad, nada. Pero sé que estás enfadado e inquieto y creo que te vendría bien hablar de ello.

—Maddie —me interrumpe con su mirada todavía más endurecida—, no ha pasado nada, así que no hay nada de qué hablar.

Asiento aunque sé que me está mintiendo. No soy ninguna estúpida pero, si no quiere hablar, yo no puedo obligarlo.

—Como quieras —musito girándome y dirigiéndome hacia la puerta.

Si no fuera tan tozudo y tan hermético, entendería que le vendría bien hablar de cómo se siente. Seguramente su padre le esté presionando con algo o quizá sea la empresa. Apuesto a que lleva días sin dormir. Me paro en seco y resoplo a la vez que pongo los ojos en blanco por no ser capaz de, sencillamente, atravesar la puerta y largarme.

Esto es una pésima idea.

—¿Por qué eres tan testarudo? —me quejo desandando mis pasos. Ahora mismo estoy muy enfadada porque no quiera hablar y sobre todo, por no ser capaz de marcharme—. Sea lo que sea lo que te ha pasado, te vendría bien hablarlo.

No uso el tono más amable del mundo pero es que tengo razón, se encierra demasiado en si mismo.

—¿Qué yo soy testarudo? —replica molesto, levantándose como un resorte—. ¿Y qué hay de ti? —protesta—. Ya te lo he dicho. No quiero hablar. Hay cosas que no se solucionan por mucho que hables de ellas, joder.

—Y hay otras que se evitarían si fueras un poco más comunicativo.

El elegante escritorio nos separa y me alegro, porque tengo la sensación de que, si no estuviera, ya nos habríamos abalanzado él uno sobre el otro. Lo que no sé si para estrangularnos o para desnudarnos.

—¿Por qué estás tan enfadado? —pregunto otra vez casi en un grito.

—Por nada —farfulla exasperado.

—Ryan...

—Joder, Maddie —me interrumpe y él también está a punto de gritar—. Vas a volverme loco. No quiero hablar ni ahora ni nunca.

Maldito desagradecido.

—Bien —respondo furiosa, girando sobre mis pasos y dirigiéndome hacia la puerta.

Soy una estúpida por seguir preocupándome por él.

—Bien —replica malhumorado.

—¡Bien! —grito saliendo del despacho con un portazo.

Me preocupo por él y así me lo paga.

Atravieso Recursos Humanos acelerada, irradiando un enfado legendario, y llamo al ascensor. Por suerte está en planta. Entro y pulso con rabia el botón del vestíbulo. Soy una idiota. Yo sólo quería que se sintiera un poco mejor, ayudarlo, y él me ha tratado como siempre.

«Nunca va a cambiar, Parker. Asúmelo.»

Me cruzo de brazos. Las puertas están a punto de cerrarse. Es la última vez que me preocupo por él. Oigo unos pasos acelerados y prácticamente en el último segundo Ryan entra en el ascensor.

Sorprendida, dejo caer los brazos junto a mis costados y todo mi cuerpo se tensa. ¿Qué hace aquí? Tiene la respiración agitada por la carrera y la mía lo hace automáticamente cuando las puertas finalmente se cierran y en este espacio tan pequeño mi cuerpo se hace plenamente consciente del suyo.

—Maddie —susurra dando un paso hacia mí.

Sus ojos me miran brillantes y decididos.

—Debería dejar de preocuparme por ti —digo tratando de sonar todo lo serena y segura que soy capaz.

—Es que no quiero que te preocupes por mí —replica pero yo no hay rastro de enfado en su voz ronca y masculina.

—Ryan... —me quejo.

¿Cómo puede pedirme que no me preocupe por él? Le quiero y por muy enfadad que esté ese sentimiento no cambia. Ojala simplemente pudiese escapar de todo lo que me hace sentir.

Ryan atraviesa despacio la distancia que nos separa y aún más despacio alza la mano y me coloca un mechón de pelo tras la oreja, dejando que sus dedos acaricien mi mejilla un segundo más de lo necesario.

—Ya te lo dije una vez —susurra salvaje—. No necesito que me cuiden.

El ascensor pita anunciándonos que las puertas están a punto de abrirse. Sus ojos aún están en los míos. No puedo dejar de pensar que se equivoca. Todos necesitamos que nos cuiden. Sin embargo que el problema es algo más que simple autosuficiencia. Creo que piensa que no se merecen que le cuiden. Una punzada de tristeza me atraviesa el estómago.

—Pues yo creo que sí —mi voz apenas es un hilo pero mis palabras salen llenas de fuerza.

La mirada de Ryan se llena de una decena de emociones diferentes y todas brillan tan intensas que por un momento sus ojos parecen aún más azules.

—Maddie —me llama de nuevo y sumerge sus manos en mi pelo.

Yo suspiro bajito. Le echo de menos. Le quiero. Le deseo. Todas mis defensas caen. Ryan se inclina sobre mí y apoya su frente en la mía con los ojos cerrados. Nuestros alientos se entremezclan. Va a besarme y ahora mismo es todo lo que puedo pensar.

—Vete a casa —susurra con la voz rota de deseo a la vez que se separa de mí.

Lo miro alejarse hasta el otro extremo del ascensor. Me siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies. Ryan se deja caer contra la pared del ascensor y me mira exactamente de la misma manera que me miro en Santa Helena, diciéndome sin palabras que no podría tener una idea más equivocada de él. Odio esa mirada.

Tardo unos segundos en reaccionar pero finalmente consigo hacerlo y salgo del ascensor. Ahora mismo el corazón me late tan deprisa que temo que todo el vestíbulo del *Riley Group* pueda oírlo. Es un hombre maravilloso, generoso y bueno. No entiendo por qué él es el único que no lo ve.

Salgo del edificio y me detengo en mitad de la cincuenta y siete. No tengo ni remota idea de qué hacer. Debería volver al estudio pero sinceramente no estoy de humor de aguantar a Roy. Así que aprovechando la carta blanca que él mismo me dio con respecto a mi horario hasta que redactara las especificaciones, decido marcharme a casa. Me da igual que sea martes y ni siquiera estemos a media mañana.

El camino en metro hasta mi apartamento solo me sirve para pensar una y otra vez en todo lo ocurrido. Soy plenamente consciente de que lo mejor que me ha podido pasar es que me haya pedido que me fuera, pero entonces, ¿por qué me siento así? Resoplo en mitad del vagón y una mujer afroamericana sentada frente a mí me mira con ternura. Tengo ganas de contarle que en efecto mi vida es un asco pero en el último segundo me contengo. Que una desconocida me compadezca en el metro es una cosa, pero contarle mi patética vida es muy diferente. La línea es borrosa pero aún la veo.

Maldita sea, lo único que quiero es seguir enfadada.

A punto de girar la llave en la cerradura de mi apartamento, decido que no quiero estar sola, así que cruzo el rellano. Ya a unos pasos distingo la canción *Summer*, de Calvin Harris, sonar desenfadada en el apartamento de los Hannigan y una sonrisa se dibuja en mis labios.

Llamo al timbre y a los pocos segundos James me abre con sus Wayfarer puestas, una cerveza en la mano y el cigarrillo en los labios a lo adolescente problemático de película de los cincuenta.

—Parker —se queja— ¿cómo es posible que ya lleves un día horrible si no son más de las doce de la mañana? —pregunta confuso tras observarme unos segundos.

Me encojo de hombros sin que la sonrisa me abandone.

—¿Y cómo es posible que tú ya tengas pintas de estar borracho si no son más de las doce de la mañana?

—Porque es verano —contesta socarrón, como si esa palabra implicara que todo está permitido si es para divertirse, e inmediatamente me contagia su buen humor—. Charlie, desde el principio —le indica a su mejor amigo, también novio de Álex.

La canción para y apenas un segundo después vuelve a sonar desde el principio. James comienza a mover la cabeza y la mano al ritmo de la música mientras frunce los labios. Una pose digna del mejor asiduo a los clubes de moda. Yo sonrío, casi río, mientras le sigo al interior del apartamento. Definitivamente esto es justo lo que necesitaba.

A media tarde Lauren nos llama y decidimos vernos todos esta noche en The Vitamin. Más o menos a eso de las siete, salgo de casa de los Hannigan en dirección a la mía. Voy canturreando la última canción que hemos escuchado, creo que de Avicii, cuando veo una pequeña bolsa de papel junto a mi puerta.

Me acerco con el paso titubeante sin levantar la mirada de ella como si fuera una bomba de relojería y yo un artificiero. No sé por qué, algo dentro de mí sabe exactamente quién la envía.

La cojo con cuidado, con cuidado la dejo sobre la encimera de la cocina y aún con más cuidado la abro. El corazón me da un vuelco cuando veo un paquete de Skittles. Sonrío como una idiota con los caramelos en la mano y vuelvo a mirar en la bolsa. Hay una pequeña carpeta, la abro y suspiro asombrada cuando veo el dibujo del edificio que Ryan hizo esta mañana. Acaricio el papel suavemente con la yema de los dedos y mi sonrisa se ensancha. Sin pensarlo, lo cojo y lo cuelgo en la nevera utilizando mi imán de *I love NYC*.

Me alejo unos pasos y ladeo la cabeza para contemplar cómo queda. Ahora mismo me está poniendo muy difícil odiarle.

Me doy una ducha rápida y me cambio de ropa. Me pongo un bonito vestido verde muy sencillo y lo adorno con un cinturón marrón y, por supuesto, mis sandalias de cuero del mismo color.

Como siempre he mantenido, después de un par de cócteles y una docena de chistes malos lo veo todo mucho más claro. Otros dos Martini Royale después, la vida deja de parecerme un asco y sólo puedo sonreír. Al quinto ya sólo estamos Lauren y yo.

—Vuelve a decirme dónde ha ido James —me pide Lauren no sin cierta dificultad.

—Ha ligado —contesto con una sonrisa.

Me siento increíblemente aliviada.

—¿Qué clase de amigo deja a sus amigas del alma por ir a echar un polvo con la primera zorra que se lo propone?

De no llevar cinco copas, Lauren no habría utilizado la palabra *zorra* y probablemente no hubiese sido tan evidente que le había molestado.

—¿Estás celosa, Stevens?

—Claro que no —protesta—, pero ya lo pasó mal cuando se colgó de la señorita misteriosa. Sólo estoy preocupada.

Intento mirarla perspicaz, pero no sé si el alcohol me lo está permitiendo. Espero que Lauren no haga una estupidez como colarse otra vez por James.

—¿Qué tal ayer con Ryan?

Intento pensar una elaborada respuesta. Ser analítica. Ponerme en su lugar.

—Es un capullo —me rindo.

Lauren asiente.

—Creo que sólo quería demostrarme quién sigue mandando —me quejo— y lo peor es que ni siquiera ha necesitado tocarme para hacerlo.

—Es decir, un momento sí-sí.

Lauren pronuncia esos síes de manera tan lasciva que no tengo más remedio que echarme a reír.

—¿Momento sí-sí?

Ella asiente.

—Momento señor irascible-sexo increíble.

Vuelvo a reír.

—Yo no lo habría descrito mejor —digo apurando mi última copa—. Pero es que yo quiero seguir enfadada —protesto—. Yo quiero seguir muy enfadada y él no me deja.

Lauren se levanta de un salto, algo con mucho mérito dado todo lo que hemos bebido y la altura de sus Louboutin.

—Vamos —me arenga—. He tenido una idea brillante.

Soy plenamente consciente de que esas cinco palabras deberían hacerme temblar, pero el alcohol me mantiene sumida en una especie de nube de la felicidad.

Caminamos un número indeterminado de manzanas. Espero que Lauren sepa adónde vamos, porque yo no tengo ni idea.

Finalmente se para en mitad de una calle cualquiera y estira los brazos.

—Aquí estamos —me anuncia ceremoniosa—, en el barrio de Chelsea, hogar de los millonarios más millonarios del noble estado de Nueva York.

—Y de un montón de gays —añado igualmente pomposa y ambas nos echamos a reír.

Cuando las carcajadas se apagan, Lauren se agarra a mi mano para saltar de una forma muy poco atlética la valla de aproximadamente treinta centímetros de un pequeño parterre. Se agacha y comienza a recoger piedrecitas. Todo bajo mi confusa mirada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto al fin.

—Sting vive aquí.

Mi mente, nadando en Martini Royale, tarda algo más de lo habitual en atar cabos.

—¿Y vas a lanzarle piedrecitas a su ventana?

—Sí —responde muy concentrada mientras sigue recogéndolas.

—James tiene razón. Eres una cursi.

—Shhh —me chista cogiendo de nuevo mi mano para levantarse—. Soy una romántica —sentencia.

Lauren sale del parterre, camina hasta la primera ventana y lanza una piedra que, a pesar de impactar de lleno en el cristal, hace un ruido mínimo. Las dos nos miramos. Así no llegaremos a ninguna parte.

—Tienes que gritar su nombre —le anuncio.

Se dispone a gritar pero yo la detengo.

—Shhh —la chisto—. Tienes que gritar bajito —comento como si fuera obvio—. ¿Es que quieres despertar a su mujer?

Lauren asiente como si no hubiera caído en la cuenta y se prepara de nuevo para llamarlo. Lo hace con una voz apenas audible. Yo asiento. Eso está mejor.

Repite la operación ventana tras ventana.

Ya hemos recorrido dos manzanas.

—Ésta es una relación abocada al fracaso —comento—. Tú estás con Bentley y él está casado con esa mujer que practica sexo tántrico.

Ella se detiene en seco.

—Esto es algo más profundo —se queja—. Está deprimido. Yo sólo quiero ayudarlo.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver con el sexo tántrico?

El sexo tántrico siempre me ha intrigado.

—No. —Reflexiona sobre su única palabra—. Bueno, un poco sí —admite con una sonrisilla que rápidamente me contagia. Bendito alcohol—. Pero no me despistes, Parker —continúa intentando sonar lo más seria posible—. Estamos aquí para salvar al hombre que escribió *Roxanne*.

Asiento y continuamos caminando. Lauren tira otra piedrecita y yo, involuntariamente, vuelvo a reflexionar sobre otro detalle.

—¿Por qué siempre me traes a mí a tus actos delictivos? —protesto—. En prisión sería un caramelito.

Lauren se detiene en seco de nuevo.

—¿Insinúas que yo no? —me pregunta.

—Insinúo que, si una bielorrusa de cien kilos quisiese divertirse con alguna de las dos, me elegiría a mí.

—¿Estás diciéndome que una bielorrusa de cien kilos no me encontraría atractiva?

—Creo que yo soy más su tipo —respondo completamente convencida—. Es por el pelo. Tú eres rubia y alta. Eso para ellas es demasiado común. —Lauren se detiene a pensar mis palabras—. Si se tratara de una luchadora de sumo japonesa de cien kilos, te elegiría a ti.

Mi amiga sonrío al fin reconfortada. Yo miro el borde de la acera pintado de amarillo y comienzo a pensar en lo divertido y peligroso que sería caminar por él como si fuera una funambulista. Estiro los brazos y echo a andar.

—Muchas gracias. Intento cuidarme, ¿sabes?

—Lo sé. Si estuviéramos en prisión, te acosaría —añado muy convencida.

Quiero que se sienta bien.

—Oh, gracias —responde conmovida—. Yo también te acosaría a ti.

—Muchas gracias —digo bajándome de mi particular alambre y llevándome la mano al corazón—. Eso ha sido muy bonito, pero no podría corresponderte porque seguro que seguiría echa un lío con Ryan. Además, tengo la sensación de que ni siquiera en prisión me dejaría mantenerme alejada de él mucho tiempo. Seguro que vendría cada domingo con su mejor traje a sonreírme a través del cristal y a susurrarme cosas.

—No creo que durara mucho.

Lauren lanza una nueva piedra. A pesar de que la ventana es gigantesca, falla estrepitosamente.

—Todas las presas se unirían —continúa alzando la mano, cerrando un ojo y mordiéndose la lengua para apuntar mejor— y al segundo domingo harían un motín, destrozarían la sala de visitas y raptarían a Ryan.

—Lo peor es que al final seguro que acabaría convirtiéndose en el rey.

Ambas sonreímos.

—Ryan Riley, el rey del segundo pabellón de la prisión estatal de mujeres —pronuncia Lauren alzando las manos como si lo leyera en un inmenso cartel—. Más de una delinquiría sólo por eso.

Nuestras sonrisas se ensanchan y otra vez acabamos riendo a carcajadas en mitad de la noche en una calle cualquiera del barrio de Chelsea.

Un par de manzanas después, Lauren gira y acabamos en una calle que me es de lo más familiar, aunque necesito mirar un par de veces a mi alrededor para comprender que es la 29 Oeste. ¡Es la calle de Ryan! Miro a Lauren y ahogo un grito en un susurro cuando veo que está a punto de lanzar una piedra a su ventana.

—Para —le pido inquieta—. Ésta es la casa de Ryan.

Lauren me sonrío e inmediatamente sé lo que piensa hacer.

—No —le advierto.

—Sí.

—No, no.

—Sí, sí.

Mis armas de convicción están fallando. No tendría que haber bebido tanto.

—Lauren, esto es muy mala idea.

—No, no lo es —responde convencidísima.

—Es algo que haría tu tía Dina.

Lauren sopesa mis palabras un momento y finalmente tira la piedrecita que da de lleno en la ventana. Yo la miro boquiabierta y después a la ventana.

«Por favor, que no se haya despertado; por favor, que no se haya despertado.»

—Mi tía Dina está en San Diego —me comenta Lauren obviando por completo la situación en la que nos encontramos—. Se ha hecho *groupie* de Neil Young.

—Me gusta esa canción que habla de los gigantes.

—¿Y sabes qué? Va a casarse.

—¿Quién? ¿Tu tía Dina?

—No, Neil Young. Mi tía Dina se ha enamorado de su guitarrista, que es judío. Ella quiere convertirlo al cristianismo y presentárselo a mi abuela.

Ambas no echamos a reír y en ese momento se abre la puerta de la casa de Ryan.

¡Mierda! Se ha despertado.

—Señorita Stevens, señorita Parker —nos saluda a la vez que se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. Exactamente a siete escalones de distancia de nosotras.

Está guapísimo, como cada maldito día. Sólo que ahora, de noche y con esa sonrisa arrogante en los labios, parece que su atractivo se haya multiplicado por mil.

«Eso no es una buena noticia para ti.»

—¿No es un poco tarde para estar tirando piedras a una ventana? —pregunta Ryan.

—Supongo que eso depende de lo decente que sea la ventana —respondo sin pensar.

No me puedo creer que haya dicho eso.

Lauren rompe a reír. Le agradezco que intente disimularlo, aunque no tiene mucho éxito haciéndolo. Una incipiente sonrisa comienza a dibujarse en los labios de Ryan, pero él sí logra ocultarla a tiempo.

Bentley sale de la casa, le da una palmadita a Ryan en la espalda y baja ágil los escalones. Me saluda con una sonrisa y toma a Lauren de la mano.

—Vámonos a casa —le dice.

—Maddie, no hagas nada que mi tía Dina no haría —me susurra ella justo antes de que Bentley la obligue a echar a andar.

Yo asiento sus sabias palabras y la veo alejarse. Vuelvo a posar los ojos en Ryan y los suyos están esperándome, tan azules y brillantes, llenos de una fuerza que me abruma. Dios, está guapísimo, con una simple camiseta azul grisácea, sus viejos vaqueros y descalzo.

Baja los escalones y, sin separar sus ojos de los míos, me toma de la mano y tira de mí para que lo siga. Subimos las escaleras en silencio y eso me hace pensar que está enfadado.

—¿Estás enfadado? —pregunto.

El alcohol me hace trabarme al final de la segunda palabra.

—¿Tú qué crees?

Lo está.

Finn nos espera en el vestíbulo. Cuando nuestras miradas se encuentran, me sonrío discreto y yo le devuelvo la sonrisa tímida. La última vez que lo vi fue en plena carrera por la 75. Me siento algo avergonzada.

Ryan me suelta junto a la isla de la cocina, camina hasta la nevera y coge una botellita de agua San Pellegrino sin gas. La deja sobre el mármol italiano frente a uno de los taburetes y me hace un gesto para que me siente.

No lo hago. No tengo por qué obedecerle. Me siento muy valiente, creo que es el alcohol, y estoy dispuesta a desafiar al señor irascible, desgraciadamente para mí ya sin sexo increíble. Resoplo. Echo de menos el sexo increíble.

Miro la botellita de agua con centenares de gotitas de frío condesado. Parece que la haya sacado de un anuncio. Como él. Sonrío. Todo en esta casa parece sacado de una revista.

Vuelvo a mirar la botellita. La verdad es que tiene una pinta deliciosa y yo de repente acabo de descubrirme como la mujer con más sed sobre la faz de la tierra. Pienso un elaborado plan: me acercaré a la isla, cogeré el agua pero no me sentaré. Sonrío. Desafío lanzado, Riley.

Me encanta beber Martini Royale.

De acuerdo con mi plan, cojo el agua pero no me siento, detalle que por supuesto no se le escapa a Ryan. Abro la botellita y le doy un trago. Deliciosa.

—¿Cuánto has bebido? —me pregunta.

Yo no puedo evitar que una sonrisilla de lo más impertinente se me escape.

—¿Una pregunta? —replico insolente—. Qué interesante viniendo de quien nunca quiere contestar ninguna.

—Maddie —me reprende.

Aunque usa ese tono de jefe exigente y tirano que hace que prácticamente se me caigan las bragas, el alcohol me da las fuerzas suficientes para mantenerme sublevada.

—Si quieres preguntar, puedes hacerlo —le explico—, pero eso no significa que vaya a contestarte.

Sigue enfadado pero puedo ver cómo sus labios están a punto de curvarse en una sonrisa.

—Además, no pienses que he venido hasta aquí por ti. Lauren buscaba a Sting. Yo sigo enfadada contigo y te agradecería que me dejarás seguir estándolo.

Mi aclaración hace que Ryan no tenga más remedio que sonreír abiertamente y toda su expresión se relaja.

Sigo enfadada con él y, ya que me he visto arrastrada hasta su casa, sería un momento ideal para hacérselo entender.

—Tienes que dejar de sonreírme y de tocarme y de susurrarme cosas, por favor.

—¿Algo más?

—Sí —contesto muy convencida—. ¿Sería posible que dejarás de oler tan bien?

La sonrisa de Ryan se ensancha hasta casi reír.

—Tengo la sensación de que todos mis problemas vienen porque eres demasiado guapo, demasiado bueno en la cama y hueles demasiado bien. No puedo controlar que seas injustamente atractivo —Ryan vuelve a sonreír arrogante. Me da la sensación de que está disfrutando con esto—, pero sí puedo intentar mantenerme alejada de ti. Así que, si pudieras hacerme el favor de no oler tan deliciosamente bien, te lo agradecería.

Ryan asiente a la vez que rodea la isla de la cocina con el paso lento y amenazador. Su magnetismo animal me hechiza y me hace imposible prestarle atención a cualquier otra cosa que no sea él.

—¿Y puedo saber cómo piensas mantenerte alejada de mí? —susurra sensual, deteniéndose a mi lado.

Sus espectaculares ojos azules dominan los míos.

—Lo estás haciendo otra vez —musito.

—No estoy haciendo nada —susurra con una sexy sonrisa, sabiendo perfectamente que, en efecto, lo está haciendo—. Ni siquiera te estoy tocando.

—Sí, pero sigues teniendo el control —murmuro serena y convencida. Por un momento el alcohol parece haberse evaporado—. ¿Cómo es posible que hayamos roto, que me haya marchado y que tú sigas teniendo el control?

Alza su mano y la lleva hasta mi cadera. Todo mi cuerpo suspira encantado y yo gimo bajito.

Ryan me atrae hacia él y mi respiración se acelera. Siento su cálido aliento entremezclarse con el mío, siento su olor, pero, sobre todo, siento su mano en mi cadera. Mi muestra preferida de que le pertenezco.

—Porque algunas cosas, Maddie, sencillamente son así —responde con un tono de voz hecho de puro deseo.

Quiero que me bese, lo quiero más que nada. Me da igual todo lo que dije esta mañana. Me da igual el enfado que me empeño en mantener. Me da igual que nunca quiera hablar y lo dolorosamente claro que tengo que lo nuestro jamás funcionará. Ahora mismo sólo puedo pensar en sus labios.

Él se detiene. Sigue peligrosamente cerca pero no me besa.

—Ryan —murmuro—, ¿por qué no me besas?, ¿es que ya no quieres hacerlo? —pregunto en un tímido susurro.

La respuesta me da demasiado miedo.

—Quiero besarte, acariciarte, follarte, quiero hacerlo todo contigo, Maddie.

Uau.

—Pero ahora estás borracha y cansada. Necesitas dormir —sentencia.

Suspiro decepcionada y Ryan sonrío. Toma mi mano y me lleva hasta el dormitorio.

—Un caballero llamaría un taxi para que me llevara a casa —comento a las puertas de su habitación.

—Los dos sabemos que yo no soy ningún caballero —replica divertido—, y tú no quieres irte a casa —añade absolutamente convencido y no podría tener más razón.

Los dos sonreímos bajo el umbral de la puerta. Sé que puede leer en mis ojos el deseo que ahora mismo me consume por dentro.

La electricidad va inundando despacio el ambiente mientras su mirada se oscurece más y más, cada vez más salvaje, cada vez seductora. Involuntariamente me muerdo el labio inferior y Ryan suspira brusco.

—Duérmete —me pide en un susurro ronco y sensual, pero no se mueve ni un ápice.

Yo asiento pero tampoco me muevo.

Ryan alza la mano despacio y acaricia mi cadera con la punta de los dedos. Está intentando contenerse, luchando por dejarme escapar, pero todo mi cuerpo se enciende y una ola de placer anticipado me recorre.

—Ryan, por favor, bésame —susurro.

Me mira con sus ojos azules rebosantes de deseo. Sin buscarlo, mis palabras se han llenado de sumisión y dulzura y han tocado esa parte de él que parece remover todos sus instintos y sacarlos a la luz. Aprieta posesivo su mano en mi cadera y mi respiración se acelera. Sube su otra mano hasta mi nuca y la sumerge en mi pelo. Me atrae contra él pero vuelve a detenerse a escasos centímetros.

Yo sólo soy capaz de mirarlo. En estos momentos me siento completamente cautivada por él, por su olor, por su calor. Le quiero.

—Duérmete —me repite suavemente separándose de mí.

Sin darme oportunidad a decir nada, gira sobre sus pasos y se dirige hacia las escaleras. Yo le observo pasarse la mano por el pelo mientras se aleja y no puedo evitar suspirar otra vez, decepcionada.

Finalmente entro en la habitación y me dejo caer sobre la cama. Suspiro con fuerza. Debería marcharme. Quedarme aquí es la idea más kamikaze que he tenido en toda mi vida. Pero la cama huele a él. Y no sé si es el alcohol o que sencillamente la parte más temeraria de mi cuerpo acaba de tomar el control, pero ahora mismo no necesito nada más.

Me despierta la suave luz entrando por la ventana. Giro en la inmensa cama y hundo la cara en la almohada a la vez que suspiro. Huele a gel de afeitado y a lavanda fresca. Huele a Ryan. *Umm...* ¡Huele a Ryan porque es la cama de Ryan, idiota!

Me levanto de un salto y lo primero que hago, como acto reflejo, es comprobar si llevo bragas. Con Ryan nunca se sabe. Pero entonces me doy cuenta de que no llevo puesto mi vestido. Solo mi ropa interior y una vieja camiseta de Ryan. ¡Maldita sea! No puedo creer que se atreviese a cambiarme de ropa. Doy una pisada furiosa contra el suelo de parqué aunque lo que quiero hacer realmente es patalear y gritar como una loca. Me ha desnudado y me ha puesto su camiseta. Sencillamente no puedo creérmelo.

Descalza, casi de puntillas, atravieso la habitación mirando a mi alrededor. En primer lugar no quiero hacer ruido y alertar al señor irascible y en segundo lugar quiero encontrar mi ropa. Por un momento miro la camiseta y no puedo evitar sonreír cuando compruebo que lleva el logo de la Universidad de Columbia. Imagino que con lo brillante que es Ryan pudo ir a la universidad que hubiese querido y sin embargo eligió quedarse aquí. Es otro neoyorquino empedernido. Siempre tendremos eso en común. Sacudo la cabeza y continúo buscando mi ropa.

Nada de confraternizar con el enemigo, Parker.

¿Dónde demonios está mi vestido? Resoplo y me llevo las manos a las caderas exasperada. Seguro que Ryan ha escondido mi ropa en el último rincón de esta casa absurdamente grande o quizá la haya quemado. Es más que capaz de hacerlo.

Tengo que ponerle remedio a esto inmediatamente. Tengo que salir de aquí y no puedo hacerlo así vestida. Si la memoria no me falla, todavía debo tener algo de ropa en su vestidor.

Entro con el paso decidido pero al ver sus trajes italianos y su centenar de camisas impolutamente blancas, me freno en seco. Siempre han sido mi talón de Aquiles. Sus trajes, sus ojos increíblemente azules, su sexy sonrisa,...

«Idiota sin sentido a punto de tropezar otra vez con la misma piedra a la una, a las dos...»

Resoplo y me obligo dejar de fantasear con él o con su ropa a medida inmediatamente.

Salgo del vestidor y en ese instante Ryan entra en la habitación. Lleva una camisa blanca con los primeros botones desabrochados y un traje azul que resalta aún más su espectacular mirada.

«Idiota sin sentido a punto de tropezar otra vez con la misma piedra a las tres»

Pero es que la piedra es demasiado guapo.

—Buenos días —dice con esa sonrisa algo dura y muy, muy sexy.

—Buenos días —respondo.

Y en este preciso instante recuerdo que no llevo pantalones y automáticamente me siento muy incómoda. No me parece la mejor idea estar con él en su habitación medio desnuda.

Inmediatamente Ryan se da cuenta de lo que estoy pensando y sonrío encantado.

Genial, solo ha necesitado veinte segundos para reírse de mí.

—¿Dónde está mi ropa, Ryan? —pregunto cruzándome de brazos, tratando de demostrarle lo enfadadísima que estoy por la situación en general y porque anoche me desnudará en particular.

—La señora Aldrin debe estar haciendo la colada —contesta como si fuera lo más normal.

—Ryan —me quejo aún más furiosa—, no puedo creerme que me quitaras la ropa.

—Ryan también se cruza de brazos poniéndose claramente en guardia.

—Deberías agradecermelo. Podría haberte dejado desnuda —replica arrogante como si de verdad creyera que tengo porqué darle las gracias.

—Eres un capullo —le espeto.

Él sonrío arrogante y para mi desgracia eso le da un aspecto increíblemente sexy.

—Yo no fui el que se presentó borracha tirando piedrecitas a mi ventana.

—Yo no fui. Fue Lauren —me defiendo.

Nota mental: tengo que asesinar a mi amiga por meterme en este lío.

—¿Y lo de suplicarme que te besara?

Entorno la mirada. Es un gilipollas. Estaba borracha. Eso es un atenuante clarísimo.

—¿Sabes? —comenta dando un paso hacia mí sin que esa maldita sonrisa le abandone—. Estabas adorable pidiéndome que no oliera tan bien.

—Eres odioso —le digo destilando una furia casi legendaria por cada centímetro de mi cuerpo.

Sin dudarle me dirijo al vestidor. Pienso ponerme lo primero que encuentre y salir disparada de aquí.

—¿Dónde crees que vas?

—Me marcho —respondo con total seguridad.

—Tengo que salir de aquí urgentemente o no respondo de su integridad física.

—No vas a irte —masculla sin asomo de dudas.

—Voy a irme, Ryan —contesto sin detenerme.

—Pero cuando estoy a punto de entrar en el vestidor, Ryan me toma por la cintura.

—Y yo te he dicho que no vas a moverte de aquí —replica mientras me levanta del suelo sin ningún esfuerzo a pesar de cuanto pataleo.

Tengo la tentación de morderle para que me suelte pero contengo.

Me tira sobre la cama y antes de que pueda escapar me sujeta las muñecas a ambos lados de mi cabeza y me inmoviliza contra el colchón.

—¿Sabes cuánto tuve que contenerme ayer para comportarme como un buen chico? —comenta con una sonrisa de lo más impertinente en los labios.

—¿Buen chico? —pregunto socarrona, ahogando una sonrisa nerviosa en un suspiro—. Tú ni siquiera sabes lo que significan esas dos palabras.

Esto es el colmo.

—Pasa el día conmigo.

Mi sonrisa nerviosa se transforma en risa aún más nerviosa. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—No pienso pasar el día contigo —mascullo.

—Me debes una y pienso cobrármela —añade presuntuoso—. Te vas a divertir, nena.

¡¿Qué?! ¡No me lo puedo creer!

—No me llames nena —protesto indignadísima, tratando de liberar mis manos.

—No sé por qué ahora me están entrando muchas ganas de dejar de contenerme —comenta inclinándose un poco más sobre mí.

Su nada sutil amenaza me corta la respiración y me quedo muy quieta. Ryan sonrío. El bastardo se está divirtiendo muchísimo con esto.

—Eres un perverso —me quejo entornando la mirada.

Sin dejar de mirarme y con esa arrogante sonrisa aún en los labios, se deja caer despacio sobre mí. Está muy cerca y yo no puedo evitar flaquear. Quiero seguir enfadada pero él es demasiado guapo y mi libido está a punto de tomar el mando de mi cuerpo.

Tengo que escapar de aquí.

—Está bien —me rindo malhumorada—. Pasaré el día contigo.

Soy plenamente consciente de que estoy saltando de la sartén para caer en las brasas pero necesito poder huir de esta cama urgentemente.

—Dame tu palabra —me pide con la misma sonrisa dibujada en su sensual boca.

—¿A qué viene eso? Definitivamente se ha vuelto completamente loco.

—¿Qué? —pregunto atónita.

—Eres una chica del sur. Sé que esas cosas son importantes para vosotros.

—Soy de Carolina.

Gilipollas.

—Para mí todo lo que este debajo de la segunda avenida es sur profundo —replica con ese tono tan divertido como presuntuoso.

Yo río escandalizada pero no puedo negar que al fin y al cabo me estoy riendo. Ryan sonrío insolente y atrapa mi mirada con la suya increíblemente azul. Está esperando que, en efecto, le de mi palabra.

—Te doy mi palabra —digo fingidamente exasperada.

Estoy empezando a olvidar porque estaba tan enfadada.

—Perfecto —sentencia satisfecho.

Sus ojos siguen sobre los míos. Maldita sea, está muy cerca. Involuntariamente gimo bajito y

Ryan sonrío de nuevo. Estoy a punto de rendirme, pero entonces él se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Ponte uno de tus vestiditos —me ordena suavemente deteniéndose y girando sobre su talones.

Me incorporo y me quedo sentada en la cama.

—¿Quieres que te torture? —pregunto burlona.

Todo esto es tan surrealista que por qué no iba a bromear.

—Lo estoy deseando —responde Ryan sin dudar.

Su magnetismo puro y sin edulcorar se transforma en voz y yo estoy a punto de derretirme mientras él se marcha victorioso.

Ya a solas me dejo caer contra el colchón a la vez que resoplo con fuerza. No me puedo creer que haya aceptado pasar el día con él.

Buena manera de seguir enfadada, Parker.

Me doy una ducha rápida y me pongo mi vestido negro con la falda llena de estampados de color naranja y azul eléctrico. Fue uno de los vestidos que estaban aquí cuando pasó lo que pasó y que ya no recogí.

Sacudo la cabeza. Ahora mismo no quiero pensar en eso.

«Pues deberías. Si lo hicieras de vez en cuando, a lo mejor no estabas metida en este lío».

Suspiro con fuerza. Mi vida es un asco.

Salgo de la habitación con el paso titubeante y bajo las escaleras aún más nerviosa. Mis Oxford resuenan contra en el suelo a cada escalón que bajo. Sopeso la posibilidad de salir corriendo. Me pregunto si podría llegar hasta la puerta principal antes de que Ryan me acorralara contra una pared.

Esto es ridículo y muy frustrante. Tengo que empezar a ser más lista y trazar un plan o una de esas cosas de gente sabia y concienzuda. Algo que no acabe con él sosteniéndome las muñecas contra un colchón. Por un momento sonrío como una idiota y los músculos de mi vientre se tensan.

«Tú sí que eres ridícula».

Llego a la planta baja y busco a Ryan con la mirada. Está apoyado en la isla de la cocina. Cuando me ve, sonrío y tengo que reconocer que me derrito un poco. El bastardo es demasiado atractivo.

Él me mira de arriba abajo con descaro y sonrío satisfecho. Como me hubiera gustado tener un traje de apicultor en el armario. Suspiro displicente y dejo caer los brazos junto a mis costados.

—Ya estoy lista —comento arisca—. ¿Adónde vamos?

Ryan sonrío y camina hacia mí.

—No tienes por qué saberlo —me replica insolente.

Está claro que está disfrutando muchísimo con todo esto.

Estoy a punto de protestar pero Ryan me sonrío, de esa manera que hace que las bragas de cualquier persona del sexo opuesto caigan fulminadas, y toma mi mano tirando de ella para que le siga.

En cuanto entramos en el ascensor me suelto de su mano y me separo unos pasos. Clavo mi vista en las puertas de acero pero aún así puedo notar como su mirada azul e insolente está posada con descaro sobre mí. No podría ser más consciente de él, de su perfecto olor. Hoy el halo de puro atractivo y magnetismo del señor Riley brilla con más fuerza que nunca y maldita sea, como lo odio por eso.

—¿No piensas hablarme? —pregunta socarrón.

—Tengo que pasar el día contigo. No dijiste nada sobre que debiese ser amable —respondo sin separar mi mirada de las puertas.

Lo escucho, más que veo, sonreír y cuando noto como da el primer paso hacia mí, todo mi cuerpo se tensa.

Cubre la pequeña distancia que nos separa y suavemente se inclina sobre mí. Sus sensuales labios acarician fugaces esa piel tan sensible justo bajo el lóbulo de mi oreja e involuntariamente todo mi cuerpo comienza a temblar. Ryan sonríe otra vez.

—Eso es cierto —comenta con su voz masculina y salvaje trasformada en un susurro—, pero apuesto lo que quieras que dentro de poco volverás a suplicarme para que te bese.

Un leve suspiro se escapa de mis labios. Ryan baja la mano despacio por mi costado y la pasea por mi piel hasta el centro de mi vientre.

—Para que mis dedos se marquen en tu cadera, para que me sientas dentro. Otra vez dejándome que haga contigo lo que quiera. Muy bueno y muy duro, Maddie.

Oh, por Dios. Esto es demasiado.

Ryan sonríe y lo hace tan cerca que su cálido aliento impregna mi piel. Estoy a punto de mandar mi enfado al diablo cuando él se alza y sin más sale del ascensor. Las puertas se habían abierto y ni siquiera me había dado cuenta.

Resoplo mientras lo observo alejarse camino del garaje. Es odioso. Es realmente odioso.

«Tú sigue repitiéndotelo. Con un poco de suerte un día te lo creerás».

Finn nos espera junto al Audi A8. Me abre la puerta profesional y me acomodo en la parte trasera. Una vez más agradezco que el interior de este coche sea casi kilométrico, pero como siempre parezco olvidar que Ryan es Ryan y en cuanto se monta en el coche, la atmosfera parece cargarse de pura electricidad. Este hombre sería capaz de conseguir que una convención mundial de *Star Trek* fuese el lugar más íntimo del mundo.

El motor se enciende con un suave rugido y *Maps* de Maroon 5 comienza a sonar.

—¿Vas a decirme ya adónde vamos? —pregunto impaciente.

Intento esforzarme por mantener mi mal humor pero me está costando horrores.

—No —responde sin asomo de dudas—. Antes no te costaba tanto dejarte llevar.

Y parece molesto cuando lo dice. Esto es el colmo.

—Y así acabé —digo perdiendo mi mirada en la ventanilla.

Su mirada se endurece. Ya no le hace ninguna gracia mi enfado.

—Maddie —me reprende.

—Maddie, ¿qué? —me apresuro a replicar mirándole de nuevo.

Ryan resopla con fuerza y antes de que pueda darme cuenta de lo que pretende me toma por la cintura, me coloca a horcajadas sobre él y sumerge sus manos en mi pelo. Mi cuerpo suspira como si al acoplarse contra el suyo hubiera vuelto a su lugar en el mundo.

—Maddie —vuelve a llamarme, pero ahora es diferente. Su voz se ha transformado una vez más en un susurro desbordante de deseo.

Vuelvo a sentirme tímida y abrumada.

El coche se detiene y Ryan parece salir de su ensoñación. Una suave sonrisa se dibuja en sus labios. Despacio, haciendo que mi cuerpo sea perfectamente consciente del movimiento, me deja de nuevo en mi asiento y sale del coche. Yo le sigo y desconcertada miro a mi alrededor. ¿Qué hacemos aquí? Pero entonces la preciosa fachada de una de las tiendas de la catorce oeste llama mi atención y sin saber por qué instintivamente sé la respuesta.

—Ryan —musito.

Debería marcharme. No he tenido nada más claro en toda mi vida.

Se gira hacia mí y me mira directamente a los ojos. La brisa de Nueva York revuelve su pelo castaño, casi rubio.

—Hoy me perteneces —dice atrapando mi mirada por completo.

Su voz se envuelve en un magnetismo arrollador. Es tan seguro de si mismo, tan masculino.

—Hoy eres mía.

Y en este instante, más que nunca, tengo claro que aunque lo intente con todas mis fuerzas, jamás podré dejar de serlo.

Estoy perdida.

—De acuerdo —musito aunque mi voz suena segura.

Ryan coge mi mano y tira de ella. Cruzamos deprisa la calle. Antes de que me dé cuenta estamos atravesando las puertas de la tienda. Los músculos de mi cuerpo se contraen expectantes solo por la idea de estar aquí con él, en la *boutique* de *La Perla* de la catorce oeste.

Las dependientas inmediatamente se fijan en él. No las culpo. No podría estar más guapo. Por si fuera poco, la manera en la que camina, tan decidido y seguro de sí mismo, le confiere ese aire de dueño del mundo que haría que cualquier mujer suspirara encantada.

—Espérame aquí —me pide clavando sus ojos azules en los míos.

Asiento. Ahora mismo no puedo articular palabra. Estoy demasiado nerviosa. Sigo a Ryan con la mirada y lo veo acercarse a una de las dependientas. Tras hablar con ella unos segundos la mujer sonrío encantada y asiente.

Ryan camina de nuevo hacia mí. A pesar de estar a más de una decena de metros puedo ver sus ojos brillar, intensos, indomables y todo mi relame pensando en lo que tendrá preparado. De fondo se oye a la dependienta caminar a paso ligero hasta la puerta. Sus tacones repiquetean contra el parqué. El sonido se interrumpe por el ruido seco que hace el pestillo de la puerta cuando la mujer lo echa y automáticamente me saca de mi ensoñación. ¡Ha pedido que nos dejen solos!

—Ryan —susurro perpleja y, no voy a negarlo un poco sobrepasada, cuando llega hasta mí.

Él sonrío y sus manos acarician furtivas mis caderas.

—Quiero que te pruebes toda esta ropa para mí —me ordena sensual.

Esto es una locura, me grita mi sentido común, pero el ambiente es demasiado eléctrico y delicioso. Ahora mismo soy puro deseo y mucha expectación.

Dos dependientas se acercan hasta mí con la sonrisa más solícita del mundo.

—¿Tiene una idea de lo que desea comprar? —me pregunta una de ellas.

Suspiro. Necesito tomar aire.

—No —musito negando también con la cabeza, con una sonrisa nerviosa dibujada en los labios.

La sonrisa de Ryan se ensancha y también se vuelve más sexy y yo vuelvo a sentirme abrumada y tímida, exactamente como el día en que conocimos. Su mano, que nunca se ha separado de mi piel, hace un perezoso círculo con el pulgar sobre mi cadera y sin más se separa de mí. Camina hasta un inmenso sofá blanco colocado frente a un precioso vestíbulo, también de impoluto blanco, al que dan todos los probadores. En el centro del espacio hay una elegante mesa *vintage* redonda y dorada. *La Perla* en estado puro.

Las dependientas me llevan por la tienda de un lado a otro pero yo solo puedo prestarle atención a él. Es como un imán que tira de mi cuerpo. Es magnetismo puro y duro. Una atracción sin medida, casi adictiva que me hace desearlo como no había deseado nada en mi vida.

Sigo a las dependientas hasta el probador. Cada una lleva al menos una decena de conjuntos de exquisita lencería.

Me dejan en una de las habitaciones y se marchan con una inmensa sonrisa. Yo suspiro con fuerza. Todo esto es tan excitante. Me suelto el pelo, me quito el vestido y me pongo el primer conjunto.

Negro. Encaje.

Agarro con fuerza el pomo y lo giro lentamente. Salgo con el paso lento y tembloroso, pero algo dentro de mí no para de gritar que no querría estar en ningún otro lugar.

Al verme, Ryan se lleva el reverso del índice a los labios y la sonrisa más sexy que he visto en mi vida se apodera de ellos. Me observa de arriba abajo y deja escapar un brusco suspiro. Me hace un gesto con la mano para que me gire y lo hago.

—¿Te gusta? —pregunto en un susurro.

Ryan asiente. La lujuria y el deseo oscurecen su mirada.

Regreso al probador y me pongo el siguiente conjunto.

Azul. Seda.

Salgo de nuevo. Las piernas me tiemblan. El deseo ha tomado cada rincón de mi cuerpo y un placer sin precedentes arrolla mi interior como huracán.

Le miro. Sus ojos me recorren ávidos. Tiene la respiración agitada.

—Gírate —me ordena esta vez con la voz ronca.

Lo hago. Suspira brusco. El corazón me late deprisa.

—¿Te gusta? —inquiero de nuevo.

Sí —susurra sensual.

Camino de nuevo hasta el probador sintiendo su mirada sobre mi piel. El corazón me late tan deprisa que retumba por todo mi cuerpo.

Me pongo el siguiente.

Rojo. Seda. Encaje.

Todo mi cuerpo está sublevado. Mi propio tacto al ponerme y quitarme la ropa me enciende aún más.

Salgo de la pequeña habitación. Trago Saliva. Todo es demasiado sensual. Le veo imperturbable, duro, sexy. Mis fantasías hechas realidad. El dueño de todo mi placer desde la primera vez que me miró.

—Ven aquí —me ordena.

Suspiro hondo.

Camino hacia él despacio. Mi libido brilla con fuerza, suplicándole en silencio que haga conmigo lo que quiera una vez más.

Me detengo frente a él y Ryan se levanta triunfal.

Gírate —me ordena de nuevo.

Lo hago. Trago saliva. Suspiro. Solo soy deseo.

Se inclina hacia adelante y alza la mano colocando el dedo índice entre mis pechos. Baja torturador casi agónico hacia mi vientre incendiando mi piel, abrasándome por dentro.

—Ryan —susurro.

No puedo más. Esa simple caricia ha sido demasiado.

Recorre el camino a la inversa y llega hasta mi barbilla.

—¿Qué quieres? —susurra ronco y masculino, obligándome a alzar la cabeza al tiempo que se inclina sobre mí, dejando que sus labios estén cerca, muy cerca de mi mejilla.

—A ti —respondo.

Ryan sonrío fugaz, duro y sexy.

—Te dije que suplicarías —vuelve a susurrar.

Suspiro bajito. Quiero contenerme pero no puedo evitarlo. Los músculos de mi vientre se tensan. Está tomando todo el control y es todo lo que quiero.

—Así que dímelo otra vez —continúa castigador con su voz recorriéndome entera, haciéndome vibrar—. ¿Qué quieres, Maddie?

Su cálido aliento impregna mi piel. Siento el roce su traje a medida en mi cuerpo desnudo. Todo me da vueltas. Suspiro de nuevo y me dejo llevar por mi libido que se relame mientras me obliga a pronunciar:

—Te necesito a ti, señor.

Los ojos de Ryan se llenan de un deseo infinito, lujurioso e indomable. Un deseo que le recorre entero que despierta al animal que lleva dentro. Me sonrío sexy y duro, apenas un segundo, mientras su mano se desliza por mi cuello. Gimo. Toda esta atmósfera me está consumiendo bocado a bocado. Le deseo. Y por fin me besa lleno de una pasión sin límites, tan dura y desbordante que puede llegar a doler. Conquista mi boca, la desarma, la posee. Han sido trece días de infierno y ahora por fin veo la luz.

Me coge en brazos y yo reacciono rápidamente enroscando mis piernas alrededor de su cintura. Me sienta sobre la elegante mesa y me empuja suavemente. Comienza a besar cada centímetro de mi estómago y mi cuerpo se estira sobre la elegante madera. Mis manos se deslizan por el perfecto dorado *vintage* sintiéndome sexy y sensual en la que probablemente sea la tienda más sexy y sensual del mundo.

Sin separar sus perfectos labios de mi piel alza sus impresionantes ojos y me mira. Yo gimo por su cálido aliento, por todo el momento pero sobre todo, por su mirada azul e indomable, llena de perversión, lujuria y deseo salvaje.

Ryan sonrío y baja un poco más. Sus dedos se deslizan seductores entre la piel de mis caderas y el delicioso encaje.

Me muerde junto al ombligo y después lame satisfecho las marcas de sus propios dientes.

Todo mi cuerpo se arquea. Siento su aliento calentarme por encima de la delicada tela de mis bragas.

Gimo de nuevo.

Me besa justo en el centro de mi sexo. Suspiro con fuerza. Tira. Y las bragas se deshacen entre sus manos.

Todo es increíblemente sensual.

Ryan marca un reguero de besos de una a otra de mis caderas. Lento, húmedo, caliente. Baja por mis muslos y al fin llega al vértice mi cuerpo.

Siento su aliento.

Gimo.

Me estremezco.

Ryan desliza sus dedos y me acaricia suave pero con firmeza, despertando todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

Su habilidosa lengua marca el ritmo que sigue su mano. Me acaricia. Me solivianta. Me hace suya.

Introduce sus dedos en mi interior.

Gimo con fuerza, casi grito.

Ryan acomoda la palma de su mano contra mi clítoris mientras me penetra con los dedos, mientras su lengua me acaricia.

Grito.

Se mueve más rápido.

Mis caderas lo hacen con él, buscándolo. Me siento encendida, sobrestimulada.

Me embiste con sus dedos y los gira. Me llena de placer.

Grito.

Una vez y otra y otra. Mi cuerpo se arquea. Mi respiración se pierde, se diluye. Grito una y otra vez. Con más fuerza. Siento sus dedos, su lengua, su mano.

¡Dios!

Y exploto en un espectacular orgasmo que me arrolla de nuevo. Que me atrapa. Que me asola. Que me hace entender que mi cuerpo le pertenece por completo. Que es mi dueño. Que le quiero.

Ryan se yergue triunfal y sexy. Yo lo observo con la respiración jadeante, llena de un anhelo casi temerario que me hace desearlo aún con más fuerza.

Sin desunir un solo instante nuestras miradas se inclina sobre mí. Sus ojos azules están oscurecidos, más instintivos y salvajes que nunca. Me desea.

Me besa con fuerza y yo gimo contra su boca. Le desabrocho la camisa acelerada y le ayudo a quitársela.

No dejamos de besarnos un solo segundo.

Apremiada me deshago de su cinturón y desabotono sus pantalones. Se recoloca entre mis piernas, sube su mano hasta mi rodilla y me obliga a levantarla.

Sonríe sexy contra mis labios. Me embiste con fuerza. Y todo se vuelve eléctrico.

Mi cuerpo se arquea.

Se me mueve con fuerza, implacable.

Mi objeto de deseo. Mi adicción.

Grito.

Me aferro a sus hombros y elimino cualquier centímetro de aire entre nosotros. Ryan responde haciendo sus embestidas más profundas. Pierdo mis manos en su espalda. Su cuerpo tonificado se tensa bajo ellas con cada estocada.

Sin salir de mí vuelve a cogerme en brazos y me deja sobre el sofá. Se arrodilla entre mis piernas, toma impulso y vuelve a embestirme. No está siendo delicado. No lo quiero.

Me penetra con fuerza. Su erección grande y dura se pierde en mi interior cálido y húmedo una y otra vez.

Echo la cabeza hacia atrás. Mi cuerpo se tensa. Cierro los ojos. Grito.

Pasea sus manos hambrientas de mí por todo mi cuerpo. Es una locura.

Gimo extasiada.

Sigue moviéndose. Entrando cada vez más fuerte, más duro, más rápido.

Estira sus mano sobre las mías, que intentan inútilmente aferrarse al sofá, y las entrelaza. El movimiento provoca que su cuerpo se estire sobre el mío y me cubre por completo.

—¡Ryan! —grito—. *Oh*, Dios, Ryan.

Me embiste aún con más fuerza, tanta que logra separarme del sofá.

¡Joder, es increíble!

—Maddie —gruñe agarrando mis manos con más fuerza.

Y saltamos al vacío, a un maravilloso precipicio lleno de amor, deseo, excitación, lujuria y muchísimo placer. Oleadas que me sacuden, que me mantienen en el aire y me hacen volar aún más lejos como no lo había hecho desde hace trece oscuros, tristes y amargos días. Trece días sin sus manos, sin sus besos, sin su boca. Trece días sin Ryan.

Me dejo caer sobre el sofá absolutamente exhausta y Ryan lo hace a mi espalda. Por un momento solo soy consciente de su respiración. Es lo único que deseo escuchar ahora mismo.

—Eres todo lo que necesito, Maddie —susurra jadeante a la vez que me estrecha contra su cuerpo.

Y yo sencillamente me derrito.

Nos quedamos abrazados minutos, horas, no lo sé. Comienzo a inquietarme con la posibilidad de que alguna dependienta nos haya visto.

—Estamos solos —responde demostrando una vez más su innata capacidad para contestar preguntas que solo me he hecho en mi mente.

Sin separarse de mí un solo centímetro nos mueve hasta que él queda sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el sofá y yo a horcajadas en su regazo.

Me hechiza con sus preciosos ojos al tiempo que me acaricia suavemente la mejilla.

—Debería irme —musito aunque es lo último que quiero.

—El día aún no ha acabado —replica sin dudar, sin desunir nuestras miradas.

Sonrí nerviosa y aparto mi mirada de la suya clavándola en mis propias manos. Soy

plenamente consciente de que cuanto más tiempo pase con él, más difícil me será marcharme pero ahora mismo soy incapaz de alejarme.

¿Y qué tiene pensado, señor Riley?

Sonríe misterioso.

Muchas cosas, señorita Parker.

Solo cuatro palabras y otra vez me tiene fascinada.

Ryan me ayuda a levantarme y camino deprisa hacia el probador. Decido que la norma de no pensar sigue vigente.

Al salir del probador no puedo evitar detenerme en seco y sencillamente contemplarlo. Ya se ha vestido y me espera elegantemente sentado en el brazo del sofá. Su pelo, su ropa, su expresión denotan un atractivo aplastante. Juguetea con las asas de dos bolsas negras con las palabras *La Perla* escritas en letras blancas a juego con el papel de seda que sobresale. Ahora mismo es pura sensualidad.

Al verme sale a mi encuentro.

—¿Lista? —pregunta acariciándome suavemente el cuello con sus largos dedos.

—Sí —musito llena de convicción.

Soy consciente de que ese «¿lista?» alberga mucho más que un simple «¿estás preparada para abandonar la tienda?» Quiere saber si estoy lista para dejarme llevar y, aunque sé que es una idea kamikaze y temeraria, no puedo evitar que la respuesta sea sí.

Me coge de la mano una vez más y cruzamos la inmensa *boutique*. Me sorprende que la puerta ya esté abierta aunque quizá debería haberme sorprendido más las bolsas que lleva en la mano.

Está a punto de anochecer. El Audi *A8* nos espera junto a la acera. Finn nos abre profesional la puerta y nos acomodamos en la parte trasera. Suena *Sex of fire* de los Kings of Leon. Lo hace a un volumen muy suave, casi un susurro. Es la canción perfecta para que suene exactamente así.

Contemplo como atravesamos Manhattan a través de la ventanilla y todo me resulta más sensual. Creo que es el efecto que tiene la proximidad de Ryan o quizá sea el hecho de que acabamos de acostarnos entre conjuntos de carísima lencería, quién sabe. Ahora incluso la ciudad transmite la sensación de estar teñida de deseo y placer. Las luces, las personas, todo parece estar creado bajo la circunstancia de que puede pasar cualquier cosa, de que en cualquier rincón de cualquier calle dos personas pueden estar besándose apasionadamente, tocándose, acariciándose.

Respiro hondo y sonrío.

Ryan toma mi mano y la acaricia lentamente. Yo suspiro bajito y me concentro en su caricia. Antes de que me dé cuenta, el coche vuelve a detenerse y Finn nos abre la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

Ryan me sonrío pero no contesta.

Salgo del coche y una suave sonrisa se escapa de mis labios al comprobar que estamos delante del *Of Course*, el fantástico restaurante francés.

Ryan nos lleva decidido hacia el interior, ignorando por completo la inmensa cola de personas

que esperan para entrar.

Acabamos de entrar en el local cuando la *maître* se acerca a nosotros. Había olvidado que siempre intenta flirtear con Ryan.

—Señor Riley —lo saluda increíblemente solícita.

Pero él ni siquiera la mira. Tira de mi mano y continuamos caminando. La sonrisa más indisimulable se instala en mi rostro y algo con fuerza brilla dentro de mí. Sí, yo soy para él esta noche, pero él es solo para mí.

Un camarero nos espera en la puerta del reservado, nos saluda amablemente y se acerca para retirarme la silla. Ryan lo fulmina con la mirada, el hombre se detiene en seco y es él mismo quien aparta mi asiento.

—¿Qué desean beber? —pregunta entregándonos las cartas.

—Un Petit Cheval del 99.

Había olvidado lo maravillosamente bien que habla francés.

Comienzo a (intentar) leer los platos. Debería aprender a hablar francés. Cuando bajo la carta, vencida por el idioma galo, me encuentro con los indescriptiblemente bonitos ojos de Ryan.

Sonríe de nuevo y ese gesto tiene un eco directo en los músculos de mi vientre, que se contraen deliciosamente.

—Debería irme a París —bromeo—, alquilarme un apartamento con vistas a la Torre Eiffel y dedicarme a aprender francés.

—Es un buen plan —responde divertido.

El camarero regresa con el vino. Lo abre ceremonioso y, tras dárselo a probar a Ryan, llena nuestras copas.

—Podría pasarme el día entero comiendo *baguettes* —continúo absolutamente convencida—, bebiendo vino y escuchando malas canciones de rock.

Sonrío, casi río. Charlie es un apasionado del rock de los sesenta. Debo haberle escuchado quejarse como unas cien veces de que los franceses, por mucho que lo intentan, son unos auténticos negados para este estilo musical.

Ryan me observa y su sonrisa se ensancha, aunque por algún motivo parece más triste.

—Me gusta verte reír.

Sus palabras hacen que me ruborice, pero no aparto mi mirada de la suya.

—Y si todo lo que tengo que hacer para que no dejes de hacerlo es llevarte a París —continúa—, saldremos esta misma noche.

En realidad todo lo que necesito para ser feliz eres tú, pero las cosas son demasiado complicadas.

Suspiro intentando volverme milagrosamente inmune a la deliciosa atmósfera que se va creando entre nosotros, aunque algo me dice que no tendré esa suerte.

—¿Por qué no me despertaste esta mañana? —murmuro en parte para cambiar de tema y en parte para saciar toda mi curiosidad.

Sus ojos azules se vuelven más intensos.

—Te tenía durmiendo en mi cama después de semanas, Maddie. No iba a despertarte por nada del mundo.

Gimo bajito y siento cómo cada palabra que ha pronunciado me envuelve. Su mirada sigue en la mía. Ahora mismo me siento fascinada por este hombre tan increíblemente atractivo que acaba de decirme que me llevaría a París y que me quiere en su cama.

—Ryan —susurro.

—¿Qué, Maddie?

Toda esa seguridad me desarma. Es tan sensual, tan masculino.

—¿Han decidido qué tomarán?

La voz del camarero me saca de mi ensoñación. Ahora mismo todo mi cuerpo está gritando por el suyo con una fuerza desmedida.

—La señorita tomará *filet de bœuf avec endives douces et crème de fromage et noix* y *entrecôte avec légumes grillés de chef et sauce à la menthe* para mí.

Sus ojos azules no se han separado de los míos ni un solo momento. Cada palabra que ha pronunciado en un perfecto francés ha calado en el ambiente y lo ha intensificado, llenándolo de puro deseo y excitación.

Mi respiración está desordenada. El corazón me late deprisa.

Tomo mi copa de vino y le doy un sorbo. Está delicioso y yo muy nerviosa.

—Muchas gracias por el dibujo.

Tengo que reconducir la conversación. Necesito dispersar toda esta tensión o no sé cómo acabará esto.

«El problema es que sí lo sabes.»

Ryan me mira confuso, pero en seguida entiende a qué me refiero y se encoge de hombros como si no tuviera importancia.

—Pensé que te gustaría.

—Lo he colgado en la puerta de mi nevera.

Maldita sea. No tendría que hacer dicho eso. Le deja claro todo lo que sigo sintiendo por él.

Ryan sonrío.

Bastardo presuntuoso.

—¿Nunca has pensado en dejarlo todo y trabajar de arquitecto?

Sonríe de nuevo. Tengo claro que no va a contestarme, así que le dedico mi peor mirada y su sonrisa se ensancha.

—Algún día conseguiré que hables —le reto divertida.

—No lo dudo —replica.

Claramente se está riendo de mí.

El camarero nos trae nuestros platos. Sonrío al ver el mío. Tiene una pinta deliciosa. Me llevo el primer trozo a los labios y un «mmm» maravillado se escapa de ellos.

Ryan sonrío presuntuoso. Definitivamente no pude equivocarme más cuando le dije que no conocía mis gustos culinarios. Nunca me ha dado a probar nada que no me resultara delicioso. Ni en un restaurante ni fuera de él.

En el último segundo contengo un respiro. Mi imaginación ya estaba volando libre.

La noche está siendo maravillosa. Por un momento me siento como si no hubiésemos roto, o quizá aún mejor, porque en el tiempo en el que estuvimos juntos nunca fuimos capaces de comer en un restaurante sin acabar discutiendo.

«Una prueba más de que haces bien en alejarte de él. Nunca funcionaría.»

Ninguno de los dos pide postre. Después de pagar la cuenta, Ryan se levanta y retira mi silla, nuevamente antes de que el camarero lo haga y, como pasó al llegar, lo mira mal por intentarlo.

Toma mi mano y salimos del reservado. Mientras atravesamos el salón, no puedo evitar fijarme en el fondo del local. Allí, en una tarima de brillante madera clara, varias parejas bailan la canción que un chico de unos treinta y pocos años toca al piano. Es una versión de *All of me*, de John Legend. Una canción preciosa.

—Bailemos.

Ryan no me lo pide, me lo ordena, pero su voz es tan increíblemente sensual y sus ojos tan desesperadamente azules que, aunque quisiera, no podría negarme.

Sonrío y asiento. Además, me encanta la idea.

Ryan me conduce entre las mesas hasta la pista de baile. Se detiene casi en el centro y me estrecha suavemente contra su cuerpo. Sus ojos se clavan en los míos y me cautivan. Subo despacio la mano hasta colocarla en su hombro y siento la suya posarse peligrosa al final de mi espalda.

El ritmo de la suave canción nos obliga a movernos.

Cause all of me

Loves all of you

Love your curves and all your edges

All your perfect imperfections, Give your all to me

I'll give my all to you

Su mano se enreda en la mía y descansan entre los dos. Me mantiene atada a él en todos los sentidos. Siento su calor, su proximidad, su mirada dominando la mía, demostrándome una vez más que soy suya y, sobre todo, cuánto me gusta que sea así.

Es un momento perfecto.

You're my end and my beginning

Even when I lose I'm winning

Cause I give you all of me

And you give me all of you, oh

Gimo bajito y la mirada de Ryan arde. Ya no bailamos. Todo en lo que puedo pensar ahora mismo es en que me bese. Se inclina sobre mí. Sus labios están tan cerca de los míos que casi puedo sentirlos. Mi corazón se desboca. Le deseo. Pero una vez más, en el último segundo, no lo hace.

Vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que la canción ha terminado.

Ryan desliza su mano por mi espalda hasta que acaricia mi cadera despacio, casi agónico, torturándome.

—Vámonos —susurra con su voz tan masculina y sensual.

Tira de mi mano, que aún está entrelazada con la suya, y salimos del restaurante. Finn nos espera a la salida.

Acomodados en la parte trasera del coche, estoy aún más nerviosa. Toda la electricidad que se había creado entre nosotros en la pista de baile se hace más latente en este espacio tan reducido. Suspiro bajito, tratando de calmarme pero mi cuerpo se resiste y solo quiere que su mano vuelva a acariciar mi cadera.

Miro por la ventana para intentar distraerme y me sorprende cuando el coche gira por la Octava Avenida en dirección sur. Chelsea está al norte. Voy a preguntar, pero entonces comprendo que nos estamos dirigiendo al Village, a mi apartamento.

A los pocos segundos el elegante Audio A8 atraviesa mi calle y se detiene frente a mi edificio.

Ryan le hace un imperceptible gesto a Finn a través del espejo retrovisor y su hombre para todo se baja. En principio, creo que va a abrirme la puerta, pedirme que salga y hacerlo todo aún más surrealista, pero se limita a alejarse hasta el otro extremo del coche y quedarse de pie con esa pose que recuerda tanto al descansan militar.

No entiendo nada de lo que está pasando. Miro a Ryan. Está en silencio pero parece tranquilo, como si estuviese exactamente donde quiere estar y eso me escama aún más.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto tratando de sonar tan confusa como me siento. Es difícil.

—Te traigo a tu apartamento —contesta con total naturalidad.

Yo frunzo el ceño. Estoy completamente perdida.

—Te pedí que pasaras el día conmigo —responde con la mirada en la ventanilla antes de volver a preguntar —y el día ya ha acabado, Maddie.

Pronuncia mi nombre volviendo a atrapar mi mirada.

Creo que esa respuesta era la última que me esperaba.

Me gustaría decir algo pero no sé el qué. La cabeza me da vueltas. No puedo evitar pensar que no tengo ningún derecho a quejarme. Estamos en esta situación por mi culpa. Soy yo la que no quiere volver, pero no he sido yo la que le ha pedido que me trajera a casa. Por la mañana en su cama, en La Perla, en el restaurante, todo ha sido increíblemente. Estoy llena de dudas pero tengo claro que no quiero que esto se acabe.

—Buenas noches, Maddie —dice sacándome de mis pensamientos.

Definitivamente todo lo que ha pasado hoy no ha significado lo mismo para los dos. De pronto

me siento furiosa, frustrada, enfadada. He sido una perfecta idiota y he vuelto a dejarle que hiciera conmigo exactamente lo que ha querido.

—Buenas noches, Ryan.

Sin dudarlo, me bajo del coche tan deprisa como soy capaz. De reojo puedo ver como sonrío de lo más insolente y presuntuoso.

Me alegro de divertirme como siempre, señor Riley.

Es un gilipollas.

Camino del portal tengo la tentación de volverme una decena de veces pero no lo hago. Al girar la llave en el portal, oigo el motor del Audi acelerar suavemente y aunque es lo último que quiero lo veo perderse calle arriba.

Apago la luz de un manotazo y me tiro en mi cama resoplando con fuerza. Ahora mismo ni siquiera podría explicar cómo me siento. Estoy feliz por haber estado entre sus brazos una vez más, feliz por oír su risa, por haber bailado con él. Pero también me siento furiosa y exasperada porque me haya traído aquí sin ni siquiera preguntarme, porque prácticamente me echara de su coche.

Quiero seguir enfada, maldita sea, pero cómo lo consigo si le basta un segundo para conseguir que mi estúpido corazón se acelere y sienta aproximadamente un millón de mariposas en mi estómago. Aunque creo que lo peor de todo es el miedo atroz y desenfrenado que me inunda al pensar que a lo mejor a él tampoco le interesa volver donde estábamos antes.

Suspiro y me tapo la cara con la almohada. Me pregunto si una puede ahogarse a si misma por ser sumamente idiota o el cuerpo tiene algún mecanismo de defensa que te hace dejar de apretar.

Solo he necesitado un día con él para que todo mi mundo que ya estaba completamente del revés, se vuelva aún más loco. Sin embargo, al mismo tiempo, tengo la sensación de que así es exactamente como tiene que estar, como si cada pieza de mi pequeño corazoncito solo pudiese ser feliz y sentirse lleno sumido en ese huracán de emociones que me provoca Ryan.

Con esa idea en mi mente me quedo dormida y es la misma idea que me ronda la cabeza cuando suena el despertador exactamente a las siete de la mañana.

Me levanto de un salto y me meto en la ducha. Empieza a sonar *Outside* de Calvin Harris y Ellie Goulding. Mientras me enjabono el pelo no puedo dejar de pensar que quizá yo soy quien esté complicando las cosas. Ayer fui feliz como no lo había sido once largos días. ¿Por qué tengo que darle tantas vueltas? Suspiro y cierro los ojos bajo el chorro de agua caliente, casi hirviendo.

*So you give me no reason
For me to stay close to you
Tell me what lovers do
How are we still breathing
It's never for us to choose
I'll be the strength in you*

Se acabó. Tengo que hablar con él. Es urgente.

Sin importarme la hora qué es, sé de sobra que estará despierto, cojo mi vestido blanco con la

mariposa en la espalda, me peino con los dedos y calzándome mis sandalias más bonitas salgo de mi apartamento.

Sentada en un vagón cualquiera de un tren cualquiera de la línea A no paro de repetirme que sé lo que tengo que hacer, que solo tengo que ser valiente, pero cada vez me tiemblan más las rodillas.

Finn me abre la puerta y me parece escuchar una imperceptible sonrisa a través del intercomunicador cuando digo mi nombre.

Profesional, me guía hasta el salón y se retira. Creo que no había estado tan nerviosa en toda mi vida. Ni siquiera la primera vez que estuve aquí. Suspiro por enésima vez en lo que va de mañana y trato de tranquilizarme, pero el universo decide ponérmelo realmente complicado cuando veo a Ryan bajar las escaleras emanando toda esa seguridad tan masculina y sensual. Lleva uno de sus trajes a medida azul marino, camisa blanca y corbata delgada y azul.

No podría estar más guapo y no podría ser más injusto para todas las pobres chicas que vivimos en Nueva York.

—Señorita Parker —me saluda bajando el último peldaño con elegancia y caminando hacia mí.

Rápidamente me obligo a apartar mi mirada y llevarla a cualquier otro lado. Mi dignidad y mi orgullo no pueden permitir que me pille mirándole embobada.

—Es un poco temprano —añade socarrón mirando su carísimo reloj de pulsera.

—Sí, lo sé —me disculpo—, pero imaginaba que estarías despierto.

Ryan sonrío. Tengo la molesta sensación de que todo está saliendo exactamente como esperaba y eso hace que uno por ciento de mí se levante en armas gritando que no es buena idea bajar la guardia con el señor irascible-sexo increíble.

—¿Quieres desayunar? —pregunta.

Niego con la cabeza. No pudo dejar que me distraiga. Ryan Da un paso más hacia mí y por un segundo creo que va a tocarme, pero no lo hace. Yo suspiro mentalmente, intentando contenerme. Es el noventa y nueve por ciento de mi cuerpo queriendo lanzarse a sus brazos aceptando que vuelva a ser todo para mí y el uno por ciento luchando, resistiendo, recordándome como me sentí cuando me pidió que saliera de su empresa y de su vida.

Ryan me dedica su espectacular sonrisa, esa que creo que solo guarda para mí, y acaricia mi vestido a la altura de mi estómago, fugaz, sin llegar a tocar mi piel. Todas mis defensas caen fulminadas.

El uno por ciento acaba de entregar las armas y solo pone como condición para su absoluta rendición pedirle a Ryan algo, aunque sea un mínimo gesto de que las cosas nunca volverán a ser como antes.

—Quiero que hablemos —casi tartamudeo tratando de escapar de su campo de fuerza.

Él sonrío y suspira divertido. Guapo a rabiar.

—¿De qué? —pregunta sin que la sonrisa le abandone.

Tomo aire. Es la hora de la verdad. Pero justo cuando voy a abrir la boca, un ruido en la puerta me distrae. Finn está bajo el umbral. Ryan se gira con la mirada entornada por la interrupción y le hace un levísimo gesto para que diga lo que tenga que decir y se marche.

—Señor Riley, la señorita Borow está aquí.

El nombre cae entre los dos como el jarro de agua fría que es. Es tempranísimo. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace aquí en general? Esa mujer es la responsable de que termináramos, ¿cómo puede seguir viéndose con ella? Si tenía alguna duda sobre marcharme o no, Marisa Borow acaba de hacerla añicos. Esa mujer sigue viniendo aquí y, al parecer, a la hora que quiere.

Ryan asiente a Finn y vuelve a girarse hacia mí. Yo no quiero alagar más esta estúpida agonía y sin dudarle me dirijo hacia la puerta. Estoy furiosa.

Ryan adivina claramente mis intenciones, da un paso hacia mí y me toma por la muñeca obligándome a detenerme.

—Maddie, no es lo que piensas.

Otra vez está usando ese tono conmigo, como si yo fuera una cría celosa incapaz de comprender las cosas que suceden entre adultos.

—No me hables así. No estoy celosa. Simplemente no entiendo cómo puedes siquiera dirigirle la palabra después de lo que nos hizo.

Mi voz se entrecorta de pura rabia y se lo dejo ver en mi mirada.

—Por lo menos podrías darme la oportunidad de explicarme —replica molesto—. ¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor?

Y tiene la desfachatez de parecer indignado. ¡Es el colmo!

Yo me zafo de su brazo, pero no me muevo. Quiero que comprenda lo enfadada que estoy.

—Porque contigo rara vez me equivoco.

Los labios de Ryan se convierten en una fina línea y me mira con los ojos entornados.

En ese mismo instante, Marisa aparece en el salón, sonriente, absolutamente encantada de estar aquí. Yo, en cambio, estoy furiosa. Mi cuerpo está hirviendo por dentro. Ahora mismo los estrangularía a los dos.

Ella parece comprender la situación rápidamente, porque, tras lo que me parece un imperceptible gesto de Ryan, se dirige hacia el estudio.

—Encantada de volver a verte, Maddie —me saluda fingidamente amable cuando pasa junto a mí.

Yo resoplo con fuerza. Estoy a punto de abalanzarme sobre ella pero decido que ni siquiera se merece que le haga ver cuánto me afecta.

—Espérame en el jardín trasero —me ordena Ryan con la voz endurecida.

Tiene que estar de broma.

—No, de eso nada —respondo sin dudar.

Ryan resopla. El buen humor con el que me recibió esta mañana parece haberse esfumado por

completo. No le culpo todo lo que yo pensaba decir también lo ha hecho.

—No pienso discutirlo, Maddie —replica con su voz amenazadoramente suave—. Espérame en el jardín.

Yo exhalo todo el aire de mis pulmones bruscamente y lo miro a los ojos. No tengo claro que sea la mejor decisión, pero algo me impide alejarme de él. Es esa parte de mí que solo brilla cuando él está cerca.

Ryan resopla de nuevo y su mirada se suaviza. Alza la mano y me acaricia suavemente la mejilla.

—No tardaré —me promete con el tono mucho más relajado—. *Lucky* está allí.

Esas dos frases y el que haya intentado que de laguna manera me sienta mejor surten efecto. Por lo menos parece entender que esta situación no es fácil para mí.

Finalmente asiento incomoda y me dirijo hacia el vestíbulo bajo su atenta mirada.

Llego hasta la enorme puerta de cristal y, ya a través de ella, puedo ver a *Lucky* correteando por el inmenso jardín. La abro y la cierro tras de mí. Camino hasta el final del suelo enlosado en color teja y me agacho con una sonrisa para recibir a mi cachorrito. Está enorme. Resulta increíble que haya pasado una semana desde la última vez que lo vi.

Me siento en el suelo y apoyo mis sandalias en el cuidado césped. El jardín es enorme. Nunca había estado en esta parte de la casa. El porche rodea un costado de la fachada, entrando y saliendo del césped como si fuera una ola. Hay un bonito balancín de hierro forjado y a su lado varios sillones rodeando una pequeña mesa de metal. Todos tienen unos inmensos almohadones color crema llenos de plumas y que parecen increíblemente cómodos.

Observándolo, me doy cuenta de que está claro que alguien se encarga diariamente de cuidar este césped. No hay una briza de hierba más alta que otra y al fondo se levanta un abedul enorme. Es lo único más alto que los enormes muros que flanquean el jardín. Está perfectamente aislado pero no resulta nada agobiante y ofrece una placentera sensación de intimidad.

Lucky se para frente a mí con una pelota de tenis entre los dientes. Ladea la cabeza y menea la cola pidiéndome jugar. Le quito la pelota de la boca, lo que le hace gruñir, sonrío y se la lanzo. El perro sale disparado tras ella.

Ya ha pasado más de una hora. Valoro seriamente la posibilidad de marcharme. Ahora mismo me siento ridícula por estar en su jardín trasero mientras él habla de quién sabe qué con esa zorra. Suspiro hondo e intento tranquilizarme. Estar aquí sólo está haciendo que literalmente hierva en mi propio enfado.

Un instante después oigo cerrarse la puerta principal y a los pocos segundos Ryan abre la del jardín. *Lucky* sale corriendo y sube las escaleras.

—¿Adónde va? —pregunta divertido.

—Imagino que tendrá sed. Se ha pasado más de una hora corriendo.

«Fantástico, Parker, el toque justo de desdén.»

Ryan suspira hondo, se mete las manos en los bolsillos y se apoya en el marco de la puerta.

Se ha cambiado y ahora lleva su traje carbón, una camisa blanca y su corbata gris. Que se haya

puesto su coraza a medida de director ejecutivo también hace que me sienta un poco mejor, aunque quizá sólo ha tenido esa deferencia porque estoy aquí y lleva recibéndola como ha querido días y días.

Suspiro mentalmente. No necesito esto.

—Hoy me lo llevaré a casa —le digo en referencia a *Lucky*.

Quiero de pasar lo antes posible por esta despedida absurda para poder llegar a casa, meterme en la cama y desaparecer del mundo.

—Gracias por cuidarlo —añado.

Y no sé por qué lo hago. Me ha tenido una hora en este jardín. No se merece ni un gramo de amabilidad.

—Se ha pasado todo el tiempo persiguiéndome y quejándose —comenta sin levantar su mirada de mí.

—Debe haberte resultado un incordio.

—Me gustaba —sentencia.

Suspiro hondo. Tengo un nudo en la garganta que me quema y me impide respirar. Estoy demasiado enfadada.

—¿Qué hacía esa mujer aquí, Ryan?

—Quería hablar de negocios —responde restándole importancia pero manteniendo su voz y toda la expresión de su cuerpo en guardia.

—Creí que ya habías comprado su empresa.

—Quería hablar de otros negocios.

Sonrío mordaz. Estoy cansada de sus verdades a medias.

—No vas a contármelo, ¿verdad?

Ahora es él el que sonrío. Solo que de esa manera tan dura y sexy que me desarma.

—No tiene importancia —sentencia.

—Entonces —replico—, ¿por qué me pediste que te diera la oportunidad de explicarte?

Ryan suspira brusco. Está empezando a cansarse de esta situación.

—Maddie, ¿de verdad quieres perder el tiempo hablando de eso?

—Para mí es importante —respondo alzando la voz.

¿Por qué no puede entenderlo?

—Y no sólo se trata de Marisa —continúo mientras me levanto—. ¿Por qué te cuesta tanto confiar en mí?

—Confío en ti —sentencia sin asomo de duda.

—Si confiaras en mí, hablarías conmigo. —Ahora la que sentencia soy yo.

Es la pura verdad. Al final todo se reduce a esa pequeña premisa y yo más que nunca necesito marcharme a mi apartamento y pensar. He sido demasiado imprudente viniendo aquí.

—Me voy a mi apartamento.

—De eso nada —responde categórico—. Ésta no va a ser la última vez que nos veamos.

Camina la distancia que nos separa y, tomando mi cara entre sus manos, me besa fuerte y decidido.

Yo no puedo evitar suspirar contra sus labios y él sonrío duro, sexy, sensual contra los míos.

Despacio, desliza su mano hasta mi rodilla y la sube de nuevo, esta vez por debajo de la tela de mi vestido. Araña suavemente el interior de mi muslo y yo gimo bajito, entregada.

Con un ágil movimiento Ryan nos tumba sobre el césped. Sin dejar de besarme, su mano continúa subiendo hasta llegar al vértice de mis muslos. Lentamente la pasa al otro lado, debajo de mis bragas y sonrío al comprobar que, como siempre, ya estoy lista para recibirlo.

Hunde sus labios en mi cuello y me muerde suavemente justo antes de besarme.

—Ryan —susurro—, necesito pensar.

Mi respiración se desordena transformándose poco a poco en algo caótico y sin sentido. Mi mente va a evaporarse.

—No —contesta contra mi piel—. Si piensas, creerás que es un error y te alejarás de mí.

Su boca en mi cuello acaricia, besa, muerde y lame cada centímetro de piel.

Relía mis bragas entre sus dedos, de un acertado tirón se deshace de ellas y me embiste con fuerza.

Ahogo un grito en un mar de gemidos. Me esfuerzo en recuperar el control de mi cuerpo sublevado, pero es completamente inútil.

Ryan se incorpora sobre sus codos y me observa desde arriba con sus preciosos ojos azules rebosantes de un deseo desbocado.

—No voy a dejar que te muevas de aquí —me advierte.

Su duro y potente miembro palpita dentro de mí.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto jadeante con una sonrisa nerviosa—. ¿Follarme cada hora de cada día el resto de mi vida?

Ryan sale de mí hasta casi quedar fuera del todo y vuelve a embestirme.

Todo mi cuerpo se estremece. Tengo que morderme el labio inferior para no gritar.

—Suenas bien —responde triunfal.

«Ni que lo digas.»

Vuelve a moverse. Entra y sale despacio pero lleno de fuerza, haciéndome sentir cada centímetro que conquista.

—Ryan —suspiro—, por favor.

Sus ojos brillan aún más azules.

—¿Quieres que pare? —pregunta presuntuoso.

Bastardo arrogante. Sabe perfectamente que la respuesta es no.

—Quiero que me dejes pensar —consigo pronunciar.

—No —responde sin dudar.

—Entonces hablemos —propongo a punto de derretirme literalmente entre sus brazos.

Me observa entrando y saliendo aún más despacio, torturándome.

—Hablo mejor así.

Comienza a rotar las caderas haciendo sugerentes círculos cada vez que me embiste.

Yo gimo, cierro los ojos extasiada y echo la cabeza hacia atrás.

Es una locura.

—Ryan —jadeo.

—Esto es muy sencillo, Maddie —dice sin dejar de hacer esos maravillosos círculos que me nublan la mente—. Si quieres que pare, pararé, pero no voy a volver a tocarte nunca, por mucho que supliques.

—¿Qué te hace pensar que suplicaría? —inquiero con dificultad y la voz entrecortada.

Ryan no contesta. Mueve las caderas, sale un poco y me embiste con fuerza.

Grito y él sonrío arrogante.

¡Ha sido alucinante!

—Eso —dice sin más.

Vuelve a hacer los círculos y yo vuelvo a suspirar. Cabeceo sobre el césped sintiendo sin quererlo el placer inundando cada centímetro de mi cuerpo.

No puedo más. Es delirante. No entiendo cómo a él no le afecta.

—Esto es injusto y juego sucio —me quejo en un susurro.

—Lo sé —responde aún más arrogante.

Intento pensar pero sencillamente no puedo. Estoy sumida en un mar de deseo, pura excitación y placer, y cada una de sus mágicas estocadas me empuja un poco más adentro.

—¿Entonces? —pregunta en un susurro con la voz más grave y sensual que he oído en mi vida—. ¿Qué quieres que haga? —continúa saliendo de mí.

Ya me siento vacía.

—No pares —le suplico dejando que sus ojos azules me hechicen una vez más.

—Buena chica —responde con una sonrisa, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Me besa posesivo y me embiste con fuerza, sólo que esta vez no para y comienza su demencial ritmo. El mismo que ha conseguido que vea el cielo tantas veces y que ahora me hace temer que vaya a desintegrarme sobre el cuidado césped.

Acelera sus movimientos.

Grito.

Y un maravilloso y atronador orgasmo me recorre la columna vertebral hasta estallar en mi sexo

alrededor de su increíble polla. Ryan continúa embistiéndome sin medida, alargando mi placer, buscando el suyo, haciendo que todo se vuelva delirante y fantástico hasta recordarme que jamás podría vivir sin esto.

Es asombroso. Es delicioso. Es genial.

Clava los puños en el césped y con una potente estocada alcanza el clímax.

Aún con la respiración jadeante, abre sus espectaculares ojos y los posa en los míos. La visión es sencillamente abrumadora. Sonríe agotado y se deja caer de espaldas.

Despacio, los sonidos de la ciudad van inundando el jardín de nuevo.

—Ryan —susurro girándome hacia él—, lo que te he dicho antes sobre que necesito pensar va en serio —pone mala cara—, por favor.

—No —responde tajante, levantándose ágil y rápido.

Yo también me levanto. Le observo pasarse las manos por el pelo y dejárselas en la nuca en ese gesto reflexivo que adoro. Está nervioso, inquieto y también muy enfadado. Comienzo a sentirme de lo más culpable, pero encontrarme a Marisa aquí ha sido demasiado. Todas las dudas han vuelto de golpe. No quiero precipitarme.

—Ryan, por favor —susurro—. Podrías intentar ser un poco razonable con esto.

—¿Qué sea razonable? —farfulla furioso clavando sus ojos azules en los míos. A pesar de la distancia consigue intimidarme—. Maddie, me estás pidiendo que te deje marchar y encima se supone que tiene que gustarme.

—Ryan, no quiero precipitarme.

¿Por qué no puede entenderlo?

—¿Ya no te compensa estar conmigo? —pregunta arisco, caminando de nuevo hasta mí.

Sigue enfadadísimo.

—Claro que me compensa —contesto sin dudar porque es la verdad. Siempre será la verdad, aunque no siempre haya querido entenderlo.

Soy consciente de lo peligrosamente cerca que está y la única medida de precaución que se me ocurre es clavar mi mirada en el suelo.

«Algo muy útil, sin duda alguna.»

Ryan coloca el reverso de su índice en mi barbilla y me obliga a levantarla suavemente.

—Pues entonces todo lo demás se arreglará solo —susurra dejando que todo su carisma y su magnetismo me envuelvan y me convenzan seductores.

Da el último paso que nos separa. Está a punto de besarme.

—¿Hablarás conmigo? —susurro con la voz entrecortada.

—Maddie...

Conozco ese «Maddie». Es el mismo que me decía que no iba a quedarse. Es un cristalino «no».

Me separo y Ryan me concede la huida. Le hubiera sido muy fácil mantenerme aquí. Mi cuerpo echa de menos el suyo de una manera absolutamente irracional.

—¿Ves? Tengo mucho en lo que pensar.

La expresión de Ryan vuelve a endurecerse. Se mete las manos en los bolsillos y me observa de pie en el centro del jardín alejarme de él.

Como siempre que he tenido que marcharme de su lado por voluntad propia, no quiero tener que hacerlo. Una parte de mí incluso me odia por haber tomado esta decisión. Pero tiene que hablar conmigo. Tiene que confiar en mí. Necesito mantenerme firme en esto.

Abro la puerta principal y llamo a *Lucky*. El perro baja las escaleras como una exhalación. Mantengo la puerta abierta para que salga, pero el cachorro se detiene y, agitando la cola, se gira buscando a Ryan. ¡Qué deprimente! Hasta mi perro tiene claro quién manda aquí.

—Vamos, *Lucky* —vuelvo a llamarlo.

Afortunadamente el perro me sigue y al fin salimos.

Ya en mi apartamento, me doy una ducha e intento relajarme, aunque, la verdad, no lo consigo. Alex está en casa de Charlie y James y Lauren, trabajando, así que, a pesar de no tener por qué, voy al estudio. Cualquier cosa antes de quedarme sola en casa y darle mil vueltas a todo.

Mi jefe no está y la mañana está siendo muy tranquila. Conociéndolo, habrá puesto como excusa que tiene que estar concentrado en el edificio de White Plains para ni siquiera dignarse venir. Mejor para mí, así no tengo que soportarlo.

Como con Sarah y con Wendy y, perezosa, regreso al estudio sola, ya que arquitecta y secretaria tienen una reunión con un posible cliente a un par de manzanas.

Cuando me aseguro de que los Hannigan ya estarán en su apartamento, regreso al mío. Cenamos todos juntos viendo *10, La mujer perfecta* y sólo vuelvo a mi piso cuando estoy a punto de quedarme dormida. El día ya ha sido lo suficientemente intenso como para pasarme la noche en blanco.

Pero todos mis propósitos caen en saco roto cuando me meto en la cama. Tendría que haberme concentrado en seguir enfadada, me lamento tapándome la cara con la almohada.

«Y en seguir con las bragas puestas.»

Me pongo los ojos en blanco y lanzo la almohada al suelo. Esta mañana estaba dispuesta a volver con él, pero verla llegar a su casa y comportarse como si nada hubiese pasado, por un momento, me hizo sentir que era yo la que sobraba.

Cabeceo. Sé que es una estupidez, pero que sigan siendo amigos después de lo que pasó es algo que no puedo tolerar.

Cierro los ojos y me obligo a dejar de pensar. Tengo que intentar dormir. Mañana me espera un día muy largo y muy complicado.

Cuando suena el despertador, llevo aproximadamente una hora despierta mirando al techo. Parece ser que mi vecina Sandy se ha echado otro novio, un tal Dylan o Dillon, que ha vuelto a engañarla con otra compañera de trabajo. Ella ha dicho algo así como que prefiere morirse de hambre a tener que soportar a otro tío que la quiera sólo por su cuerpo. No he entendido muy bien la frase.

He estado pensando y pensando en todo lo que hay entre Ryan y yo, y a la única conclusión a la que he llegado es que necesito seguir pensando.

Me levanto hecha polvo y me meto en la ducha. Envuelta en la toalla delante del espejo me dedico una retahíla de mensajes motivacionales de anuncio de refresco muy al estilo Lauren. No soy una chica que caiga en la autocompasión y no voy a empezar ahora.

Enciendo el iPod, lo conecto a los altavoces y pongo *Roar*. Exactamente la canción que necesito.

*I got the eye of the tiger, a fighter, dancing through a fire
'Cause I am a champion, and you're gonna hear me roar.*

Mentalizada gracias a Katy Perry, me seco el pelo con el secador para poder dejármelo suelto. Siempre me veo más guapa de esta forma y también más salvaje, y hoy quiero sentirme así para poder lidiar con todo lo que el día me tenga preparado y, en especial, para lo que me tenga preparado el señor Ryan Riley, CEO.

Delante del armario me decanto por mi arma definitiva: mi falda de la suerte. La acompaño con una camisa de seda blanca algo vaporosa y sin mangas. Además, pongo en práctica un consejo que Lauren me dio una vez en un probador y elijo mi mejor conjunto de ropa interior. Según ella, y una novela erótica que leyó, llevar bragas bonitas te hace sentirte poderosa. Las que he escogido son negras y están rematadas por un gracioso lacito de encaje rojo justo en el centro del trasero.

Al final cada prenda cumple su efecto y hoy me siento capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Atravieso el vestíbulo del Riley Enterprises Group con una sonrisa enorme en los labios. Sí, ésa es la actitud, como si acabara de donar todo mi dinero a una nueva religión de esas que dicen que nos recogerán en un platillo volante.

Saludo a Ben y me meto en el ascensor. En la planta tres, una nube de ejecutivos ocupa casi todo el espacio y acabo pegada a la pared trasera. Aun así, todos respetan mi espacio personal. Parece que las charlas sobre acoso sexual en el Riley Group son de los más efectivas.

«Sí, el único que no las cumple es el jefe.»

Una sonrisilla malvada se me escapa ante mi propia idea.

De pronto los móviles de todos los ejecutivos suenan exactamente a la vez. Extrañados y con una inquietud más que inminente, todos sacan sus Smartphone y juraría que dicen «joder» a la vez. El ascensor se para en la planta quince y salen espantados. No tengo ni la más remota idea de qué ha pasado, pero me alegro de no ser uno de ellos. No parecen nada felices.

Delante de la puerta de Ryan respiro hondo y me coloco mentalmente en la posición del loto. No puedo dejar que la situación se descontrole.

—Buenos días, Tess.

—Buenos días, Maddie.

Voy a empezar con mi discurso habitual de «el señor Riley me ha pedido que venga blablablá» pero, justo cuando voy a abrir la boca, me interrumpe.

—El señor Riley está en una reunión —me anuncia—. Me ha pedido que le recuerde que debe esperarlo.

Finjo una sonrisa. Ese recado claramente me lo ha enviado el Ryan capullo insoportable, pero nada va a alterarme.

—Estaré con el señor Sandford —comento—. El señor Riley puede avisarme cuando llegue, si quiere.

Sin esperar mayor respuesta, giro sobre mis botas preferidas y salgo del despacho. Por lo menos podré pasar un rato con Bentley.

—Exayudante —me saluda al verme entrar en su despacho.

—Exjefe —le respondo.

Me acerco a su escritorio y veo una pila inmensa de dossiers en una esquina y la carpeta de las cartas al editor abierta sobre su mesa de arquitecto con al menos una decena de cartas sin archivar.

—¿Cuándo piensas contratar a un ayudante? —pregunto acercándome a la susodicha carpeta y ordenándola.

—Ya tengo una ayudante —me responde con una sonrisa levantando su vista para contestarme y volviendo a centrarla en la documentación que está revisando inmediatamente después.

En ese momento Lauren entra en la habitación como un ciclón. Está enfadadísima.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —se queja casi en un grito—. ¿Despedirnos a todos?

Automáticamente sé que habla de Ryan. No debe estar de muy buen humor después de lo que pasó ayer.

—¿Qué ha pasado? —pregunto fingidamente sorprendida.

—¿Que qué ha pasado? —inquiére a su vez a punto de darle un ataque de pura furia—. Está insoportable. Ha gritado por un motivo u otro al noventa por ciento de los ejecutivos. En la reunión ha llevado un ritmo demencial. Dudo mucho que más de la mitad de los que estaban allí sentados haya entendido algo. Y, para terminar, ha amenazado con despedir a todo el departamento de Contabilidad... y yo estaba allí, lo hará.

Lauren resopla y se deja caer en la silla al otro lado de la mesa de Bentley.

—Nunca es el colmo de la amabilidad. Nunca es amable —rectifica rápidamente—. Y normalmente me divierte ver cómo hace que esa panda de ejecutivos gordos y decadentes se meen encima, pero hoy está de un humor de perros. No podría asegurarlo, pero creo que el señor Greene ha llorado.

Bentley y yo sonreímos.

—En serio —continúa Lauren—, tienes que hablar con él —me apremia.

—Yo ya no trabajo aquí —le recuerdo.

—Y ésa es otra —dice Lauren como si acabara de recordarle algo que la tiene indignadísima—. ¿Cuánto tiempo piensa seguir impidiéndote que contrates una nueva ayudante? —le pregunta a Bentley.

Él la mira con el ceño fruncido y yo los miro a ambos.

—¿Qué? —inquiero perpleja.

—Lo que oyes —prosigue Lauren ignorando por completo como su novio la reprende con la

mirada—. Ryan no deja que Bentley contrate a una nueva ayudante.

—Yo tampoco la quiero —le defiende.

—Pero la necesitas —le replica Lauren—. No me malinterpretes, chica. Yo quiero que vuelvas la que más, pero un editor necesita una ayudante. Cuando a base de polvos consiga hacerte perder otra vez la razón y aceptes ser su novia y su empleada de nuevo, que traslade a la chica que haya contratado. Es así de simple.

Lauren tiene razón. Pensé que Bentley aún no tenía una nueva asistente por culpa de Recursos Humanos, porque se había traspapelado algún documento o algo por el estilo, no porque Ryan no se lo permitiese.

—Lo siento mucho, Bentley —me disculpo algo avergonzada.

—La culpa no es tuya —me contesta para reconfortarme.

—Sí lo es y Lauren —digo señalándola con uno de los dosieres que acabo de coger para llevarlo a la estantería— tiene razón. Necesitas una ayudante.

—Te lo he dicho, ya tengo una —replica amable.

—Me refiero a una de verdad. No alguien que sólo esté aquí cuando el controlador de su novio decida que debe esperar —sentencio dejando caer el dossier sobre la madera roja de la librería.

Ninguno de los dos me contesta. Yo me giro y ambos me están observando con sendas sonrisas en la cara.

—¿Qué pasa? —pregunto confusa.

—Le has llamado novio —comenta Lauren.

—No —me defiendo apartando mi mirada rápidamente.

Maldita sea.

—Sí, lo has hecho y los dos lo hemos oído.

Veo de reojo cómo Bentley, con la vista posada en los documentos que tiene delante, asiente sin dejar de sonreír. Yo cojo otra carpeta y camino de nuevo a la estantería.

—Pues no lo es —sentencio—. No estamos juntos.

—Por favor, Maddison Parker —dice Lauren en tono de súplica, juntando las manos y dedicándome su mejor mirada de perrito abandonado—, échale un polvo. Va a dejarme sin trabajo y lo necesito para comprarme zapatos.

Sonrío nerviosa y Lauren se levanta como un resorte.

—Dios, ya te has acostado con él —pronuncia alarmada.

—No me he acostado con él.

Trato por todos los medios de sonar convincente.

—Quiero detalles.

Tira de mí y salimos a trompicones del despacho de Bentley. No entiendo cómo puede correr tan rápido con semejantes tacones. Yo he estado a punto de caerme tres veces camino del archivo.

—Cuéntame —dice cerrando la puerta y apoyando una mano en su cadera y la otra en uno de los

muebles metálicos.

—¿No te enciendes un cigarrillo? —pregunto verdaderamente extrañada.

Lauren hace una mueca de disgusto y me señala el techo con un escueto movimiento de cabeza. Yo lo sigo con la mirada y ahogo una risa en un suspiro cuando veo un detector de humos justo encima de nosotras.

—Me está torturando —se queja resignada—. Creo que es una venganza por no haberle dicho dónde estabas cuando nos exiliamos en los Hamptons.

No puedo evitar sonreír.

—Bueno, cuéntame —me apremia—. ¿Os habéis acostado? ¿Cuándo?

—A la mañana siguiente de acabar borracha en su casa, por tu culpa —aclaro— me obligo a pasar el día con él y acabamos acostándonos.

—Espera —Lauren analiza mis palabras—. Eso fue hace dos días —añade alarmada.

Asiento.

—¿Y por qué está tan cabreado? —pregunta indignadísima.

En ese mismo instante cae en la cuenta de algo y me mira perspicaz.

—¿Te has relajado?

—¿Qué? —inquiero perpleja.

Ahora la que suena indignada soy yo.

—No te preocupes, a mí también me pasa. La clave son dos palabras: sexo oral.

—¡Lauren, por Dios! —me quejo—. No me he relajado —vuelvo a protestar—. Y no necesito tus consejos sobre sexo oral —añado divertida.

—Usa los dientes —comenta rápidamente en un susurro.

—Sé cómo usar los dientes en una mamada —replico indignada alzando la voz.

—Por Dios, Maddison, qué vulgar.

No puedo más y rompo a reír. Ella me sigue apenas un segundo después.

—¿Qué pasó? —pregunta más relajada, dejando las bromas a un lado.

—Fue alucinante —respondo cruzándome de brazos y dejándome caer sobre el archivador—, como siempre. En realidad fue aún mejor —rectifico con una boba sonrisa en los labios.

—¿Entonces? —inquire contagiada de mi gesto.

—Le dije que necesitaba pensarlo.

Mi amiga me dedica una de las miradas más confusas y sorprendidas que he visto en los últimos años. Parece que nadie apuesta un mísero céntimo por mi fuerza de voluntad.

—No sé qué hacer —continúo—. Ryan sigue sin confiar en mí, sin querer hablar conmigo. Le quiero pero tampoco puedo precipitarme e ir directa a cometer el mismo error otra vez.

—¿Estás segura?

—Marisa fue a verlo a Chelsea —musito.

—¿Qué? —responde con los ojos abiertos como platos.

—Le pregunté a Ryan, pero no quiso hablar. —No puedo evitar que mis palabras guarden algo de rencor—. Se limitó a decir «negocios».

—¿Y tú qué crees que hacía allí?

—No tengo ni idea, pero rompimos por su culpa. Pensé que Ryan la odiaría. Yo la odio.

—Y yo —añade totalmente convencida.

Ambas sonreímos.

—Lauren, estoy hecha un auténtico lío otra vez.

—Bienvenida a la vida con el señor irascible-sexo increíble.

Las dos volvemos a sonreír, casi reír. Ha dicho una gran verdad.

Salimos del archivador y regreso a la oficina de Bentley.

Ni siquiera lo he saludado cuando suena el teléfono. El que fuera mi jefe descuelga y, tras preguntar quién es, responde varios síes con una sonrisa, cuelga y me mira burlón.

—El señor Riley te espera en su despacho.

—Tú y yo hablaremos de esa sonrisita cuando vuelva —lo amenazo divertida—. Ahora ya no eres mi jefe.

Él me sonríe una vez más como respuesta y yo no puedo más que imitar su gesto.

Tess me hace pasar en cuanto llego. Aun así, llamo a la puerta del despacho y espero a que me dé paso. Cuando lo hace, entro y cierro tras de mí.

Ryan está de pie mirando unos documentos en su mesa. No lleva chaqueta y su corbata azul eléctrico resalta con fuerza sobre la camisa blanca.

Espero unos segundos en silencio pero no dice nada, ni siquiera me mira.

—Hola —lo saludo al fin.

Alza la mirada y sus ojos azules se clavan en los míos. Su expresión está endurecida y tiene la mandíbula apretada. Está muy enfadado.

—Tess me ha dicho que ya habías llegado, pero parece muy ocupado. Si quieres, puedo volver más tarde.

Ryan me mira pero sigue sin hablarme. Finalmente coge uno de los dosieres que hay sobre su mesa, rodea el elegante escritorio y me lo entrega. Antes de que pueda decir nada, continúa caminando hacia la puerta, coge su chaqueta del perchero y se la pone.

Yo miro confusa la carpeta. ¿Qué es?

—Son las especificaciones —responde demostrando una vez más su habilidad para contestar preguntas que sólo he hecho en mi mente.

Abro el dossier. ¡Uau! No son simplemente las especificaciones. Es un informe detallado, detalladísimo a juzgar por su extensión, sobre cómo y qué hacer para levantar el edificio.

—Es bastante amplio —comento.

—Roy Maritiman es un inútil —dice sin más, colocándose bien los puños de la camisa—. Tengo que asegurarme de que todo sale como espero en White Plains.

Ahora mismo es la arrogancia y el control personificados y, para mi desgracia, no podría ser más sexy. Yo no sé qué decir. Por un lado le agradezco que me haya dado las especificaciones, por fin, pero por otro me tiene algo escamada. Lleva días reteniéndome aquí y de pronto me entrega toda la información por iniciativa propia. Suena algo raro.

—No puedo perder más el tiempo. Tengo una reunión —añade frío y rotundo.

—Sí, claro —musito.

Ryan sale del despacho. Lo observo hasta que desaparece camino de los ascensores y una sensación de lo más extraña se instala en mi estómago. ¿Qué le pasa?

Voy a marcharme a casa pero Bentley me intercepta en plena redacción y me invita a comer. A nosotros se unen Luke Martínez y Graham Pessoa, dos de los redactores. Será divertido pasar el rato con esta pandilla y quizá así deje de pensar en lo raro que estaba Ryan.

Le mando a Lauren un mensaje preguntándole si quiere acompañarnos, pero su jefe de departamento está a punto del colapso después de la reunión y quiere que todos se queden a trabajar en la hora del almuerzo.

En el Marchisio's nos acomodamos en una de las mesas y pedimos la comida.

—Llevaba dos semanas soñando con estos raviolis —digo entre risas.

Los chicos me cuentan las novedades de la revista estos últimos días y nos reímos muchísimo con todas las anécdotas que cuenta Bentley sobre la estancia de Frank Gehry. Además, me hace prometer, utilizando a sus dos redactores como solemnes testigos, que me pensaré el ir a la fiesta que el próximo domingo el Riley Group ha organizado para celebrar la buena acogida del artículo y todos los premios a los que, a pesar de lo poco que hace que se ha publicado, ya está nominado. Mis razones para no ir son más que obvias, pero lo cierto es que será una fiesta fantástica. Frank Gehry acudirá en persona y podré saludar a Sara Cruz, la madre de Queens. Y por si todo esto fuera poco, se celebrará en pleno Central Park.

Aún no he terminado mi plato cuando mi móvil comienza a sonar en mi bolso.

—Perdonad —me disculpo a la vez que me limpio las manos y saco el iPhone de mi bandolera.

Miro la pantalla. Es Roy. Ni siquiera sé qué va a decirme y ya estoy enfadada. ¿Qué será esta vez? ¿Que lleve su ropa al tinte? ¿Un espacio de más después de la interrogación dos semanas a Cabo San Lucas a pensar?

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Maritiman? —digo intentando no sonar demasiado displicente. Me cuesta horrores.

—Maddison —odio que llame Maddison—, ¿tienes las especificaciones?

—Sí.

En realidad, más que especificaciones para ti es una guía minuciosa sobre cómo no meter la pata.

—Perfecto —responde satisfecho—. Tienes que volver al Riley Enterprises Group.

No, no, no. Me niego en rotundo.

—No —respondo y me doy cuenta por cómo me miran los chicos y por el silencio que se abre paso en la línea que quizá he sido demasiado vehemente en mi respuesta—. Ya tengo todo lo que necesito —intento justificarme.

Y necesito pensar y no puedo hacerlo si Ryan está cerca.

—Tienes que volver. Voy a necesitar más información a parte de unas simples especificaciones. —¿Simples?—. La secretaria del señor Riley ya tiene toda la documentación.

Es decir, que la tiene Ryan.

—Está bien, señor Maritiman.

Me resigno, cuelgo y suspiro.

—¿Todo bien? —pregunta Bentley viendo mi expresión malhumorada.

—Tengo que volver a la oficina, a vuestra oficina —les aclaro—. Parece ser que el señor Maritiman necesita otros documentos.

A pesar de las reticencias de Bentley, dejo en la mesa un billete de veinte para pagar mi almuerzo y salgo del gastropub.

Mientras subo en el ascensor, caigo en la cuenta de que no he visto a Ryan en el Marchisio's, así que quizá esté en una reunión y sea Tess quien realmente tenga la información. Eso me facilitaría muchas las cosas, la verdad.

Llego al despacho y no veo a la secretaria. Me acerco a la puerta y llamo suavemente.

—Adelante. —Es la voz de Ryan.

Con él las cosas nunca son fáciles.

Suspiro hondo, entro y cierro tras de mí. Camino despacio hasta el centro de la estancia y no me permito alzar la mirada hasta que llego allí. Él está sentado a su elegante escritorio, concentrado y guapísimo, recordándome lo injusta que me parece la vida últimamente.

—Roy me ha llamado diciéndome que debía volver —comento consiguiendo que mi yo profesional amordace a mi yo kamikaze—. Necesita más documentación.

—Ahora estoy muy ocupado —responde sin ni siquiera mirarme.

¿Qué demonios le pasa? Ya supuse que no le haría gracia que le pidiera tiempo pero tampoco imaginé que reaccionaría así. Tengo la sensación de que soy la última persona a la que quiere ver.

—Entonces regresaré más tarde.

Giro sobre mis talones y echo a andar hacia la puerta.

—¿Vuelves al Marchisio's? —comenta como si hubiese decidido que vuelvo a existir para él—. ¿Así es cómo *piensas*? ¿En una mesa con tres tíos? —me espeta brusco.

Me giro automáticamente. ¿A qué ha venido eso?

—¿Es tu manera de castigarme? —pregunta exigente y malhumorado.

—¿Qué? No —contesto sin dudar.

No entiendo nada.

—Más te vale, Maddie —replica con el tono de voz aún más arisco.

Por un segundo su amenaza nos deja en silencio a los dos. Su mirada está endurecida, metálica y la furia apenas contenida en ella. ¿Tanto le ha molestado verme comer con los chicos? De pronto todas mis neuronas se ponen sus gafas de chicas inteligentes y se tocan la barbilla a la vez. ¿Cómo sabe él dónde y con quién estaba comiendo?

—Me viste en el Marchisio's y has llamado a Roy para hacerme volver aquí —digo en un murmullo no para él, sino como confirmación a todo lo que estoy pensando ahora mismo.

Ryan aparta la mirada incómodo un segundo, pero en seguida la soberbia gana la batalla y sus ojos azules centellean arrogantes.

—Sólo estaba comiendo con mis antiguos compañeros de trabajo y con tu mejor amigo —recalco exasperada.

—Me da igual. No vas a volver —sentencia.

Suena tan presuntuoso, otra vez con esa voz de jefe exigente y tirano, que tengo ganas de gritar. Puedo comer con quienquiera y donde quiera y no puede sacarme de un restaurante sólo porque esté celoso, sobre todo después de lo frío que ha sido conmigo hace unas horas.

—Esta mañana prácticamente me has echado de tu despacho y ahora te pones celoso. ¿Te haces una idea de lo injusto que eres? —le digo furiosa, muy furiosa.

—Joder —farfulla a la vez que camina hasta quedarse apenas a un paso de mí—. ¿Y qué hay de ti? Te estás comportando como una maldita cría.

—¿Por querer pensar las cosas?

¡Esto es el colmo!

—No —replica malhumorado con esa voz tan amenazadoramente suave —, por presentarte borracha en mi casa en mitad de la noche, suplicarme que te besara y después recuperar la dignidad y decirme que necesitabas pensar.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, lo abofeteo. ¿Cómo ha podido atreverse?

—No recuperé la dignidad, Ryan, recuperé el sentido común. Lo que pierdo cada vez que estoy cerca de ti. Tú y yo ya no estamos juntos —continúo haciendo un doloroso hincapié en cada palabra que pronuncio—. Perdiste todo el derecho a ponerte celoso cuando me dejaste. —Suspiro hondo—. Te juro que a veces ni siquiera entiendo por qué no me alejé de ti la primera vez que me miraste.

Ryan no dice nada. Sólo me observa. Sus ojos azules siguen llenos de rabia, pero puedo ver cómo cada una de mis palabras ha tenido un eco en ellos.

Yo decido poner en práctica mi propio discurso y me dirijo hacia la puerta. Irme es mucho mejor que llorar delante de él. No se merece una sola lágrima.

—Maddie, ven aquí....

¿Por qué sencillamente no puedo ignorar su voz?

—Voy a marcharme —le advierto con los pies clavados en el suelo a unos pasos de la puerta, tratando, casi rezando, para que mi voz suene firme.

—Cierra la puerta —me ordena suavemente con su voz ronca y sensual.

Yo ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro. Tan claro tiene que voy a quedarme sólo porque él lo quiera.

—¿No me has oído? —digo dándome la vuelta—. Voy a marcharme.

Pero involuntariamente la rabia ha desaparecido de mi voz.

—Tú no vas a ir a ninguna parte.

Su voz también ha cambiado, se ha agravado aún más, volviéndose todavía más sensual. El deseo ha irrumpido lleno de electricidad entre nosotros y parece dominarlo todo.

—Me has abofeteado —dice a la vez que da un peligroso paso hacia mí.

—Te lo merecías —musito nerviosa pero sin dudar.

—Estamos en mi despacho. Creo que necesitas que te recuerde quién manda aquí.

—Ya no trabajo para ti y ya no estamos juntos.

Mi cuerpo traidor está absolutamente soliviantado.

Ryan me dedica su media sonrisa dura.

—Puede que ya no trabajes para mí y que no estemos juntos, pero cada centímetro de tu cuerpo me pertenece me pertenece.

Un gemido lleno de deseo se escapa de mis labios justo antes de que Ryan tome mi cara entre sus manos y me bese lleno de una pasión desbordante, salvaje, que satura cada rincón de mi cuerpo y me hace desearlo con una fuerza inusitada.

Me empuja contra la puerta y me aprisiona entre ella y su cuerpo.

Gimo otra vez contra sus labios al sentirme deliciosamente atrapada.

Ryan baja las manos por mis costados hasta llegar a mi trasero y me levanta sin esfuerzo. Inmediatamente, como si ni siquiera tuviera que pensarlo, alzo las piernas y rodeo sus caderas con ellas. Ryan gruñe y su miembro duro como el acero choca contra mi vientre.

Soy consciente de todo lo que he dicho, pero cada palabra parece diluirse en la manera irracional en la que lo echo de menos. El tacto de sus manos en mi piel, su calor, su voz, su olor. Todo me guía a través de mis dudas, de mi enfado para que solo exista él.

Ryan me lleva hasta la mesa y me sienta en ella. Se coloca entre mis piernas y con sus manos aún en mi trasero me empuja brusco hasta el borde. Su polla palpitante a través de sus pantalones a medida acaricia mi sexo en el punto exacto.

Gimo contra sus labios y Ryan sonrío contra los míos.

—Junta las manos delante —me ordena a la vez que se afloja la corbata y tira de ella.

El sonido de la tela de seda correr a través del cuello de su camisa resuena entre los dos y me excita muchísimo.

Ryan vuelve a sonreír. Con una mano sujeta la corbata y con la otra se desabotona los primeros botones de su camisa. Sus espectaculares ojos azules devoran los míos mientras decide qué hará conmigo.

Mi respiración se acelera todavía más.

Soy pura expectación y muchísimo deseo.

Finalmente coge la corbata entre las dos manos y me ata las muñecas con ella. Su mirada brilla de deseo y hace que todo mi cuerpo se soliviente todavía más.

Aún sujetando la atadura de mis muñecas con una mano, pierde la otra en mi pelo. Tira de él brusco y yo gimo de nuevo. Sonríe por mi reacción y se inclina sobre mí para tomar mis labios con posesión, con exigencia.

Hunde su cara en mi cuello.

Ya sólo soy jadeos.

Primero muerde mi piel y después me da un largo y húmedo beso que alarga más y más el placer.

Gimo de nuevo.

Se pasea por mi cuello, mi mandíbula, a la vez que me desabrocha hábilmente la camisa. Cuando se queda abierta ante él, alza las manos y las desliza bajo la tela acariciando la piel de mis costados.

Me besa de nuevo y yo disfruto de su boca contra la mía, deseando el siguiente movimiento, suspirando por él.

—Tumbate —me ordena.

Sin dudar lo hago y echo mis manos atadas hacia atrás.

Ryan se inclina sobre mí y comienza a besarme y morderme el cuello de nuevo. Sin dejar que asimile todo el placer que me está provocando, lleva su mano hasta mi pecho, aparta la copa del sujetador bruscamente y endurece mi pezón entre sus dedos. Sincroniza sus dientes con sus dedos y el dolor se mezcla con el placer.

Tira de mi pezón.

Gimo otra vez. Más fuerte. Más desbocada.

Todo mi cuerpo se arquea.

—Ryan —susurro.

Es enloquecedor.

Baja sus labios hasta mis pechos y toma mi otro pezón. Imita con su boca los movimientos de sus dedos.

Tira de ellos. Los muerde. Gimo recordándome milagrosamente en el último instante que no

puedo gritar.

—Ryan —jadeo—, oh, Dios, Ryan.

La mano libre de Ryan avanza por mi muslo bajo la falda. Pasa al otro lado por debajo de mis bragas y gruñe contra mi piel cuando me nota lista para recibirlo.

Desliza sus dedos acariciando mi clítoris, tirando de él, intensificando el placer húmedo y líquido que me provoca.

Echo la cabeza hacia atrás e intento, sin ningún éxito, controlar mis gemidos. Podrían oírnos.

Ryan apoya la palma de su mano en mi sexo e introduce dos de sus dedos en mí.

Tengo que morderme el labio inferior para no gritar. Se le da demasiado bien.

Continúa moviéndose torturador. Chupa mis pezones, los muerde, los lame mientras su mano juega con mi sexo.

Siento calor. Mucho calor.

El placer me embarga.

Arqueo la espalda.

Gimo.

Mi cuerpo se tensa.

Y entonces Ryan se separa de golpe de mí.

—¿Qué? —jadeo con el ceño fruncido y la respiración desbocada.

Me incorporo hasta quedar de nuevo sentada al borde de la mesa y lo veo de pie a unos pasos de mí. La cabeza aún me da vueltas y no soy capaz de imaginar qué está pasando. Ryan parece furioso de nuevo. Su expresión endurecida lo delata.

—¿Frustrada? —me pregunta arisco.

Yo sigo sin entender nada, lo que él interpreta como un «sí».

—Bien —continúa—, porque así es exactamente cómo me he sentido yo cuando te he visto en el Marchisio's.

¿Qué? No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

Me bajo de un salto y le dedico la mirada más hostil que he esgrimido en toda mi vida.

—Eres un capullo —le espeto furiosa.

—Sí, es más que probable —responde tan sardónico como presuntuoso—, y tú has dejado claro cuánta fuerza de voluntad tienes cada vez que decides marcharte de este despacho.

Eso ha sido demasiado. Ha sido demasiado incluso tratándose de él. Soy una estúpida por pensar siquiera en la posibilidad de que volviéramos y una estúpida aún mayor por haber estado a punto de acostarme con él ¡otra vez!

—Te odio, Ryan. Hablo en serio. Eres la persona más mezquina y despreciable que he conocido en toda mi vida. —Intento abrocharme los botones de la camisa. Ya no quiero estar desnuda delante de él. Pero con las manos atadas la tarea se me está complicando un poco—. Pienso volver a ese bar, terminar mi almuerzo —maldita sea, no consigo abrocharme los estúpidos botones. ¡Dios!— y

convencer a Martínez, a Pessoa y a Bentley para que nos vayamos de fiesta.

Abandono mi batalla con la camisa y me centro en tratar de desanudarme la corbata. Tampoco obtengo ningún resultado.

—Pues mañana Martínez, Pessoa, Bentley y tú estaréis sin trabajo —replica arisco y arrogante.
¡Ni siquiera lo ha dudado!

—No serás capaz.

Es imposible. No sería capaz. Bentley es su mejor amigo.

—Ponme a prueba —me espeta desafiante.

¡Ah! ¡Qué frustrante! Es la persona más odiosa, intransigente y presuntuosa que he conocido en mi vida. Resoplo e intento desatarme de nuevo, en parte para marcharme de una vez, en parte para darle la bofetada que se merece, otra vez.

Él ha decidido acomodarse en el sofá. Gilipollas. Seguro que está disfrutando del espectáculo.

Al cabo de unos minutos me rindo exasperada.

—Desátame de una maldita vez —le pido sin ninguna amabilidad.

—¿Por qué? Me estoy divirtiendo muchísimo viendo cómo intentas desatarte las manos lidiando con el calentón de tu vida.

Entorno los ojos y él sonrío duro y arisco. Es un bastardo presuntuoso, odioso e imbécil. ¡Un gilipollas! Además, es cierto que estoy excitadísima, pero eso es recíproco.

—Tú tampoco has llegado a ninguna parte.

—Sí, pero, no sé por qué, a ti te veo más afectada.

El rey del autocontrol. Ahora mismo lo estrangularía con su propia corbata.

Entonces una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro. ¿Vamos a ver cuánto aguanta? Lentamente me llevo las manos a la cintura de mi falda y comienzo a bajarla despacio.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ryan e involuntariamente su voz ha sonado más grave.

Sólo tengo que mover un poco las caderas y la falda cae a mis pies. Doy un inocente paso a un lado y salgo de ella. Ryan me recorre con la mirada ávida. Sus ojos centellean hambrientos y sus labios entreabiertos dejan escapar un leve gruñido.

Sí, definitivamente me alegro de haber escogido este conjunto de ropa interior.

Me giro deliberadamente despacio para que Ryan pueda disfrutar de lo bien que me sienta el pequeño lacito de encaje rojo. Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, sus ojos azules están oscurecidos, llenos de deseo, de una excitación que amenaza con desbordarlo todo. Se ha vuelto a transformar en el león que observa a su presa.

Comienzo a caminar hacia él. Su mirada me atrae como un imán, me domina. Suspiro hondo. Tengo un plan. No me puedo permitir olvidarlo.

Ryan no levanta sus ojos de mí. Su pecho sube y baja cada vez más rápido. Le está afectando.

Llego hasta el sofá y lentamente me coloco a horcajadas sobre él. Ryan gruñe al notarme completamente acoplada a su regazo y yo tengo que recordarme una vez más que soy una mujer con

una misión que cumplir.

Llevo mis manos todavía atadas hasta su camisa y acaricio cada uno de los botones hasta llegar a su cinturón.

Comienzo a moverme despacio pero rítmicamente arriba y abajo. Dejando que su polla dura choque con mi sexo una y otra vez.

Gimo. Mi parte racional está a punto de evaporarse. Doy gracias a Dios de que no me esté tocando, porque a duras penas me estoy resistiendo a dejarme llevar.

Me detengo en mis movimientos y automáticamente Ryan alza las caderas para salir a mi encuentro. Sí, éste es el momento. Cierro los ojos. Tomo fuerzas.

—Ryan —susurro abriéndolos de nuevo.

—¿Qué? —inquieta con su voz más sensual.

—Tienes razón —comento absolutamente convencida e increíblemente insolente—. Nuestras posturas quedaron bastante claras antes, pero voy a ponerle solución. Me marcho.

Nos miramos a los ojos. Ryan sonrío imperceptiblemente. Puedo ver su mente funcionando a toda velocidad, recuperando el control de la situación, así que me levanto de un salto antes de que pueda llegar a agarrarme. Vuelve a sonreír. Parece que este juego le divierte. Me doy cuenta de que, si quiero mantener mi palabra y salir de este despacho, tengo que hacerlo ya.

Me alejo unos pasos prudentiales de él y me pongo la falda. Sólo necesito abotonarme la camisa, pero su corbata sigue rodeando mis muñecas.

Vuelvo a mirar a Ryan, que se ha acomodado de nuevo en el sofá con la sonrisa más presuntuosa del mundo. Sabe que no podré ir a ninguna parte mientras siga atada.

Entonces tengo una inspiración. Sé exactamente cómo desatarme pero, en el momento en que lo haga, él se levantará como un resorte y me impedirá salir. Sólo tengo una oportunidad y tengo que tener todos los cabos muy bien atados.

«Nunca mejor dicho.»

Fingidamente consternada miro a mi alrededor, localizo mi bolso y me lo cuelgo cruzado.

Ryan me observa presuntuoso pero le borro la sonrisa de la cara cuando, en un rápido movimiento, me llevo las muñecas a la boca y desato la corbata con los dientes, la dejo caer al suelo con una sonrisa y echo a correr hacia la puerta a la vez que me abotono la camisa.

—Pero, ¿qué demonios? —le escucho farfullar a la vez que, como predije, se levanta de un salto y me sigue.

Salgo del despacho, paso por delante de la mesa de Tess y, cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, Ryan sale como una exhalación de la oficina y me toma de la muñeca. Sin embargo, en ese preciso instante la puerta frente a mí se abre y entra la secretaria. Ryan me suelta inmediatamente y yo suspiro con una insolente sonrisa alejándome unos pasos.

Gracias, Tess, me has salvado.

—Señor Riley, tiene que firmar estos documentos —le anuncia acercándose a él.

—Ahora no, Tess —la interrumpe arisco con la voz endurecida y la furia dominando sus ojos

azules.

Estoy empezando a pensar que me estoy metiendo en un buen lío.

—Su padre los ha enviado por mensajero —continúa la secretaria—. Me ha encomendado que le diga que son realmente urgentes.

Ryan suspira brusco, farfulla un «joder» entre dientes y le hace un gesto a Tess para que le acerque los papeles. Cuando la secretaria le entrega los documentos, echo a andar. Ya con mi mano rodeando el pomo, me giro.

—Hasta la próxima, señor Riley —me despido con una sonrisa aún más impertinente.

Ryan me mira irradiando un enfado monumental. Sus ojos azules están llenos de rabia, deseo y excitación a partes iguales y no podría estar más guapo.

Puede que ahora sí que me haya metido en un buen lío.

Cierro la puerta tras de mí siendo plenamente consciente de la bomba de relojería que dejo en ese despacho. Espero que nadie meta la pata hoy o acabará en la calle.

Cruzo la redacción a paso ligero y rezo para que el ascensor esté en planta. Al fin y al cabo, firmar unos papeles no le llevará mucho tiempo. La suerte me sonrío y las puertas del elevador se abren en cuanto pulso el botón.

No voy a negar que, a pesar de todo, mi cuerpo está absolutamente soliviantado. Me alegro de haberle demostrado que no soy una muñequita sin fuerza de voluntad alguna, pero el precio ha sido alto.

Me despido de Ben y con una sonrisa triunfal me dirijo hacia la puerta. Sí, esta batalla la he ganado yo.

Sin embargo, en cuanto pongo un pie en la calle, mi sonrisa se esfuma. Finn está de pie junto al Audi A8. He cantado victoria demasiado rápido.

«Con Ryan te pasa muy a menudo.»

Suspiro mientras miro a su hombre para todo con cara de pocos amigos. Me pregunto si sabe que su jefe tiene verdaderos problemas de control y que, impidiéndome huir, está siendo de lo más injusto.

A los pocos segundos ya noto su presencia a mi espalda. Mi piel se eriza cuando Ryan me toma brusco de la mano y tira de mí. No me da opción. También sé que no la tengo. Su simple tacto ha tenido un eco directo en mi sexo.

Me lleva a través de la 58 Oeste. Me veo obligada a casi correr para poder seguir su ritmo. La corbata azul asoma del bolsillo de su pantalón. Está furioso, intentando controlar el monumental enfado que le corroe.

Camina deprisa mirando los locales que nos vamos encontrando. Yo quiero decirle que todo esto se lo ha buscado él, pero no me atrevo. Tengo la sensación de que, si digo una sola palabra, arderá por combustión espontánea.

Finalmente nos hace entrar en un pequeño restaurante de comida *thai* fusión y sin soltarme la mano vamos hasta la barra.

—¿Tienen reservado? —le apremia más que pregunta al camarero.

—Sí, al fondo a la izquierda —contesta el chico algo impactado por su actitud.

Ryan se mete la mano en el bolsillo de los pantalones, saca su American Express negra y la tira sobre la barra.

—Que nadie nos moleste —añade echando a andar.

El camarero me mira boquiabierto. Creo que quiere preguntarme si estoy con él en contra de mi voluntad, pero no se atreve. Sí, amigo, el señor Ryan Riley da mucho miedo cuando está enfadado.

Le sonrío nerviosa e inmediatamente me concentro en seguirle el paso a Ryan, que camina aún más deprisa que antes. Ahora parece que es él quien tiene una misión.

Abre la puerta con brusquedad, me hace entrar y cierra de un sonoro portazo. Al fin me suelta e instintivamente me alejo unos pasos de él. Nunca le había visto tan furioso. Sus ojos azules podrían atravesarme.

Ryan exhala brusco y despacio sin levantar su mirada de mí. Yo me siento intimidada pero también muy excitada. Soy plenamente consciente de la locura que es, pero, verlo tan furioso, tan nervioso, casi desesperado y saber que todo eso lo despierto yo, me embriaga y hace que mi deseo crezca hasta un límite insospechado.

—Tú eres mía, Maddie, maldita sea, sólo mía.

Su voz suena endurecida, exigente. Sus ojos azules me devoran, me dominan. La electricidad, la excitación y el deseo toman cada milímetro entre nosotros y yo lo miro enamorada cuando cruza la distancia que nos separa y me besa salvaje, haciendo que todo a nuestro alrededor deje de existir.

Me estrecha contra su cuerpo, me alza en brazos y me sienta en la mesa redonda, lacada y negra.

Se abre paso entre mis piernas sin delicadeza, tampoco la quiero, y de un tirón me abre la blusa haciendo que los botones salgan disparados y repiqueteen contra el suelo.

Gimo y él reacciona besándome aún con más fuerza, más desbocado.

Desliza las manos bajo mi falda y me quita las bragas.

—Éstas me las quedo yo —masculla furioso con la voz entrecortada por el deseo, guardándoselas en el bolsillo de los pantalones.

Vuelve a besarme con la misma exigencia y yo sonrío contra sus labios. No pienso protestar. Me ha parecido algo perverso y muy muy sexy.

Desabrocho sus pantalones con las manos torpes y aceleradas. Él me remanga la falda y con un movimiento duro y salvaje entra en mí.

Grito.

Ryan gruñe y vuelve a reclamar mi boca mientras me embiste una y otra vez, una y otra vez, sin darme tregua, sin dejar que asimile todo el placer que me está provocando.

Vuelvo a gritar.

Ryan aumenta el ritmo, la dureza.

Es demencial.

Todo mi cuerpo se tensa.

Vuelve a penetrarme y exploto en un orgasmo atronador que me hace estallar en mil pedazos de puro placer.

Ryan se aferra a mis caderas con ambas manos y continúa entrando y saliendo todavía más salvaje, alargando mi orgasmo hasta que mi cuerpo tiembla y, cuando creo que no podré soportarlo más y acabaré desintegrándome en el placer indomable que me provoca, Ryan me embiste profundo, haciéndome gritar de nuevo, y se corre en mi interior.

Coge mi cara entre sus manos. El deseo apenas está saciado en sus ojos azules.

—No vuelvas a huir de mí, Maddie —me exige jadeante con la voz endurecida.

Yo asiento. No puedo articular palabra. Ahora mismo todo mi cuerpo sobrealimentado por un clímax casi interminable le pertenece.

Me observa un segundo más, baja las manos y finalmente sale de mí. Mi cuerpo se estremece.

Se separa unos pasos y comienza a arreglarse la ropa. Yo pretendo hacer lo mismo, pero al bajar la mirada recuerdo el estado de mi blusa. En ese mismo instante noto cómo Ryan camina de nuevo hasta mí, se quita la chaqueta y me la pone.

—Gracias —musito.

Él me mira de nuevo. Sigue furioso pero algo en su mirada me dice que se quedaría a vivir en este reservado. Exactamente como yo.

Salimos de la pequeña estancia privada. Ryan aún me lleva de la mano. No se detiene en la barra a recuperar la tarjeta. Estoy a punto de decírselo pero entonces veo a Finn junto al coche, justo frente a la puerta, y doy por hecho que se ha ocupado de todo, incluido nuestro reservado guion habitación de hotel.

Finn me abre la puerta. Dudo si hacerlo pero la mirada de Ryan no me da opción y finalmente entro en el Audi.

Nos acomodamos en la parte trasera. Ryan está muy callado y no ha vuelto a cogerme la mano. Yo ni siquiera me atrevo a analizar cómo me siento ahora mismo. Hemos discutido como locos y follado como locos, nuestra especialidad, pero, como siempre, no hemos hablado.

Nuevamente me sorprendo cuando por la 10 Oeste y entramos en la calle Bleecker, mi calle. No tenía ni idea de dónde íbamos, pero no imaginaba que fuera a dejarme en mi apartamento.

Finn se detiene frente a mi edificio y se baja del coche. Ryan continúa con la vista clavada al frente. Sin hablar. Creo que está calibrando todo lo que ha pasado. Yo estoy increíblemente nerviosa. Me siento culpable, tímida y una parte de mí sigue enfadada. Una combinación de sentimientos que no sé cómo administrar.

—Mañana estaré todo el día en el estudio. Tengo mucho trabajo atrasado —musito sin levantar la vista de mis propias manos—. Además, tengo que entregarle las especificaciones a Roy.

Ryan no dice nada. Yo asiento varias veces aún más tímida y nerviosa. Está claro que soy la última persona que quiere tener cerca ahora mismo.

—Adiós, Ryan —me despido abriendo la puerta del coche.

—Adiós, Maddie —responde mirándome al fin.

Por un momento me quedo inmovilizada, contemplándolo. ¿Por qué tiene que ser tan guapo?

El claxon de un coche me saca de mis pensamientos y al fin me bajo del Audi. Finn se despide de mí con una sonrisa profesional y vuelve al coche. Subo los primeros escalones de mi portal pero me giro para ver el A8 alejarse. Sé cuánto odia perder el control, justo lo que ha pasado hoy. Yo odio sentirme así de confusa y abrumada. Por eso todo esto ha sido una penosa idea.

Paso el resto de la tarde con Álex. Charlie tiene que empezar a estudiar para el examen de abogacía y han decidido que al menos estarán un par de tardes a la semana sin verse para que pueda concentrarse.

Me voy a la cama temprano. Estoy realmente cansada. Enciendo el aire acondicionado y dejo a *Lucky* dormir conmigo. Lo acaricio y él se acomoda aún más. El día de hoy ha sido una auténtica locura. Aunque lo he intentado, no he podido dejar de pensar en lo que ha pasado. Ryan estaba frío y enfadado. Todo porque le he dicho que necesitaba pensar. No debería molestarse porque le pida algo así. Estoy en todo mi derecho. Más aún cuando vi a Marisa en su casa y ni siquiera quiso darme una explicación. Suspiro con fuerza. Tendría que haberme marchado de su despacho la primera vez que mi sentido común me lo pidió a gritos. Que nos acostásemos ha sido un error. Vuelvo a suspirar. Y también ha sido absolutamente increíble. Me llevo las manos a la cara. Y también he vuelto a dejarle que hiciera exactamente lo que ha querido y que se marchase sin decir una palabra. Mi enfado vuelve como un ciclón.

«Eres su muñequita, Parker, y hace contigo lo que quiere.»

Sin despegar las manos de mi cara, me dejo caer contra la almohada y me duermo hirviendo de pura rabia con él pero, sobre todo, conmigo.

El despertador suena y lo apago de un manotazo. Me he despertado igual de enfadada que me acosté.

Me doy una ducha rápida y pongo algo de música para intentar animarme. El locutor anuncia que van a estrenar en absoluta primicia *Animals* de Maroon 5. Sonrío. Ese locutor siempre habla de primicias. Un día va a poner las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi y va a añadir solo en la 97.1 tu emisora de Nueva York.

La canción comienza a sonar.

Voy hasta el armario buscando que ponerme.

*Yeah you can start over you can run free
You can find other fish in the sea
You can pretend it's meant to be
But you can't stay away from me*

Trago saliva instintivamente. Esto tiene que ser una broma. Antes de que me dé cuenta mi respiración se acelera. Es como si Ryan estuviese dedicándome cada maldita palabra.

*Maybe you think that you can hide
I can smell your scent for miles*

Just like animals

Animals

Like animals-mals

Estoy inmovilizada, oyendo cada letra. Finalmente mi móvil comienza a sonar y me saca de esta especie de ensoñación. Voy hasta la mesita y cojo el iPhone agradeciendo la llamada que acaba de salvarme de este momento tan surrealista. Miro la pantalla y por primera vez no me enfada tanto que sea Roy, aunque sigue siendo la última persona con la que quiero hablar a las siete y media de la mañana. Además, ¿qué hace despierto tan temprano?

—Buenos días, señor Maritiman —contesto de mala gana.

—Maddison —odio que me llame Maddison—, ¿tienes la información extra que te pedí ayer sobre el encargo del señor Riley?

—Joder —mascullo a la vez que me llevo el teléfono contra la toalla para impedir que me oiga. Demasiado tarde.

¿Qué le digo ahora? ¿Discutimos, follamos y nadie se acordó de sus estúpidos papeles? Involuntariamente sonrío. Si no necesitara el trabajo, se lo diría sólo para oír cómo tartamudea patidifuso al otro lado de la línea.

—El señor Riley dijo que me pasara hoy por la oficina y la tendría lista.

Maldigo con rabia mentalmente. No quiero verlo.

—Muy bien —responde satisfecho.

El hecho de que Ryan Riley le preste atención le pone eufórico.

—Tráemela esta misma tarde —añade.

—Por supuesto, señor Maritiman.

Cuelgo el teléfono y lo lanzo sobre la cama. Esto era lo último que necesitaba.

Me obligo a mí misma a prometer que iré a su oficina, le pediré los papeles y me marcharé. Nada de peleas y mucho menos de acabar con las bragas bajadas. Esto ya se ha convertido en una cuestión de supervivencia.

«¿Dónde habré oído eso?»

Me pongo mi vestido abotonado de cuadros blancos y azules y completo el conjunto con mis sandalias.

Me recojo el pelo. Hoy hace muchísimo calor. ¿Hasta cuándo seguiremos así? Ya casi estamos en septiembre.

Tengo el estómago cerrado a cal y canto, así que salgo del apartamento sin desayunar. Francamente empieza a preocuparme todos los desayunos que me salto. Evelyn me recuerda cada vez que hablamos por teléfono que es la comida más importante del día. Ahora mismo me siento algo culpable y muy irresponsable, así que, para remediarlo, doy un pequeño rodeo y voy al Dean & DeLuca del Soho Market, en Broadway, muy cerca de la calle Prince. Me compro el café más grande que sirven y me obligo a comerme un sándwich de queso tostado. Tengo que traer a las chicas aquí. El dependiente es guapísimo. Se parece a un actor de una serie de televisión a la que nos

enganchamos el primer año de universidad.

A las ocho en punto estoy delante del edificio del Riley Group justo después de haberme repetido una docena de veces durante el camino mi plan perfecto, *entrar y salir*. Sé que no es la primera vez que me lo propongo, pero tengo que conseguirlo o voy a acabar en un centro de rehabilitación en Cabo San Lucas para desintoxicarme del señor Ryan Riley. Aunque, teniendo en cuenta el estado de mi economía, en vez de en el Caribe probablemente terminaré en un sótano de un centro comunitario de Hoboken, Nueva Jersey. La idea es muy deprimente.

Suspiro y finalmente atravieso las puertas de cristal. Sonrío a Ben y me monto en los ascensores. No debería resultarme tan complicado. Soy plenamente consciente de que es el hombre más guapo que he visto en mi vida, pero yo puedo ser una chica fuerte. «Soy fuerte, soy una leona», me arengo. Además, hoy puede ser el día en que el universo decida dejar de reírse de mi vida y haga que Ryan parezca una persona normal y no un semidiós sacado de una portada de revista. Eso me ayudaría muchísimo.

Atravieso la redacción y llego a su despacho. Tess no está, así que mis esperanzas de convencerla de alguna manera para que entrara en la guarida del león por mí se desvanecen.

Llamo suavemente a la puerta y espero a que me dé paso.

—Adelante —oigo desde el interior.

Abro despacio y sin levantar la vista del suelo la cierro tras de mí. Suspiro discretamente de cara a la puerta para coger fuerzas.

Tengo la sensación de que no voy a salir bien parada de aquí.

—¿Ha cambiado de opinión, señorita Parker?

Su arrogante voz atraviesa mi cuerpo y lo enciende, demostrándome una vez más lo ilusa que puedo llegar a ser. Ni siquiera lo he mirado y ya siento un loco deseo arrasándolo todo dentro de mí.

Eres fuerte, Parker, me recuerdo, como una de esas azafatas que disfrutan negándole almohadas y cacahuetes a los que van en clase turista.

Suspiro una última vez y al fin me giro.

Está más guapo que nunca y yo sólo quiero gritar lo injusto que me parece. Su traje negro se ajusta a su cuerpo mientras su camisa blanca y su corbata negra con rayas plateadas le dan ese aspecto tan elegante y sofisticado.

—Necesito la documentación extra para el señor Maritiman. Ayer no me la llevé.

—Es cierto —responde con su arrogante media sonrisa sin levantar la vista de la pantalla de su Mac—. Ayer te distrajiste y olvidaste tus papeles.

Al fin levanta la mirada y sus ojos indescriptiblemente azules se clavan en los míos.

¿Qué me distraje? Yo diría más bien que él me distrajo. Suspiro hondo. No quiero discutir. Cada vez que discutimos acabamos abalanzándonos el uno sobre el otro.

—¿Podrías dárme las ahora? —pregunto tratando de sonar conciliadora—. Tengo que volver al estudio.

—No —responde sin más.

Esto es ridículo.

—Ryan, necesito esos papeles. Unos papeles que, por otra parte, ni siquiera tendría que estar aquí pidiéndote si tu no hubieras convencido a Roy de que los necesitaba sólo porque estabas celoso —respondo exasperada y, para qué negarlo, muy enfadada.

—¿Has acabado? —pregunta inescrutable.

—¿Vas a darme la documentación?

—No.

—¡Ryan! —me quejo.

Todo mi estado zen se ha evaporado. No sé de qué me sorprende, con Ryan siempre es lo mismo.

Él se levanta, se coloca bien los puños de la chaqueta y rodea la mesa.

—Me voy a una reunión. Espérame aquí —me dice sin ni siquiera mirarme, absolutamente convencido de que diré que sí.

—No pienso quedarme aquí.

Estoy viviendo un *déjà vu*.

No sé si me ha enfadado más que piense que puede disponer de mi tiempo a su antojo, otra vez, o que haya dado por hecho que diré que sí, otra vez.

Ryan se gira despacio y camina hasta mí. Deja que sus ojos azules atrapen mi mirada y su proximidad haga el resto. Es su actitud más arrogante y ni siquiera necesita hablar para demostrarla. Yo vuelvo a sentir el corazón latiéndome desbocado mientras concentro las pocas fuerzas que me deja en no suspirar. Soy consciente de que no debería parecerme atractivo, de que debería odiarlo aún más, pero no puedo.

Sin dejar de observarme, se pasa fugaz y brevemente la lengua por el labio inferior. Es el cazador relamiéndose ante su presa y yo creo que voy a arder de pura excitación.

Finalmente se da media vuelta y sale de la oficina dejándome otra vez bochornosamente inmóvil, con las rodillas temblándome y envuelta en un deseo que ni siquiera debería sentir.

No puedo dejarle que haga otra vez lo que quiera, me grito. Sacudo la cabeza y suspiro brusca. Ahora que su proximidad no me afecta, puedo pensar con claridad. Tengo que dejarle las cosas claras de una maldita vez.

Salgo del despacho furiosa. Aprovechando que Tess aún no ha regresado, voy hasta su ordenador y entro en la agenda de Ryan. La reunión es en la planta dieciséis.

Lo dejo todo como estaba y me encamino hacia los ascensores. No pienso dejar que se salga con la suya de nuevo. Noto mi enfado subir vertiginosamente. Eso está bien. Es algo bueno para mí. La furia descontrolada es mucho mejor que el deseo descontrolado.

Las puertas de acero se abren en la planta dieciséis. Me sorprende que esté desierta. En comparación con el resto del edificio, parece una planta fantasma, pero entonces recuerdo lo que me contó Lauren sobre que estaban haciendo reformas y vaciaban las plantas por completo para hacerlas. Imagino que hoy han desalojado ésta e imagino también que precisamente por eso la reunión es aquí. Actualmente es el lugar más tranquilo y silencioso de todo el Riley Group.

A unos metros de la sala de reuniones ya puedo verlos gracias a la enorme pared de cristal. Están Ryan, Spencer y un puñado de ejecutivos. Me aliso el vestido y con los ojos entornados me acerco hasta la puerta.

Nada más abrir, todos se giran hacia mí y me miran extrañados. Ryan me observa con cautela tratando de averiguar qué es lo que pienso hacer. Está intrigado pero claramente también se está poniendo en guardia.

—Señor Riley —lo llamo fingidamente solícita—, tengo un recado para usted.

Ryan me dedica su media sonrisa. Todo esto parece divertirlo. Me hace un gesto con la cabeza para que me acerque y yo cruzo la sala con el paso seguro, aunque no me sienta así en absoluto. Cuando llego hasta Ryan, me inclino sobre él con delicadeza.

—Eres un imbécil odioso —le susurro.

Me incorporo sin ni siquiera mirarlo y me dispongo a salir de la habitación.

—Señorita Parker —me llama con ese tono de voz tan peligrosamente suave.

¡Mierda! ¿Cómo pude pensar que sería tan fácil?

—Supongo que puedo hacer una excepción y permitirle que se quede a la reunión —continúa—. Estoy seguro de que aprenderá mucho.

Trago saliva y me giro despacio. La última vez que me dijo eso me esperaba un día de infierno con la señorita Martin y su histérica risita. Miro a mi alrededor buscándola pero no hay ninguna mujer entre los ejecutivos. Con un nuevo gesto de cabeza me señala la silla junto a él. Desando mis pasos, que ya no son tan seguros, y me siento a su lado. ¿Por qué no me marché cuando tuve la oportunidad?

Tras un imperceptible gesto por su parte, la reunión se reactiva.

Los minutos pasan y Ryan no interactúa conmigo de ninguna manera, ni siquiera me mira. Yo no paro de intentar averiguar cómo piensa torturarme y al mismo tiempo buscar una manera de salir pitando.

«Exacto, Parker, justo lo que no querías demostrar.»

Me hago un mohín mentalmente. Esta situación no cuenta.

Entonces, mientras el señor Peterson, me ha parecido entender, explica por qué conviene firmar los acuerdos con los surcoreanos aprovechando que el barril de brel se mantiene en cuarenta y ocho dólares, Ryan, fingidamente interesado, coloca su mano en mi rodilla. Todo mi cuerpo se tensa. Creo que he dejado de respirar. Ryan desliza la mano bajo mi vestido y comienza a hacer pequeños y perezosos círculos con el pulgar sobre mi muslo. Mi piel se incendia bajo sus dedos.

El señor Peterson sigue hablando de construir buques y venderlos, pero no soy capaz de seguir la presentación. La mano de Ryan continúa moviéndose. Mi sentido común vuelve en mitad de este maremágnum y me recuerda, entre otras cosas, lo enfadada que estoy con él y cuántos pares de ojos podrían descubrir lo que el CEO de esta empresa le está haciendo bajo la mesa a una de sus exempleadas.

Intento revolverme y cambiar de postura, pero Ryan, en vez de retirar la mano, la aprieta aún más posesivamente. Por Dios, esto es una locura y por alguna extraña razón me está resultando

increíblemente excitante. Estoy furiosa y excitada. ¡Una gran combinación!

Ryan sube un poco más la mano y vuelve a repetir sus torturadores círculos. Me muerdo el labio inferior ahogando un suspiro. La última vez que empezamos así acabó follándome en las escaleras.

Cuando estoy a punto de derretirme literalmente, Ryan da la reunión por acabada. Todos los ejecutivos se levantan prácticamente a la vez y él lo hace con ellos, demostrando una vez más su envidiable autocontrol. Nadie sospecharía nada observándolo. En cambio, mi corazón late indisciplinado y un deseo húmedo y furioso casi me impide respirar.

Lo observo charlar con Spencer y otros ejecutivos en la puerta. Habla con ellos pero me mira a mí, con ese mismo anhelo brillando en el fondo de sus ojos azules. Sin prestarle la más mínima atención, despide al último grupo de hombres. Continúo contemplándolo y él a mí.

No entiendo por qué lo ha hecho. No estamos juntos. Ha vuelto a hacer conmigo lo que ha querido, cómo ha querido y cuándo ha querido. Hace unos días me quejaba con Lauren porque tenía la sensación de que las cosas estaban volviendo a ser como al principio. Bien, pues aquí tengo la mejor prueba de ello.

Ryan cierra la puerta y observa a través del entramado de cristal cómo los ejecutivos se montan en el ascensor. La planta está completamente vacía.

Sus ojos brillantes de deseo se posan de nuevo sobre mí y despacio camina la distancia que nos separa. Me levanto, salgo a su encuentro y, cuando llego hasta él, antes siquiera de haberlo pensando con claridad, lo abofeteo.

—¿Pero quién te crees que soy, Ryan?

Mi gigantesco enfado consume cada centímetro de mi cuerpo. Nunca había estado tan furiosa.

Ryan se lleva la mano a la mejilla y gira la cara lentamente. No dice nada, pero su mirada se ha endurecido hasta llegar a intimidarme. Aun así, no me arrepiento. Estoy furiosa y él se lo merecía.

—No soy tu juguetito —le digo alzando la voz—. Algo que puedes sentar donde te apetezca y hacer lo que quieras con él.

Hasta que no he pronunciado las palabras no me he dado cuenta de lo dolida que me siento.

Su expresión cambia. Sigue furioso pero ahora también se le ve confuso y contrariado. Yo no quiero llorar, no en estas oficinas y no delante de él. En lugar de eso suspiro brusca e intento contener el aluvión de lágrimas.

—Maddie —me llama alzando la mano dispuesto a coger mi muñeca y dando un paso hacia mí.

Yo instintivamente lo doy hacia atrás. No puedo dejar que me toque. No quiero que me toque. Él deja caer el brazo junto a su costado y cierra el puño con fuerza. Esa sensación de despojo y rabia, como cada vez que no he dejado que me tocara, vuelve a sus ojos azules.

—Me marchó —digo tratando de sonar todo lo convencida que esa mirada no me deja sentirme, pero, ¡maldita sea!, estoy furiosa y él tiene que entenderlo.

Y por fin hago lo que debí hacer desde el principio y me voy. Soy consciente de que sin la documentación extra de las especificaciones, pero ahora mismo ése es el menor de mis problemas.

En cuanto las puertas del ascensor se cierran, una lágrima solitaria cae por mi mejilla. Me la seco rápidamente. No pienso llorar más por Ryan Riley. No me puedo creer que se haya comportado

así, aunque en el fondo no sé de qué me sorprende. «Yo siempre consigo lo que quiero.» Suspiro hondo. Me niego en rotundo a martirizarme. Aún no es ni la hora del almuerzo y ya me siento igual de cansada que si hubiera trabajado descargando contenedores en el muelle dos días enteros.

Estoy subiendo las escaleras de la parada de metro de Grand Central con la calle 42 cuando mi iPhone comienza a sonar. Lo saco del bolso y miro la pantalla. Suspiro con fuerza. Es Ryan. Deslizo mi pulgar y corto la llamada. Espero que pille la indirecta. No quiero hablar con él. Sigo muy enfadada.

Ni siquiera he llegado a la siguiente manzana cuando el móvil vuelve a sonar. Miro la pantalla. Es Ryan otra vez. Cuelgo de nuevo. Se ha comportado como un auténtico capullo. No pienso molestarme siquiera en explicarle lo furiosa que estoy.

A unos pasos del estudio mi iPhone vuelve a sonar. Nunca pensé que ocurriría, pero estoy empezando a odiar *Love me again*, de John Newman. Hasta hoy era mi canción favorita.

Opto por silenciarlo. Con ésta ya ha sonado una decena de veces. No entiendo cómo puede ser tan testarudo. ¡No quiero hablar con él!

Cuando entro en la oficina, me sorprende ver a Sarah y a Wendy atareadísimas sacando carpetas de una caja enorme.

—Buenos días.

—Hola —me saludan casi al unísono.

Dejo mi bolso sobre la mesa y miro hacia el despacho de Roy. Obviamente él aún no ha llegado.

—Maddie —me llama Wendy—, han llamado preguntando por ti.

¡Mierda! Todo mi cuerpo entra en tensión automáticamente.

—¿Ah sí? —me finjo sorprendida—. ¿Quién era?

«Por favor, que no haya dicho Ryan Riley. Por favor, que no haya dicho Ryan Riley.»

—No lo ha dicho —responde Wendy con el ceño fruncido tras hacer memoria brevemente.

Lanzo un gigantesco suspiro mental de alivio.

—Pero ha dicho que volvería a llamar —añade.

—No lo dudo —respondo sardónica.

Wendy me mira confusa por mi último comentario y yo sonrío restándole importancia.

—Si vuelven a llamar, no estoy, ¿vale?

Parte de la confusión en la mirada de Wendy se transforma en curiosidad. Yo me limito a sonreír de nuevo, si no tendría que dar demasiadas explicaciones que, por otra parte, no quiero dar.

—¿Os echo una mano? —pregunto acercándome e intentando cambiar de tema.

—No nos vendría mal —contesta Wendy resoplando.

De cerca la caja es todavía más grande. Tomo la primera carpeta y me sorprende ver que se trata de información relacionada con el Riley Enterprises Group.

—Vaya —pronuncio impresionada—. No me esperaba que Roy se lo hubiese tomado tan en

serio.

—No ha sido cosa suya —confiesa Sarah—. Me pidió que me preparara para el trabajo —añade encogiéndose de hombros.

A esto se le llama dedicación. Estas carpetas son informes minuciosos de cada edificio que ha levantado el Riley Group. Sarah es una auténtica profesional. Cada día entiendo menos por qué sigue trabajando para alguien como Roy.

Decidimos organizar todos los dossiers en la mesa de Wendy y después llevarlos al despacho de Sarah.

Mi móvil no deja de vibrar en el bolso. Tras lo que imagino son un par de llamadas, camino hasta mi mesa, abro el bolso y cojo mi iPhone. Como suponía, tengo cuatro llamadas más de Ryan y un mensaje.

Coge el maldito teléfono.

Vaya, todo amabilidad.

Ryan, estoy trabajando. Y no quiero hablar contigo.

Resoplo con fuerza. Estoy muy enfadada. ¿Por qué no puede entenderlo?

No seas cría, Maddie.

Vuelvo a resoplar y tecleo aún más furiosa. Si alguien se está comportando como un adolescente malcriado, es él.

Déjame en paz, Ryan.

Abro el cajón malhumorada, apago el móvil y lo tiro dentro de mala gana. Ni siquiera quiero leer su respuesta.

Continúo trabajando con Wendy y Sarah y una media hora después lo tenemos todo listo.

Regreso a mi mesa y voy a empezar a revisar la agenda de Roy para el resto del día pero la curiosidad por saber lo que Ryan habrá contestado me está matando. Soy plenamente consciente de que ni siquiera debería importarme, pero una parte de mí, toda yo en realidad, se está comiendo las uñas.

«Eres una sadomasoquista sin ninguna fuerza de voluntad.»

Me doy la razón y lo apunto mentalmente con el resto de mis errores por los que martirizarme al final del día mientras abro el cajón, saco mi iPhone y lo enciendo. Miro el móvil con muchísima

cautela. El icono de los mensajes vibra al mismo tiempo que suena la puerta.

—Buenos días —oigo saludar a Wendy.

Abro el mensaje.

—Señorita Parker.

Podría reconocer esa voz en cualquier parte.

Tú te lo has buscado.

Alzo la mirada y Ryan está frente a mí, al otro lado de mi mesa. Guapísimo como si no hubiera un mañana. Sus ojos azules se clavan en los míos y me dedica su media sonrisa que inmediatamente comprendo que es de puro trámite. Está muy enfadado.

—Señor Riley —pronuncio en un golpe de voz.

Yo también estoy furiosa, aunque tenga la boca seca y me tiemblen las rodillas.

—Parece que ha estado muy ocupada esta mañana. —Su voz suena amenazadoramente tranquila.

Sonríó nerviosa y fugaz y comienzo a golpear nerviosa y rítmicamente mi móvil con la yema de los dedos. Maldita sea, ignorarlo y hacerme la fuerte en persona es mucho más complicado que hacerlo por teléfono.

Continúa observándome y no sé a qué está esperando. Mi único salvavidas es el hecho de que Wendy esté en su mesa a unos metros. Es el motivo por el que Ryan está siendo tan civilizado.

—El señor Maritiman todavía no ha llegado —comento y, gracias a Dios, no tartamudeo ni nada por el estilo.

—Me gustaría esperarlo en su despacho.

Asiento.

Ryan ladea la cabeza increíblemente sexy al tiempo que abre más los ojos. Automáticamente entiendo lo que quiere y niego con la cabeza discretamente. No pienso hacerlo. Ryan se pasa la lengua fugazmente por el labio inferior esperando a que me levante. No piensa rendirse. Además, si no lo hago, Wendy podría sospechar. La situación cada vez es más tensa. Al fin me levanto a regañadientes.

—Acompáñeme, señor Riley —le pido fingidamente amable a la vez que señalo el despacho de Roy.

Ryan me dedica una sonrisa arrogante y yo le devuelvo la más falsa que he esgrimido en todas los días de mi vida. Me hace un educado gesto para que pase primero y se despide de Wendy con una nueva y breve sonrisa a la que ella devuelve otra enorme. Yo la miro rezando mentalmente para que me diga que tenemos un trabajo importantísimo que hacer, pero la telepatía no funciona y, aunque funcionase, ahora mismo está completamente obnubilada con Ryan. No la culpo.

Entra en el despacho y camina hasta el ventanal con el paso desenfadado. Yo me quedo en la puerta y lo observo esperando a que estalle en cualquier momento. Sin embargo, no lo hace. Está... tranquilo, y eso es mucho más desconcertante dada la situación, porque estoy segura de que está planeando algo.

—Así que Roy Maritiman todavía no ha llegado —comenta girándose y echando un vistazo a su alrededor.

—No suele venir tan temprano.

Ryan me mira sorprendido. Le entiendo. Ya deben ser más de la diez.

—Ayer solicitaron una gran cantidad de información al Riley Group en su nombre.

—Fue Sarah. La arquitecta que...

—Sé quién es Sarah —me interrumpe.

Frunzo el ceño. ¿Cómo sabe él quién es Sarah?

Ryan sonrío arrogante y me doy cuenta de que acabo de reaccionar exactamente como esperaba.

—Sé quién es Sarah igual que sé quiénes son Wendy, Roy o los dos becarios.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. Iba a decir que comprendo por qué, pero en realidad no lo hago.

—¿Crees que iba a dejar que trabajaras aquí sin preocuparme en saber con quién?

«¿Iba a dejar que trabajaras aquí?» ¿Pero quién se cree que es?

—¿Estás insinuando que, si alguno de ellos no te hubiera parecido de fiar, no me hubieras permitido trabajar aquí?

Vuelve a sonreír de esa manera tan presuntuosa. No lo está insinuando, lo tiene clarísimo. Yo sonrío escandalizada y me cruzo de brazos.

Ryan me observa, rodea la mesa y se apoya, casi se sienta, en el borde.

—¿Has tenido mucho trabajo esta mañana? —inquire como si no tuviera importancia pero claramente es una pregunta trampa.

—Sí, hemos estado muy ocupadas —respondo arisca.

Ahora mismo no me cae nada bien.

Ryan asiente.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Ryan? —pregunto tan displicente como me siento.

—Cogerme el teléfono no habría estado mal.

Sus palabras suenan exactamente como la amenaza que son.

¿Qué estará planeando? Comienzo a ponerme nerviosa.

—¿Piensas esperar a Roy toda la mañana?

—Sí, tengo un tema muy importante que discutir con él.

—¿Y no tienes trabajo que hacer? —inquiero impertinente.

Ryan me dedica su media sonrisa.

—No es asunto tuyo.

—¿Pero el mío si es asunto tuyo? —pregunto a mi vez—. Y por lo visto, con quién lo hago, también.

Estoy muy cabreada.

—Eso es completamente diferente —me replica.

—¿Por qué?

Unos pasos acercándose me interrumpen y a los pocos segundos alguien cruza el umbral de la

puerta.

—Señor Riley.

Es Roy.

Ryan sonrío falso y malhumorado y Roy se acerca inmediatamente a él con la mano tendida varios pasos antes de llegar. El día menos pensado se tatuará su nombre.

—Maddison —me llama Roy—, tráenos dos cafés.

Asiento y salgo del despacho cerrando la puerta tras de mí. En la sala de descanso, mientras preparo los cafés, me doy cuenta de lo inquieta que estoy. Aún no sé qué está tramando Ryan y está claro que esa mente brillante y perversa tiene algo planeado. Miro el enorme reloj de pared. «No son ni las once de la mañana y ya estoy absolutamente exasperada», me lamento bote de azúcar moreno en mano. Normalmente culparía a Roy, pero mi problema es otro y tiene los ojos azules.

Al entrar en el despacho, los dos se callan. Eso no me ha gustado nada. Dejo el capuchino doble de Roy frente a él y un café solo para Ryan. Mi jefe me da las gracias y me pide con la mirada que me marche.

Regreso a mi mesa sintiéndome aún más intranquila.

Más o menos unos quince minutos después, la puerta del despacho de Roy se abre y Ryan y él salen. Lo hacen sonriendo, satisfechos. Sea lo que sea lo que Ryan ha venido a buscar, Roy se lo ha puesto en bandeja.

Ryan baja los escalones aún hablando con Roy y absolutamente a propósito se detiene frente a mi mesa. Alzo la cabeza para observarlo, pero él no me mira a mí. Se despide de Roy y, justo antes de echar a andar, da unos golpecitos fingidamente desinteresados sobre mi escritorio. Los dos sabemos que escondían un «adiós, señorita Parker» de lo más insolente.

Lo observo alejarse y salir de la oficina. Nunca pensé que diría esto, pero creo que lo prefiero cuando está hecho un basilisco y me monta una escena. Por lo menos ahí sé a qué atenerme. La incertidumbre me está matando.

El resto del día pasa tranquilo o al menos relativamente. Roy y Sarah han estado toda la jornada revisando las especificaciones y por orden de mi jefe he tenido que poner a Wendy al día de su agenda. Cada vez que Ryan viene a verlo, después se cree más importante que la reina de Inglaterra.

A las cinco estoy a punto de marcharme cuando Roy me llama a su despacho.

—¿Qué quería, señor Maritiman? —digo bajo el umbral de su puerta.

—Cierra y toma asiento, Maddison.

Odio que me llame Maddison y, sobre todo, odio que me llame Maddison a las cinco de la tarde. Aún así, hago lo que me dice y me siento frente a él.

—Lo primero que quiero que sepas es que estoy más que contento con tu trabajo aquí —dice haciendo hincapié en cada palabra.

Yo lo miro perspicaz. No es que no se lo agradezca, pero llevo trabajando una semana escasa y la mayoría de los días me ha enviado con Ryan.

—Gracias, señor Maritiman.

—Cualquier hombre de negocios como yo estaría encantado de tenerte como secretaria.

Esto me escama cada vez más.

—Gracias de nuevo.

—Como sabes, el señor Riley ha estado aquí esta mañana.

Oh, oh.

—Hemos estado hablando de ti —continúa— y me ha dicho que eres una piedra angular en su revista, así que, como comprenderás, me he visto obligado a rescindir tu contrato para que puedas volver a trabajar en *Spaces*.

¿Qué? Me levanto como un resorte.

—¿Me está despidiendo? ¿El señor Riley le ha pedido que me despida?

Roy me mira desconcertado un segundo y después intenta encontrar las palabras adecuadas. Yo sonrío, casi río, nerviosa.

—Claro que no. No se lo ha pedido. No ha necesitado hacerlo. Sencillamente hay mucha gente predispuesta a hacerle feliz —digo parafraseándolo a la vez que salgo del despacho.

¿Cómo ha podido atreverse? Salgo del estudio como una exhalación e igual de rápido abandono el edificio. ¿Cómo ha podido hacerlo? Estoy furiosa, enfadada, dolida. Me siento traicionada. Y todo esto, ¿por qué? ¿Por que no he querido cogerle el teléfono? ¿Por que le he pedido pensar? ¿Por que huí? Es un megalómano, arrogante e irascible incapaz de comprender que mi carrera profesional no es un juego.

Pido un taxi y, gracias a que el tráfico de Manhattan se alía conmigo, llego al Riley Enterprises Group en cuestión de minutos. Saludo a Ben apenas con un gesto de mano y subo a la planta veinte. En la redacción aún quedan algunas personas, pero ni siquiera reparo en ellas.

—Hola, Maddie —me saluda Tess cordial.

Le devuelvo una sonrisa fingida pero no me detengo frente a su escritorio a preguntarle si puedo pasar. ¡Estoy muy cabreada! Voy directa a la puerta del despacho y la abro ante la expresión boquiabierta de la secretaria.

Cojo uno de los adornos sobre el enorme archivador a la entrada del despacho y, sin pensarlo, se lo lanzo a Ryan. Él se protege con el antebrazo y lo que creo que era un pisapapeles muy muy caro se estrella contra la pared y se hace añicos.

—¿Es que quieres matarme? —pregunta casi en un grito.

—¡Sí! —contesto sin pensar.

¡Estoy muy cabreada!

Ryan me mira con una expresión increíblemente endurecida, se levanta lentamente y, sin apartar sus ojos azules de los míos, rodea su mesa hasta colocarse frente a mí.

—¡Has hecho que me despidan! —grito enfadadísima.

—Sí, joder, lo he hecho. —Él también está furioso y ni siquiera entiendo por qué. Es el culpable de todo—. Tu sitio no está en ese estudio de mala muerte. Está aquí, en la revista.

¿Cómo puede ser tan testarudo? ¿Es que nunca va a entenderlo?

—Ryan, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que no quiero tener nada que ver contigo ni con tu maldita revista?

—¿Y qué quieres hacer? ¿Seguir trabajando toda tu vida para un imbécil como Roy Maritiman? —Calla un segundo y parece caer en la cuenta de algo—. ¿Acaso te gusta?

Eso ha sido demasiado incluso tratándose de él. Maldito gilipollas.

—No, claro que no. —No me puedo creer siquiera que haya llegado a pensarlo—. Por Dios, Ryan, basta ya. Basta ya de toda esta locura porque no puedo más. Rompimos. Tú —hago especial hincapié en esa palabra— me dejaste, así que tienes que dejar de hacer esto.

Su mirada continúa clavada en la mía. Su mandíbula sigue apretada y su expresión, tensa. Sin embargo, aunque sólo sea durante un segundo, veo arrepentimiento en su ojos y estoy segura de que no es sólo por lo de Roy.

Suspiro con fuerza. Cómo me gustaría poder ser inmune a su mirada, a su voz, a él en general. La vida me sería mucho más fácil.

Ryan da un paso hacia mí pero yo rápidamente lo doy hacia atrás.

—Ryan, no se te ocurra tocarme —le digo intentando que mi voz suene lo más firme posible.

Ahora el que suspira con fuerza es él y su mirada vuelve a teñirse de ese desahucio y de toda esa rabia. Que no le deje tocarme es su peor castigo, pero no puedo permitir que se salga con la suya. Esta vez no.

—Vuelve a la revista.

No usa un tono amable en absoluto. Trata de hacerme entrar en razón.

—No puedes decidir por mí —le recuerdo.

—Pues entonces empieza a tomar buenas decisiones.

Ahogo una sonrisa nerviosa en un suspiro y cabeceo un par de veces.

—¿Y cuál se supone que sería una buena decisión? ¿Regresar aquí? ¿Volver a dejar que hagas conmigo lo que quieras cuando quieras?

Ryan me mira pero no dice nada y ése es el empujón que necesito para largarme de aquí. Si ni siquiera ahora está dispuesto a hablar, ¿qué más tengo que esperar?

—Te odio, Ryan —mi voz se entrecorta pero no es de dolor, es de rabia—. Te juro que a veces en lo único en lo que puedo pensar es en irme al aeropuerto y montarme en el primer avión a cualquier parte sólo para alejarme de ti de una vez por todas.

Salgo del despacho y del edificio del Riley Group tan rápido como entré; sin embargo, me siento aún más indignada. No sé qué creí que ocurriría, ¿que me pediría perdón?, ¿que se arrepentiría? Ryan no es así, nunca lo ha sido y nunca lo será, y yo tengo que dejar de pensar que va a cambiar. No quiere cambiar.

Camino del metro, mientras espero a que el semáforo de Columbus Circus con la 57 cambie de color, oigo una voz que me llama. Es Lauren.

—Maddie, ¿qué haces aquí? —pregunta sorprendida—. Creí que hoy trabajabas en el estudio.

—Gracias a Ryan ya no trabajaré en el estudio nunca más —respondo llena de desdén.

—¿Ha hecho que te despidan? —inquieta Lauren incrédula.

Yo asiento.

—Qué hijo de puta —sentencia.

Vuelvo a asentir. Se merece cada letra del apelativo.

—¡Qué le den! —grita Lauren en mitad de la nube de personas que nos rodea y llamando la atención de unas cuantas.

Yo no puedo evitar sonreír por su efusividad.

—Vámonos a tomar una copa enorme —me anima.

—Me parece una idea genial.

Estamos a un par de manzanas de The Vitamin cuando el móvil de Lauren comienza a sonar. Lo saca del bolso y mira la pantalla.

—Es Bentley —me anuncia antes de cogerlo—. Hola, cielo... —Lauren me mira confusa—... Sí, está aquí conmigo.

Mi amiga me tiende el teléfono. Ahora soy la que la mira extrañada.

—Necesita hablar contigo —me aclara—. Ha intentado llamarte a ti, pero no contestabas.

Voy a mirar en mi bolso por si he olvidado mi iPhone en el estudio, pero entonces recuerdo que, aunque lo llevo conmigo, aún lo tengo en silencio.

—Bentley, soy Maddie. ¿Qué ocurre?

—Maddie, no quiero que te asustes, ¿vale?

Nadie debería usar esa frase si realmente quiere que la otra persona no se asuste. Provoca exactamente el efecto contrario.

—¿Qué pasa? —inquiero de nuevo.

—Ryan ha tenido un accidente de tráfico.

El mundo ha dejado de girar.

—¿Qué? —Mi voz se ha evaporado.

—Está bien. No ha sido nada grave —se apresura a contestar y yo vuelvo a respirar—. Finn ha llamado para contármelo. Mandó una grúa a recoger el coche y se ha encerrado en Chelsea. Sé que el muy idiota está bien, pero no me coge el teléfono y me quedaría más tranquilo si fueras a comprobar cómo está. Iría yo pero estoy atrapado en el aeropuerto de Boston y no localizo ni a Spencer ni a Max.

Suspiro con fuerza.

—No te preocupes. Yo me encargo —susurro muy poco convencida.

—Muchas gracias, Maddie. Le diré a Finn que vas para allá.

Me llevo la palma de la mano a los ojos y asiento, aunque soy consciente de que Bentley no puede verme. De pronto me siento increíblemente nerviosa.

Cuelgo el teléfono y se lo devuelvo a Lauren.

—Tengo que ir a casa de Ryan —comento mirando hacia la carretera buscando un taxi.

—¿Qué? —pregunta Lauren sorprendida—. ¿Por qué?

—Ha tenido un accidente. —Los ojos de Lauren se abren como platos—. Nada grave, pero se ha encerrado en Chelsea y Bentley quiere que compruebe que está bien.

Veo un taxi, alzo la mano y el coche se para a unos pasos de mí. Abro la puerta.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta.

—No, mejor no.

Lauren me sonrío con ternura.

—Te esperaré en casa de los Hannigan.

Asiento devolviéndole la sonrisa, aunque no me llega a los ojos, estoy inquieta por demasiados motivos, y me monto en el coche.

Diez minutos después estoy delante de la casa de Ryan en Chelsea. Con el paso titubeante me acerco a la puerta y llamo. No debería estar aquí. Además, después de todo lo que le dije probablemente ni siquiera quiera verme. Suspiro con fuerza y casi estoy a punto de darme la vuelta cuando Finn abre.

—Maddie —me saluda.

—Hola, Finn.

—El señor Sandford me ha avisado de que vendría. Pase, por favor —dice echándose a un lado.

Tengo un último ataque de dudas, pero finalmente entro. Finn me hace un gesto para que lo siga y subimos a la primera planta.

La puerta que da al salón está cerrada. Nunca la había visto así. El hombre para todo de Ryan pulsa un código en una pequeña consola y me indica que ya puedo abrir.

—Gracias, Finn.

Asiente a modo de respuesta y se marcha escaleras abajo.

Cojo el pomo y, tras suspirar por enésima vez desde que hable con Bentley, abro la puerta y entro con paso inseguro.

Todo está en silencio. Atravieso el salón. No veo a Ryan. Me acerco a la isla de la cocina y observo las llaves del BMW y su iPhone tirados sobre la encimera. Acaricio las llaves con la punta de los dedos. No sé qué hubiese hecho si algo le hubiera pasado.

—¿Qué haces aquí?

Su voz me sobresalta pero al mismo tiempo me hace sentir extrañamente aliviada. Me doy la vuelta y lo veo a unos pasos de su estudio. Ya no lleva chaqueta ni corbata. Se ha desabrochado los botones del cuello y remangado las mangas. Tiene un pómulo amoratado y una ceja partida. Seguramente esa herida tenga la culpa de las manchas de sangre que tiene en la camisa.

Lleva un vaso de bourbon en la mano. Apuesto a que no es el primer Jack Daniel's que se bebe desde que ha llegado.

Aunque siga furiosa, no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco. Está bien. Siento como si

mi cuerpo se hubiese destensado y por fin pudiese volver a coger aire.

—Bentley está preocupado y me ha pedido que viniese —le explico con voz neutra.

No quiero que sepa lo preocupada que he estado.

—Porque a ti no te importa lo más mínimo como esté —afirma con la voz endurecida.

Yo lo miro sin poder creer que estuviera en lo cierto cuando pensé que no querría verme.

—Sólo le he hecho un favor a Bentley —le aclaro. Miento.

—Por supuesto —responde cínico—. Tú me odias y sólo quieres marcharte en el primer avión a cualquier parte.

Sonrío fugaz, nerviosa y furiosa, pero al mismo tiempo algo se ilumina en el fondo de mi cerebro.

—¿Por eso ibas conduciendo como un loco? —musito sin poder creerlo del todo—. ¿Para poder llegar al aeropuerto? ¿Porque pensabas que cogería un avión y no te diría dónde?

Ryan hace un imperceptible gesto antes de llevarse el vaso de nuevo a los labios. Tiene la vista fija al frente. Está enfadado y frustrado. Es perfectamente consciente de la estupidez que ha hecho.

—Ryan, por Dios —me quejo.

—¿Y qué querías que hiciera? Me dijiste que ibas a desaparecer —replica furioso.

—Podrías haberte matado —respondo casi en un grito.

—¡Necesitaba saber dónde estabas!

Nos quedamos mirándonos a los ojos. El corazón me late increíblemente deprisa. Podría haber acabado en el hospital o incluso muerto y todo por lo que le dije. Esto es una locura.

—¿Por qué has venido? —vuelve a preguntar.

Su voz sigue endurecida.

—Ya lo sabes —respondo automática.

—No, Maddie. Ése no es el motivo —me apremia.

De pronto me siento otra vez abrumada. ¿Qué pretende que le diga? ¿Que he venido porque estaba muerta de miedo pensando que podía haberle ocurrido algo? ¿Que en lo único en lo que puedo pensar es en él? O lo que es aún más temerario y una auténtica locura, que me siento incompleta, infeliz, cuando estoy lejos de él y que da igual lo enfadada que esté, lo furiosa que me sienta, porque al final lo único que cuenta es cuánto le quiero.

Ryan da unos pasos hacia mí y yo suspiro incapaz de conseguir que las palabras atraviesen mi garganta.

—¿Por qué has venido? —repite.

Su voz se ha agravado poniéndome las cosas todavía más difíciles.

—Porque te quiero —respondo con los ojos vidriosos aún más furiosa que está mañana—. ¿Es eso lo que querías oír? —inquiero llena de rabia.

Suspira brusco. Sigue furioso pero su rostro se llena de dolor y arrepentimiento. Sabe que es el responsable de todo lo que he sufrido.

Yo también suspiro. No pienso llorar delante de él.

—Maddie —me llama intentando apaciguarme y algo en su voz ha cambiado.

—Déjame en paz, Ryan.

Camina hacia mí, toma mi cara entre sus manos y me besa. Yo lo empujo y me zafo de su abrazo.

—No me toques. Hablo en serio —le espeto alejándome unos pasos.

Ryan deja caer las manos contra sus costados y resopla arisco.

—¿Y qué es lo que quieres oír tú? —masculla exasperado—. ¿Que no soportaba la idea de no volver a verte? ¿Que me estaba volviendo loco?

Sus ojos azules me hipnotizan. Debería marcharme sin mirar atrás. Esto, lo que sea que aún tenemos, nos está consumiendo a los dos.

Me agarro con fuerza a la correa de mi bolso y giro sobre mis pasos.

—No voy a pedirte que te quedes, Maddie.

Sus palabras suenan a mi espalda como la amenaza que son y hacen que mis pies se frenen en seco. Me está diciendo que no va a detenerme, que no va a correr detrás de mí como ha hecho tantas veces y, por el amor de Dios, ¿no es eso lo que quiero? Suspiro con fuerza. Odio sentirme así de confusa. Sin saber qué paso dar. Con mi sentido común gritándome una cosa a pleno pulmón y mi corazón deseando justo lo contrario.

Miro la puerta. Apenas estoy a un par de pasos. Soy plenamente consciente de que debería marcharme, pero, antes de que ese pensamiento cristalice en mi mente, me giro y dejo que sus espectaculares ojos azules me abrasen. Están llenos de deseo, de rabia, de pura arrogancia pero, sobre todo, parece vulnerable. El mismo sentimiento que estoy segura que él puede ver en los míos.

Sin decir nada más, Ryan gira sobre sus pasos y con el vaso de bourbon en la mano sube las escaleras.

Sé que debería irme, pero ahora sólo puedo pensar en que le quiero, en que le necesito.

Todo esto es una maldita locura.

«Márchate, por Dios, Parker, márchate.»

Apoyo mi bolso sobre la encimera. Tengo que irme. Lo sé. Tengo que irme. Miro hacia el piso de arriba. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

Debo marcharme pero no puedo, y antes de que sea capaz de entenderlo estoy subiendo las escaleras siguiendo su estela.

Ryan está de pie con las dos manos apoyadas en la cómoda y su cuerpo inclinado sobre ella, intentando contenerse. Puedo sentir toda su rabia traspasando cada centímetro de su cuerpo.

Ryan gira la cabeza hacia mí y sus ojos azules me atrapan. Está manteniéndome en esta habitación sólo con esa mirada.

A pesar de todo mi enfado, y del suyo, sigue siendo el hombre más guapo que he visto en mi vida y eso siempre ha jugado en mi contra.

Ni siquiera sé qué hago aquí. Quiero autoconvencerme de que sólo he subido para que dejemos de una vez las cosas claras, pero una parte de mí sabe que no es así.

Bajo la cabeza y clavo mi vista en el suelo.

«Parker, has subido aquí con una intención. Di lo que tengas que decir y ¡márchate!»

—Ryan —susurro muy poco convencida—, no podemos seguir así.

Ya no grito, ni siquiera sueno enfadada. Mi voz está conmocionada como yo, como mi pobre corazón.

—Lo sé —susurra acercándose a mí y tomando mi cara entre sus manos—. Lo sé —repite justo antes de besarme.

Y yo le dejo que lo haga porque le quiero, porque lo echo de menos y porque, si es verdad que esto va a acabarse, necesito sentirlo una última vez.

Gimo contra sus labios y Ryan me besa con fuerza, dominando mi boca, mi lengua.

Lo echo de menos, le deseo, le quiero. Todo esto es una locura pero por un momento tengo la sensación de que es nuestra locura y nada más me importa.

Nos deja caer sobre la cama sin dejar de besarnos y lentamente sumerge su mano bajo mi vestido. Me acaricia, me hace sentir mi piel encendida donde él la toca.

Le desabrocho la camisa. Ryan se arrodilla apenas un segundo para quitársela y después se abalanza ansioso sobre mí, sobre mis labios. Le siento casi desesperado, como si fuera a desvanecerme en cualquier momento y ese sentimiento me hace feliz y me duele al mismo tiempo, porque así es exactamente cómo me siento yo.

Ryan desabotona mi vestido, que se abre entre nosotros, y disfruto de su piel caliente contra la mía.

Gimo.

Pasea sus manos por mis costados, llega a mis caderas y sus dedos acarician suavemente mi piel como si quisiese recordar cada vez que han estado allí.

Le desabrocho el cinturón y el clic metálico resuena entre nosotros y en toda la estancia. Me deshago de sus pantalones y sus bóxers.

Me besa la mejilla, la mandíbula, y hunde su boca en la piel de mi cuello.

Me enseña los dientes.

Gimo. Todo mi cuerpo se arquea.

Desabrocha mi sujetador. Me besa un hombro y desliza suavemente, casi arañándome, los tirantes por mis brazos hasta que mis pechos quedan al descubierto. Ryan lanza la prenda al suelo y toma mis pechos con sus manos mientras sus labios acarician uno de mis pezones.

Instintivamente arqueo mi espalda para darle un mejor acceso.

Apenas un instante después ya sólo soy jadeos.

Ryan besa mi pezón. Lo sobreestimula. Lo toma entre sus dientes. Tira.

Gimo exaltada.

La suave mezcla de dolor y placer me inunda y se extiende hasta un límite insospechado cuando, con su mano en mi otro pezón, imita los movimientos de su boca.

Estoy cerca de correrme y apenas me ha tocado.

Ryan repite sus movimientos torturador.

Mi cuerpo arde y siento calor, mucho calor.

Involuntariamente, con todo el control en manos de mi libido, mis caderas se acomodan bajo las tuyas.

Consigo que su dura y poderosa erección choque contra la tela húmeda de mis bragas y sonrío de pura satisfacción.

Ryan gruñe contra mi piel.

No lo dudo y subo las caderas otra vez buscando más fricción.

—Joder —masculla Ryan entre dientes.

Voy a hacerlo otra vez pero Ryan se adelanta a mis movimientos y me embiste dejándome clavada en el colchón.

—Ryan —gimo, casi grito.

Antes de que el placer se diluya, rápidamente se deshace de mis bragas de un acertado tirón, y vuelve a embestirme, esta vez entrando en mi interior, conquistándolo.

Grito.

Es increíble.

Vuelve a besarme. Yo rodeo sus caderas con mis piernas, haciéndolo entrar todo lo profundo que quiera.

Me penetra lleno de fuerza pero a un ritmo deliberadamente lento.

Me estoy deshaciendo en sus brazos.

—Ya no sé vivir sin esto —susurra contra mis labios.

No lo pronuncia como un halago, sino como una queja, una protesta malhumorada que sin quererlo se escapa de su boca.

—Yo tampoco —respondo sin saber por qué pero absolutamente segura de que es la pura verdad.

Ryan se separa lo suficiente para que sus ojos azules atrapen los míos e intenta leer en ellos. Tengo la sensación de que va a decir algo, pero antes de pronunciar palabra alguna me besa con fuerza, brusco y acelerado, y me gira entre sus brazos.

Se ancla en mis caderas y vuelve a penetrarme apremiante, exigente.

Mi respiración se convierte en gemidos solapados.

Sus estocadas son perversas, deliciosas.

Me embiste con tanta fuerza que mis rodillas se rinden y me desplomo sobre la cama. Ryan se acomoda sobre mí y continúa bombeando en mi interior mientras yo me consumo lentamente en el placer más intenso que he conocido en mi vida.

Se inclina sobre mí, me besa la nuca, el cuello, mientras me penetra cada vez más fuerte.

—Estoy muy cerca —susurro entre jadeos.

Ryan sonrío contra mi piel, desliza su mano entre el colchón y mi cuerpo y me acaricia el clítoris sólo una vez, fugaz, consiguiendo que todo mi cuerpo se revolucione.

—¡Ryan! —grito.

Ryan vuelve a sonreír, me embiste más fuerte y alarga su caricia. Me froto contra la palma de su mano pero no continúa. ¡Cielos, incluso tiene el control sobre el momento en el que voy a correrme!

«Ese control lo ha tenido siempre.»

Vuelve a llevar su mano hasta el vértice de mis muslos y me acaricia rápido, deslizando sus dedos por todo mi sexo. Tira de mi clítoris, me embiste. No puedo más.

—¡Ryan!

Con su nombre en mis labios alcanzo el clímax sintiendo su polla palpitante embestirme, sus caderas chocar con fuerza contra mi trasero y sus dedos mágicos deslizarse, volverme loca con el placer más intenso y desmedido que he sentido nunca mientras él también se corre y nuestros orgasmos se entremezclan hasta formar sólo uno.

Me despierta mi móvil sonando en algún punto del suelo de la habitación. Me levanto algo aturdida. La habitación está prácticamente a oscuras, sólo iluminada por las luces de Manhattan que entran por la ventana. Ryan no está.

Camino siguiendo el sonido pero, cuando al fin encuentro el bolso, el móvil deja de sonar. Miro la pantalla. No reconozco el número. No le doy más importancia y guardo de nuevo el teléfono. Si es importante, volverán a llamar.

Suspiro con fuerza y me siento en el borde de la cama a la vez que me llevo las manos a la cara. Otra vez estoy desnuda en la habitación de Ryan. Esto no puede ser bueno. Suspiro de nuevo y me obligo inmediatamente a dejar de martirizarme. Se ha acabado, me digo enérgicamente mientras cojo mi ropa interior del suelo y me la pongo. En esta habitación nunca he tomado una buena decisión, continúo aleccionándome mientras dejo que el vestido se deslice por mis costados.

«Ni en esta casa, ni en su despacho, ni en tu apartamento y la lista sigue y sigue.»

Con cautela, salgo del dormitorio y bajo las escaleras. No hay rastro de Ryan en el salón, así que imagino que estará en su estudio.

Mi precaución aumenta a unos pocos metros de esa estancia; también me siento más nerviosa. Tengo claro lo que voy a decir pero, como siempre, no tengo ni idea de cómo reaccionará Ryan.

Cuando me separa un único paso, suspiro una vez, para coger fuerzas, y llamo suavemente a la puerta abierta.

—Hola —digo colocándome bajo el umbral.

Ryan está sentado a su mesa. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva sus vaqueros viejos y una simple camiseta roja que le sienta de miedo. Despeinado, casual. No podría estar más atractivo.

—Hola —responde alzando la cabeza y llevando su mirada hacia mí.

Camino despacio hasta colocarme frente a él. La nostalgia me invade.

Me fijo en su pómulo amoratado y en el corte de su ceja. No le vendría mal que le curaran esas heridas.

—Deberías ir al hospital a que te vieran las heridas.

—No es nada —responde con su media sonrisa.

—Por lo menos deja que te cure ese corte.

Ryan abre la boca para protestar pero finalmente asiente y yo sonrío fugaz.

Voy hasta al baño de la planta principal en busca de un botiquín y lo encuentro en un pequeño armarito.

Regreso al despacho asegurándome de que llevo todo lo que necesito y comprobando la fecha de caducidad del antiséptico. Me siento en la mesa de Ryan, me coloco el botiquín en el regazo y cojo el paquete de gasas. Lo abro y saco una. Con el tubo de antiséptico en la otra, alzo la mirada. Ryan sigue trabajando absorto en sus papeles.

—Riley —lo llamo.

A regañadientes deja lo que está haciendo y me presta atención.

—¿Qué haces con eso? —pregunta desconfiado, mirando el antiséptico.

—Es para curar la herida.

—No quiero que me cures la herida —gruñe como un adolescente.

Pongo los ojos en blanco divertida y mojo la gasa en la medicina. Con mucho cuidado le limpio el corte. Él exhala brusco y cierra el ojo.

—Lo siento —susurro.

—Yo diría que estás disfrutando —responde con su media sonrisa de nuevo en los labios.

—¿Tanto se me nota? —bromeo.

Ambos sonreímos.

Ryan alza la mano y acaricia el bajo de mi vestido, sin llegar a tocar mi piel. Automáticamente el corazón me late más deprisa. Suspiro bajito al tiempo que me concentro aún más en su herida. No quiero que se dé cuenta de cuánto me afecta.

—Te has vestido —comenta con su voz grave y sensual.

Le miro directamente a los ojos y los suyos azules me atrapan. Despacio, bajo la mano con la gasa.

—Sí —musito—. Voy a irme a casa.

No sueño nada convencida. No lo estoy. Pero es lo mejor.

Ryan se recuesta sobre su elegante silla sin levantar sus ojos de mí. Yo decido apartar mi vista y, prudente, la clavo en mis propias manos. Es demasiado peligroso. Rebusco en el botiquín, cojo la última tirita que queda y se la pongo. Otra vez su mirada vuelve a seducirme. Me agarro al borde de la mesa y dejo que sus maravillosos ojos azules me dominen mientras sus dedos me acarician suavemente bajo el vestido.

El ambiente entre nosotros vuelve a cargarse de una suave electricidad. Mi cuerpo se despierta

y se enciende brillando con fuerza y no logro entender cómo puede conseguir que cada centímetro de mi piel le responda tan pronto. Hace menos de una hora que hemos estado juntos y estoy otra vez hambrienta de él.

Para colmo de mis males, las heridas le dan un aspecto aún más atractivo, como si acabara de pelearse en un club de lucha clandestino. Es lo último que necesitaba.

—Deberías marcharte —susurra retirando su mano de golpe.

¿Qué? No entiendo nada. ¿Quiere que me marche? Este cambio de actitud me pilla completamente por sorpresa. ¿Por qué? ¿Y por qué justo ahora? Finalmente sacudo la cabeza discretamente y asiento.

Me bajo despacio ante la atenta mirada de Ryan, que juraría que está intentando ocultar una sonrisa. ¿Acaso está haciendo esto sólo para descolocarme? Suspiro de nuevo. Si es así, es un auténtico capullo y me ha dejado hecha un verdadero lío.

Salgo del estudio y Ryan lo hace tras de mí. Bajamos las escaleras en silencio y llegamos hasta el vestíbulo.

—Finn te llevará a casa —me informa abriendo la puerta principal.

—No hace falta. Puedo regresar en metro —respondo con la vista perdida en cualquier sitio menos en él y algo intimidada, la verdad.

Me siento de lo más confusa ahora mismo.

Sin embargo, finalmente cedo a la tentación y poso mis ojos verdes en los suyos azules. Ryan me mira dándome a entender que regresar en metro a estas horas de la noche ni siquiera es una opción.

La brisa da una tregua a la temperatura abrasadora que hemos tenido durante el día. La verdad es que me apetecería regresar a casa dando un paseo, pero dudo mucho de que al señor irascible le pareciera una buena idea.

Ryan le hace un imperceptible gesto al chófer, que sin que me diera cuenta esperaba a mi espalda, y me observa unos segundos.

—Hasta mañana, Maddie —se despide girando sobre sus pasos sin esperar respuesta.

—Hasta mañana, Ryan.

No entiendo nada. Si me preguntaran qué ha pasado aquí, ni siquiera podría plantearme una respuesta. Oh, dios, esto es ridículo. Soy una adulta inteligente y cada vez que estoy con él salgo llena de dudas. ¡Estoy cansada de todo esto!

—¿Por qué me has pedido que me marchara? —pregunto.

Ryan se detiene y desanda sus pasos.

—Creí que eso era lo que querías. —Y hay cierto toque presuntuoso en su voz.

—Sí, es lo que quiero —respondo insegura.

¡Es lo que quiero! ¿Por qué siempre consigue hacerme dudar?

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que se supone que es algo que debo querer yo, no tú.

Ryan se cruza de brazos sin levantar sus ojos de los míos.

—¿Me estás diciendo que esperabas que te hubiese impedido hacerlo? ¿Eso no es un poco infantil? —pregunta socarrón, claramente riéndose de mí—. Si no quieres que te vea como una cría, deberías dejar de comportarte como una.

Apuesto a que sólo me ha dicho que me marchara para hacerme reconocer que no quería hacerlo.

«Lo que le da toda la razón.»

Me pongo los ojos en blanco mentalmente. No pienso reconocer que lleva parte de razón y mucho menos entrar en ninguno de sus juegucitos.

—Eres odioso, Ryan —le digo justo antes de girar sobre mis pasos y bajar el primer escalón.

—Puede —replica inclinándose sobre mí—, pero tú te mueres porque te lleve a rastras a mi cama.

Sus palabras una vez más me detienen en seco y me hacen volverme lentamente. Ha usado un tono tan arrogante, tan seguro de que es exactamente lo que quiero... y, maldita sea, tiene razón, pero no pienso reconocerlo jamás.

—Eres, eres... —El mayor gilipollas del mundo, un sucio bastardo insolente y presuntuoso y el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. ¡Ah, qué frustrante es todo esto!

—Soy, ¿qué? —me apremia exigente y arrogante bajando lentamente hasta mí, dejando que su magnetismo y ese derroche de macho alfa inunden la distancia entre nosotros.

—No volvería a tu cama ni en un millón de años —replico furiosa.

Ya va siendo hora de que le ponga las cosas claras.

—¿De verdad? —inquire dando un peligroso paso hacia mí.

—Sí.

Mi voz suena menos firme de lo que me hubiera gustado, pero es que está muy cerca.

Ryan suspira brusco. Veo su pecho hincharse y vaciarse con fuerza.

—Dejemos de jugar —susurra salvaje y sensual a la vez que me coloca un mechón de pelo tras la oreja—. Yo sólo quiero estar contigo.

—Ryan —susurro.

—¿Ya no quieres estar conmigo? —pregunta sin darme oportunidad a pensar.

Lo miro. Claro que quiero estar con él, pero no puedo saltar al vacío sin más.

—Claro que sí —respondo antes de que la pregunta cristalice en mi mente.

«Sí, señor. A eso se le llama fuerza de voluntad.»

Ryan sonrío y yo me derrito.

—¿En mi cama? —susurra y vuelve a sonreír para asegurarse de que todas mis neuronas deciden suspirar en vez de pensar.

—Sí —musito.

«Déjate llevar, Parker.»

—Pues suerte esperando ese millón de años.

¿Qué?

Ryan se separa y comienza a subir de espaldas a mí los escalones.

—Finn, la señorita Parker está lista para marcharse.

Automáticamente me giro y veo a Finn, profesional, junto al Audi A8 al pie de la acera.

No me lo puedo creer. He caído como una absoluta idiota. Le odio, le odio, le odio.

—Te odio —le digo con los labios fruncidos haciéndome eco de todo en lo que puedo pensar ahora mismo.

—No deberías hablarle así a la única persona que está dispuesta a darte un empleo.

—¿Sabes? —contesto tratando de mostrarme todo lo displicente que soy capaz—. No volvería al Riley Group por nada del mundo. El dueño es un capullo insoportable.

—Sí, pero dicen que folla de miedo —replica con la sonrisa más arrogante que he visto en mi vida.

Resoplo enfadada, me giro y voy con el paso acelerado hasta el coche. Finn me abre la puerta y me siento en la parte de atrás con los brazos cruzados y destilando una hostilidad termonuclear por los cuatro costados. Es odioso. Un capullo insoportable y yo, yo, para mi desgracia, no podría estar más excitada.

Finn me deja en mi apartamento menos de diez minutos después. Me despido de él intentando sonar amable, pero lo cierto es que sigo furiosa.

Nada más entrar en casa, tiro las llaves sobre la isla de la cocina y me peleo con la correa del bolso intentando deshacerme de él. ¡Qué asco de día!

—¿Qué te pasa, chica?

La voz de Lauren me hace dar un respingo y acabo dándome un codazo con la nevera, lo que le hace romper a reír.

—Joder —me quejo sujetándome el codo—. Había olvidado que estabas aquí.

Me giro hacia el electrodoméstico con el que acabo de chocarme y saco dos cervezas. Sé que es una hora casi intempestiva, pero necesito una y no pienso beber sola.

—Muy bonito —me replica—. Yo aquí muerta de preocupación y tú olvidándote de que existo.

—¿Has estado bebiendo y jugando a las cartas con los Hannigan hasta que James te ha echado? —pregunto perspicaz.

—Hemos jugado al Twister y me ha echado Álex.

Ambas sonreímos.

—¿Qué tal está Ryan?

Ahogo una sonrisa malhumorada en un suspiro y le doy un trago a mi cerveza.

—Está bien. Sólo tiene un pómulo amoratado y un corte en la ceja.

—Genial —se queja indignada—. Lo último que necesitaba el cabrón atractivo, parecer que acaba de pelearse en unos billares.

A pesar de mi enfado, sonrío con ella. No podría tener más razón.

—¿Y tú qué tal estás?

Voy a responder pero Lauren levanta la mano para que me calle.

—Ahora me toca adivinar a mí —me dice—. Habéis discutido, te ha echado el polvo de tu vida y tú, en cuanto te has puesto las bragas, has salido huyendo.

—No llevo bragas y me ha echado él —respondo justo antes de darle un nuevo trago a mi Budweiser.

Lauren me mira con los ojos como platos y deja su botellín sobre la mesita de centro al tiempo que se acerca más a mí.

—¿Qué es eso de que te ha echado él? —inquire sorprendidísima.

—¿Por qué no me preguntas por qué no llevo bragas? —inquiero a mi vez ofendida.

Mi amiga me mira con una ceja enarcada y automáticamente comprendo que ese gesto quiere decir: soy consciente de que vienes de casa de Ryan y que probablemente te las haya arrancado con la boca.

—*Touché* —respondo y hago una mueca con los labios.

—Explícame que es eso de que Ryan te ha echado —insiste.

—Lo hizo básicamente para demostrarme que me comporto como una cría y que, cuando le dije que iba a irme, en el fondo no quería hacerlo.

—Vaya —responde Lauren exagerando la palabra en cada letra.

—Después tuve la brillante idea de decirle que no me acostaría con él ni en un millón de años y él se las apañó para dejar perfectamente claro que no sería capaz de mantener mi promesa ni quince segundos.

—Me gusta —responde Lauren burlona—. Me gusta que sigas pensando que puedes resistirte a él y no sólo pensarlo, sino gritárselo a la cara.

—Puedo resistirme a él —me quejo. Lauren vuelve a mirarme con la ceja enarcada—. Y baja esa maldita ceja —protesto.

Ella sonrío y recupera su cerveza.

—¿Tan poca fuerza de voluntad crees que tengo? —pregunto absolutamente en serio.

Todo el mundo parece tenerlo muy claro.

—No se trata de que tengas poca fuerza de voluntad. Se trata de que estás loca por Ryan y él tiene la capacidad de desintegrar bragas con la mirada. Mala suerte, chica.

—Mataría por tener un poco de su autocontrol —me lamento.

—¿Su autocontrol? —pregunta—. A mí me gustaría tener su sonrisa y su capacidad para el sexo pervertido. Con eso y este cuerpo —continúa señalándose de arriba abajo—, dominaría el mundo en cuestión de horas.

—Y entonces los viernes desnudos sería ley universal —añado con una sonrisa.

—¿Ves? Las mujeres tenemos todas las soluciones para la humanidad.

Ambas nos echamos a reír y por un momento desde que me monte en el Audi me relajo.

—Y con respecto a Ryan, creo que deberías empezar a plantearte las cosas de verdad. Si vas a volver con él o no. Si la respuesta es no, deja de verlo inmediatamente, en serio —recalca—, y si es sí, deja de martirizarte y tírate en sus brazos porque es estar en este camino de en medio lo que te está desquiciando y a él también.

Asiento pero entonces recapacito sobre sus últimas palabras.

—¿Qué es eso de que a él también?

—Maddie, Ryan es el mejor amigo de Bentley —responde como si esa frase fuese la llave de todo.

Yo la miro aún más confundida. Ella me hace un mohín y toma aire.

—Me lo secuestra prácticamente todas las noches para llevárselo a un bar en la 53 y beber hasta caer rendidos. Las dos sabemos que no es un hombre paciente y lo que quiere es meterte en su cama y hacerte entrar en razón a base de polvos. Se está conteniendo porque le dijiste que necesitabas pensar y sabe que te debe una, pero un día de estos va a explotar, te va a meter en su avión privado y te va a llevar a una isla desierta a vivir una versión BDSM de Robinson Crusoe.

—Mmm, no suena mal.

Ambas nos echamos a reír, sobre todo por lo claro que he dejado cuánto que me gusta esa idea, y nos vamos a la cama.

Me duermo pensando en todo lo que ha dicho Lauren. Ella tiene razón y tengo que tomar una maldita decisión. En una lista objetiva el no gana de manera aplastante: Ryan no va a cambiar, no confía en mí y sé que nuestra relación nunca funcionaría; en el sí sólo hay un motivo, pero está pintado con rotuladores de colores y decorado con purpurina. Le quiero. Es un motivo que vale por un millón.

Algo está sonando. Todo me da vueltas. Estiro la mano intentando llegar al despertador que está en la mesilla, pero es inútil. La cabeza me va a estallar. El sonido cesa. ¿Cómo es posible que tenga resaca? Anoche sólo me bebí una cerveza. El sonido regresa. Abro los ojos. Intento recuperar alguna de mis neuronas, pero todas se giran en su mullida cama y pasan de mí. Es mi móvil.

Al poner los pies en el suelo, la habitación da un giro de trescientos sesenta grados. Con el paso torpe, voy hasta el salón y cojo el teléfono. Miro la pantalla. No reconozco el número.

—¿Diga?

Mi voz suena llena de sueño. No la culpo.

—¿Señorita Parker?

La voz me resulta familiar.

—Sí, soy yo —respondo intentando sonar más espabilada—. ¿Con quién hablo?

—Soy Harry Mills, ¿me recuerdas?

Abro los ojos de golpe. Harry Mills era la última persona que esperaba que me llamase.

—Sí, claro —murmuro.

—Espero que no le moleste que la haya llamado. Acabo de encontrarme con Bentley Sandford por pura casualidad y me ha dicho que ya no trabaja para él. Parecía muy contrariado. —Hace una pequeña pausa—. El caso es que estoy buscando una nueva asistente y he pensado que quizá le interesaría el puesto.

Una sonrisa me inunda la cara de oreja a oreja.

—Claro, claro que sí —respondo acelerada—. ¿Cuándo quiere que comience?

Oigo reír a Mills al otro lado de la línea.

—Ése es el entusiasmo que busco. Si no le parece precipitado, y por supuesto no le importa que sea domingo, puede empezar esta misma mañana. Mi secretaria tuvo que marcharse hace una semana, así que necesito urgentemente una nueva asistente.

—No se preocupe. Puedo empezar en una hora.

—Perfecto. La esperaré en el ático del hotel St. Regis. Como sabe, mis asuntos de trabajo los trato allí.

Sonrío al recordar aquella reunión. Sonrío al recordar a Ryan. Sacudo la cabeza enérgicamente; aunque acabe de conseguir un trabajo genial, no puedo olvidar que por su culpa me despidieron del que ya tenía.

—Nos veremos allí, señor Mills, y muchas gracias.

—Gracias a usted.

Cuelgo y comienzo a saltar por todo mi salón. Tengo trabajo y encima para alguien tan genial y comprometido como Harry Mills. ¡Va a ser fantástico!

Me voy a la ducha dando palmaditas. Estoy tan contenta que casi me he olvidado de mi descomunal dolor de cabeza. Me seco el pelo con la toalla y elijo un bonito vestido *tangerine* con el dobladillo marcado en los bajos y las mangas y mis sandalias marrones.

Aún no me puedo creer la suerte que he tenido encontrando otro trabajo.

Lauren sigue durmiendo a pierna suelta. Si va a tener el mismo dolor de cabeza que yo, me parece cruel despertarla. Mejor la llamo después para contárselo.

Voy en metro hasta la 53 Este y camino un par de manzanas. Sonrío cuando descubro el majestuoso hotel St. Regis levantarse ante mí y lo hago de nuevo cuando veo al botones con su impecable chaleco verde.

Mientras el ascensor me lleva a la última planta, observo el bonito ornamentado de madera del techo. No me sorprende que el señor Mills haya elegido este hotel para montar su oficina. Resume perfectamente su ideal de arquitectura.

Llamo a la puerta y es el propio Harry Mills quien me abre.

—Señorita Parker —me saluda con una sonrisa.

—Señor Mills —respondo e imito su gesto.

—Pase, por favor.

La *suite* también es exactamente como la recordaba. Sonrío otra vez al pensar lo incómoda que me sentí por mi atuendo y mi sonrisa se ensancha cuando recuerdo cómo Ryan se puso celoso ante la

atención que Harry Mills me prestó. No creo que le haga mucha gracia saber que trabajo para él. Sacudo la cabeza discretamente. Si no le gusta, que se aguante. Al fin y al cabo, es culpa suya. Él hizo que Roy me despidiese.

El señor Mills me explica su rutina de trabajo. Es muy concienzudo y no le gusta dejar a la improvisación ningún detalle de su agenda. Vive y trabaja en el hotel porque así se siente más unido a la ciudad, además de las comodidades que trae consigo. Me confiesa con una sonrisa que a veces se siente como un bicho raro, pero entonces recuerda que otras personalidades, como Robert de Niro o Coco Chanel, vivieron en hoteles y se siente un poco mejor. Mi horario no está mal y el sueldo mucho menos. Definitivamente, la suerte me ha sonreído.

«Por fin.»

A lo largo de la mañana me hago con su agenda y planificamos toda la semana. Un mensaje entrante suena en mi móvil y por un momento temo que sea Ryan. No quiero entrar en el mismo juego de ayer. Estoy demasiado enfadada por demasiados motivos y espero que esta vez sea capaz de entenderlo.

Cojo el iPhone con la mano temblorosa, detalle que me doy cuenta que no le pasa inadvertido a Mills, y miro la pantalla. Me relajo al instante. Es Lauren.

¿Qué vas a ponerte esta noche?

¡La fiesta del artículo de Gehry! La había olvidado por completo. Me llevo el móvil a los labios en un gesto nervioso. No tengo nada claro que quiera ir. Es más que probable que Ryan vaya.

Resoplo con fuerza y tecleo una respuesta.

Aún no sé si voy a ir.

Es lo mejor.

La contestación de Lauren no tarda en llegar.

Va a ser una fiesta alucinante. Vamooooosss.

Sonrío por su súplica y dejo el Smartphone sobre la pequeña mesa de centro. Lo cierto es que la fiesta va a ser increíble. Será en Central Park, cerca del lago. Sólo por estar allí de noche y ver el parque perfectamente iluminado merecerá la pena. Vuelvo a coger el móvil.

Vestido negro. Recógeme a las ocho.

El resto del día se me pasa volando. Mills es tan interesante e inteligente como recordaba.

Antes de las seis estoy de vuelta en casa preparándome para la fiesta. Me pongo un vestido negro sin magas, cortado a la cintura y por encima de la rodilla. Es muy sencillo pero unas transparencias con bordados en la espalda le dan el toque sofisticado. Añado mis botines *peep toes* también negros y un pequeño *clutch vintage*. Me maquillo los ojos ahumados y me recojo el pelo. Estoy bastante contenta con el resultado.

Los Hannigan y Lauren llegan puntuales a mi apartamento. Podríamos ir en metro, pero James decide que es una ocasión más que propicia para ir en su Camaro. Además, tenemos que pasar por el Lower Manhattan a recoger a Charlie.

No voy a negar que estoy algo nerviosa. La última vez que vi a Ryan, entre otras lindezas, le dije que le odiaba y, aunque se lo merecía, imagino que no tuvo que hacerle mucha gracia.

Respiro hondo. Voy a divertirme y voy a disfrutar de este trocito de la ciudad de Nueva York. No pienso martirizarme.

«Oído.»

Entramos por la puerta de la Quinta Avenida. Como imagina, la fiesta no podría tener un escenario mejor. Todo el camino hasta la carpa principal está iluminado por pequeños portavelas que flanquean el sendero. Suena una canción muy suave que inmediatamente hace que lleves la vista a un gran escenario de madera donde un grupo de jazz hace las delicias sonoras de la fiesta. El cantante está sentado a un enorme piano negro y brillante que reluce en perfecto contraste con la tarima.

Una chica nos recibe con una bandeja de copas de *champagne*. Cada uno tomamos una y nos apresuramos a brindar.

—Es alucinante —murmuro.

—La verdad es que no ha quedado nada mal —añade Lauren—. Sea quien sea el que organiza las fiestas del Riley Group, tenéis que contratarlo para mi cumpleaños.

Le doy un sorbo a mi copa. Este *champagne* está delicioso.

James mueve incomodo el nudo de su corbata. Sonríe. Sé que odia llevar traje. Tras unos segundos su desesperación es tal que me giro hacia él al borde de la risa, le entrego mi copa de *champagne* y alzo mis manos hacia su corbata.

—Respira —le digo aflojándosela.

Él sonrío. Yo le devuelvo el gesto y vuelvo a apretarle el nudo hasta colocárselo bien. Lleva una corbata verde hierba preciosa.

—¿Estás bien, Parker?

Asiento varias veces. Trato de parecer muy convencida y creo que, precisamente por eso, provoco el efecto contrario.

—Mientras no lo veas —replica socarrón.

—¡Hannigan! —me quejo golpeándolo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Parker —dice balanceándose para chocar su hombro con el mío.

—Y yo de ti, Hannigan.

Y es la verdad. Nuestra amistad podría haber muerto en aquella tumbona cuando me dijo que

estaba enamorado de mí. Sin embargo, hemos conseguido seguir siendo amigos y él ya ha tenido algún que otro escarceo amoroso, lo cual me hace muy feliz.

Lauren observa a Álex y a Charlie escabullirse a una zona muy mal iluminada mientras farfulla, tan indignada como divertida, la poquísima vergüenza que tienen y que deberían aprender algo de disimulo. Pero entonces la sonrisa más estúpida del mundo se apodera de sus labios. Eso sólo puede significar que Bentley anda cerca. Efectivamente, menos de un minuto después se están besando.

—Podrías no dar el espectáculo —les pido—. Aunque por otra parte no hacéis nada que no haya visto ya.

Lauren me dedica su mejor mohín, al que devuelvo una sonrisa.

Alguien toca educadamente en el hombro a Bentley. Éste se vuelve y le saluda efusivo. Mi amiga hace un nuevo mohín, esta vez a quien le ha robado a su novio, y se gira de nuevo hacia nosotros.

—¿Qué tal tu primer día de desempleada? —me pregunta.

Suspiro sorprendida. He estado tan concentrada intentando disimular los nervios que me provoca la posibilidad de ver a Ryan que había olvidado contarles a los chicos que he encontrado un nuevo trabajo.

—En realidad ya no estoy desempleada.

Los dos me miran con los ojos como platos.

—Pero bueno —se queja Lauren—, ¿a qué esperabas para contárnoslo?

—No lo sé —me disculpo—. Lo había olvidado —confieso entre risas.

—¿Y dónde trabajas? —pregunta James.

—Para Harry Mills. Soy su nueva asistente —digo de un tirón tratando de sonar indiferente y apuro mi copa de *champagne*.

James carraspea para evitar un auténtico ataque de risa mientras Lauren me mira boquiabierta. Apuesto a que todos acabamos de pensar en cómo se lo tomará cierta persona.

—¿Has dicho Harry Mills? —inquire Lauren incrédula.

Asiento.

—Harry Mills, ¿el arquitecto?

Vuelvo a asentir.

—Y eres su ayudante. Lo verás todos los días en su oficina.

—Lo cierto es que su oficina es el ático donde vive en el hotel St. Regis.

—Bueno —continúa resignada—, lo único de provecho que sacaremos de todo esto es que seguro que el ayuntamiento organiza un bonito desfile como homenaje cuando Ryan lo mate con sus propias manos.

James y ella rompen a reír y yo, aunque intento mostrarme mínimamente ofendida, también acabo haciéndolo.

—Es sólo trabajo, y Ryan y yo ya no estamos juntos.

Ambos asienten. Van a darme la razón por pura bondad. Los tres sabemos que esta noticia no va a sentarle nada bien. Aunque la verdad es que no es asunto suyo. Ya no estamos juntos. Y sigo enfadadísima con él. Voy a tener que escribírmelo en el dorso de la mano para recordarlo.

La noche avanza de lo más agradable. La música es fantástica y una suave brisa se entremezcla con los árboles e inunda la fiesta de ese olor fresco casi cítrico.

Cerca de la carpa principal han montado una pequeña exposición con fotografías del artículo, tanto las que vieron la luz en *Spaces* como otras que quedaron entre bambalinas. Decido escaparme e ir a echar un vistazo.

No puedo evitar sonreír cuando veo una foto mía con Lauren. Es del día que escogimos a Sara. La rozo con cariño y siento que en realidad estoy acariciando esos días. Adoraba trabajar en esa revista y, a pesar de lo interesante que me resulta trabajar con Mills, volvería allí sin dudarlo. Sacudo la cabeza y desecho la idea. Olvídalo, Parker, eso no puedo ser.

Continúo caminando. Hay muchas fotos de Sara y de su familia y otras tantas de Frank Gehry. Me quedo paralizada cuando veo una foto de Ryan. Está guapísimo, como no podía ser de otra forma. Aparece con Gehry, gesticulando con las manos, imagino que explicándole alguna idea. El arquitecto lo mira prestándole toda su atención. Sonríe. Eso tampoco podía ser de otra forma. Ryan es tan brillante que embelesaría a cualquiera. Debí comprender desde el primer momento en que lo vi que acabaría enamorándome de él.

—Tendría que haber imaginado que la encontraría aquí. —Las palabras de Harry Mills me sacan de mis pensamientos.

Sonríe y me ruborizo. Que me quede hipnotizada con Ryan tiene un pase, que lo haga con una fotografía es excesivo incluso para mí.

«Es excesivo incluso para una novela romántica.»

—¿Qué tal fue trabajar con Frank Gehry? —me pregunta acercándose unos pasos a las fotografías para contemplarlas mejor.

—Fue genial.

Lo fue de verdad. ¡Por Dios! ¿Por qué estoy tan estúpidamente nostálgica? Es ridículo.

—Aunque yo no llegué a trabajar con él —le aclaro.

—Pero la idea fue suya, ¿verdad?

Lo miro confusa. ¿Cómo lo sabe?

—Ryan Riley está muy orgulloso de usted.

—¿Qué? —musito.

Harry Mills sonríe y cabecea levemente señalando el fondo de la carpa. Yo llevo mi mirada hacia allí y veo a Ryan rodeado de otros invitados, sencillamente increíble de esmoquin. Tiene una mano en el bolsillo del pantalón y con la otra sostiene una copa de *champagne* que en este preciso instante se lleva a sus perfectos labios. Parece sereno, concentrado. Su cuerpo llama al mío a pesar de la distancia y sólo quiero correr y tirarme en sus brazos. Me da un miedo terrible pensar que, a pesar de todo lo que ha pasado, siempre me sentiré así.

—¿Le apetece bailar?

Sonrío nerviosa y fugaz, y aparto mi mirada de Ryan. Me doy cuenta de que la canción ha cambiado y ahora suena una versión de *Round Midnight*, de Thelonius Monk. Mills me tiende su mano y yo asiento. Espero que no se diese cuenta de a quién contemplaba ni cómo, aunque me temo que ha sido demasiado obvio.

Caminamos hasta la pista de baile y empezamos a bailar entre decenas de parejas que hacen lo mismo.

—Me sorprendió saber que ya no trabajaba en el Riley Group —comenta Mills—. Aún recuerdo cómo defendió la empresa la primera vez que nos vimos.

Sonrío aunque no me llega a los ojos. Yo también lo recuerdo. Alzo la cabeza y Harry tiene su mirada posada sobre la mía. Está esperando una respuesta.

—Todo se complicó —me limito a decir.

Él me sonríe con empatía y continuamos bailando.

—Maddie.

Esa palabra nos detiene pero, en lo que a mí respecta, creo que también consigue que deje de respirar. Harry Mills se separa de mí y se gira, dejando que un imponente Ryan tome el control de la situación. Sus ojos azules se clavan en los míos y las mariposas de mi estómago se revolucionan. De cerca es aún más guapo, pero también soy consciente de lo enfadado que está.

No dice nada más. Tampoco espera una respuesta por mi parte. Toma mi mano y con paso firme me guía entre las parejas que aún bailan lejos de Harry Mills y la pista de baile.

El corazón me late con fuerza y la respiración se me acelera desordenada y caótica.

Nos alejamos de la fiesta. Ryan camina cada vez más rápido y a mí cada vez me es más difícil seguirlo.

—Ryan —lo llamo, pero él me ignora—. Ryan, por favor —digo casi alzando la voz zafándome de su mano.

Ryan se vuelve. La furia apenas está contenida en su mirada. Clava sus ojos azules en los míos y por un momento me desarma. Se gira de nuevo y camina unos pasos cortos y nerviosos al tiempo que se pasa las manos por el pelo. Está intentando controlarse.

—¿Qué hacías bailando con Mills, Maddie? —pronuncia con la voz endurecida, realmente furioso, enfatizando cada palabra.

—¿A ti qué te importa?

Él no es el único que está enfadado.

—Vas a volverme loco —se queja casi en un grito.

—La culpa es tuya —protesto de igual forma.

Nos miramos directamente a los ojos. Los suyos azules destilan una rabia pura, sin endulzar, pero, por mucho que me intimide ahora, no pienso amedrentarme. No soy ningún animalillo asustado por mucho que él se empeñe en pensar lo contrario.

—Esto se acabó. Te vienes a casa conmigo —masculla dando por hecho que no tengo nada que decir al respecto.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —sentencio.

—Maddie —me reprende.

No me puedo creer que se esté comportando así.

—Ryan, tú me dejaste —replico a punto de gritar otra vez—. Tú lo estropeaste. Así que no puedes culparme por querer pensar las cosas ni puedes ponerte celoso. Es un privilegio que ya no tienes.

—Eres mía, Maddie —contesta con una seguridad aplastante.

—No, no lo soy.

Miento. Sí lo soy. Creo que lo seré hasta el fin de mis días.

Ryan da un paso hacia mí. Su mirada increíblemente endurecida una vez más se vuelve casi metálica.

—Claro que lo eres y vas a venir a Chelsea conmigo, aunque tenga que llevarte a rastras.

Sonrío nerviosa y escandalizada. Esto es el colmo.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba —me desafía—. Lo estoy deseando.

Y suena exactamente como la perfecta amenaza que es.

—No pienso ir...

Pero, antes de que pueda acabar la frase, Ryan se agacha, me toma por las caderas, me carga sobre su hombro y echa a andar.

—¡Ryan, estás loco! ¡Bájame!

Grito, pataleo y le golpeo con los puños, pero todo es inútil. Ryan atraviesa lo que queda de parque, sale a la calle y camina hasta el Audi A8. Finn está de pie junto al coche. Tengo la esperanza de que me salve. Esto no puede parecerle lógico.

Ryan se acerca a él, le quita las llaves de la mano y rodea el coche para llegar al asiento del copiloto. Finn nos observa pero no dice nada. ¡Es increíble! Yo alzo las manos en indignadísima señal de protesta. Me está secuestrando ante sus narices y no ha movido un solo dedo. Debe pagarle un sueldo enorme.

Ryan abre la puerta del copiloto, me sienta dentro y cierra de un sonoro portazo.

—No me lo puedo creer —farfullo.

Intento abrir la puerta, pero en ese mismo instante veo las luces parpadear y me doy cuenta de que ha echado los seguros.

¡Está loco! ¡Está completamente loco!

Vuelve a rodear el coche y toma asiento.

—¡Ryan, hablo en serio! —le grito en cuanto se monta—. ¡Déjame salir del maldito coche!

Haciendo oídos completamente sordos, arranca el vehículo y se incorpora al tráfico. La radio salta y suena *Crazy*, de Gnarlz Barkley. Sonrío con sorna para mis adentros. No podría haber una canción más apropiada.

En menos de quince minutos el coche entra en el garaje de Chelsea. Antes de que se detenga del todo, tiro de la manija y la puerta al fin se abre. Me bajo deprisa pero Ryan también lo hace. Me toma de la muñeca y me lleva contra el lateral del coche, acorralándome entre su cuerpo y la carrocería.

—Quiero marcharme —protesto furiosa—. No puedes retenerme aquí a la fuerza.

Ryan sonrío tosco y fugaz y apoya ambas manos en el techo del coche, atrapándome todavía más, haciendo que sus ojos azules oscurecidos de rabia y deseo estén aún más cerca de los míos.

—¿Tengo pinta de que me importe? —me dice con su voz más salvaje pero, para mi desgracia, también más sensual.

No desata nuestras miradas y mi respiración convulsa se acelera todavía más.

—Ryan, esto es una locura —musito.

Y de verdad lo pienso.

—¿El qué? —pregunta con su voz más sexy, atravesando la ínfima distancia que nos separa, haciendo que nuestros cuerpos se toquen.

—Todo —me apresuro a responder casi en un jadeo.

Ryan sonrío de esa manera tan sensual, sabe que ya estoy perdida, y me besa con fuerza, acelerado y salvaje. Me muerde el labio inferior si ninguna delicadeza y yo gimo en su boca.

Me toma en brazos, flexiona las rodillas y de un movimiento brusco me levanta sosteniéndome contra el coche, haciendo que su dura erección choque contra mi sexo.

Nuestras respiraciones se entrecortan y separan nuestros labios.

Ryan sumerge su mano en mi recogido. Tira de él para hacerme echar la cabeza hacia atrás hasta casi apoyarla en el techo del coche y tener libre acceso a mi cuerpo.

Apoya su nariz en mi cuello y va bajando hasta encontrarse con mis pechos. Aparta las copas de mi sujetador de encaje negro con la boca y, sin previo aviso, muerde mi pezón y tira de él.

Grito. Mi voz resuena en cada rincón del desierto parking.

Levanto la cabeza y mi mirada se encuentra con la suya azul, ardiente y llena de deseo. Me sonrío sin despegarse un ápice de mi piel y avanza por ella. Estrecho mis piernas alrededor de su cintura buscando otro de sus movimientos pero, en lugar de eso, Ryan aprieta mi trasero con fuerza hasta casi hacerme daño, consiguiendo que delire en la frontera entre el dolor y el placer y justo entonces muerde mi otro pezón.

Grito de nuevo. Más alto.

Se separa de mí y deja que mis pies vuelvan a tocar el suelo.

—Métete en el coche —gruñe con el deseo y la excitación brillando con fuerza en sus ojos azules.

Yo sé que debería decir que no, marcharme, pero ni quiero ni puedo hacerlo. Estoy repleta de placer, excitación y un deseo temerario y loco que suspira ardiente por cada caricia de Ryan.

Me meto en el coche y Ryan lo hace tras de mí. Me coge por la cintura y me sienta a horcajadas sobre él. Noto de nuevo su miembro duro pugnando por salir de sus pantalones.

Gimo.

Ryan me quita cada una de las horquillas del recogido y sumerge las manos en mi pelo, atrayéndome hacia él.

—Dios mío, no entiendo por qué no puedo mantenerme alejado de ti —susurra contra mis labios justo antes de volver a besarme apremiante y tosco.

Sus palabras me derriten por dentro. No quiero estar en ningún otro lugar ahora mismo.

Continúa besándome, baja sus manos por mis costados hasta mis rodillas y las desliza bajo mi vestido.

Comienzo a moverme en sugerentes círculos, buscando la fricción contra la poderosa erección que esconden sus pantalones.

Ryan llega hasta mis bragas y relía sus dedos en ellas.

Gimo más fuerte.

De un acertado tirón la tela se hace añicos contra mi piel.

Acelerada, busco su cinturón y lo desabrocho, y hago lo mismo con sus pantalones, liberando su fantástico miembro, que se yergue duro entre los dos.

Ryan me toma por la cintura y me obliga a levantarme. Me muerdo el labio inferior mientras le observo coger su potente polla y, despacio, guiarme con su mano anclada en mi cadera hasta sentirlo dentro de mí.

Me muerdo con más fuerza el labio.

Comienzo a moverme arriba y abajo, deslizándome sobre toda su longitud, dura como el acero.

Gimo.

Soy yo quien se mueve, pero son las manos de Ryan en mis caderas las que marcan el ritmo.

—Cielos... —jadeo.

Sigo moviéndome.

Ryan me estrecha aún más contra su cuerpo y pierde su boca en mi cuello. Me muerde.

Grito.

Cuando el dolor está a punto de ser demasiado intenso, lame el mismo lugar donde antes me ha enseñado los dientes y todo mi cuerpo se estremece.

—Otra vez —le pido en un susurro ahogado entre jadeos.

Ryan sonrío contra mi piel. Avanza por mi cuello dejando que su cálido aliento me impregne y vuelve a mordirme.

Vuelvo a gritar.

Vuelvo a sentir su lengua. Vuelvo a extasiarme en el mar de placer que ha creado para mí.

Mi cuerpo se tensa.

Me muevo más rápido. Subo y bajo con más intensidad. Ryan rodea mi cintura con sus brazos y me frena en seco. Protesto con un suspiro, pero entonces comienza a embestirme con fuerza, muy

rápido.

Grito enardecida. Es increíble.

Ryan bombea en mi interior una y otra vez. A cada estocada más rápido, más deliciosamente duro.

Grito, gimo.

Siento calor. Mucho calor. Cien grados de temperatura.

Aumenta el ritmo. ¡Es una locura!

Me corro. Grito. Me libero en un orgasmo atronador estrechándome contra su cuerpo, suplicándole porque continúe moviéndose. Pero, sorprendiéndome una vez más, libera mi cintura para cogerme por las caderas, me embiste con fuerza y me obliga a moverme adelante y atrás sin salir de mí.

La fricción me hace subir un escalón más en esta línea continua de placer.

—¡Joder! —grito.

Sonrío, casi río, llena de una euforia incontrolable mientras siento que mis músculos no van a sostenerme.

¡Es alucinante!

Ryan gruñe desde el fondo de su garganta. Sus antebrazos se tensan bajo mis manos. Sin previo aviso, me penetra brusco y con fuerza una sola vez.

Grito.

Mi cuerpo empieza a temblar.

Espera a que deje de convulsionarme y repite el movimiento llegando hasta donde nunca antes había llegado, haciéndome sentir que de verdad voy a partirme en dos.

Grito otra vez.

Y con la tercera embestida mi cuerpo se arremolina sobre el suyo y alcanzo un segundo orgasmo desesperado y arrollador que me llena de un placer inconmensurable, más aún cuando siento su miembro vaciarse en mi interior y sus labios pronuncian mi nombre con veneración.

Con la sonrisa en los labios, me dejo caer sobre Ryan y escondo mi cabeza en su cuello. Ha sido maravilloso.

Ryan sumerge su mano en mi pelo y me acaricia suavemente. Yo me acomodo aún más en su regazo.

—Quédate a dormir —susurra en mi oído.

Esa simple frase enciende todas las alarmas en el fondo de mi mente. No puedo, no debo, pero es lo único que quiero.

—Sí —musito incorporándome, mirándole directamente a los ojos, los ojos más bonito que he visto nunca.

Ryan me lleva de la mano camino de su habitación. Con la otra se desanuda la pajarita y se abre los primeros botones de la camisa.

De pie en el centro de la estancia, miro la cama y mi enmarañada mente me recuerda que esto no es una buena idea. ¿Qué pasará mañana? No hemos arreglado nada.

Ryan parece intuirlo, porque se acerca a mí.

—Deja de pensar, Maddie.

Sus ojos azules atrapan los míos de nuevo. Coloca su mano en mi cadera y me atrae hacia él hasta que su frente se apoya suavemente sobre la mía. Vuelvo a sentirme irremediabilmente tímida y nerviosa, absolutamente abrumada.

—No ha cambiado nada —susurro.

—¿Y eso qué importa? —contesta.

—Yo necesito que cambien las cosas, Ryan, que hables conmigo.

Alza su otra mano y acaricia mi labio inferior con su pulgar.

—Y yo necesito estar dentro de ti otra vez —responde sin asomo de duda.

Sin que pueda evitarlo, un gemido escapa de mi boca.

—Eso es juego sucio —musito.

—Lo sé —responde a escasos centímetros de mis labios justo antes de besarme de nuevo.

Por un momento sólo siento sus besos, su cálido aliento. Saben demasiado bien. Mi libido le está enseñando a mi sentido común la cuerda roja con la que piensa amordazarlo.

—Tengo que irme —murmuro.

Debo agarrarme a este último momento de lucidez o acabaré otra vez en su cama.

—No —susurra con su voz salvaje y masculina.

—Tengo que hacerlo.

Si me quedo, sólo me estaré comportando como la cría que cree que soy: gritándole que no quiere estar con él pero olvidándolo todo cada vez que me besa. Necesito urgentemente empezar a ser la adulta consecuente que en algún momento fui.

—No voy a dejar que te vayas.

—Ryan, tengo que irme.

Tengo que demostrar que tengo fuerza de voluntad y, sobre todo, tengo que demostrarle a él y a mí misma que cada una de las veces que he dicho que no podemos estar juntos porque necesito que hable conmigo son verdad y no un sinsentido lleno de inseguridad y dudas.

Su mano se pierde posesiva en mi nuca. Estoy a punto de caer.

—Ryan, por favor —le pido, casi le suplico.

Suspira brusco y retira lentamente su mano. Me mira a los ojos con los suyos increíblemente azules pero también furiosos, frustrados, tristes y finalmente da un paso hacia atrás, liberándome de su hechizo.

Algo me dice que debería marcharme antes de que cambie de opinión y decida retenerme en esta habitación. Los dos sabemos que no le costaría mucho.

Me obligo a mí misma a dejar de mirarlo y al fin me giro para salir de la habitación. Su imagen, guapísimo de esmoquin, con la pajarita cayéndole desanudada a ambos lados de su perfecta camisa blanca con los primeros botones desabrochados, va a martirizarme cada minuto de lo que queda de noche, lo sé. Así que más vale que lo que acabo de hacer tenga sentido y utilidad y tome una decisión de una maldita vez.

«Te odio, Maddie Parker.»

Ya somos dos.

Mientras camino por la 26 en busca de un taxi, a regañadientes me felicito por haberme ido. Debería estar muy orgullosa de mí por lo que he hecho. Tenemos demasiadas cosas de qué hablar y en una cama con Ryan no se habla. Tengo la lección bien aprendida.

«Más, Ryan, más, ¿no cuenta como hablar?»

Cuando llego a mi apartamento, ya son más de las cuatro de la madrugada. Voy directa hasta el frigorífico y cojo una botellita de agua. Al cerrarlo, el dibujo de Ryan aparece frente a mí. Le doy un trago al agua helada sin levantar la vista de la pequeña hoja de papel. ¿Por qué no puede ceder, hablar conmigo? Eso es lo único que le pido para volver con él, lo único que necesito, y tengo la sensación de que es lo único que no está dispuesto a darme.

Dejo la botellita con rabia sobre la encimera y me voy a la habitación. No pienso seguir martirizándome. Ahora mismo sólo quiero dormir unas diez horas y pasearme en pijama por mi apartamento otras diez. Me freno en seco y me llevo la mano a la frente. ¡Mañana es lunes! Tengo que trabajar. Mi vida es un asco, como una de esas malas películas de animales mutantes arrasando pequeños pueblos del Medio Oeste. Miro el reloj de la cocina. Al menos podré dormir casi tres horas. Podría ser peor.

Las tres horas me las paso mirando el techo. Sandy, mi vecina, está muy deprimida. Resulta que su novio la ha vuelto a engañar. Sigo sin saber si se llama Dylan o Dillon. Lloraba tanto que no he podido escuchar con claridad toda la conversación telefónica con su madre. Al final le ha dicho voz en grito que no hace falta que le repita que, si no hubiera dejado la carrera de Medicina, sus dos últimos novios no la habrían engañado. No he entendido muy bien la relación. Los médicos tienen una vida sentimental de lo más convulsa. ¿Acaso nunca ha visto *Anatomía de Grey*?

Cuando faltan unos minutos para la siete, me levanto y me doy una ducha rápida. Mientras pienso qué ponerme, enciendo la radio. Está sonando *Best day of my life*, de American Authors. Sonrío. Me viene de cine. Necesito energía positiva.

Al final me decido por mi vestido negro con lunares blancos. Me preocupa que haga más frío del que parece, así que me pongo mi chaqueta vaquera. Me recojo el pelo, me maquillo y me llevo una manzana para desayunar en el metro.

Menos de veinte minutos después estoy atravesando el vestíbulo del hotel St. Regis.

Las dos primeras reuniones son increíblemente aburridas. Son con promotores inmobiliarios que quieren convencer al señor Mills de que participe en sus proyectos. Desde la primera palabra que pronuncian está claro que Harry Mills nunca aceptará. Yo sonrío con sorna mentalmente. Parece que quieren la figura del arquitecto para promocionar y dar buena imagen a sus edificios, pero no se han molestado en comprobar que las suyas son precisamente la clase de construcciones contra las que Mills lucha.

Antes de la tercera reunión hacemos un pequeño descanso. Le preparo un café al señor Mills y llamo a recepción para asegurarme de que tendrá el coche listo para ir a su almuerzo con un periodista del *Times*.

No he hecho más que colgar el teléfono cuando llaman a la puerta. Debe ser la tercera reunión. Dejo unas carpetas sobre la mesita de centro y voy hasta la puerta mientras me aliso el vestido. Abro y alzo la cabeza. Creo que he dejado de respirar.

—¿Maddie? —murmura Ryan sorprendido.

Me mira confuso, atónito, pero también muy enfadado, como si no pudiera acabar de procesar que yo esté en una habitación de hotel con Harry Mills.

—El señor Mills les esperaba —me apresuro a decir intentando que la voz no me falle.

La mirada de Ryan se recrudece. Todas las piezas acaban de encajarle y el resultado no le ha gustado lo más mínimo. Yo decido apartar mi mirada de la suya. Estoy demasiado nerviosa.

Les hago una señal para que me sigan, giro sobre mis talones y comienzo a caminar rezando para que las piernas me respondan.

Al vernos entrar, Harry Mills se levanta y se acerca a Ryan y a los otros dos ejecutivos de la constructora con una sonrisa.

—Encantado de volver a verlo, señor Riley —le saluda tendiéndole la mano.

Ryan entonces levanta sus ojos de mí y estrecha la mano de Mills a la vez que le dedica su sonrisa de director ejecutivo, sólo que esta vez parece aún más dura. Está enfadado con él, conmigo. Ahora mismo está cabreado con el mundo.

Mientras Mills saluda a los otros dos hombres y sonrío escuchando cómo se deshacen en elogios por él, Ryan vuelve a clavar sus ojos azules en los míos. Soy plenamente consciente de que ahora mismo lo único que quiere hacer es cargarme otra vez sobre su hombro y sacarme a rastras de aquí.

Cada vez me siento más nerviosa. No sabía que Ryan vendría y lo cierto es que no tengo ni la más remota idea de qué hacer.

—Les traeré un café —pongo como excusa para salir de la habitación.

Noto la mirada de Ryan llena de rabia sobre mí hasta que desaparezco de la estancia.

Me encierro en la lujosa cocina de la *suite*. ¿Qué hago ahora? ¿Qué demonios hago ahora? Suspiro hondo y cojo la lata de café italiano del armario. Lo primero es tranquilizarse. No estoy haciendo nada malo. Sólo estoy trabajando. Además, si trabajo para Mills es precisamente porque Ryan se encargó de que ya no pudiera seguir haciéndolo para Roy. Reafirmo mis pensamientos asintiendo con la cabeza a la vez que cargo la cafetera. Todo esto es culpa suya. Él rompió conmigo. Él es quien no es capaz de ceder y confiar en mí. Él hizo que me despidieran. Vuelvo a estar enfadada. Maldita sea, vivo en una montaña rusa llena de sexo, autoengaño e ira contenida.

En ese mismo momento la puerta se abre. Ryan entra como un ciclón y cierra tras de sí.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunta con la voz tremendamente endurecida.

—Estoy trabajando —respondo como si fuera obvio.

—Maddie, no voy a permitir que trabajes para Mills.

¿Qué? ¿Cómo puede ser tan arrogante? Trabajaré para quien yo quiera.

—Pues haberlo pensando mejor antes de hacer que Roy me despidiera —replico llena de rabia.

—Maddie —me reprende.

Suspiro exasperada. ¡Soy yo quien lleva la razón aquí!

—Ryan, es mi trabajo —continúo enfadada— y de aquí no puedes sacarme a rastras.

—¿De verdad crees que no? —me espeta desafiante.

No puede ser verdad. ¡Está loco!

—Eres el director ejecutivo de una empresa —intento razonar con él—, estás es una reunión de negocios y yo soy la secretaria de Mills. No puedes hacerlo.

—Maddie, me importa bastante poco lo que se suponga que puedo hacer o no.

¿Cómo puede ser tan testarudo? Es la persona más frustrante que he conocido en toda mi vida.

—Ryan, por favor —le pido casi alzando la voz. Tiene que entenderlo de una maldita vez—. No puedes comportarte así.

Ryan atraviesa la distancia que nos separa y, sin mediar palabra, toma mi cara entre sus manos y me besa. Maldita sea, no quiero que lo haga, pero irremediablemente me rindo a él. No podría dejar de desearlo ni aunque me fuera la vida en ello.

—Ponle una excusa a Mills y espérame en el vestíbulo.

Sin esperar respuesta, Ryan sale de la pequeña habitación dejándome petrificada. Suspiro hondo. Todo esto es una locura.

Salgo de la cocina y ando con paso titubeante hasta el salón.

Nada más entrar siento la mirada de Ryan, que está sentado en el elegante sofá color crema, clavarse en mí. De reojo veo su mandíbula apretada, su expresión tensa. La rabia y la inquietud se escapan de cada centímetro de su piel.

Camino nerviosa hasta Mills. El corazón me late desbocado.

—Señor Mills —lo llamo intentando que mi voz suene serena—, tengo un asunto muy importante que resolver y, como ésta es la última reunión, me preguntaba si podría marcharme ya.

—Claro —responde levantándose.

Me sonrío y yo le devuelvo el gesto por acto reflejo, aunque no me llega a los ojos. Estoy nerviosa, abrumada. Mi respiración está acelerada y todo en lo que puedo pensar ahora mismo es en Ryan.

—El coche le recogerá abajo para llevarle a comer —le recuerdo alejándome unos pasos.

Ryan continúa observándome sin ningún disimulo. Mills me sigue y toma mi mano entre las suyas, un gesto que me sorprende. Automáticamente la expresión de Ryan se recrudece. Temo que vaya a explotar en cualquier momento.

—Espero que no sea nada —me dice con una voz llena de empatía.

—¿El qué? —pregunto confusa.

Aún no me ha soltado la mano. La expresión de Ryan luce tensísima y su mirada metálica le delata aún más.

—Su asunto —me clara.

Yo sonrío nerviosa, tiro suavemente de mi mano y Mills me suelta.

—No se preocupe. Estoy segura de ello.

Ryan suspira brusco y finge colocarse bien la chaqueta. Nunca deja de sorprenderme su autocontrol. Juraría que al menos ha tenido ganas de levantarse y partirle la cara a Mills una docena de veces.

—Adiós, señor Riley —me despido cuando paso junto al sofá camino de la puerta.

—Adiós, señorita Parker.

Al fin salgo de la habitación. Camino nerviosa hasta el ascensor y, cuando las puertas de acero se cierran, suspiro con fuerza y me doy cuenta de que prácticamente he estado conteniendo la respiración desde que Mills me cogió la mano.

Salgo al vestíbulo con el paso titubeante. Esto es ridículo y absolutamente irracional. ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué le estoy esperando? Ahora mismo debería salir corriendo y no mirar atrás. Ryan no es bueno para mí. ¿Cuándo voy a asumirlo?

Al fondo de la sala hay un majestuoso piano de cola negro con la tapa levantada. La música que una chica toca en él me llama la atención de inmediato. Es una melodía suave y preciosa, pero también muy intensa.

Tardo en comprenderlo, pero me doy cuenta de que ya he escuchado antes esa canción. Es la misma que sonaba en la habitación de hotel de Ryan en Santa Helena, la que no dejaba de repetir la palabra *mía*. En ese preciso instante oigo el timbre que anuncia que las puertas del ascensor van a abrirse.

Me giro y todo mi cuerpo se enciende cuando el elevador termina de abrirse y lo veo.

Inmediatamente sus ojos azules atrapan los míos. Se acerca con el paso seguro, irradiando toda esa confianza. Yo permanezco inmóvil, observándolo. Ryan me toma de la mano y ese simple contacto me revoluciona. Intentar controlar mi respiración o el latido de mi corazón actualmente es una empresa inútil. Sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, consigo soltarme de su contacto. Lo hago despacio, casi agónicamente. Mi cuerpo traidor no quiere separarse del suyo.

—Ryan solo he aceptado bajar para que no montaras un espectáculo, pero no voy a irme contigo.

La canción continúa sonando. Es tan suave que cala en el ambiente y se mezcla con la electricidad que siempre nos rodea.

—No puedo irme contigo —sentencio con la voz entrecortada.

Creo que es lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

Ryan no dice nada, ni siquiera me obliga a alzar la mirada. Su mano sube despacio y acaricia fugaz mi cadera. Yo suspiro bajito. ¿Nunca voy a dejar de echarlo de menos?

Ryan esconde la otra mano en mi pelo, se inclina sobre mí y busca mis labios con los suyos. Va a besarme, pero no lo hace. Solo se queda muy cerca, torturándome con su olor, con la promesa de su sabor.

—Nena, solo estamos tu y yo.

Sus palabras me atraviesan. Alzo la cabeza y con los ojos cerrados dejo que Ryan atrape mis labios. Cuando él está cerca, todo es demasiado intenso.

Vuelve a tomar mi mano y me guía fuera del hotel hasta el Audi. Finn abre la puerta y nos acomodamos en la parte trasera. Ryan sigue cogiendo mi mano, ahora apoyada en la elegante tapicería gris.

Avanzamos por el tráfico de Manhattan en silencio. Ryan acaricia mis nudillos con su pulgar y, a pesar de todo, el sentir su mano contra la mía me relaja.

El coche se detiene, Finn me abre la puerta y, cuando me bajo, no puedo evitar lanzar un suspiro sorprendido. Estamos frente al hotel Carlyle. Sencillamente no puedo creerlo.

Ryan vuelve a tomarme de la mano y atravesamos el *hall*. El mismo hombre nos espera junto a los ascensores.

—Bienvenido al Carlyle, señor Riley.

Él le hace un imperceptible gesto con la cabeza y el director del hotel marca un código en una pequeña consola. Inmediatamente las puertas del ascensor se abren.

Una deliciosa electricidad toma cada centímetro de aire en cuanto nos quedamos solos. Todo lo demás ha dejado de existir.

Ryan alza la mano y me acaricia la mejilla.

—Maddie —me llama en un susurro ronco y sensual y en ese preciso instante me doy cuenta de que mi nombre es su mantra como para mí el suyo.

Suspiro y sonrío, todo a la vez.

El ascensor se abre en la última planta. Ryan me lleva hasta la *suite* y, cuando pongo un pie en ella, sonrío de nuevo porque puedo sentir el *champagne* rosado en mi piel, las cadenas de oro resonando sobre mi cuerpo, sus manos recorriéndome entera.

Ryan cierra la puerta y el sonido me saca de mi ensoñación. Me giro y lo observo contemplándome con los ojos llenos de un deseo infinito, cegador, hambrientos de mí y de mi cuerpo como yo me siento por él.

Irradiando una vez más toda esa seguridad y ese magnetismo tan sensual, destruye la distancia que nos separa y hunde su mano en mi pelo.

Me besa ardiente, salvaje.

—Ryan —susurro contra sus labios.

Él sonrío contra los míos y me besa aún más apremiante.

Sin separarse un ápice de mí, me hace caminar hasta la cama y nos deja caer en ella.

Alza la cabeza y sus ojos azules me observan desde lo alto.

—Vamos a ir muy despacio —me advierte—. Quiero disfrutar de ti.

Sonrío con la respiración envuelta en jadeos.

Me besa de nuevo mientras una de sus manos se pasea por mi costado y se pierde bajo mi vestido.

Agarro con fuerza las solapas de su chaqueta gris marengo y lo atraigo hacia mí. Ahora mismo sólo quiero sentirlo cerca.

Su mano sigue avanzando bajo mi vestido y comienza a acariciar mis bragas.

Me deshago de su chaqueta y de su corbata. Sonrío y dejo que mis dedos jueguen con los botones de su camisa. Ryan muerde mi labio inferior y tira de él cuando le desabrocho el primero.

Gimo y él desliza su mano peligrosamente bajo mi ropa interior.

Continúo mi camino. Un botón más.

Llega hasta mi vello púbico y tira suavemente de él, haciéndome gemir de nuevo. Estoy en el paraíso.

Otro botón.

—Quiero verte desnuda —dice exigente a la vez que se incorpora lo suficiente para tomar el bajo de mi vestido y sacármelo por la cabeza.

Entreabre sus labios y deja escapar un leve gemido mientras sus ojos me recorren entera. Me acaricia las piernas, araña suavemente mis muslos y llega hasta la tela de mis bragas.

Yo suspiro con fuerza y él me dedica su media sonrisa justo antes de bajármelas muy despacio.

Ya estoy casi desnuda para él. Alza la mano y acaricia mi estómago lento y torturador.

Mi cuerpo se arquea.

Gimo excitada por toda la sensualidad que está creando.

Ryan sonrío. Avanza sobre mí y se deshace de mi sujetador.

Deja que el peso de su cuerpo vuelva a caer sobre el mío a la vez que me contempla con una sonrisa satisfecha.

Suspiro excitada, llena de deseo y placer anticipado. Vuelvo a estar desnuda bajo él, que sigue completamente vestido, y me parece la situación más excitante del mundo. Un ejemplo más del control que tiene sobre mí, de quién manda en esta cama y en cualquier otra cama, pared o escalera donde nos encontremos. Nunca imaginé que me gustaría sentirme así, pero saber que mi cuerpo le pertenece me hace sentirme sexy, desinhibida y llena de placer.

Ryan baja su mano por mi costado una vez más. Sin dejar de observarme, desliza dos de sus dedos en mi sexo.

Gimo y el sonido que escapa de mis labios se entremezcla con un gruñido que atraviesa la garganta de Ryan.

—Siempre estás preparada para mí, nena.

—Sólo para ti —susurro con la voz llena de un deseo apabullante.

Mi frase hace que el deseo brille con una fuerza desgarradora en el azul de sus ojos mientras nuestras respiraciones jadeantes inundan la habitación. Se abalanza sobre mí y me besa acelerado, brusco, y yo le recibo encantada.

Termina de desabotonarse la camisa e impaciente se deshace de ella.

Le desabrocho los pantalones y con su ayuda se los bajo a la vez que los bóxers, hasta que caen

al suelo junto a mi vestido.

Ryan se recoloca entre mis piernas y de un solo movimiento hosco y lleno de placer entra en mí.

Grito colmada por él.

Echo la cabeza atrás y todo mi cuerpo se arquea.

Ryan comienza a moverse sin piedad. Entra y sale de mí, embistiéndome, llegando más profundo cada vez.

Grito.

Deslizo las manos desesperada por las sábanas de algodón egipcio de mil hilos intentando encontrar algo a lo que agarrarme.

Enrosco mis piernas a su cintura y Ryan responde aumentando el ritmo.

Toma mi pecho con su boca. Endurece aún más mi pezón entre sus labios y tira de él, enseñándome sus dientes en el momento justo.

Mi cuerpo se tensa lleno de placer, de aún más placer.

Siento un calor delirante. Cierro los ojos. Mi piel arde.

Ryan me embiste una vez más y caigo por un maravilloso precipicio lleno del placer más inconmensurable, delicioso y auténtico que he sentido en toda mi vida.

—Ryan —susurro extasiada.

Abro los ojos y los suyos y su sexy sonrisa me están esperando para decirme que esto aún no ha acabado.

Sonríó en mitad de este delirio de placer. Sólo ha necesitado mirarme para que mi cuerpo se reactivara otra vez.

Flexiona mis rodillas, se recoloca entre mis piernas y me penetra con fuerza, dejando que su polla salga casi entera para entrar brusco, duro, haciéndome consciente de cada centímetro de piel que atraviesa.

Grito. No está teniendo piedad.

Su fuerza aumenta. Extasiada, alzo las caderas y las acompaso con sus movimientos.

Gruñe.

Mi placer crece.

Más fuerte. Más rápido.

Todo mi cuerpo se arquea.

Ryan me empotra contra el colchón de una sola embestida.

—¡Dios! —grito con la respiración caótica.

Esto es demasiado.

Él sonrío provocador y desliza su mano entre los dos. Me acaricia certero, sólo una vez, y mi cuerpo se arremolina lleno de placer bajo el suyo.

Sonríe de nuevo. Siento sus dedos. Efímeros. Sólo un momento. Maldito bastardo.

Echo la cabeza hacia atrás intentado asimilar todo el placer para intentar tener un mínimo control sobre mi cuerpo, pero no puedo.

Su sonrisa se ensancha. Está disfrutando viendo mis vanos esfuerzos.

—Pídeme que haga que te corras —susurra sensual y arrogante en mi oído.

Abro los ojos como platos. Quiero protestar, mandarlo al cuerno, incluso abofetearlo, pero el placer apenas contenido en mi vientre tiene otros planes para mí.

Ryan sale despacio, casi entero, y me penetra con fuerza, lento, despiadado.

Todo mi cuerpo se sacude. Tiro de las sábanas retorcidas entre mis dedos.

Joder, se le da demasiado bien.

—Ryan —murmuro entre jadeos.

—Pídemelo —susurra con su voz grave.

Me muerde el lóbulo de la oreja suavemente y me embiste torturador otra vez.

Cielos, es irresistible.

—Haz que me corra, por favor —claudico.

—Buena chica —me dice con una sonrisa triunfal al tiempo que ancla su mano en mi cadera.

Sin dejar de acariciarme comienza a embestirme como sólo él sabe hacerlo, delirante, delicioso, brusco y profundo a la vez, absolutamente enloquecedor.

Siento que voy a romperme, a partirme en dos bajo su cuerpo y su mágico miembro.

Vuelve a penetrarme. Mi cuerpo se tensa. El suyo también. Rota sus caderas. Deliro. Esto es el cielo. Me embiste. Dios... y los dos caemos en un clímax arrollador que me llena de placer, euforia y luz por segunda y maravillosa vez.

Ryan se deja caer jadeante y exhausto a mi lado. Yo, con una boba sonrisa en los labios, soy incapaz de mantener los ojos abiertos. Busca mi mano con la suya y la aprieta con fuerza. Mi sonrisa se ensancha y, sin más, caigo en un profundo y relajante sueño.

Me despierto pero me niego a abrir los ojos. Sonrío como una tonta al sentir los brazos de Ryan rodeándome mientras su respiración pausada y serena hace que su pecho se estreche contra mi espalda una y otra vez.

Ha sido fantástico, pero al final han sido sus reglas otra vez. Ha conseguido que saliera del ático de Mills sólo porque estaba celoso, igual que me sacó a rastras de la fiesta del parque. No puedo olvidarme de todo eso sin más.

«Pues olvidarlo el tiempo justo de bajarte las bragas no es mucho mejor.»

Me pongo los ojos en blanco y, desoyendo lo que cada parte de mi cuerpo traidor suplica, salgo de la cama con cuidado de no despertar a Ryan.

Todo está en silencio. Camino del salón cojo su camisa del suelo y me la pongo. ¿Qué demonios voy a hacer? Todo esto se me está yendo de las manos. Pensé que sería capaz de controlarlo, el estar en Nueva York, verlo, pero no es así.

Además, estoy cansada de todo este sinsentido. Quiero estar enfadada con él o simplemente alejarme para poder pensar y siempre acabo cayendo. No tengo un solo gramo de fuerza de voluntad en lo que a Ryan concierne. Diablos, si hasta este discurso revolucionario a lo Pancho Villa del sexo lo estoy dando sin bragas y con su camisa a medida puesta. ¿Qué clase de persona soy?

«Una muy enamorada del chico equivocado.»

Sin quererlo, recuerdo las palabras de Lauren: «... pensarás que eres feliz, pero entonces tendrás que regresar a Nueva York y un día lo verás y él estará jodidamente guapo». Parafraseando la situación, ha ocurrido exactamente así. He intentado controlar algo que es delirante, kamikaze y loco. El perro de Pávlov multiplicado por mil. Ahora mismo mi comportamiento aprendido está durmiendo en la cama.

Suspiro con fuerza. Es hora de ponerle solución a todo esto.

Miro a mi alrededor y me siento al escritorio frente al ordenador. Muevo el ratón y la pantalla se enciende. No puedo evitar sonreír fugaz. La dedicación al cliente en esta clase de *suites* es abrumador. «Ni siquiera tendrá que molestarse en encender el ordenador, nosotros lo haremos por usted.»

Me paso al menos cinco minutos mirando la pantalla, reuniendo el valor suficiente para hacer lo que sé que tengo que hacer. Finalmente abro el navegador y unos segundos después estoy en la página de American Airlines comprando un billete para Carolina del Sur.

Resoplo. Es lo mejor para mí; en realidad, mi única opción con un poco de sentido común.

Clico en «Aceptar» y el localizador de mi vuelo aparece en la pantalla. Mañana a esta hora estaré montada en un avión. «Es lo mejor para mí», me repito. Y aunque es lo último que quiero hacer, me siento mucho más serena de lo que pensé que estaría.

Oigo el móvil de Ryan sonar en la habitación. Todo mi cuerpo se tensa y pienso en salir corriendo, pero no quiero que ése sea el último recuerdo que tenga de mí. Además, mi bolso y mi ropa están en ese cuarto.

A los minutos la puerta se abre y Ryan sale. Involuntariamente toda mi atención se centra en su tonificado torso, en cómo le caen los pantalones sobre las caderas, en sus pies descalzos.

Se detiene en el otro extremo de la habitación y me mira directamente a los ojos. Yo suspiro con fuerza. Es una visión demasiado embriagadora.

—¿Has comprado un billete a Carolina del Sur? —pregunta con esa voz tan amenazadoramente suave.

Me descoloca. ¿Cómo lo sabe? Es imposible. Apenas hace unos minutos que lo he comprado.

No sé qué contestar, pero entonces una idea cruza mi mente y un poderoso enfado me asola como un ciclón.

—¿Has estado controlando mi cuenta bancaria?

No contesta y sé que eso es un sí.

—¿Qué has hecho? —pregunto arisca—. ¿Has sobornado al director de mi sucursal o algo parecido?

Estoy indignadísima. ¿Cómo ha podido atreverse?

—Sólo quería asegurarme de que tenías dinero. —Su tono es exigente y está lleno de rabia.

—Y también te avisan de todas mis compras —replico llena de desdén.

—Maddie —me reprende.

—¿Cómo has sido capaz?

—¿Vas a marcharte? —inquire ignorando mi pregunta.

Ahora soy yo la que no contesta. No quiero hacerlo.

—Contéstame.

Sigo en silencio. No pienso hablar con él. Total, puede averiguar cada maldita cosa que haga por su cuenta.

—¡Maldita sea, Maddie! ¡Contéstame! —me grita furioso.

—¡Sí! He comprado ese billete y sí, voy a marcharme porque necesito alejarme de ti.

Su mirada se endurece. Sigue furioso pero también parece frustrado, dolido, triste.

—No vas a irte —sentencia sin asomo de duda.

—Tengo que hacerlo.

E involuntariamente mi voz se ha llenado de súplica, como si le estuviese pidiendo que me dejase marchar.

—No, no lo harás.

Suena muy convencido, pero también está inquieto, nervioso.

—Ryan, no puedo quedarme —intento hacerle comprender—. ¿No lo entiendes? No puedo estar aquí. No puedo seguir viéndote.

Una solitaria lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rabia con el reverso de la mano. No voy a llorar delante de él.

—Tienes que entenderlo de una maldita vez —le suplico exasperada.

—No puedo —responde casi alzando la voz.

—¿Por qué?

Ryan no contesta. No puede ser. No puede quedarse callado ahora.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar. Sigue en silencio con sus ojos clavados en los míos—. ¿Por qué? —replico cansada y dolida casi en un grito.

—¡Porque te quiero!

Sus palabras salen llenas de rabia, como si le torturaran, como si le frustrara y enfadara sentir algo así por una persona.

Nos miramos a los ojos. Los suyos azules brillan con más fuerza que nunca. Estoy conmocionada, feliz, asustada. Ha dicho lo único que podía hacer que me lo replantease todo otra vez.

—Ryan, no —musito intentando contener las lágrimas a la vez que aparto mi mirada de la suya.

Ryan atraviesa la distancia que nos separa pero cuando intenta tocarme le empujo. Estoy demasiado enfadada. Estoy furiosa por todo lo que ha pasado, porque no me deje seguir enfadada, porque haya hecho que me despidan porque no confiara en mí y diera por hecho que le había traicionado.

Ryan suspira brusco. Sin levantar sus ojos azules de los míos toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Yo le empujo de nuevo y doy un paso hacia atrás, pero él lo da conmigo y evita que nos separemos. Me besa con más intensidad pero yo sigo luchando. Lo he pasado demasiado mal. Coloco mis manos sobre sus antebrazos tratando de apartarlo pero él no se mueve.

—Te quiero —susurra de nuevo contra mis labios—. Te quiero, Maddie.

Me besa de nuevo y noto como me rindo, como todo lo que le echo de menos pesa más que cuanto le odio, que el miedo que tengo de volver a sufrir.

Al fin hago lo que me muero de ganas por hacer y le devuelvo los besos. Sonrío contra sus labios y Ryan me la devuelve sin separarnos un solo centímetro, sin dejar de acunar mi cara entre sus manos.

Me lleva hasta la habitación y me sienta sobre la cama mientras él se inclina sobre mí hasta quedar prácticamente de rodillas sobre el colchón.

Me desabrocha su camisa sin dejar de besarme y yo no quiero por nada del mundo que lo haga. Sin embargo, en ese preciso instante se separa lo suficiente para que sus ojos azules encuentren los míos.

—Se acabó —susurra salvaje y sensual a escasos centímetros de mis labios—. Todo esto se acabó. Estamos juntos y nada ni nadie va a poder apartarte de mí.

Antes de que pueda contestar, se abalanza de nuevo sobre mí y me tumba en la cama. Sabe que mi respuesta es un inmenso y esperanzado sí.

Se abre paso entre mis piernas y yo le recibo encantada. Me quiere. No necesito saber nada más.

Comienzo a reírme feliz, algo totalmente involuntario. Ryan se gira, apoya el codo en el colchón y deja su cabeza descansar sobre su mano.

—Me encanta oírte reír.

Sus palabras me hacen volver la cabeza y sus ojos azules me atrapan de inmediato. Me siento

feliz, tanto que estoy a punto de ruborizarme y, tímida, me llevo el reverso de la mano a los labios.

—Y podría follarte otra vez ahora mismo —sentencia.

—¿Y qué te impide hacerlo? —le reto.

Ryan me sonrío sexy y en un rápido movimiento se coloca sobre mí y me inmoviliza las manos con las suyas por encima de la cabeza.

—Parece que alguien me ha echado de menos —comenta socarrón.

—Mucho —respondo sin dudar.

Ryan mueve las caderas y gimo al notar una vez más su miembro duro acariciar mi sexo.

—Pero acabo de recordar que te dije que suplicarías —me dice arrogante, separándose y evitando cualquier tipo de fricción.

Abro los ojos como platos. No puede estar hablando en serio. Ryan sonrío presuntuoso. Intento rectificar mi reacción pero es demasiado tarde.

—No serás capaz —replico—. Además, tú también me has echado de menos —susurro con la voz más sensual que soy capaz de esgrimir mientras alzo las caderas lo suficiente para que volvamos a encontrarnos.

Ryan se humedece los labios rápido y fugaz y se inclina despacio hasta que está peligrosamente cerca de mí.

—Pero tú te has ganado un castigo, nena, y pienso disfrutarlo.

Suspiro excitadísima. Ryan se levanta de golpe con una insolente y sexy sonrisa en los labios. Es perfectamente consciente de lo que acaba de provocar en mí con esas once palabras.

—He decidido que voy a trabajar un poco —me anuncia como si nada, gloriosamente desnudo.

—¿Qué?

Por un momento he perdido el hilo.

Coge los bóxers y los pantalones y se los pone. Se los ajusta dando un par de saltitos y finalmente se los abrocha. Todo bajo mi atenta mirada. Un suspiro esperanzado se escapa de mis labios. El bastardo no podría ser más atractivo.

Dispuesta a truncar sus planes, avanzo hasta el borde de la cama y cojo su camisa justo antes de que él lo haga. Ahora es Ryan quien observa mientras me la pongo y me siento apoyándome en el cabecero.

—Si la quieres, vas a tener que quitármela —comento con una espero que sexy sonrisa.

Ryan luce su media sonrisa, se saca el móvil del bolsillo del pantalón y desliza su dedo por la pantalla.

—Un traje. Al Carlyle —ordena sin levantar sus ojos de mí.

Acabo de perder mi única arma.

Cuelga y vuelve a guardarse el iPhone. Está a los pies de la cama, observándome. Yo me muerdo el labio absolutamente a propósito, intentando provocarlo, y estiro lentamente una de mis piernas sobre la cama dejando que su camisa abierta haga el resto.

Ryan ensancha su sonrisa y, volviéndola aún más arrogante, se gira despacio y camina hacia la puerta.

—Ryan —lo llamo gimoteando como una niña.

—Ése es tu castigo, Maddie. Saber que estoy a una habitación de distancia y no voy a tocarte.

Cierra la puerta y yo me dejo caer contra el colchón. Odio su maldito autocontrol.

Poco después suena la puerta. Doy por hecho que es Finn con uno de esos fantásticos trajes de corte italiano, una camisa blanca impoluta y una corbata delgada y elegante. Suspiro. Aún no lo he visto y ya sé que estará guapísimo.

Unos minutos más tarde vuelvo a oír la puerta principal. Sorprendida, me levanto sigilosa y me acerco a la puerta cerrada del dormitorio. Agudizo el oído y distingo tres voces masculinas además de la Ryan. Una es la del señor Miller. ¡Realmente piensa ponerse a trabajar! Qué demonios. Acaba de montar una reunión de ejecutivos en toda regla.

Refunfuñando, vuelvo a la cama. Pensé que me haría sufrir unos minutos y entraría triunfal, dispuesto a echarme el polvo de mi vida, pero está claro que no. Sin embargo, yo también puedo castigarlo a él. Asiento al malévolos plan que se me acaba de ocurrir. «Sí, Parker, puedes hacerlo», me animo.

Me levanto otra vez y cojo mi bolso. Por suerte en mitad de la pasión desenfadada cayó aquí y no en el salón. Saco mi iPhone y vuelvo a la cama. Me arrodillo en mitad del colchón y me hago una foto. Miro el resultado. Ha quedado de lo más sugerente. No se me ve la cara, sólo del cuello al ombligo. Mi sujetador asoma tras su camisa abierta. Sonrío. Es una foto muy sexy. Pulso enviar.

Instantáneamente oigo el sonido de mensaje entrante en su móvil a través de la puerta. Ryan está hablando pero de pronto se detiene, tartamudea mínimamente y, tras unos segundos, continúa su discurso. Alzo las manos victoriosa. ¡Ha perdido el hilo!

Echo la cabeza hacia delante, sacudo varias veces el pelo para que me quede indómito y salvaje y me hago otra foto. Esta vez de mis dedos enrollados en una de mis ondas castañas en la delicada frontera que marca el sujetador. La envié.

Sonrío pletórica. Ha causado el mismo efecto.

Me tumbo en la cama y apoyo las piernas contra la pared. Siguiendo foto.

Deslizo mi mano por mi estómago y dejo que mis dedos descansen junto a mi ombligo, cerca de mi ropa interior. Siguiendo foto.

Bajo aún más y mi mano se pierde bajo la tela. Siguiendo foto.

Suspiro con fuerza. Mi mano se desliza en mi sexo, pero quiero que su imaginación vuele libre como lo está haciendo ahora mismo la mía pensando que es él quien me toca, y subo el móvil para que fotografíe mi pecho subiendo y bajando frenéticamente por culpa de mi respiración acelerada. Siguiendo foto.

Me parece oír la puerta principal.

Bajo las piernas de la pared y me acomodo casi en el centro de la cama. Mi melena se dispersa por el colchón. Siguiendo foto.

La puerta de la habitación se abre de golpe. El sonido me sobrecoge y me detengo.

—No pares. —La voz de Ryan está impregnada de deseo.

Su mirada oscurecida, brillante de lujuria, salvaje, hace que toda mi excitación y mi placer aumenten aún más.

Despacio, vuelvo a deslizar mis dedos bajo la tela y me acaricio de nuevo.

Gimo bajito y Ryan gruñe desde el fondo de su garganta.

Se acerca con paso lento y cadencioso hasta la cama y me quita el móvil de la mano. Se arrodilla sobre el colchón haciendo que mis piernas queden entre las suyas y fotografía mi mano moviéndose bajo la tela de mis bragas.

Gimo al sentirme observada por él.

Esto es muy excitante.

Alza su otra mano y la coloca entre mis pechos, sintiendo mi respiración a través de mi piel. Siguiendo foto.

Vuelvo a gemir.

Ryan acerca la cámara y enfoca mis labios entreabiertos intentando controlar el deseo y el placer que me recorren ahora mismo. Siguiendo foto.

Deja mi iPhone sobre la cama y baja su mano por mi estómago hasta llegar a mis bragas. Lentamente las desliza por mis piernas dejando mis dedos y todo el placer que me están provocando al descubierto.

Su mirada se vuelve más oscura, con el deseo a punto de estallar en ella. Se agacha despacio y me besa en la cadera.

Cierro los ojos y gimo al sentir sus labios sobre mi piel.

Ryan continúa su camino. Me besa hasta llegar a mi ombligo y sin despegarse de mi piel me dedica su perturbadora mirada. Esos ojos azules son los más seductores que he visto en mi vida.

Suspiro largo y profundo intentando controlar todo este placer.

Siento su sonrisa justo antes de besar cada dedo que me acaricia. Me mira y automáticamente sé que quiere que me detenga, que le deje continuar a él, y así lo hago.

Ryan deja un reguero de besos por todo mi sexo justo antes de tomar mi clítoris entre sus dientes y tirar con fuerza de él.

Gimo.

Todo mi cuerpo se arquea.

Abro más las piernas y comienza a besarme, a deslizar su lengua por mi parte más secreta, a jugar con ella.

Siento un placer inconmensurable.

Cojo el móvil casi sin saber por qué, guiada por el instinto de querer que todo esto dure lo máximo posible, y le fotografío. Una foto sexy, sensual, que sólo deja ver una cabeza de pelo castaño claro casi rubio entre dos piernas llenas de placer.

Gimo de nuevo.

Tengo que hacer un titánico esfuerzo por mantener el móvil entre mis manos. Esto es maravilloso.

Ryan se yergue triunfal y, arrodillado entre mis piernas, endiabladamente atractivo, se quita la camisa.

Toda mi atención se centra en el delicioso músculo que nace en su cadera y continúa tonificado y tentador tras los pantalones. Siguiendo foto.

Se deshace de sus pantalones y sin apartar sus ojos azules de los míos verdes vuelve a embestirme, regresando a mi interior, al sitio que siempre lo echa de menos.

Jadeamos casi al unísono.

Comienza a moverse.

Me quita el móvil de la mano.

Todo mi cuerpo se arquea.

Me embiste con fuerza.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás soliviantada. Escucho el clic del teléfono imitando el obturador de una cámara fotográfica. Siguiendo foto.

Alzo la cabeza. Quiero mirarlo. Quiero ver cómo me observa a través de la pantalla.

Otra estocada.

Grito.

Coloca su mano en mi cadera. Siguiendo foto. En realidad mi foto favorita.

Todo mi cuerpo se tensa. El suyo también.

Ryan deja caer el móvil sobre la cama, aprieta con posesión sus dedos sobre mi piel y me embiste brusco, duro, profundo.

Grito. Gruñe.

Y nos perdemos el uno en el otro, en el placer, en un fabuloso orgasmo que nos recorre como una corriente eléctrica. Le quiero y ahora sé que él también me quiere.

Ryan se tumba a mi lado exhausto y, antes de que nos demos cuenta, los dos caemos rendidos por el sueño.

Ha sido alucinante.

Me despierto desorientada pero apenas un segundo después una sonrisa de lo más tonta inunda mis labios. Estoy en el Carlyle con Ryan. Le miro dormir. Está guapísimo con el pelo desordenado cayéndole sobre la frente. Sin embargo, no tengo la suerte de poder contemplarlo mucho. Hace una mueca, como si no quisiese despertarse, y finalmente abre los ojos. Me mira adormilado. Está para comérselo.

Hablando de comer. Estoy muerta de hambre.

Me levanto ante su confusa y soñolienta mirada, voy hasta el minibar, que en este hotel y en esta *suite* es más o menos un *todo lo que puedas desear*, y lo abro. Sonrío al darme cuenta de que hacía

días que no me sentía hambrienta. Desde que nos peleamos mi estómago se había cerrado a cal y canto.

Veó un cuenco de cristal lleno de minichocolatinas Hershey's. Sé que no es lo más sano, pero no puedo resistirme. Lo cojo y vuelvo a la cama.

Ryan ya se ha acomodado. Está sentado con la espalda apoyada en el cabecero trasteando en mi móvil. No puedo evitar estar a punto de sonrojarme al pensar en las fotografías. Cuando me ve acercarme con el cuenco de las chocolatinas, sonrío, me lo quita de las manos, lo deja a su lado y, tomándose por sorpresa, me sienta a horcajadas sobre él.

—¿Qué hacías con mi móvil? —pregunto fingidamente consternada mientras cojo una chocolatina del cuenco.

—Mandaba una sesión de fotos bastante interesante al mío.

Intento abrir la chocolatina pero no lo consigo.

—Deberías saber que yo no comparto la información de mi teléfono con cualquiera.

—Connmigo lo harás —dice quitándome la chocolatina de las manos, buscando el extremo de la pequeña cinta roja con sus hábiles dedos y tirando de él. El envoltorio se abre sin dificultad y me entrega el chocolate—. A no ser que quieras que vuelva a castigarte.

Le doy un bocado a mi minichocolatina Hershey's de chocolate con leche. Está deliciosa.

—Puedes castigarme así todas las veces que quieras —digo ocultando una incipiente sonrisa de pura satisfacción sexual.

—Va a resultar ser toda una pervertida, señorita Parker —replica divertido.

—Sólo con usted, señor Riley.

Ambos sonreímos.

Ryan me observa mientras juguetea con la pequeña cinta de plástico roja que sacó del envoltorio de la chocolatina.

—Sólo conmigo —murmura colocando su mano en mi mejilla, casi escondiéndola en mi pelo.

Su mirada atrapa la mía. Sus ojos azules brillan pero no sé por qué.

—Maddie, cástate conmigo.

¿Qué?

La voz de mi conciencia acaba de desmayarse y yo creo que estoy a punto de hacer lo mismo.

—¿Qué has dicho? —musito con una voz casi inaudible.

Una lágrima solitaria se escapa por mi mejilla.

Me siento sin voz, completamente petrificada, inmóvil, contenta, entusiasmada, feliz.

—Acabo de preguntarte si quieres casarte conmigo.

Una sonrisa, casi risa nerviosa, se escapa de mis labios. Ryan me observa con sus ojos azules centelleando con más fuerza que nunca.

—Sí —murmuro—, sí, sí, sí —respondo conteniendo el llanto y riendo al mismo tiempo a la vez que me echo en sus brazos.

Sonriente, me estrecha con su cuerpo.

¡Dios, vamos a casarnos!

Ryan me separa dulcemente hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Hay que hacerlo oficial —comenta solemne con una sonrisa en sus labios.

Yo asiento enjugándome las lágrimas con el reverso de la mano y divertida me finjo igual de seria que él.

Toma mi mano derecha y con cuidado ata la pequeña tira de plástico rojo de la chocolatina alrededor de mi dedo anular. Yo me tapo la boca con la otra mano tratando de contener un nuevo sollozo y una nueva sonrisa, todo de nuevo a la vez. No podría ser más feliz.

—Confío en ti, nena —dice tirando suavemente de cada extremo de la cinta hasta que se amolda al contorno de mi dedo— y pienso demostrártelo todos los días de mi vida.

Ryan hace un pequeño nudo e inmediatamente levanto la mano para poder contemplar el anillo más maravilloso sobre la faz de la tierra.

—Me encanta.

Ryan sonrío.

—Ahora vamos a hacerlo oficial de otra manera —susurra salvaje, tomando mi cara entre sus manos y acercándose a él.

Mmm. Me apunto a eso.

Me despierta un rumor que no logro identificar. Abro los ojos justo a tiempo de ver cómo la ventana se llena de destellos de colores. Ya ha anochecido y Ryan no está en la cama. Me incorporo aún cubierta con la sábana y sonrío. Son los fuegos artificiales que lanzan desde el puente de Brooklyn para celebrar el Día del trabajo. Desde este ático la vista del espectáculo, lleno de luces y colores, es maravillosa.

Cuando el último cohete estalla, me levanto y busco algo que ponerme. Encuentro mi ropa interior y su camisa. Perfecto.

Voy hasta la estancia principal. Ryan está sentado al elegante escritorio de madera clara labrado al detalle y juraría que a mano. Está muy concentrado revisando una decena de carpetas. Yo noto la pequeña tira alrededor de mi dedo y no puedo evitar sonreír justo antes de caminar despacio y colocarme frente a él. Ryan alza la mirada y sonrío sexy al comprobar que sólo llevo su camisa.

—Me gusta esto —dice recostándose sobre su silla—. Es una nueva versión de nuestros encuentros en mi despacho, aunque creo que llevas demasiados botones abrochados.

Sus ojos azules se posan en mí y me recorren ávidos, despertando mi cuerpo. No puedo creerme que ya me sienta así sólo con una mirada. Creo seriamente que este hombre es como una droga para mí.

Involuntariamente, o quizá no, no lo sé, me muerdo el labio inferior. Ryan se humedece el suyo breve y fugazmente y, al final, sonrío otra vez de esa manera tan increíblemente sexy.

—He mandado que nos suban algo de cenar —me anuncia sin dejar de sonreír al tiempo que se

levanta—. Necesitas reponer fuerzas para todo lo que tengo pensado hacerte.

Uau. Mi mente acaba de zambullirse en el placer más absoluto mientras que yo sólo puedo suspirar sin dejar de observarlo.

Ryan rodea su escritorio y me toma de la mano, perfectamente consciente de que puede que las rodillas no me funcionen.

En la enorme mesa del salón han servido salmón al horno con verduras hervidas para dos. Tiene una pinta deliciosa.

Ryan me hace un gesto con la cabeza para que tome asiento. No deja de sonreír de esa forma, lo que provoca que la dulce tensión en el fondo de mi vientre aumente más y más.

Sirve el vino e inmediatamente tomo mi copa y le doy un largo trago. Estaba sedienta y no lo he sabido hasta que he visto el succulento licor. La sonrisa de Ryan se ensancha y yo, tímida, dejo la copa sobre la mesa.

—Come —me ordena suavemente mientras coge los cubiertos y se lleva el primer bocado de salmón a su sensual boca.

Yo hago lo mismo. El olor es de lo más apetitoso. Doy el primer bocado y un leve gemido se escapa de mis labios. Está buenísimo. Pruebo las verduras. No me había dado cuenta de que están aderezadas con salsa de limón y algún tipo de vino dulce. El resultado es espectacular.

—Creo que podría acostumbrarme a cenar aquí cada noche —comento partiendo otro trozo de salmón.

Ryan vuelve a sonreír.

Tampoco me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que he empezado a comer.

—Nos quedaremos a dormir —comenta— y mañana puedes tomarte el día libre para organizar tu mudanza.

—¿Quieres que me vaya a vivir a Chelsea?

La felicidad me ha nublado el juicio y no me he dado cuenta de la obviedad que acabo de preguntar.

—Podríamos casarnos y vivir en apartamentos separados —responde fingidamente serio, riéndose claramente de mí. Lo cierto es que esta vez me lo merezco—. Sé que suena muy neoyorquino, pero no sé si quiero tener que cruzar media ciudad cada vez que quiera echar un polvo.

—Muy gracioso —me quejo haciéndole un mohín—. También podrías mudarte tú a mi casa —contesto tratando de sonar convencida.

Ryan enarca una ceja.

—No me mires así. Me gusta mi apartamento y está en el Village.

—¿Eres consciente de que todo tu apartamento cabe en mi salón? —pregunta tan divertido como presuntuoso.

—Plenamente —respondo a la vez que asiento para reafirmarme.

—¿Y que tu aire acondicionado dejará de funcionar en cualquier momento?

Asiento de nuevo. Ése ha sido un argumento de peso. Aun así, no me rindo.

—Y no sé si has caído en el hecho de que mi casa tiene seis habitaciones, lo que significa que tengo más espacio para construirme un cuarto rojo del placer.

Lo miro boquiabierto mientras él se lleva un nuevo trozo de salmón a los labios como si no hubiera dicho nada fuera de lo común. Finalmente no puedo aguantarme más y me echo a reír.

—Está bien —sentencio—. Contra eso no puedo competir.

Ryan asiente con la sonrisa en los labios.

—Pero ¿me puedes explicar cómo sabes tú lo que es un cuarto rojo del placer?

—Lauren intentó convencerme para que me construyera uno.

Mi sonrisa se ensancha. Sólo ella podía proponerle algo así.

—Me explicó todas las ventajas de ser un multimillonario perverso y a cambio sólo me pidió que se lo dejara a Bentley y a ella de vez en cuando.

—¿Y tú que contestaste?

—Que no iba a dejar que Bentley pusiera su culo desnudo en ninguna habitación de mi casa — responde divertido, y yo vuelvo a echarme a reír.

—¿Significa que me quedo sin cuarto rojo del placer? —inquiero fingidamente consternada.

—Si te sirve de consuelo, no necesito una habitación así para comportarme como un multimillonario perverso contigo.

Sus palabras transforman su sonrisa en pura sensualidad y hacen que la atmosfera vuelva a cargarse de electricidad. Suspiro con fuerza intentando contener mi libido, pero esos ojos azules me lo están poniendo muy complicado.

—¿Ansiosa? —pregunta en un susurro ronco y sexy.

Vuelvo a morderme el labio inferior y asiento despacio.

—Ven aquí —me ordena sensual.

Me levanto lentamente y camino hasta colocarme frente a él. Ryan me dedica su media sonrisa tan dura como atractiva y clava sus ojos en los míos.

El juego acaba de empezar otra vez.

Se levanta sin desatar nuestras miradas, sumerge su mano en mi pelo y tira de él deliciosamente brusco. Gimo al sentirlo. Ryan acerca sus labios a los míos y me besa salvaje a la vez que me estrecha contra su cuerpo.

—Ve a la habitación y arrodíllate en la cama —me ordena con la voz más sugerente que he oído en mi vida.

Mi cuerpo se subleva y asiento despacio.

Salgo de la estancia ante la atenta mirada de Ryan y voy hasta el dormitorio. Ya tengo la respiración desordenada y el corazón me late a toda velocidad bombeando sin descanso sangre caliente por mis venas.

Me arrodillo en el centro de la cama y espero. El deseo ha tomado cada rincón de mi cuerpo y me descubro expectante de cada sonido que indique que Ryan está llegando.

Unos minutos después oigo abrirse la puerta. Alzo la cabeza y le veo apoyarse en el marco, contemplándome.

Trago saliva. Su sola presencia, esa manera de mirarme, el imaginar lo que tiene pensado hacerme, encienden aún más mi cuerpo.

—Quítate mi camisa —ordena.

Asiento. Me llevo los dedos temblorosos a los botones y los suelto con dificultad. Estoy tan excitada que esta tarea tan sencilla me está suponiendo un esfuerzo enorme. Al fin desabotono el último y dejo que la camisa se deslice por mis hombros hasta que cae en la cama.

Ryan exhala todo el aire despacio y el deseo refulge con fuerza en sus ojos azules.

—El sujetador.

Su voz se ha vuelto más ronca y también más sensual.

Lentamente me llevo las manos a los tirantes y los bajo dejando que la tela arañe suavemente mi piel. Ryan entreabre los labios cuando la prenda cae contra el colchón.

Se toma unos minutos para sencillamente observarme, dejándome arder en mi propia excitación. Nunca había deseado tanto nada como le deseo a él ahora mismo.

Comienza a caminar despacio hasta la cama. Noto el peso de su cuerpo cuando se arrodilla a mi espalda. Ryan vuelve a sumergir su mano en mi pelo y tira de él, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

Me besa con fuerza y todo mi cuerpo se tensa.

Gimo contra sus labios y él sonríe contra los míos justo antes de separarse de mí, dejándome más ansiosa que nunca.

—Ya has visto suficiente —me anuncia.

Saca su corbata roja del bolsillo y me venda los ojos con ella.

Me empuja suavemente. Mis manos alcanzan el colchón y estiro los brazos hacia delante hasta que mi estómago toca mis rodillas. Ryan coloca su mano en mi nuca y me acaricia siguiendo mi columna vertebral. Su contacto acelera aún más mi respiración, dejándome sumida en un suave mar de jadeos.

—Eres perfecta, nena.

Sus palabras me llenan por dentro y hacen que un largo suspiro escape de mis labios.

Ryan enrolla las manos en la tela de algodón de mis bragas, la tensa y de un tirón la deshace entre sus dedos.

Gimo.

—No te muevas —susurra en mi oído.

Asiento nerviosa y Ryan vuelve a incorporarse. Lo siento moverse pero no consigo adivinar qué es lo que hace. Me toma por las caderas y me levanta para posicionarme mejor. Cuando me tiene como desea, no retira sus manos, sino que las pasea por mis muslos y la sube hasta la curva de mi trasero.

Suspiro, casi gimo.

Una de sus manos baja peligrosamente. Se desliza en mi humedad y sonrío satisfecho. Siempre estaré preparada para él.

Sin dejar de acariciarme, noto algo metálico y húmedo en la entrada de mi cuerpo. Me tenso momentáneamente por la desconocida invasión y Ryan, que lo nota al instante, vuelve a inclinarse sobre mí.

—Nena —susurra—, confía en mí.

Sus palabras me relajan automáticamente.

Ryan lo introduce despacio. Son unas bolas chinas. Las noto calientes, húmedas y pesadas acomodarse en mi interior. Sus dedos continúan acariciándome y las sensaciones se solapan. Me siento invadida, soliviantada.

Mis jadeos cada vez son más altos.

Ryan se detiene y noto su peso desaparecer del colchón. ¿Dónde está? Me siento tentada de quitarme la corbata de los ojos pero recuerdo su orden: no debo moverme.

De pronto me muerde con fuerza en el trasero. Me sobresalto y doy un respingo. Las bolas se mueven en mi interior, una oleada de placer recorre mi sexo y un gemido largo y profundo se escapa de mis labios.

Le percibo sonreír, casi reír, a mi espalda.

Ha sido increíble.

Vuelve a arrodillarse tras de mí y, sin alargar más mi excitada agonía, coloca su miembro duro y maravilloso en la entrada de mi sexo.

Suspiro de nuevo. ¿Qué piensa hacer? Aún llevo las bolas.

Ryan coloca sus manos en mis caderas y me embiste, pero en lugar de penetrarme desliza su miembro por toda mi humedad, acariciando mi clítoris, llenándolo de placer. Al instante su pelvis

choca con mi trasero y las bolas chinas vuelven a moverse en mi interior.

—Ryan —ahogo en un grito.

Sonríe y repite la misma operación un poco más fuerte.

Vuelvo a gritar. La sensación es alucinante.

Ryan me embiste de nuevo pero esta vez no se detiene. Se desliza sobre mi clítoris, sobre cada una de mis terminaciones húmedas, nerviosas y calientes. Una y otra vez. A cada estocada más brusco, haciendo que su pelvis choque contra mi trasero más fuerte.

—¡Dios! —grito desmedida.

Las bolas chinas, su polla. No se detiene. Más fuerte. Más salvaje. Estoy perdida.

Vuelvo a gritar, a gemir, no lo sé.

Siento calor. La respiración desbocada. El corazón martilleándome con fuerza contra las costillas.

Involuntariamente mi cuerpo sale al encuentro de sus estocadas y el balanceo hace que el movimiento de las bolas sea casi demencial.

No aguantaré mucho más.

Voy a correrme.

Entonces Ryan se detiene de golpe y tira de las bolas chinas. El tirón me hace gritar y lo hago aún más fuerte cuando siento su duro miembro en mi interior entrando brusco y profundo.

—Ryan —gimo.

—Joder —gruñe.

Mi cuerpo se tensa otra vez.

Me embiste cada vez más rápido, más fuerte.

¡Cielos, es increíble!

Sus manos se aferran a mis caderas y una parte de mí sonrío satisfecha al saber las marcas que sus dedos dejarán en mi piel.

Más rápido, más fuerte.

Grito.

El placer atraviesa mi cuerpo y me deshago entre sus manos llena de una euforia desmedida que me hace estremecerme mientras su polla mágica y maravillosa alarga mi clímax hasta límites insospechados.

Ryan aprieta aún más sus dedos en mi piel. Me embiste brusco, hosco, delicioso, y se pierde en mí aullando mi nombre.

Maravilloso.

Nos dejamos caer en la cama absolutamente perdidos en la dicha poscoital. Ryan tira de mí, me coloca sobre su pecho y con cuidado me quita la corbata. Parpadeo incomoda por la luz y trato de mantenerlos abiertos, pero finalmente me rindo y dejo que el sueño y el cansancio me venzan de nuevo.

Me despierta la luz del sol entrando por la ventana. Me desperezo estirando los brazos en mitad de una decena de almohadas. Estoy descansada y feliz.

Me muevo por el colchón hasta alcanzar la camisa de Ryan y me la pongo. Sentada en el borde de la cama con los pies en el suelo, me tomo unos segundos para disfrutar de la deliciosa sensación del mármol bajo mis pies. El día de ayer fue increíble. Automáticamente me miro la tira roja alrededor de mi dedo y también automáticamente sonrío como una tonta. Voy a casarme con Ryan. No puedo pensar en otra cosa.

Pataleo sin poder contener más la emoción y me dejo caer sobre la cama de nuevo. Hace veinticuatro horas estaba hecha un completo lío. Ahora sé que me quiere y voy a casarme con él. Suspiro feliz. Sigo queriendo que hable y que sea más comunicativo, pero el contexto ha cambiado por completo. ¡Me quiere!

Mi iPhone suena sobre la mesita. Lo cojo y miro la pantalla. Es un correo electrónico de Mills.

De: Harry Mills

Enviado el: 03/09/2013 07.26

Para: Maddison Parker

Asunto: Reunión

Espero que sus asuntos personales se hayan solucionado sin mayor inconveniencia.

Me ha surgido una reunión fuera de la ciudad, así que puede tomarse el día libre.

La veré mañana a primera hora.

Harry Mills.

Sonrío de oreja a oreja. La suerte sigue de mi parte. Tengo el día libre.

Salgo al salón. Ryan está hablando por teléfono. Ya se ha duchado y arreglado. Lleva un traje de corte italiano azul marino, camisa blanca y corbata azul eléctrico. Está increíble, como el atractivísimo CEO que es.

Me quedo observándolo perdida en la seducción que desprende. Al darse cuenta de mi presencia, sonrío y continúa con su conversación telefónica.

Yo me doy un paseo por la habitación. En la misma mesa donde ayer comimos una succulenta cena, ahora hay preparado un succulento desayuno. Me sirvo un vaso de zumo de naranja y le doy un trago. Está frío y delicioso. Con el vaso en la mano, me apoyo ligeramente en la mesa y continuo contemplando a mi recién estrenado prometido. A los pocos segundos cuelga y se acerca a mí.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo.

Se inclina sobre mí y coge un arándano de un pequeño cuenco a mi espalda.

—Estás muy guapo.

Sonríe.

—Tengo una reunión en una hora. —Mira el elegante reloj de su muñeca. Yo le doy un nuevo sorbo a mi zumo—. Arréglate. Te dejaré en tu apartamento camino de la oficina.

Asiento y me encamino a la habitación. Sin embargo, cuando tan sólo he dado un par de pasos, caigo en la cuenta de algo que me hace detenerme en seco con una sonrisa y girarme al tiempo que me cruzo de brazos.

—Me vestiría —comento al fin ante su divertida mirada—, pero un desalmado me dejó sin ropa interior.

Ryan sonríe arrogante y bastante orgulloso de haberme hecho añicos las bragas y señala con la cabeza un paquete envuelto sobre la mesita de centro junto al sofá.

Sonríe entusiasmada y me arrodillo frente a la mesa. El envoltorio es negro y tiene un elegante lazo blanco. Con cuidado, rompo los dos y abro la caja. Aparto el papel de seda y encuentro un espectacular conjunto de lencería roja de La Perla. Es precioso. Feliz, cojo la caja y me levanto dispuesta a irme primero a la ducha y después a estrenar mi nueva ropa interior.

Cuando paso junto a Ryan camino de la habitación, me toma de la muñeca y me atrae hacia él.

—Quiero vértelo puesto —me ordena con esa voz tan increíblemente sexy.

Trago saliva instintivamente. Mi respiración se acelera al instante.

Tras conseguir dejarme al borde del desmayo, me suelta para que siga mi camino. Imposible. No creo que las piernas me respondan después de oír esa voz. Ryan me observa con una sonrisa de lo más arrogante. Finalmente me obligo a mandar a mis piernas los ansiados impulsos eléctricos y echo a andar. ¿Por qué tiene que tener esa voz tan sugerente? Es perturbador.

«¿Sólo la voz?»

Dejo la ropa interior sobre la cama. Me doy una ducha rápida y me seco el pelo con el secador. Me queda bastante decente, pero empieza a ser urgente mi necesidad de un corte de pelo.

Regreso a la habitación y me pongo mi regalo. El sujetador es impresionante, con doble tirante, encaje y transparencias y bordados en las copas. Las braguitas son perfectas. También llenas de encaje.

Voy hasta la puerta dispuesta a salir a enseñárselo, pero entonces cojo mi vestido de la silla y me lo pongo. He decidido hacerle sufrir un poco. Yo también puedo jugar.

«Recuerdas que estamos hablando de Ryan Riley, ¿verdad?»

Me calzo las sandalias y salgo muy decidida. Ryan, que está apoyando en la espalda del sofá justo frente a la puerta de la habitación con las manos en los bolsillos, frunce el ceño confuso pero en seguida se recupera. Yo finjo que no ocurre nada fuera de lo común y camino hacia la puerta.

Él me observa en silencio durante unos segundos y finalmente se incorpora y me sigue.

Atravesamos el pasillo y Ryan llama al ascensor. Unos pocos segundos después las puertas se abren frente a nosotros. Me hace un gesto para que entre primero y así lo hago. Estoy estúpidamente nerviosa.

El ascensor comienza a bajar y, antes de que pueda reaccionar, Ryan me estrecha contra su cuerpo y me empuja contra la pared del elevador, aprisionándome contra ella. Me besa salvaje,

acelerado, y yo lo recibo encantada. Baja sus seductoras manos por mis costados y rápidamente pasa al otro lado de mi vestido. Alcanza la tela de mis bragas y la acaricia entre sus dedos sin dejar de besarme.

—Apuesto a que ahora sí que quieres que vea cómo te quedan —susurra a escasos centímetros de mis labios con una sonrisa de lo más arrogante a la vez que tira suavemente del delicado encaje.

Suspiro. A esta distancia sus ojos azules son casi mágicos.

El timbre del ascensor nos anuncia que hemos llegado al vestíbulo. Ryan se separa de mí, se pasa las manos por el pelo y, haciendo gala de su perfecto autocontrol, no da la más pequeña muestra de estar mínimamente afectado. No puedo decir lo mismo de mí. Cuando las puertas se abren, Ryan me coge de la mano y tira de mí para que salga. Lo agradezco. Creo que estoy en estado de *shock* y ya van dos veces en lo que llevamos de mañana.

«Y piensa que son sólo las nueve.»

Atravesamos el *hall* del Carlyle. Finn nos espera junto al Audi en la puerta del hotel. Nos acomodamos en la parte trasera y apenas unos segundos después veo Manhattan desfilando ante la ventanilla del coche mientras escuchamos *Sky full of stars*, de Coldplay.

—Intentaré llegar lo antes posible —comenta Ryan acariciando el reverso de mi mano con el pulgar—. Dile a la señora Aldrin lo que te apetece que cenemos y ella lo preparará.

—No sé si me acostumbraré a tener servicio —confieso con una sonrisa.

Ryan me devuelve el gesto.

—No te preocupes. Pienso mantenerte lo suficientemente cansada como para que agradezcas tenerlo.

—¡Ryan! —me quejo tan escandalizada como encantada, lo que hace que su sonrisa se ensanche.

Antes de que nos demos cuenta, llegamos a mi apartamento y Finn se baja diligente para abrirme la puerta del coche.

—Hasta esta noche —se despide Ryan.

—Hasta esta noche —respondo con una sonrisa.

Me giro para salir del Audi pero Ryan se inclina, me toma del brazo y, sentándome en su regazo, me besa con fuerza.

—Hasta esta noche —repite, y su sonrisa sexy, arrogante y atractiva me desarma.

Salgo del A8 con las piernas temblándome ante la atenta y divertida mirada de Ryan y corro hasta mi portal.

Ya en mi apartamento cierro la puerta principal y me apoyo contra ella. Estos dos días han sido una locura. Suspiro y casi río como una idiota al recordar cada momento, cómo me dijo que me quería, cómo me pidió que me casara con él, que me mudara a Chelsea.

Miro a mi alrededor y comienzo a caminar hacia el centro del salón. Voy a echar de menos esta casa. Me encanta este apartamento. Vivir en el Village. Estar cerca de James y Álex. Suspiro hondo y paso la mano por la encimera de la isla de la cocina. Tal vez podría conservarlo. Irme a vivir a Chelsea pero seguir pagando este piso. Suspiro de nuevo. Creo que a Ryan no va a gustarle.

«¿Sólo lo crees?»

Me pongo los ojos en blanco exasperada. Lo sé. Se lo va a tomar fatal, así que más me vale encontrar el momento adecuado para decírselo.

En mi habitación cojo la maleta que guardo encima del armario. La coloco sobre la cama, la abro y la miro fijamente a la vez que me llevo la uña del dedo pulgar a la boca. No tengo ni idea de qué meter. Decido llevarme sólo lo imprescindible. Todo está yendo muy rápido. Necesito que hablemos de muchas cosas y nos vendría bien un poco de calma después de todas las decisiones que hemos tomado en sólo veinticuatro horas.

Cuando lo tengo todo listo, cruzo el rellano y llamo a la puerta de los Hannigan.

—Hola, desaparecida —me saluda Álex al otro lado.

Lucky sale como un torbellino y se lanza a mis pies. Yo me agacho, lo cojo encantada y lo lleno de besos.

—Hola, bola peluda —le saludo haciéndole rabiar.

Él gruñe y yo sonrío.

—¿Dónde estabas? No te veo desde la fiesta en Central Park —pregunta Álex haciéndome un gesto para que la siga al salón.

Yo dejo al perro en el suelo y voy tras ella con paso indeciso a la vez que choco las palmas de las manos.

—Estaba en el hotel Carlyle.

Se gira y me mira extrañada.

—Con Ryan —añado.

Álex se para en seco y extiende los brazos escenificando un sonoro «¿Qué?!»

—Me sacó a rastras de la fiesta en el parque y acabamos acostándonos.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—Maddie, por Dios —se queja.

—Al día siguiente nos encontramos en la *suite* de Mills. Volvimos a discutir y me dijo que me quería —concluyo con una sonrisa de pura felicidad.

Sin embargo, la mirada de Álex no cambia. Parece que no le sorprende ese particular hecho que ha puesto patas arriba todo mi mundo.

—Maddie, eso estaba claro hace mucho —me aclara.

Su respuesta me toma por sorpresa. ¿Lo estaba?

—Y si lo veías tan claro, ¿por qué nunca me lo dijiste? —me quejo—. Me hubiera ayudado mucho.

—Porque los motivos para acabar en la cama de Ryan ya te los buscabas tú solita —replica arqueando una ceja.

Touché.

—¿Habéis hablado de todo lo demás? —pregunta dejándose caer en el sillón.

—No, aún no, pero vamos a hacerlo. Necesito que lo hagamos —aclaro sentándome en el sofá.

—No dejes que te distraiga —me advierte—. Se le da demasiado bien.

Ambas sonreímos. Eso no puede negarse.

—Estoy feliz por ti —continúa—. Lo único que quiero es que no te precipites.

Supongo que no es un buen momento para decirle que voy a mudarme a Chelsea y a casarme con él. Álex sería capaz de atarme al sillón hasta que recuperara el sentido común.

—¿Y tú que tal con Charlie? —pregunto dispuesta a cambiar de tema.

Sonríe. Ha funcionado. Charlie está resultando ser mi arma secreta para escapar de los interrogatorios de Álex. Voy a tener que mandarle una tarjeta de agradecimiento o algo por el estilo.

—Está estudiando muchísimo —contesta apoyando la cabeza en el respaldo del sillón—. El examen de abogacía es realmente complicado. —Hace una pequeña pausa—. Pero hemos quedado para comer en el Saturday Sally, ¿te apuntas?

—Claro —respondo.

Nos vamos al pequeño restaurante y comemos unos deliciosos sándwiches agradeciendo que ya hayan arreglado el aire acondicionado. La temperatura hoy es asfixiante.

Más o menos una hora después regreso a mi apartamento. Álex y Charlie han decidido dar un paseo romántico, aunque me ha sonado un poco a excusa barata y apuesto a que ahora mismo están metiéndose mano en el estudio del futuro abogado del estado, Charlie Saxs.

Recojo a *Lucky* y mi maleta y voy en taxi hasta Chelsea. Delante de la puerta suspiro con fuerza. La verdad es que estoy más nerviosa de lo que pensé que estaría.

Finalmente llamo al timbre y a los pocos segundos Finn me abre.

—Permítame —me pide en referencia a mi maleta.

Asiento y se la cedo.

—Gracias, Finn.

—¿Quiere que la deje en el dormitorio del señor Riley?

—Sí, supongo que sí —respondo a la vez que, incomoda, me llevo las manos a los costados. No sé qué hacer con ellas.

«Tranquilízate, Parker.»

Me estoy mudando aquí, así que más vale que empiece a acostumbrarme.

Cojo al perro y subo acelerada las escaleras.

—Maddie —me llama Finn a mi espalda—, si necesita algo, no dude en decírmelo.

Asiento de nuevo.

—Me alegro de que esté de vuelta —añade con una leve sonrisa justo antes de retirarse.

Yo lo observo con el gesto contagiado en mis labios y, más relajada, miro a mi alrededor. Va a salir bien, me digo.

Me recojo el pelo en una cómoda cola y coloco la maleta sobre la inmensa cama de Ryan. Antes

de ponerme manos a la obra, decido mandarle un mensaje. No sé por qué, ha sido poner los pies en este dormitorio y pensar en él. «Qué curioso.»

Ya estoy en su casa, señor Riley. Más concretamente, en su dormitorio, mirando su inmensa cama.

Sonrío pícara y dejo el móvil sobre el colchón. Abro la maleta, saco algunas prendas y las llevo al vestidor. Al colgarlas me doy cuenta de que por error he vuelto a traerme el minúsculo vestido negro de Lauren. Me lo pongo delante imaginando cómo me quedaría y sonrío. Es realmente corto.

Sigo en el vestidor cuando oigo sonar mi iPhone avisándome de que tengo un mensaje nuevo. Con la sonrisa en los labios, voy hasta el teléfono y miro la pantalla. Es Ryan.

Querrá decir nuestra casa, señorita Parker, nuestro dormitorio y nuestra inmensa cama, y no sabes las ganas que tengo de celebrarlo.

Suspiro llena de un deseo que se arremolina en mi vientre. Yo también me muero de ganas.

¿Tiene algo en mente, señor Riley?

Sonrío. Por un segundo sólo soy consciente de mi respiración suavemente acelerada.

Tengo muchas cosas en mente, señorita Parker, y todas tienen que ver con usted.

Uau.

Yo tampoco puedo dejar de pensar en usted, señor Riley, ni un solo segundo.

Y es la verdad. Más aún en esta habitación.

Ni un solo segundo. Eso me gusta. Me gusta mucho.

Sonrío escandalizada y tiro el móvil sobre la cama reprendiendo a mi propio cuerpo. Estoy excitada, impaciente, echándole irracionalmente de menos. Me pregunto si siempre será así. Si sólo necesitará una mirada, una palabra, para que todo mi cuerpo lo desee sin medidas y sin reservas.

A los pocos minutos mi móvil vuelve a sonar.

Finn te está esperando en el garaje. Te quiero en mi oficina en quince minutos.

Sonrío de nuevo. Mi cuerpo está revolucionado y la sangre, rápida y caliente, recorre cada centímetro de mi piel, haciéndola hervir. Sin dudarlo, me cambio el vestido por uno de los de Tommy Hilfiger que me regaló Ryan, cojo mi bolso y salgo de la habitación.

Finn me espera de pie junto al A8. Me abre la puerta solícito y yo me acomodo en la parte trasera. Desafiando el tráfico de Manhattan, me lleva al edificio del Riley Enterprises Group en menos de diez minutos. Parece que no soy la única que ha recibido órdenes muy concretas hoy.

Me despido de Finn con una sonrisa, la misma que le dedico a Ben camino de los ascensores. Aprovechando el inmenso espejo del elevador, me suelto el pelo y me lo retoco con los dedos. Abro el bolso y saco la única barra de labios que llevo. Como siempre, no recuerdo que es el pintalabios rojo *pin-up*. Sin embargo, no me lamento mucho. Con este carmín me siento sexy. Justo lo que necesito.

Atravieso la redacción con el paso ligero, ya sólo quedan un par de personas, y me dirijo al despacho de Ryan.

Tess me sonrío al verme y yo hago lo mismo. Me hace un gesto para que no me detenga y me señala la puerta del despacho de su jefe. Mi sonrisa se ensancha, pero al mismo tiempo se vuelve más tímida. Tengo que preguntarle a Ryan si Tess sabe lo nuestro.

Llamo a la puerta y espero a que me dé paso.

—Adelante —oigo al otro lado.

Su voz, a pesar de la distancia y la enorme puerta de caoba que se levanta entre los dos, consigue que todo mi cuerpo sienta una oleada de placer.

Tomo aire, abro y rápidamente la cierro tras de mí. Me giro despacio. Estoy nerviosa. Me siento tímida, inquieta. ¿Cómo puede conseguir que cada vez que entro en este despacho me sienta como la primera vez?

Comienzo a caminar con el paso lento y titubeante y al fin alzo la mirada.

Ryan está sentado al borde de la mesa, observándome como el león que es. Está aún más guapo, aún más atractivo, aún más todo. Sus ojos azules brillan con fuerza y el deseo más desbordante, líquido y salvaje lo hace en ellos.

Suspiro despacio intentando controlar mi respiración y los latidos de mi corazón, pero todo es inútil. Mi libido está tomando el control de cada centímetro de mi cuerpo.

Me detengo a unos pasos de él. Ryan me observa durante unos segundos y finalmente se incorpora y cruza la distancia que hay entre nosotros. Alza la mano y acaricia mi labio inferior con su pulgar.

—Pareces aún más joven e inocente —susurra salvaje—, como si le hubieras robado la barra de labios a tu hermana mayor y te hubieras pintado con ella en el portal de casa. Sin saber que no es el color más adecuado pero que te da un aspecto increíblemente sensual.

Suspiro suavemente. Su voz, sus palabras, su mirada me están derritiendo.

—Así eres tú, Maddie, inocente y sensual al mismo tiempo, y eso me vuelve loco.

Ryan me acaricia la mandíbula, el cuello, y continúa deslizando su mano. Pasa entre mis pechos

y estoy segura de que puede sentir mi corazón latiendo desbocado.

—Cuando leía tus mensajes sólo podía pensar en tenerte sobre mi mesa, en follarte. Te deseo, Maddie. Ni siquiera he podido esperar a llegar a casa. Me he deshecho de una puta reunión y te he esperado subiéndome por las paredes.

Vuelve a llevar su mano hasta mi cuello, la sumerge bajo mi pelo y me atrae hacia él con fuerza.

—Necesito cada centímetro de tu cuerpo —su voz se ha convertido en un susurro ronco y masculino.

—Cada centímetro —repito en un murmullo completamente absorta en sus ojos.

—Cada centímetro —repite una vez más con la sonrisa más dura y sexy que he visto nunca.

Me besa apremiante, acelerado, lleno de fuerza y anhelo, haciéndome sentir deseada, lo único capaz de saciarlo.

Cielos, no podría haber una sensación mejor.

Ryan se separa bruscamente de mí y me gira. Me aparta el pelo del hombro y comienza a besarme el cuello. Yo cierro los ojos y, con la respiración convertida en jadeos, echo la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso.

Me muerde.

Gimo.

Me estrecha aún más contra su cuerpo, presionando su dura erección contra mi trasero.

—Inclínate sobre la mesa y agárrate al borde —me ordena sensual.

Yo tardo en reaccionar y, como castigo, o como premio, quién sabe, recibo otro mordisco que hace que vuelva a gemir.

—No me hagas esperar —me advierte.

Tiene la voz más sensual, masculina y sexy que he oído en mi vida.

Asiento despacio y me estiro sobre la mesa hasta llegar al borde. Ryan se inclina sobre mí, me da un beso en la nuca y baja impregnando mi columna vertebral con su cálido aliento.

—Joder, te deseo más que a nada —gruñe contra mi piel.

Mi cuerpo se tensa.

Una deliciosa sensación de placer anticipado me recorre hasta la punta de cada uno de mis dedos.

Ryan mete las manos bajo mi vestido, llega hasta mis bragas y lentamente las desliza por mis piernas, agachándose a la vez. Cuando la prenda llega al suelo, me obliga a alzar los pies para deshacerse de ellas. Me da un suave beso en la parte de atrás del muslo que me toma por sorpresa y sigue besándome y mordiéndome cada vez más fuerte, primero una pierna y después otra, hasta llegar de nuevo a mi trasero.

Gimo despacio intentando controlarme, pero me lo está poniendo demasiado complicado.

—Ryan, por favor —susurro entre jadeos.

No aguantaré mucho más y sólo estamos empezando.

Se yergue triunfal a mi espalda y vuelve a inclinarse sobre mí. Me besa la nuca, el cuello, mientras coloca la mano entre los dos, se desabrocha el pantalón y guía su enorme miembro hasta la entrada de mi sexo.

—Te estaría torturando en esta mesa durante una semana —susurra sensual en mi oído.

Gimo. La mera idea mezclada con la urgencia y la excitación que me está provocando hacen que esté a punto de perder el control.

—Ryan —vuelvo a susurrar—, necesito...

No me deja terminar la frase y me embiste con fuerza.

Un largo gemido se escapa de mis labios. Ni siquiera sé cómo he recordado que no debo gritar.

—¿Qué necesitas? —pregunta con la arrogancia que le da conocer perfectamente la respuesta.

—A ti —jadeo.

Como regalo, me embiste más fuerte y yo me retuerzo de placer.

Ancla sus manos en mis caderas y el ritmo se vuelve vertiginoso.

Estoy a punto de correrme.

Ryan se detiene y yo me revuelvo en la mesa. Mi placer se traduce en pura impaciencia. Baja su mano desde mis caderas hasta la curva de mi trasero.

—Cada centímetro —repite y no tengo ni idea de cómo ha conseguido que esas dos palabras suenen increíblemente sensuales.

Sin embargo, mi mente confusa y excitada entra en alerta. ¿Está hablando de follarme por... ahí? Trago saliva e intento ordenar mis ideas un solo segundo, decir algo, pero, antes de que pueda hacerlo, Ryan introduce dos de sus dedos en mí y el placer gana a las dudas. Vuelvo a gemir.

Extiende las muestras de mi excitación alrededor de mi ano y siento la cabeza húmeda de su miembro presionando suavemente.

—Ryan —susurro.

El corazón me late desbocado. Estoy muy nerviosa pero también muy excitada. Es algo nuevo, diferente, desconocido. La respiración se me acelera aún más.

Ryan se inclina sobre mí y me besa con ternura en la nuca.

—Relájate, nena. Confía en mí.

Despacio, vuelve a deslizar su mano en mi sexo. Me acaricia con la palma mientras me penetra suavemente con los dedos, excitándome, haciéndome que me olvide de todo.

Empuja un poco más su erección contra mi abertura.

Oh, Dios.

Estoy excitada, mareada, llena de placer, de expectación, de ansiedad.

Presiona un poco más sin dejar de acariciarme. Me besa de nuevo en la nuca y empieza a entrar.

—¡Ryan! —grito.

—Déjate llevar —susurra a mi espalda.

Su voz suena irregular, contenida. Está haciendo un esfuerzo enorme por no embestirme como desea hacerlo. Empuja un poco más, despacio, y noto cómo mis músculos se rinden y le dejan paso.

Clavo los dientes en mi labio inferior para no gritar.

Entra. Mi mente se cortocircuita y sólo queda el placer.

—Ryan —gimo.

—Joder —gruñe.

Me siento invadida, llena, sumergida en el deseo, en la excitación.

—Voy a moverme —me anuncia—, muy despacio.

Asiento.

Sin dejar de acariciarme, sale y entra poco a poco tal como ha prometido.

Gimo. Mi espada se arquea.

Me ha gustado. Me ha gustado mucho y eso no me lo esperaba.

—¿Otra vez? —pregunta en un susurro con la voz rota de deseo.

—Sí —murmuro con la mía evaporada entre jadeos.

Ryan repite la operación. Sale suavemente y entra despacio sin dejar de mover sus dedos.

Gimo con fuerza. Es delicioso.

—¿Otra vez? —pregunta.

Respira con dificultad y su mano se aferra con fuerza a mi cadera intentando mantener todo su autocontrol.

—Sí —respondo sin dudar.

Y esta vez no se detiene. Marca un ritmo lento, íntimo. Entra y sale de mí y yo lo recibo encantada mientras sus mágicos dedos me acarician, me penetran, me soliviantan.

Gimo.

Me sorprendo cuando me dejo llevar un paso más y mi cuerpo sale al encuentro de sus embestidas invitándolo a que sea más duro, a que se deje llevar también.

—Oh, joder —masculla.

Mi espalda se arquea.

Me revuelvo contra la mesa.

Es tan intenso, casi perturbador. Lo siento a él, a cada parte de su cuerpo que me toca, que hace que mi piel arda, que el placer me recorra.

—¡Ryan! —grito.

Es delicioso, maravilloso.

Me embiste. Sus dedos me acarician. Es delirante. ¡Dios! Todo mi cuerpo se tensa y estallo en un orgasmo alucinante alrededor de Ryan, de su miembro, de sus dedos, de su voz.

Él me agarra con fuerza por ambas caderas. Sus dedos se anclan en mi piel hasta casi hacerme

daño. Me embiste. Me atrae hacia él tirando de mí y se pierde gruñendo mi nombre, conteniendo un poderoso alarido.

Ha sido la experiencia más intensa de toda mi vida.

Estoy exhausta, tirada sobre la mesa con los ojos cerrados. Ryan me da un suave beso en la nuca y me trae de vuelta al mundo real. Me ayuda a incorporarme y me sienta sobre la mesa. Mi cuerpo lánguido agradece sus manos. No tengo fuerzas.

—¿Estás bien? —pregunta apartándome el pelo de la cara.

Yo sonrío y él hace lo mismo.

—Me lo tomaré como un sí.

—Es un sí —me apresuro a confirmarle sin dejar de sonreír.

—¿Eso significa que querrás repetir?

—Por favor.

Mi voz suena demasiado esperanzada, lo que hace que casi me ruborice y Ryan se eche a reír.

—Eres increíble, Maddie Parker —dice con sus ojos clavados en los míos, tomando mi cara entre sus manos—. Ahora vámonos a cenar.

Ryan me baja de la mesa y los dos nos arreglamos la ropa. Cuando comienzo a caminar, me noto un poco dolorida, pero imagino que es normal y por nada del mundo va a ser algo que comente en voz alta. Ya sean Ryan, James o las chicas, se estarían riendo de mí durante meses.

Volvemos a Chelsea relativamente rápido, gracias a la tregua que decide concedernos el tráfico de Manhattan, y en seguida estamos disfrutando del delicioso *magret* de pato con salsa de moras de la señora Aldrin.

—Estaba delicioso —digo empujando mi plato hacia delante mientras me cruzo de brazos en la encimera de la isla de la cocina y me inclino ligeramente sobre ella.

Ryan sonrío y le da un sorbo a su copa de vino.

Yo lo contemplo encantada. Está aún mejor que el delicioso pato, recostado sobre el taburete, con la camisa blanca impoluta con los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas. Todo un regalo para la vista.

—¿Ha visto algo que le guste, señorita? —pregunta socarrón dejando su copa sobre el mármol italiano de diseño.

—Puede —contesto displicente.

—Genial —replica inclinándose hacia mí—, porque yo llevo viendo algo que me gusta toda la cena —añade en un turbador susurro.

Yo sonrío nerviosa. Acaba de conseguir que todo mi cuerpo se relama dispuesto a rendirse a él en todo lo que quiera y ni siquiera me ha tocado.

—Señor Riley, compórtese —me quejo fingidamente consternada, lo que le hace sonreír—. No puede dejarme agotada. Mañana tengo un duro día de trabajo.

—Soy el dueño de la empresa. Puedes cogerte toda la semana libre.

—¿Ya no te acuerdas de que no trabajo para ti?

La mirada de Ryan cambia por completo en un segundo y cualquier rastro de diversión desaparece de su rostro. Yo frunzo el ceño. ¿Cómo puede haber olvidado que ya no trabajo para él?

—¿Piensas seguir trabajando para Mills? —pregunta con la voz endurecida, fiel reflejo de toda su expresión.

—Es mi trabajo —respondo perpleja y también confusa.

—De eso nada —replica rápidamente—. No pienso permitir que seas su asistente.

Suspiro con fuerza. ¿Cómo puedo estar atrapada en esta conversación otra vez?

—Ryan, es mi trabajo —repito haciendo hincapié en cada sílaba, pero no sé por qué lo hago. La primera vez no ha servido de nada.

—Mills quiere meterte en su cama —responde como si fuera obvio y aún más malhumorado.

¿Lo es? Es cierto que me invitó a «hablar de arquitectura» la primera vez que nos vimos y me sacó a bailar en la fiesta de Central Park, pero él mismo se dio cuenta de lo que había entre Ryan y yo y jamás ha vuelto a molestarme.

Intento un cambio de estrategia.

—Necesito un trabajo y me gusta lo que hago. Aprendo mucho con Mills.

—También puedes aprender mucho con Bentley.

—No voy a volver a trabajar para ti.

¿Cómo puede ser tan testarudo?

—Deberías.

—¿Para qué? ¿Para que me tengas más a mano?

Pretendía sonar irónica, pero sin quererlo he impreso en cada palabra toda la frustración que me provoca discutir con él. Ryan hace una mueca casi imperceptible y desvía su mirada de la mía sólo un momento. Está realmente furioso.

—Deberías volver a trabajar en *Spaces* porque adoras ese trabajo, eres muy buena y Bentley es uno de los mejores editores del país —responde clavando de nuevo sus ojos endurecidos y metálicos en los míos—. La relación que tú y yo tenemos no tiene nada que ver.

Me siento minúscula. Otra vez me ha tratado como la cría que cree que soy y no puedo negar que en esta ocasión lo merezco.

—Lo siento —musito.

—Deberías —replica malhumorado, levantándose del taburete.

Tampoco tendría que tener esa actitud tan altanera.

Resoplo impertinente y Ryan me atraviesa con la mirada.

—No voy a volver al Riley Group —me reafirmo.

Puede que me haya equivocado eligiendo las palabras, pero tengo razón en lo que quería decir con ellas. No puedo trabajar otra vez para él. Creo que eso simplificaría muchas cosas y nos ayudaría a llevar mejor la relación.

—Mills no es una opción, Maddie —me advierte— y si tú no lo entiendes, tendré que ocuparme yo.

¿Qué?

—¿Vas a hacer que me despida?

Ryan elude mi pregunta absolutamente a propósito y rodea la isla de la cocina dispuesto a echarse otra copa de vino. Yo me bajo del taburete de un salto. Ahora mismo no sé si estoy más indignada o cabreada.

—¿Vas a hacer que me despida? —inquiero de nuevo caminando hacia él, que continúa ignorándome estoicamente—. ¿Como hiciste con Roy?

—Ya veremos —responde sin ni siquiera mirarme, llenando su copa con el delicioso vino francés.

—Ryan, es mi carrera —me quejo prácticamente alzando la voz.

No me contesta y yo suspiro exasperada. Está yendo demasiado lejos.

—Ryan, si haces que Mills me despida, yo...

—¿Tú, qué? —me interrumpe arrogante y desafiante, mirándome al fin.

Buena pregunta. Yo, ¿qué? ¿Me marcharé? ¿No dejaré que vuelva a tocarme? Vanas promesas. Puede hacer conmigo lo que quiera y los dos lo sabemos, pero no puedo dejar que haga también lo que quiera con mi carrera.

—No lo sé —respondo exasperada—, pero tú podrías ser un poco más razonable.

—¿Un poco más razonable? —repite molesto—. Ese tío quiere lo que es mío y no voy a permitirlo. La discusión termina aquí.

Quiero gritarle que es un gilipollas y un controlador odioso y desquiciado que no comprende que no puede hacer lo que quiera con mi vida.

—Voy a conservar mi apartamento.

Es el momento más inadecuado de todos, pero sólo lo he hecho para enfadarlo y hacer que se sienta exactamente como me siento yo.

«Qué madura.»

Déjame en paz.

—¿Y se puede saber por qué? —pregunta demasiado calmado.

Su actitud me confunde. Pensé que, cuando le dijera que quería conservar mi casa, se subiría por las paredes o directamente ardería de rabia.

—Porque me gusta —resoplo aún confusa, pero en seguida tomo carrerilla—. Me gusta mi apartamento y le tengo mucho cariño. Me mudaré aquí contigo, pero lo conservaré hasta que pueda comprarlo.

Lo que no ocurrirá nunca si Ryan sigue boicoteando mi carrera.

—Así que, como comprenderás, necesito un trabajo para poder seguir pagando el alquiler —añado.

—Eso no será una problema —responde sin dar más explicaciones.

—Ryan, no pienso permitir que me pagues el alquiler.

No pienso ceder en esto.

—Te he dicho que no será un problema.

Tengo la sensación de que está comenzando a cansarse.

—Y yo te he dicho que no pienso dejar que me pagues el apartamento y tú deberías...

—Compré el maldito apartamento hace semanas —gruñe interrumpiéndome.

—... entenderlo —termino la frase por pura inercia.

Ahora mismo estoy perpleja.

—Joder, Maddie, eres la persona más exasperante que conozco.

Lo miro boquiabierta. Estoy conmocionada. Lentamente va inundándome un vertiginoso enfado, ese cóctel explosivo de dignidad y orgulloso que sólo él sabe despertar en mí.

—¿Cómo has podido atreverte? —le espeto casi gritando llena de rabia.

—No querías volver conmigo ni al trabajo —replica furioso—. No quisiste aceptar el cheque y sabía que, si tenías problemas de dinero, no me lo dirías. Así que compré el apartamento para asegurarme de que al menos tenías un lugar para vivir. Ya te lo dije una vez, Maddie —continúa intensificando su mirada sobre la mía—. Soy un hombre muy egoísta. Estaba preocupado, no me gustaba e hice algo para solucionarlo.

No me lo puedo creer.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Y qué pasa con el señor Stabros? He seguido pagándole el alquiler cada semana.

—Que no te contara nada formaba parte del acuerdo.

Ryan va hasta su estudio y vuelve con un pequeño sobre de color blanco. Lo lanza sobre la isla de la cocina y yo antes de abrirlo ya sé lo que contiene.

—Me reenvió tus cheques —me aclara.

¡Estoy muy cabreada!

—¡No me puedo creer que hayas hecho algo así! —le grito furiosa.

—Y yo no puedo creer que no te limites a sonreír y darme las gracias —responde arrogante.

Sonríó fugaz y duramente sin que me llegue a los ojos. Es un capullo.

—No quiero tu maldito dinero —digo con mi voz a punto de romperse pero destilando el descomunal enfado que me corroe.

Sin esperar su respuesta, comienzo a caminar hacia las escaleras. Esta vez ha ido demasiado lejos, primero con lo de Mills y después con lo de mi apartamento.

—Ese vestido te lo compré con mi maldito dinero.

Su voz es dura, arrogante y me hace detenerme en seco en mitad de la escalera.

Maldito bastardo presuntuoso.

Sin pensarlo, tomo el bajo del vestido de Tommy Hilfiger, me lo saco por la cabeza y lo tiro a sus pies. Ryan, aún con la expresión endurecida, me recorre con la mirada. Ahora estoy en bragas y sujetador e igual de furiosa. Desde luego no puede decirse que haya calculado muy bien la jugada.

Tengo que salir de aquí.

Me doy la vuelta dispuesta a subir los escalones que me quedan y encerrarme en la habitación de invitados.

—Esa lencería también la he pagado yo.

Es un gilipollas odioso.

Suspiro con fuerza y, antes de que la idea cristalice en mi mente, me quito el sujetador y se lo lanzo a los pies junto al vestido.

Ryan gruñe y su mirada brilla hambrienta. Sigo furiosa pero también inexplicablemente excitada. No sé si es la manera en la que me mira o el estar desnuda a excepción de las sexies braguitas rojas. Suspiro hondo y cometo el abismal error de mirarle directamente a los ojos. Están llenos de deseo y la fuerza que desprenden me envuelve y me domina a pesar de la distancia.

Lentamente bajo la vista, como si le invitara a mirar donde yo miro, y la centro en mis dedos, que se deslizan despacio entre la tela de encaje y la piel de mis caderas.

Alzo la mirada y la de Ryan me espera dispuesta a atrapar la mía.

Comienzo a bajar la prenda por mis muslos. Mi respiración se acelera. La de Ryan también. Su mirada endurecida me hace sentirme sexy y deseada.

Cojo la delicada lencería de La Perla con el corazón latiéndome desbocado y el deseo nublando todo lo demás. La dejo caer y, antes de que toque el suelo, Ryan sube las escaleras como una exhalación, me toma entre sus brazos y me besa salvaje.

Gimo contra su boca y él gruñe contra la mía.

Rodeo su cuello con mis brazos. Ryan me levanta y me obliga a rodear su cintura con mis piernas. Termina de subir las escaleras y, acelerado, me lleva contra la pared de enfrente.

Me besa brusco, apremiante y yo me deshago entre sus manos y sus labios.

Ryan se desabrocha los pantalones y, tosco y exigente, entra en mí.

Grito.

Su miembro duro y grande me colma por completo.

Mi parte racional se evapora. Sólo queda él y todo el placer que provoca.

Me embiste salvaje, duro, fuerte. No tiene piedad. Tampoco la quiero. Le deseo. Le deseo. Le deseo.

Ryan aumenta el ritmo.

Me estrecho aún más contra su cuerpo ciñendo mis muslos a su cintura.

—Joder, Maddie —gruñe.

Ancla sus manos en mi culo y aprieta con fuerza.

Me hace daño. Gimo. Me gusta.

Mi libido triunfal se deleita entre el placer y el dolor suplicándole a Ryan que no pare.

Sigue embistiéndome.

Todo mi cuerpo se tensa.

Quiero seguir besándolo pero nuestras respiraciones entrecortadas nos obligan a separarnos una y otra vez.

No puedo más.

Grito.

Ryan entra duro, profundo, delicioso.

Siento el efímero roce de sus labios.

Y salto a un maravilloso vacío con el placer recorriéndome entera, haciéndome consciente de cada centímetro de mi piel, llenándolo de luz, cegándolo todo, inundándome del intenso placer enloquecedor, puro y arrollador que sólo Ryan sabe fabricar para mí.

Me embiste aún con más fuerza deslizándome por la pared y aullando mi nombre se pierde en mí con su cuerpo tensándose y relajándose bajo mis manos.

Aún en sus brazos, un aluvión de pensamientos toma cada rincón de mi mente y antes de que pueda darme cuenta mi dicha poscoital se esfuma.

Aparto mi mirada de la suya y lo empujo suavemente. De pronto ya no quiero estar desnuda delante de él, que sigue completamente vestido. Ryan se separa de mala gana pero no dice nada.

En cuanto mis pies tocan el suelo, camino deprisa, casi corro, hasta la habitación. Sin encender la luz, cojo uno de los pijamas que aún no he sacado de mi maleta, me lo pongo y me meto en la cama.

Estoy furiosa porque menosprecie mi carrera prácticamente prohibiéndome trabajar para Mills y porque haya comprado mi apartamento sin consultarme. Pero, sobre todo, estoy increíblemente enfadada conmigo misma. A pesar de lo indignada que estaba, él sólo ha necesitado una mirada para hacer que mi cuerpo se inundara de deseo y olvidara todo lo demás. A veces me asusta y me enfurece el poder que tiene sobre mí, la forma en la que nuestros cuerpos están conectados. Es algo que ni siquiera entiendo. Nunca me había sentido así con ningún otro hombre.

En mitad de mis acuciantes reflexiones, oigo pasos acercándose a la puerta. Ryan se apoya con las dos manos en el marco y se inclina ligeramente. Yo me acurruco para que no pueda verme la cara y piense que estoy dormida. Durante unos segundos me observa. Hace el ademán de entrar en la habitación, pero finalmente gira sobre sus pasos. En el pasillo iluminado le veo suspirar hondo al tiempo que se pasa las dos manos por el pelo y finalmente se marcha.

Mejor así. Ahora no quiero verlo.

Sin darme cuenta, comienzo a tocarme la pequeña tira roja de mi dedo anular. No hace ni dos

meses que nos conocemos. Quizá nos estemos precipitando. Suspiro hondo y clavo mi vista en el techo. ¿Por qué no pude enamorarme de un hombre tranquilo, normal, de esos que hacen las declaraciones de renta a sus amigos y beben té helado?

«Porque ninguno de esos hombres te miraría como te mira Ryan.»

Me despierta la alarma de mi iPhone en la mesita de noche. Lo apago y a los segundos lo observo confusa. No recuerdo haberlo puesto allí.

Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Ryan no está y tampoco hay señales de que haya dormido aquí. Suspiro con fuerza. Da igual lo enfadada que esté, odio discutir con él, odio que estemos peleados.

Me levanto, me recojo el pelo y bajo al salón. Tal vez Ryan aún no se haya marchado a trabajar y podamos hablar antes de que lo haga.

—Buenos días, Maddie —me saluda la señora Aldrin con su acento francés camino de la cocina.

—Buenos días, señora Aldrin.

Me detengo en el centro del salón con una sonrisa incomoda.

—¿Quiere desayunar? —inquire amable.

—No —respondo casi antes de que pueda terminar la pregunta—. Sólo buscaba a Ryan. ¿Se ha marchado ya?

La señora Aldrin asiente.

—Hará más o menos una hora.

Hago una mueca de disgusto y me giro desanimada para tomar de nuevo las escaleras.

—¿Se encuentra bien, Maddie?

—Sí, no es nada.

Miento, pero tampoco quiero sentarme en uno de los taburetes de la isla de la cocina y contarle todos mis problemas y menos si no llevo bragas.

—¿Un café? —vuelve a preguntarme.

—No, gracias. Voy a prepararme y me marcharé a trabajar.

—El señor Riley ha dado orden de que Finn la lleve al trabajo cuando esté lista.

Asiento y al fin alcanzo de nuevo las escaleras. Estoy enfadada porque quiero ver a Ryan, pero se supone que aún debería estar furiosa con él por todo lo que pasó ayer.

«Sí, señor. A eso se le llama ser coherente.»

Me pongo los ojos en blanco y cierro la puerta de la habitación. Va a ser un día horrible.

Me doy una ducha rápida, me pongo mi vestido *baby doll* vaquero y mis botas de apariencia militar. No es la ropa que más me apetecía llevar, pero no he querido ponerme ningún vestido que no haya pagado yo. Hoy, no.

Regreso al salón y, tras una docena de excusas, consigo que la señora Aldrin me deje

marcharme sin desayunar. Pretendo librarme también de Finn e ir al trabajo en metro, pero no tengo esa suerte. Parece que piensa cumplir las órdenes de Ryan a toda costa.

El Audi me deja frente al hotel St. Regis. Disimuladamente espero a que Finn se marche y camino hasta la cafetería de la manzana siguiente. Necesito pensar.

Con un café doble en la mano, me siento en un mullido sillón junto a una ventana. Miro a mi alrededor y todo el mundo parece muy concentrado en sus portátiles, sus tabletas o simplemente charlando con amigos o compañeros de trabajo. Mientras, yo estoy aquí devanándome los sesos. No quiero dimitir. Me gusta mi trabajo con Mills, pero al mismo tiempo no quiero discutir más con Ryan.

Saco mi iPhone y me pongo los cascos. La voz de John Legend cantando *All of me* comienza a sonar. Desde que la bailamos en el restaurante, prácticamente la he escuchado todos los días. Sé que ahora no es buena idea que lo haga. Esta canción hace que Ryan parta con ventaja en cualquier ensayo de discusión que tenga con él en mi cabeza.

Resoplo y pierdo la vista en mis propias manos. Va a volverme completamente loca. Mills es mi jefe, nada más. Él debería entenderlo, me arengo, es sólo trabajo. Sin embargo, automáticamente pienso en lo celosa que me sentí cuando pasó el día entero con Marisa en la oficina y eso que sólo fue un día. Si de repente me dijera que va a ser su ayudante, creo que montaría la madre de todas las escenas. Suspiro hondo. Acabo de tomar una decisión. Maldita sea mi capacidad para ponerme en el lugar de los demás.

«John Legend tampoco te ha ayudado mucho.»

Afortunadamente Mills no se lo toma demasiado mal. Me mira perspicaz un par de veces, como si no se creyera mi excusa de motivos personales, pero obviamente no pregunta. Por eso opté por darle esa justificación para dejar el empleo. Nadie te pregunta porque no quieren tener que oír que tu padre ha muerto o que tu novio se ha largado tras enterarse de que estabas embarazada.

Salgo a la calle ordenando el bullicio de ideas que tengo en la cabeza. Ahora mismo voy a ir hasta Riley Group y voy a ver a Ryan. He dejado mi trabajo con Mills y, quiera o no, vamos a tener que hablar de los porqués y de muchas otras cosas, me la debe.

Saludo a Ben, que está ocupado con un mensajero, y corro a coger el ascensor. Mientras espero a llegar a la planta veinte, me preparo para todo lo que pienso decirle a Ryan. Sin embargo, el paseo por el centro de Manhattan no tuvo el efecto que esperaba y aún me siento con demasiadas cosas que decir y muy poca idea de cómo hacerlo. Decido que necesito un conejillo de indias, una especie de ensayo general, así que llamo a Lauren y quedamos en encontrarnos en el archivo.

Cruzo la redacción y me encierro en la pequeña habitación. Unos segundos después llega mi queridísima amiga.

—¿Qué pasa, chica? —me pregunta colocándose frente a mí—. Y, sobre todo, ¿qué haces aquí? Hay quien pensaría que echas algo de menos —sentencia con una sonrisilla de lo más impertinente.

Yo le hago un mohín, ella me lo devuelve y ambas sonreímos.

—Quería hablar contigo —le anuncio.

Por mi expresión debe averiguar que es algo importante, porque ella también se pone seria y centra toda su atención en mí.

—He vuelto con Ryan —suelto de un tirón y, no sé por qué, cierro los ojos preparándome para recibir una bronca terrible.

—Me alegro mucho por ti —responde entusiasmada.

—¿Sí?

¡Genial!

—Sí y...

Lauren deja la frase en el aire y me da un pellizco en el brazo.

—¡Ay! —me quejo frotándome la piel con la mano.

—Esto por contárselo a Álex y a mí tenerme en la inopia dos días —protesta enfadadísima.

—No te lo conté porque no tuve ocasión.

Intento que mi voz suene arrepentida, pero la mirada de Lauren no se suaviza lo más mínimo.

—Charlie lo sabía y yo no —vuelve a protestar al borde del grito—. Charlie, que lo conocemos hace algo así como quince minutos.

—Conocemos a Charlie desde hace cinco años —replico.

Lauren me da otro pellizco.

—¿Me estás comparando con Charlie? —inquire indignadísima.

Vuelvo a quejarme y a llevarme la mano al brazo.

—Lo siento —me resigno.

No pienso protestar más o estoy segura de que me ganaré otro pellizco.

—Me debes una por esta afrenta y va a ser algo grande, tipo fotos de Ryan desnudo o una cámara oculta mientras se duche después del gimnasio.

Me lo pienso un segundo.

—Está bien —bromeo—, pero tendré derecho a todos tus zapatos durante un año.

Ahora la que piensa es ella.

—Podré observarlo mientras duerme una vez a la semana.

—Estoy empezando a pensar que tienes una obsesión algo insana con mi novio.

—Yo y medio estado de Nueva York. Deberías empezar a acostumbrarte.

Ya no podemos aguantarnos más y las dos nos echamos a reír.

—Me alegro mucho por ti —me dice con una sonrisa.

—Y yo —respondo con otra enorme.

Al margen de todo, estoy feliz por haber vuelto con él.

—¿Pero? —inquire.

Me conoce demasiado bien.

—Hemos discutido, mucho —aclaro.

—Por Dios, ¿vosotros hacéis algo más que follar y discutir?

Yo no lo habría expresado mejor.

—Ryan no se tomó muy bien que quisiese seguir trabajando para Mills.

Lauren hace una mueca con los labios y se encoje de hombros. Parece ser que yo era la única pobre ilusa que pensaba que Ryan lo entendería.

—El caso es que, aunque me parezca una locura, lo entiendo y hoy me he despedido.

—Siendo sinceras, yo tampoco querría que Bentley trabajara para alguien que le ha tirado los trastos.

Me toco el índice imitando a Robert Redford en *El golpe*. Ése ha sido mi principal argumento para tomar la decisión.

—Pero, a pesar de que lo haya dejado, necesito que entienda que no puede comportarse de esa manera, arrollándolo todo a su paso. —De pronto recuerdo exactamente por qué ayer me fui a la cama tan enfadada—. Es mi carrera. Estudié y trabajé muy duro para licenciarme en la universidad y terminar el máster, así que tiene que dejar de decidir por mí. —Estoy lanzada—. Y tiene que dejar de hacer cosas sin consultarme. Diablos, ¡ha comprado mi apartamento!

Voy a continuar quejándome pero la expresión de Lauren, absolutamente patidifusa, me frena por completo.

—¿Ha comprado tu apartamento? —repite con la voz más incrédula que he escuchado en mi vida.

—Sí. Cuando lo dejamos y no quise aceptar su cheque, se preocupó y, según él, hizo algo para remediarlo.

—¿Y compró tu apartamento?

Sigue perpleja.

—¿Ese loco sabe que, cuando la gente se preocupa, llama por teléfono y cosas así? No compra apartamentos en el Village.

—Quería asegurarse de que tuviera un techo.

Es una auténtica locura, pero al decirlo en voz alta también me siento extrañamente halagada.

—Chica —con esa palabra sé que se avecina el veredicto de Lauren—, llámame idiota y dime que he leído demasiados libros románticos, pero se me acaban de caer las bragas.

Yo sonrío, casi río, pero intento disimularlo para defender mi postura. Sin embargo, una parte de mí, que no se había atrevido a salir hasta ahora, le da toda la razón.

—En fin —continúa a modo de disculpa—, te compró un apartamento sólo para asegurarse de que estabas bien. —Mi sonrisa se ensancha—. Es lo más romántico que he oído en mi vida.

—No debió hacerlo —digo aún con la misma estúpida sonrisa en los labios.

—Claro que no —responde con un gesto idéntico al mío.

—Lauren, maldita sea, hablo en serio —protesto e intento dejar de sonreír, pero es una empresa absolutamente inútil.

—Bueno, centrémonos en todo lo demás —me salva—. Si quieres decirle a Ryan todo lo que piensas, haces bien en ensayarlo, porque, si vacilas lo más mínimo, no tendrás ninguna oportunidad.

Asiento convencidísima.

—Vamos allá —me anima—. Suéltalo todo.

Lauren carraspea un par de veces e intenta poner cara de perdonavidas frunciendo el ceño.

—Hola —me dice con la voz exageradamente ronca—, soy Ryan Riley, el dueño y señor de todo esto y de tu precioso culo, nena.

Antes de que acabe la frase, rompo a reír y ella me sigue a los pocos segundos.

—Creo que esto no va a funcionar —digo intentando recuperar el aire tras las últimas carcajadas—. Será mejor que me enfrente al señor irascible-sexo increíble de una vez.

Lauren asiente. Yo me encamino hacia la puerta, respiro hondo, me aliso el vestido y salgo con el paso firme.

—¡Valor, soldado! —me grita.

Me giro, sonrío a la vez que alzo el pulgar y sigo mi camino. Puedo hacerlo. Ryan es mi novio, quiero decir prometido, y pronto será mi marido, tengo que ser capaz de hablar con él.

Tess me hace pasar nada más verme. Otro pequeño detalle que se suma a la lista que me indica sutilmente que sabe que estamos juntos. Esa mujer no es idiota. Es obvio que las piezas de este puzle encajaron hace mucho tiempo para ella.

Llamo a la puerta y espero a que Ryan me dé paso.

—Hola —susurro sosteniendo la puerta aún abierta.

—Hola —responde.

Está sentado a su enorme mesa. Tan increíble e injustamente guapo como siempre. Su camisa blanca resalta sofisticada y elegante tras su traje gris marengo y su corbata de un tono de gris más claro.

—¿Podemos hablar?

—Claro —responde inescrutable.

Entro y cierro tras de mí. Camino hasta el centro del despacho intentando que mi paso refleje la misma decisión que cuando salí del archivador hace un momento. Ryan se levanta, rodea su mesa y sale a mi encuentro. Nos detenemos separados por unos pasos. No sabe si sigo enfadada y creo que ésta es su distancia de precaución.

—Quería decirte que he dejado el trabajo con Mills esta mañana.

Por un segundo los ojos de Ryan se abren imperceptiblemente pero su expresión continúa imperturbable.

—Lo he hecho porque no quiero que discutamos más y porque, aunque sea una locura irracional, te entiendo —añado soltando todo el aire de mis pulmones.

Una incipiente sonrisa aparece en sus labios.

—Pero tenemos muchas cosas que hablar —continúo—. No puedes decidir por mí...

Ryan atraviesa la distancia que nos separa y toma mi cara entre sus manos.

—Ryan —me quejo pero no me muevo.

—Maddie —vuelve a interrumpirme—, cuando volvimos, me juré a mí mismo que haría todo lo posible por hacerte feliz y pienso cumplir esa promesa.

—Mi carrera es importante para mí.

—Lo sé. Por eso no pienso permitir que trabajes para un estúpido como Roy Maritiman o que desperdicies tu talento sirviendo cafés a nadie, ni siquiera a Harry Mills.

Sabiendo lo que Harry Mills significa para él, esa frase tiene muchísimo valor.

—No voy a volver a trabajar para ti —le advierto.

Ryan me dedica su media sonrisa.

—Ya veremos.

Resoplo exasperada pero también divertida. Es realmente agotador.

Ryan me obliga a levantar la cabeza. El bastardo presuntuoso está más que satisfecho y yo, a pesar de todo, no puedo evitar sonreír. ¿Qué puedo decir? Me tiene ganada.

Me besa, sonrío contra mi boca y me muerde el labio inferior con fuerza.

—Joder, ¿cómo es posible que ya me la hayas puesto dura? —susurra salvaje—. La reunión con Miller y Spencer va a ser un infierno.

—¿No puedes cancelarla? —murmuro contra sus labios mientras que fingidamente inocente me estrecho contra su cuerpo.

Ryan gruñe, baja su mano por mi costado y me da una fuerte palmada en el trasero. Doy un respingo por la sorpresa y él, un paso atrás hasta apoyarse, casi sentarse, en la mesa.

—A casa —sentencia con una media sonrisa a la vez que se agarra al borde de la madera.

Yo pongo cara de pena y mi mejor mirada de cachorrito abandonado. Ryan me contempla fijamente con la misma media sonrisa en los labios, dejándome completamente claro que mi expresión y mis ojitos fingidamente tristes no están haciendo ninguna mella en él.

—Si quieres conseguir algo de mí con esa carita —me dice inclinándose hacia mí—, vas a tener que hacerlo mucho mejor.

Yo le hago un mohín y, ante su divertida mirada, doy media vuelta y me encamino hacia la puerta. El señor autocontrol parece inmune a mis encantos. Pero entonces me detengo, me giro, tomo el bajo de mi vestido con ambas manos y lo subo muy despacio. Lo justo para que vea el inicio de mis divertidas braguitas *cheeky* de algodón.

—No son de encaje —digo como si no estuviera comentando nada fuera de lo común—, pero apuesto a que quieres ver cómo me quedan.

Ryan sonrío duro y sexy y, fugaz, cubre su labio inferior con la lengua mientras me recorre con la mirada.

Cuando sus ojos vuelven a posarse sobre los míos, dejo caer el vestido y me doy media vuelta.

—Buena suerte en tu reunión —le digo socarrona justo antes de abrir la puerta.

Ryan no dice nada y yo me marchó triunfal. «Sí, señor Riley. Puede jurar que este asalto lo he ganado yo.»

Salgo a la redacción en dirección a los ascensores cuando mi iPhone suena dentro de mi bolso avisándome de que tengo un mensaje. Lo saco sin dejar de caminar y miro la pantalla.

Te quiero en mi cama sólo con esas bragas. Voy a tener una reunión muy larga para decidir qué voy a hacer contigo.

Mi cuerpo se enciende y una oleada de puro deseo se despierta en mi sexo. Suspiro discretamente y guardo el móvil de nuevo mientras lucho por no sonreír como una idiota. No puedo esperar a llegar a casa.

Me despido de Ben, que debe empezar a preguntarse qué hago aquí tan a menudo si ya no trabajo en *Spaces*, y, justo antes de alcanzar la puerta de cristal, Lauren me intercepta.

—¿Qué tal ha ido, chica? —me pregunta.

—¿Tú no deberías estar trabajando? —inquiero a mi vez con una sonrisa.

—¿Y tú echando un polvo?

—Mi sexo salvaje en la oficina ha quedado pospuesto por una reunión con tu jefe —me lamento.

—El señor irascible-sexo increíble también tiene que ganarse el pan —me informa.

Ambas sonreímos.

—Ahora que llevas una vida tipo mujer de Donald Trump —me dice sin asomo de dudas—, ¿nos tomamos un café en Marchisio's?

Me toma del brazo y me obliga a echar a andar antes de que pueda rebatirle esa afirmación. No pienso convertirme en una esposa florero de la parte alta de Manhattan. Me niego en rotundo.

—¿En serio alguna vez trabajas? —pregunto burlona.

—No sólo trabajo —responde muy digna—, además soy la mejor. Con eso y este cuerpo de infarto, mi jefe me adora.

—Creo que el señor Miller no estaría del todo de acuerdo con esa afirmación.

—Ay, el señor Miller. Un día de estos Ryan lo desintegrará con la mirada y seré libre.

Entramos en el gastropub y nos sentamos en la que era nuestra mesa. Siento una punzada de nostalgia de que ya no sea así. Lo cierto es que, si adoraba trabajar en *Spaces*, uno de los motivos era poder pasar tiempo con Lauren.

—Si tantas ganas tienes de librarte del señor Miller, ¿por qué no te casas con Bentley y te conviertes en una dama de la alta sociedad neoyorquina?

Lauren hace un gesto imperceptible que no se me escapa. La miro perspicaz. ¿Qué está pasando aquí? Finalmente resopla.

—Yo no estoy hecha para el matrimonio, chica —responde sin ni siquiera mirarme.

Coge la carta y comienza a leerla concentradísima.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, vuelvo a cerrarla y vuelvo a abrirla, pero en ese instante

Lauren alza la vista hacia mi espalda.

—Mira a quién te he traído —dice con una sonrisa enorme.

Me giro y veo a Lou, el encargado del Marchisio's, acercarse a nosotras.

—Hola, Maddie —me saluda con una sonrisa que inmediatamente le devuelvo.

—Hola, Lou.

Miro de reojo a Lauren, que observa al camarero como si fuera su persona favorita en el mundo. Está claro que no quiere hablar. No sé si del tema boda en particular o del tema Bentley en general. Suspira hondo y nerviosa mientras Lou nos cuenta las remodelaciones que su jefe tiene previsto hacer al local. Es más que obvio que está incomoda, así que decido darle cuerda.

—Lou —lo llamo—, ¿te haces una idea de cuánto he echado de menos tus ravioli *de ricotta al pesto*?

—Teniendo en cuenta que me lo dijiste la última vez que estuviste aquí y eso fue hace cinco días, supongo que... mucho.

—Efectivamente —replico con una sonrisa.

Lou me devuelve el gesto y Lauren, al comprobar que participo del cambio de conversación, parece menos inquieta.

—Marchando un par de platos —responde anotándolo en su libreta de comandas.

—Con dos Coca-Cola *light* —añado.

El camarero se retira y yo le observo hacerlo.

—Estoy completamente convencida de que Lou es gay —digo con total seguridad.

Lauren sonrío sorprendida de mi comentario. Sé que ahora mismo me está agradeciendo mentalmente que haya renunciado al tema Bentley, porque tras apenas un segundo su expresión se relaja por completo y me mira dispuesta a comentar la vida sexual de Lou.

—¿Has mirado bien a Lou? —me pregunta—. Tiene pinta de motero chungo.

—No un gay de colores flúor en pantalones y pelo, pero sí uno de esos a quien le gusta la música *country* y los hombres fornidos con sombreros de *cowboy*. —Mi amiga sopesa la idea—. Te aseguro que en la intimidad hace unos centros de flores alucinantes.

Ambas nos echamos a reír.

—Habrá que invitarlo a salir alguna vez —sentencia—, para salir de dudas.

Asiento entusiasmada.

—Por cierto, hablando de salir —continúa—, ¿recuerdas que te dije que quería darle una fiesta sorpresa a Bentley?

Asiento de nuevo.

—Será esta noche. Vendréis, ¿verdad?

—Sí, claro. Me muero por ir a ese sitio y por pasar tiempo contigo —recalco socarrona.

Lauren me hace un mohín y mi sonrisa se ensancha.

Estamos en el Marchisio's más de lo estrictamente llamado *hora de comer*, pero no tengo nada que hacer y mi queridísima amiga necesita muy poco para mantenerse lejos de su cubículo y del señor Miller.

Al final decido convencerla de que volvamos y yo, tras pensarlo unos segundos, decido subir a la planta veinte para ver si Ryan ha terminado ya su reunión. Me muero de ganas de estar con él. Parezco una yonqui buscando su dosis.

En el ascensor tengo que aguantar todo tipo de burlas por parte de Lauren. Sin embargo, cuando finge abrazarse a sí misma mientras hace ruidos de besos, las puertas se abren en la planta dieciséis y siete ejecutivos se quedan mirándola boquiabiertos. El premio de hoy al mayor bochorno es para ella.

Salgo del ascensor muriéndome de risa. Es una de las pocas veces que he visto a Lauren sonrojarse.

Cruzo la redacción nerviosa y, para qué negarlo, excitadísima. Me acerco hasta la mesa de Tess y la saludo con una sonrisa enorme.

—Maddie, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunta amble.

—Quería saber si sería posible ver al señor Riley.

—Me temo que no. Aún sigue reunido.

Vaya, parece que definitivamente hoy me quedo sin mi sexo salvaje en la oficina.

Me despido con una sonrisa, más pequeña, y me marcho.

Paso la tarde con Álex y *Lucky* en Bryant Park. Para cuando regreso a Chelsea, ya ha anochecido. Dejo al perro correteando por el salón y voy a coger una botellita de agua helada al frigorífico. El paseo me ha dejado sedienta.

Aún estoy en la cocina cuando oigo pasos en el estudio y apenas unos segundos después Ryan sale con unos papeles en la mano. Al reparar en mi presencia, sonrío y sus ojos azules se posan en los míos.

—Pero mira a quién tenemos aquí —dice caminando hacia mí—. Si es mi descarriada prometida.

—¿Descarriada, señor Riley? —respondo burlona apoyándome en la isla de la cocina—. Creo que necesita un diccionario de palabras modernas.

Sonríe y me besa. Sus labios saben deliciosamente bien.

—Ha llamado Bentley —comenta robándome la botellita— para preguntarme si vamos a ir esta noche a una especie de cabaré —pronuncia la última palabra algo confuso.

—Sí, el Can Can Rouge, y se suponía que era una sorpresa para él.

Ryan se encoge de hombros.

—¿Te gustaría ir? —continúo.

—No —responde sin más—, pero, por la manera en la que has pronunciado Can Can Rouge —repite con su perfecto acento francés y la sangre me arde—, imagino que tú sí quieres, así que podré hacer ese increíble esfuerzo.

Me estrecha contra sus brazos y yo sonrío.

—¿Ver a chicas bailando prácticamente en ropa interior es un increíble esfuerzo para ti?

—Sí, probablemente me las haya tirado a todas y tenga que dar muchas explicaciones.

Lo miro absolutamente escandalizada. Él me dedica su preciosa sonrisa y yo me derretido un poco. Cuando quiere, puede ser un sinvergüenza con mucho encanto.

—Llevo todo el día echándote de menos —susurra contra mis labios y ya me tiene ganada.

Me besa estrechándome contra su cuerpo. Yo deslizo mis manos por su pelo y me deleito en su maravilloso olor. Ahora mismo no hay un lugar mejor en el mundo.

—¿Tú no tendrías que estar en mi cama en braguitas? —pregunta.

S sonrío encantada. Por mí puedo subir y tumbarme ahora mismo.

«Me llamo Maddie y soy adicta al sexo.»

En ese preciso instante oímos un carraspeo al fondo de la sala y rápidamente nos separamos. Finn está junto a la puerta. Ryan le hace un gesto para que hable conservándome aún entre sus brazos.

—Señor Riley, la señorita Borow está aquí.

¿Qué?

Pongo mala cara. ¿Cómo se ha podido atrever a venir hasta aquí y a estas horas? Fingidamente desinteresada, pues no quiero darle más motivos para que piense que soy una cría celosa, centro mi vista en su hombro esperando oír cómo le dice a Finn que le diga que se marche.

—Que suba.

¿Qué? ¿Qué?

Automáticamente alzo la cabeza buscando su mirada. No me puedo creer que la haya dejado pasar. Sin decir nada, lo empujo para obligarle a soltarme y camino acelerada hacia el piso de arriba.

—Maddie, Maddie —me llama—. Joder —le oigo farfullar.

Pero no corre tras de mí, si no que se queda a esperar a esa arpía. Ahora mismo estoy atónita y furiosa. Corro a la habitación y comienzo a dar vueltas como uno de esos ratoncitos de laboratorio que tiene que salir de un laberinto. Paseos cortos y absurdos que sólo hacen que me ponga más nerviosa.

No logro comprenderlo. Esa mujer es la culpable de que nos peleáramos. Ya sé que me dijo que tenía negocios con ella, pero también recuerdo perfectamente que no quiso hablar de qué negocios eran esos.

¿Cómo no puede odiarla? No lo entiendo. Se comporta como si no hubiera ocurrido nada. Marisa se presenta en su casa a una hora ridículamente absurda para hablar de negocios y él la recibe con total naturalidad.

«Preocúpate por si la ha estado recibiendo con total naturalidad cuando tú no estabas aquí.»

Suspiro furiosa. Lo último que necesito es quedarme aquí plantada devanándome los sesos.

Camino hasta el vestidor y busco qué ponerme. Me arreglaré, me largaré de aquí y cenaré algo

con James y las chicas antes de ir al cabaré.

«Y Ryan es un gilipollas.» Necesitaba desahogarme.

Veó el vestido negro de Lauren que traje por error. Lo observo unos segundos. Es corto y ajustado. Perfecto.

Me doy una ducha rapidísima y corro de nuevo al vestidor. Me pongo un bonito conjunto de ropa interior negro y el vestido. Me subo a mis botines *peep toes* del mismo color y camino hasta el espejo. Doy una vuelta intentando averiguar cuántos milímetros tendría que subirse la ajustada tela para que se me viera el culo. La respuesta es muy pocos.

Prácticamente en el mismo instante en el que comprendo que no puedo salir a la calle así, Ryan atraviesa la puerta del dormitorio como un ciclón. Se gira hacia el vestidor y sus ojos azules se encuentran con los míos. Sin embargo, de inmediato se oscurecen y me recorren de arriba abajo.

—No vas a salir con ese vestido —sentencia.

Yo sonrío breve y fugaz, pero destilando toda mi rabia. Ya había decidido no ponérmelo, pero eso él no lo sabe y ahora me las va a pagar.

—Sí, sí que voy a hacerlo —replico insolente.

Estoy furiosa.

—Maddie, no voy a repetírtelo —me advierte.

—¿A Marisa también le decías la ropa que tenía que ponerse cuando estabais juntos? —pregunto llena de desdén.

Ryan me mira descolocado. No esperaba esa pregunta.

—¿A qué viene eso?

—A que, si esa mujer forma parte de tu vida, no entiendo por qué no podemos hablar de ella.

Mi voz suena calmada en clara oposición a mi corazón, que late desbocado a punto del colapso.

—Esa mujer no forma parte de mi vida —responde sin asomo de duda.

—Pero sí puede venir aquí de noche.

Sólo de imaginarla pasearse por esta casa, todo rastro de calma desaparece de mis palabras.

—Es trabajo, joder —responde con la voz endurecida, malhumorado y exasperado. ¡Es el colmo!—. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—¿Y tanto te cuesta entender a ti que odio verla y que odio mucho más verte a ti con ella?

Dios, ¿cómo no puede comprenderlo?

—Maddie, son negocios.

—¿Qué negocios?

Ryan no contesta y no puedo creerme que ni siquiera ahora vaya dignarse a decir una palabra.

—Me marcho —digo ahogando una risa nerviosa en un breve suspiro—. He quedado para cenar con James y las chicas.

Doy el primer paso hacia la puerta pero Ryan se coloca frente a mí bloqueándome el paso.

—No vas a salir así y no pienso discutirlo. —Cada palabra ha salido de sus labios arrogante y presuntuosa.

Yo quiero mandarlo al cuerno. Decirle que me visto como quiero y que él no es nadie para ordenarme nada, más aún después de lo que ha pasado hace unos minutos, pero esa forma en la que me mira despierta mi cuerpo traidor absolutamente en contra de mi voluntad.

Necesito salir de aquí.

—Déjame en paz, Ryan...

Ni siquiera me deja terminar la frase. Coge mi cara entre sus manos y me besa salvaje a la vez que me lleva contra la pared.

Yo gimo contra su boca pero inmediatamente intento resistirme. Lo empujo, pero Ryan me acorrala de nuevo. Sus labios saben tan bien que mis fuerzas comienzan a evaporarse.

«Maldita sea, ésta no puede ser su solución para todo», me grito. Intento empujarlo otra vez, pero baja su mano por mi costado y la desliza bajo mis bragas. Introduce dos de sus dedos en mí y todo mi cuerpo se rinde.

Odio desearlo así.

Ryan sonríe como si hubiera oído mi queja mental y comienza a acariciarme con el pulgar a la vez que sus dedos entran y salen de mí.

Tira de los dos y nos deja caer sobre la cama. Sin darme un solo segundo para pensar, se abalanza de nuevo sobre mí.

Oigo una tela rasgarse, he vuelto a quedarme sin bragas, su cinturón abrirse y, acto seguido, me embiste con una fuerza atronadora y la respiración entrecortada.

Grito.

Ryan se mueve rápido, duro. Se ancla a mis caderas. Me acerca aún más a él. Me embiste todavía con más fuerza, más profundo.

Salgo al encuentro de sus estocadas.

Todo mi cuerpo se tensa. Arde. Es una maldita locura.

Grito más fuerte. Me embiste más fuerte.

¡Dios!

Me corro en un salvaje orgasmo. Rápido, brusco, duro y que me llena de un placer indomable.

Ryan libera mis caderas sin dejar de moverse y hunde su cara en mi cuello. Me lame. Me muerde. Me besa. Hace que me resulte imposible escapar de mi propio placer y lo alarga más y más.

Me embiste una vez.

Noto su cuerpo tensarse sobre el mío y se corre liberando su cremosa esencia sobre mi pelvis.

Alza la cabeza y sus impresionantes ojos azules se encuentran con los míos. Mirándolos ni siquiera recuerdo por qué estoy tan enfadada.

Me da un último beso en los labios, se levanta ágil y sale de la habitación. Es plenamente consciente de que acaba de salirse con la suya.

Me llevo las manos a la cara. Mi fuerza de voluntad y mi capacidad de resistencia son las primeras en bajarse las bragas. Eso está claro. Resoplo malhumorada. Nunca va a tomar en serio nada de lo que le digo si después deo que me eche un polvo y se marche triunfal.

Me levanto de la cama y doy un nuevo suspiro. Esto no va a volver a pasar.

«Ja, ja.»

Me dedico mi mejor mohín y entro en el baño. Necesito quitarme este vestido ridículamente corto y darme otra ducha.

Me coloco delante del espejo para recogerme el pelo y no tener que volver a lavármelo. Sujeto un par de horquillas con la boca pero, cuando veo mi reflejo en el espejo, las escupo de golpe. ¿Qué demonios ha hecho? Me llevo las manos al vestido y miro en directo el enorme rasgón que tiene. No me rompió las bragas, o por lo menos no sólo las bragas, ¡me rompió el vestido! Y, por si fuera poco, se ha corrido sobre él dejando una mancha indisimulable. Todo para asegurarse de que esta noche no saliera con él puesto.

Resoplo furiosa, frustrada, exasperada, con los puños cerrados buscando algo para golpear que no encuentro.

Me quito el vestido, me pongo un albornoz y bajo al salón como una exhalación. Esta vez se ha pasado, se ha pasado muchísimo.

Ryan está en su estudio, de pie junto a la mesa comprobando unos papeles. Entro como un torbellino y, antes de que pueda pensarlo con claridad, le doy una bofetada. Ryan se lleva la mano a la mejilla despacio y clava su mirada endurecida en la mía pero no dejo que la atrape.

—Eres un gilipollas —digo lanzándole el vestido y me marchó tan rápido como entré.

Me meto en la ducha. No recuerdo recogerme el pelo y acabo mojándomelo de nuevo. Estoy furiosa. No puede arrollarme de esa manera.

Me tomo mi tiempo bajo el chorro de agua intentando tranquilizarme, pero no lo consigo.

Ahora recuerdo que nada más levantarme vaticiné que sería un día horrible. No me equivocaba.

El albornoz aún sigue húmedo de mi última ducha así que me envuelvo en una toalla. Salgo del baño en albornoz. Mi paso titubea al ver a Ryan sentado en la cama. Se ha cambiado de ropa. Ahora lleva un traje negro y la camisa también negra, sin corbata. Sabe que así es como está más guapo. El bastardo presuntuoso sabe cómo utilizar sus armas.

Yo finjo que no me afecta que parezca salido de la portada de *Esquire* y sigo caminando hasta el vestidor.

Ryan se levanta y da unos pasos en mi dirección al vestidor. Se detiene en la puerta del inmenso armario y clava su mirada en mí.

Yo empleo todas mis fuerzas en ignorarlo, lo cual es realmente complicado. No podría estar más atractivo. Paso mis vestidos. Ninguno me convence hasta que veo uno vaporoso, atado al cuello con una bonita pieza de pedrería. Es muy sexy y es blanco. Sonríó con malicia. Todavía recuerdo lo que me dijo sobre que vestida de blanco parecía el pecado original.

Quiero descolgarlo pero la percha se resiste así que me pongo de puntillas sobre mis pies descalzos. Mi movimiento hace que automáticamente la mirada de Ryan se pierda en mis hombros desnudos, mi piel escondida bajo el suave algodón de la toalla y finalmente mis piernas.

—Maddie —me llama con la voz impregnada de deseo.

Tengo que hacer un esfuerzo titánico para no responder a esa voz que enciende mi cuerpo como si estuviera fabricado de neón. Decido coger el vestido más tarde y vuelvo a salir del vestidor en dirección a la cómoda. Otra vez ignorándolo.

Abro el cajón y me concentro en buscar un conjunto de ropa interior que ponerme. De reojo veo como Ryan cierra los puños junto a sus costados, resopla y finalmente se marcha.

Yo suspiro aliviada cuando lo hace, creo que si hubiese llegado a tocarme, no habría podido contenerme a pesar de lo enfadadísima que estoy.

«Estoy muy orgullosa de ti, Parker».

Me pongo un bonito conjunto de lencería, el vestido y me subo a los mismos botines *peep toes* negros. Delante del espejo me seco el pelo con el secador y me lo moldeo con los dedos.

Me maquillo muy suave, casi nada, pero resalto mis labios con el carmín rojo *pin-up*.

Ryan me espera junto a la isla de la cocina. Desde que bajo el último peldaño nuestras miradas se encuentran y puedo ver en el azul de sus ojos que le afectado que haya elegido precisamente este vestido.

Misión cumplida.

Aún no he llegado hasta él cuando su móvil comienza a sonar.

—Riley... —responde sin quitarme los ojos de encima—... Sí, sí, no te preocupes... En diez minutos estamos allí.

Cuelga y se mete el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—Tenemos que irnos —me anuncia sin darme más explicaciones.

Asiento.

Toma mi mano y yo, a pesar de lo enfadadísima que estoy con él, dejo que lo haga.

Ese simple contacto carga el ambiente entre los dos de una suave electricidad.

Nos guía hasta el ascensor. En cuanto las puertas de acero se cierran, Ryan vuelve a clavar sus ojos en mí. En este espacio tan ínfimo soy una presa demasiado fácil pero entonces comprendo que yo también puedo jugar.

Finjo que tengo que colocarme bien el botín y me agacho lentamente ante su atenta mirada. Entonces, despacio, alzo la mirada y lo observo a través de mis pestañas. Dejando que esa especie de puro instinto, sumisión y dulzura, esa mezcla que solo él sabe despertar, salga a la superficie.

El pecho de Ryan se hincha brusco y sus ojos se llenan al instante de un deseo desbordante. Antes de que pueda controlarlo, el corazón comienza a latirme muy deprisa y mi respiración se acelera. Su mirada se oscurece y siento como me domina, como solivianta mi cuerpo, como lo excita, lo ata al suyo. He caído presa de su propio deseo. He dejado de jugar.

Me levanto despacio sin desunir nuestra mirada, sin dejar que me domine a través de sus ojos azules. Su respiración también es caótica, rápida. Es una locura.

Ryan se mueve ágil, como el león que asalta su presa, me empuja contra la pared del ascensor aprisionándome entre ella y su cuerpo y golpea con fuerza el botón de parada. Me levanta a pulso e inmediatamente rodeo su cintura con mis piernas.

Me besa salvaje, acelerado y yo gimo contra su boca suplicando por sus manos en cada centímetro de mi cuerpo. Alarga su beso y me da uno más corto justo antes de separarse y dejar su cabeza frente descansar sobre la mía.

—Maddie, no voy a follarte ahora —susurra con la voz rota de deseo.

Lo desea tanto como yo.

Frunzo el ceño confundida. ¿Por qué no?

Ryan se separa y me mira directamente a los ojos.

—Estás enfadada y te arrepentirías en cuanto tus pies tocasen de nuevo el suelo.

Yo echo la cabeza hacia atrás y suspiro con fuerza. Tiene razón.

—Soy muchas cosas —me anuncia deslizándose por la pared hasta que mis *peep toes* tocan el suelo de mármol—, pero nunca me aprovecharía de ti.

Pulsa el botón del ascensor y éste se reactiva al instante mientras lentamente se separa de mí.

Yo me quedo mirándolo echa un auténtico lío. No entiendo cómo puede conseguir que simplemente olvide todo lo enfadad que puedo llegar a sentirme con una sola mirada.

Las puertas se abren. Sin darle tiempo a cogerme la mano, salgo del ascensor. Ryan camina a mi lado en silencio. Parece que él también tiene muchas cosas en las que pensar.

El Audi nos espera en el centro del parking. Pasamos junto a su precioso BMW Serie 4. No hay ni un solo rastro del accidente. Está recién sacado de fábrica, como siempre.

Pasamos el trayecto en el más absoluto silencio. Voy concentrada en la ventanilla y en la declaración de intenciones que ha firmado mi patética fuerza de voluntad. Ryan habla por teléfono. Y en la radio del coche suena *Notion*, de Kings of Leon.

Finn detiene el coche en la calle Mulberry, en pleno barrio de NoLita, y rápidamente se baja a abrirnos la puerta.

—Maddie —me llama Ryan cuando me dispongo a salir—, tengo que resolver unos asuntos.

Le miro confusa. Qué asuntos se resuelven a esta hora de la noche.

—¿No vas a quedarte?

Ladea la cabeza y despacio exhala todo el aire sin levantar sus ojos azules de los míos.

—Te están esperando —responde.

¿Por qué tengo la sensación de que me está echando?

«Porque lo está haciendo.»

Intento leer en sus ojos qué está pasando, pero no soy capaz. No sé si está enfadado y quiere perderme de vista o realmente tiene que resolver algo importante.

Finalmente me obligo a apartar mi mirada de la suya, suspiro discretamente y salgo del coche. No entiendo qué acaba de pasar, pero no pienso darle más vueltas. La noche ya ha sido lo suficientemente complicada.

—Chica —oigo una voz a unos metros. La reconozco inmediatamente. Es Lauren que me llama a la vez que se agarra de mi brazo—, alguien quiere ser el centro de atención hoy —continúa socarrona en una clara referencia a mi vestido.

—¿Tu vestido podría ser más ajustado? —replico de igual forma.

Álex asiente y las tres nos echamos a reír.

—¿Dónde está Ryan?

—Ha tenido que marcharse a resolver unos asuntos —respondo poco convencida.

Lauren frunce los labios y yo le devuelvo el gesto. Sí, la verdad es que a cualquiera que se lo cuente le sonará tan raro como a mí.

—¿Habéis discutido?

Hago memoria para saber por dónde comenzar. Abro la boca dispuesta a hablar, pero la cierro

y finalmente suspiro. Han pasado demasiadas cosas como para siquiera plantearme hacer un resumen de todas ellas.

—Sí —respondo al fin.

Lauren me pone los ojos en blanco y tira de mi brazo para que nos acerquemos a Bentley, James y Charlie, que nos esperan a unos pasos.

Miro confusa a mi alrededor, intentando averiguar dónde está el cabaré, hasta que al fin veo un pequeño cartel con letras de neón en el que puede leerse Can Can Rouge.

Aunque la fachada despistaría a cualquiera, todo cambia en cuanto accedemos al local. El vestíbulo está decorado con papel pintado de varios tipos, pero siempre burdeos y crema, y hay toda una pared llena con pequeñas lámparas de mesa *vintage*.

Una transexual de color con un maravilloso vestido se acerca a nosotros. Es guapísima. Tiene unos enormes ojos marrones que resaltan aún más bajo su maquillaje ahumado.

—Bienvenidos a mi hogar —nos saluda—. Me llamo Sabine.

Todos sonreímos y ella hace una reverencia.

—¿Es vuestra primera vez?

Asentimos.

—Me encanta —añade entusiasmada—. Vírgenes.

Y no podemos evitar echarnos a reír.

Sabine nos hace un gesto para que la sigamos y así lo hacemos. Atravesamos una puerta y lo que nos espera al otro lado sencillamente nos deja boquiabiertos. El local es enorme. Sigue teniendo el mismo papel pintado, que con la iluminación se vuelve increíblemente sugerente y sensual. Hay una gran barra a un lado y todo el salón está salpicado de pequeñas mesas lacadas con coquetas sillas a juego. Presidiendo la enorme sala hay un inmenso escenario con un precioso telón morado. Una docena de camareros se pasean por el local. Ellos, tras la barra con pantalón y chaleco negro. Ellas, entre las mesas con corsé, *shorts* de plumas y medias negras, subidas a unos vertiginosos tacones y con una pajarita adornando todo el conjunto.

Un grupo de jazz a un lado del escenario toca una suave canción de fondo.

Sabine nos guía por el salón hasta una de las mesas más grandes que, aparte de las sillas, tiene un sofá isabelino retapizado en morado a juego con el telón.

Nuestra anfitriona le hace un gesto a uno de los camareros de la barra y a los segundos un chico guapísimo, rubio y con unos impresionantes ojos verdes, nos sirve un irresistible *champagne* rosado.

Ya a solas, brindamos. Desde luego el local bien lo merece.

Le doy un sorbo a mi copa de *champagne*. No voy a darle más vueltas a todo lo que ha pasado, incluido que Ryan esté Dios sabe dónde con Dios sabe quién. Sacudo la cabeza discretamente. Esa línea de pensamientos no me va a llevar a ningún sitio. Marisa ya me ha arruinado una parte de la noche y no voy a permitir que Ryan y yo misma arruinemos lo que queda.

—¿Todo bien, Parker? —pregunta James sacándome de mis pensamientos.

—Todo bien, Hannigan —respondo alzando mi copa.

De pronto todas las luces se apagan y el telón sube. Una chica en el centro del escenario comienza a cantar *a capella Diamonds are a girl's best friend*. Sólo lleva un conjunto de lencería negra y, como todos los que trabajan aquí, es guapísima. Parece un requisito imprescindible.

Da un grito alucinante con la última nota que canta y el ambiente enmudece. Ella sonrío; es plenamente consciente de que acaba de dejar a medio público boquiabierto, y corre hacia el fondo del escenario mientras suena un ronroneo de batería. Tras apenas un segundo, los platillos y todo la banda se unen llenos de energía a la vez que decenas de bailarines ocupan el escenario y la primera chica, acompañada ahora de otras dos, comienzan a cantar una versión de *Material Girl*. Las luces, la música, la coreografía. Es un espectáculo increíble.

Tras dos números más, que aplaudimos entusiasmados, el maestro de ceremonias anuncia un descanso. Lauren, Álex y yo aprovechamos para ir al baño.

—Chicas —nos llama Lauren mientras regresamos a la mesa—, ¿creéis que resultaría muy obvio que me llevase a Bentley al baño para echar un polvo?

—Bueno, eso depende —contesto—. ¿Cuándo fue la última vez que os acostasteis?

—Hace dos días —responde haciendo en cada palabra el mismo hincapié que si fueran dos años.

—Pues entonces sí, es obvio —digo sin más—. Para que el sexo descarado en público esté permitido lo mínimo es una semana sin sexo.

Álex asiente.

—Creo que deberíamos revisar esas reglas —comenta Lauren resignada.

—Esas reglas fueron idea tuya —le replica Álex tras dar un sorbo a su copa—. Para poder seguir siendo una señorita sureña dulce y educada, ¿recuerdas?

Ahora es Lauren la que asiente.

—¿Sabes? Nunca entendí eso. Tú eres de Maine. Eso está tan al norte que hace frontera con Canadá —comento socarrona.

—Ser sureña es una actitud —me aclara.

—Desde luego, tu urbanidad es tu cruz —le dice Álex jocosa.

—No —replica Lauren convencida—. Mis tetas y mi increíble encanto son mi cruz.

En ese momento, sin ningún motivo concreto, echo un vistazo al local y veo a Ryan y a Max acercándose a Bentley. Necesito respirar un par de veces para evitar desmayarme. Está espectacular. Inexplicable e injustamente aún más guapo que cuando se marchó hace un par de horas.

—Él es mi cruz —comento resignada justo antes de robarle la copa a Álex y darle un largo trago.

Las chicas miran donde yo lo hago y las tres observamos cómo Bentley y Max caminan hasta la mesa y Ryan hacia nosotras.

—Hola.

—Señor Riley —lo saludan Lauren y Álex al unísono.

Los tres miramos sorprendidos a Álex.

—¿Qué? —se queja encogiéndose de hombros—. Os lo he oído decir millones de veces y quería probar. Es cierto —añade pícara—, suena muy sensual.

—¿Has probado a decirlo mordiéndote suavemente el índice? —le pregunta Lauren.

—¡Chicas! —protesto tan escandalizada como divertida.

—Nunca quiere compartirlo —le comenta Lauren a Álex a la vez que se dirigen hacia la mesa—. Ésa es mi cruz.

No puedo evitar sonreír y me parece ver que Ryan también lo hace. Le doy un sorbo a mi copa robada de *champagne* rosado y me permito observar a Ryan. Está guapísimo y en este ambiente tan sensual y evocador mi enfado tiene que pugnar en una auténtica batalla campal contras las ganas que tengo de besarlo.

Todo lo que ha ocurrido esta noche ha sido una locura. Sin embargo, creo que, si asumo parte de la culpa y doy el paso de disculparme primero, él hará lo mismo y quizá podamos tener una conversación civilizada.

Suspiro hondo. Sigo furiosa. No va a ser fácil.

—Quería disculparme por lo que ha pasado hoy. —Ryan me mira desconfiado—. Sigo muy enfadada —le aclaro—. Te has comportado como un auténtico capullo, pero yo también tuve algo de culpa. Si dices que es trabajo, yo tengo que confiar en ti, así que lo siento —continúo, obligando a las palabras a cruzar mi garganta.

Ryan me observa durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Acepto tus disculpas —comenta al fin.

Yo lo miro esperando a que continúe.

—¿Cómo que aceptas mis disculpas? —inquiero al ver que no lo hace.

—Sí, las acepto.

—¿Y tú no vas a disculparte? —vuelvo a preguntar molesta e impaciente.

—No tengo por qué hacerlo —responde arrogante.

¿Cómo he podido ser tan ilusa?

—Y esto es increíble —añade aún más presuntuoso—. Te has disculpado sólo para que yo lo hiciera.

Cazada.

—Después te preguntas por qué te veo como una cría.

—Maldita sea, Ryan. Yo no soy ninguna cría.

—Pues entonces deja de comportarte como una.

—Romperme el vestido no fue muy maduro, ¿sabes? —comento impertinente.

—Llamar vestido a eso es un poco osado.

¡Demonios! ¡Qué frustrante!

—Eres un capullo insoportable.

—Un capullo insoportable que te ha follado sin disculparse a pesar de lo enfadadísima que estás conmigo y que podría haberlo hecho otra vez si hubiese querido —replica y otra vez utiliza ese tono tan presuntuoso.

No me lo puedo creer.

Me queda claro que no sólo no está arrepentido por nada de lo que ha hecho, sino que encima le divierte. Maldita sea y yo soy la estúpida que acaba de disculparse.

—Te odio, Ryan.

—Estás preciosa.

Su comentario me pilla por sorpresa.

—Ryan... —No sé qué decir.

—Y me ha encantado oír tus disculpas —susurra inclinándose sobre mí lo suficiente para que su proximidad me deje hechizada.

Me sonrío de esa manera tan endiabladamente sexy y se marcha hacia la mesa. Yo doy el suspiro mental más largo de la historia y apuro la copa de Álex. ¿Cuándo voy a aprender que con él jamás puedo ganar?

«Probablemente nunca.»

Resoplo exasperada y regreso a la mesa. Me siento junto a Álex y fulmino a Lauren con la mirada para que lo haga a mi lado. Sin embargo, la premisa que siempre olvido es que da igual dónde me siente, mi cuerpo siempre reacciona a Ryan aunque sea a cuatro sillas de distancia. ¿Por qué tiene que ser tan condenadamente atractivo?

—¿De dónde sales tú? —le pregunta Lauren a Max.

—De la revista. Ryan me ha pillado robándole el bourbon bueno del despacho y me ha traído hasta aquí.

Todos sonreímos y yo me apunto el dato de que, por lo menos, esos asuntos que resolver han sido en el Riley Group.

—¿Y por qué no te has venido desde el principio? —inquire de nuevo.

—No he tenido mucha opción —responde Max dando un trago a su copa de *champagne*—. La maquetación de este número de la revista ha sido una locura y he dejado muchas cosas pendientes. Necesitas a alguien que te ayude —le advierte a Bentley—. Ya.

Él asiente.

Me siento un poco culpable. Todo esto es porque mi poco razonable prometido no deja que Bentley contrate a una nueva ayudante esperando a que yo decida volver.

—Ahora estoy sin trabajo —comento tímidamente—. Si te parece, podría echarte una mano —Bentley sonrío—. Sólo estos días —aclaro— o hasta que encuentres a alguien.

Lauren da unas palmaditas y yo sonrío discreta. La idea de volver a trabajar con Bentley, aunque sólo sea algo temporal, me entusiasma. Cojo mi copa de *champagne* y de reojo veo cómo Ryan le guiña el ojo a Bentley mientras se lleva la suya a los labios. Me parece que acabo de caer yo solita en la trampa.

El espectáculo continúa y yo me concentro en él tratando por todos los medios de no mirar a Ryan, porque no sé si es la música, las luces o simplemente él, pero cada vez que lo miro siento la tentación de acomodarme en su regazo.

Casi una hora después, en la que las piernas me han temblado cada vez que Ryan ha sonreído, el espectáculo termina con un apoteósico *Don't rain on my parade* cantado por la propia Sabine. Consigue arrancar una ovación casi interminable que continúa segundos después de que el telón caiga definitivamente.

Nos despedimos de los chicos, que se quedan algo rezagados charlando de pie junto a la mesa, y salimos del local. A unos pasos nos espera el Audi. Ryan me abre la puerta para que suba. Por un momento tengo la tentación de decirle que me marchó a mi apartamento, dejarle claro de alguna forma que sigo enfadada y tengo fuerza de voluntad.

Ryan, al ver que no entro, apoya su antebrazo en el techo del A8 y posa su mirada en la mía.

—Maddie —me llama en un susurro con su voz ronca y masculina—, sube al coche.

Esa simple orden y la manera en la que ha pronunciado mi nombre activan todo mi cuerpo y lo rinden irremediabilmente al suyo.

—¿Aún estás enfadada?

Sus ojos azules atrapan los míos por completo. Son tan bonitos, tan expresivos, que aunque quisiera no podría desatar nuestras miradas.

—Creo que sí —musito.

Por lo menos me gustaría seguir estándolo.

—Sube al coche.

No tengo la más mínima oportunidad de huir de esa orden. Algo dentro de mí ya brilla con fuerza.

Me acomodo en el asiento trasero y Ryan lo hace a mi lado. Inmediatamente siento cómo toda la atmosfera del coche cambia y se vuelve deliciosamente tensa, eléctrica. Suspiro intentando tranquilizarme y me humedezco rápidamente los labios.

Finn arranca y nos sumergimos en las avenidas de Manhattan y en su noche.

—Me gusta cómo tu cuerpo reacciona al mío —susurra.

Su voz es tan sensual que logra derretirme por dentro.

—A mí, a veces, no —musito intentando que la mía suene firme.

Ryan me mira confuso pero no dice nada. Quiere que continúe.

—A veces estoy muy enfadada contigo, pero tú sólo necesitas mirarme o tocarme para que todo se evapore.

Ryan me dedica su media sonrisa.

—Bueno, eso es totalmente recíproco —afirma con absoluta seguridad.

Parpadeo. ¿A qué se refiere? Para nada creo que tenga sobre él el mismo poder que él tiene sobre mí.

—Da igual lo enfadado que esté contigo, sólo puedo pensar en tocarte.

Ahogo un extasiado gemido en un suspiro.

—Pero no puedes resolver todos los problemas con el sexo. Las relaciones no funcionan así —sigo armándome de valor—. A veces tengo la sensación de que entre nosotros sólo hay deseo.

Nada más pronunciar la última palabra, Ryan tira de mí y me sienta en su regazo. A esta distancia tan corta sus ojos se ven aún más azules y brillan todavía con más fuerza.

—Sí, joder, te deseo y es algo animal e instintivo —dice tomando mi cara entre sus manos—, algo que me deja sin aliento, algo que hace que sólo quiera follarte una y otra vez. Pero también sé que es más porque, cuando te miro, me siento bien... —hace una pequeña pausa—... como si llegara a casa.

Sonrío como una idiota sin poder desunir nuestras miradas. Sus ojos están llenos de amor y también de deseo. Los mismos sentimientos que estoy segura que reflejan los míos.

—Te quiero —murmuro justo antes de tirar de las solapas de su chaqueta hacia mí.

Ryan sonrío y me besa con fuerza mientras las luces de la ciudad perfilan y cubren nuestros rostros.

Me doy cuenta de que llegamos a Chelsea cuando oigo la puerta de Finn cerrándose. Me separo tímida por haber perdido incluso la noción del tiempo. Ryan me da un último beso corto y dulce y me baja de su regazo.

Justo cuando estamos atravesando las puertas del salón, el iPhone de Ryan comienza a sonar. Qué extraño. Es tardísimo.

Ryan se saca el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y mira la pantalla.

—Espérame arriba, nena —me pide.

Yo asiento y me encamino a las escaleras.

—No te quites ese vestido —me advierte, y una ola de placer anticipado atraviesa mi cuerpo.

Sonrío traviesa y subo ante la atenta mirada de Ryan.

—Riley... Sí, eso es. Necesito toda la información —contesta camino del estudio.

Entro en la habitación, me bajo de mis *peep toes* y voy al baño. No me quito el vestido, tal y como me ha pedido, pero sí me desmaquillo y me cepillo los dientes. Cuando termino, Ryan aún no ha regresado. Me siento en la cama y en ese momento aparece en el umbral de la puerta. Ya se ha quitado la chaqueta y remangado la camisa.

Sonrío dejándome claro que tiene ganas de jugar. Yo, absolutamente a propósito, me muerdo el labio inferior y dejo que su mirada atrape la mía.

Sin decir nada, se sienta a mi lado y casi en el mismo segundo me coge para que yo lo haga a horcajadas sobre él. Mi respiración aumenta vertiginosamente, no sólo porque estemos tan cerca, sino por no tener ni idea de lo que está tramando.

Despacio, se mete la mano en el bolsillo del pantalón y, sorprendida, veo cómo saca mi barra de labios rojo *pin-up*.

—Píntatelos —me ordena con su media sonrisa a la vez que me tiende el carmín.

Sonrí nerviosa y cojo la barra.

Sin dejar de mirarlo, me humedezco los labios lentamente con la lengua, pero es un gesto muy contenido, casi imperceptible.

—Cuando estábamos en el coche yendo a ver a Mills por primera vez, hiciste ese mismo gesto y no sabes cómo tuve que contenerme para no abalanzarme sobre ti.

Yo vuelvo a sonreír encantada, sintiéndome sexy a través de sus ojos.

Destapo la barra muy despacio, casi agónicamente, y me la llevo a los labios. Ryan gruñe cuando el carmín se desliza por ellos. En el mismo instante en que me separo el pintalabios, se lanza sobre mí y toma mi boca con fuerza. Estrecha mi cuerpo contra el suyo sin dejar de besarme, devorando el carmín y, con él, devorándome a mí. Me tumba sobre la cama.

Se separa apenas unos centímetros y, con sus manos aún acunando mi cara, me da un último beso corto y dulce.

—Píntatelos otra vez —me ordena con la voz enronquecida, rota de deseo.

Sonríe sexy y automáticamente me contagia su gesto. Vuelvo a humedecerme los labios, aun más despacio, y de nuevo me llevo la barra hasta ellos. Los ojos de Ryan rebosan deseo y todo mi cuerpo brilla preso del suyo y de la excitación que crece y crece entre nosotros.

Cuando termino, me llevo un labio sobre el otro para terminar. La sonrisa de Ryan se ensancha satisfecha y rebosante de lujuria. Toma el bajo de mi vestido y me lo saca por la cabeza. Otra vez estoy prácticamente desnuda bajo él.

Ryan me quita el pintalabios de la mano y lentamente lo pasea por mi cuerpo desde la base del cuello, entre mis pechos, hasta llegar a mi vientre. Lo destapa y, disfrutando de cada trazo, haciendo que sienta una punzada de placer en mi sexo con cada letra, escribe «MÍA» sobre mi estómago. Contempla su propia obra embelesado con una sonrisa más que satisfecha.

Yo paso suavemente la punta de mis dedos sobre la palabra y sonrío. Me incorporo despacio y me arrodillo frente a él. Desabotono su carísima camisa y dejo que su mirada atrape la mía. Deslizo mis manos bajo la tela y gimo al notar sus contorneados hombros bajo mis dedos.

Me deshago de la prenda y le quito la barra de labios. La llevo hasta su pectoral derecho y escribo «MÍO».

—Para siempre —susurra acariciando la palabra que ha pintado en mi piel.

Yo asiento con una sonrisa triunfal llena de deseo. Ryan me acerca de nuevo a su cuerpo agarrándome por las caderas y me besa salvaje al tiempo que me tumba sobre la cama otra vez. Bajo mi atenta mirada, se desabrocha su carísimo cinturón de Cesare Paciotti y se deshace de sus pantalones.

Me muerdo de nuevo el labio inferior. Joder, es un maldito dios griego.

Ryan se inclina sobre mí y me quita las bragas despacio, haciendo que recorran mi piel caliente. Lo hace sin levantar sus ojos azules de los míos y por algún motivo eso es lo que más me excita de todo.

Avanza por mi cuerpo e inmediatamente siento todo su calor inundándome.

Me penetra con fuerza.

Grito colmada al recibirlo.

Necesito un segundo para asimilar todo su empuje, pero no me lo da.

Comienza a moverse, embistiéndome, dominando mi cuerpo, adueñándose de todo mi placer.

Es delicioso y brutal al mismo tiempo.

Me toma las manos por las muñecas y las sostiene contra el colchón por encima de mi cabeza.

Hunde su cara en mi cuello y yo gimo por adelantado. Sea lo que sea lo que vaya a hacerme, sé que va a gustarme.

Me sujeta las muñecas con una sola mano y baja la otra hasta acariciar mi pezón con su pulgar.

Sus dientes se clavan en mi piel.

Grito.

Acelera el ritmo. Toma mi pezón entre sus dedos y tira de él.

Todo mi cuerpo se arquea.

Es el mejor sexo de mi vida. El que me da este loco controlador, el capullo insoportable, el bastardo presuntuoso del que estoy completa, absoluta e irremediabilmente enamorada.

Me deshago en sus manos y, antes de que pueda controlarlo, estallo en un increíble y espectacular orgasmo que me recorre de pies a cabeza y que consigue que mi sobreestimulado cuerpo suba al cielo.

Sin embargo, Ryan no se detiene. Está pasándose demasiado bien.

—Dios —gimo con los ojos cerrados.

Mi cuerpo se pierde en olas de placer inmensas y desmedidas.

Me gira sin esfuerzo entre sus manos y vuelve a dejarse caer sobre mí. Todo su cuerpo cubre el mío mientras me sigue embistiendo.

—Joder —gruñe extasiado contra mi nuca.

Me penetra lento y profundo, cambiando el ritmo por completo. Sale casi entero y vuelve a entrar en mí una y otra vez, torturándome, hundiéndose cada vez más en mí y a mí cada vez más en el colchón.

Gimo, grito.

Mi cuerpo se tensa.

Ryan me embiste con sus manos ancladas en mis caderas. Una estoca profunda, llena de deseo.

Gruñe con la boca perdida en la piel de mi espalda y repite el movimiento. Duro, brusco, absolutamente delicioso.

Estoy muy cerca.

Ryan parece sentir mi inminente orgasmo porque hace sus embestidas cada vez más rápidas pero igual de profundas, de duras.

Su pelvis choca contra mi trasero.

Grito enardecida.

Se mueve más rápido. Llega más lejos. Está siendo delirante, demencial. El dios del sexo en estado puro.

¡Santo cielo!

Apoya las palmas de sus manos a ambos lados de mi cabeza. Su cuerpo se tensa sobre el mío. Siento cada uno de sus músculos obedecer a cada una de sus poderosas embestidas.

Todas mis terminaciones nerviosas se yerguen.

Mi espalda se arquea.

Sólo puedo pensar en la palabra «MÍA» escrita sobre mi estómago, en la palabra «MÍO» escrita sobre su pecho.

Le pertenezco.

Me quiere.

Me embiste con fuerza y la adrenalina, el placer, el deseo, recorren mis venas mezclándose con mi sangre caliente, lanzándome al paraíso por segunda vez mientras Ryan se pierde aullando mi nombre con sus dedos posesivos en mi cadera, haciéndome sentir de verdad.

Nunca había experimentado nada remotamente parecido.

Nos gira y me abraza con fuerza, acoplando mi espalda a su pecho. El corazón le late desbocado y, sintiendo cómo se calma, me quedo dormida.

El despertador suena pero no tengo ninguna intención de moverme de esta cama. Estoy exhausta. Oigo la puerta del baño y unos pasos acercándose a la cama. A los segundos el molesto sonido desaparece. Ronroneo agradecida. Quiero dormir.

Noto el colchón ceder cuando se sienta a mi lado e inmediatamente me deleito con su dedos acariciando mi estómago. Sigue el contorno de las letras que escribió anoche.

—Me gusta —comenta más que satisfecho.

Yo sonrío sin abrir los ojos. Ahora mismo estoy en la cama más cómoda del mundo mientras el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra repasa las marcas que él mismo escribió en mi piel. ¿Se puede pedir más?

—Creo que a partir de ahora esa barra de labios se va a convertir en una de mis diez cosas favoritas —continúa.

—¿Y cuáles son las otras nueve?

—Mi coche y ocho partes de tu cuerpo —responde divertido.

Mi sonrisa se ensancha y al fin abro los ojos. Ryan ya se ha duchado y está exquisitamente vestido con un traje de chaqueta gris marengo, camisa blanca y corbata azul. Espectacular.

—¿Por qué no me has despertado?

Mi voz atestigua todo el sueño que aún tengo.

—Pensé que después de lo de anoche te vendría bien dormir algo más —responde mitad socarrón mitad presuntuoso.

Yo le dedico mi mejor mohín y él sonrío.

—Mañana almorzaremos en casa de mis padres.

Esa simple frase me despierta de golpe y debe ser de lo más obvio, porque Ryan coloca su mano en mi cuello y se inclina para besarme.

—No te preocupes —susurra contra mis labios—. Sólo vamos a ponerles al día.

Asiento nerviosa. Me da un pánico atroz. Todos han sido siempre muy amables conmigo, pero ahora es diferente.

—Deja de darle vueltas —sentencia y es casi una orden.

Sonrío. Eso es muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer. Aun así, me propongo hacerle caso. No quiero sentirme abrumada desde primera hora de la mañana.

Ryan me acaricia el labio inferior con el pulgar y continúa bajando. Su mirada sigue el movimiento de sus dedos. Mi mandíbula, mi cuello, mi pecho, mi estómago.

—Tengo que irme a trabajar —gruñe malhumorado.

Sonrío pícaro intentando tentarlo. Ryan me observa durante unos segundos, con sus ojos azules brillando con fuerza, y se inclina sobre mí. Va a besarme pero en lugar de eso me da un pellizco en la cadera. Yo doy un respingo y me quejo ante su divertida mirada.

—No intente jugar conmigo, señorita Parker.

Se levanta y yo protesto decepcionada como una niña pequeña que se ha quedado sin caramelos.

«Una comparación de lo más acertada.»

Con una sonrisa en los labios y desatendiendo todas mis suplicas, Ryan sale de la habitación. Observo la puerta unos minutos esperando a que regrese medio desnudo y a ser posible untado en chocolate, pero no tengo esa suerte.

Me desperezco y al fin me levanto de esta maravillosa cama. Cuando lo hago, me doy cuenta de que la sábana está llena de carmín. Automáticamente me miro y observo que yo también estoy completamente manchada. El roce entre nosotros y con el propio colchón han difuminado las palabras que nos escribimos. «La señora Aldrin va a tener mucho en lo que pensar cuando haga la colada hoy», me digo con una sonrisa.

Entro en el baño y, a pesar de lo adormilada que estoy, en seguida reparo en un pequeño mando blanco adornado con un inmenso lazo rojo encima del mármol del lavabo. Curiosa, lo cojo y bajo él hay un nota.

«Mi preferida es la 106. Ryan.»

Sonrío sin saber a qué se refiere y vuelvo a dejar la nota sobre el mármol. Le quito el lazo con cuidado al pequeño mando y lo giro entre mis manos. En seguida la manzana de Apple brilla sobre el metal satinado y abajo puede leerse «iExclusive». Nunca había visto algo así.

Vuelvo a girar el mando. Toco la pantalla y automáticamente se ilumina y aparece una lista de números. Selecciono el ciento seis y la voz de Mick Jagger comienza a sonar cantando *Tumbling Dice*. Sonrío alucinada. No me lo puedo creer. ¡Es un sistema de sonido! Doy saltitos con el mando entre mis manos. En esta casa las duchas acaban de adquirir otro nivel.

La pantalla del pequeño mando vuelve a iluminarse y me doy cuenta de que puedo hacer sonar la canción que desee en la habitación que quiera. Sonrío pícaro y me guardo ese pequeño detalle para un uso posterior mientras los Rolling siguen cantando.

Después de una ducha larguísima, elijo mi vestido negro con la falda llena de estampados naranjas y azules y regreso al baño para poder seguir bailando mientras me seco el pelo, me cepillo los dientes y me maquillo.

Reconozco que me he tomado las cosas con calma, pero es que ese baño parecía el club de moda en Manhattan.

—Buenos días, señora Aldrin —la saludo acercándome a la cocina.

Mis Oxford azules resuenan por el parqué, que, si no fuera imposible, juraría que acaban de acuchillar esta misma mañana. Está impecable.

—Buenos días, Maddie. ¿Café?

—Sí, gracias —respondo sentándome en uno de los taburetes de la isla.

La amable cocinera me sirve un café. Le doy un sorbo. Está delicioso.

—Maddie —me llama con su acento francés—, necesito que me diga cuáles son sus comidas... —Alza la vista buscando la palabra adecuada.

Yo la miro intrigada. Me gustaría ayudarla, pero, como ya he dejado bochornosamente claro, no tengo ni idea de francés.

—*Favoris, favoris...* —repite en un murmullo imagino que pensando la traducción—... ¡preferidas! —dice al fin con una sonrisa—. Necesito que me diga cuáles son sus comidas preferidas.

Yo le devuelvo la sonrisa y, tras pensarlo unos segundos, me encojo de hombros.

—Cualquier cosa que cocine estará deliciosa —respondo dando otro sorbo.

Si está la mitad de bueno que este café, le daría cinco estrellas Michelin.

—Vamos —se queja—. No sea tímida conmigo.

S sonrío de nuevo y lo pienso más detenidamente. Creo que ya sé por qué esta mujer lleva tanto tiempo trabajando con Ryan. Es como él. No acepta un no.

—Me gusta el pescado y el cangrejo. Soy de Carolina del Sur y allí es muy típico.

La señora Aldrin asiente a la vez que me tiende un plato con algo de fruta y huevos revueltos. No pensaba comer nada pero, dada la buena pinta que tiene, no me voy a resistir.

—¿Cuál es la comida preferida de Ryan? —inquiero esperando que no le parezca una pregunta fuera de lugar.

—El *ratatouille*.

Yo la miro sorprendida. Es el mismo plato que insistió en que probara en Of Course y que después se encargó de que la propia señora Aldrin me cocinara.

—Todavía recuerdo cuando era pequeño. Ya entonces tenía mucho carácter. —Sonrío. No me cuesta ningún trabajo imaginarlo—. Cuando se peleaba con su hermano o con su padre, venía a la cocina y se sentaba a la mesa con la expresión muy enfadada —recuerda con ternura—. Nunca quería

contar lo que le había pasado. Yo no decía nada, le servía un plato de *ratatouille* y me sentaba a su lado. Al final se calmaba —añade—, pero nunca conseguía que pidiese perdón. Era muy orgulloso.

La señora Aldrin hace una pequeña pausa y sonríe serena y sincera.

—Tenga por seguro que, si alguna vez Ryan le dice lo siento —continúa—, no son palabras arbitrarias. Jamás las diría si no sintiese cada letra.

Ambas sonreímos. Parece que la descripción de Ryan no ha cambiado mucho.

—Es un buen chico —continúa—. Tenga paciencia con él.

Sigo con la sonrisa en los labios pero ahora se vuelve tímida. No me esperaba este giro de la conversación.

—Lo haré —respondo sin dudar.

—Lo sé, *ma petite*.

Me sonrío llena de dulzura, se limpia las manos en su immaculado mandil blanco y sale de la cocina. Yo suspiro hondo, cojo un trozo de fresa y me lo llevo a la boca. Nunca he dudado de que Ryan fuera una buena persona. Quien necesita oírlo para convencerse de una vez por todas es él mismo.

Termino mi delicioso desayuno y Finn me lleva al trabajo. Siguiendo las antiguas costumbres, me deja a un par de manzanas de la oficina. Soy plenamente consciente de que es una estupidez. Mañana lo haremos oficial contándoselo a la familia de Ryan, pero hasta que eso pase prefiero que las cosas dentro del Riley Enterprises Group sigan igual.

Saludo a Ben con una sonrisa y me monto en el ascensor, atestado como siempre de hombres y mujeres enchaquetados, serios y malhumorados. Sería genial que Ryan hiciera caso de algunas de las sugerencias de Lauren y diera luz verde a los viernes en ropa interior o a los miércoles hawaianos. Hay mucha gente aquí que necesita relejarse y echar un buen polvo.

Cruzo la redacción y entro en el que fuera mi despacho. Me quedo boquiabierta al descubrir que mi mesa está hasta arriba de papeles. Bentley está en la suya de arquitecto repasando una pila interminable de diapositivas. Desde luego Max tenía razón. Necesita inmediatamente una ayudante.

—Buenos días.

Bentley levanta la cabeza y me dedica una sonrisa enorme. Parece que se alegra de tenerme por aquí.

—No digas más —bromeo—. Apuesto a que encuentro dos o tres cosas con las que ayudarte —continúo a la vez que me quito el bolso y lo cuelgo en el perchero.

Me paso toda la mañana ordenando papeles y tratando de hacerle la vida más fácil al que fuera mi jefe. Archivo cartas, actualizo su agenda, dos veces, y llevo una pila de carpetas de vuelta al archivo. Consigo que Bentley se centre en corregir los artículos y yo preparo la reunión de redactores de finales de semana.

Cuando miro el reloj, son más de la una. El tiempo ha pasado volando. He quedado en el vestíbulo con Lauren en menos de quince minutos para comer juntas en el Marchisio's, así que cojo los artículos ya revisados, los reparto entre los redactores y bajo.

Mi amiga me está esperando fumando un cigarrillo en la puerta del edificio. Me sorprende no

haberla visto por mi oficina ni una sola vez. Imagino que el señor Miller debe estar insoportable por algún motivo.

Llego hasta ella justo en el momento en el que le da la última calada a su pitillo, lo tira al suelo y lo pisa con uno de sus carísimos tacones.

—La ciudad de Nueva York te agradece el gesto —comento socarrona.

—Ayer vi cómo una abuela de unos setenta y cinco años atracaba a un vagabundo en la 33. La ciudad de Nueva York a veces es impasible.

No puedo evitar echarme a reír mientras Lauren se toca la nariz con el índice y finalmente ríe conmigo.

—A comer —anuncio aún sonriendo.

Entramos en el gastropub y nos acomodamos en nuestra mesa de siempre. El local aún está bastante vacío, pero dentro de unos minutos se llenará de ejecutivos con el tiempo justo para comer. El camarero se acerca y pedimos dos Coca-Cola *light* y dos ensaladas César.

—¿Qué tal tu primer día de vuelta al redil? —pregunta Lauren socarrona.

Le respondo con un mohín de lo más infantil.

—Eres la ovejita más mona que he visto nunca —continúa burlona.

—Puede que sea una ovejita muy mona, pero el culo que estoy salvando es el de tu queridísimo novio.

—¡Y qué culo!

Repaso mentalmente el trasero de Bentley.

—No está mal.

Ambas sonreímos y le damos las gracias al camarero al unísono cuando deja nuestros refrescos helados sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Hasta que encuentre otro trabajo, Bentley otra ayudante o por lo menos todo esté un poco más tranquilo.

Lauren asiente y le da un trago a su Coca-Cola *light*.

—Sé que te molestó un poco que no te contara que había vuelto con Ryan, así que quiero compensarte —le digo cambiando de tema a uno más interesante.

—Te escucho —responde prestándome toda su atención.

—Quiero que seas la primera en saber que...

Pronuncio las palabras tan despacio que involuntariamente estoy creando mucha más tensión de la que pretendía. Lauren me mira expectante. Trago saliva.

—Voy a casarme con Ryan —suelto de un tirón.

Lauren grita sorprendida y rápidamente se lleva las manos a la boca mientras yo sonrío como una idiota. Los pocos clientes que ya hay nos miran sorprendidos.

—No me lo puedo creer —comenta entusiasmada—. Vais a casaros.

—Me lo pidió cuando nos reconciliamos —le explico nerviosa.

—Maddie —dice con los ojos vidriosos—, estoy muy feliz por ti.

—Pues no vayas a llorar —la amenazo— o yo también lo haré.

Lauren sorbe brusca y da unos golpecitos en la mesa con la palma de la mano.

—Enséñame el anillo. Deslúmbrame —bromea—. Y así no podré llorar.

—No hay anillo —le digo.

Ella me mira confusa. Yo alzo mi mano feliz y le muestro la cinta de plástico rojo que rodea mi dedo anular.

—Es la tira de una chocolatina —explico.

Lauren se deja caer sobre el respaldo de la silla y por un momento creo que va a empezar con una larga lista de bromas y quejas sobre que no tenga un anillo de diamantes, pero finalmente vuelve a sorber a punto del llanto otra vez.

—Ese capullo es el sucio bastardo más romántico que he conocido en mi vida.

Yo me echo a reír y ella finalmente también lo hace.

—Me alegro muchísimo —repite.

—Y yo —confieso feliz.

El camarero llega con nuestras ensaladas y en ese preciso instante la puerta del local se abre y entran Bentley y Spencer y, tras ellos, Ryan charlando con Max, con las Wayfarer aún puestas. Se acomodan en la barra. Spencer dice algo y Ryan se ríe a carcajadas. Creo que voy a desmayarme. No tengo muchas oportunidades de oírlo reír y, cuando sucede, me deja sin palabras.

—Mañana almorzamos con los Riley para contárselo. ¿Tú acompañaras a Bentley?

—No, las comidas incómodas con miedo, temor y nervios prefiero que las disfrutes sola.

Sonrío. No podría haberla descrito mejor.

—Además —continúa —, ayer ya estuve con la hermana de Bentley —Lauren pone los ojos en blanco. No parece que le caiga muy bien—, Savannah. Vive en Luxemburgo y ha venido de visita unos días.

—No sabía que Bentley tuviera una hermana.

—Ni yo y, de haberla conocido antes, hubiera drogado a Bentley en nuestra primera cita y ahora viviríamos con identidades falsas en México.

No puedo evitarlo y me echo a reír. Pero mi risa se transforma en una sonrisa tímida cuando me doy cuenta de que Ryan me observa desde la barra. Nos miramos durante unos segundos y finalmente me dedica una versión discreta pero igualmente preciosa de su sonrisa y vuelve a centrar su atención en los chicos.

—¿Una hermana?, decías —comento tratando de recuperar la conversación.

Lauren me da una patada por debajo de la mesa y yo me quejo con un «ay».

—Ya sé que está muy bueno, pero préstame atención. La hermana de Bentley es una arpía mayúscula.

—¿Mayúscula? —repito al borde de la risa—. No gran, ni grande, ni enorme... mayúscula.

—Sí, mayúscula —se reafirma—. Tengo un vocabulario muy rico y ella es tan zorra que gran, grande y enorme se le quedan cortos.

No tengo más remedio que echarme a reír de nuevo. Lauren está indignadísima con su recién descubierta cuñada.

—Ya tendrás el placer de conocerla —me advierte socarrona—, porque no para de hablar de Ryan.

La expresión me cambia por completo. Otra chica de la alta sociedad neoyorquina babeando por Ryan a nuestro alrededor no, por favor. Ya tengo bastante con Marisa.

—¿Ella también está suspirando por Ryan?

—No lo sé. —Se toma un momento para pensar—. No lo creo. Tres de cada cinco palabras que pronuncia son Ryan, pero no creo que nunca haya habido algo entre ellos. Además, es la mejor amiga de Marisa Borow.

—Sí —comento toda ironía—, definitivamente me va a caer de cine.

Lauren sonrío y a los segundos yo también lo hago.

—¿Algo nuevo sobre Marisa? —pregunta Lauren sumergiendo el tenedor en su ensalada.

—Ayer se presentó de noche en casa de Ryan y yo me enfadé porque él no dudó en recibirla. — Mi amiga me mira invitándome a que continúe—. Ryan dice que son sólo negocios, pero tampoco quiere hablar sobre ello.

—¿Confías en él?

—Claro que sí —respondo sin dudar.

—Pues no le des más vueltas. Serán sólo negocios, como él ha dicho, y ella va a intentar por todos los medios que parezca otra cosa para hacerte dudar a ti. No le des esa satisfacción.

Reflexiono sobre las palabras de Lauren. Probablemente tenga toda la razón. Esa bruja ya intentó separarnos una vez.

—Supongo que tienes razón, pero preferiría que no la viera.

Lauren asiente.

—Imagino que sólo tengo que esperar a que el negocio se concrete —añado.

Mi amiga vuelve a asentir.

—Vas a casarte —repite emocionada con la clara intención de hacerme olvidar a Marisa—. Exijo elegir mi vestido de dama de honor —continúa muy seria.

—Como imaginarás, te obligaré a ponerte el más feo, satinado y pomposo que encontremos.

—No lo dudo. Yo haría lo mismo contigo.

De nuevo nos echamos a reír y prácticamente no dejamos de hacerlo en todo lo que queda de almuerzo.

De regreso en la oficina, trato de concentrarme al máximo y saco adelante muchísimo trabajo. Como no sé cuánto tiempo podré quedarme a ayudar a Bentley, quiero quitarle y adelantar tanto

trabajo como me sea posible.

A eso de las cinco decido hacerle una vista a Ryan. Tengo que recordarme que nuestra relación aún sigue siendo secreta, porque cualquiera que me haya visto camino de su oficina ha pensado que, si no voy a echar un polvo, es que van a darme el aumento de sueldo de mi vida. La felicidad me delata.

—Hola, Tess —la saludo.

La secretaria está de pie apilando unos documentos junto a su mesa.

—Hola, Maddie —responde girándose.

—¿Podría ver al señor Riley?

Tess me hace un gesto con el dedo índice para que aguarde un segundo y se inclina para pulsar el botón del intercomunicador digital de su escritorio.

—Señor Riley, la señorita Parker está aquí.

—Que pase —responde.

Su voz ya hace que mi imaginación vuele libre.

La secretaria me hace un gesto con la mano invitándome a pasar. Yo se lo agradezco con una sonrisa y ando hasta la puerta. Como siempre, llamo y espero a que me dé paso.

Cuando lo hace, abro y cierro tras de mí. Ryan está de pie. Teclea algo en su Mac y mira la pantalla con atención.

—Hola —le digo caminando hasta su mesa.

—Hola.

Levanta la cabeza y, dedicándome su media sonrisa, posa sus ojos azules sobre los míos unos segundos antes de devolverlos a la pantalla.

—Pensé que te habías olvidado de mí —comenta socarrón—. Debes haberlo pasado muy bien.

—Sí —respondo con una sonrisa—, lo he pasado muy bien pero sospecho que eso tú ya lo sabías.

Ryan sonrío de nuevo pero no levanta la vista del ordenador y esa sonrisa sólo confirma todo lo que estoy pensando ahora mismo.

—Incluso hay quien diría que todo esto ha sido una artimaña para que recordara cuánto me gusta trabajar aquí —continúo rodeando su sofisticado escritorio de Philippe Starck—. Ya sabes, trabajar con Bentley, poder pasar tiempo con Lauren, venir a verte.

Me siento en la mesa, muy cerca de él.

—Y apuesto a que ha funcionado —comenta mirándome al fin.

Suspiro bajito. Está muy cerca. Puedo notar su calidez y me resulta deliciosa.

—Sí —continúo con una sonrisa e inmediatamente Ryan me devuelve otra—. Por eso me he dado cuenta de que, si no voy a volver, tiene que ser por algo que realmente merezca la pena.

La mirada de Ryan cambia por un segundo pero su expresión permanece inescrutable. Está claro que no era la respuesta que esperaba.

—¿Y tienes algo en mente? —pregunta.

—Sí.

—¿Y vas a contármelo?

—No.

Niego con la cabeza para reforzar mi respuesta.

Ryan sonrío de nuevo pero de una forma más dura, como si estuviera maquinando algo.

En ese momento suena el intercomunicador digital.

—Señor Riley —es la voz de Tess—, la señorita Stevens está aquí con las demos que pidió a Contabilidad.

Ryan me mira y tengo la sensación de que acaba de decidir retrasar a esta noche lo que quiera que se le haya ocurrido para sonsacarme dónde pienso trabajar. Involuntariamente lanzo un profundo suspiro sin dejar de mirarlo. Ni siquiera sé que es lo que ha imaginado y el deseo ya me embarga. Su sonrisa se ensancha. Él sí que tiene claro lo que yo estoy pensando ahora mismo.

—Que pase —dice al fin.

Lauren entra con un iPad en la mano, deslizando el dedo por la pantalla táctil muy concentrada.

—Señor Riley, ya tengo lo que me pidió.

Al alzar la cabeza repara en mi presencia y frunce los labios. Ahora mismo su imaginación también está volando libre.

Ryan me coloca un mechón de pelo tras la oreja y deja su mano en mi mejilla prolongando su caricia.

—Espérame aquí. No tardaré y nos marcharemos a casa.

Yo asiento y Ryan sale al encuentro de Lauren. Ella cuadra los hombros inmediatamente y con una actitud de lo más profesional le explica sobre la tableta varios detalles de las previsiones que ha elaborado. Ryan asiente, le quita el iPad de las manos y se dirige hacia la puerta.

Sin ningún disimulo, Lauren lo observa mirándole descaradamente el culo hasta que sale del despacho cerrando la puerta tras de sí.

—Está buenísimo y lo sabe —comenta Lauren.

Yo me echo a reír y me dejo caer en el sillón de Ryan. Lauren rodea la mesa y se sienta justo donde yo lo estaba hace unos segundos.

Tomo el ratón del ordenador y abro el navegador. Tengo un plan.

—¿Qué haces? —pregunta Lauren observándome.

—Algo importante —respondo misteriosa con una sonrisa.

Tecleo una dirección y poco segundos después la web del *New Yorker* se abre ante mí. Pincho el apartado de trabajo y relleno una solicitud de empleo.

—¿Hay un puesto libre en la revista? —inquire Lauren sorprendida.

—No lo sé —respondo—, pero, si lo hay, quiero conseguirlo.

—Ésa es la actitud —me anima con una sonrisa.

Envió la solicitud obviando el consejo de Lauren de incluir lo bien que se me da cantar en los karaokes los grandes éxitos de Katy Perry y cierro la página. Ahora sólo necesito un poco de suerte.

Estoy a punto de levantarme cuando el icono de correo tiembla en la parte inferior de la pantalla. Por inercia, sin recordar que no es mi ordenador, llevo el cursor hacia él y aparece el nombre de Marisa Borow. Es un correo de esa arpía.

Inmediatamente suelto el ratón. No quiero ser la clase de novia que espía móviles y ordenadores.

Lauren, que ha visto exactamente lo mismo que yo, me mira esperando a que dé el siguiente paso.

—¿Vas a leerlo? —me pregunta en un susurro.

—No —respondo enérgica.

¿De verdad no voy a hacerlo? Podría ser la prueba definitiva de que son sólo negocios o la prueba definitiva de que no son sólo negocios. Necesito una maldita respuesta y Ryan nunca va a dármela.

—No lo sé —musito.

—No deberías.

—Estoy a un paso de acabar en un programa de testimonios de la tele por cable —me lamento.

—Me encantaba Oprah.

—Yo siempre he sido más de Jerry Springer.

Ambas sonreímos pero no me llega a los ojos.

—Ryan nunca habla contigo. Es normal que te sientas tentada.

Suspiro con fuerza. No debería hacerlo pero ¿y si así consiguiese de una vez una maldita respuesta?

—Si vas a hacerlo, hazlo ya —me apremia—. Me muero de curiosidad.

—Cállate —protesto.

No voy a hacerlo y ni siquiera debería estar dudando. Soy una persona horrible. «Una persona horrible a la que le encantaría que le explicaran las cosas», me autodefiendo. Toda la culpa es de Ryan. Si fuera más comunicativo, yo no estaría planeando convertirme en un novia *vulneraintimidades*.

«Eso es lo primero que puedes contar cuando te entrevistaste Jerry Springer.»

—De todas formas ahora tienes cosas más importantes en las que pensar —me recuerda mi queridísima amiga y automáticamente el estómago se me encoje. Mañana estaré sentada delante de todos los Riley escuchando cómo Ryan les cuenta que vamos a casarnos.

—Quiero morirme —gimoteo a la vez que cruzo los brazos sobre la mesa y hundo mi cabeza en ellos.

—Has salido de cosas peores —me anima Lauren.

—Y tú has entrado en cosas peores —respondo desde mi nido de avestruz.

La oigo quejarse y una risilla se me escapa. Lo necesitaba para animarme.

Levanto la cabeza y ambas sonreímos.

La puerta del despacho se abre y las dos nos incorporamos de un salto. Muevo el ratón y rápidamente cierro la pantalla. Suspiro hondo y más aún al comprobar que es Ryan quien camina con el paso decidido hasta nosotras.

Lauren se despide de mí con un gesto de mano y se marcha. Me hace mucha gracia ver cuánto le sigue intimidando Ryan, aunque no sé de qué me sorprende. Yo me acuesto con él y también me pasa lo mismo.

Ryan me sonrío y comienza a revisar algunas de las carpetas que están sobre su escritorio. Yo me quedo observándolo, pensando en el correo electrónico. Me alegro de no haberlo leído, pero al mismo tiempo me muero de ganas por poder preguntar y obtener una respuesta. Toda la culpa es de esa arpía.

Me pongo los ojos en blanco a mí misma. «Basta de pensar en este tema, Parker.»

Ryan cierra la última carpeta y da unos pasos hacia mí. Me toma por la cadera y me atrae hacia él.

—¿Todo bien?

—Todo bien —respondo automática.

—Nena, no tienes que estar inquieta por lo de mañana.

Sonrío nerviosa. El almuerzo es sólo el sesenta por ciento de mi desasosiego. Marisa Borow es el otro cuarenta.

—Estoy bien.

Ryan me estrecha aún más contra su cuerpo y me besa. Suspiro contra sus labios y él sonrío. Mi inquietud, mi incertidumbre y mi culpabilidad acaban de desvanecerse.

—Recoge tu bolso y espérame en el garaje. Finn está allí.

Asiento y ante su atenta mirada salgo del despacho.

Sólo llevo un par de minutos en el Audi cuando Ryan entra en el parking. Camina con el paso decidido y la mirada centrada en su iPhone. En el preciso instante en el que Finn le abre la puerta, él se guarda el Smartphone en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Haremos una parada —informa Ryan a su hombre para todo—. En el 821 de Madison Avenue.

Finn asiente. Yo lo miro intrigada. ¿Qué hay allí? Ryan me sonrío y vuelve a sacarse el móvil del bolsillo. Desliza el índice sobre la pantalla, la observa unos segundos y vuelve a guardarlo.

—¿Qué tal el día? —pregunta fingidamente distraído.

Yo frunzo los labios. Esa manera de querer sacar cualquier otro tema hace que sienta aún más curiosidad. Ryan se da cuenta porque vuelve a sonreír.

Estoy a punto de preguntar impaciente cuando el coche se detiene. Ryan me sonrío pícaro y se baja. Hago lo mismo y miro confusa a mi alrededor. Estamos en pleno Upper East Side. Busco a Ryan con la mirada y río nerviosa al comprobar que está delante de la tienda de Valentino y que Álex

y Lauren sonríen entusiasmadas junto a él.

—Pero  qu  está pasando aquí? —pregunto.

Las chicas me miran pletóricas. Yo camino hacia ellos sin poder creérmelo del todo. Ryan sale a mi encuentro, posa su mano en mi cadera y me besa con dulzura, despacio.

—Compra lo que quieras. Y supongo que es un buen momento para avisarte de que mañana tenemos una gala benéfica en el Metropolitan —comenta socarrón.

Yo lo miro con los ojos como platos.

—Me gusta el color rojo —añade con una media sonrisa frenando cualquier protesta que pensar  hacerle.

Resoplo sin poder dejar de sonr er. Valentino, el Metropolitan, la comida con los Riley. Me siento abrumada y, por supuesto, es demasiado. No hace ni dos días que discutimos precisamente por el dinero que se gasta en mí.

—Ryan, yo...

—Ni se te ocurra decirme que no puedes aceptarlo —me interrumpe.

—Pero es demasiado —me quejo.

—Soy millonario. Acostúmbrate.

Sonríe y me besa de nuevo para compensar su última frase y regresa al coche.

—Finn vendrá a recogeros cuando termin is —me anuncia camino del Audi.

Yo asiento y me acerco a las chicas, que me esperan con las dos sonrisas más grandes que he visto en mi vida.

El coche se aleja y Lauren comienza a dar saltitos.

—Esto es alucinante. La tienda de Valentino, que por si fuera poco tiene una colección exclusiva de Manolo Blahnik.

 lex y yo la observamos al borde de la risa. Est  a punto de tener un *zapatorgasmo*.

Entramos decididas e inmediatamente una dependienta se acerca a nosotras. Nos explica que ya tienen la nueva colección y nos pregunta por dónde queremos empezar, si por los vestidos de cóctel o por los de gala. Las tres asentimos a «todos» y la solícita dependiente nos guía por la tienda.

Me pruebo una decena de vestidos de cóctel, todos absolutamente preciosos, además de los zapatos más increíbles que he visto nunca.

—Mirad lo que tienen aquí —dice Lauren al borde del colapso nervioso con algo escondido a la espalda.

Mueve la mano y nos muestra unos tacones azules con una preciosa hebilla plateada. Los mismos con los que Sarah Jessica Parker inauguraba el vestidor que Big construía para ella en la película *Sexo en Nueva York*.

Las tres nos quedamos hipnotizadas durante unos segundos y finalmente Lauren se descalza y se los prueba. Está viviendo un sueño.

Tras un par de horas, las chicas y yo estamos observando tres modelos colocados sobre un

elegante sofá blanco. Son los tres finalistas, pero necesito elegir uno.

—Llévatelos todos —me anima Álex—. Ryan ha dicho que puedes comprarte lo que quieras.

—No voy a dejar que me compre tres vestidos.

—Oh, Señor —se queja Lauren dramática, mirando al techo—, ¿por qué enviaste el multimillonario a la chica inadecuada?

Álex se echa a reír. Yo le doy un codazo a Lauren y sin poder evitarlo también sonrío. Pero no voy a llevármelos todos.

—Señorita —llamo a la dependienta—, ¿podría decirme cuánto valen los vestidos?

Ella me mira y sonrío algo incomoda.

—El señor Riley ha ordenado que en ningún caso estamos autorizadas a decirle cuánto dinero cuesta nada de lo que hay en la tienda. Ha sido muy estricto en este punto.

Finjo una sonrisa. Sucio bastardo. Ha pensado en todo.

—Estos vestidos son tan bonitos que tienen sentimientos —me anuncia Lauren muy seria.

—Estoy de acuerdo —dice Álex a la vez que asiente.

Yo la miro y frunzo los labios. Se supone que, de las tres, es la más sensata. No me puedo creer que esté dándole la razón a la loca de Lauren.

—Tienes que llevártelos todos o se deprimirán —me advierte.

Álex asiente. Visto que no me van ayudar, vuelvo a mirarlos y señalo el del centro. Uno de los vestidos más bonitos que he visto en mi vida.

—Me llevo ése —le anuncio a la dependienta.

La señorita, toda elegancia y tacones de aguja, coge el vestido con sumo cuidado y se lo lleva hacia el mostrador. A los pocos minutos regresa y se coloca servicial frente a nosotras.

—¿Le apetece ver los vestidos de fiesta?

Yo asiento entusiasmada, aunque tengo la sensación de que, de no haberlo hecho, Lauren y Álex lo habrían hecho por mí. Están pletóricas. No las culpo. ¡Estamos en Valentino!

—¿Tenía algo pensado?

—Que sea rojo —respondo con una sonrisa recordando la forma tan sensual en la que Ryan lo dijo en la puerta.

La dependienta asiente y nos hace un discreto gesto para que la sigamos.

—Creo que en esta tienda no van a tener ningún problema con ese color —susurra Álex socarrona mientras la seguimos.

Después de probarme una decena de vestidos increíbles, la dependienta me trae uno más y tengo un flechazo instantáneo. Es precioso. Un palabra de honor rojo hasta el suelo, cortado a la cintura con un bonito fruncido en el escote. Es de gasa suave y vaporosa. Sencillo pero muy elegante. Me encanta.

Esperamos a Finn en la acera de Madison Avenue con cuatro reconocibles bolsas rojas en la mano. Los dos vestidos y dos pares de Manolos absolutamente irresistibles. Lauren ha querido

quedarse a vivir aquí rodeada de carísimos zapatos. Para convencerla de que saliera de la tienda, hemos tenido que amenazarla con contar en Facebook su *ménage à trois* con Dylan Mcfee.

Dejamos a las chicas en sus respectivos apartamentos y regresamos a Chelsea. Subo feliz las escaleras y entro en el salón con una sonrisa de oreja a oreja y mis cuatro bolsas en la mano.

—Veo que te has divertido —comenta Ryan con un vaso de Jack Daniel's en la mano, atravesando el salón desde su estudio para salir a mi encuentro.

—Tú te divertirás mañana —le informo intentando sonar lo más sexy posible.

—¿Por qué no hoy? —responde exactamente a un paso de mí.

Respiro hondo. Ryan sonrío pero no se mueve, provocándome, demostrándome que tiene el control incluso antes de empezar. Se lleva su copa a los labios y yo suspiro sin poder apartar mi mirada de ellos.

—Sube y cámbiate —me ordena.

—¿Quieres que me ponga lo que he comprado? —pregunto confundida.

Ryan niega con la cabeza.

—Yo también he estado de compras —susurra salvaje mirándome con sus impresionantes ojos azules por encima de su vaso de bourbon.

Automáticamente los recuerdos del maravilloso corsé acuden a mi mente y todo mi cuerpo se despierta imaginando con qué me sorprenderá ahora. Sonrío a la vez que absolutamente soliviantada me muerdo el labio inferior y suspiro despacio. No puedo esperar.

Ryan me dedica su espectacular sonrisa, asegurándose así de que no podré pensar más que en obedecerlo, y ladea la cabeza señalándome las escaleras.

A unos metros de la habitación ralentizo el paso en oposición a mi respiración acelerada y a mi corazón que late desbocado. Entro en el dormitorio despacio y sonrío absolutamente encantada al mirar hacia la cama. Hay un precioso corsé negro cubierto de encajes del mismo color. Termina con una delicada falda de seda muy muy corta color crema. A juego con el corsé, hay un precioso conjunto de lencería negra y un elaborado ligero de presillas, además de unas medias también negras.

Entusiasmada y embargada por un ambiente de lo más sensual, me desvisto y corro hacia el baño. Me doy una ducha rápida y con delicadeza, pero sin perder un solo segundo, me pongo cada prenda. Cuando levanto el corsé, sonrío, casi río, nerviosa al comprobar que hay una pequeña fusta negra. *Uau*, esto sí que no me lo esperaba.

Regreso al baño. Me coloco bien el pelo con los dedos intentando que mis ondas se vean marcadas y salvajes y me maquillo. El último detalle, mi pintalabios rojo. Hoy menos que nunca podría faltar.

Giro delante del espejo sobre mis tacones negros. Me gusta. Parezco una auténtica *pin-up*.

Cojo la fusta y camino hasta las escaleras. Me freno en seco antes de descender el primer escalón y suspiro hondo rezando por ser toda sensualidad.

Al verme bajar, Ryan se levanta del sofá y se acerca al pie de las escaleras. Me recorre de arriba abajo con el deseo brillando en sus ojos azules. Sonrío. Esa mirada es lo único que necesito para sentirme la mujer más sexy del planeta.

—Estás preciosa.

Su voz ronca y masculina vibra dentro de mi cuerpo.

—Pero esto —continúa rodeando la fusta con sus hábiles dedos— es para mí.

Gimo y todos los músculos de mi vientre se tensan expectantes. Lo observo destilando toda esa sensualidad y masculinidad. Tengo la sensación de que, si se lo propusiese, podría hacerme llegar al orgasmo sólo con mirarme.

Sonríe y, ante mi entregada mirada, me quita la fusta, camina hacia el sofá y se sienta de nuevo.

—Ven aquí —me ordena.

Sin dudarle, lo hago y me coloco frente a él. Ryan clava sus ojos en los míos y me hace un gesto con la mano para que me gire.

—Para —vuelve a ordenarme cuando quedo de espaldas a él.

Oigo cómo se mueve en el sofá y mi respiración se acelera aún más. La adrenalina fluye por mis venas. Estoy ansiosa.

Ryan repasa cada una de las tiras de mi ligero y, al llegar a la última, la estira y la suelta.

Gimo bajito mientras el chasquido resuena en la estancia.

—Buena chica —susurra sensual—. No quiero que te muevas.

Coloca la punta de la fusta al final de mi media, la pasea por todo mi muslo sumergiéndola bajo la minúscula falda y llega hasta al ligero.

Mi piel se incendia a su paso.

Ryan se levanta y se queda a mi espalda. Lleva su mano a mi cadera y la desliza hasta mi vientre, estrechándome contra él. Vuelve a colocar la punta de la fusta al final de mi otra media y la pasea de nuevo hasta el ligero.

Gimo soliviantada.

Su erección fuerte y dura despierta contra mi trasero y yo no dudo en acomodarme contra ella, pero Ryan se separa negándome la deseada fricción y me golpea con la fusta en el trasero. Fuerte.

Duele pero también me gusta.

—Te he dicho que no te muevas —susurra en mi oído.

Gimo con fuerza y mi respiración se transforma en un suave mar de jadeos. Estoy muy excitada y no sé si ha sido por su voz o por el azote. Tampoco quiero pensarlo.

Vuelve a pasear la fusta por mi muslo. Cuando la separa sin haberme golpeado, un gemido decepcionado escapa de mis labios antes de que pueda controlarlo. Ryan sonríe a mi espalda y yo me quedo muy quieta con la respiración desbordada. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Ésa es una de las cosas que más me gusta de ti —su voz sensual me derrite por dentro. Comienza a acariciarme el muslo de nuevo con la fusta—, lo valiente que eres, nena.

Suspiro soliviantada y Ryan me golpea.

Gimo.

—¿Te gusta?

—Sí —musito por instinto.

Ryan vuelve a azotarme. Vuelvo a gemir. El deseo me consume.

Me rodea con paso lento y cadencioso y se coloca frente a mí. Levanta la fusta y la punta acaricia mi garganta.

Gimo de pura expectación.

Ryan se humedece los labios fugazmente.

Los músculos de mi sexo se tensan deliciosamente.

Comienza a pasear la fusta despacio. Se demora en mis pechos y continúa bajando por mi estómago.

Mi corazón se acelera.

Se detiene justo encima de mi pelvis.

Nunca había estado tan expectante.

—No te muevas —me advierte.

Su mirada me desborda. Brilla más azul que nunca.

Coloca su mano en mi cuello y la sube despacio hasta sumergirla en mi pelo. Sin separar la fusta de mi cuerpo, se inclina sobre mí y me besa. Su boca conquista exigente la mía. Quiero abrazarlo, acercarlo a mí hasta que no quede un centímetro de aire entre los dos, pero recuerdo que no debo moverme y algo dentro de mí sonrío satisfecho porque sólo quiere obedecerlo.

Baja la fusta despacio y ya no la siento en mi piel.

Ryan continúa besándome. Sonríe. Le deseo. Y en ese preciso instante me golpea justo en el centro de mi sexo. Un golpe suave y conciso que desata una fina línea de dolor y una ola de auténtico placer.

Gimo fuerte contra su boca.

Ryan sonrío arrogante, duro y sexy.

—¿Otra vez?

Me acaricia suavemente con la punta de la fusta por encima de la tela de encaje.

Suspiro intentado recobrar mi capacidad de hablar. Esto es embriagadoramente delicioso. Estoy nerviosa, asustada, excitada.

—Otra vez —musito obligándome a abrir los ojos.

Los suyos me esperan más azules que nunca a la vez que me dedica su media sonrisa. Es adictivo.

Ryan separa la fusta y me azota de nuevo.

Gimo, casi grito.

Inicia un ritmo perverso. Me acaricia con la punta de la fusta y me golpea suavemente con ella. Cada vez más rápido, cada vez más delicioso. No me toca con ninguna parte de su cuerpo y por algún motivo eso lo hace todo mucho más excitante. Está demostrando el control que tiene sobre mí, sobre mi placer.

Otro azote.

Grito de nuevo.

¡Dios mío! La sensación es indescriptible.

Mi cuerpo se tensa. Mi espalda se arquea. Cierro los ojos.

Me besa con fuerza. Gimo contra su boca. Me acaricia. Me golpea de nuevo.

¡Joder!

Y estallo. Siento cada centímetro de mi cuerpo. Siento su calor. Su mirada azul sobre mí. Su poder. Su excitación. La mía. Soy sólo luz y placer y euforia y todo le pertenece a él.

Abro los ojos con la sonrisa más grande del mundo en los labios. Ya no lleva la fusta en las manos y me observa con descaro, sexy y arrogante. Ha conseguido que me corra y sus manos ni siquiera me han tocado.

Contagiada de este ambiente tan eléctrico y sensual, sonrío de nuevo tratando de resultar sexy.

—¿Puedo moverme, señor?

Me sorprende lo dulce y sumisa que ha sonado mi voz.

Ryan asiente despacio sin levantar sus ojos de mí con ese instinto puro y sin adular centelleando en el fondo de su mirada. Yo doy el paso que nos separa y me arrodillo frente a él. Despacio y sin dejar de mirarlo, alzo las manos y desbrocho sus pantalones.

El deseo y una excitación líquida y salvaje recorren de nuevo mi cuerpo.

Tomo su erección y la aprieto.

Gruñe. Sonrío.

Lentamente comienzo a deslizar mi mano por toda su longitud. Es enorme y suave. Me inclino y lamo desde la base hasta el glande, dándole un dulce beso al final justo en la hendidura.

Ryan suspira entre dientes.

Vuelvo a hacer exactamente lo mismo pero demorándome aún más. La aprieto otra vez entre mis manos y sonrío traviesa antes de acogerla en mi boca.

—Joder —gruñe.

Me muevo arriba y abajo despacio, haciendo que mi mano acompañe mis labios. Alzo la mirada y lo observo con los ojos cerrados y la mandíbula tensa. Le gusta y yo me siento increíblemente sexy al saber que él está disfrutando.

Acelero el ritmo, aprieto más su miembro y entonces lo dejo entrar profundo hasta el fondo de mi garganta.

—Maddie —susurra ahogando un gemido.

Gimo con él en la boca y le dejo salir despacio. Sabe delicioso.

Le doy un dulce y húmedo beso justo en la punta y continúo bajando a lo largo de todo su miembro hasta llegar a los testículos. Los beso, los chupo, los lamo, mientras mi mano continúa acariciándolo cada vez más rápido.

Después hago el camino a la inversa y vuelvo a acogerlo en mi boca.

Está disfrutando y yo también.

Coloca sus manos a ambos lados de mi cabeza y comienza a acompañar mis movimientos, a acompañarlos con los de sus caderas que embisten suavemente mi boca.

Acaricio un punto mágico detrás de sus testículos con el reverso de mis dedos.

Ryan lanza un juramento ininteligible y sus músculos se tensan.

Quiero que se libere, que pierda el control. Mi libido está desatada. Vuelvo a acariciar la costura de su piel a la vez que le dejo entrar profundo. Quiero acogerlo entero pero es demasiado grande. Trago instintivamente y el movimiento de mi garganta oprime la cabeza de su miembro.

—Joder, Maddie.

Aguanto un poco más y, cuando le dejo salir, le enseño suavemente los dientes.

Ryan gruñe. Sus dedos se entrelazan en mi pelo con más fuerza. Yo anclo los míos en la parte de atrás de sus muslos y me dejo llevar. Gimiendo. Llena de deseo.

—Maddie —aúlla.

Me embiste. Lo acojo. Me llena. Le deseo. Y noto su esencia cremosa y salada bajar por mi garganta. Le chupo con fuerza hasta llevarme cualquier rastro de su simiente, alargando su clímax. Disfrutándolo.

Ryan me toma por los hombros y me levanta.

—Eres increíble, nena —dice contra mis labios justo antes de besarme con fuerza.

Me estrecha contra su cuerpo y vuelvo a notar su miembro duro como el acero contra mi abdomen. Me maravilla su capacidad de recuperación.

—Quiero follarte —me anuncia salvaje, cerca, muy cerca, y todo mi cuerpo se relame.

Me besa otra vez y se separa unos pasos de mí.

—Desnúdate —me ordena.

Yo suspiro con fuerza. Estoy nerviosa y excitada. ¿Por qué no puede arrancarme la ropa y ya está? Necesito sentirlo dentro de mí.

Ryan sonrío; sabe perfectamente lo que está haciendo. Quiere que me derrita en mi propio deseo.

Suspiro hondo y lentamente llevo mis manos hasta el corsé. Comienzo a desabrochar cada uno de los corchetes. Estoy inquieta, soliviantada, y esta simple tarea me está costando un esfuerzo titánico. «Tócame.» No puedo pensar en otra cosa.

Dejo que el corsé caiga al suelo y vuelvo a respirar hondo. Ryan me observa con el deseo apenas contenido en sus ojos. Esa mirada consigue que mi cuerpo rebose de excitación.

Vuelvo a suspirar y desengancho la primera presilla de la media. No lo hago a propósito, pero mi lentitud parece casi agónica, haciendo que la sensual atmosfera nos atrape aún más.

Gimo bajito. Es una locura. Ni siquiera me ha tocado y siento que mi cuerpo otra vez está a punto de estallar de placer.

Cuando desengancho todas las presillas, llevo las manos a mi espalda justo al final de mi

trasero para desabrocharme el ligero.

—Gírate —vuelve a ordenarme con su voz rota de deseo—. Quiero verlo.

Sin dudarlo, me giro. Vuelvo el cuello y lo miro por encima del hombro. Mi melena castaña cae junto a mi mejilla. Sus espectaculares ojos azules se pierden en mis manos.

Mi respiración está acelerada. La suya también. Mi cuerpo arde.

El ligero cae al suelo.

Y, gracias a Dios, Ryan cubre la distancia que nos separa, me gira entre sus manos y me besa acelerado, casi desesperado, exactamente como me siento yo.

Se deshace de mi sujetador mientras yo lo hago de su camisa.

—Túmbate —me ordena.

Hago lo que me dice y ávida lo contemplo mientras se quita los pantalones y los bóxers. Suspiro. Su cuerpo es una auténtica perdición. Cada músculo, cada hueso rebosa masculinidad y atractivo.

Ryan se inclina, desliza sus dedos entre la tela de encaje y mis caderas y lentamente baja mis bragas hasta que se unen a la maraña de ropa en algún punto del parqué perfectamente acuchillado. Creo que va a quitarme las medias, pero no lo hace.

—Bocabajo —me apremia.

Rota de deseo, lo hago. Ryan se coloca de rodillas haciendo que mis caderas queden entre sus piernas. Guía su perfecto miembro con la mano y me embiste brusco.

Grito por la invasión. Le necesitaba.

Ryan se mueve rápido sin piedad. Se ha estado controlando desde que empezamos a jugar y ahora está siendo todo lo salvaje que no se ha permitido ser. Me aprieta el trasero con fuerza mientras hace sus estocadas cada vez más profundas pero igual de bruscas y rápidas.

Me duele, me gusta. Es placer puro y duro. Es Ryan.

Desliza su pulgar hasta mi ano y juguetea en mi entrada.

Me tenso pero automáticamente mi cuerpo se relaja. El recuerdo de cuánto me gustó sobre la mesa de su despacho centellea con fuerza en mi interior.

Ryan lo introduce despacio.

Grito llena de placer.

—Eso es, nena —gruñe con veneración.

Lo gira lentamente, lo saca y lo vuelve a meter.

Joder. Acabo de comprender que necesito que me tenga de la manera que desee para sentirme satisfecha.

Ryan deja su pulgar en mi trasero y continúa follándome rápido y duro.

Grito, gimo, no lo sé. Estoy a punto.

Mi cuerpo se tensa.

Ryan me da una estocada, deja caer el peso de su cuerpo sobre el mío y, sin salir de mí, rota sus caderas.

—¡Cielos! —grito enardecida—. ¡Ryan!

Cambia de nuevo el ritmo y me embiste salvaje aún más rápido en esta espiral de sexo delirante y delicioso.

Grito. Gimo. Placer.

Ryan me penetra. Mi cuerpo tiembla. El placer me atrapa, me traspasa. Llena mi cuerpo y lo vacía para que sólo exista él entrando y saliendo de mí, cubriéndome con su cuerpo, con su polla, con su voz, como un ciclón que me arrasa de pies a cabeza. ¡Bendito orgasmo!

Estira su último movimiento, se agarra con fuerza a mi trasero y se pierde en mi interior, alargando mi orgasmo, haciéndome partícipe del suyo, consiguiendo que grite, gima, tiemble y ría de puro placer.

Increíble.

Se deja caer sobre mí. Siento su respiración luchar por pausarse a mi espalda y sonrío feliz. Tras unos segundos, sumerge la nariz en mi pelo y me besa en la nuca.

—Debo ser el hombre con más suerte sobre la faz de la tierra —susurra justo antes de levantarse.

Yo sonrío como una idiota y, luchando por no lanzarme en sus brazos de nuevo, me levanto, recupero mi ropa interior y me pongo su camisa.

—Prepararé algo de cenar —comento caminando hasta la cocina.

Estoy muerta de hambre.

Abro la nevera y veo un cuenco de salsa de tomate casera. Lo saco y lo dejo sobre la encimera. No sé para qué, pero pienso utilizarla. Tiene una pinta deliciosa.

—Tengo trabajo —me anuncia abrochándose los pantalones y caminando hacia mí.

Meto el índice en el cuenco y me lo llevo a los labios. No he podido resistirme.

—Las paradas para alimentarse son obligatorias en estado, señor Riley. —Él sonrío—. Además acabas de hacer mucho ejercicio. Necesitas reponer fuerzas.

Ryan se humedece el labio inferior fugazmente a la vez que intenta disimular una más que incipiente sonrisa.

—Eres imposible —se queja divertido.

Metes el dedo en la salsa, parece que va a dármelo pero finalmente lo chupa él. Yo protesto decepcionada pero como recompensa obtengo un rápido e intenso beso.

—Dame una hora —dice y se aleja en dirección a su estudio.

—¿Una hora? —me quejo e involuntariamente ha sonado como un gimoteo.

Mi mente ya había volado libre gracias a ese beso y esperaba que me tumbara en la barra de la cocina.

—Avariciosa —me llama con una sonrisa en la boca.

Le hago un mohín que no puede ver, aunque sonrío intuyéndolo, y definitivamente entra en su estudio.

Yo suspiro y me llevo las manos a la cintura. ¿Qué hago? No necesito una hora para preparar la cena.

Vuelvo a dejar el cuenco en el frigorífico, tras meter el dedo por última vez, y regreso al salón. Recojo la ropa que aún sigue en el suelo, cojo las bolsas de Valentino y lo llevo todo al dormitorio.

Pienso en colgar los vestidos, pero no quiero que Ryan los vea. Serán una sorpresa.

Me recojo el pelo y regreso al salón. En la cocina abro la nevera de nuevo. Soy plenamente consciente de que sólo he decidido empezar a cocinar ya para poder tener la oportunidad de meter el dedo en la exquisita salsa otra vez.

«Y por si Ryan quiere follarte encima de la encimera, no tardes mucho en llegar.»

Sonrío. Eso también.

Veo unos lomos de róbalo ya limpios y perfectamente cortados. Al horno con esta salsa y un poco de tomillo quedaran de miedo.

Pongo el horno a precalentar y comienzo a cocinar. La tarde de compras y el fantástico sexo me han hecho relajarme casi por completo. Sigo sintiendo una incómoda tensión en el fondo del estómago, pero decido ignorarla. Los Riley son encantadores. No tiene por qué salir mal.

Cubro el róbalo con la salsa, meto la bandeja en el horno y listo. En treinta minutos tendremos una riquísima cena.

A pesar de que tardo bastante en encontrar los manteles individuales y demás, aún me quedan más de veinte minutos.

Abriré el vino. Lo pienso un segundo. Con el pescado, vino blanco. Esa ley es universal. Y el vino blanco se sirve frío. Segunda ley universal.

Inspecciono por tercera vez la nevera y encuentro varias botellas. Las tres en impronunciable francés, por lo que aplico la tercera y última regla universal que conozco sobre vinos: si es francés, seguro que está delicioso.

Tras una particular búsqueda del tesoro para encontrar el sacacorchos, logro abrir la botella. Me sirvo una copa e, imitando a Ryan, lo huelo primero. Tiene un aroma muy fresco, como si estuviera rodeada de árboles frondosos. Le doy un sorbo y suspiro encantada. Las reglas universales nunca fallan. Está buenísimo.

Compruebo el reloj del horno. Aún me quedan más de diez minutos. Miro a mi alrededor y opto por el sofá. Haciendo memoria, recuerdo que vi un revistero en la habitación de la televisión. Decidida voy hasta allí, cojo el *New Yorker*, cómo no, y regreso al salón.

Me siento en el inmenso tresillo y por un momento toda mi piel se electrifica al recordar lo que ha pasado aquí hace más o menos una hora. Paso la mano lentamente por la tapicería. Ha sido alucinante.

Sacudo la cabeza y sonrío. No puedo pasarme todo el día pensando en sexo.

«Podrías. Cualquier mujer te entendería.»

Ojeo la revista y en seguida un artículo sobre las nuevas corrientes periodísticas en Europa me

llama la atención.

No me doy cuenta de que Ryan sale de su estudio hasta que sus pasos muy cerca de mí me hacen alzar la cabeza. Cuando la levanto, su mirada está esperando la mía. Sigue descalzo pero se ha puesto una camiseta blanca. El suave olor a lavanda fresca inunda mis fosas nasales. Sonríe y se sienta en la pequeña mesita de centro frente a mí. Yo le devuelvo el gesto.

Ryan me observa durante unos segundos. Misterioso, me roba la copa de vino y le da un sorbo.

—Cenaremos pescado, así que abrí uno blanco. No sé si he acertado, porque la etiqueta superaba mis conocimientos.

Ryan sonríe de nuevo, de esa manera tan dura pero tan increíblemente atractiva, con los codos apoyados en sus muslos y la copa pendiendo entre sus piernas.

—Sauvignon Blanc —pronuncia en un perfecto francés y yo estoy a punto de desmayarme.

Bebe otro sorbo, se inclina ligeramente hacia delante y me besa. Puedo saborear los restos del vino en sus labios. Así sabe aún mejor.

—Sauvignon Blanc —repite despacio.

—Sauvignon Blanc —repito en un susurro.

Creo que no voy a poder olvidar ese nombre jamás.

—*Ce vin...* —continúa mirándome directamente a los ojos.

—*Ce vin...*

—... *est délicieux.*

Suspiro con fuerza. Estoy hipnotizada.

—... *est délicieux.*

Ryan sonríe y me besa sumergiendo su mano en mi pelo y atrayéndome hacia él.

—Será mejor que no aprendas a hablar francés o te juro por Dios que no vamos a salir de mi cama en un mes —me advierte divertido contra mis labios.

Yo sonrío y lo miro pidiéndole en silencio que vuelva a besarme. Me siento ansiosa, ávida de él y ni siquiera entiendo cómo puede ser posible. He estado en sus brazos hace menos de una hora.

La sonrisa de Ryan se transforma en una más presuntuosa. Es plenamente consciente de lo que quiero. En ese momento suena la alarma del horno. Ryan se separa, se levanta y camina hacia la cocina bebiendo de mi copa de vino.

Yo suspiro mientras lo observo. Necesito un segundo. Finalmente me levanto y voy hasta la cocina. Ryan rellena las copas y yo busco los guantes de horno.

—Vamos a la terraza —me anuncia.

Pero no le presto atención abriendo cada uno de los millones de cajones que tiene esta cocina. Cuando alzo la cabeza victoriosa con las manoplas, Ryan está camino de la terraza con las copas en una mano y la botella en la otra.

Sirvo los platos y lo sigo. Justo en el instante en el que cruzo la enorme puerta de cristal, Ryan pulsa un interruptor camuflado en la pared y una hilera de pequeñas luces en el suelo se encienden.

Están ocultas bajo cristales ahumados y el efecto que producen es de lo más agradable, como si fueran pequeñas velas.

La terraza es espectacular. Tiene una inmensa barandilla de hierro y el suelo cubierto de pequeños baldosines. Es la sofisticada revisión de un típico balcón neoyorquino. Sólo falta Audrey Hepburn con un ukelele cantando *Moon River*.

—Es precioso, Ryan.

Él sonrío, me quita los platos de las manos y los pone sobre una bonita mesa redonda de metal. Parece sacada de una cafetería del Soho.

—Nunca había salido a la terraza —comento.

—Ya estamos en septiembre. Pronto va a hacer frío para cenar fuera.

Nos sentamos y le doy un sorbo a mi copa de vino. Sienta de maravilla. Ryan corta un trozo de pescado y se lo lleva a los labios.

—Está buenísimo.

—El mérito es de la salsa —confieso—. La señora Aldrin es una cocinera increíble.

Casi sin darme cuenta pierdo mi mirada en las impresionantes vistas de la ciudad. El perfil de una decena de rascacielos, entre ellos el Empire State Building, domina el cielo de Manhattan. Sin embargo, lo que más me llama la atención es el precioso edificio de Correos. Sólo se puede adivinar la parte superior de la fachada y, en comparación con los inmensos rascacielos, ni siquiera es especialmente alto, pero me parece precioso.

—A mí también me gusta ese edificio —comenta Ryan como si pudiese leerme la mente.

Yo sonrío tímida. No sé cuánto tiempo llevo con la mirada perdida en las vistas.

Continúo comiendo pero no puedo evitar distraerme otra vez. Las vistas, las luces. Esta terraza es la guinda perfecta a toda la casa. Las paredes son de ladrillo visto de distintos tonos. Sonrío al comprobar que uno, justo el que esconde la parte de abajo del interruptor, está al revés.

—Esa pieza está al revés.

Ryan mira confuso hacia donde yo lo hago y, al darse cuenta de qué hablo, simplemente asiente. Frunzo el ceño. Está claro que esa pieza esconde una historia de lo más interesante. Alguien tan perfeccionista como él jamás habría permitido que la pieza hubiera estado así desde el principio.

—¿No vas a contármelo? —pregunto.

—¿Contarte el qué? —inquire a su vez, fingiendo de nuevo no saber a qué me refiero.

—Por qué está al revés.

Ryan resopla y se come su último trozo de pescado. No quiere hacerlo y ahora yo no podría tener más curiosidad.

—Vamos —gimoteo con mi mejor cara de pena.

—Ya te dije que esa carita conmigo no funciona —replica arrogante.

Le dedico un mohín y él responde con una sonrisa. Necesito otra estrategia.

—Hagamos un trato —propongo cuadrándome de hombros para parecer profesional.

—¿Un trato? —pregunta sopesando esas dos palabras—. Te escucho.

—Si me cuentas toda la historia de la pieza, subiremos y te dejaré que hagas conmigo lo que quieras.

Mi voz se hace casi inaudible al final de la frase. El deseo ha podido conmigo.

Ryan empuja el plato con su hábil dedo índice. No sé por qué, no puedo apartar la mirada de un movimiento tan simple. Se cruza de brazos sobre el metal y se inclina ligeramente hacia mí.

—No necesito ningún trato para hacer contigo lo que quiera —responde clavando sus espectaculares ojos azules en los míos a la vez que me dedica su media sonrisa.

Han sido las diez palabras más sensuales que he oído en mi vida.

Suspiro. Intento recuperar el hilo. Podría protestar pero no serviría de nada. Está claro que lleva toda la razón.

—Éste es el trato —continúa—. Si aceptas un regalo que tengo para ti, te contaré la historia.

—¿Cuál es el regalo?

Ryan niega con la cabeza.

—Eso es información privilegiada, señorita Parker.

Frunzo los labios y me recuesto en la silla. ¿A qué se referirá? Si es algo de La Sexualité, me apunto encantada.

—Está bien —respondo.

—¿Trato hecho? —dice tendiéndome su mano.

—Trato hecho —respondo estrechándosela.

Ryan me sonríe muy sexy y demasiado presuntuoso y yo tengo la sensación de que acabo de firmar mi perdición.

—Mi historia —le apremio.

Se recuesta sobre la silla, coge la copa de vino y le da un trago. Odia tener que contármelo, lo que me hace pensar que, si ha cedido a ello para que aceptara el regalo, es porque tenía perfectamente claro que de otra forma no lo habría hecho. Creo que tendría que haber llegado a esta conclusión antes de aceptar.

«Esos ojos azules te lo han puesto complicado.»

—El día que lo dejamos fui a buscarte. Llamé a tu puerta y a la de los Hannigan hasta que desperté a todo el edificio. Después fui a casa de Lauren.

Suena frustrado, enfadado. Está claro que, sea como fuere, cómo se sintió en aquellos momentos, no le gustó.

—Volví aquí —continúa—, cogí la botella de bourbon y salí a la terraza. Estuve bebiendo durante horas.

Hago una mueca de disgusto pero intento ocultarla. Me siento culpable al imaginarlo aquí solo, triste y borracho.

—No sé cuándo decidí que era buena idea encender las luces o apagarlas, ni siquiera lo

recuerdo, y lo hice lanzando la botella de bourbon contra el interruptor. Obviamente se hizo pedazos, pero astillo un poco el ladrillo. Al día siguiente cambiaron la pieza y la pusieron al revés.

Ryan sonríe y yo también lo hago, pero a ninguno de los dos nos llega a los ojos. Me siento culpable aunque sea una estupidez. No fui yo quien terminó con lo nuestro, pero odio escuchar que sufrió.

—¿Y mi regalo? —pregunto dispuesta a cambiar de tema.

—No dije que fuera a dártelo ahora.

—Podrías decirme qué es.

—Creo que no —replica patentemente riéndose de mí.

Está claro que va a pasárselo muy bien con esto.

Su iPhone comienza a sonar. Ryan lo saca del bolsillo de sus vaqueros y mira la pantalla. Se levanta, camina hasta a mí y se inclina para darme un beso.

—Tengo que volver al trabajo —dice contra mis labios.

—¿No hay ningún trato con el que pueda convencerte? —susurro.

Ryan baja su mano y acaricia cada uno de los botones de mi camisa, pero finalmente se incorpora y gruñe malhumorado a la vez que acepta la llamada.

—Riley... —responde entrando de nuevo en la casa y dirigiéndose a su estudio—... ¿Y qué demonios me importa? Diecinueve millones son diecinueve millones. —Definitivamente ahora mismo no está de muy buen humor.

Yo suspiro intentando controlar mi libido y decido disfrutar un poco más de las vistas y la agradable brisa antes de regresar dentro.

No han pasado ni cinco minutos cuando oigo pasos acelerados y un instante después Ryan entra en la terraza como un ciclón, sumerge su mano en mi pelo obligándome a alzar la cabeza y me besa apremiante y tosco como si llevara semanas sin hacerlo.

—Ryan —susurro extasiada contra sus labios.

—¿Qué quieres que te diga? —responde contra los míos—. Me has convencido.

Yo sonrío encantada. Saber que le tiento me hace sentir muy sexy. Ryan me coge en brazos. Yo inmediatamente reacciono rodeando su cuello con mis brazos y sus caderas con mis piernas. Me encargo de que no quede un solo centímetro de aire entre nosotros mientras Ryan, sin dejar de conquistar con fuerza mi boca, nos guía hasta las escaleras.

—Disculpe, señor Riley.

La voz de Finn al otro lado del salón nos detiene automáticamente. Ruborizada, escondo mi cara en el hombro de Ryan y él me baja despacio. Es la segunda vez que nos pilla con las manos en la masa. A saber cuánto tiempo llevaba carraspeando en la puerta del salón hasta que se ha decidido a hablar.

Ryan lo mira con cara de pocos amigos.

—Su padre está aquí.

Inmediatamente suspira brusco a la vez que se pasa la mano por el pelo.

—Sube arriba. Iré en cuanto pueda.

Su voz ha sonado dura y su expresión se ha tensado.

Asiento, pero antes de marcharme me pongo de puntillas y le doy un dulce beso en la mejilla. Adora a su padre pero, por lo poco que he podido comprobar, cada vez que están juntos acaban discutiendo.

Ryan sonrío pero otra vez no le llega a los ojos. Sólo lo ha hecho para tratar de tranquilizarme. A regañadientes me doy la vuelta y me dirijo a las escaleras. Me bajo la camisa todo lo que puedo, como si a base de tirar de ella fuese a convertirse en un vestido de pana hasta los tobillos. Me da una vergüenza terrible que Finn pueda verme.

«Preocúpate de lo que ha visto ya.»

Suspiro luchando por no sonrojarme y subo a la habitación.

Me cepillo los dientes y me meto en la cama. Estoy inquieta, muy inquieta.

Me despierta el peso de su cuerpo sobre el mío. Sus hábiles manos me desabrochan los botones de la camisa. Está acelerado, enfadado. La reunión debe haber sido horrible.

Soy consciente de que debería pararle, obligarlo a hablar, pero tengo la sensación de que me necesita así, entre sus brazos.

—Ryan —susurro.

Se incorpora, se lleva las manos a la espalda y se quita la camiseta.

Sólo se oyen nuestras respiraciones aceleradas.

Me contempla desde arriba. Está furioso, a punto de estallar, y al mismo tiempo sus ojos azules están llenos de un deseo temerario que me seduce.

Se abalanza sobre mí y yo lo recibo como al soldado que vuelve a casa. Se deshace de mis bragas, yo le desabrocho los pantalones y me embiste con fuerza, brusco.

Grito.

No me da tregua ni un segundo para acomodarme. Sus embestidas son duras y profundas, llegando todo lo lejos que es capaz.

Mi espalda se arquea.

Me aferro con fuerza a su espalda.

Ryan me besa. Quiere que cada parte de mi cuerpo se rinda a él.

Gimo con fuerza.

Sus caderas chocan contra mis muslos cada vez más rápidas, casi desesperadas.

El placer se arremolina en mi sexo. Mi cuerpo se tensa. Y me libero en un atronador orgasmo que grito contra sus labios porque ni siquiera ahora deja de besarme.

Ryan clava su puño con fuerza al colchón. Con su otra mano se aferra aún más a mi cadera y se pierde en mi interior con un alarido lleno de rabia.

Se deja caer a mi lado con la respiración hecha un caos. Yo me giro y lo observo. No sé qué

hacer. No creo que quiera que le pregunte, así que simplemente me quedo a su lado y guardo mis brazos bajo la almohada. Espero que sepa que estoy aquí para lo que necesite.

Tiene la vista clavada en el techo. Puedo notar su mente trabajando a mil por hora.

Finalmente vuelve la cabeza y posa sus ojos en los míos durante un solo segundo. En un rápido movimiento, se gira y me obliga a hacerlo a mí para que mi espalda quede acomodada contra su pecho. Como hizo abajo, hunde la nariz en mi pelo y suspira con fuerza.

—Duérmete —me ordena suavemente.

Es la primera palabra que pronuncia desde que entró.

Me despierto desorientada. El día comienza a abrirse paso y todo está teñido de una melancólica luz grisácea. Miro a mi lado. Ryan no está. Suspiro con fuerza. Me preocupa que ni siquiera llegara a dormir algo.

Me abrocho su camisa. Aún huele a él. Me recojo el pelo y bajo al salón. A mitad de camino doy un bostezo casi interminable. Estoy muerta de sueño.

Me sorprende no encontrarlo en su estudio. Busco en el resto de la casa pero no hay rastro de él y es tan temprano que no puedo preguntarle a la señora Aldrin o a Finn.

Decido volver a su despacho y me siento en el sofá. *Lucky* en seguida sigue mi ejemplo y se acurruca a mi lado. Le hago rabiarse y él responde poniéndose en guardia y moviendo la cola frenéticamente.

¿Dónde estará Ryan? Apuesto a que, en cuanto me dormí, se levantó, bajó aquí y estuvo trabajando toda la noche. Estaba muy inquieto y también muy enfadado. ¿Qué le diría su padre? Cualquiera que los conozca sabe que Ryan lo admira muchísimo y es obvio que Carson está orgulloso de él. No entiendo por qué discuten así.

Me acomodo en el sofá. Miro por la ventana. Ni siquiera ha amanecido del todo. Vuelvo a bostezar. Estoy muerta de sueño. No quiero pero los ojos comienzan a cerrarse sistemáticamente. Cinco minutos, pienso justo antes de cerrarlos del todo, sólo cinco minutos.

—Maddie.

Su voz. Adoro su voz. Es como si Alain Delon, Robert Redford y Paul Newman se hubieran transformado en voz y Dios hubiera decidido que sería divertidísimo entregársela a un solo hombre.

—Maddie, despierta.

Sus labios seductores recorren mi cuello y sus dedos furtivos mi cadera. Estoy en el paraíso.

—¿Dónde estabas? —pregunto esforzándome muchísimo en abrir los ojos.

—En la oficina.

—Bajé a buscarte —le explico con la voz ronca por el sueño— y no te encontré.

—Pues yo he subido a buscarte a ti y no estabas —protesta justo antes de besarme.

Pierdo mis manos en su pelo y lo acerco más a mí.

—¿Has dormido algo? —pregunto separándome apenas unos centímetros de sus labios.

—Lo suficiente.

—Necesitas dormir, Riley —le digo mirándole a los ojos.

De verdad lo pienso. Necesita descansar.

—Necesito otras muchas cosas y todas tienes que ver contigo —susurra amenazador.

—Ryan —murmuro entre sus besos—, tenemos que prepararnos para ir a casa de tus padres.

No sé qué hora es, pero ni siquiera me he duchado y para prepararme para este almuerzo necesitaré mi tiempo.

Ryan no tiene ninguna intención de dejarme escapar, así que tengo que usar toda mi energía para deshacerme de él, que, de mala gana, muy mala gana de hecho, me concede la huida.

—Subiré a darme una ducha —comento a la vez que me levanto.

Sólo he dado un par de pasos cuando Ryan me toma del brazo, me obliga a girarme y me estrecha contra su cuerpo.

—Me estás provocando —protesta con una sonrisa.

No me besa pero está muy cerca. Mi respiración comienza a acelerarse.

—No te estoy provocando —digo en un golpe de voz para evitar tartamudear.

Ryan coloca sus manos al principio de mis muslos y va subiéndolas por la curva de mi trasero levantando a su paso su carísima camisa.

—Has dicho *ducha*.

Sonrío nerviosa intentando disimular que estoy a punto de gemir.

—Sólo es una palabra —me defiendo.

—No —niega lentamente con la cabeza—. Es imaginarte desnuda, llena de espuma y gritando contra los azulejos cada vez que me sientas dentro.

¿Se puede ser más presuntuoso?

Pero lo cierto es que suspiro con dificultad sin poder apartar mis ojos de los suyos mientras que el corazón me late muy deprisa.

—Me parece que el único de los dos que está provocando aquí eres tú.

—Puede ser.

Me dedica su sonrisa llena de descaro, arrogancia y atractivo a partes iguales.

—Pues puede ser que quiera ducharme sola.

Intento que mi voz suene mínimamente firme, pero es una batalla absolutamente perdida, más aun cuando Ryan desliza dos de sus dedos por debajo del encaje de mi ropa interior y los introduce dentro de mí.

Una ola de puro placer me atraviesa entera y contengo un grito milagrosamente. Ryan saca los dedos y, ante mi atenta mirada, se los lleva a los labios y chupa los restos de mi esencia.

—Pues yo voy a subir a darme una ducha y no pienso hacerlo solo.

Sin decir nada más, sale de la habitación dejándome absolutamente inmóvil, loca de deseo y con mi cuerpo clamando porque lo siga. Lo observo alejarse con esa forma de andar tan masculina, fabricando una estela de puro atractivo y sensualidad tras él, y sólo puedo relamerme.

Ya practicaré más adelante eso de resistirme.

«Sin comentarios.»

Después de una ducha casi delirante, Ryan sale del baño para que pueda comenzar a prepararme. Me seco el pelo con secador, me cepillo los dientes y me maquillo. Mira Hannigan siempre nos dice que debe resaltar la persona y no el maquillaje y, teniendo en cuenta lo que me espera hoy, pienso cumplir a pies juntillas todos los consejos de ella que recuerde.

En el vestidor saco mi precioso vestido de la distintiva bolsa roja y me lo pongo. Es precioso. Después de subirme a mis primeros tacones de marca, sonrío como una idiota al verme en el espejo. Me siento guapa y no he renunciado a mi estilo en absoluto. Es un vestido sencillo y bonito.

Regreso al baño para recogerme el pelo y, nerviosa como no lo he estado nunca, bajo las escaleras.

Al oír el sonido de mis tacones contra los peldaños, Ryan se acerca. Está espectacular con algo tan sencillo como unos vaqueros, una camiseta gris oscura y una cazadora de piel negra. Me observa y sonrío. Yo no tardo en imitar su gesto. Me siento en una nube de Ryan Riley, Valentino y Manolos.

—Estás preciosa.

Bajo el último escalón y me detengo frente a él.

—Un trapito que tenía en el fondo del armario —respondo como si nada.

Ryan sonrío de nuevo.

—Pues no te puedo prometer que te deje llevarlo puesto todo el camino. Pareces una niña buena de una universidad pija del East Side y eso me pone mucho.

Sonrío nerviosa y aparto tímida la mirada. ¿Cómo es posible que siempre me robe la reacción?

La sonrisa de Ryan se ensancha, ésa era la respuesta que buscaba; toma mi mano y me conduce hasta el garaje.

A pesar de mi insistencia y mis gimoteos por coger el Mustang, vamos en el BMW. El tráfico de Manhattan no da un respiro, pero aun así conseguimos estar camino a Glen Cove relativamente pronto.

Conforme más nos acercamos al lujoso barrio, más nerviosa me siento. No paro de repetirme que es sólo un almuerzo, pero la frase ha dejado de tener sentido para mí.

Cuando el imponente coche atraviesa las imponentes verjas, creo que estoy a punto de tener un colapso. Si ya me puso nerviosa venir aquí la primera vez, ahora siento el estómago del revés.

Ryan aparca junto al garaje de puertas color crema, se baja y, galante, rodea el coche para abrirme la puerta.

No es hasta que no pongo los pies en el suelo cuando me doy cuenta de cuánto me tiemblan las rodillas. Ryan interpreta perfectamente mi expresión. Sabe lo inquieta que estoy.

—Todo va a salir bien —pronuncia cada palabra increíblemente convencido, con su mirada atrapando la mía y sus manos acunando mi cara—. Van a adorarte y, si no lo hacen, me importa bastante poco. Nada va a separarnos. Por mí nos casaríamos esta misma noche en Las Vegas.

Sonrío. Ahora mismo esa idea me parece de lo más sugerente.

—Es un gran plan —respondo con una sonrisa.

—No me tientes —contesta devolviendo el gesto.

Tira de mi mano para que comencemos a andar. Rodeamos la casa por el camino que surca el jardín hasta las escaleras y accedemos a la puerta principal. Está abierta y lo primero que veo es a varias chicas del servicio caminar deprisa con manteles y bandejas en la mano. El vestíbulo es exactamente como lo recordaba, muy elegante y sofisticado.

Oímos unos pasos acelerados y a los pocos segundos Olivia aparece corriendo desde el interior de la casa.

—¡Tío Ryan!

Cruza el *hall* como una exhalación y se tira a sus brazos.

—Hola, enana.

La niña le da un beso enorme en la mejilla y se agarra a su cuello. Está claro que adora a su tío.

—¿Te acuerdas de Maddie? —pregunta con ella aún en brazos.

Olivia asiente.

—Encantada de volver a verte, Maddie —me saluda tendiéndome la mano.

Ryan y yo sonreímos sorprendidos.

—Igualmente, Olivia —respondo estrechándosela.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Ryan.

—El idiota de Chase mordió al cartero —nos cuenta absolutamente indignada— y por su culpa la abuela nos está enseñando modales.

Los dos volvemos a sonreír.

—Me gusta tu vestido —añade la pequeña.

—Gracias.

En ese preciso instante se oyen voces y pasos acercándose a nosotros. Ryan deja a la niña en el suelo y me coge de nuevo de la mano. Suspiro discretamente. Creo que no había estado más nerviosa en toda mi vida.

«No te desmayes, Parker y, si lo haces, que sea con elegancia.»

La familia de Ryan charla animadamente mientras sale a nuestro encuentro. Cuando al fin nos ven, todos salvo Spencer se quedan petrificados. Él sonrío y nos observa más que satisfecho. Bueno, por lo menos ya cuento con uno a mi favor.

—Supongo que todos recordáis a Maddie —comenta Ryan.

Un incómodo silencio toma la sala. Debí haber insistido más en el plan de fugarnos a Las Vegas. Finalmente la madre de Ryan reacciona y echa a andar con una sonrisa en los labios. Suspiro y me

doy cuenta de que había estado reteniendo la respiración.

—¿Qué tal estás, cielo? —pregunta dándome un suave pero sincero abrazo.

—Muy bien, gracias.

Ella asiente y le da un beso en la mejilla a Ryan. Thea y Spencer también se acercan.

—Me alegro de verte —dice el mayor de los Riley con una gran sonrisa que le devuelvo inmediatamente a pesar de lo nerviosa que estoy.

—Vamos a casarnos —les anuncia Ryan con la voz firme y segura.

Todos se quedan callados de nuevo y miran a Ryan como si no pudiesen terminar de creerse lo que acaban de oír. Mi estómago se cierra de golpe.

—¡Ven aquí, capullo! —grita Spencer en un estallido de felicidad justo antes de abrazar a su hermano.

Thea me abraza a mí y Meredith se acerca con los ojos vidriosos. Sin decir nada, abraza a Ryan con fuerza y yo quiero interpretarlo como una buena señal.

—Esto se merece un brindis —anuncia Meredith Riley.

Siento como si me hubiese quitado una losa de cien kilos de encima. Sigo nerviosa, pero ahora es diferente, estoy emocionada.

—Acompáñame, Ryan. —La voz de Carson vuelve a silenciarlos a todos.

«Has cantado victoria demasiado rápido.»

—Claro —responde Ryan con el rostro endurecido.

Carson echa a andar hacia el interior de la casa. Ryan me observa y sonrío para intentar tranquilizarme, pero una vez más no le llega a los ojos. Mira a Thea, que asiente rápidamente, y se suelta de mi mano para seguir a su padre. Ya no estoy emocionada. Vuelvo a estar nerviosa.

—Maddie —me llama Thea agarrándose de mi brazo—, ¿por qué no salimos al jardín? Tienes que contarnos muchos detalles.

No quiero moverme de aquí. Ahora mismo estoy muy preocupada por Ryan. No quiero que vuelva a discutir con su padre y mucho menos por mi culpa. Suspiro mentalmente. «Quizá estén hablando de negocios», me autoconvenzo.

«Eso más bien se llama autoengaño.»

Me obligo a sonreír y vamos hasta el patio. Al igual que la última vez que estuve aquí, la mesa para el almuerzo está preparada bajo la enorme pérgola. Meredith nos hace un suave gesto con la mano y todos nos sentamos.

—¿Tenéis fecha para la boda? —pregunta Thea con el claro objetivo de sacar un tema de conversación y que así todos podamos olvidarnos de Ryan y Carson.

—No, aún no —respondo, y no puedo evitar que mi voz suene inquieta—. Nos comprometimos hace sólo cuatro días.

Los tres asienten con una sonrisa.

—Imagino que querrás casarte en tu ciudad natal —comenta Meredith.

¿Santa Helena? La verdad es que ni siquiera me lo había planteado. Han sido cuatro días muy intensos.

—No lo había pensado —confieso.

En ese momento se oye un ruido muy fuerte proveniente de la casa, un portazo, y a los pocos segundos Ryan aparece caminando acelerado. Está furioso. Carson lo sigue y le dice algo que no logro entender.

—Maldita sea, es mi decisión —responde Ryan.

Está realmente enfadado.

—No estás pensando las cosas con calma —le advierte su padre.

—No tengo nada que pensar —sentencia.

De pronto nos convertimos en espectadores de la pelea, lo que hace que todo se vuelva aún más extraño e incómodo. Meredith le hace un imperceptible gesto a Spencer y éste se levanta y camina hasta ellos.

—Ella no es la chica adecuada para ti —replica Carson—. Si te casas con ella, te arrepentirás.

No hay asomo de duda en su voz y yo de pronto me siento como si midiese dos centímetros.

Ryan va a responder cuando su hermano llega hasta ellos, murmura algo y nos señala. Ryan se calla y me busca con la mirada. Sus ojos azules encuentran los míos un segundo antes de que su hermano cierre la puerta.

Tenía mis dudas, pero nunca pensé que iría así de mal. «Si te casas con ella, te arrepentirás.» No podría haber dejado más clara su postura.

Sigo con la vista clavada en la puerta, pero creo que Thea me está diciendo algo y me obligo a reaccionar.

—Perdona —me disculpo—. Estaba distraída.

—No te preocupes —me responde con una sonrisa llena de empatía, y tengo la sensación de que me lo está diciendo por más sentidos que el obvio—. Te decía que yo me casé en la catedral de St. John, The Divine —continúa intentando distraerme.

—Es una iglesia muy bonita.

—No lo digo por decir, aunque pueda parecerlo. Pasaba todos los días por delante de esa iglesia camino de la universidad.

La puerta se abre bruscamente y Ryan sale hecho un torbellino ante la atenta mirada de su padre y Spencer.

—Maddie, nos vamos —me dice al llegar hasta mí cogiéndome de la mano.

Por muy incómoda que me sienta, no me parece que marcharse sea lo mejor. Aun así, me levanto. Está demasiado enfadado. Discutir con él ahora mismo no sería lo más inteligente.

Ryan se inclina sobre su madre y le da un rápido beso en la mejilla.

—Cariño, quédate —le pide con la voz llena de candidez.

—Lo siento, mamá —responde impasible.

Tira de mi mano y accedemos con paso acelerado al camino que rodea la casa. Me obliga a andar tan deprisa que no creo siquiera que hayan oído mi tímido «adiós».

Está enfadadísimo, furioso, destila rabia por cada centímetro de su piel. Caminamos deprisa,

más de lo que puedo permitirme con estos tacones, pero de nuevo prefiero callarme y aguantar el tirón. No tengo ni idea de cómo reaccionaría.

Nos montamos en el coche y sale a toda velocidad. La gravilla resuena bajo los neumáticos. No dice nada. Tiene la vista perdida en la carretera y agarra con fuerza y rabia el volante. Nunca lo había visto así.

A uno pocos kilómetros de la mansión se desvía por un camino de servicio de tierra y detiene el BMW a un lado. Baja del coche y comienza a dar acelerados e inconexos paseos. Se pasa las manos por el pelo y se las deja en la nuca. Está a punto de estallar.

Salgo y, con cautela, me acerco a él.

—Ryan —musito intentando que mi voz suenen lo más dulce posible—, ¿estás bien?

Soy consciente de que la pregunta es bastante estúpida, pero estoy muy preocupada.

Mis palabras detienen en seco a Ryan. Me mira directamente a los ojos y en los suyos puedo ver toda la rabia que le está consumiendo ahora mismo, la frustración, el enfado. Sin decir una palabra, cubre la distancia que nos separa y, tomando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza.

Me mueve acelerado hacia el capó y me sienta en él. Yo gimo contra sus labios extasiada, pero mi parte racional me grita que está haciendo lo mismo de siempre, que está utilizando el sexo para huir de los problemas.

—Ryan —murmuro contra sus labios e involuntariamente mi voz ya suena embargada de deseo—. Ryan —repito y hago un pobre intento por apartarlo.

—Tú eres lo único que puede calmarme —susurra con sus ojos azules brillando con una fuerza casi abrasadora.

Está siendo sincero y por un pequeño instante parece vulnerable. Soy su única válvula de escape.

No digo nada porque no tengo nada que decir. Me necesita, eso es lo único que importa. Le cojo por la cazadora y lo atraigo con fuerza hacia mí.

Enreda una de sus manos en mi pelo y con brusquedad tira de él para dejar mi cuello al descubierto.

Noto sus dientes y suspiro brusca.

Enrosco mis piernas a su cintura y aprieto nuestros cuerpos.

Quiere más y yo quiero dárselo.

Ryan se separa de mí lo justo para que sus manos aceleradas avancen por mis piernas hasta llegar a mis caderas y, apremiantes, bajen mi ropa interior. Sus dedos y el delicado encaje se deslizan por mi piel, incendiándola a su paso.

Suspiro, casi gimo.

Se desabrocha los vaqueros y con fuerza entra en mí. Acalla el grito que el placer me produce tomando mi boca con la suya.

Se mueve rápido, duro, casi torturador.

Sus embestidas despiertan cada una de mis terminaciones nerviosas y arremolinan un placer

salvaje en el fondo de mi vientre.

Gimo.

Ryan pasea sus manos por mis costados hasta llegar a mi trasero. Lo aprieta con fuerza, causándome un suave dolor y un delicioso placer al mismo tiempo.

Apoyo las palmas de mis manos en el capó del coche y me dejo caer hacia atrás. El cuerpo de Ryan sigue al mío y acabamos prácticamente tumbados sobre el BMW.

Acelera sus movimientos pero los hace cada vez más largos. Se retira hasta salir del todo y luego me penetra profundo, duro, recordándome que nunca sentiré nada igual.

Mi cuerpo se tensa.

Antes de que pueda digerir todo el placer que comienzo a sentir, estallo en un desgarrador y liberador orgasmo que arrasa cada rincón de mi cuerpo y hace que por un momento nada, salvo nosotros, tenga sentido para mí.

—Ryan —susurro justo antes de dejarme llevar por completo.

Mi voz parece ser el pistoletazo de salida de su propio clímax. Sus manos suben bajo mi vestido y se aferran bruscos a mis caderas. Estrecha su cuerpo contra el mío y se corre violentamente en mi interior. Su aliento impregna mis labios y me derrito cuando siento más que oigo un venerado «nena» escapar de su boca.

Durante unos minutos nos quedamos abrazados intentando recuperar el preciado oxígeno. Ryan se separa lentamente y sale de mí. Mi cuerpo se queja por su marcha y suspira decepcionado. Me ayuda a bajarme del capó y rápidamente nos colocamos bien la ropa. Instintivamente miro a ambos lados por si hubiese alguien. Algo bastante ridículo teniendo en cuenta lo que ya hemos hecho sin importar quién nos pudiese ver.

Ryan parece más calmado, pero sigue sin decir una palabra. Me abre la puerta del coche, después toma asiento y en unos minutos volvemos a la carretera principal. No tengo ni la más remota idea de en qué está pensado. Me gustaría tener su habilidad y ser capaz de adivinar lo que le ronda por la cabeza.

Pasamos el resto del camino en silencio. Ni siquiera escuchamos música.

En cuanto entramos en el salón, Ryan se quita la cazadora y la tira sobre uno de los taburetes de la isla. Abre el armario y saca un vaso y la botella de Jack Daniel's. Se sirve uno, se lo bebe de un trago y, liberando toda su furia, lanza el vaso contra la pared.

A pesar de haberlo visto, me sobresalta. Ryan apoya los puños en la encimera y clava su mirada en ella. De pronto el silencio en la estancia es tan intenso que casi me impide respirar.

—Ryan —susurro dando un paso hacia él.

—¿Qué? —responde arisco alzando la cabeza.

Ahora mismo está muy lejos de mí.

Su iPhone comienza a sonar.

—Riley... —responde sin apartar su mirada de mí. Sus ojos azules parecen casi metálicos— ... ¿Sebastian Andersen? ¿Qué ha ocurrido?... —Se aleja unos pasos. Diría que no son buenas noticias —... Busca el proyecto de Dimes para el gaseoducto en la comisión bursátil, que Miller y Logan lo

estudien y consigan rebajarlo en un veinte por ciento. Llama a Mushi, es el ministro de comercio de Omán, y organiza una videoconferencia con él para dentro de tres horas. Me da igual lo que le digas, pero déjale claro que Bloomfield Industries es la mejor opción.

Cada palabra que dice la pronuncia con más enfado y exigencia que la anterior, pero también más determinación. Siempre me sorprende el atractivo que puede desprender en este tipo de situaciones. Ahora mismo nadie que estuviera en esta habitación, aunque los Yankees estuvieran a diez segundos de ganar las series mundiales, podría dejar de mirarle a él.

—... Prepara una reunión con Dimes. Quiero ver la cara de ese imbécil cuando descubra que ha perdido los dos negocios. Estaré en la oficina en quince minutos.

Ryan cuelga y se mete el iPhone en el bolsillo.

—Tengo que volver a la oficina —me anuncia mientras coge su cazadora y se la pone de nuevo.

Asiento.

—No te preocupes. Pasaré la tarde con las chicas.

Lo cierto es que di por hecho que la pasaríamos juntos y hablaríamos de todo esto.

—Finn te llevará.

—No necesito que Finn me lleve. Puedo ir en metro.

Ryan me mira. Está más que furioso y, por si no fuera suficiente, creo que esa llamada no ha mejorado mucho las cosas.

—Finn te llevará —sentencia.

Ryan se gira sin esperar respuesta y camina hacia la puerta. Sin embargo, cuando sólo ha recorrido unos metros, se detiene, resopla a la vez que se pasa las dos manos por el pelo y finalmente se vuelve, camina hasta mí y, colocando su mano en mi cadera, me atrae hacia él y me besa. Yo me rindo por completo. El día de hoy ha sido muy extraño y sólo quiero sentirlo cerca.

Se separa unos centímetros y sus ojos azules se clavan en los míos. A esta distancia tan efímera no podría escapar de él de ningún modo. Me da un último beso, intenso y rápido, y se marcha definitivamente.

Yo me quedo de pie en mitad del salón. No puedo evitar pensar que, si hablara, todo sería mucho más sencillo, aunque entiendo que no es el momento para presionarlo. El almuerzo ha sido un desastre. Si mi padre me hubiese dicho que no quería que me casase con Ryan, yo tampoco lo llevaría bien.

«Aún no ha dicho que sí.»

Me muerdo el labio inferior. Me espera una conversación telefónica de lo más interesante.

Cruzo el salón y me agacho junto a la pared a recoger los restos del vaso de bourbon. Cojo los más grandes con cuidado y los dejo en el fregadero.

Estoy buscando algo con lo que barrer los más pequeños cuando llaman suavemente a la puerta.

—Maddie —me llama Finn con un tono de lo más profesional—, cuando quiera, podemos marcharnos.

Voy a abrir la boca dispuesta a explicarle que necesito unos minutos para terminar de recoger,

pero Finn me interrumpe.

—No se preocupe, yo me encargaré de eso.

Asiento y suspiro. No sé por qué, nunca había tenido tantas ganas de ir en metro.

—Hola —me saluda Álex abriendo la puerta—. Estamos torturando a James —confiesa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Perfecto —respondo—. Necesito algo para animarme.

Voy a dar un paso hacia el interior del apartamento pero Lauren aparece prácticamente corriendo y se coloca a la espalda de Álex.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta impaciente.

—No ha ido muy bien —confieso.

—Pasa —me responde Lauren colocando su mano en mi hombro para obligarme a caminar y de paso intentar reconfortarme—. Estamos torturando a James.

—¿Qué no ha ido muy bien? —pregunta Álex confusa, sujetando la puerta mientras paso.

Cojo una cerveza helada y me dejo caer en el sofá junto a James.

—Parker —me saluda alzando levemente el botellín.

—Hannigan —le saludo imitando su gesto.

—¿Qué no ha ido muy bien? —inquire de nuevo Álex al ver que no respondo.

Suspiro.

—Supongo que ahora sería un buen momento para contaros que voy a casarme con Ryan.

Los hermanos Hannigan me miran con la expresión más perpleja que he visto en mi vida.

—¿Cómo que vas a casarte? —pregunta atónita Álex.

Creo que ni ella misma termina de creer las palabras que acaba de pronunciar.

—Me lo pidió —respondo feliz y por un momento me olvido de todo lo demás—. Hace cuatro días.

—Pero eso es, eso es... —Álex intenta encontrar la palabra adecuada pero no es capaz—. ¡Es la hostia! —grita al fin lanzándose sobre mí.

Las dos nos echamos a reír.

—Tenemos que brindar —propone entusiasmada, incorporándose de nuevo y dando palmaditas.

Yo asiento con la sonrisa aún en los labios.

—Un momento —continúa Álex como si acabara de caer en la cuenta de algo a la vez que se gira hacia Lauren—. ¿Por qué tú no estás alucinada? —le pregunta con la mirada del protagonista de «El mentalista». ¡Oh! —protesta—. ¡Tú ya lo sabías! ¿Por qué no me lo has contado? Llevo escuchándote hablar de estupideces más de una hora.

Lauren pone su patentada cara de indignación, imitando a una de esas mujeres negras de las películas de Spike Lee, y la asesina con la mirada.

—Tú te enteraste de que habían vuelto y no me lo dijiste —le recrimina como respuesta.

Sonrí, casi río, e instintivamente me giro hacia James. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, creo que uno de los motivos por los que no se lo había dicho aún a Álex era porque estaba retrasando el tener que contárselo a James. No quiero hacerle daño por nada del mundo.

—Hannigan —digo de nuevo y estoy tan inquieta por su reacción que lo hago casi como si fuera una pregunta.

—Parker —repite.

Sonrí y se lleva el botellín a los labios.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Yo no soy el que va a casarse —replica socarrón.

—Quiero esto y quiero que tú también lo quieras.

Probablemente esté siendo injusta y muy egoísta, pero James es una de las personas más importantes de mi vida y necesito que se alegre por mí.

Él resopla sin perder la sonrisa.

—Todo está bien —responde conciliador.

Asiento y por fin vuelvo a respirar. Hoy he tenido muchas veces esa sensación.

—La primera vez que te acostaste con mi hermano no me lo contaste —se queja Álex casi en un grito.

—No te lo conté porque es tu hermano —contesta Lauren en el mismo tono—. Pensé que no querías detalles de él desnudo.

No puedo evitarlo y rompo a reír, más aún cuando James, absolutamente exasperado, deja caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

Pasamos la tarde charlando y torturando a nuestro Hannigan favorito. A las cinco me despido de los mellizos y de Lauren, aunque a ella volveré a verla en la fiesta benéfica, y regreso caminando a Chelsea.

Sin entretenerme, subo al dormitorio, recojo todo lo que necesito y me voy a uno de los cuartos de invitados. No quiero que Ryan llegue y me pille a medio vestir. Tiene que ser una sorpresa.

Empiezo a arreglarme aunque aún falta muchísimo. El almuerzo no salió bien y quiero asegurarme de que esta noche todo sea perfecto.

Estoy dándole golpecitos al bote de laca de uñas, envuelta en una mullida toalla, mirando mi vestido sobre la cama, cuando intentan abrir la puerta.

—Maddie —me llama Ryan confuso desde el otro lado.

Me felicito mentalmente por haber echado el pestillo.

—¿Qué haces ahí? —continúa.

—Me estoy arreglando.

Me siento en la cama y abro el botecito de Chanel Rojo 581 Cinema.

—¿Y no puedes arreglarte en nuestra habitación?

—No quiero que me veas antes de que esté lista. ¡Lárgate! —le grito divertida.

—Alguien debería enseñarte modales —se queja contagiado de mi humor.

Me alegro de que ya no esté tan enfadado.

—Yo todavía no he mordido al cartero —replico insolente mientras me pinto las uñas del pie izquierdo.

No debería tentar a mi suerte. Apuesto a que es capaz de echar la puerta abajo con un par de empujones.

—En cuanto salgas de ahí, tú y yo vamos a hablar de quién va a morder a quién y dónde —me amenaza divertido.

Sonrío y me pinto el último dedo del pie derecho.

Media hora después, estoy lista. Me he dejado el pelo suelto y el vestido es tan bonito que no quiero lucir ninguna joya, sólo la pulsera que Ryan me regaló.

Salgo de la habitación con las mariposas revoloteándome en el estómago. Mientras bajo los primeros escalones, llevo mi mirada al salón y no tengo más remedio que detenerme en seco. Ryan está frente a la ventana con la vista perdida en la ciudad. El esmoquin le sienta como un guante, aunque no sé de qué me sorprende. Está espectacular y yo sigo sin poder entender cómo un hombre así se ha fijado en una chica como yo.

Se gira y centra sus preciosos ojos azules en mí. Me recorre con la mirada y camina lentamente hasta el pie de las escaleras.

—Es la segunda vez que te veo bajar por esas escaleras hoy y las dos me has dejado sin aliento.

Sonrío y me muerdo el labio inferior.

—Ven aquí —me ordena sensual.

Siento un dulce tirón en el fondo de mi vientre y continúo bajando despacio, seducida por todo su magnetismo, hasta colocarme frente a él. Ryan lleva su mano a mi cadera y me acaricia suavemente por encima de la tela de mi Valentino. Sonrío de nuevo tímida, confusa y abrumada. Todo lo que su proximidad siempre despierta en mí. Ryan también sonríe y finalmente toma mi mano y tira de ella, haciéndonos caminar hasta el ascensor.

Finn nos espera en el garaje junto al impecable A8. Me sorprende que todos los coches de Ryan siempre parezcan recién salidos de fábrica.

Nos acomodamos en la parte trasera. Casi en ese mismo instante, comienza a sonar una canción preciosa de Disclosure y Eliza Doolittle llamada *You & Me*. Es muy cadenciosa y sensual.

Apenas hemos avanzado un par de manzanas cuando Ryan, tomándome por sorpresa, me coge por la cintura y me sienta en su regazo.

—Me gusta este vestido —susurra acariciando la tela a la altura de mi estómago.

It's gonna be you and me

It's gonna be everything you've ever dreamed...

Yo sonrío sin poder apartar mi mirada de su mano.

—Y me gusta que no lleves joyas —continúa subiéndola hasta llegar a mi garganta—. No las necesitas.

Otra vez toda su sensualidad me seduce. Podría hacer cualquier cosa que me pidiera. Me tiene atrapada en su red.

It's gonna be who and me

It's gonna be everything and everything we meant to be

—Ryan —susurro armándome de valor—, en casa de tus padres...

—En casa de mis padres no ha pasado nada —se apresura a interrumpirme—, y no pienso desperdiciar un solo segundo hablando de ello.

Sus ojos azules están inundados de una decena de emociones pero sobre todo veo fuerza, esa arrogancia tan sexy que me dice que estoy delante del dueño del mundo.

El coche se detiene. Hemos llegado al Metropolitan. Ryan resopla, acaricia mi sien con su nariz y me deja en mi asiento.

Finn abre la puerta. Ryan sale primero y al instante veo una nube de flashes cernirse sobre él. La canción *Try*, de John Newman, que suena en el exterior, se mezcla con *You & Me* que aún lo hace en el coche. Ryan me tiende la mano. Tengo la boca seca. Las mariposas se han transformado en puro nervio.

Salgo del coche y no puedo evitar quedarme atónita. Los fotógrafos y periodistas intentan captar la atención de los famosos y personalidades de Nueva York que suben las escaleras de la entrada principal del MET.

Suspiro perpleja cuando comprendo que la música no eran unos simples altavoces para dar ambiente. En mitad de las inmensas escaleras hay un escenario donde John Newman está cantando en directo albergado por millones de luces de colores proyectadas sobre la fachada del mítico museo.

Me siento como si me hubiese dormido y hubiese despertado en mitad de las páginas de *Vogue*. Todo es sofisticado *glamour* y personas guapas y elegantes luciendo los diseños de los mejores *ateliers* del mundo.

Ryan me mira y me sonrío. Me aprieta la mano con fuerza y comenzamos a caminar. Los fotógrafos lo llaman voz en grito, casi desesperados. Ryan se acerca hasta la tribuna de prensa y, paciente, se deja fotografiar. Mi idea es quedarme en un discreto segundo plano, pero él tira de mi mano imposibilitando mi perfecto plan.

—Señor Riley, por favor, ¿quién es su acompañante? —pregunta uno de los periodistas.

—Es la señorita Maddie Parker, mi prometida.

Por un microsegundo los flashes cesan, ya no se oyen los obturadores y tengo la sensación de que todos van a desmayarse al mismo tiempo. El rey del mambo en la ciudad de Nueva York se promete. No puedo negar que es un titular de lo más jugoso.

Pero de pronto todo se reactiva. Las fotografías se multiplican. Me llaman. Me piden que mire en una u otra dirección mientras que no dejan de tirar preguntas al aire. «¿Dónde se conocieron?»

¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Cuándo será la boda?»

Ryan sonrío, su sonrisa fría de director ejecutivo, y nos marchamos de nuevo hacia las escaleras.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento. Ha sido abrumador pero también me siento muy halagada.

—¿Siempre te reciben así? No sabía que eras una estrella del papel *couché*.

Ryan se encoge de hombros.

—Me fotografian cada vez que acudo a un evento de este tipo. Nunca se han entrometido en mi vida privada.

—Parecías muy acostumbrado.

—Siempre es lo mismo.

Entonces recuerdo cuando busqué su nombre en Google la noche que estaba dándole vueltas a si aceptar o no el trabajo en *Spaces*. Había fotos de él en galas benéficas y entregas de premios, pero todas las que eran mínimamente personales eran robados tomados a larga distancia.

Finalmente entramos en el museo. Apenas hemos dado un par de pasos cuando un hombre vestido con un esmoquin de chaqueta blanca y pajarita negra se acerca a nosotros.

—Ryan —le saluda entusiasmado aún a unos metros—, me alegra encontrarlo —añade cuando finalmente le estrecha la mano.

Ryan sonrío, otra vez su sonrisa de director ejecutivo. Tengo la sensación de que esta noche la veré mucho.

—Aún no me puedo creer la tarde de locos que hemos tenido hoy —continúa casi pletórico—. La cara que puso Dimes cuando comprendió que había perdido el contrato del gaseoducto y los terrenos en Astoria valió millones.

Debe de tener unos cuarenta años. Es delgado, con el pelo y los ojos oscuros.

—Disculpe mis modales —me dice—. Soy Sebastian Andersen.

Me tiende la mano y yo se la estrecho con una sonrisa. Parece simpático.

—Maddie Parker.

El hombre me devuelve la sonrisa y deja su mirada sobre mí unos segundos más de lo estrictamente necesario. Ryan me estrecha con fuerza la otra y su sonrisa se evapora.

—Tenemos que marcharnos —comenta Ryan con la voz imperturbable.

—Claro —responde solícito—. No quiero entretenerlo. Encantado de conocerla, señorita Parker.

Ryan sonrío fugaz y tira de mi mano para que comencemos a caminar.

—Igualmente —respondo, pero ni siquiera sé si llega a oírlo.

—Me parece que no vamos a quedarnos mucho —comenta Ryan mientras nos mezclamos de nuevo con la gente.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

Apenas ha pasado una hora desde que llegamos.

Ryan me mira, me dedica su media sonrisa pero no responde. Tengo la sensación de que la manera en la que ese hombre me ha mirado tiene algo que ver.

Mientras atravesamos la inmensa sala, decenas de personas saludan a Ryan.

Una camarera nos ofrece *champagne* y gustosa cojo una copa.

—Es Salon Blanc de Blancs. Cosecha del 2002 —nos informa profesional.

Le doy un sorbo. Está frío y buenísimo. Antes de que me dé cuenta, me lo bebo entero. Ryan sonrío indulgente.

—Tienes que beber con más calma —me advierte suavemente a la vez que me quita la copa vacía de las manos y me entrega otra llena.

Me sonrío otra vez y sus ojos azules se cargan de sensualidad. Yo también sonrío y me dejo seducir. Siento un tirón de deliciosa electricidad atándome a él. Ni siquiera me está tocando, pero todo su cuerpo y, sobre todo, la manera en la que me mira están consiguiendo sublevar el mío.

Suspiro nerviosa y pierdo mi vista entre la gente. Ryan se pasa la mano por el pelo y aparta su mirada de mí. Hemos estado a punto de abalanzarnos el uno sobre el otro, literalmente.

Otro invitado con aspecto de hombre de negocios de mediana edad se acerca. Saluda a Ryan solícito y comienza una retahíla de los cómo y porqués el Riley Group tiene que invertir en su empresa.

No es una conversación muy emocionante, así que no tardo mucho más de un par de minutos en perder mi mirada en la sala. A cada sitio donde miro veo a alguien guapo y famoso disfrutando del maravilloso ambiente. De pronto, entre el cocinero del *reality* de moda en la NBC y un senador, veo aparecer a Lauren con un vestido precioso y cara de pocos amigos.

Camina deprisa, buscando claramente una copa. La sigue Bentley, resoplando cada cinco segundos aproximadamente. Deben de haber tenido una bronca monumental.

Lauren me ve y acelera el paso. Salgo a su encuentro y, cuando estamos a unos pocos metros, Bentley me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos y sigue andando hacia Ryan.

Mi amiga me quita la copa de la mano y se la bebe de un trago.

—Uh, uh, uh. ¿Estás bien? —pregunto.

—He tenido un día horrible —dice de un tirón.

La miro confusa.

—¿Cómo es posible que hayas tenido un día horrible? Hemos pasado toda la tarde juntas.

—Las últimas horas han valido por un día entero —me explica e involuntariamente mira de reojo a Bentley.

Yo también lo observo. Como Lauren, tiene una copa vacía en la mano y cara de pocos amigos. Es la primera vez que lo veo tan enfadado.

—La que faltaba —masculla mirando a mi espalda.

Automáticamente me giro y contemplo la estancia. No reconozco a nadie. Sin embargo, una chica alta, morena y muy guapa que camina decidida en nuestra dirección llama en seguida mi

atención.

—Necesito un cigarrillo —comenta Lauren tomando mi mano y obligándome a seguirla.

Camina apremiada hasta la barra y accedemos a la zona de servicio. Los camareros nos miran pero no se extrañan. Parece que no somos las primeras que pasamos por aquí esta noche.

Cruzamos la pequeña cocina y salimos a un gran vestíbulo con una preciosa fuente en el centro. Este lugar es increíble.

Continuamos caminando y finalmente llegamos a las escaleras del Este. La salida del museo que queda más cerca de la Quinta Avenida.

Bajamos las escaleras y, a unos peldaños del suelo, Lauren se sienta. Yo la imito y contemplo cómo se coloca su diminuto *clutch vintage* en el regazo, lo abre y saca un Marlboro *light* y un encendedor. La conozco. Está enfadada, muy enfadada.

—¿Quién es esa chica de la que hemos huido? —pregunto.

—Savannah Sandford —contesta exhalando el humo de su cigarrillo.

Frunzo los labios. La verdad es que es muy guapa.

—Odio discutir con Bentley, pero es que a veces me saca de mis casillas —se desahoga—. Y encima la arpía de su hermana metiéndose en todo. ¿Sabes? Cada día tengo más que claro que no se fue de Luxemburgo, sino que todo el país se unió y la obligó a marcharse.

Sonrío, casi río.

—Luxemburgo es un sitio muy pequeño. Seguro que todos se conocen y hablan mal de ella —continúo.

Ahora es Lauren la que está a punto de reír. Finalmente tira su cigarrillo, exhala la última calada y se levanta muy convencida.

—Larguémonos de aquí.

Sonrío, asiento y me levanto.

—Déjame que avise a Ryan y nos iremos a tu apartamento.

—Te espero aquí. No pienso volver ahí dentro por nada del mundo.

—¡Qué dramática! —contesto socarrona.

Ella me hace un mohín y yo comienzo a subir las escaleras. La fiesta no estaba mal, pero Lauren me necesita y no hay más que hablar.

El vestido me llega hasta el suelo, así que bajo la cabeza y me lo recojo con cuidado. Lo último que quiero es salir rodando. Hay demasiada gente por aquí.

Cuando vuelvo a alzar la mirada, veo a Ryan en lo alto de la escalera, observándome. Yo me detengo y también lo contemplo; de hecho, me quedo embobada. Ryan me sonrío y comienza a bajar, lo que me hace reaccionar y continuar subiendo.

—Hola —me saluda con una increíble sonrisa en los labios.

—Hola —respondo imitando su gesto—. Iba a buscarte.

Ryan asiente a la vez que su sonrisa se transforma en una más sexy y misteriosa. ¿Qué estará

pensando?

—¿Todo bien?

—Sí, pero esta noche dormiré en casa de Lauren.

—Ni hablar —replica presuntuoso.

Frunzo los labios pero, aunque lo intento, no puedo evitar que una sonrisa se me escape. Creo que es el esmoquin.

—No puedo dejarla sola. Voy a tener que ser inflexible con esto —sentencio.

Ryan se humedece fugaz el labio inferior y sonrío pícaro a la vez que coloca sus manos en mis caderas y me atrae hacia él.

—Puede quedarse en Chelsea.

—¿Hablas en serio? —pregunto sorprendida.

—¿Voy a encontrarme a Lauren Stevens en nuestro vestidor oliendo mis camisas? —pregunta resignado.

No puedo evitar que mi sonrisa se ensanche, aunque rápidamente hago un esfuerzo por ocultarla.

—Es más que probable —comento fingidamente sería—. De hecho, me parecería extraño que no lo hiciera.

Ryan suspira divertido y yo no puedo más y rompo a reír.

—¿Vendrás con nosotras?

—No puedo. Tengo que hablar con un par de personas —responde haciendo suaves círculos con el pulgar en mi cadera—. Pero Finn os llevará.

Asiento. Ryan me acerca aún más y me besa. Por si no fuera suficiente, al separarse me sonrío y todo mi cuerpo suspira por él. Quiero más. Como si fuese capaz de leerme la mente, su sonrisa se ensancha. Yo frunzo los labios, me giro y bajo las escaleras. Todo ante su atenta mirada.

—Nos vamos a Chelsea —comento con una sonrisa mientras alcanzo los últimos peldaños.

—¿Locura en la gran mansión? —replica Lauren con una sonrisa.

—Parece el título de una película de Jonah Hill y Channing Tatum.

Ambas sonreímos y en ese preciso instante vemos el Audi girar elegante la esquina de la 83 Este.

Menos de quince minutos después estamos entrando en el garaje de Chelsea. Marco el código en el discretísimo teclado y las puertas del ascensor se abren.

—No me puedo creer que seas la señora Riley —comenta Lauren asombrada.

—No soy la señora Riley —protesto. Me gusta ser la señorita Parker.

—Pero lo serás —sentencia—. Ya vives aquí. Esta misma noche lo habéis hecho oficial y te deja acoger a amigas deprimidas en casa.

—He tenido que elegir entre un perrito abandonado y tú —respondo socarrona mientras atravesamos la puerta del salón.

Lauren me hace un mohín y yo le devuelvo una sonrisa.

—Deja de autocondolerte —la animo—. Tengo la solución perfecta.

Rodeo la isla de la cocina, abro uno de los armarios y saco dos vasos y una botella de Jack Daniel's.

—Sé que estamos peligrosamente cerca del alcoholismo pero ¿ésta es tu solución perfecta? —pregunta Lauren confusa—. Ni siquiera es una botella de Jack Daniel's Sinatra.

Yo sonrío.

—No me infravalores —replico.

Le hago un gesto para que me siga y llegamos a la sala de la televisión. Me dirijo veloz hasta la inmensa estantería, cojo el devedé de *St. Elmo, punto de encuentro*, la película favorita de Lauren, y me lo escondo a la espalda.

—Mi solución perfecta incluye alcohol y John Hughes.

Le muestro la carátula y Lauren sonrío.

Lleno dos vasos de bourbon y le doy uno. Nos acomodamos en los inmensos sillones blancos y ponemos la peli.

—Si James estuviera aquí, ya se habría quejado una docena de veces —comento justo antes de darle un sorbo a mi vaso.

El bourbon baja dulce y ardiente por mi garganta.

Lauren asiente.

—Odia esta peli. Todavía recuerdo la primera vez que le obligué a verla.

Su comentario me hace dejar de prestar atención a la película y centrarla en ella. No han sido sus palabras. Ha sido su tono de voz. Estaba lleno de nostalgia. Espero que Lauren no esté haciendo ninguna tontería, como volver a pensar en James.

Casi dos horas después escuchamos a Judd Nelson decirle a Ally Sheedy «pensé que yo era el milagro de tu vida» y las dos suspiramos mientras comienzan los títulos de crédito.

—Vámonos a la cama —le digo levantándome y recogiendo mis tacones de diseño del suelo.

Lauren no protesta. Tiene tanto sueño como yo.

Subimos al piso de arriba. Camino de la habitación de invitados entro en el dormitorio de Ryan y cojo dos de mis pijamas. Justo antes de salir de la estancia, pierdo mi mirada en la inmensa cama y todo mi cuerpo se despierta ansioso. Suspiro con una sonrisa. Esta noche voy a echarlo mucho de menos.

Lauren me espera tumbada en la cama con los brazos extendidos. Creo que la he pillado en pleno proceso de reflexión.

—Deja de pensar —digo tirándole el pijama a la cara.

Ella protesta y yo suelto una risilla malvada camino del baño.

Delante del espejo me bajo la cremallera del vestido.

—¿Qué has pensado hacer con el padre de Ryan?

Me miro en el espejo. Lo cierto es que no tengo ni la más remota idea.

—No lo sé —confieso.

Me bajo los tirantes.

—¿Y tu padre que ha dicho?

El Valentino cae a mis pies.

—Aún no se lo he contado. —Y cierro los ojos esperando su reacción.

—¿Y a qué demonios estás esperando? —grita levantándose de un salto y corriendo hacia el baño.

Al ver mi conjunto de ropa interior rojo, se detiene en seco y, apenada, se lleva la mano a la boca.

—Ryan me va a odiar por arruinarle la noche.

Sonrío y me pongo la camiseta de tirantes blanca y el pantalón corto verde hierba.

—Voy a contárselo a mi padre —le aclaro mientras me recojo el pelo—. Sólo estoy buscando el momento oportuno.

—Más te vale —responde saliendo del baño.

Regresa apenas un minuto después con el pijama puesto. Le tiendo un toallita desmaquillante.

—¿Cómo crees que reaccionará?

—Mal, Maddie —contesta como si fuera obvio.

Yo la miro sorprendida. No me esperaba una respuesta tan contundente.

—Eres su niña pequeña y objetivamente joven para casarte. Además, Ryan puede ser muy... —mira hacia arriba con la toallita en la mano buscando la palabra adecuada—... territorial cuando se trata de ti.

Resoplo mirándola a través del espejo. Tiene toda la razón.

—Pero no te preocupes —continúa—. Ryan está loco por ti. No va a dejar que nadie os separe, ni siquiera su padre o el tuyo —añade rápidamente.

Asiento y una incipiente sonrisa se dibuja en mis labios, aunque rápidamente la disimulo. Ryan me dijo exactamente lo mismo en casa de sus padres y la verdad es que la idea de casarnos en Las Vegas está ganando enteros por momentos.

Terminamos de desmaquillarnos, nos cepillamos los dientes y nos metemos en la cama. Miro el reloj justo antes de apagar la luz de la mesita. Sólo son las once, aún es temprano, pero ha sido un día agotador y apenas dormí anoche.

Cierro los ojos.

—Las cosas con Bentley también van a salir bien —comento abriéndolos de nuevo, convencida de cada palabra.

Lauren gruñe lo que supongo que es un sí. Parece que ella no sólo ha cerrado los ojos, sino que está prácticamente dormida.

Vuelvo a pensar en James o, mejor dicho, en Lauren pensado en James. Tengo la sensación de

que mi queridísima amiga se está metiendo en un lío terrible.

Me despiertan unos brazos alzándome de la cama. Instintivamente rodeo su cuello con los míos y hundo mi cara en su hombro. Un suave olor a gel de afeitado y lavanda fresca me inunda.

—Ryan —susurro con la voz ronca por el sueño.

Me saca de la habitación, cruza el pasillo y me lleva hasta su dormitorio. Despacio, me deja sobre la cama y él lo hace sobre mí, permitiendo que el peso de su cuerpo encienda el mío. Me besa con fuerza, deliberadamente lento, fabricando el deseo en mis venas.

—Ryan —susurro de nuevo—, no puedo quedarme. Tengo que volver con Lauren.

—Está dormida. Ahora no te necesita. Yo, sí —responde seduciéndome con cada palabra.

Deja que su cálido aliento impregne la piel de mi cuello y me muerde. Gimo de nuevo y todo mi cuerpo se arquea.

Ryan baja la mano por mi costado y comienza a jugar con el cordón de mi pantalón entre sus dedos mientras sigue torturándome con su boca.

Trago saliva. Mi parte racional está a punto de evaporarse.

—No quiero que se despierte sola y nos oiga gritar y gemir al otro lado del pasillo.

—Pues entonces tendrás que estar muy calladita —replica contra mi piel.

Baja aún más la mano y acaricia mi sexo por encima de los pantalones.

Dios mío, esto se le da demasiado bien.

—Ryan —murmuro e involuntariamente me muevo debajo de él buscando su contacto.

Sonríe y me besa de nuevo. Sabe que estoy a punto de dejarme llevar. Pero me agarro a un último resquicio de valor, trago saliva y lo empujo suavemente.

—Tengo que irme.

Ryan alza la cabeza y me mira directamente a los ojos al tiempo que su sonrisa se transforma en una más dura y sexy. Está sopesando si dejarme escapar o no. Finalmente se aparta y yo aprovecho la ocasión antes de que se arrepienta y decida retenerme aquí.

—Maddie —me llama cuando ya casi he alcanzado la puerta.

Me giro y está de pie junto a la cama. Me observa de arriba abajo lleno de descaro, sexy, destilando masculinidad y sublevando mi cuerpo. Se humedece breve y discretamente los labios y una incipiente sonrisa los inunda. No puedo evitar que se me escape un leve suspiro. Es el atractivo hecho hombre. Estoy a punto de tirarme en sus brazos.

—Que duermas bien —me provoca y comienza a caminar hacia el vestidor.

Yo suspiro con fuerza e intento controlar mi libido desbocada. El muy bastardo sabe perfectamente lo que ha hecho. Vuelvo a suspirar y, malhumorada, giro sobre mis talones y salgo de la habitación. Lauren me debe una.

Al regresar a la cama miro el reloj. Son casi las cuatro. Frunzo los labios. La fiesta parece que se ha alargado mucho. Pienso en volver y preguntarle, pero si lo hago probablemente no salga de allí.

Me meto en la cama y observo la puerta. Que sea tan atractivo acabará siendo mi perdición.

«¿Aún lo dudas?»

El despertador suena a las siete en punto. Lo apago de un manotazo y me levanto de un salto. Estoy llena de energía pero de un inexplicable mal humor. Creo que es la manera en la que mi cuerpo me hace pagar el haber escapado ayer de Ryan. Lauren aún duerme, así que me meto primera en la ducha. No tengo mi mando musical mágico, por lo que tengo que cantar yo misma los grandes éxitos de Franz Ferdinand.

Salgo del baño envuelta en una toalla. Lauren sigue durmiendo. Cruzo con cuidado la habitación y salgo camino de la Ryan para coger algo de ropa. No hay rastro de él y la cama está aún sin hacer.

Entro en el vestidor con la sonrisa en los labios, fantaseando con él en mitad de esa maraña de sábanas y comienzo a pasar mis vestidos buscando qué ponerme. Elijo mi vestido negro con estampado de flores grises. Se abotona por delante. Tiene las mangas tres cuartos y la cintura alta. Es vaporoso y con un punto *vintage* que me encanta. Para Lauren, opto por el más discreto y aburrido, o según ella *profesional*, que tengo. Uno de corte recto gris marengo y falda lápiz.

Dejo los dos vestidos sobre la cama. Voy hasta la cómoda y saco un conjunto de ropa interior. Uno sencillo de algodón y rayas en distintos tonos de azul.

Me quito la toalla y me pongo las bragas y el sujetador. Estoy a punto de coger el vestido cuando la puerta del dormitorio se abre. Ryan entra con un pantalón de deporte corto azul marino y una camiseta oscura. Tiene el pelo revuelto y mojado. Probablemente se haya vaciado una botellita de agua en él.

Al verme, su sonrisa más sexy y dura se instala en sus labios mientras comienza a caminar hacia mí.

—¿Tienes idea de cuánto he tenido que correr hoy para relajarme? —me pregunta sensualmente amenazador—. Y, aun así, no lo he conseguido.

Alza la mano y acaricia mi vientre suavemente, casi fugaz, con la punta de sus dedos.

—Anoche estuve a punto de ir a buscarte tres veces. Sólo podía pensar en tocarte —susurra salvaje con sus ojos azules atrapando mi mirada.

Trago saliva. Mi respiración se acelera.

—Tengo que irme —musito, pero mi piel ya arde donde él la toca.

—Ni hablar —sentencia presuntuoso—. Me debes una y pienso cobrármela.

Enreda la mano en mi pelo y tira de él para obligarme a alzar la cabeza. Toma mi boca con la suya brusco y exigente, alimentando mi deseo.

Tomándome por sorpresa, me coge en brazos y me sienta en la cómoda de diseño. Sin delicadeza, se abre paso entre mis piernas y se deshace de mi sujetador.

—Pon las palmas de las manos contra la madera. No las muevas —me ordena.

Hago lo que me dice y suspiro excitadísima.

Ryan me dedica su media sonrisa, coloca su mano en mi cuello y, una vez más, me obliga a alzar

la cabeza para besarme fuerte y exigente demostrándome quién tiene el control.

Se lleva las manos a la espalda y se quita la camiseta.

Una fina capa de sudor le cubre el torso. De pronto me siento aún más ansiosa. Quiero lamer cada centímetro de su pecho, perderme en él.

Me besa la mandíbula, el cuello, y baja hasta mis pechos. Toma mi pezón entre sus dientes y tira de él.

Todo mi cuerpo se arquea.

Gimo con fuerza.

Sus manos se deslizan por mis costados. Mete el índice y el anular entre la piel de mi cadera y la tela de algodón y comienza a bajar mis bragas, electrificando mi piel a su paso.

Tira la prenda al suelo junto a su camiseta y vuelve a colocarse entre mis piernas, obligándome a abrirlas aún más.

Se quita los pantalones y los bóxers acelerado y, guiando su poderosa erección con la mano, entra en mí.

Grito desbocada.

Es brusco, duro, delicioso.

Comienza a moverse con fuerza. La cómoda choca con la pared con cada una de sus embestidas y el sordo sonido se entremezcla con nuestras respiraciones apremiantes que llenan toda la habitación.

Exigente, posee mi boca con la suya.

Se mueve más rápido.

Gimo. Grito.

Quiero tocarlo. Necesito tocarlo. Alzo las manos.

—Las putas manos, Maddie —gruñe.

Automáticamente vuelvo a clavarlas en la madera y como castigo, o como recompensa, no lo sé, Ryan hunde su boca en mi cuello y me muerde.

—¡Cielos! —grito.

Todo mi cuerpo se tensa.

Agarra mis pechos y los aprieta con fuerza.

El dolor se funde con el placer.

Grito aún más soliviantada.

Sus empujones son cada vez más bruscos, empotrándome sin piedad contra la pared del dormitorio.

Entra profundo, duro, mágico.

—¡Ryan!

Grito de nuevo y salto al vacío de un espectacular orgasmo que me recorre de pies a cabeza,

que prende cada centímetro de mi cuerpo, rindiéndolo a él, que continúa entrando y saliendo de mí, poseyéndome, follándome sin tregua, duro, maravilloso, con su cuerpo sexy y sudoroso pegado al mío.

Baja su mano, la desliza entre los dos y acaricia mi clítoris con el pulgar.

Mi cuerpo se sacude ante sus caricias. ¡Es alucinante!

Grito.

Echo la cabeza hacia atrás desbocada. Cierro los ojos. Arqueo mi espalda. Pero no separo mis manos de la cómoda. Ha sido su orden y una parte de mí brilla con fuerza al recordar que debo cumplirla.

Sigue embistiéndome. Sigue acariciándome. Mi cuerpo está descontrolando, temblando, eufórico, lleno de placer, de deseo, de Ryan, y vuelvo a estallar en un orgasmo aún más increíble que el anterior.

Ryan llega al clímax aullando mi nombre y se vacía en lo más profundo de mi interior.

Sin aliento, nos miramos a los ojos. El azul de sus iris brilla con fuerza pero apenas parece saciado. Yo suspiro y todo mi cuerpo también lo hace relamiéndose precisamente por eso, porque nunca tenga suficiente de mí.

Ryan observa mis manos aún contra la madera y acaricia una de ellas suavemente con la punta de sus dedos. Ahora su mirada se llena de satisfacción.

—Sólo quiero complacerte —las palabras salen de mis labios inconscientemente, antes de que pueda controlarlas.

Ryan alza la mirada y clava sus ojos azules en los míos. Su polla todavía en mi interior se endurece como si estuviera hecha de puro acero y fantasía erótica.

Yo suspiro y aprieto mis muslos contra sus caderas. A lo mejor yo tampoco tengo nunca suficiente de él.

Alza su mano y acuna mi cuello con ella.

—Voy a follarte muy duro y muy rápido.

Uau. La boca se me hace agua.

Sale de mí, me gira entre sus brazos y, antes de que pueda asimilar mi nueva posición, me penetra con fuerza.

¡Dios!

Mi cuerpo sobreestimulado se reactiva con más fuerza. Ya me siento al borde del precipicio otra vez.

Ryan se ancla en mis caderas. Me embiste duro, lleno de brusquedad, muy rápido. Con cada estocada saca su miembro casi por completo y después entra con fuerza.

Grito enardecida.

Todo se intensifica. Una dulce línea de dolor se entremezcla con todo el placer y el deseo.

—¡Ryan! —grito.

Una parte de mí quiere pedirle que pare este ritmo tan demencial.

—Aguanta, nena —me pide con la respiración entrecortada.

Aumenta el ritmo, lo vuelve aún más duro, casi brutal.

Me gusta. Me duele. Quiero que pare. Que siga para siempre. Y entonces alcanzo un clímax asombroso que me llena de un placer tan puro y tan intenso que siento que mi cuerpo estalla lleno de luz, de color, de euforia, del placer más intenso, del mejor polvo multiplicado por mil.

Grito y me revuelvo bajo Ryan. He perdido el control de mi cuerpo, que se sacude intentando administrar todo el placer que siento.

Él se agarra a mis caderas. Sé que me dejará la marca de sus dedos en mi piel y algo dentro de mí brilla con fuerza. Me embiste más profundo que ninguna otra vez, bordeando con fiereza y habilidad la fina línea entre el dolor y el placer, y se pierde en mi interior.

—Joder, Maddie —pronuncia con la voz jadeante, exhausta.

Tira de los dos y nos deja caer sobre la cama. Apoyo la cabeza en su pecho y él me rodea con sus brazos. Esto es el paraíso. Pero entonces recuerdo que Lauren está al otro lado del pasillo. Probablemente se haya enterado de todo y me queden aproximadamente unos diez años de bromas tipo: «os juro que creí que nos asolaba un terremoto y Maddie estaba atrapada bajo una viga.» Cierro los ojos y sacudo la cabeza. Van a pasárselo muy bien a mi costa.

Me levanto de un salto y me visto rápidamente ante la atenta mirada de Ryan, que tras unos segundos se sienta espléndidamente desnudo en el borde de la cama.

—¿Hoy irás al Riley Group?

Asiento mientras me pongo las sandalias.

—Le prometí a Bentley que lo ayudaría.

Quiero recogerme el pelo pero no encuentro mi goma. La busco por el suelo y la localizo junto a la pata de la cama. La cojo y me hago una cola de caballo.

Ryan coloca sus manos detrás de mis rodillas y las sube levantando mi vestido con ellas. Alza la mirada y sonrío. Yo contengo un suspiro milagrosamente. Estoy a punto de volver a dejarme embaucar por esos ojos azules.

—Para —le pido divertida zafándome de sus brazos.

Me finjo absolutamente convencida y trato de ignorar el hecho de que ahora mismo echaría el pestillo de la puerta y me quedaría aquí con él una semana.

Cojo el vestido para Lauren que deje sobre la cama y me alejo unos pasos prudentiales del universo del pecado que es Ryan Riley.

«Más aún: Ryan Riley desnudo en una cama.»

Él me dedica su media sonrisa, se levanta y se dirige hacia el baño.

—Voy a darme una ducha.

Lo observo caminar destilando toda esa seguridad en sí mismo y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no seguirlo. ¿Cómo puede ser posible? Acabamos de estar juntos dos veces. Suspiro con fuerza y giro sobre mis pies. Lauren me debe dos.

Salgo del dormitorio y vuelvo al cuarto de invitados. Afortunadamente mi amiga aún está en el séptimo cielo.

—Lauren —la llamo—, Lauren.

Refunfuña, se gira pero no se despierta.

—Lauren, mueve el culo.

Agarro la almohada dispuesta a quitársela pero está aferrada a ella como si fuera Sting desnudo. Cojo fuerzas, doy un tirón y al fin la atrapo.

—Ja —me recreo—. La victoria es mía.

Lauren masculla malhumorada, se incorpora hasta sentarse y me asesina con la mirada.

—Ésta es una casa seria. —Se queja con el pelo alborotado—. Pensé que los despertares eran más amables.

—Y lo son —respondo socarrona—. Dúchate. Te he traído un vestido para que puedas cambiarte. Te espero abajo.

Ella asiente, lo que le supone un esfuerzo terrible, y al fin se levanta de la cama.

Bajo al salón y voy hasta la cocina. Me inclino sobre la isla y miro a ambos lados buscando a la señora Aldrin. Estoy a punto de darme por vencida cuando la cocinera aparece por la puerta del salón.

—Buenos días, Maddie —me saluda.

—Buenos días, señora Aldrin.

—¿Café? —pregunta tomando los mandos tras la encimera de maravilloso mármol de Carrara.

—Sí.

Ella asiente.

—¿Podría preparar *macaroons*? —pregunto tímida con una sonrisa.

Es el desayuno favorito de Lauren y quiero darle una sorpresa.

—Me pondré a ello ahora mismo.

Creo que está feliz de que por fin le haya pedido algo. Sin embargo, yo no puedo evitar sentirme incomoda.

Me siento en el taburete y cruzo los brazos sobre la encimera mirando la escalera. Me parece extraño que Ryan no haya bajado todavía.

Veo el *New York Times* al final de la isla. Me estiro poniendo en peligro mi integridad física y alcanzo el periódico. Lo coloco sobre el mármol y estoy a punto de abrirlo cuando Ryan llega por detrás y me lo roba.

—La ducha sin ti ha sido de lo más aburrida —susurra haciendo que sus perfectos labios casi rocen el lóbulo de mi oreja—. Pero pensar cómo has dejado que te folle sobre la cómoda lo ha mejorado.

Sonríó nerviosa. Otra vez me ha robado la reacción.

Ryan sonrío satisfecho por provocarme de semejante manera, se sienta en el taburete junto al

mío y comienza a leer el periódico.

La señora Aldrin deja una bandeja de *macaroons* humeantes recién salidos del horno. Tienen una pinta deliciosa. En ese mismo instante oigo los tacones de Lauren repiqueteando contra cada peldaño de la escalera.

—Buenos días —saluda acercándose a la cocina.

—Buenos días —respondo.

La conozco perfectamente y sé que se siente algo incomoda por tener que desayunar en la cocina de Ryan con él.

—Buenos días, señor Riley —musita al pasar a su lado.

—Señorita Stevens —contesta sin levantar la vista del periódico.

Le hago una mueca a Lauren y ella a mí un mohín. Me pregunto si llegará el día en el que se tuteen.

—La señora Aldrin ha preparado *macaroons* —le informo.

Lauren sonrío discretamente y se sienta a mi lado.

—¿Éste es el aspecto que tiene por las mañanas? —pregunta en un susurro.

Sonrío de nuevo y asiento.

—Tu vida tiene que ser un auténtico infierno —concluye cogiendo su taza de café.

—Ni que lo digas —respondo fingidamente resignada antes de que las dos nos echemos a reír.

Nuestras risas hacen que Ryan levante la mirada del diario y la dirija hacia nosotras con expresión divertida. Antes de que pregunte qué pasa, su iPhone comienza a sonar. Lo saca del bolsillo interior de su chaqueta y mira la pantalla.

—Riley... —responde—... No. Encuentra a Mackenzie.

Deja el periódico sobre la mesa, se levanta y se dirige a su estudio.

Lo observo hasta que sale de la estancia y me giro hacia Lauren. Quiero saber qué tal está, pero, antes de que pueda decir una palabra, su móvil también suena. Un mensaje.

La telefonía móvil está truncando todos los intentos de conservación esta mañana.

Lauren mira la pantalla y lee con atención. La expresión de su cara cambia. Parece algo grave.

—Lauren, ¿estás bien?

Ella me mira sólo un segundo y rápidamente alarga el brazo para coger el periódico. Sin mediar palabra, lo abre por la mitad y comienza a pasar las páginas frenética.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar.

—Serán hijos de puta —se queja furiosa.

Instintivamente me levanto, me inclino sobre ella y observo el *New York Times* abierto por la portada de la sección de sociedad. Me llevo la mano a la boca y suspiro de pura sorpresa cuando veo una foto mía y de Ryan y, bajo ella, el titular: «La nueva cazafortunas de Nueva York.»

¿Qué demonios está pasando?

Le quito el periódico de las manos y comienzo a leer.

«Ayer, en la gala del Metropolitan, tuvimos la oportunidad de presenciar un raro acontecimiento que de vez en cuando nuestra fascinante ciudad nos ofrece. Hacía años que no se veía algo así, por lo que les pido que permitan a este viejo reportero tomarse un par de licencias. En primer lugar les pondré en antecedentes. Están los ricos de Manhattan, los ricos del estado, los ricos de la Costa Este y después está Ryan Riley a la cabeza de una de las grandes fortunas familiares del país. Brillante, determinado, inteligente. Al otro lado tenemos a una chica de procedencia desconocida que hasta hace poco trabajaba como ayudante de editor dentro del vasto imperio de los Riley. Ryan: 0, cazafortunas: 1. El posicionamiento es importante.»

Resoplo sorprendida, indignada y furiosa. Automáticamente miro el nombre del autor del artículo: Lucas McCallan, uno de los periodistas más reputados de la sección de sociedad. Es normal encontrarlo rodeado de personalidades de la *jet set* y debo haberlo visto una docena de veces en televisión vanagloriándose de su amistad con Jackie Kennedy.

«La chica cumple todas las normas. Muy joven. Aparentemente tímida. Aparentemente dulce. Nunca resaltando por encima de su presa. Vestía un Valentino. Una prenda que, sin duda alguna, no está acostumbrada a llevar y, aunque habrá a quien eso le resulte de lo más adorable, a mí sólo me parece una pose. Aparentemente desvalida.»

No aguanto más.

—¡Será gilipollas! —estallo.

Lauren me mira sin saber qué decir. Creo que es la primera vez que eso pasa.

Decido ir directa al final del artículo.

«Las chicas de la alta sociedad neoyorquinas lloran desconsoladas en sus áticos de Park Avenue. No es para menos. La partida se la ha ganado una don nadie con un bonita sonrisa. Van a casarse y servidor espera poder ir a la boda para contaros de primera mano cómo, *por fin*, la cazadora le da el bocado definitivo a su adinerada presa.»

Lanzo furiosa el periódico contra la encimera.

—No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

—Es un capullo. Probablemente él sea la chica que más llora de todas —comenta Lauren convencidísima.

Sin quererlo, sonrío.

—No me hagas reír —protesto aún con la sonrisa en los labios—. Estoy muy cabreada. Todo lo que ha dicho es mentira.

Sencillamente no me lo puedo creer. Se ha dedicado a decir un montón de estupideces y estereotipos sobre mí y ni siquiera se ha molestado en contrastar una maldita palabra.

Ahora entiendo por qué Ryan me ha quitado el periódico de las manos esta mañana.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. ¿Asesinar a Lucas McCallan?

—Aún tengo el teléfono de los sicarios que me dio Arthur Salt —responde Lauren.

Yo vuelvo a sonreír involuntariamente.

—Me preocupa que tengas teléfonos de sicarios.

—Olvídate de los sicarios. Presentémosle a mi tía Dina.

Ya no tengo más remedio y rompo a reír.

Ryan sale de su estudio y camina hacia nosotras. Me mira divertido viéndome reír mientras se guarda el teléfono en el bolsillo; aun así, sé que es perfectamente consciente de que no estoy teniendo mi mejor mañana.

—Señorita Stevens.

Ese «señorita Stevens» es un educado «sal de mi cocina, quiero hablar con mi chica».

Ella asiente.

—Os espero en el piso de abajo —dice dirigiéndose a la puerta.

Ryan camina hacia mí y yo lo hago hacia él.

—Ese artículo es una estupidez —sentencia deteniéndose a unos pasos de mí.

Yo resoplo. Es muy fácil decirlo cuando no es a ti a quien han llamado cazafortunas aparentemente desvalida.

Ryan da el paso definitivo que nos separa y, colocando su mano en mi cadera, me atrae hacia él.

—Todo lo que dije en casa de mis padres sigue en pie. Nadie va a apartarte de mí —susurra colocándome un mechón de pelo tras la oreja. Sus palabras, su voz y su contacto me relajan automáticamente—. Y, si quieres, el jet está preparado para llevarnos a Las Vegas ahora mismo.

Sonrío.

—Estoy a punto de decirte que sí a eso —bromeo.

Ryan también sonrío, aunque la suya está llena de ternura. Se inclina sobre mí y me da un beso.

—Ahora, a trabajar.

Toma mi mano y nos dirigimos a las escaleras. Lauren nos espera en el vestíbulo con la vista perdida en el maravilloso Monet. Camino del coche, Finn se acerca a Ryan y le comenta algo que no logro oír. Ryan asiente, le devuelve el comentario y finalmente se gira hacia nosotras.

—Señorita Stevens, Finn la llevará a la oficina.

Lauren y yo nos miramos confusas ante la impaciente expresión de Ryan. Finalmente mi amiga asiente y sigue a Finn hasta el A8.

Antes de que pueda decir nada, Ryan tira de mí y me conduce por el lado opuesto del garaje hasta su BMW.

—¿Por qué no hemos ido con ellos?

Me mira pero no dice nada y me abre la puerta del coche. Sigo sin comprender qué pasa, pero

me monto de todos modos. Ryan también lo hace, pero no salimos disparados como normalmente suele ocurrir, si no que espera paciente a que el Finn lo haga primero.

No entiendo nada, pero entonces subimos la rampa del garaje y veo una nube de fotografías cernirse sobre el Audi justo antes de que Ryan rápidamente tome el camino opuesto.

—¿Qué hacen ahí tantos periodistas? —pregunto perpleja.

Nunca había visto un solo fotógrafo en la puerta de casa de Ryan.

—Parece que somos la noticia del día.

Resoplo. No imaginé que las cosas serían así. No soy ninguna estúpida. Sabía que el hecho de que Ryan anunciara nuestro compromiso traería cola, pero no este aluvión. Espero que no estén también en las puertas del Riley Group. Suspiro con fuerza otra vez.

Afortunadamente no hay rastro de ningún periodista a las puertas de la oficina. Ryan entra en el parking y se detiene junto a la oficina de control. George aparece a paso ligero y me abre la puerta.

—Hola, George.

—Señorita Parker —me saluda profesional.

Lo observo extrañada rodeando el coche y abriendo la puerta a Ryan. Está claro que en el puesto de control leen el *New York Times*.

Ryan me toma de la mano y atravesamos el garaje.

—¿No va a resultarte un poco extraño? —pregunto.

—¿El qué? —inquire Ryan a su vez.

—Esto —digo alzando nuestras manos entrelazadas—, que todo el mundo lo sepa en la oficina.

—Maddie, no voy a follarte en mitad de la sala de reuniones —me aclara.

Las puertas del ascensor se abren.

—O sí —añade socarrón a la vez que entramos.

El elevador está vacío. Nos pegamos a la pared trasera. El iPhone de Ryan suena de nuevo. Me suelta la mano y lo coge del bolsillo interior de su chaqueta.

Las puertas vuelven a abrirse en el vestíbulo y una nube de ejecutivos entra.

—Señor Riley —lo saludan casi al unísono.

El asiente imperceptiblemente como respuesta mientras sigue hablando por teléfono. Automáticamente todas sus miradas se centran en mí.

—Señorita Parker —me saludan.

Sonrío incomoda.

Es oficial. Todo el mundo lee el maldito *New York Times* y yo voy a tener que asesinar a Lucas McCallan.

Gracias a Dios, el ascensor no hace muchas paradas y en seguida llega a la planta veinte. Los ejecutivos se apartan para permitirnos salir, juraría que colocándose unos sobre otros, y Ryan y yo abandonamos el elevador.

Me acaricia discretamente el reverso de la mano con los dedos y atraviesa la redacción hacia su despacho. Yo hago lo mismo en dirección opuesta, rezando para que nadie se fije en mí.

Afortunadamente el bullicio de la revista me hace pasar completamente desapercibida.

Entro en la oficina y dejo mi bolso sobre la mesa.

—Joder, ¿qué tal hablar conmigo?

Es la voz de Bentley.

Me giro sorprendida y doy un paso hacia su despacho. Está al teléfono.

—Tuve que enterarme de que no dormías en casa por Ryan... Claro que estoy muy cabreado. ¿Cómo demonios quieres que esté?... A lo mejor la que tiene algo que contarme eres tú. Hace unos días que estás rarísima... Perfecto, joder, ¡perfecto!

Cuelga con tanta fuerza que el auricular resuena contra la base dando la sensación de que, si no se ha roto, ha estado a punto.

Frunzo los labios. Sabía que habían discutido, pero no imaginaba hasta qué punto. Voy a llamar a la puerta del despacho cuando mi teléfono comienza a sonar. Miro la pantalla. No reconozco el número.

—¿Maddison Parker? —preguntan al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Buenos días, soy Samantha Stinson. Le llamo del departamento de Recursos Humanos de la revista *New Yorker*.

Me quedo en blanco y automáticamente una sonrisa inunda mis labios.

—Tenemos la solicitud de trabajo que nos envió por Internet y queríamos concertar una entrevista con usted.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿Para qué puesto sería? —pregunto haciéndome la interesante, aguantándome las ganas de saltar.

—Ayudante del editor.

Cierro los ojos y comienzo a patallar contra el suelo feliz y acelerada. ¡No me lo puedo creer!

—Sí, me interesa. ¿Cuándo es la entrevista?

—A última hora de esta mañana, sobre la una, en el número cuatro de Times Square.

—Perfecto.

Mi sonrisa se ensancha, cuelgo y comienzo a dar saltos y vueltas. ¡Tengo una entrevista para el *New Yorker*!

En ese momento Bentley sale de su despacho y rápidamente disimulo toda mi felicidad.

—Hola —me saluda confuso.

Creo que ha sido testigo de mis últimas muestras de alegría.

—Hola —respondo como si no pasara nada.

—¿Todo bien?

—Sí. Acaban de llamarme para una entrevista de trabajo y me he alegrado mucho.

Bentley asiente y entonces recuerdo la conversación que he oído.

—¿Y tú estás bien?

—Sí.

Ése ha sido el «sí» más falso que he oído en toda mi vida.

—Pongámonos a trabajar —me apremia antes de que pueda hacerle cualquier otra pregunta.

Yo asiento y cuadro los hombros profesional. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme cómo estará Lauren. La discusión a este lado del teléfono no sonaba muy amable.

—Baja a maquetación y recoge los nuevos borradores a color. Revisa el material fotográfico para el artículo central. Y busca a Lewis. Dile textualmente que estoy muy cabreado y que le quiero en mi despacho a las once en punto.

Asiento de nuevo.

—Bentley, necesito marcharme a las doce y media. —Frunce el ceño—. La entrevista, ya sabes —añado con mi mejor voz de pena—, pero volveré después de comer.

—Está bien —responde fingidamente desdeñoso—, pero podrías decirme dónde es la entrevista para que yo se lo diga a Ryan y te la boicotee. Te quiero como ayudante.

Yo sonrío e instintivamente se transforma en una sonrisa nerviosa. Es más que probable que, si Ryan se entera, haga algo para que no me contraten. O quizá no. Él sabe que trabajar en el *New Yorker* es mi sueño.

La mañana se pasa volando. Colaborar con Bentley es fantástico. Hago todo lo que me pide y juntos revisamos la nueva maqueta y reorganizamos algunos artículos. La reunión con Lewis es una muestra más del genial editor que es. El último artículo del redactor dejó mucho que desear, pero Bentley le presiona lo justo y lo reprende lo necesario para motivarlo y hacerle entender que ese trabajo no está a la altura ni de él como redactor ni de la revista. Camino de corrección tengo la oportunidad de leer el borrador del editorial de Bentley para este número sobre por qué es necesario que la ONU ponga veto a las construcciones faraónicas en países en vías de desarrollo. Es sencillamente genial.

De vuelta en mi mesa, mientras reviso que lo lleve todo en mi bolso para marcharme a la entrevista, sopeso si ir o no a ver a Ryan antes de irme. Si le digo que tengo una entrevista, querrá saber dónde y yo no quiero que lo sepa. Si me marchó sin decirle nada, se enfadará.

Suspiro hondo y me llevo el índice a los labios, pensativa. Podría marcharme, hacer la entrevista y volver antes de que se dé cuenta de que no estoy. Muy arriesgado. Podría pedirle a Bentley que me encubriese, pero sé que está afectado por haber discutido con Lauren y no quiero meterle en un lío con Ryan. Resoplo. Tendré que echarle valor y, sobre todo, concentrarme en una única idea: no puede saber dónde es la entrevista.

Llego al despacho de Ryan y camino hasta colocarme frente a la mesa de Tess.

—Buenos días.

—Buenos días, Maddie.

—¿Podría ver al señor Riley?

—Un segundo.

Parece que algunas cosas no han cambiado. Me alegro.

La secretaria pulsa el botón del intercomunicador.

—Señor Riley, la señorita Parker está aquí.

—Que pase.

Me indica la puerta con una sonrisa y yo se la devuelvo.

Llamo suavemente y espero a que me dé paso. Cuando lo hace, abro lentamente y cierro tras de mí. Antes de girarme suspiro una vez más. «Tienes una misión, Parker, que esos ojos azules no te despisten.»

Ryan se levanta y sale a mi encuentro.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita Parker?

Sonrío.

—Sólo venía a informarle de que me marchó, señor Riley.

Ryan me mira confuso y da un paso más hacia mí.

—¿No es un poco pronto?

—Tengo unos asuntos que resolver.

Su confusión se transforma en perspicacia. Se está poniendo en guardia, sopesando opciones.

—¿Todo bien? —pregunta dando otro peligroso paso hacia mí.

—Sí, sí, sí.

Demasiados síes.

—Maddie, ¿adónde vas? —vuelve a preguntar a la vez que coloca su mano en mi cadera y me estrecha contra su cuerpo. Su mejor suero de la verdad.

Suspiro. Se le da demasiado bien.

—A una entrevista —respondo—, pero no pienso decirte dónde —añado casi en un tartamudeo. Está aún más cerca.

—¿Por? —pregunta con sus labios peligrosamente cerca de los míos.

—Porque no quiero que intervengas y consigas que me despidan incluso antes de empezar —respondo en un golpe de voz.

—¿Qué te hace pensar que haría eso?

Está a punto de besarme pero vuelve a separarse, sólo unos centímetros. Mis labios entreabiertos dejan escapar un suspiro y él sonrío presuntuoso.

—Que seas un loco arrogante y controlador que piensa que puede hacer conmigo lo que quiera.

—Puedo hacer contigo lo que quiera —sentencia con una sonrisa aún más presuntuosa.

Sin quererlo, un nuevo suspiro se escapa de mis labios.

Ryan desliza sus manos por la curva de mi trasero.

—No voy a decírtelo.

Mi voz es un patético hilo inundado de deseo. Tengo que conseguir que deje de afectarme de esta manera.

—Está bien —dice separándose sin más.

Yo lo miro confusa y sorprendida y excitada. ¿No va a seguir tratando de convencerme?

«¿No te escuchas, Parker? No lo necesita.»

—Que me ocultes información equivale a que huyas de mí —me advierte con sus ojos azules brillando con fuerza—. Suplicarás —concluye con la sensualidad hecha voz.

Yo trago saliva. Ahora no puedo echarme atrás. Resoplo ante su amenazadora sonrisa y giro sobre mis talones agarrándome la correa del bolso con fuerza.

Salgo del despacho, me despido de Tess y cruzo la redacción hasta llegar a los ascensores. Suspiro con fuerza otra vez. Mi cuerpo está excitado y absolutamente soliviantado y todo por su culpa. Es un bastardo arrogante. Un presuntuoso que cree que no tengo un gramo de fuerza de voluntad. Pero ¿quién se cree que es?

«El que te hará suplicar; rectifico, el que te ha hecho suplicar cada vez que ha querido.»

Me pongo los ojos en blanco. Mi voz de la conciencia es una bastarda.

Voy en metro hasta la parada de Port Authority con la 42. Cuando subo los escalones y miro a mi alrededor, sonrío como una idiota. Times Square nunca deja de sorprenderme. Da igual que ya lleve viviendo aquí seis años. Lo letreros de neón, las luces... me siento como en una postal de la ciudad más increíble del mundo.

Camino hasta el número cuatro y suspiro nerviosa al comprobar cómo el edificio del *New Yorker* se levanta sobre mí. Llevo soñando con esto desde los diez años. No puedo permitirme fallar.

Entro con el paso decidido y la sonrisa más grande del mundo. Un guardia de seguridad muy amable, que me recuerda a Ben al instante, me indica dónde puedo encontrar a la señorita Stinson.

En el ascensor tengo la tentación de escaparme y dar una vuelta por la redacción. Me muero de ganas por ver cómo es, pero finalmente me contengo. Estoy decidida a dar la mejor de las impresiones y que me descubran deambulando embobada con cada cosa que encuentre no creo que sume muchos puntos.

En la planta de Recursos Humanos todo es muy aséptico, como en cualquier departamento de este tipo en cualquier empresa. Una chica muy simpática me conduce hasta un despacho y me pide que tome asiento en una, cómo no, aséptica antesala. Siempre he pensado que los directivos de Recursos Humanos no quieren que haya ningún dato mínimamente personal en sus despachos o sus plantas para que ningún empleado pueda utilizarlos como pista para averiguar dónde viven.

Miro la placa de la puerta y frunzo el ceño sorprendida al leer «Samantha Stinson, directora de Recursos Humanos». Normalmente los altos ejecutivos no se encargan de las entrevistas y mucho menos las conciertan por teléfono.

—¿Maddison Parker? —pregunta una mujer de unos cuarenta años, rubia y alta, saliendo del despacho y acercándose a mí.

Me levanto y asiento.

—Sí, puede llamarme Maddie —respondo tendiéndole la mano.

—Samantha Stinson —me la estrecha con una sonrisa—, Sam —me aclara—. Pasa, por favor —añade señalándome la puerta por la que acaba de salir.

Entramos en un despacho enorme. Samantha Stinson me señala un amplio sofá blanco en un extremo de la estancia para que tome asiento y ella lo hace junto a mí. Sonrío pero todo me resulta muy extraño, demasiado distendido para una entrevista de trabajo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Ella sonrío y coge un dossier de la pequeña mesa de centro toda metal y carísimo diseño escandinavo.

—Fuiste a Columbia y tienes un máster en la Universidad de Nueva York —comenta revisando diferentes hojas de la carpeta—. Trabajaste para Bentley Sandford —continúa satisfecha—. Supongo que aprenderías mucho de él.

—Sí, la verdad es que sí. Es un editor increíble.

Vuelve a sonreír, cierra la carpeta de un golpe y la deja sobre la mesa.

—Si me disculpas, tengo que salir un momento.

—Por supuesto.

La mujer se levanta y sale del despacho dejando la puerta abierta. Todo esto es de lo más raro. Lo lógico sería haberme encontrado a una decena de chicos y chicas luchando por el puesto y a un par de ejecutivos malhumorados con una lista interminable de preguntas.

La oigo hablar con otra persona a unos pasos de la puerta. Aunque agudizo el oído, no consigo entender lo que dicen.

La mujer regresa a los minutos con una nueva sonrisa y se detiene a unos pasos de mí. Al ver que no se sienta, yo me levanto.

—Muchas gracias por venir hasta aquí —me dice tendiéndome la mano—. Te llamaremos.

No entiendo qué es lo que ocurre, pero aún así estrecho su mano y le devuelvo la sonrisa.

—Muchas gracias por su tiempo —me despido.

La misma chica que me indicó dónde debía sentarme me espera junto a la puerta para acompañarme a los ascensores. Definitivamente creo que se ha equivocado de candidata y la persona con la que ha hablado en la puerta le ha avisado. Si no, no comprendo toda la amabilidad que me ha mostrado para sólo hacerme dos preguntas y no concretar nada sobre el trabajo.

Me llevo la uña del pulgar a los dientes y la muerdo sin llegar a romperla. Es la entrevista más extraña que he tenido en mi vida.

En mitad del vestíbulo valoro seriamente la posibilidad de darme la vuelta y volver a subir para pedirle que me explique lo que ha pasado. Me freno al instante. Puede que sea la manera en la que el departamento de Recursos Humanos trabaja aquí. Una innovadora técnica de entrevistas de algún país europeo. O quizá Ryan haya averiguado dónde era la entrevista. Suspiro con fuerza. Eso sí que

no me extrañaría nada, pero es imposible que supiese dónde venía. Además, él nunca me arruinaría la oportunidad de trabajar en el *New Yorker*. Sabe que es mi sueño. Supongo que no me queda más remedio que aferrarme a ese «te llamaremos».

Regreso al Riley Group a tiempo de comer con Lauren en el Marchisio's. Intento preguntarle un par de veces por Bentley, pero no quiere hablar del tema.

Soy plenamente consciente de cómo me miran todos, pero decido fingir que es por mis bonitas sandalias y no porque acaben de enterarse de que estreno prometido.

—Si alguien te mira mal, devuélvele la mirada impasible y dile: tu futuro laboral está en mis manos, gusano, así que no me cabrees —pronuncia Lauren apuntando con el índice al aire.

Yo me echo a reír.

—Sí, definitivamente eso les demostraría a todos que sigo siendo la misma.

El ascensor se abre en la planta veinte. Aún con la sonrisa en los labios, me despido de Lauren, que se dirige malhumorada a su departamento, y regreso a mi oficina. Dejo el bolso en mi mesa y me asomo al despacho de Bentley. No hay rastro de él. Imagino que aún estará comiendo.

Voy hasta la estantería roja, cojo la caja llena de documentos administrativos por archivar y la llevo hasta mi mesa. Debe haber casi un centenar de carpetas. Supongo que es lo primero que empezó a acumularse. También es lo más aburrido.

Mi iPhone suena. Miro la pantalla. Sonrío feliz. Es Ryan.

—Hola, prometido —lo saludo divertida.

Le oigo reír al otro lado. Mi apelativo le ha cogido por sorpresa.

—Hola, prometida. ¿Qué tal la entrevista?

—No lo sé. Rara.

Sostengo el teléfono entre la mejilla y el hombro, meto las manos en la caja, saco el primer montón de carpetas y lo dejo sobre mi escritorio.

—¿Rara? —pregunta algo confuso.

—Sí. De todas formas, da igual. No creo que me llamen.

No sé por qué, sé que está sonriendo al otro lado.

—Un buen prometido no se alegraría de los fracasos laborales de su prometida.

Saco el resto de carpetas y también las dejo caer sobre la mesa.

—No son fracasos. Son pequeños pasos para que te des cuenta de que ya estás donde tienes que estar.

—Qué suerte tengo de tenerte —comento socarrona abriendo el primer dossier.

—No lo sabes bien —responde presuntuoso—. Y, si estuviera en la oficina, te haría ir a mi despacho para demostrártelo.

Cierro la carpeta y vuelvo a coger el teléfono con la mano.

—¿Dónde estás?

—En una reunión fuera de la ciudad. No llegaré hasta esta noche.

Frunzo los labios. Parezco una niña malcriada pero quiero estar con él cada segundo de cada día.

—Te esperaré despierta.

—Y desnuda —añade.

Su voz se ha vuelto más ronca y mi deseo se ha despertado.

—En tu cama.

—Nuestra cama —me corrige rápidamente—. Y no sabes las ganas que tengo.

Y yo. Suspiro. Va a ser una tarde muy larga.

—Adiós, señorita Parker.

—Adiós, señor Riley.

Cuelgo y vuelvo a concentrarme en los dosieres administrativos. El esfuerzo que tengo que hacer es grande, más ahora que no dejo de imaginarme a Ryan desnudo.

Cuando falta poco para que den las cinco, al fin estoy en el archivo guardando todas las carpetas perfectamente ordenadas y revisadas. No llevo ni la mitad cuando Lauren entra y cierra la puerta tras de sí.

—Estoy aburridísima y es sábado, Maddison Parker —comenta indignadísima sentándose sobre uno de los archivadores—. Debería ser delito que no estemos bebiendo ya.

Sonrío.

—No podría estar más de acuerdo —respondo.

Lauren se baja de un salto como si acabara de descubrir la fórmula de la relatividad y me sonrío de oreja a oreja.

—Montemos una fiesta —me propone.

—¿Para celebrar qué exactamente? Porque te recuerdo que soy una cazafortunas interesada que no se mueve si no es por un buen motivo —bromeo.

—Para celebrar eso exactamente.

Alzo la cabeza y le dedico una mirada entre perpleja y absolutamente perpleja.

—Me refiero a ese artículo —me explica—. Riámonos de toda esta absurda situación donde de repente hasta George te llama señorita Parker.

Lo pienso un instante y sonrío encantada. Es justo lo que necesito.

—Me encanta.

—Genial —responde entusiasmada—. Llamaré a los Hannigan. Nos vemos en el vestíbulo en quince minutos.

Da unas palmaditas y sale de la pequeña habitación. Yo termino de archivar las carpetas y vuelvo a mi mesa canturreando. Pienso beber y reírme hasta que no pueda más.

Me despido de Bentley. Parece un poco inquieto. Mientras cojo el bolso, pienso que es más que probable que se sienta así por haber discutido con Lauren. Quizá necesite hablar. Sé que ellos no lo han hecho, al menos no desde que les oí discutir por teléfono.

Me cuelgo el bolso cruzado y me dispongo a llamar a la puerta de su despacho cuando unos pasos a mi espalda me distraen.

—¡Futura señora Riley! —grita Spencer con una sonrisa.

Antes de darme la oportunidad de responder, me coge en brazos y me levanta del suelo sin dificultad.

—Adoro a esta chica —le dice a Max—. Ha conseguido que mi hermano pase de carácter de mierda a carácter difícil.

Ha sonado tan convencido y tan agradecido que no tengo más remedio que sonreír.

—Enhorabuena —dice Max con una sincera sonrisa cuando mis pies tocan de nuevo el suelo.

—Gracias —respondo algo tímida.

—Veníamos a ver al imbécil de Sandford —comenta Spencer.

—Está en su despacho —respondo.

Los dos entran como dos torbellinos y apenas unos segundos después la risa de Spencer ya retumba por toda la oficina. Me alegro. A Bentley le vendrá bien estar con los chicos.

Ya desde el rellano puede oírse la música a todo volumen en casa de los Hannigan. Lauren y yo nos miramos y sonreímos. Está sonando *Under Control*, con Calvin Harris, Alesso y Hurts. La noche promete.

Con cada Martini Royale brindamos por cada una de las palabras de Lucas McCallan y, cuando ya vamos por la tercera ronda, ideamos un plan para secuestrarlo y torturarlo, por si fuera necesario.

El móvil de Lauren no para de sonar. Ella mira la pantalla y cuelga sistemáticamente sin decir una palabra. Sospecho que es Bentley.

—¿No piensas cogerlo? —le pregunto.

—No.

—¿Qué demonios os ha pasado?

—No nos ha pasado nada —contesta convencida—, pero no quiero hablar con él.

En ese momento el Smartphone vuelve a sonar, Lauren lo apaga y lo deja sobre la mesita de centro junto al mío.

—Los que nunca queréis hablar me caéis muy mal —digo dándole un trago a mi Martini Royale.

Ahora mismo entiendo perfectamente a Bentley.

—A lo mejor ya hablé y no me gustó lo que oí —sentencia misteriosa.

Pero antes de que pueda preguntar a qué demonios se refiere, coge el teléfono, camina decida hasta la cocina, abre el congelador y lo mete dentro.

—A eso le llamo yo enfriar las negociaciones —comenta James, que había sido testigo de toda la conversación.

Alza su copa, ella le devuelve el gesto y yo acabo uniéndome, aunque no voy a negar que me ha dejado de lo más intrigada.

Alrededor de las once mi iPhone comienza a sonar. Voy a cogerlo pero el alcohol no mejora

mucho mi coordinación y acabo dejándolo caer debajo de la pequeña mesa de centro. La llamada se corta pero a los segundos vuelven a llamar. Me arrodillo para rescatarlo, pero Lauren, desde el otro lado, lo alcanza antes que yo.

—Teléfono de la cazafortunas —contesta ceremoniosa. Sonrí— Amiga de la cazafortunas al habla.

La expresión de su cara cambia en un segundo y automáticamente mi sonrisa se esfuma más aún cuando me tiende el teléfono y gesticula con los labios «Ryan».

Trago saliva y me llevo el móvil a la oreja.

—Ryan...

—Llevo llamándote más de una hora —me interrumpe furioso—. ¿Dónde demonios estás?

—En casa de los Hannigan —musito.

—Estaré allí en diez minutos.

Sin darme oportunidad a contestar, cuelga.

Compruebo el teléfono. No tengo ninguna llamada perdida, pero entonces miro el fondo de pantalla y me doy cuenta de que no es mi teléfono, es el de Lauren.

—Es tu móvil —digo devolviéndoselo—. ¿Dónde está el mío? —pregunto confusa.

Todos comenzamos a mirar por el suelo, el sofá... hasta que lo veo claro. Voy hasta la cocina, abro el congelador y saco mi iPhone helado. Asesino a Lauren con la mirada y ella se encoge de hombros con una sonrisa culpable.

—No lo chupes o se te quedará la lengua pegada —musita.

James, Charlie y Álex se aguantan el ataque de risa que están a punto de tener.

—¿Por qué iba a querer chuparlo? —pregunto mitad enfadada mitad a punto de echarme a reír con ellos.

—No lo sé. ¿Curiosidad?

Ya no puedo más y acabamos riendo.

El telefonillo de la puerta suena. Álex va a abrir. Habla apenas unos segundos y regresa al salón.

—Maddie, es Ryan. Dice que bajas.

Suspiro. Tiene que estar cabreadísimo. Seco el móvil, recojo mis cosas y salgo del apartamento.

Supongo que he tardado más de lo que pensaba, porque apenas he dado un par de pasos cuando Ryan aparece al otro lado del rellano.

Inmediatamente su mirada atrapa la mía. Está furioso pero por un breve instante también parece aliviado.

—¿Te haces una idea de lo preocupado que estaba? —masculla furioso.

Lo observo en silencio. Pienso en explicarle que no ha sido a propósito, que mi iPhone estaba en el congelador, pero creo que eso sólo serviría para enfadarlo aún más.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, me llevo las manos al vestido y comienzo a desabrochar los primeros botones, muy despacio, a la vez que camino hacia él. Si puede despistarme con el sexo, yo a él también.

Ryan suspira brusco.

Me detengo tan cerca de Ryan que nuestros cuerpos ya se tocan. Me pongo de puntillas y lo beso, pero él se mantiene firme. No entra en el juego. Tampoco me rindo. Vuelvo a acariciar sus labios con los míos y gimo bajito. Me separo sólo un poco y vuelvo a besarlo. Ryan masculla un juramento ininteligible y me besa con fuerza. Me lleva contra la pared y hunde sus manos en mi pelo.

Suspiro con fuerza mientras disfruto de su boca conquistando la mía.

Ryan apoya sus brazos a ambos lados de mi cabeza y se separa.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —pregunta clavando sus ojos azules en los míos.

Sigue furioso pero su tono de voz se ha agravado y su mirada se ha oscurecido cargada de deseo.

Yo lo miro a través de mis pestañas. Otra vez dejándole que vea mi lado más dulce y sumiso.

—Me estoy haciendo perdonar —respondo a la vez que llevo las manos a su cinturón y lo desabrocho.

Ryan, sin separarse de mí, mira a ambos lados del rellano y sonrío con malicia. Me acaricia el labio inferior con el pulgar y sus ojos azules bailan de los míos a mi boca. Chupo su dedo con fuerza y Ryan gruñe. Se inclina sobre mí y retira lentamente su pulgar.

—Pues deberías saber que ahora mismo estoy muy enfadado contigo —me advierte amenazador en un susurro antes de besarme lleno de intensidad y pasión una sola vez.

Expectante y excitada, me arrodillo frente a Ryan y libero su poderosa erección. La cojo entre mis manos y, sin separar mi mirada de la suya, la rodeo con mis labios.

Ryan gruñe de nuevo y, con las manos aún apoyadas en la pared, se inclina más sobre mí y entra más profundo.

Lo lamo con fuerza, acompañando cada movimiento con mis manos.

Gimo suavemente con él en mi boca.

Me siento sexy y estar haciéndolo en mitad del pasillo me resulta de lo más excitante.

—Joder, Maddie.

Mueve sus caderas, embiste mi boca. Yo me relajo y lo acojo entero, enseñándole los dientes cada vez que sale.

Gimo de nuevo. Sabe delicioso.

Ryan baja las manos y las enreda en mi pelo. Me sostiene la cabeza mientras sigue moviendo sus caderas.

Alzo la mirada y tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos y una expresión llena de placer que incrementa el mío, consiguiendo que un deseo abrumador se apodere de mi cuerpo.

—Joder —sisea de nuevo.

Sus manos me agarran con más anhelo y me penetra con fuerza.

—Déjala entrar, Maddie —gruñe con la respiración entrecortada.

Gimo y cierro los ojos.

Es demasiado grande pero Ryan mueve las caderas, se impulsa suavemente y llega hasta el fondo de mi garganta. Trago involuntariamente con él aún en mi boca y un gemido se escapa de sus labios.

—Otra vez —masculla.

Trago de nuevo.

—Joder —gruñe saliendo de mí.

Se retira del todo. Yo le doy un húmedo beso justo en la punta y vuelto a tomarlo entre mis labios.

Sonríó sexy disfrutando de cada centímetro de su longitud dura como el acero.

Baja una de sus manos, me acaricia la mejilla con el pulgar y finalmente se agarra la polla por la base para controlar cada movimiento. Entra y sale mientras su otra mano sigue enredada en mi pelo.

Nunca imaginé que darle placer me excitaría tanto. Está siendo más brusco. Está llevando el control más duro, más arrogante, y me encanta.

Saca de nuevo su miembro y me acaricia los labios suavemente con él. Sus ojos azules están clavados en los míos. Yo sonrío, vuelvo a besarle la punta y lo acojo encantada cuando lo hace entrar.

Ryan sonrío y suspira brusco a la vez.

—Eres increíble, nena. —Y hay auténtica veneración en su voz.

Anclo las manos en la parte de atrás de sus muslos. Me muevo cada vez más rápido. Entra cada vez más rápido. Sabe delicioso. Duro y fuerte. Deseo puro embistiendo mi boca.

Ryan echa la cabeza hacia atrás absolutamente extasiado.

Noto sus piernas tensarse. Está a punto de perder el control.

—Abre la boca —me ordena con la voz rota de deseo.

Sin dudarle, hago lo que me dice. Ahora mismo mi libido está al mando.

Ryan coloca su polla sobre mi labio inferior, se acaricia con fuerza y su esencia cremosa se derrama en mi boca mientras pronuncia mi nombre con un alarido.

—Trágatelo —vuelve a ordenarme con el deseo estallando en sus ojos más azules que nunca.

Otra vez no me cuestiono ni una sola palabra y lo hago bajar por mi garganta salado y lleno de placer.

Ryan me toma por los hombros, me levanta y me besa con fuerza, estrechando mi cuerpo entre el suyo y la pared.

—Perdonada, pero la próxima vez más te vale cogerme el teléfono.

Sonríó. Ryan también lo hace y me da un rápido e intenso beso.

—Vámonos de aquí —dice a la vez que tira de mí.

Yo suspiro como una niña malcriada. Quiero estar pegada a él hasta que salga el sol. Ryan sonrío presuntuoso. Es perfectamente consciente de ello.

Sin embargo, no me lleva en dirección a las escaleras, sino hacia la puerta de mi apartamento. Se gira y me empuja suavemente contra la pared otra vez.

—Aún no he acabado contigo —dice contra mis labios justo antes de besarme de nuevo.

Suspiro encantada. Cojo la llave de emergencia que tengo escondida en el marco y abro ante su atenta y lujuriosa mirada.

Ryan se abalanza sobre mí y nos lleva hacia el interior del apartamento. Sin dejar de besarme,

cierra la puerta de una patada y me tumba sobre el suelo de mi salón dispuesto a conseguir que llenemos de pasión cada centímetro de parqué.

—Tenemos que hablar sobre tu regalo —comenta Ryan con la mirada clavada en el techo.

¡Por fin!

—¿Qué regalo? —pregunto fingiendo que no tengo la más remota idea.

Tomándome por sorpresa, Ryan se revuelve, se coloca sobre mí y mantiene mis muñecas contra el suelo a ambos lados de mi cabeza.

—No te hagas la inocente conmigo —pronuncia amenazador—. Hicimos un trato.

—Se me ha olvidado —respondo pícaro.

—Puedo hacer que lo recuerdes.

Sonrío. Me apunto a eso.

—El apartamento —dice con sus ojos azules dominándome desde arriba—. Es tuyo.

Me observa cauteloso. Está esperando mi reacción.

—¿Qué? —musito.

No puede estar hablando en serio.

—El lunes mi abogado irá a Chelsea con todo el papeleo para que lo firmes.

Está loco. No puede regalarme un apartamento.

—Ryan, no voy a aceptarlo.

—Entonces es una suerte que ya lo hicieras.

Sonríe presuntuoso, me da un rápido e intenso beso y se levanta. Yo hago lo mismo y deprisa me pongo el vestido. No quiero estar desnuda para tener esta conversación: le pondría las cosas demasiado fáciles.

«Lo que anula cualquier posibilidad de negociación es que él siga desnudo.»

Gracias a Dios, coge sus bóxers y sus pantalones, se los pone y da un par de saltitos para ajustárselos antes de abrochárselos. No puedo evitar quedarme embobada.

«Reacciona, Parker.»

—No puedo —me reafirmo intentado ignorar lo sexies que le caen los pantalones sobre las caderas.

«No pierdas el hilo ahora.»

—¿Por qué no? —inquiére.

Está comenzando a cansarse.

—Porque es un apartamento —contesto exasperada.

¿Por qué no es capaz de entenderlo?

—Lo compré para ti —responde como si eso zanjara cualquier discusión.

—¿Y qué hubieras hecho si no hubiéramos vuelto?

Ryan se toma unos segundos para recapacitar sobre mis palabras. Parece que sencillamente esa idea nunca se le pasó por la cabeza.

—Hubiéramos vuelto —sentencia completamente convencido—. Y tú vas a aceptar el apartamento.

Me llevo las manos a la cabeza. Ahora mismo me siento un poco superada por el huracán Ryan Riley. Esto es demasiado. ¡Es un maldito apartamento!

Ryan me observa un segundo, suspira exhalando todo el aire y, sin previo aviso, me sienta en la isla de la cocina. Se hace hueco entre mis piernas y apoya sus manos en la encimera a la vez que se inclina buscando mi mirada.

—Nena, quiero hacerte feliz.

—Ya me haces feliz. No necesito esto —respondo señalando vagamente a mi alrededor.

Ryan sonrío, se yergue obligándome a alzar la mirada y me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Ahora mismo te compraría el edificio entero.

Sus ojos azules me hechizan. ¿Qué puedo hacer? No me gusta, ni quiero, ni necesito que se gaste dinero en mí, pero tampoco puedo pasarme toda la vida negándome a aceptar cada regalo que me haga. Suspiro tan resignada como divertida. Ryan sonrío. Sabe que ha vuelto a salirse con la suya. Yo también lo hago. ¿Qué puedo hacer? Me tiene ganada.

—Acepto —le confirmo—, pero estará a nombre de los dos.

Ryan me besa con fuerza hasta casi tumbarme sobre la encimera. Cuando estoy a punto de caer, se separa unos centímetros, me da un dulce beso y se retira definitivamente.

—Sólo a tu nombre. Es tuyo. Ahora vámonos a casa.

Me deja sentada de nuevo, se agacha para coger la camisa y se la pone.

—¿Nunca vas a ceder en nada? —pregunto, aunque no sé por qué lo hago, a estas alturas debería tener clara la respuesta.

Ryan finge no oírme mientras se ajusta la camisa.

—Por lo menos, ¿sabes cómo hacerlo?

Pretende seguir ignorándome, pero una indisimulable sonrisa se dibuja en sus labios.

—Creo que sí —responde al fin burlón acercándose de nuevo a mí—. Tengo que hacerme el digno, asegurar que jamás lo haría y después dejarme convencer.

Sonrío escandalizada. Claramente se está riendo de mí pero, antes de que pueda protestar, Ryan me besa acallando cada palabra que intento decir hasta que al final me rindo.

—Me encanta convencerte —susurra contra mis labios.

Y ya sólo puedo derretirme.

El A8 nos espera frente a la puerta. Nos acomodamos en la parte trasera y Finn se incorpora

rápidamente al tráfico.

Estoy cansadísima. El día ha sido muy largo y la sesión con el dios del sexo, muy intensa. No hemos avanzado más de un par de manzanas cuando noto cómo los ojos se me cierran sistemáticamente.

—Nena, hemos llegado.

La voz de Ryan me despierta. Tengo que esforzarme en abrir los ojos. Ya estamos en Chelsea.

—¿Necesitas que te lleve en brazos?

Niego con la cabeza. No tengo seis años. Puedo andar.

Mientras esperamos el ascensor, me apoyo en el pecho de Ryan e involuntariamente lanzo un suspiro mientras me acomodo contra él. Estoy muerta de sueño. Le noto sonreír justo antes de empujarme suavemente sin separarme de él para hacerme entrar en el ascensor. Estoy a punto de quedarme dormida otra vez.

Cuando las puertas vuelven a abrirse, Ryan no me da opción y me coge en brazos. Yo quiero protestar pero estoy demasiado cómoda.

Me deja a los pies de la cama e inmediatamente me dejo caer contra su pecho de nuevo. Ryan toma mi vestido por el bajo y me lo saca por la cabeza.

—A la cama —me ordena suavemente en un susurro.

No pienso discutir. Me encanta la idea.

Me acomodo entre la decena de almohadones. Ryan me cubre con la fina colcha y me besa suavemente.

—Ven a la cama —susurro contra sus labios.

—Tengo que trabajar.

—Creí que me querías desnuda en tu cama.

Sonríe.

—Eso siempre.

Quiero seguir discutiendo pero el sueño me vence. Lo último que noto son sus labios sobre mi frente.

Me despiertan los rayos de sol entrando por la ventana. Ryan está dormido a mi espalda. Su pecho sube y baja relajado al ritmo de su respiración. Nuestras piernas están enredadas y su mano descansa posesiva sobre mi cintura.

Me alegra que esté aquí durmiendo y no trabajando en su estudio. Necesita descansar.

Me estrecho contra su cuerpo y Ryan reacciona aún dormido abrazándome con más fuerza. Estoy en el paraíso.

Sin embargo, mi iPhone tiene otros planes para mí y comienza a sonar. Alargo rápidamente la mano y silencio la llamada. No quiero que se despierte.

No reconozco el número pero me resulta familiar. Me separo despacio de Ryan y me siento al

borde de la cama. Él refunfuña pero no se despierta. Sonríó como una idiota mirándolo y por un momento me pierdo en él.

El móvil vibra de nuevo y me saca de mi burbuja. Había olvidado la llamada.

—¿Diga? —respondo bajito.

—Maddie, soy Samantha Stinson, del *New Yorker*.

Abro la boca sorprendida. No puede ser.

—Me complace comunicarle que reúne las cualidades que buscamos para trabajar en nuestra revista —continúa—. ¿Cuándo podría empezar?

Todas mis neuronas se han desmayado de la emoción. ¡Voy a trabajar en el *New Yorker*! ¡Seré la ayudante de Robert Sterling!

—Cuando quiera —respondo feliz, conmovida y absolutamente entusiasmada.

—Perfecto. La esperaremos a la largo de la mañana. Aunque sea domingo, habrá mucha actividad. En el mostrador de recepción le entregarán sus credenciales.

—Muchas gracias.

Cuelgo y pataleo en el suelo. Es increíble, absoluta y totalmente increíble.

—Nena, ¿qué ocurre? —pregunta con la voz ronca por el sueño.

Me giro con la sonrisa en los labios. Ryan se incorpora adormilado hasta apoyarse en el cabecero de diseño y se pasa las manos por la cara intentando despertarse del todo. Antes de decir o hacer nada más, me coge por la cintura y me sienta a horcajadas sobre él. Sonríó sin poder dejar de mirarlo. Adoro que su primera reacción sea acomodarme en su regazo. Es el mejor lugar del mundo.

Está guapísimo con una incipiente barba recorriéndole la mandíbula. Levanto la mano y la rasco con mis dedos. Ryan gruñe encantado y cierra los ojos un instante. Cuando los abre, su espectacular mirada azul atrapa la mía. Me observa esperando a que responda.

—Eran los de la entrevista de ayer. Tengo el empleo —contesto sin poder ocultar mi sonrisa.

La expresión de Ryan cambia, se tensa. Está enfadado.

—¿Y vas a decirme dónde es?

—En el *New Yorker* —musito.

Intento leer en sus ojos cómo reaccionará. Lo último que quiero es que se ponga como un loco. Es el trabajo de mi vida.

Finalmente, como si ya no pudiera disimularlo más, una incipiente sonrisa se asoma en sus labios.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Yo sonrío como una idiota y me tiro en sus brazos. Unos segundos después, Ryan me obliga a separarme para que su boca encuentre la mía.

—Vamos a ducharnos —comenta tras darme un espectacular e intenso beso—. El primer día es importante llegar relajado.

Sonríó de nuevo. Me apunto a eso.

Después de una ducha de lo más interesante corro hacia el vestidor envuelta en una toalla mientras Ryan se afeita. La visión es tentadora pero estoy muy nerviosa. Quiero estar perfecta. Elijo mi vestido *skater* azul marino y lo adorno con un delgado cinturón rojo de charol y mis manoleínas rojas. Me seco el pelo con la toalla y regreso al cuarto de baño. Afortunadamente Ryan ya ha terminado. Suspirar cada vez que le veo pasarse la cuchilla por la cara me quita demasiado tiempo.

Al verme, lanza un fugaz suspiro, casi imperceptible. Yo comienzo a peinarme. Ryan se inclina hasta apoyar los codos en el mueble del lavabo y entrelaza sus dedos a la vez que me observa a través del espejo. Me recojo el pelo y comienzo a maquillarme. Primero un poco de base, después polvos compactos. Ryan continúa contemplándome. Parece fascinado. Sonrío. Me siento un poco tímida ahora mismo, pero me gusta. Me pongo la sombra de ojos con los dedos. Sonrío de nuevo. ¿Por qué no dice una palabra? Cojo el colorete y me aplico una pizca. Por último el pintalabios.

—¿Qué color? —pregunta amenazadoramente sensual colocándose a mi espalda.

Suspiro con fuerza. Coloca sus manos sobre el mármol a ambos lados de mi cintura. Su cuerpo roza el mío. Nuestras miradas se encuentran a través del espejo. Sus ojos azules brillan con fuerza. Mi respiración se acelera. ¿Cómo ha conseguido que pintarme los labios se haya convertido en algo tan sensual?

«Porque es Ryan Riley. Conseguiría que hacer cola en un supermercado fuese algo sensual.»

Miro las barras de labios y las acaricio suavemente con los dedos. Mis dedos casi se detienen perezosos en el rojo *pin-up*.

—Ése es sólo para mí —pronuncia en un susurro ronco y masculino a mi espalda.

Muevo los dedos y cojo uno grosella. Lo abro despacio y me humedezco los labios. Ryan desliza su mano hasta el centro de mi vientre y me estrecha contra su cuerpo. Lentamente baja la otra y llega hasta el final de mi vestido.

Me pinto los labios despacio. Ryan sube su mano acariciando mi piel y llega hasta la tela de mis bragas. Pongo un labio sobre otro y los chasqueo para que el carmín quede uniforme. Ryan suspira brusco y desliza sus dedos en mi interior. Me penetra con ellos mientras me acaricia con la palma de la mano, incitando mi clítoris.

Gimo.

Cierro los ojos. Me dejo caer contra él y pierdo mi cara en su cuello. Es delicioso.

Entra y sale de mí. Me solivianta. Me llena de placer.

—Ryan —susurro.

Me aprieta aún más contra él y puedo sentir su polla despertando dura y perfecta contra mi trasero.

Continúa moviéndose. Fuerte, preciso, perfecto. Sus dedos son mágicos.

Gimo. Grito.

Concentro todas mis fuerzas en abrir los ojos. Nos observo a través del espejo. Es casi hipnótico. Todo mi cuerpo está rendido a él, a sus manos.

Ryan me penetra con sus dedos y los gira extendiendo el placer a cada rincón de mi sexo.

Gimo.

Me embiste de nuevo. Sus caricias se aceleran. Vuelve a hacer su delirante círculo.

Grito.

No puedo mantener los ojos abiertos.

Mi cuerpo se tensa. Me embiste. Estallo. Y me lleva a un clímax maravilloso sin ni siquiera despeinarse.

—Feliz primer día de trabajo —susurra sexy a mi oído.

Se separa lentamente y, cuando se asegura de que puedo mantenerme en pie, sale triunfal del baño. Yo lo observo con la respiración exhausta. No me importaría que todas las mañanas fueran así.

Termino de arreglarme sin poder dejar de sonreír por culpa de la dicha poscoital y bajo al salón.

No veo a Ryan en la cocina, así que imagino que estará en su estudio.

—¿Podemos irnos ya? —pregunto bajo el marco de la puerta.

Ryan sonríe con la vista aún fija en los documentos que revisa. Ya se ha puesto uno de sus trajes sexies de CEO y no podría hacerle más justicia a ese apelativo.

—Tienes muchas ganas de empezar a trabajar —comenta socarrón.

Sonrío como respuesta.

Ryan finalmente se apiada de mí, deja los papeles sobre la mesa y sale a mi encuentro. Justo antes de girarme para marcharnos, veo el *New York Times* en la mesa.

—¿Han publicado algo más? —pregunto sin tener muy claro si quiero saber o no la respuesta.

—Nada que nos importe —sentencia, tomándome de la mano y obligándome a empezar a caminar.

Suspiro mentalmente. Eso es un sí. Nunca pensé que diría esto pero odio el *New York Times*.

«Como si ese periódico fuera el único que habla de ti.»

Suspiro de nuevo. Estoy a punto de empezar a martirizarme pero me freno en seco. Ryan y yo vamos a casarnos y hoy es mi primer día en mi soñado trabajo. Nada va a arruinármelo. Asiento reafirmando cada uno de mis pensamientos. Hoy no pienso a dejar de sonreír.

El Audi A8 se detiene en la esquina de Broadway con Times Square. Ryan me despide con un beso de película y yo me bajo del coche con la sonrisa preparada.

Me acerco al mostrador de recepción, recojo mis credenciales y, con la sonrisa aún de oreja a oreja, me monto en los ascensores. No puedo dejar de mirar mi nombre en la identificación. ¡Trabajo en el *New Yorker*!

Al poner un pie en la redacción, las mariposas revolotean desbocadas en mi estómago. Atravieso la inmensa sala y me detengo frente a la puerta de la oficina del editor. Suspiro hondo, cuadro los hombros y entro.

Me sorprende ver a una secretaria. Está sentada a una elegante mesa de cristal. Todo está impecable. Una gran obra de arte abstracta preside la pared principal y en la opuesta hay varios sillones para esperar. Parece la antesala del despacho de un alto ejecutivo, no del de un editor.

—Buenos días —digo colocándome frente a ella—. Me llamo Maddie Parker. Soy la nueva ayudante del editor.

La secretaria me dedica una sonrisa de puro trámite y me indica los sillones. Descuelga el teléfono y marca una tecla con la parte de atrás del lápiz.

—Henderson, Parker está aquí.

Espera la contestación y cuelga.

—En seguida vendrán a buscarla —me comunica justo antes de volver su vista a la pantalla del ordenador.

Asiento sin perder la sonrisa. Estoy impaciente. No veo el momento de empezar.

Media hora después sigo sentada. Le he preguntado un par de veces a la secretaria, pero todo lo que he obtenido es que me repita mecánicamente la misma respuesta que ya me dio.

Otra media hora después estoy desesperada. Me levanto y me acerco hasta la mesa de la secretaria. Estoy mentalizada para mandarla al cuerno si vuelve a decirme que en seguida vendrán a buscarme, pero entonces la puerta que llevo mirando una hora se abre y salen el editor Robert Sterling y un joven de treinta y pocos años que imagino será su ayudante.

Vuelvo a poner mi mejor sonrisa y me dirijo hacia ellos.

—Hola, señor Sterling soy...

—El cuarenta por ciento me parece muy poco —le dice al chico que le acompaña ignorándome por completo—. La tirada debería aumentar en más de un millón.

Giro sobre mis pasos y les sigo pero, antes de que pueda hablar otra vez, Robert Sterling se vuelve hacia mí.

—Prepara café —me pide sin ni siquiera mirarme y continúa hablando con el chico.

Los observo desaparecer entre las mesas con el ceño fruncido. Ya no sonrío. Ni siquiera ha dejado que me presente. Suspiro discretamente, la secretaria me está mirando, y vuelvo a cuadrar los hombros. Sólo ha sido el primer impacto. Probablemente esté hasta arriba de trabajo y llegue tarde a una reunión. Me obligo a sonreír otra vez y salgo de la oficina en busca de la sala de descanso a preparar ese café.

Dado que la secretaria no me va a ser de mucha ayuda, cuando regreso con los cafés la ignoro por completo y entro con paso decidido por la puerta por la que el señor Sterling salió. Accedo a otra sala algo más pequeña que la anterior. Hay una mesa con decenas de dossiers apilados en una esquina y una lata de Doctor Pepper llena de bolígrafos, rotuladores rojos y lápices. La pantalla del ordenador tiene uno de los laterales cubierto de pos-its con números de teléfono. Tras el escritorio hay una estantería con ejemplares de la revista y al menos una treintena de gruesas carpetas. Sonrío. Esto sí es lo que me esperaba. Debe de ser la mesa del chico que vi con Sterling.

Frente a ella hay otra, vacía salvo por un ordenador que parece recién desembalado. Está reluciente. Ni la mesa ni la silla conjuntan con el resto del mobiliario y, sobre la pared y en la moqueta, se ve la sombra de varios muebles archivadores, como si hubiesen llevado años justo ahí y los hubieran quitado hace apenas unas horas.

Dejo los cafés sobre la mesa y miro a mi alrededor. Está claro que voy a estrenar el puesto.

Guardo mi bolso en un cajón y enciendo el ordenador. Como sospechaba, es nuevo y no tiene instalado ninguno de los programas básicos para este trabajo. No tengo acceso a la agenda de Sterling ni tampoco a los archivos informatizados.

Estoy intentando encontrar alguna manera de instalar todo lo que necesito cuando el señor Sterling y el otro chico regresan.

—Ve a maquetación —le ordena—. Quiero esas malditas páginas redistribuidas.

El chico asiente. Yo me levanto y les sigo el paso. No pienso quedarme atrás otra vez. Entramos en el despacho de Sterling y, si la antesala me dio la sensación de ser la de un alto ejecutivo, su propia oficina no me deja dudas. Es inmensa.

Robert Sterling rodea su mesa y se sienta mientras continúa dándole instrucciones al chico. Al fin repara en mí. Me mira con cara de pocos amigos y vuelve la vista al joven de treinta y tantos.

—¿Quién es? —le pregunta.

—Soy Maddie Parker —me adelanto—. Su nueva ayudante.

Sterling me mira confuso. ¿Acaso no sabía que venía?

—La manda la señorita Stinson —añade el chico.

Me parece notar perspicacia en la manera en que lo dice o quizá simplemente es que empiezo a estar un poco picajosa con semejante bienvenida.

Sterling asiente varias veces con una sonrisa de lo más dura en los labios y vuelve a centrar su atención en mí.

—De acuerdo —dice levantándose—. Soy Robert Sterling. Él es Ashton. Tu trabajo aquí es ayudarme en lo que te pida cuando te lo pida. El resto del tiempo no me molestes a no ser que sea importante. Tu mesa, allí —continúa señalándola aunque prácticamente desde aquí no pueda verse—. El archivo, por allí —añade señalando más lejos vagamente.

Asiento.

—Ashton te pondrá al día cuando terminemos aquí. ¿Cuántos años tienes? —se interrumpe a sí mismo.

—Veinticuatro.

Sterling resopla y asiente como si cayese en la cuenta de algo. No sé qué es, pero hay algo que no me gusta en ese gesto.

—Lo dicho, Ashton te pondrá al día cuando terminemos aquí.

Se lleva las manos a las caderas y me observa. Yo entorno los ojos confusa. ¿Está esperando a que me marche? Señalo la puerta torpemente y él asiente displicente. Definitivamente me está echando.

Giro sobre mis talones y empiezo a caminar.

—Cierra la puerta cuando salgas —me pide.

Sonrío absolutamente atónita y hecha un lío con toda la situación y salgo del despacho.

Sé que prometí no dejar de sonreír, pero me lo están poniendo complicado.

Más o menos otra hora después, la puerta vuelve a abrirse. Ashton sale, o mejor dicho lo intenta, con una docena de tubos portaplanos y una caja enorme.

—Espera. Te ayudo —le digo levantándome de mi mesa y corriendo hacia él.

Llego tarde y, cuando estoy a unos pasos, se le caen todos los portaplanos y la caja, que le da en un pie.

—Joder, qué daño —casi grita agarrándose el pie.

—¿Estás bien? —pregunto a la vez que me agacho a recoger los portaplanos, aguantándome la risa.

La verdad es que todo ha sido bastante cómico.

—Sí, gracias.

Presto, me quita los tubos, los deja sobre su mesa, se limpia las manos en sus vaqueros y me tiende una.

—Soy Ashton.

Yo me sacudo la mía y se la estrecho.

—Soy Maddie —contesto.

Por fin alguien amable.

—No le hagas caso a Sterling —dice cogiendo la caja y dejándola también sobre la mesa. Parece pesada—. Es un gilipollas pero también un genio. Trabajabas para Bentley Sandford, ¿verdad?

—Sí.

Y cómo lo echo de menos.

—Bentley es genial. Si has aprendido con él, no tardarás en hacerte con todo esto.

—¡Ashton! —grita Sterling desde su despacho.

Mi nuevo amigo se inclina sobre la mesa, abre el primer cajón, saca un iPad y sale disparado de vuelta al despacho.

Yo suspiro al tiempo que echo un nuevo vistazo a mi alrededor. No quiero estar de brazos cruzados. Cojo todos los tubos portaplanos y los llevo a la estantería. Abro la caja. Está llena de carpetas. Las saco, las abro y las ordeno. Todas tiene viejos artículos, material de archivo e interminables datos administrativos.

Cuando vuelvo a mirar el reloj, ya es casi la hora de comer. Sin darme cuenta llevo más de dos horas haciendo esto. Es aburridísimo pero por lo menos no estoy sentada a mi mesa sin hacer nada. Me quedan unos dos dosieres para acabar cuando la puerta al fin vuelve a abrirse. Sterling sale con el paso decidido y se marcha. Ashton lo hace detrás, revisando la pantalla de su tableta.

Al recordar que sigo allí, alza la mirada y me dedica una fugaz sonrisa.

—Puedes marcharte a comer —comenta.

—En cuanto termine de ordenar estas carpetas.

—¿Qué carpetas? —pregunta confuso alzando la mirada de nuevo.

Al ver lo que estoy haciendo, deja el iPad sobre su mesa y se acerca a la mía.

—Esas carpetas son para llevarlas a la trituradora.

¿Qué?

—Llevo dos horas con esto —me lamento tirando la carpeta que leía de nuevo en la caja.

—Lo siento —se disculpa.

Cojo el montón que ya había ordenado y, malhumorada, lo tiro también en la caja.

—Mira —me pide—, de momento lo mejor será que hagas sólo lo que te diga.

Asiento. El primer día me está yendo de maravilla.

—¿Dónde está la trituradora? —pregunto.

—En Archivos, al fondo del pasillo, pero puedo hacerlo yo.

Niego con la cabeza a la vez que cierro la inmensa caja.

—Me hace ilusión hacer algo. —Sin quererlo he sonado más impertinente de lo que pretendía.

Ashton asiente intentando disimular una sonrisa.

Cojo la caja y voy hasta Archivos. Es una sala inmensa con las paredes de cristal. Dejo la caja sobre uno de los muebles y comienzo a destruir carpetas. Me siento como una imbécil. Miro a través del cristal y la redacción se despliega ante mí. Deben trabajar aquí más de un centenar de personas. Todas atareadas, corriendo de un lado para otro. Observando el bullicio, mi humor mejora y, antes de que me dé cuenta, estoy sonriendo. Puede que las cosas no hayan salido como esperaba, pero sólo es el primer día y esto sigue siendo el *New Yorker*. Sonríe otra vez y destruyo otra carpeta. Además, habré perdido dos horas pero he aprendido un montón de cosas sobre la revista.

Bajo a comer. No conozco ningún restaurante por aquí, así que me meto en la primera cafetería que encuentro. Me pido un sándwich y un refresco y, para animarme, decido llamar a Ryan, pero no me coge el teléfono. Debe de estar en alguna reunión. Suspiro con fuerza. Quería oír su voz.

Pruebo con Lauren, con Álex y con James, quienes parecen haberse puesto de acuerdo, porque tampoco me cogen el teléfono.

Opto por regresar a la oficina. Con un poco de suerte Ashton podrá ponerme al día y conseguiré hacer algo de provecho.

Sin embargo, cuando llego, no hay rastro ni de él ni de Sterling. Le pregunto a la amable secretaria, de la que aún no sé ni su nombre, y ella me explica que se han ido a una reunión en el Lower Manhattan y que estarán allí toda la tarde.

Resoplo. «Genial», me digo toda ironía. Regreso a mi mesa. Consigo el teléfono del departamento de informática. Me explican que no han tenido tiempo de instalarme los programas necesarios pero que en seguida mandarán a alguien. Cuando pasa una hora y sigo sentada delante de un ordenador cuya mayor hazaña es dejarme entrar en Internet, me levanto decidida y me planto en el departamento de informática, después de que me explicaran dónde estaba.

Mi padre me llama varias veces, pero ahora no puedo hablar con él. Tengo que resolver esto.

Me hago amiga de Katy, una de las técnicas, que me graba en una tarjeta de memoria todos los programas que necesito. Me advierte que no se me ocurra volver a comer en la cafetería donde lo he

hecho hoy y quedamos para almorzar juntas la semana que viene. Parece simpática.

De vuelta en mi ordenador, consigo instalar la mayoría de los programas sin problemas, pero no me sirven de nada. Para poder acceder a los archivos de la revista necesito una clave. Vuelvo a llamar al departamento de informática, pero su jornada laboral termina antes y ya no hay nadie.

A las cinco ni el señor Sterling ni Ashton han regresado. Me resulta extraño, así que me acerco a preguntar a la secretaria, que ya está metiendo las cosas en su bolso y poniéndose la chaqueta.

—¿Sabes cuándo volverá el señor Sterling? —pregunto.

—Mañana.

Resoplo. No me lo puedo creer. La tarde ha sido aún más desastrosa que la mañana.

—Cuando tiene reuniones en la ciudad por la tarde, no suele regresar —me explica apiadándose de mí—. Y mucho menos un domingo.

—Gracias —respondo con una sonrisa que no me llega a los ojos. Al menos esta vez ha sido capaz de contestarme con más de tres palabras—. Me llamo Maddie —me presento probando suerte de nuevo.

—Yo soy Rachel —y al fin sonrío—. Lo mejor será que te marches ya a casa.

Asiento. Está claro que sí.

Justo antes de salir por la puerta, se para en seco, como si hubiese recordado algo, y se gira de nuevo hacia mí.

—Se me olvidaba —comenta—. Sterling me pidió que te dijera que mañana puedes tomarte el día libre por haber tenido que venir en domingo.

La miro confusa. Sterling no parece esa clase de jefe.

—¿Suele hacer eso?

Rachel resopla sin saber qué contestar, pero hace memoria y tras unos segundos frunce los labios algo molesta.

—La verdad es que no, así que aprovéchalo.

La secretaria se marcha definitivamente y yo me quedo algo pensativa. No termino de entender la actitud de mi nuevo jefe.

Finalmente decido no darle más vueltas, recojo mis cosas y me marcho. Justo cuando voy a poner un pie en el primer escalón de la parada de metro de Port Authority con la 42, mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es mi padre. Por un momento pienso en dejarlo sonar y hablar con él cuando ya esté en casa y me haya bebido por lo menos una copa, el día bien lo ha merecido, pero es la cuarta vez que me llama. Quizá sea importante.

—Hola, papá.

Hago todo lo posible por sonar animada. No quiero que se preocupe.

—Hola, pequeñaja.

Aunque sólo han sido dos palabras, lo noto diferente.

—Papá, ¿ocurre algo? —pregunto alejándome unos pasos del bullicio de la boca de metro.

—¿No lo sabes? —inquiére a su vez.

Definitivamente está enfadado.

—Ryan Riley ha estado aquí —me anuncia.

¡¿Qué?!

Entro en un auténtico y genuino estado de *shock* y, ante mi silencio, mi padre continúa.

—Ha venido a pedirme tu mano.

No, no, no. No quería que se enterara así.

—Maddie, sois muy jóvenes, eres muy joven —rectifica rápidamente—. Ya no me gustaba cuando era un simple neoyorquino, mucho menos ahora que sé que es uno de los hombres más ricos del país.

—Papá... —intento interceder por Ryan.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

Presiento que la respuesta a esa pregunta no le va a gustar nada.

—Dos meses.

Mi padre resopla.

—Se lo he dicho a él y te lo digo a ti. Eres muy joven y sois muy diferentes, y encima apenas os conocéis. Lo siento, hija, pero no puedo estar de acuerdo.

Esto es lo último que necesito.

—Ryan me hace feliz, papá.

Trato de sonar todo lo segura que puedo. Quiero que lo entienda.

—Ryan acabará cansándose de ti —sentencia.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. Ha sido muy duro.

—Siento ser yo quien te lo diga —continúa—, pero ¿qué va a pasar cuando os deis cuenta de que no tenéis nada en común?, ¿cuando pese que os llevéis siete años?

—Uno no elige de quién se enamora —intento defenderme. La verdad es que ahora mismo me siento dolida—, y tú deberías saberlo.

—Eso es cierto, pero soy tu padre y, si está en mi mano impedir que sufras, voy a hacerlo.

—Así que no lo apruebas.

—No, no lo hago.

Asiento nerviosa consciente de que él no puede verme porque en realidad lo hago para mí, para asimilar cada palabra que acabo de escuchar.

—Papá, tengo que coger el metro —continúo acelerando la despedida.

No quiero hablar más. Además, dudo de que el nudo que tengo en la garganta dejara pasar palabra alguna.

—Está bien. —Hace una pequeña pausa—. Te quiero, pequeñaja —añade intentando compensarme por todo lo que ha dicho antes.

—Yo también te quiero.

Cuelgo y suspiro con fuerza intentando contener el aluvión de lágrimas que amenaza con inundar mis ojos. No sólo no quiere que me case con Ryan, si no que tiene clarísimo que se acabará cansando de mí.

¿Y por qué demonios Ryan ha hecho algo así sin consultarme? Si hubiéramos ido los dos, quizá podría haberle explicado a mi padre mejor las cosas. Ahora, además de triste, me siento furiosa. ¿Alguna vez piensa contar conmigo para algo?

En el metro no paro de darle vueltas a la conversación con mi padre e involuntariamente recuerdo las palabras del padre de Ryan: «si te casas con ella, te arrepentirás.» Nuestros progenitores no podrían estar más de acuerdo.

Llego a Chelsea y llamo a la puerta. Ryan debe haberme repito el código una decena de veces, pero siempre lo olvido.

—Buenas tardes, Maddie.

—Hola, Finn.

Me dedica su sonrisa más profesional y yo se la devuelvo, aunque no me siento contenta en absoluto.

—Si no es mucha indiscreción, ¿qué tal su primer día?

Me vio salir del coche entusiasmada. Es lógico que pregunte.

—No ha estado mal, Finn.

Miento. Ahora mismo no me apetece hablar de ello.

—Me alegro.

Vuelvo a sonreír y otra vez no me llega a los ojos. Sólo quiero meterme en la cama y no salir en dos días.

—¿Ryan ha llegado?

Finn asiente.

—Está en el salón.

—Gracias.

Sonrío de nuevo y subo las escaleras. Apenas he atravesado el umbral del salón cuando lo veo de pie mirando por el inmenso ventanal, absolutamente absorto en el atardecer de Manhattan. Tiene el pelo húmedo y se ha cambiado de ropa. Ahora lleva una camiseta de mangas cortas azul claro y unos vaqueros. Descalzo. Tiene un vaso de bourbon en la mano. Sujeta el cristal con sus dedos justo en el borde y el vaso cae perezoso junto a su costado. «No has tenido un buen día, ¿verdad, Riley?»

Doy un par de pasos más y Ryan repara en mi presencia. Se gira pero no se acerca. En lugar de eso, deja el vaso de bourbon en el suelo y se apoya lentamente contra la cristalera. Sabe que lo sé. Es obvio que mi padre me llamaría.

—¿Por qué has ido a Santa Helena sin mí? —le pregunto esforzándome por sonar tranquila a pesar de lo furiosa que estoy.

—No era asunto tuyo —me espeta.

Su voz está endurecida y toda su expresión luce tensa.

—Es mi padre. ¿Cómo puedes decir que no era asunto mío?

—Era algo que yo tenía que arreglar con tu padre, no tú. Nuestro compromiso está saliendo en la prensa y no quería que pensara que le estaba faltando al respeto por no hablar con él.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —inquiero prácticamente en un susurro.

Estoy asustada. Asustada de que Ryan haya decidido que nuestros padres tienen razón. Y lo estoy tanto que no había podido asimilarlo hasta este instante.

—Voy a casarme contigo —sentencia sin asomo de duda clavando sus increíbles ojos azules en los míos.

Todo mi cuerpo suspira aliviado. Corro hacia él y me lanzo en sus brazos. Ryan me estrecha contra su cuerpo y por primera vez siento que el día no está siendo un completo desastre.

Se separa lo suficiente para verme la cara. Sonríe y me contagia su gesto.

—Cuándo estaba esperando a que tu padre regresara del trabajo, Evelyn me enseñó tu habitación y cogí una cosa prestada.

Entorno los ojos divertida y lo miro sorprendida. ¿A qué se refiere? Ryan me hace un gesto para que espere, va hasta la gran mesa del salón y regresa con algo a la espalda. Sonríe divertido y yo vuelvo a imitar su gesto. Cuando está a unos pasos, saca la mano y con ella un marco de madera oscura y un poco raída. Lo reconozco al instante. Es una fotografía de mi madre y mía cuando tenía cinco años. Estamos en el balancín del porche, que en aquellos tiempos ya era viejo. No sé cómo aún sobrevive.

—Pensé que te gustaría tener una foto de ella aquí.

Sonrío de nuevo y siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas a la vez paso los dedos con suavidad sobre la fotografía.

—Adoro esta foto. Nunca me la llevé porque siempre creí que mi padre la necesitaba más que yo.

Ryan me enjuga una solitaria lágrima con el pulgar y mi sonrisa se ensancha.

—Estoy seguro de que le gustará saber que tienes una foto de ella.

Asiento.

—Podemos ponerla en la chimenea —me propone.

Asiento de nuevo. Me parece un sitio perfecto. Voy hasta la chimenea y con cuidado pongo la foto justo debajo de las dos en blanco y negro de Ryan cuando era pequeño con Spencer y Bentley. Miro el conjunto que forman las tres. Me encanta.

—Deberías poner más fotos.

—Puedes poner todas las que quieras —responde recuperando su vaso de bourbon y caminando hacia la cocina.

Le sigo y me quedo al otro lado de la isla.

Toma la botella y rellena el vaso pero, mientras la cierra, se lo robo y me lo bebo prácticamente de un trago ante su atenta mirada.

—Lo necesitaba —confieso en un hilo de voz tras toser. Desde luego el bourbon no es para cobardes.

Ryan sonrío. Coge otro vaso y se sirve otra copa.

—Queda claro que no soy el único que ha tenido un día duro —comenta justo antes de dar un trago breve y elegante. No como el mío.

—Dejémoslo en que mi nuevo trabajo no es como creí que sería.

—¿Ya me echas de menos? —pregunta presuntuoso, tratando de ocultar una sexy y descarada sonrisa.

Yo le hago un mohín y su gesto se ensancha. Aunque nunca lo admitiría, la verdad es que un polvo a mitad de mañana me habría subido mucho los ánimos.

—Y mañana tengo el día libre —comento irónica con una falsa sonrisa de oreja a oreja, fingiéndome contentísima aunque está claro que no lo estoy. Suspiro a la vez que hago girar el vaso entre mis manos. No pienso martirizarme—. De todas formas, sólo ha sido el primer día. Mejorará —sentencio, y de veras lo creo.

Ryan le da un nuevo trago a su bourbon y se inclina sobre el mármol.

—No soy un experto en estos temas, pero hace casi una semana que nos prometimos. ¿No deberías estar corriendo por ahí con tus amigas y un montón de revistas de novia sobre el brazo planeando nuestra boda?

Sonrío. Quiere animarme.

—¿Esa boda que nadie quiere que se celebre? —bromeo.

—Justamente ésa —responde con una sonrisa.

Bebo un sorbo de mi copa, esta vez mucho más juicioso, y, mientras lo saboreo, noto que Ryan continúa mirándome. Está esperando una respuesta. Me encojo de hombros.

—No lo sé. Supongo que ya habrá tiempo.

—No quiero casarme contigo el año que viene.

—Pero tampoco la semana que viene, ¿verdad? —vuelvo a bromear.

Entonces Ryan me dedica su media sonrisa y sus ojos azules brillan con fuerza. Quiere justamente eso.

—No podemos casarnos la semana que viene —le aclaro.

—¿Por qué no? —responde incorporándose.

—Porque no daría tiempo a organizar nada —contesto como si fuera obvio. ¡Y es obvio!

—Ves como tendrías que estar corriendo con las revistas de novia sobre el brazo —replica burlón rodeando la isla de la cocina y colocándose frente a mí.

—Sé razonable.

—Odio que me pidas eso —replica inclinándose sobre mí. Su voz se agrava—; contigo no puedo serlo.

Sus labios están muy cerca de los míos. Mi respiración se acelera.

—Necesito un par de meses.

—No —responde sin ninguna duda justo antes de besarme.

Yo lo recibo encantada. Ryan me estrecha contra su cuerpo y el calor que desprende me inunda.

—Un mes —pronuncio contra sus labios.

—Una semana —replica a la vez que me sienta en el taburete y se hace hueco entre mis piernas.

Eso es una locura.

—Tres semanas.

Pierde su boca en mi cuello. Gimo. Ryan coloca sus manos en los bordes del taburete, flanqueando mis piernas, y me mira desde mi misma altura.

—Tienes dos semanas y ni un solo día más. Quiero ese papel para que le quede claro a todo el mundo que eres mía.

Sonrío y me pierdo en sus ojos azules. Suena tan seguro de sí mismo, tan convencido, que sólo puedo dejarme llevar.

—Dos semanas —repito.

—Dos semanas —repite con una arrogante sonrisa.

Se ha salido con la suya y lo sabe, pero yo he conseguido que ceda aunque sea muy poco.

«Di más bien muy muy muy poco.»

Me besa de nuevo y yo rodeo su cuello con mis brazos. Él es todo lo que necesito para sentirme mejor.

Sube su mano por mi rodilla y la desliza bajo mis bragas. Sin previo aviso, introduce dos de sus dedos en mí y gimo con fuerza en su boca, digiriendo su invasión, disfrutando de ella.

—Joder, nena —gruñe contra mis labios y hay veneración en su voz—. Me vuelve loco que siempre estés lista.

Comienza a mover sus dedos y yo me aferro con fuerza a sus hombros.

Sin salir de mí, me rodea y se coloca a mi espalda. Tengo un inmediato *déjà vu* de esta mañana en el baño, más aún cuando noto su polla fuerte y palpitante chocar contra el final de mi columna.

Me da pequeños y húmedos besos en la nuca y los hombros a la vez que aumenta su tortura acariciándome el clítoris con el pulgar.

Gimo con fuerza.

Me agarro desesperada al mármol apretándome más contra sus dedos, que bombean dentro y fuera de mí.

Noto cómo se desabrocha los pantalones con la mano libre, remanga mi vestido y me baja las bragas apenas unos centímetros. Retira sus dedos y yo jadeo decepcionada, pero entonces siento la cabeza de su perfecto miembro pugar por entrar en mi trasero.

Suspiro con fuerza y la ansiedad y el deseo se apoderan de mi cuerpo a parte iguales. Ryan vuelve a deslizar su mano en mi sexo y, con su primera caricia sobre mi clítoris, la ansiedad desaparece. El placer y la excitación me ciegan y Ryan entra despacio, suave como la última vez.

—Joder, sí —gruñe con la respiración entrecortada cuando lo acojo entero y lentamente empieza a moverse.

Gimo. Me gusta.

Ryan se mueve calculado. Se está controlando. Entra y sale de mí a un ritmo delicioso, haciéndome sentir placer en cada centímetro que descubre.

Se deshace brusco de mi vestido y el sujetador y lleva sus manos hasta mis pechos. Es la misma brusquedad con la que no se permite embestirme. Toma mi pezón entre sus dedos y lo retuerce, endureciéndolo aún más.

—Ryan —gimo perdida en todo este placer.

Me acaricia. Lo toma con fuerza. Tira.

Grito.

Es una deliciosa tortura.

Acompasa sus manos y la siguiente vez que tira de mi pezón también lo hace de mi clítoris.

—¡Joder! —grito y golpeo con fuerza el mármol italiano.

El placer está a punto de sobrepasarme. Estoy sobreestimulada, sobreexcitada, a punto de estallar.

Su polla entra y sale cada vez más rápido.

Gimo. Me gusta. Lo deseo. Quiero más.

—Más fuerte, por favor —suplico.

Ryan ahoga un juramento en un gruñido. Me toma por los antebrazos obligándome a arquear la espalda y comienza a moverse con más fuerza. Quiere que lo sienta sólo a él, entrando y saliendo de mí, de mi trasero, sin distracciones. Placer puro y duro desde ese privado rincón de mi cuerpo.

Grito.

Es fantástico.

—Más —suplico de nuevo.

Me siento embargada de placer.

Ryan me agarra con más fuerza. Su pelvis choca potente contra mi culo una y otra vez. Más profundo. Más duro. Más increíble.

—Ryan —gimo.

Lo quiero justo así.

—¡Ryan!

Me embiste. Mi cuerpo se tensa. Una estocada más. Me lleno de placer.

Grito.

Mi cuerpo explota en un increíble orgasmo mientras Ryan se derrama triunfal y magnífico en mi trasero, provocándome el mayor de los placeres, sintiendo las marcas de sus dedos en mis brazos. Sigue moviéndose entrando y saliendo de mí, llevando su esencia hasta lo más profundo de mi

interior, haciendo que lo sienta como nunca había sentido nada antes, demostrándome una vez más que mi cuerpo le pertenece a él y sólo a él.

—Joder —susurro dejándome caer sobre la encimera.

Ryan lo hace sobre mí. Aún lleva la camiseta puesta. Ha sido uno de los polvos más increíbles de mi vida y ni siquiera ha necesitado quitarme las bragas.

Se incorpora con la respiración agitada y sale con cuidado de mí. Mi cuerpo se estremece. No puedo evitar sonreír. Es como si ya lo echara de menos.

Me levanto con cuidado y, al girarme, nuestras miradas se encuentran. La mía estoy segura que denota una dicha poscoital sin precedentes.

—Parece que lo ha pasado bien, señorita Parker —comenta socarrón.

—De hecho, lo he pasado muy bien, señor Riley.

Mi sonrisa se ensancha. Ahora mismo estoy en una nube de placer y delirante sexo.

—Voy a cambiarme —comento.

Ryan asiente. Tira de mi vestido a la altura de mi estómago, me atrae hacia él y me besa sólo una vez.

—No tardes —me advierte.

Sonrío de nuevo y, bajo su atenta mirada y su sonrisa más sexy, camino hasta las escaleras.

Me doy una ducha muy rápida sin mojarme el pelo. Frente al espejo, empañado casi por completo por el vaho, confirmo lo que ya sospechaba. Los dedos de Ryan se han quedado señalados en mi antebrazo. Me acaricio la marca suavemente y me muerdo el labio inferior a la vez que sonrío. Soy plenamente consciente de que es una auténtica locura, pero me gusta que sea así de salvaje.

Me pongo uno de mis pantalones cortos de pijama y una camiseta de tirantes. No me molesto en buscar las chanclas. Lo cierto es que ni siquiera sé si las traje.

Regreso al salón. Ryan está sentado en uno de los taburetes de la cocina, que gracias a él no volveré a mirar con los mismos ojos, charlando con la señora Aldrin. Ella dice algo en francés, él responde en el mismo idioma y ambos se echan a reír. Nunca me canso de oír esa risa. Es tan sincera, tan bonita. No esconde nada y eso me encanta.

—Buenas noches, señora Aldrin —la saludo con una sonrisa caminando hacia ellos.

—Buenas noches, *ma petite*.

Me quedo de pie junto a Ryan, que me observa de arriba abajo.

—Estoy preparando *miniquiches* de verdura —me comenta la cocinera—. ¿Quiere probarlas?

Asiento. La señora Aldrin me tiende un plato y yo me estiro sobre la encimera para coger una. Ryan aprovecha para mirarme el culo sin ninguna discreción.

Doy un bocado. Sabe de maravilla.

—Está deliciosa.

La señora Aldrin sonrío y se dirige al horno. Imagino que para controlar el resto de las *miniquiches*.

Ryan alza la mano y suavemente pasea su dedo índice por las marcas de mi antebrazo. Sonríe y yo también lo hago.

En ese momento mi iPhone comienza a sonar. Miro a mi alrededor intentando averiguar dónde está. Siguiendo el sonido, voy hasta el sofá y veo mi bolso. Deprisa, lo abro y saco el Smartphone. Es Lauren.

—Hola —la saludo.

—Estás saliendo en el canal uno.

Sin decir nada más, cuelga y yo camino acelerada hasta la sala de la televisión. Enciendo la tele, busco el canal uno y me veo allí, en las escaleras del Museo Metropolitano, a cincuenta pulgadas, en un horrible programa de cotilleos, «Saints, Sinners & Celebs». La tertulia se divide entre los que opinan que Ryan me dejará tirada en cuanto deje de resultarle divertida en la cama y los que creen que soy una cazafortunas con un plan muy elaborado y que me quedaré embarazada antes de que eso pase.

Boquiabierta y absolutamente atónita, me siento en la pequeña mesa de centro. No me lo puedo creer. Automáticamente hago memoria intentando recordar qué alcance tiene el canal uno. Es local. Canturreo la sintonía de los avances informativos. «Tu canal local en Nueva York.» Suspiro aliviada. Es imposible que mi padre lo esté viendo.

«Pero, Carson Riley, sí.»

Resoplo. Actualmente tengo demasiados frentes abiertos.

Me levanto de un salto y apago la tele. No voy a martirizarme. Salgo de la habitación y camino de nuevo hacia el salón. Es sólo un estúpido programa más del corazón. Con un poco de suerte mañana una de las Kardashian cambiará de novio y nadie se acordará de mí.

—¿Todo bien? —pregunta Ryan al verme acercarme de nuevo hasta él.

Asiento y me preparo para decir que sí, que todo va bien.

—Claro. Todo bien.

Me mira perspicaz. He tardado unos segundos más de lo estrictamente necesario y obviamente ese pequeño detalle no le ha resultado indiferente.

—Nena —me apremia tirando de mí hasta dejarme entre sus piernas.

Suspiro. No quiero darle importancia.

—Un estúpido programa de cotilleos —digo en un golpe de voz.

Ryan resopla y observa sus propios dedos meterme un mechón de pelo tras la oreja.

—Maddie, se cansarán.

Ahora mismo está preocupado por cómo me siento y eso es lo último que quiero. Ya está demasiado presionado con demasiadas cosas.

—Lo sé —digo obligándome a sonreír—. De veras que estoy bien. Sólo ha sido el primer impacto.

Ryan me dedica su media sonrisa. Es plenamente consciente de que no estoy *tan bien*, pero también sabe que no quiero darle más vueltas.

Cenamos las deliciosas *quiches* de la señora Aldrin. Tengo que obligarme varias veces a dejar de pensar en lo que ha ocurrido hoy. Por suerte, Ryan está de lo más encantador. Está claro que quiere mantenerme entretenida e incluso me cuenta un par de anécdotas de su infancia sin que tenga que insistirle. Entre eso y el vino, consigo relajarme.

—Tengo que trabajar —me anuncia Ryan—. Tengo que ponerme al día. Con el viaje de hoy apenas estuve una hora en la oficina.

Lo miro y asiento sin protestar, lo que le hace fruncir el ceño al tiempo que me observa bastante sorprendido.

—Tengo que planear una boda, ¿recuerdas? Un loco controlador me ha dado sólo dos semanas —añado impertinente a modo de explicación.

Ryan sonríe presuntuoso. Diría que incluso se siente orgulloso.

—Pues no la entretengo más.

—¿Alguna petición en especial? No sé, los centros de mesas, los ramos de las damas de honor...

—Que el vestido de la novia tenga muchos broches y botones y encaje y gasa. Cuando te desnude la noche de bodas —continúa amenazadoramente sensual con sus ojos azules hipnotizándome—, quiero sentir que estoy desarrollando mi regalo de Navidad.

Uau. Eso ha sido demasiado.

Sonríe para asegurarse de que me quedará inmóvil babeando por él al menos cinco minutos y se marcha a su estudio.

Estoy empezando a pensar que tengo que aprender a devolvérselas. No estaría mal ser la que se marcha triunfal alguna vez.

Me instalo en la habitación y cojo mi portátil. Comenzaré por buscar las cosas más básicas: la iglesia y un lugar donde celebrarlo. Tendré que ser increíblemente eficiente. Dos semanas es muy poco tiempo. Intento encender el ordenador y me doy cuenta de que está sin batería. Busco el cargador por toda la habitación y no hay rastro de él. Probablemente lo haya olvidado en mi apartamento.

Me pongo los ojos en blanco por ser tan despistada y me dirijo al estudio para pedirle a Ryan su MacBook.

—Está en la estantería —responde desde su mesa.

Me acerco hasta la enorme librería al fondo de la estancia y lo cojo. Entonces me doy cuenta de que necesito un dato básico que aún no tengo.

—¿Cuál es el presupuesto? —pregunto colocándome frente a él.

Ryan sonríe y yo me siento como la imbécil más imbécil del mundo. Acabo de preguntarle cuál el presupuesto para una boda a alguien que hoy mismo ha volado a Carolina del Sur en su jet privado.

—Gástate lo que quieras —añade socarrón.

Yo le hago un mohín y su sonrisa se ensancha. Con esas cuatro palabras acaba de reírse de mí.

De vuelta a la habitación, me siento en la cama con la espalda apoyada en el sofisticado

cabecero. Abro el portátil y la pantalla inmediatamente se ilumina. Parece que Ryan lo había estado usando y no llegó a apagarlo.

Voy cerrando todos los archivos que dejó abiertos y, sin darme cuenta, acabo delante de la bandeja de entrada de su correo electrónico, la última página de Internet que tenía abierta. Involuntariamente, echo un fugaz vistazo. No quería mirar y me arrepiento de haberlo hecho, porque he visto al menos diez correos con Marisa Borow como remitente.

Rápidamente cierro la página e incluso el ordenador. No quiero tener la oportunidad siquiera de poder plantearme si leerlos o no. Sin embargo, no soy capaz de evitar pensar que son demasiados correos en una cuenta personal de alguien a quien sólo le unen negocios.

Resoplo y me dejo caer en el colchón. Me cubro con la sábana y apago la luz de un manotazo, malhumorada. Ahora mismo me gustaría estar en mi cama. Cada centímetro de ésta me recuerda a sexo maravilloso y pervertido y eso no me ayuda a poder regodearme en mis desgracias, y son muchas. Me lo merezco.

Unas tres horas después sigo sin poder dormir. No paro de darle vueltas al horrendo día de trabajo, a la llamada de mi padre, al programa de televisión y, por si fuera poco, están todos esos correos electrónicos de esa estúpida arpía.

«Trabajo, Parker. Es sólo trabajo», no paro de repetirme.

Decido que mañana iré a la revista de todos modos. Necesito hacerme con mi puesto y, por ejemplo, conseguir que mi ordenador empiece a funcionar como es debido. No quiero días libres y mucho menos cuando ni siquiera entiendo por qué los tengo.

Oigo pasos en el pasillo. Es Ryan. Sin saber muy bien por qué, me hago la dormida. No quiero hablar con él. Si lo hago, sé que acabaremos discutiendo por los *emails* y, en realidad, no tengo nada que reprocharle. Además, le prometí que confiaría en él.

Oigo cómo se acerca a la cómoda, saca todo lo que lleva en los bolsillos y lo deja sobre el mueble. Se desabrocha los botones de sus Levi's y el sonido llena toda la habitación. Estoy muy tentada de mirar, pero me contengo.

Camina hasta la cama. Siento el peso de su cuerpo al tumbarse. Inmediatamente me rodea con sus brazos, tira de mí y me estrecha contra él. Da una bocanada de aire y siento su pecho relajarse contra mi espalda.

Su contacto, su olor, su calor, hacen que esté a punto de rendirme, pero no quiero hablar, no quiero discutir, sólo quiero sentirlo cerca. Una iluminación atraviesa mi mente como un ciclón: ¿Será eso lo que siente Ryan cuando se encierra en sí mismo?

El despertador suena tempranísimo o por lo menos ésa es la sensación que tengo. Miro el reloj. Son las siete. Apenas he dormido y, cuando lo he hecho, ha sido un sueño intranquilo, por lo que no he conseguido descansar mucho.

Me levanto despacio para no despertar a Ryan y me meto en la ducha. Empiezo a arrepentirme de haber decidido ir a trabajar. Estoy cansadísima y muerta de sueño.

Salgo envuelta en la toalla y voy hasta el vestidor. No sé qué ponerme. Mi cerebro está enmarañado por todo lo que pasó ayer y ni siquiera la ducha me ha ayudado a poner la mente en

blanco. Necesito dejar de pensar urgentemente.

—¿Adónde vas? —pregunta.

Su voz suena ronca y a pesar de ser por el sueño resulta de lo más sexy.

Alzo la cabeza y veo a Ryan apoyado en el marco de la puerta. Está gloriosamente desnudo y por un momento me limito a disfrutar de cada centímetro de su cuerpo.

Sí, esto es justo lo que necesitaba. Deberían recetarlos los médicos para el estrés: *Ryan-Prozac, consúmase desnudo*.

«Ni que lo digas.»

—Maddie, ¿adónde vas? —vuelve a preguntarme.

—A trabajar —respondo saliendo de mi ensoñación.

Ryan asiente. Tira de los primeros vaqueros que ve y prácticamente se los pone a la vez que una camiseta de mangas largas. Se las remanga y se desabrocha los primeros botones del cuello.

Suspiro. Está para comérselo, lo que es sumamente injusto, no ha tardado ni dos minutos en arreglarse.

Se sienta sobre una de las baldas del vestidor y se calza sus viejas deportivas.

—Vístete. Te llevo a desayunar —me informa.

Lo miro esperando a que se levante y se vaya, pero no se mueve. De pronto una sonrisa de lo más presuntuosa asoma en sus labios.

—Márchate —le pido fingidamente indignada.

—No —responde tan divertido como arrogante.

Resoplo contagiada de su humor. No quiero vestirme delante de él porque sé que acabará apañándose para que no salgamos de aquí en toda la mañana y, aunque la idea me parece muy sugerente, de lo más sugerente en realidad, no puedo dejar que lo haga. Tengo que ir a la revista.

Seguimos mirándonos. Se está divirtiendo y no va a irse por nada del mundo. Sopeso mis opciones y finalmente una sonrisa se dibuja en mis labios. Éste sería un buen momento para practicar eso de dejarle embobado y robarle la reacción. Es exactamente lo mismo que él hace conmigo. Por suerte para mí, él ya está vestido.

—Como quiera, señor Riley.

Me giro con una sonrisa, voy hasta la cómoda y elijo un conjunto de ropa interior. Sí, uno de los que me compró en La Perla será perfecto. Está lleno de encaje por todas partes. Me giro de nuevo y dejo que la toalla caiga al suelo.

Ryan entreabre los labios sin perder esa sonrisa tan sexy y presuntuosa y me recorre el cuerpo con el deseo brillando en el fondo de sus ojos azules.

Yo cojo las bragas y me las pongo despacio, dejando que imagine que son sus dedos los que están subiendo por mis muslos. Al terminar, alzo la mirada y sonrío todo lo sensual que puedo. Ryan suspira brusco y la lujuria centellea en su mirada.

Tomo el sujetador y me lo pongo. Me acomodo el pelo en el hombro e inocentemente paso el dedo por el borde del sujetador siguiendo su contorno sobre uno de mis pechos.

Vuelve a suspirar, casi gime. Sí, lo estoy consiguiendo.

Paso a su lado sin que nuestros cuerpos se rocen lo más mínimo. Tiro de uno de los vestidos que me compró en Tommy Hilfiger y me lo pongo igual de despacio, haciendo que no pierda detalle. Me calzo mis botas de media caña camel con tachas y me recojo el pelo en una cola de caballo.

Cuando estoy lista, camino un par de pasos hasta el espejo y doy una vuelta para ver cómo me queda el vestido. Después me inclino un poco sobre el cristal y deslizo la yema del dedo corazón sobre mi labio inferior, como si me retocase el carmín. Ese simple gesto ha tenido un eco directo en Ryan.

Paso de nuevo por su lado y, al ver que no me sigue, giro sobre mis talones y le miro directamente a los ojos.

—¿Va a llevarme a desayunar o qué, Riley?

Ryan sonrío, resopla a la vez que se pasa la mano por el pelo y finalmente se levanta.

¡Misión cumplida! Ahora mismo me siento muy orgullosa de mí misma.

Vamos a una pequeña cafetería especializada en *cupcakes* a unas manzanas de casa de Ryan.

Me siento en una de las mesas de la terraza mientras él entra a pedir. A los pocos minutos regresa con una pequeña bandeja de plástico con dos cafés y un platito lleno de *minicupcakes* de diferentes sabores.

Sonrío encantada. La mañana está mejorando. Voy a desayunar con él, hace una temperatura de lo más agradable y pienso atiborrarme de esta especie de magdalenas.

—No te olvides de que el abogado vendrá a casa a última hora de la tarde.

Asiento y le doy un bocado al primer *cupcake*. Es de fresa y nata. Riquísimo.

—¿Vas a ir a la oficina? —pregunto sin soltar la magdalena. Acabo de encontrar mi cafetería preferida.

Ryan asiente tras darle un sorbo a su café con la mirada perdida tras sus Wayfarer en las calles de Manhattan.

—Qué remedio —se queja—. Has decidido ser una buena chica y no aprovechar tu día libre. Me has dejado sin diversión.

—¿Por qué? ¿Tenías algo pensado?

—Pensaba pasarme toda la mañana revolcándome contigo —contesta con total naturalidad.

Lo miro boquiabierta. Otra vez ha conseguido que mi cerebro sólo pueda suspirar. Ryan se cruza de brazos sobre la mesa y se inclina discretamente hacia mí.

—Y no te creas que no me he dado cuenta de lo que has hecho antes en el vestidor.

—No he hecho nada —me defiendo fingidamente inocente.

—Me has provocado, así que me debes una y sabes que yo siempre me las cobro.

Trago saliva. Los latidos de mi corazón se desbocan.

—¿Ahora? —musito con la mirada llena de expectación.

Ryan sonrío duro y sexy.

—Cuando quiera.

Otra vez esa voz de jefe exigente y tirano.

—Pero hay unas veinte personas aquí —musito nerviosa.

—Maddie —me llama sensual.

Sólo necesita pronunciar mi nombre una vez para recordarme quién lleva el control.

—Pon la mano en tu rodilla —me ordena en un susurro.

Asiento.

—Quiero que la subas lentamente, muy despacio, Maddie.

Hago lo que me dice. Mi respiración se acelera.

—Sigue por debajo del vestido.

Toco la piel y la tela toca mi mano.

—Aráñate suavemente en el interior del muslo cuando subas por él.

Lo hago y ahogo un suspiro. Ryan sonrío. Estoy a punto de llegar a mis bragas.

—Habla, Maddie. Dime lo que sientes.

Trago saliva. Es demasiado complicado concentrarme en no suspirar y hablar al mismo tiempo.

—Encaje —musito con la voz entrecortada. No soy capaz de decir nada más.

—Acaríciate —susurra salvaje.

Abro los ojos como platos y Ryan sonrío más duro y más sexy que nunca con sus ojos azules posados en los míos.

¡Habla completamente en serio! El corazón va a escapárseme del pecho. Suspiro intentando controlarme. Deslizo los dedos. Estoy húmeda, preparada, y eso me excita aún más.

Me muerdo el labio inferior para evitar gemir y los ojos de Ryan se clavan automáticamente en mi boca. Deja escapar un levísimo, casi inaudible, gemido.

—No pares —me ordena.

Yo obedezco y, por Dios, eso es lo más excitante de todo.

—Separa las piernas.

Lo hago y mis dedos se deslizan casi hasta mi abertura. Estoy a punto de gemir. Sin darme cuenta cierro los ojos.

—Maddie —me llama.

Y la urgencia y el deseo de su voz me hacen volver a abrirlos inmediatamente.

—No dejes de mirarme —me exige.

Asiento. Dejo que mis dedos entren y milagrosamente aguanto el grito que quiero dar. Bajo mi otra mano y me agarro con fuerza al bajo de mis vestido, retorciéndolo. Esto es demasiado.

—Para —me ordena.

Lo miro confusa y Ryan sonrío.

—¿Por qué? —pregunto con la respiración entrecortada.

Está claro que no quería parar.

—Porque quiero que lo hagas —responde arrogante.

Se levanta y me tiende la mano. Es evidente que quiere que me levante y vaya con él, pero no sé si mis piernas van a responderme. Finalmente cojo su mano.

Sin decir nada, me lleva hacia el interior del restaurante. Me siento revolucionada por dentro y cada paso, sin quererlo, me excita aún más.

Ryan atraviesa el pequeño local con paso seguro. Accedemos a un pasillo todavía más pequeño. Pienso que va a llevarme a los lavabos, pero a unos metros de distancia de ellos nos hace girar y alcanzamos una escalera que imagino que dan a la azotea o a algún almacén.

La cristalera entre tramos llena de penumbra el lugar donde estamos. Puedo oír el trasiego de camareros, el murmullo de los clientes.

En mitad de las escaleras, me empuja suavemente y sin mediar palabra me besa desbocado, acelerado, liberando todo el deseo que ha contenido en la mesa, haciendo que el mío explote.

Baja sus manos apremiantes y las enreda en mis bragas para romperlas de un acertado tirón.

Gimo.

Me muerde el labio inferior y tira de él como yo hice hace unos minutos. Libera su erección. Me levanta.

Mi respiración es un caos.

Y me embiste con fuerza, llenando cada centímetro de mi cuerpo de un placer sin edulcorar, duro, brusco, espectacular.

Gimo con fuerza intentando no gritar.

Estiro las manos por la pared buscando sin éxito algo a lo que agarrarme. El placer me está consumiendo.

Aprieta mi trasero con fuerza mientras su pelvis choca contra la mía una y otra vez.

Cierro los ojos. Me embiste. Me aferro a su cuerpo. Me muerde. Y estallo en un maravilloso orgasmo que intento controlar para no gritar su nombre en mitad de las escaleras de una cafetería cualquiera de Manhattan.

Ryan sigue moviéndose. Me estrecha contra su cuerpo y se corre violentamente en mi interior.

Nos quedamos unos segundos en silencio intentando recuperar el preciado oxígeno.

Finalmente Ryan se separa despacio y me da un beso suave y muy dulce.

—Eres increíble, señorita Parker —susurra con sus ojos azules posados en lo míos. A esta distancia tan corta no tengo ninguna posibilidad de escapar de ellos— y jamás podría cansarme de ti.

Soy plenamente consciente de que no ha elegido esas palabras arbitrariamente. Probablemente mi padre las usara con él como las uso conmigo o quizá haya sido alguno de esos artículos. Yo lo miro sin saber qué contestar. Era exactamente lo que necesitaba oír para poder dejarlo todo atrás.

Antes de que pueda responder, toma mi mano y comenzamos a bajar las escaleras. Tras unos

peldaños se detiene y recoge la tela de mis bragas destrozadas. Menos mal, yo ya las había olvidado.

Salimos de la cafetería. Finn nos espera a menos de una manzana con el coche. El chófer me abre la puerta y entro pero, justo cuando va a hacerlo Ryan, Finn le comenta algo al oído y charlan durante un par de minutos.

Ryan se saca el móvil del bolsillo de atrás de los vaqueros y al fin entra en el coche con la mirada centrada en la pequeña pantalla.

Nos incorporamos al tráfico, que hoy rueda demasiado lento y tedioso. Sin previo aviso comienza a llover. Nadie lo habría dicho con la temperatura tan buena que disfrutábamos hace menos de una hora.

Ryan sigue concentrado en el teléfono. Empiezo a aburrirme, sobre todo porque no tengo ningunas ganas de ir a trabajar.

—Finn, ¿puedes poner algo de música? —le pregunto.

El chófer asiente e inmediatamente comienza a sonar una canción. *Sing*, de Ed Sheeran. De reojo puedo ver cómo Ryan sonrío.

«Sí, le he pedido algo. No seas infantil», protesto mentalmente.

Ryan sigue pendiente de su teléfono y yo sigo con la mirada perdida en la ciudad. Lluve aún más fuerte.

El coche se detiene en la esquina de Broadway con Times Square.

—Te recogeré a las cinco. El abogado estará en Chelsea sobre las seis y media.

Asiento pero la verdad es que ya había olvidado lo del abogado y lo prefería. Sigue sin hacerme ninguna gracia que me regale el apartamento.

Voy a salir pero Ryan me coge por la cintura y me sienta en su regazo. Toma mi cara entre sus manos y me besa, y me rindo a él por completo.

—Hoy iré mejor —sentencia completamente convencido.

—Lo sé —respondo contagiada de su seguridad.

Ambos sonreímos de nuevo. Me besa otra vez y me muerde el labio inferior. Yo gimo contra su boca y él sonrío justo antes de besarme de nuevo.

—No vayas a trabajar —susurra contra mis labios—. Deja que te lleve al primer hotel que nos encontremos y te folle hasta que se vaya el sol.

Suspiro. La cabeza me da vueltas. «Deja que lo haga, Parker», suplica todo mi cuerpo. No podría ser más tentador.

—No puedo —respondo, e incluso yo misma me sorprendo.

Ryan se separa de mí, me observa con detenimiento y finalmente sonrío.

—Bájate antes de que me arrepienta.

Le devuelvo la sonrisa y salgo del coche. Corro hasta la entrada para no mojarme y me giro para ver cómo el A8 desaparece calle arriba. Todavía no me puedo creer que no me haya ido con él. El karma me debe una jornada laboral extraordinaria.

Me sacudo el agua de mi vestido y giro sobre mis talones. Saludo al guardia de seguridad, que hoy tiene cara de pocos amigos, y cojo el ascensor.

Menos de un minuto después estoy cruzando la redacción. Hay exactamente el mismo bullicio que había ayer. Está claro que fui la única a la que le dieron la posibilidad de tener el día libre y eso no hace sino escamarme más.

Entro en el despacho. Saludo a Rachel y voy hasta mi mesa. Enciendo el ordenador e inmediatamente del primer cajón saco las dos tarjetas de memoria que me dieron en el departamento de informática. Hoy tengo un objetivo claro: hacerme con el control de este maldito chisme.

Estoy peleándome con el programa MySQL para gestionar bases de datos cuando la puerta del despacho de Robert Sterling se abre y sale Ashton.

Al darse cuenta de mi presencia, sonrío y me saluda fugazmente con la mano.

—¿Qué haces aquí? —inquire dejando la carpeta que lleva sobre su mesa y buscando otra entre las demás que tiene apiladas en el escritorio.

—Quería venir para ponerme al día.

Él sonrío.

—Ashton —lo llama Sterling desde el despacho—, avisa a Phillip y tráeme esos artículos corregidos.

Ashton pone los ojos en blanco, me sonrío y se marcha. Yo le devuelvo la sonrisa, aunque no me llega a los ojos. Cuando me quedo de nuevo sola, resoplo y me dejo caer sobre mi silla. Tengo que ponerle solución a esto ya.

Con esa única idea en la cabeza, me levanto como un resorte y decidida voy hasta el despacho de Sterling. Llamo suavemente a la puerta entreabierta y espero a que me dé paso.

—Señor Sterling... —digo caminando hasta colocarme frente a su mesa.

—Ah, eres tú —me interrumpe algo sorprendido, volviendo toda su atención a los documentos que está revisando.

«Échale valor, Parker.»

—Es obvio que no confía en mí —me sincero.

Mis palabras hacen que deje lo que está haciendo y me mire de nuevo.

—Probablemente piense que soy muy joven para el puesto —continúo— o que no tengo la experiencia necesaria. Pero soy buena en esto. Se me da bien y me esfuerzo mucho, así que, si me da una oportunidad, creo que podría resultarle muy útil.

Sterling me observa en silencio.

—¿Quieres resultarme útil? —contesta al fin—. Pues prepárame café y no vuelvas a interrumpirme —sentencia.

Suspiro fugaz y llena de rabia y niego con la cabeza una sola vez.

—Claro, señor Sterling.

Giro sobre mis talones y me encamino hacia la puerta. En ese momento entran Ashton y un chico que no conozco con varios dossieres en la mano.

—Vamos, tenemos mucho trabajo que hacer —les apremia Sterling.

Cierro la puerta tras de mí e, irradiando un enfado monumental, voy hasta la sala de descanso y preparo café. No comprendo su actitud. Si sólo necesitaba a alguien que le llenara la taza, ¿por qué me ha contratado?

Regreso al despacho y dejo el café sobre su mesa. Está observando la maqueta de este número de la revista. Involuntariamente me quedo unos segundos mirándola yo también. Hay algo que no me cuadra.

—Cierra la puerta al salir —me pide Sterling extrañado de que siga de pie a su lado.

Asiento y salgo de su oficina. Definitivamente debí aceptar la proposición de Ryan e irme al hotel con él.

El resto de la mañana intento sin ningún éxito que el ordenador me obedezca. A la hora de comer voy hasta la cafetería que Katy, la chica de informática, me recomendó, pero lo cierto es que apenas tengo hambre.

Sentada en uno de los taburetes de la barra pienso seriamente en llamar a Ryan e irme con él. Suspiro bruscamente. Yo no soy así. No me rindo, por el amor de Dios. De pronto recuerdo las palabras de Lauren cuando, bromeando, me dijo que ya no tenía que preocuparme por trabajar, pero es que a mí me gusta mi trabajo. Algún día quiero llegar a ser editora. No quiero convertirme en otra esposa de hombre de negocios aburrida y desdeñosa, centrada en la carrera de su marido y en lo que hace o deja de hacer el servicio porque no tiene una vida propia. Vuelvo a resoplar con más fuerza. Y encima hoy va a regalarme un maldito apartamento. Me llevo la mano a la frente y suspiro por tercera vez. No puedo aceptarlo. Es más, necesito que entienda que tengo que seguir pagando el alquiler.

«Eso nunca sucederá. Asúmelo, Parker.»

La tarde es aún peor que la mañana. Sterling se marcha a varias reuniones a las que, por supuesto, sólo se lleva a Ashton. Tengo la tentación de volver a hablar con él, pero no creo que sirviera de mucho. Por lo menos consigo las claves para acceder a los archivos y puedo familiarizarme con el sistema de maquetación de Sterling.

A las cinco despejo mi mesa, cojo mi bolso y salgo del despacho. En el vestíbulo me cruzo con Ashton y Sterling. Imagino que regresan de su última reunión.

—Señor Sterling —me despido de mi jefe—. Hasta mañana, Ashton.

—Hasta mañana, Maddie.

Abro la inmensa puerta de cristal. Ha dejado de llover pero se ha levantado un intenso viento que hace que estemos en perfecta calma y, un segundo después, una bocanada de aire mueva las hojas de los árboles como si fuera un huracán. Por suerte veo el Audi A8 a unos pasos de mí. Finn me saluda con una sonrisa que le devuelvo y me abre la puerta. No sé por qué, me giro otra vez hacia el edificio. Creo que es porque una parte de mí espera no tener que volver jamás. Al hacerlo me sorprendo al ver a Sterling y Ashton observándome.

Decido no darle importancia y me meto en el coche.

—Señorita Parker —me saluda socarrón guardándose el iPhone en el bolsillo interno de su

chaqueta.

—Señor Riley —respondo de igual forma.

Lleva uno de sus trajes de corte italiano, camisa blanca y corbata, lo que significa que ha pasado el día en la oficina.

Finn ocupa su asiento y nos incorporamos al tráfico al instante.

—¿Qué tal tú día? —me pregunta.

—Digamos que me arrepiento mucho de no haber aceptado tu proposición de llevarme al hotel.

Ryan sonrío, se inclina sobre mí y me besa. Ya me siento mucho mejor.

Su móvil comienza a sonar.

—Riley... —contesta separándose de mí—... ¿Cuándo?

Casi al mismo tiempo, a unas manzanas de casa, Finn reduce la velocidad hasta detener el coche por completo.

—Señor Riley, los fotógrafos han vuelto —le informa su hombre para todo—. ¿Qué quiere que haga?

Ryan resopla. Sin separarse el teléfono de la oreja, ladea la cabeza y mira por el cristal frontal.

—Vamos a casa.

Finn asiente y reanuda la marcha.

—... Te llamo luego.

Cuelga sin esperar respuesta, toma mi mano y la aprieta con fuerza. Está furioso.

—No te preocupes, los cristales están tintados —me dice.

Yo asiento y un segundo después nos vemos inundados por una nube de flashes y voces que nos llaman por nuestro nombre como si nos conociesen de toda la vida. Finn los esquiva hábil y veloz y entramos en el parking.

Ryan y Finn se bajan al mismo tiempo. Me tiende la mano para que yo también lo haga y salgo deprisa.

—Asegúrate de que ninguno de ellos pone un pie dentro —masculla.

Finn asiente y Ryan nos guía rápido hacia el interior. Sin soltarme la mano, saca su iPhone y desliza el pulgar por la pantalla.

—Mackenzie —pronuncia arisco—, no quiero verlos en la puerta de mi casa ni un puto segundo más.

Cuelga, se guarda el teléfono y se pasa la mano por el pelo. Pulsa el código del ascensor malhumorado y las puertas se abren de inmediato.

En cuanto entramos, se afloja la corbata y se desabrocha los primeros botones. Su expresión está tensa. Realmente está muy enfadado y yo comienzo a pensar que tiene que haber algo más. No es la primera vez que nos encontramos con una decena de fotógrafos.

—Ryan, ¿qué ocurre?

Frunce el ceño y me mira confuso.

—Quiero decir, es obvio que pasa algo más.

—No pasa nada, Maddie.

Suspiro. ¿Por qué tiene que ser tan testarudo?

Salimos del ascensor. Ryan atraviesa el salón destilando rabia, va hasta la cocina y sirve dos vasos de bourbon. Yo lo observo desde el otro lado de la isla de la cocina.

—Sé que no te gusta hablar, Ryan.

—Joder, Maddie —me interrumpe—. No empieces. No quiero hablar, así que esta conversación se acaba a aquí.

Le da un trago a su copa. No pienso rendirme.

—¿Es por la empresa? ¿Algo va mal?

Sonríe fugaz y arisco.

—¿Tu padre? —pregunto, y lo hago de forma más tímida.

Ryan alza la mirada y clava sus ojos azules metálicos e intimidantes sobre los míos. En este instante siento que podría atravesarme con ellos.

—No es asunto tuyo —masculla.

—Maldita sea, Ryan. Sí que lo es. Tu padre no quiere que nos casemos y seguro que te ha estado presionando con eso —casi grito furiosa.

¿Cómo puede pretender que eso no me afecte?

—No es asunto tuyo —repite.

Sonríó nerviosa, breve, fugaz.

—¿Sabes? Empiezo a pensar que todo el mundo tiene razón sobre nosotros, porque qué futuro nos espera si tú eres incapaz de hablar conmigo.

Giro sobre mis talones y subo las escaleras ante su atenta mirada.

Entro en el dormitorio y me siento en el borde de la cama. Odio esta situación. Odio que nunca quiera hablar. Lo hace todo demasiado complicado.

Miro a mi alrededor sin ningún motivo en especial y frunzo el ceño al ver una caja envuelta sobre la cómoda. Me levanto y voy hasta el mueble. Sobre el paquete hay una nota. La observo e involuntariamente sonrío al reconocer la letra de Ryan.

«Para que puedas planear nuestra boda.»

Rasgo el papel de regalo despacio y abro la boca sorprendida cuando descubro que se trata de un iPad Retina.

Cojo la caja y vuelvo a sentarme en la cama. No quiero ser una maldita desagradecida, pero tiene que dejar de comprarme cosas urgentemente.

«¿Te preocupa un iPad el mismo día que va a poner un apartamento en el Village a tu nombre?»

Suspiro de nuevo y me dejo caer sobre el colchón. Definitivamente tendría que haber aceptado

su proposición y pasar todo el día con él en el hotel. Por lo menos ahora estaría mucho más relajada y probablemente demasiado cansada para pensar.

Oigo pasos acercarse a la habitación. Pienso que es Ryan y me preparo mentalmente para seguir con la pelea.

—Disculpe, Maddie. —Es la señora Aldrin.

Me incorporo y la miro esperando a que continúe.

—Ryan quiere saber si está preparada para bajar. El abogado está aquí.

Suspiro mentalmente.

—Dígale que en seguida voy.

La cocinera sonrío, asiente y se marcha, y yo me permito suspirar, casi resoplar. Soy plenamente consciente de que, sin haber resuelto la primera discusión, estoy a punto de crear otra, pero no puedo aceptar ese apartamento.

Entro en el vestidor, busco el sobre que Ryan me dio con los cheques que le reenvió el señor Stabros, cojo uno y me lo meto en el bolsillo. No puedo ceder en esto.

Bajo al salón y camino con paso titubeante hacia el estudio. Me detengo bajo el marco de la puerta y al fin alzo la mirada. Ryan y un hombre, que reconozco del Riley Group, están de pie junto al sofá revisando unos documentos. Suspiro una última vez. Me va a hacer falta.

Ryan se da cuenta de mi presencia e inmediatamente busca mi mirada con la suya, aunque no deo que la atrape. Me observa unos segundos más y suspira cansado. Todo esto tampoco resulta fácil para él.

—¿Querías verme? —pregunto tratando de sonar indiferente.

Sigo enfadada y tengo que concentrarme en estarlo, por la discusión que aún no ha terminado y por la que estoy segura de que está a punto de empezar.

—Ven aquí —me pide.

Asiento y camino hasta colocarme a su lado.

—Él es Wyatt Lawson. Ha traído toda la documentación que tienes que firmar para que las escrituras del apartamento queden a tu nombre.

«Es el momento de echarle valor, Parker.»

Abro la boca dispuesta a empezar mi discurso, pero alguien que llama a la puerta me interrumpe. Ryan y yo nos volvemos a la vez y vemos a Finn bajo el umbral.

—Señor Riley, su padre está aquí.

Casi en el mismo instante, Carson Riley entra en la habitación. La expresión de Ryan cambia en un microsegundo. Ahora está claramente en guardia. Ninguno de los dos habla y la situación se vuelve muy incómoda, violenta.

—Buenas noches, señor Riley —lo saludo tratando de sonar conciliadora.

—Buenas noches, Maddie —me responde amable.

—¿Qué quieres, papá? —pregunta arisco.

De pronto reparo en la carpeta que Carson lleva en la mano.

—¿Podemos hablar en privado?

Sé que ese «en privado» se refiere a mí, así que sin dudarlo me encamino hacia la puerta.

—Iré a ver a *Lucky* —me disculpo.

—Tú no vas a ninguna parte —dice Ryan y sus palabras, pero sobre todo el tono que ha usado al pronunciarlas, me mantienen clavada en el suelo.

Sin embargo, cuando me giro para mirarlo, me doy cuenta de que toda la dureza de esa frase no era para mí, sino para su padre.

—Ryan, no importa —intento mediar, pero creo que ni siquiera me escucha.

—Lo que tengas que decirme, ella puede oírlo.

Tengo la sensación de que Ryan ya conoce el tema que su padre quiere discutir con él.

—He traído el acuerdo prenupcial. Tiene que firmarlo —dice Carson sin más.

¿Qué? Ahora mismo siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies.

—No va firmar nada. Te lo dije en la oficina y te lo repito ahora.

Por eso estaba tan enfadado.

—Tu abogado puede revisarlo —replica su padre muy sereno. Se acerca hasta el sofá y le entrega el dossier a Lawson—. Es necesario.

—No, no lo es —sentencia sin asomo de duda—. Yo no lo necesito. Confío en ella.

El abogado se sienta en el sofá y abre la carpeta sobre la pequeña mesita de centro.

—No se trata de eso, Ryan.

—Me da igual de lo que creas que se trate —lo interrumpe furioso—. Ella no va a firmar nada. Va a ser mi esposa, no la tuya. Tú no tienes nada que decir aquí.

—Pero tú eres mi hijo.

—No voy a discutirlo más —sentencia con su voz amenazadoramente calmada. Esa que es mil veces peor que un grito.

Ryan está verdaderamente enfadado. Por un momento me temo lo peor y me siento increíblemente culpable. Al fin y al cabo es su padre y sólo quiere protegerlo.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, me arrodillo frente a la pequeña mesa de centro bajo la atenta y sorprendida mirada de los tres hombres. Cojo la pluma de Lawson y le apremio con la mirada para que me diga dónde tengo que firmar el acuerdo prematrimonial.

—Maddie, no —gruñe Ryan acercándose a mí.

—Es mi decisión —sentencio girándome hacia él.

Trato de sonar convencida, aunque no me sienta así en absoluto, y creo que lo consigo.

Ryan frunce el ceño y me mira enfadado, creo que incluso un poco dolido. Ahora mismo se siente traicionado.

El abogado me señala el final de la página y empiezo a firmarlo.

—Debería leerlo antes de firmarlo —comenta profesional.

Yo vuelvo a alzar la cabeza y lo miro francamente mal. ¿En serio cree que tengo alguna opción de pararme a revisar las cláusulas?

Firmo la última página.

—Y éste —dice Lawson tendiendo otro documento frente a mí— es el cambio de titularidad del apartamento. Firme en la parte inferior.

Miro el papel. Ahora viene la parte que me traerá problemas, más aun después de haber firmado el acuerdo, pero no puedo aceptarlo. Despacio, dejo la pluma sobre el documento y me levanto. Puedo notar la mirada de Ryan abrasándome. Me meto la mano en el bolsillo, saco el cheque y lo dejo en la mesita.

—Pero ¿qué demonios? —masculla Ryan.

Me aterroriza volverme y mirarlo, porque debe estar a punto de estallar de rabia, pero finalmente suspiro hondo, reúno valor y lo hago. Ryan me observa absolutamente incrédulo. Creo que por primera vez desde que nos conocemos se ha quedado sin palabras.

—Buenas noches, señor Riley —me despido.

Él asiente y yo al fin salgo del despacho.

No he llegado a las escaleras cuando oigo pasos acelerados acercarse a mí y un segundo después Ryan me toma por el brazo y me obliga a girarme.

—¿A que ha venido eso? —pregunta con la voz y el gesto endurecidos.

—No puedo aceptar el apartamento, Ryan. Ya intenté decírtelo. Y con respecto al acuerdo, lo he hecho porque no me importa. No me interesa tu dinero, así que para mí no significa nada firmar un papel que diga que no me quedaré con la mitad de todo si nos divorciamos.

—Eso ya lo sé —contesta sin asomo de duda—, por eso no quería que lo firmaras.

—A lo mejor es lo que hace falta para que todos los demás también lo sepan.

—Me da igual —responde tozudo—. Y ese estúpido acuerdo no tiene ninguna validez sin mi firma.

—Quiero que lo firmes.

Suspira hondo y se pasa la mano por el pelo. Está muy enfadado, inquieto. No tiene el control de la situación y lo detesta.

—Tu padre sólo intenta protegerte —añado.

—Y yo sólo intento protegerte a ti.

—Pues firma.

Ryan cierra la mano con fuerza junto a su costado. Nunca le había visto así.

—Acepta el apartamento y firmaré —negocia.

Bajo mi vista y la clavo en mis manos. No quiero hacerle daño, pero no puedo ceder en esto. No me sentiría cómoda y sólo Dios sabe cómo reaccionaría la prensa si se enterara. No quiero darles más material. Por no hablar de cómo se lo tomaría mi padre.

Camino un paso hacia Ryan y de puntillas le doy un suave beso en los labios.

—Lo siento, señor Riley —replico con una tenue sonrisa—, pero no es negociable.

Me separo y la mirada de Ryan continúa sobre la mía.

—Me voy a la cama. Estoy cansada y mañana tengo que estar temprano en la revista.

Sigue enfadado. Está teniendo que ceder y lo odia, pero esto es lo mejor para mí; en realidad, para los dos.

Subo las escaleras conteniéndome las ganas que tengo de correr a abrazarlo, a hacer exactamente lo que quiera, como quiera y cuando quiera, y voy hasta la habitación. Cuando ya estoy dentro, suspiro hondo y me apoyo contra la puerta cerrada.

Toda la tensión acumulada sacude mi cuerpo y antes de que me dé cuenta mis manos comienzan a temblar. Ahora mismo mataría por un Martini Royale.

Lo mejor es ponerle punto y final a este día tan horrible y empezar a pensar que mañana irá mejor. Me quito el vestido rápidamente, cojo una camiseta de Ryan de la cómoda y me meto en la cama. Sigo sin bragas pero no me importa.

En momentos como éste, echo de menos estar en mi casa, en el Village. Ahora cruzaría el rellano, entraría en el apartamento de los Hannigan y saldría con el optimismo renovado.

Suspiro hondo.

«Deja de pensar, Parker», me ordeno.

No llego a dormirme del todo pero tampoco soy consciente de cuánto tiempo ha pasado cuando Ryan entra en la habitación. Me incorporo y me agarro las rodillas con los brazos. La luz de la mesita está encendida. Debí olvidarla.

Ryan se sienta en el borde de la cama. Parece agotado y el corazón se me encoge un poco.

—Hola —susurro con una suave sonrisa.

—Hola —responde él.

La conversación ha debido ser horrible.

—Deberíamos fugarnos —digo tratando de arrancarle una sonrisa—. Dina, la tía de Lauren, acaba de ordenarse pastora baptista por internet. Estoy segura de que nos casaría.

Sonríe pero no le llega a los ojos. Nos quedamos unos segundos en silencio.

—No voy a firmar el acuerdo, Maddie —se sincera.

No me sorprende.

—¿Por qué no puedes hablar conmigo, Ryan?

Ahora la que se sincera soy yo.

—Sabes más de mí que la mayoría de las personas que me conocen.

—Eso no me vale.

—Lo sé —susurra.

Me observa con detenimiento y me doy cuenta de que esas dos palabras significan que, aunque me comprenda, no va a cambiar, no quiere hacerlo.

Yo aparto mi mirada de la suya y la clavo en la cómoda. Estoy enfadada y muy dolida. No entiendo por qué tiene que comportarse así.

Ryan me toma de las piernas, tira de ellas estirándome sobre la cama y rápidamente se inclina sobre mí. Apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza y sus ojos azules atrapan inmediatamente a los míos.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Me haces perder el control, Maddie. Y quiero protegerte, besarte, follarte, y lo que tú no entiendes es que soy tuyo y, aunque no volviera a decir una palabra, eso no cambiaría jamás.

Suspiro abrumada por sus palabras. Son sinceras, intensas y me seducen por completo.

Ryan se levanta y comienza a caminar hacia el baño, se quita la camiseta y la deja caer al suelo. Casi al instante oigo el agua empezar a caer. Yo me levanto con la respiración convulsa y sigo sus pasos por puro instinto.

En cuanto entro, Ryan sale a mi encuentro con el paso lento y cadencioso pero increíblemente seguro de sí mismo. Me besa con fuerza al tiempo que sostiene mis manos contra la puerta.

Me conquista y yo gimo absolutamente entregada.

Ryan deja mis manos, desliza las suyas hasta mi trasero y me levanta con fuerza. Me aferro a sus hombros mientras sigo disfrutando de sus besos bruscos y deliciosos.

Nos mete en la ducha. Gimo al sentir el agua caliente, casi hirviendo, en mi piel. Ryan me empuja contra la pared y me estrecha contra ella.

Me quita la camiseta empapada y se deshace de sus pantalones. Sube su mano por mi costado hasta llegar a mi cuello y me aprieta suavemente.

—Me he vuelto loco cuando he visto que firmabas ese maldito papel —susurra salvaje a escasos centímetros de mi boca.

Gimo bajito. Estoy llena de deseo.

Pasea su otra mano por mi cintura y, sin previo aviso, me penetra con los dedos.

Grito incendiada por la invasión.

Ryan vuelve a besarme.

—¿Necesitas que te recuerde quién manda aquí? —pregunta exigente contra mis labios.

Gimo de nuevo. Esa frase es mi perdición y me excita de una manera que ni siquiera entiendo.

Se separa lo suficiente para atrapar mi mirada e instintivamente me muerdo el labio inferior.

—Por favor, señor, lo estoy deseando —musito sin apartar mi mirada de la suya.

—Joder —masculla con una sonrisa dura y sexy justo antes de abalanzarse sobre mí.

Saca sus dedos bruscamente, me levanta a pulso y me embiste con fuerza.

Grito contra sus labios.

Ryan aprieta un poco más la mano en mi cuello y muerde con fuerza mi labio inferior.

La mezcla es delirante.

Se mueve con fuerza, duro, exactamente como es él.

Estiro mis manos por los azulejos haciendo que todo mi cuerpo se estire y el placer lo recorra entero.

Gimo.

Puro placer y dolor entremezclados de una manera deliciosa.

—Dios —susurro.

Cada estocada es mejor que la anterior, más salvaje, más espectacular, y yo sólo puedo rendirme una y otra vez. Recibirlo entregada, soliviantada, suya.

Acelera el ritmo. Mi cuerpo se tensa.

—¿A quién perteneces?

—A ti.

Ancla sus manos en mi trasero y me levanta aún más. Yo rodeo sus caderas con mis muslos. Cielos, así llega aún más lejos.

Grito.

Sus movimientos me suben y bajan por la pared húmeda y caliente.

—¿A quién perteneces, Maddie? —brama.

El agua cae sobre nosotros.

Rota las caderas. Aprieta sus manos en mi trasero. Me embiste con fuerza. Me pierdo.

—¡A ti, señor! —grito llena de placer.

Alcanzamos juntos un clamoroso orgasmo que nos hace gritar, aullar, rodeados de brillantes azulejos de diseño italiano.

Sube la mano deslizándola por todo mi cuerpo y la posa con dulzura en mi mejilla. No separa sus ojos azules un solo segundo de mí.

Ha sido increíble.

El agua sigue cayendo entre nosotros.

Tengo la sensación de que Ryan va a decir algo pero en el último instante parece arrepentirse.

Finalmente se incorpora, tira de uno de los albornoces y me envuelve con él.

—A la cama —me ordena suavemente con una sonrisa.

Yo imito su gesto y asiento.

Regresamos al dormitorio. Pienso en ponerme un pijama pero estoy demasiado cansada, así que me quito el albornoz y me meto en la cama. La sensación de las suavísimas sábanas sobre mi cuerpo desnudo es maravillosa.

Al verme, Ryan sonrío, se quita la toalla y se acuesta junto a mí.

Yo me coloco de lado y deslizo mis brazos bajo la almohada. Lo observo. Tiene la vista clavada en el techo. Está relajado pero también pensativo.

—¿En qué estás pensando? —pregunto armándome de valor.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones y me observa durante un segundo. Sus ojos azules centellean con fuerza. Por fin parece que va a contestar, pero en lugar de eso apaga la luz y me obliga a girarme para que mi espalda se acople a su pecho.

Suspiro y automáticamente me relajo. No pienso presionarlo. Ryan hunde la nariz en mi pelo e inspira con fuerza.

—Estaba pensado que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, Maddie Parker —susurra.

Yo me estrecho aún más contra su cuerpo y me duermo feliz con la sonrisa más tonta y grande en los labios.

Siento una suave caricia por mi espalda. Baja perezosa desde mi hombro hasta el final de mi espalda y vuelve a subir despacio. Cada vez llega un poco más abajo. Acaricia la curva de mi trasero y vuelve a subir.

Abro los ojos adormilada. La luz entra por la ventana pero todavía es tibia y grisácea. Aún es temprano. Estoy bocabajo sobre la cama con las manos escondidas bajo la almohada. La sábana sólo me cubre hasta el principio de los muslos.

Me giro y descubro a Ryan de lado, con el codo apoyado en el colchón y la cabeza en su mano. La otra se pasea por mi piel.

—Buenos días —me saluda con la mirada fija en sus dedos, que acarician mi espalda.

—Buenos días.

Suspiro y vuelvo a cerrar los ojos extasiada por sus dulces cosquillas.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No lo sé. Un par de horas —contesta como si no tuviera importancia.

Su respuesta me hace abrir los ojos de nuevo.

—Iba a bajar al estudio —me explica—, pero entonces te moviste, la sábana se bajó y me di cuenta de las ganas que tenía de hacer exactamente esto.

Sonrío.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ryan nos mueve hasta dejarme tumbada sobre él.

Se recoloca y noto su miembro duro en la entrada de mi sexo.

—Podría estar mejor —susurra con la sonrisa más sensual que he visto en mi vida.

Yo también sonrío contagiada del ambiente eléctrico y somnoliento que acaba de crear entre los dos y por un momento olvido que, como siempre, está usando el sexo para evitar hablar de cómo se siente.

Levanto suavemente mis caderas y salgo a su encuentro. Ryan sonrío y me embiste despacio.

La mañana empieza bien.

Después de ducharme y prepararme, bajo al salón. Ryan me espera en la isla de la cocina para desayunar. Camino hasta él y me apoyo en la encimera a su lado. Me sonrío y acaricia el bajo de mi vestido sin llegar a tocar mi piel.

—Me gusta este vestido —susurra.

Yo sonrío tímida y dejo que sus ojos me atrapen. Ryan me devuelve la sonrisa, retira su mano y centra de nuevo toda su atención en el *New York Times*.

Estoy considerando seriamente la posibilidad de que quizá sea adicta al sexo.

«Sólo quizá, ¿en serio?»

—¿Café, Maddie? —me pregunta la señora Aldrin entrando en la cocina.

—Y algo de comer —añade Ryan—. Ayer no cenó nada.

Quiero protestar porque esté decidiendo si desayuno o no, pero lo cierto es que estoy muerta de hambre.

—¿Tortitas? —me pregunta de nuevo la cocinera.

Asiento y unos minutos después tengo frente a mí un delicioso plato de tortitas con bacón acompañado de una de taza de café italiano recién hecho.

Estoy desayunando cuando recibo un mensaje. Es de Lauren, preguntándome si comemos juntas. Acepto encantada y se lo reenvío a Álex. Me apetece mucho estar con ellas.

Ryan me deja en el trabajo y desde que pongo un pie fuera del A8 me mentalizo para enfrentarme a una nueva jornada laboral. Tengo que encontrar la manera de demostrarle a Sterling que puedo serle útil, que soy buena en mi trabajo.

Entro en el despacho y, tras saludar a Rachel, que está hablando por teléfono, me siento a mi mesa. Me resulta extraño que Ashton aún no haya llegado.

En ese momento Sterling sale de su despacho como un ciclón. Está furioso.

—¿Dónde está Ashton? —brama.

Probablemente el pobre se haya quedado dormido en el metro. Sterling tiene pinta de ser el típico jefe que te llama a las doce de la noche para repasar documentos.

—Ha llamado. Hay un apagón en el metro y está viniendo en taxi —le cubro.

Sterling me mira perspicaz pero no porque no me crea, sino porque no quiere tener que usarme a mí.

—Joder —masculla finalmente—. Ve a maquetación, recoge toda la documentación del artículo central en el archivo general y mándame a uno de esos sabelotodos de producción al despacho en una hora.

Asiento profesional y por dentro estoy dando saltos de alegría. Por fin voy a tener una oportunidad.

Sterling vuelve a su oficina y yo salgo disparada de la mía. Espero impaciente a que Rachel termine de hablar y le pido el teléfono de Ashton, al que llamo camino de los ascensores.

—¿Quién es? —contesta adormilado al otro lado.

—Ashton, soy Maddie.

Se queda uno segundos en silencio. O no me recuerda o ha vuelto a quedarse dormido.

—Tú compañera de trabajo —le especifico.

—¡Mierda!

Acaba de darse cuenta de que llega tarde.

—No te preocupes —trato de calmarlo—. Le he dicho a Sterling que había habido un apagón en el metro y que estabas buscando un taxi para llegar.

—Gracias —responde aliviado—. Te debo una.

Sonrío. Me viene de perlas que me la deba.

—Necesito que me digas dónde está el archivo general.

—¿Es por el artículo central?

—Sí.

—Hay un problema con ese artículo. Busca a Smith y dile que te explique los cambios y que te entregue las correcciones. Llévalas a maquetación y dáselas a Montgomery para que las meta en la maqueta antes de que la impriman para Sterling. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondo alejándome del ascensor.

—Llegaré lo antes posible.

Cuelgo y miro la inmensa redacción. ¿Quién demonios es Smith? Opto por la solución más rápida que se me ocurre. Me paro en la mesa del primer redactor que no parece vivir el día más estresante de su vida y le pregunto. Resulta que hay tres, así que tardo más de quince minutos en encontrar a Antón Smith, el Smith que necesito.

Me explica los cambios, me da las correcciones y bajo a maquetación. Montgomery no está y pierdo otros veinte minutos esperándolo. Intento llamar a producción para que envíen a alguien al despacho de Sterling, pero no consigo que me cojan el teléfono.

Al fin lo logro y la suerte me sonrío cuando veo llegar a Montgomery.

—Buenos días, soy Maddie.

—Sé quién eres —me interrumpe malhumorado— y no creas que voy a ser amable contigo sólo por eso.

Frunzo el ceño. ¿A qué se refiere? Decido ignorarlo porque no tengo tiempo y le entrego las

correcciones de Smith. Les echa un rápido vistazo y me las devuelve de mala gana a la vez que su teléfono comienza a sonar.

—No valen —me informa arisco.

Mira la pantalla y la gira para que yo también la vea. El nombre de Sterling se ilumina en el centro del Smartphone.

—¿Quiere saber dónde está la maqueta? —añade cortando la llamada—. Vuelve a arriba y habla con Smith. Tienes diez minutos, si no la maqueta saldrá tal y como está.

No conozco el estado actual de la maqueta pero, teniendo en cuenta el hincapié que hizo Ashton por teléfono, está claro que Sterling no puede verla así.

Vuelvo corriendo a la redacción y le pido a Smith que haga los cambios necesarios. El problema es que, al no haber visto a maqueta, no puedo ayudar a arreglarla. Cuando regreso a maquetación, Montgomery vuelve a rechazar los cambios sin asomo de duda.

—Espera —le pido—. Tiene que haber una solución. ¿Puedo ver la maqueta?

—Éste no es el momento para pedirme eso —masculla.

—Déjame ver la maldita maqueta —gilipollas.

Me asesina con la mirada y me ofrece una sucia fotocopia. La observo y la observo. No veo nada raro. Estoy a punto de rendirme cuando me doy cuenta de que hay un problema con la continuidad entre el artículo de Smith y el siguiente. Pero se están equivocando. El fallo no está en el trabajo de Smith, aunque sea el reportaje más largo, sino en el siguiente. Por eso los cambios no encajan.

—¿De quién es este artículo? —pregunto.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —ladra.

Tengo que volver a la redacción. Miro el reloj. Joder, ha pasado una hora desde que Sterling me mandó a por la maqueta.

—Deja el artículo de Smith como estaba y dame cinco minutos —grito mientras salgo corriendo hacia el ascensor.

Montgomery me pone mala cara pero no protesta.

Llamo a Ashton y le pido el nombre del redactor del otro artículo, para ser más concretos nombre, apellido y mesa en la redacción.

Cuando consigo hablar con él, le explico que su artículo tiene que ser un poco más largo. Le pido urgentemente algo que pueda incluir en la maqueta, aunque sea una aproximación. Ahora sólo tengo que convencer a Montgomery de que espere un poco más y controlar a Sterling. Con un poco de suerte ya habrá llegado la persona de producción y estará ocupado con ella.

Voy hasta el despacho para comprobar cómo va todo y suspiro sorprendida cuando veo a Sterling de pie junto a mi mesa echándole la bronca de su vida a Ashton.

—Mira a quién tenemos aquí —responde sardónico al verme—. ¡A la persona más inútil de todo el maldito planeta!

Está cabreadísimo.

—¿Qué te pedí que me trajeras, Parker?

—La maqueta —respondo— y estará lista...

—La puta maqueta ya está aquí —me interrumpe arisco— y no porque tú hayas sido capaz de bajar hasta maquetación y traérmela, sino porque Montgomery me la ha enviado.

Cobarde. No ha podido aguantar ni un par de llamadas de Sterling.

—¿Y qué te dije a ti sobre el artículo de Smith? —le pregunta a Ashton echando chispas literalmente.

—Que debía recortar su artículo para mejorar la continuidad.

—Entonces, ¿alguno de los dos puede explicarme por qué el artículo de Smith sigue exactamente con el mismo número de palabras?

Ashton me mira mal, muy mal. Fue lo primero que me pidió que hiciera.

—He sido yo —me envalentono—. Ashton me lo explicó por teléfono pero yo le pedí a Smith que no tocara su artículo. La mejor manera de solucionar la continuidad es alargar el reportaje de Cavessi.

Sterling me mira con una mezcla de furia e indignación. Si pudiera, me tiraría a un foso de leones ahora mismo.

—¿Pero tú quién te crees que eres? No sé cómo estabas acostumbrada a hacer las cosas con Sandford, tampoco me importa, pero aquí soy yo el único que puede decirle a un redactor que cambie un artículo.

—Tuve que tomar la decisión en maquetación... —intento explicarme.

—Lárgate —me ordena interrumpiéndome de nuevo—. No quiero verte en lo que queda de día. Está siendo muy injusto.

—Pero...

—¡Lárgate!

Sin bajar la cabeza, cojo mi bolso de un tirón y salgo de la oficina.

En el ascensor me dejo caer contra la pared y suspiro con fuerza. No puedo dejar de pensar que las cosas no están yendo para nada como pensé que irían. Si no fuera absolutamente imposible, diría que no sólo se trata de que haya entrado con mal pie, sino de que Sterling parece tener algo contra mí, aunque no sepa el qué.

Llamo a las chicas y les pido que adelantemos el almuerzo. Necesito animarme urgentemente.

Cuando entro en Marchisio's, sonrío de oreja a oreja y camino hasta la mesa donde ya están sentadas Álex y Lauren.

—No sabéis cómo me alegro de veros —digo sentándome.

—Al noventa por ciento de la población le suele pasar —responde Lauren con total naturalidad.

Le hago un mohín de lo más infantil, ella me lo devuelve y las tres nos echamos a reír. Ya me siento mejor y sólo llevo con ellas treinta segundos.

—Te hemos pedido una cerveza —me informa Álex—. Hemos supuesto que, si necesitabas que

adelantáramos el almuerzo, era porque no llevas un buen día.

Me toco la nariz con el índice. No podrían tener más razón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lauren.

—Mi jefe me odia —respondo sin más—. Pero empecemos por lo importante. ¿Qué tal van las cosas con Bentley?

—Como siempre —responde mirando la carta desinteresadamente.

—¿Cómo siempre, sonrisita tonta cada vez que lo ves o, como siempre, el iPhone de Maddie acaba en el congelador? —inquire Álex.

Asiento esperando una respuesta. Ella nos mira unos segundos y finalmente resopla.

—Como siempre, como siempre —sentencia.

—Vamos, cuéntamelo —me quejo con el botellín de cerveza en la mano—. Estoy muy deprimida. Tengo el trabajo de mis sueños y es un auténtico infierno. Me ayudaría saber que vuestras vidas también son un asco.

Las dos sonrían ante mis lamentos.

—¿Y qué hay de Álex? —pregunta Lauren—. Tiene una vida perfecta.

Va a protestar pero yo me adelanto.

—No tiene trabajo.

—Vive de vacaciones —replica Lauren y yo asiento.

—En realidad, acabo de encontrar trabajo.

Automáticamente las dos la miramos y ella sonrío entusiasmada.

—Lárgate de esta mesa —le digo fingidamente hostil.

—¿Qué? ¿Por qué? —gimotea.

—Quedo con vosotras a comer para oír vuestras penas y que así mi vida me parezca un poco mejor y actualmente, contigo, no puedo —me quejo.

Lauren asiente dándome la razón.

—Yo no soy la que va a casarse con un multimillonario —protesta Álex.

Lauren vuelve a asentir, esta vez dándole la razón a ella.

—Un multimillonario que es un controlador irracional que folla demasiado bien, lo que le hace salirse siempre con la suya —me lamento.

—Pero eso es porque tú tienes muy poco carácter —comenta Lauren.

—Perdona —replico—, ¿y tú por qué estás aún en mi mesa?

Me hace un mohín y las tres nos echamos a reír.

—Ryan es probablemente el hombre más atractivo que he visto nunca —continúa Álex.

—Sí, ése es el principal de mis problemas —me apresuro a añadir fingidamente consternada.

—Pero está loco por ti y tú no lo aprovechas para torturarlo.

Recapacito sobre las palabras de Álex. Alguna vez lo he intentado, pero el tiro siempre me ha salido por la culata.

—Yo una vez torturé a James —comenta Lauren con una sonrisa.

Álex y yo gesticulamos una mueca de aversión casi al unísono.

—No quiero saberlo —replica Álex.

—Yo tampoco —me uno.

—Primero lo até y después me subí en un...

—¡Lauren! —protesto.

—De verdad que voy a tener que dejar de hablaros a las dos —sentencia Álex.

Tras un segundo en el más absoluto silencio, las tres rompemos a reír de nuevo.

—Ninguna va a preguntarme por el trabajo. Voy a ser redactora en el gabinete de prensa de la Asociación de Comercio.

Sonrío. Se lo merece.

—Nos alegramos por ti —responde Lauren—, mucho —añade—, pero hasta que Charlie te deje o te acosen laboralmente y el tío no esté bueno, no puedes volver a comer con nosotras.

—Ajá —digo apuntando a Lauren con el botellín de cerveza como si acabara de descubrir quién es el asesino en una partida de Cluedo—. Así que tú también te alegrabas secretamente de mis desgracias.

—Por supuesto —responde sin más—. Los días en los que Ryan te traía por el camino de la amargura follándote y dejándote tirada cada quince segundos fueron los más felices de mi vida.

—Qué te den —le espeto con la sonrisa en los labios.

—Qué os den a las dos —añade Álex a punto de la risa.

Lou se acerca a nuestra mesa y nos toma la comanda. Cuando se marcha de nuevo a la barra, le doy un trago a mi cerveza y miro a Lauren.

—¿Vas a contárnoslo o no? —le pregunto.

—¿El qué? —inquire a su vez como si no supiera de qué hablo.

—Lauren —la reprendo.

Ella vuelve a mirarnos unos segundos y vuelve a resoplar, esta vez aún más exasperada.

—Demonios —se queja—, el problema ya ni siquiera está.

—Pero es obvio que no estáis bien. ¿Por qué? —vuelvo a preguntar.

Lauren resopla por trillonésima vez.

—Creí que estaba embarazada y, cuando se lo conté, no reaccionó como esperaba —se sincera.

Álex y yo nos quedamos boquiabiertas. De todas las opciones posibles, ésa era la última por la que hubiera apostado.

—¿Cuándo pasó? —inquire Álex atónita.

—Una semana después de volver de los Hamptons tuve un retraso considerable. Habíamos

estado haciendo el tonto y era más que posible que estuviera embarazada. Cuando se lo conté, se puso como un loco. Me dijo que no era el momento, que somos muy jóvenes, que no estaba preparado y, por último, prácticamente me acusó de no haber tenido cuidado.

Frunzo los labios. La verdad es que no reaccionó nada bien.

—Pero lo peor fue que no me preguntó cómo me sentía yo ni una sola vez.

—Lo siento —digo cogiendo su mano, que descansa sobre la mesa.

—Yo también —añade Álex.

—Y, por si fuera poco, salió corriendo a contárselo a su hermana Savannah. Odio a esa mujer.

—¿Por eso salimos huyendo de la fiesta benéfica? —inquiero.

Lauren asiente.

—Encima pretendía darme consejos —continúa indignadísima refiriéndose claramente a Savannah—. Decirme lo que tenía que hacer cuando obviamente era algo entre Bentley y yo.

—¿Y por qué no nos lo contaste? —pregunta Álex—. Te habríamos ayudado.

—Porque sentía que era algo que teníamos que solucionar juntos. Afortunadamente sólo fue una falsa alarma, pero todo esto me ha hecho pensar.

Lauren clava su mirada en sus propias manos. Está inquieta y claramente tiene muchas cosas en la cabeza.

—Está claro que se comportó como un gilipollas —le digo. Álex asiente—. Pero a lo mejor sólo estaba asustado. Deberías darle la oportunidad de arreglarlo.

—Y con respecto a su hermana, podríamos llamar a Inmigración y hacer que la deporten. Les contaremos que en realidad es una ciudadana de Luxemburgo con pasaporte falso. Conozco a un tipo que por doscientos pavos nos conseguiría la documentación falsa —comenta Álex con la clara intención de hacerla reír. Lo consigue.

—Los Hannigan tienen muchos contactos —añado—, si no, ¿cómo se explica que James salga vivo de todas las peleas en los bares?

Su sonrisa se ensancha.

—Es alucinante —continúa Álex—. Ni siquiera le tiran la copa. Yo creo que es un capo de una banda callejera a lo videoclip de Michael Jackson.

Al fin no puede evitarlo y se echa a reír. Álex y yo lo hacemos con ella.

Me siento culpable por no haberme dado cuenta de que le ocurría algo así. Debe haberlo pasado fatal.

Terminamos de comer y Álex regresa a su apartamento. Empieza a trabajar mañana y quiere prepararse averiguando en internet el organigrama de la Asociación de Comercio y exactamente cómo y qué hace.

Yo, dado que estoy exiliada forzosamente de mi puesto de trabajo, pienso en irme a Chelsea, pero antes decido hacerle una visita a Ryan.

Voy con Lauren al edificio del Riley Group. No puedo evitar despedirme dándole un abrazo de oso en mitad de la redacción de *Spaces*. Me siento muy culpable. Ella me pone los ojos en blanco y

me devuelve el abrazo. Ha entendido perfectamente lo que pasa y ésa es su manera de pedirme que lo olvide de una vez y no le dé más vueltas.

Cuando llego a la antesala de la oficina de Ryan, me sorprende no ver a Tess en su mesa y la puerta del despacho entreabierta. Supongo que todavía estará comiendo y Ryan habrá salido a alguna reunión. Aun así, decido echar un vistazo para asegurarme.

Camino hasta la puerta, la empujo suavemente y presiento, más que veo, una larguísima melena rubia acomodarse en el sillón al otro lado del escritorio de Ryan. Abro la puerta de par en par y, más enfadada de lo que recuerdo haber estado nunca, entro en el despacho con los ojos fijos en Marisa Borow.

—¿Qué haces aquí? —pregunto antes de que ella pueda reparar en mi presencia.

No hay rastro de Ryan.

Marisa se gira elegantemente y me sonrío. ¡No me puedo creer que se permita sonreírme!

—No entiendo cómo te atreves a venir aquí —continúo sin darle oportunidad a contestar a mi primera pregunta.

Estoy furiosa, indignada. No puedo llegar a imaginar cómo tiene la cara de venir aquí. Aunque no sé de qué me sorprende teniendo en cuenta que se presenta en casa de Ryan cuando le da la gana.

Ella no dice nada. Se limita a mirarme como si fuera yo la que claramente sobra en este despacho. ¿Cómo puede ser tan estúpidamente altiva? Ahora mismo sólo tengo ganas de gritarle que Ryan es mi prometido. ¿Qué demonios? ¡Lo voy a hacer!

Doy un paso hacia ella dispuesta a montar la escena de mi vida cuando oigo pasos acercarse a la puerta.

—Maddie —es la voz de Ryan—, ¿qué haces aquí?

Me giro hacia él absolutamente perpleja. ¿En serio me está preguntando a mí que hago aquí? Esto no puede estar pasando.

—No me lo puedo creer —murmuro.

Ryan me observa cauto pero con la mirada claramente endurecida. Está más que enfadado.

Marisa se levanta lentamente y toma su carísimo bolso de la mesa.

—Ryan, será mejor que me marche —comenta increíblemente solícita.

Yo ahogo una risa nerviosa en un suspiro y cabeceo al tiempo que me cruzo de brazos. «Sería mejor que no te hubieras presentado aquí, maldita zorra.»

—No, Marisa, quédate —le dice a ella pero todavía me mira a mí—. Maddie, espérame en el despacho de Bentley.

¡¿Qué?!

Lo miro sin poder creer lo que acaba de decirme. Resoplo con fuerza pero no me muevo. Ryan entorna sus ojos azules y por un momento logra intimidarme. Está verdaderamente furioso.

—Espérame en el despacho de Bentley —repite despacio con esa voz tan calmada que hace que a cualquiera se le hiele la sangre.

Lo miro a los ojos. Ahora mismo me siento humillada, traicionada.

Salgo del despacho sin decir nada pero irradiando el monumental enfado que me corroe. Estoy conmocionada, furiosa, indignada, y todo se remueve cuando, justo antes de salir definitivamente, veo una sonrisa discreta pero triunfal en los labios de Marisa.

Ha vuelto a verla y por si fuera poco ha preferido quedarse con ella. Diablos, ¡me ha echado de

su despacho!

Encamino mis pasos furiosos hasta el ascensor. No pienso esperarlo en el despacho de Bentley ni en ningún otro sitio. Quién sabe cuánto tiempo llevan viéndose. Las visitas, los correos electrónicos. Si es sólo trabajo, podría tener la delicadeza de no tratarlo directamente con ella, pero sencillamente no quiere. Y encima me ha echado de su despacho para quedarse con ella. Eso ha sido demasiado. Me siento una estúpida, una auténtica imbécil. Santo cielo, soy la reina de las estúpidas enamoradas. Soy una maldita película de Katherine Heigl.

Me bajo en el vestíbulo sin tener muy claro dónde ir. Veo a Finn en la puerta del edificio. Imagino que tiene órdenes de llevarme a Chelsea, pero me importa bastante poco. No me subiría a ese coche ni por un millón de dólares.

—Maddie —me llama el chófer al verme salir.

Yo lo miro, bueno, más bien lo asesino con la mirada, y continúo caminando.

—Ma...

Ni siquiera le dejo terminar de pronunciar mi nombre.

—Escúchame bien —digo girándome y caminando hacia él—. Dile al imbécil de tu jefe que no pienso volver a estar remotamente cerca de él en mi vida.

Finn me mira sorprendido. Abre la boca dispuesto a decir algo pero creo que mi mirada le hace darse cuenta de que no es una buena idea y finalmente se mantiene en silencio.

Yo giro sobre mis talones y me marchó, pero sólo dos pasos después me detengo en seco. Me siento fatal. Él sólo hace su trabajo y yo acabo de gritarle porque Ryan ni siquiera me ha dado la oportunidad de gritarle a él.

Me giro despacio y camino de nuevo hasta Finn.

—Lo siento.

El chófer asiente.

—No se preocupe —responde profesional, pero puedo ver una incipiente sonrisa en sus labios.

Yo intento devolverle el gesto pero no me llega a los ojos. Me giro otra vez y camino hasta la boca de metro de Columbus. El universo decide seguir riéndose de mí y el tren en el que voy sufre una avería y tardo casi dos horas en llegar a mi apartamento.

Cuando estoy subiendo el tramo de escaleras entre la primera y la segunda planta, me doy cuenta de que ni siquiera ha intentado llamarme. Han pasado casi dos horas desde que me marché y Ryan no me ha mandado un mísero mensaje. Eso sólo puede significar que aún no sabe que no lo espero en el despacho de Bentley y probablemente sea porque aún está reunido con esa arpía.

—¡Joder! —mascullo.

Esto no va a quedarse así.

Abro la puerta de mi apartamento y comienzo a dar vueltas como una estúpida en mi salón, destilando furia.

En ese momento llaman a la puerta. Imagino que serán Álex o James que me han oído llegar.

Abro con la cara de «necesito a una amiga urgentemente» y al alzar la mirada toda la rabia me

sacude de golpe. Es Ryan. Automáticamente intento cerrar la puerta pero él me lo impide desde el otro lado y apenas sin esfuerzo la mantienen abierta.

—¡Lárgate! —le espeto alejándome de la puerta que se abre de un portazo y choca contra la pared.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —pregunta otra vez con esa voz tan amenazadoramente suave—. ¿Por qué no estás en Chelsea?

Ahora mismo le odio.

—No estoy en Chelsea porque no quiero estar cerca de ti —casi grito.

—Maddie —me reprende.

—Maddie, ¿qué?, Ryan. Llevas viéndote con ella semanas.

Esa frase me hace sentir náuseas.

—Es trabajo —masculla.

—Me has pedido *a mí* que me marchara —le reprocho más dolida de lo que me gustaría admitir—. Me has humillado delante de esa mujer.

Por un segundo la mirada de Ryan cambia. Sigue furioso pero ahora también parece contrariado. Sin embargo, como siempre, la soberbia gana la batalla y sus ojos azules se endurecen aún más.

—Tenía una reunión de negocios.

No pienso seguir aguantando que encima el indignado sea él.

—Lárgate. No quiero verte. No quiero hablar contigo.

Otra vez estoy a punto de gritar. Maldita sea, estoy muy cabreada.

—No pienso irme a ninguna parte —me reta con sus ojos azules clavados en los míos y la expresión tensa, tensísima.

—Es mi casa.

—No, es mía.

¿Qué? No puedo creer que se haya atrevido a decir eso.

—Eres un hijo de puta.

Ryan hace un gesto imperceptible con los labios ante mi cariñoso epíteto, pero permanece impasible.

—Eso no cambia que, a pesar de cuánto me odies, gracias a mí sigas teniendo un maldito techo.

—Te odio, Ryan —digo con la voz entrecortada pero intentado que suene todo lo firme que soy capaz.

Una lágrima se escapa de mi mejilla pero me la seco con furia.

Ryan suspira con fuerza y alza la mano para tocarme, pero yo me aparto rápidamente. Vuelve a suspirar y deja caer su puño cerrado junto al costado. Su mirada se llena de todo ese desahucio.

—¿Por qué no puedes entender que ella no me interesa lo más mínimo? —me pregunta tratando de sonar más sereno.

—Entonces no tengas negocios con ella. Puedes hacerlos con cualquier otra persona.

—No es tan fácil, Maddie.

—¿Por qué?

Me mira pero se queda en silencio. Otra vez. Otra maldita vez.

—Ryan, tienes que hablar conmigo —casi le suplico absolutamente exasperada.

—Joder —masculla igual de cansado que me siento yo.

—Una vez me dijiste cuáles eran tus condiciones para que estuviéramos juntos, pues ahora yo te digo la mía. Tienes que confiar en mí.

—Maddie —me llama inquieto con la batalla interna a flor de piel.

—¿Qué es lo que pasa? Por favor —le suplico exasperada, casi llorando.

¿Por qué no puede hablar? No soy capaz de comprenderlo.

Ryan resopla. Tengo el estómago totalmente atenazado y un nudo en la garganta que casi me impide respirar.

—Se trata de Miles Hannigan —dice al fin.

—¿Qué? —respondo incrédula.

No entiendo nada.

—Tiene problemas. Invertió casi todo el dinero en unos bonos extranjeros que resultaron ser un fraude. Cuando estaba a punto de arreglarlo, una empresa estadounidense compró su deuda y esa compañía resulta ser el negocio que Marisa fundó con el dinero que le quedó tras la OPA hostil que lancé a Borow Media.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero finalmente la cierro. Estoy atónita.

—¿Y por qué lo estás ayudando?

—Mi madre me lo pidió. —Hace una pequeña pausa—. Lo primero que me dijo Hannigan es que no se lo contara a nadie. Su familia no lo sabe.

Suspiro nerviosa. No quiero creerlo.

—Entonces, ¿los Hannigan están arruinados? —pregunto en un hilo de voz.

Dios.

—No. He conseguido que Marisa revenda la deuda. Miles Hannigan sólo tendrá que someterla al arbitraje internacional. Ellos reconocerán el fraude y lo indemnizarán. Perderá dinero, pero nada que no pueda soportar.

—¿Y cómo has conseguido que Marisa aceptara el trato?

No sé ni para qué pregunto. Es obvio que esa mujer haría lo que fuera por pasar diez segundos con Ryan.

—Le he prometido que el Riley Group invertirá en algunos negocios de su nueva empresa.

No puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad.

—Si me lo hubieras contado...

—Si te lo hubiera contado —me interrumpe—, tú te habrías preocupado muchísimo.

No le contradigo. Tiene toda la razón. Incluso ahora que sé que todo está prácticamente solucionado no puedo evitar inquietarme.

—Sé que los Hannigan son como una segunda familia para ti.

—Aun así, no debiste mantenerme al margen.

—Maddie, pienso hacerlo cada vez que crea que es la mejor manera de protegerte.

Suspiro con fuerza. Es el hombre más testarudo que he conocido en mi vida.

—No soy ninguna cría.

Ryan frunce el ceño. Está claro que él tiene una opinión muy diferente. Voy a protestar pero da el paso que nos separa, toma mi cara entre sus manos y me besa.

—Odio discutir contigo —susurra contra mis labios.

Yo también. Cada vez que discutimos mi cuerpo lo echa de menos de una manera casi temeraria, pero no puedo permitir que siempre se salga con la suya.

—Esta vez tus diez segundos encantador no van a valerte de nada —le advierto, aunque, si mi voz no hubiese sonado inundada de deseo, el mensaje habría tenido más valor.

Baja su mano hasta llegar a mi cadera y ese simple roce sencillamente me derrite. Es perturbador el control que tiene sobre mi cuerpo.

—Has sido un capullo —musito con la voz entrecortada.

Ryan sonrío muy cerca de mi boca y vuelve a besarme.

—Y tú me has plantado cara. Aún no sé si me gusta que hagas eso.

Ahora la que sonrío soy yo.

—Quiero follármela, señorita Parker.

Y de pronto mi corazón comienza a latir muy, muy deprisa.

—Pero no voy a hacerlo ahora —añade.

Yo no puedo evitar que un suspiro decepcionado se escape de mis labios. Ryan sonrío presuntuoso y tira de mi mano para que empecemos a caminar.

Salimos del edificio y sigo sin ser capaz de explicar qué ha pasado. ¿Dónde está mi sexo salvaje? No puede decir cosas como «quiero follármela, señorita Parker» y después no follarse a la señorita Parker. Es muy desconcertante.

Nos montamos en el A8, que nos espera junto a la acera. No voy a negar que estoy un poco malhumorada. Más aún cuando de reojo veo cómo me mira, se humedece el labio inferior discreto y fugaz y sonrío justo antes de perder su vista en la ventanilla. Se lo está pasando en grande a mi costa.

En cuanto nos bajamos del coche, Ryan toma mi mano y me guía hasta las escaleras amarillas de acceso. Mientras esperamos el ascensor, noto su mirada sobre mí. Involuntariamente soy hiperconsciente de cada uno de sus movimientos: de su mano sobre la mía, de su hábil dedo pulsando el botón del ascensor, de su respiración. Cada pequeño detalle llama mi atención y me excita.

Dentro del ascensor las cosas no mejoran para mí. Su adictivo olor se expande por el ambiente

y mi cuerpo traidor se estremece cada vez que respiro.

La señora Aldrin está en la cocina preparando una deliciosa crema de verduras para acompañar, imagino, algo de carne.

Ryan la saluda con una sonrisa, va hasta uno de los armarios de su cocina de diseño y saca una botella de vino.

—¿Una copa? —pregunta.

Yo asiento.

—Sí, por favor —añado.

Ryan sonríe y, habilidoso, abre el vino.

«Está jugando contigo, Parker.» Resoplo mentalmente y discreta me cuadro de hombros. No voy a dejar que se ría de mí. Tengo mis armas, me arengo, aunque, cuando se trate de Ryan, no sepa exactamente cuáles son.

Suspiro bajito e intento tranquilizar mi cuerpo sublevado. Lo primero es dejar de observarlo y mantener una distancia prudencial con él. Con esa idea en la cabeza, me dirijo a uno de los taburetes, el más lejano, y me siento. Me obligo a prestar toda mi atención a la señora Aldrin. Lo que está cocinando tiene una pinta exquisita.

—Tu copa —me llama con su voz más sugerente.

Alzo la cabeza y lo observo a unos pasos de mí. Tiene mi copa en la mano y la sonrisa más arrogante que he visto en mi vida en los labios. Podría simplemente dejarla sobre la isla de la cocina y deslizarla por el mármol, pero el muy bastardo quiere que me acerque.

«Él sí sabe cuáles son sus armas.»

Tomo aire y me levanto despacio. Soy una mujer con una misión. Camino hasta él, que no levanta un solo segundo la vista de mí, y a unos pasos ya puedo notar toda la calidez de su cuerpo.

Cojo mi copa y mis dedos se encuentran con los suyos. Mi corazón se acelera y un leve suspiro se escapa de mis labios. Está demasiado cerca. Ryan sonríe arrogante de nuevo y sin más retira su mano y se separa de mí.

Esta misión ha sido un completo fracaso. Frunzo los labios malhumorada. Giro sobre mis talones y veo cómo se sienta en el taburete y comienza a charlar animadamente con la señora Aldrin. Maldito autocontrol. Lo cierto es que ahora mismo me muero de envidia. Me encantaría ser más fría, una princesa vikinga, invulnerable, intocable y con muy mala leche. Aunque también me conformaría con no ser tan transparente.

Suspiro mentalmente y al final vuelvo a mi taburete. Un segundo intento. Puedo hacerlo. Simplemente no tengo que mirarlo, no dejar que me toque y rezar para que no se pongan a hablar en francés.

Afortunadamente la señora Aldrin no tarda en servirnos la cena: delicioso solomillo de ternera de Kobe con crema de verduras. Desafortunadamente, en cuanto nos sirve la comida, se retira con discreción.

Tal y como me pasó en el ascensor, sin quererlo, soy consciente de cada movimiento que hace: de sus manos trabajando diestras con los cubiertos, de sus ojos cada vez que sonríe y, sobre todo, de

sus labios cada vez que se lleva la copa hasta ellos.

—Maddie —me llama sacándome de mi ensoñación.

Alzo la cabeza y la centro en sus ojos azules. Por la manera en la que sonrío comprendo que no es la primera vez que me llamaba.

«Genial, Parker. Eso era lo único que te faltaba, que te pillara mirándolo embobada.»

—¿Qué querías? —le pregunto tratando de que mi tono de voz suene firme.

—No, nada —responde con esa maldita sonrisa aún en los labios.

Definitivamente está disfrutando muchísimo con esto y lo peor de todo es que no sé por qué me está torturando así. Apuesto a que el bastardo controlador me está haciendo pagar que me fuese a mi apartamento en vez de venir aquí.

Carraspeo al tiempo que cuadro los hombros. Se acabó. Soy una mujer llena de fuerza, de voluntad, absolutamente inmune a sus encantos.

«En fin.»

Termino de comer sin levantar mi vista del delicioso solomillo y me bajo del taburete de un salto. Recojo los platos y voy hacia el fregadero.

Siento cómo me sigue con la mirada pero no me importa. Soy una mujer fría. La nueva Maddie Parker. Una mezcla entre *Catwoman* y Madonna de joven. Soy invencible.

Tomo las copas y los cubiertos y los llevo también a la pila.

Siento, más que veo, cómo Ryan se levanta. Paso por su lado para recoger los manteles individuales y las rodillas me tiemblan pero me recompongo rápido. Ryan me sigue y, antes de que pueda llegar al fregadero, me toma del brazo y me obliga a girarme. Me atrae hacia él y sin quererlo suspiro. Otra vez está muy cerca.

—¿Te estás haciendo la difícil? —pregunta con su voz más sugerente.

Sus ojos azules buscan los míos y los hechizan.

—No —me defiendo—, sólo estoy recogiendo la barra.

—La barra ya está lo suficientemente limpia.

Alza las manos dispuesto a quitarme los manteles. Sus dedos van a tocar los míos y todo mi cuerpo se está relamiendo por la posibilidad de ese simple contacto, pero Ryan me quita la tela de las manos sin llegar a tocarme y acabo suspirando frustrada y demasiado excitada.

—Esto es juego sucio —me quejo.

Nuestros labios están muy cerca.

—Probablemente.

Ryan se inclina para besarme y, cuando entreabro los labios dispuesta a recibirlo, él se aparta. Abro los ojos y espero a que los suyos me atrapen. Ryan sonrío, vuelve a hacer el amago de besarme y se separa otra vez.

Yo suspiro frustrada y él finalmente se echa a reír por mi reacción y me lleva hasta la pared de la cocina, me estrecha entre ella y su cuerpo y me besa con fuerza.

«La princesa vikinga, *Catwoman* y *Madonna* de joven estarían muy orgullosas de ti.»

Ryan pasea su mano hasta llegar a la parte de atrás de mi rodilla y la levanta obligándome a rodear su cintura con ella al tiempo que me alza. Inmediatamente levanto la otra pierna y me estrecho contra sus caderas.

Los dos sonreímos encantados contra la boca del otro.

Nos lleva hasta el dormitorio sin dejar de besarme. Se detiene en el centro de la estancia y me baja lentamente, dejando que mi cuerpo se deslice por el suyo.

—Desnúdate —me ordena sensual cerca, muy cerca, de mi boca.

Da un paso hacia atrás y me observa. Yo alzo tímida la cabeza y lo miro a través de mis pestañas. No sé cómo consigue que siga sintiéndome así.

Me dedica su media sonrisa dura y sexy como respuesta y todo dentro de mí se remueve. Tomo el bajo de mi vestido y me lo saco por la cabeza. Ryan entreabre los labios y deja escapar un leve gemido al tiempo que sus ojos azules recorren ávidos mi cuerpo. Yo suspiro con fuerza e intento acompañar mi respiración cada vez más caótica.

Me desabrocho el sujetador y los tirantes se deslizan por mis brazos.

Ryan no levanta su mirada de mí y ese simple gesto libera rincones de mi cuerpo que sólo le pertenecen a él.

Llevo mis manos hasta mis caderas y, nerviosa, me acaricio un instante el estómago antes de deslizar los dedos entra la tela de algodón y mi piel.

Despacio, me deshago de mis bragas.

Otra vez estoy desnuda delante de él, que sigue completamente vestido. Sus ojos azules se clavan en los míos y me dominan en la distancia. Estoy excitada y llena de deseo. Ni siquiera me ha tocado y ya me siento en el paraíso.

Da un paso hacia mí y su proximidad lo vuelve todo más real, más sensual. Se desabrocha los primeros botones de la camisa y se quita la corbata. El sonido de la tela azul deslizándose llena el espacio vacío entre los dos.

—Junta las muñecas delante —me ordena suavemente.

Sus hábiles dedos rodean mis manos con su corbata y la anudan bajo mi atenta y embriagadora mirada. Me siento hipnotizada. Tira de los extremos y el nudo se aprieta contra mis muñecas.

Gimo y él sonrío satisfecho.

Me contempla recreándose en cada rincón de mi cuerpo. Alza la mano y su pulgar acaricia mi labio inferior. Mi respiración se acelera aún más. Le deseo en la forma que sea.

—Me gusta tu piel —susurra.

Baja su mano y sus dedos acarician mi cuello, mis pechos, mi estómago. La desvía hacia una de mis caderas y camina a mi alrededor para seguir por mi espalda. Sube hasta mis hombros y se deleita despacio, perezoso, en mi nuca.

Sus caricias en esa parte de mi cuerpo estimulan todas mis terminaciones nerviosas y me hacen gemir suavemente.

Ryan vuelve a bajar. Su mano solivianta mi columna y mi espalda se arquea obligándome a cerrar los ojos para digerir todo el placer que me provoca. Llega hasta la curva de mi trasero y sus dedos se estiran para que toda su palma toque mi piel. Gira otra vez a mi alrededor sin separar su mano de mí.

—Eres preciosa —susurra a escasos centímetro de mis labios, pero no me besa.

Se separa dejándome ansiosa y aún más excitada. Abro los ojos de golpe y los suyos me esperan seductores y más azules que nunca. Sonríe sexy y rebosante de atractivo y yo me derrito.

—Tumbate en la cama —me ordena.

Bajo su atenta mirada, camino despacio hasta la cama. Me siento en el borde, me impulso con las piernas para llegar al centro y lentamente me dejo caer sobre el colchón.

Ryan avanza sobre mí hasta quedar de rodillas a ambos lados de mis caderas. Toma mis muñecas por la atadura y las coloca por encima de mi cabeza.

Mi corazón se acelera aún más. Estoy desnuda bajo él, que sigue completamente vestido, y eso hace que todo sea todavía más sensual. Una prueba más del control que ejerce sobre mí.

—Una parte de mí querría dejarte así durante horas sólo para poder mirarte. —Las palabras salen de sus perfectos labios llenas de admiración.

Me pierdo en sus ojos azules, que brillan llenos de deseo, y suspiro bajito. Todo esto es embriagadoramente sexy.

—Pero también quiero follarte, muy duro, nena.

Sus palabras son puro deseo. Ya no aguanto más. Lo necesito. Me revuelvo bajo él y Ryan sonríe.

—Creo que lo que tú prefieres está claro —añade.

Sí, por favor. Estoy a punto de arder por combustión espontánea.

Lentamente baja sus manos y sigue con el índice el contorno de mi pezón. Sonríe sensual. Yo trato de imitar su gesto, pero Ryan tira de él, gimo y todo mi cuerpo se arquea.

Espera a que me tranquilice, se inclina y me besa lleno de intensidad, sólo una vez.

—No te muevas —me ordena con su voz más sensual y sus labios a unos centímetros de los míos.

Se separa dejándome ansiosa de más, de él, y se levanta. Camina hasta la cómoda y regresa con una pequeña cajita negra.

Se coloca de nuevo de rodillas sobre mí y con cuidado deja la caja sobre mi vientre. Una punzada de placer atraviesa mi cuerpo cuando leo *Le Sensualité* en pequeñas y elegantes letras doradas escritas en un extremo.

Ryan la abre pero no consigo ver qué hay dentro. Sonríe juguetón y saca algo que se guarda en la mano. Yo suspiro acelerada. Toda esta excitación me está consumiendo.

Deja la caja en la cama y lleva la mano aún cerrada hasta la parte baja de mi cuello. La pasea despacio y va dejando que sea lo que sea lo que esconde acaricie suavemente mi piel. Es metálico y está frío.

Suspiro, casi gimo.

Ryan avanza hasta mi pecho, lo acaricia y sonrío justo antes de abrir la mano despacio. Un pequeño aparatito cae sobre mi pezón y comienza a vibrar. Mi sobreestimulada piel lo recibe encantada. Una ola de placer me recorre entera y se instala en mi sexo.

Gimo y todo mi cuerpo se arquea.

—Esto va a ser divertido —susurra con una sonrisa al tiempo que lo levanta de mi piel.

Le observo pasearlo entre sus dedos. No es más grande que un dólar de plata y su tacto es muy suave.

Ryan lo coloca en mis muñecas atadas y acaricia mi brazo. Las vibraciones me estremecen y mi respiración se acelera.

Acaricia mi otro brazo pero no se detiene y, a pesar de que mis ojos siguen ansiosos cada uno de sus movimientos, no puedo evitar que mi cuerpo vuelva a arquearse cuando lo deja otra vez sobre mi pezón.

—Ryan —susurro.

Se inclina sobre mí al tiempo que lo desliza hasta dejarlo en el centro de mi vientre y me besa. Todo mi cuerpo reacciona de inmediato y una suave oleada de cosquillas me sacude hasta el punto de hacerme reír contra sus labios. Ryan también lo hace.

Baja por mi cuerpo, atrapa mi pezón entre sus labios y tira con fuerza.

La risa se transforma en un suave gemido y las diferentes sensaciones colisionan en mi cuerpo llenándome de placer.

Ryan recupera su juguete y, torturador, baja aún más. Vuelve a esconderlo en su mano dejando que sólo sobresalga un poco. Lo lleva a una de mis caderas y me acaricia hasta llegar a la otra.

Gimo bajito. Él sonrío.

—Quiero saber qué pasa si lo pongo justo aquí —comenta seductor.

Apoya suavemente la moneda en mi pelvis y la deja caer despacio. Automáticamente las vibraciones se extienden por mi piel y tienen un eco directo en mi sexo.

Gimo más fuerte.

Ryan presiona la moneda con la palma de su mano y las vibraciones se hacen aún más profundas. Me dedica su media sonrisa dura y sexy y, sin levantar su mano, pasea sus dedos por mi sexo.

—Ryan —jadeo.

Su sonrisa se ensancha, levanta la moneda y la desliza por mi humedad.

Gimo de nuevo, casi grito. La sensación es indescriptible, maravillosa.

Acompaña la moneda con sus dedos y todo mi cuerpo ruge.

Ryan me acaricia despacio. Siento el metal, las vibraciones, sus mágicos dedos y todo mi deseo se rinde a él.

—Dios —susurro entre jadeos.

Continúa acariciándome, soliviantándome. Acelera el ritmo. Se inclina sobre mí y me da un húmedo y profundo beso justo en el clítoris.

—¡Ryan! —grito.

Repite su beso. Mi espalda se arquea. Y se separa de mí.

Lo miro con la respiración jadeante, suplicándole que continúe.

Se quita la camisa, los pantalones y los bóxers y avanza sobre mi cuerpo hasta que su mirada vuelve a estar sobre la mía. El deseo ha oscurecido sus preciosos ojos azules hasta hacerlos parecer casi negros y su respiración se entrecorta.

Se deja caer sobre mí y, en el preciso instante en que nuestros labios se unen, me penetra con fuerza.

Grito en su boca. Ryan sonrío. Y todo se vuelve demencial.

Me embiste con fuerza una y otra vez, haciéndome sentir toda su longitud en cada estocada que cruza mi sexo y lo llena de placer.

Se mueve ágil, acelerado, sin piedad.

Me revuelvo bajo él. Muevo mis muñecas. Siento su corbata y mi excitación se multiplica por mil.

Nuestros cuerpos están completamente pegados, bañados en una sensual capa de sudor.

Sus ojos azules atrapan los míos. Veo toda su dureza, su sensualidad, pero también me veo a mí a través de ellos y es una sensación increíble.

Suspiro. Gimo. Grito.

Se ancla en mi cadera, me embiste con fuerza y salto a un espectacular vacío lleno de placer, de deseo, de amor y de él, de Ryan Riley.

Él se recoloca, vuelve a penetrarme y todo su cuerpo se tensa sobre el mío, vaciándose en mi interior.

Los dos sonreímos y se deja caer a mi lado. Poco a poco nuestras respiraciones van pausándose.

Ryan se levanta. Yo me incorporo con cierta dificultad, sigo con las manos atadas, y me quedo sentada al borde de la cama.

Se gira hacia mí con los pantalones ya puestos e inmediatamente sus ojos azules se centran en su corbata. Camina los pocos pasos que nos separan hasta colocarse frente a mí y me acaricia la mejilla con el pulgar.

De pronto otra vez vuelvo a sentir toda esa electricidad.

Consciente o inconscientemente, le miro a través de mis pestañas y su pecho se hincha con fuerza.

Ryan toma mis muñecas justo por el nudo, sonrío duro y sexy y tira de la atadura hasta que con un fluido movimiento quedo de rodillas frente a él.

Me acomodo sobre los talones y dejo otra vez que sus ojos atrapen los míos. En seguida su mirada se llena de un deseo voraz y acelerado. Me toma por los hombros y me tumba sobre la cama.

bocabajo.

Gimo por su deliciosa brusquedad.

Se deshace de su ropa. Levanta mis caderas hasta que mis rodillas se flexionan y mi estómago se pega a ellas con los brazos estirados todo lo que puedo.

Sin soltarme las caderas, me embiste con fuerza. No comprueba si estoy lista. No importa. Lo estoy. Creo que siempre lo estaré para él.

Sus estocadas son rápidas, casi desbocadas.

Grito.

Es un castigo celestial. Su pelvis choca contra mi trasero una y otra vez mientras siento su respiración acelerada a mi espalda.

Grito de nuevo.

Va a partirme en dos.

—Joder —gruñe.

Acelera sus movimientos. Todo me da vueltas. Mi cuerpo se tensa y estallo en un mar de placer y jadeos. Un orgasmo que me devora al tiempo que me llena de luz.

Pero Ryan continúa moviéndose al mismo ritmo delirante.

—Ryan —susurro.

Su polla palpitante entra y sale de mi sexo cada vez más dura, cada vez más firme, alargando mi placer, transformándolo, y antes de que pueda controlarlo salto de nuevo a un excitante precipicio y me corro otra vez, notando cómo él también lo hace en lo más profundo de mí.

—Joder —sisea—, vas a acabar conmigo.

Se sienta exhausto en el suelo y tira de mí para que lo haga en su regazo.

—Ha sido culpa tuya —murmuro hundiendo la cara en su cuello.

Estoy realmente cansada.

Ryan acaricia mis muñecas con suavidad y desata el nudo de la corbata.

—No, ha sido tuya —dice sin más.

Yo alzo la cabeza y lo miro sorprendido.

—Cuando me miras como me has mirado antes, sólo puedo pensar en follarte. Me daría igual que el maldito edificio estuviera en llamas.

Intento disimular la enorme sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos.

—¿Y dónde está todo ese autocontrol? —pregunto socarrona.

Entorna los ojos y me da un pellizco en la cadera. Yo doy un respingo y rompo a reír.

—Ahí está —responde divertido.

Ryan sumerge las manos en mi pelo y me obliga a levantar la cabeza suavemente. Cuando lo hago, sus preciosos ojos azules inmediatamente se posan en los míos. Nos quedamos unos segundos, o quizá unos minutos, simplemente contemplándonos. Me siento bien y, después del horrible día de

hoy, de mi padre, del suyo, de Marisa, es justo lo que necesito.

Mi móvil comienza a sonar tan inoportuno como siempre. Podría ser del trabajo o quizá mi padre, así que de mala gana me levanto, cojo la camisa de Ryan y me la pongo mientras bajo al salón siguiendo el sonido de mi iPhone. Al fin lo encuentro. Miro la pantalla. No reconozco el número.

—¿Diga? —pregunto regresando de nuevo a la estancia.

—Maddie, soy Meredith.

Me freno en mitad de las escaleras. Acabo de dejar de respirar.

—Meredith Riley —añade.

Como si fuera posible que la confundiera con otra Meredith.

—Hola —la saludo—. ¿En qué puedo ayudarla?

Sin quererlo uso mi voz de ayudante, pero es que estoy muy nerviosa. Ryan me observa sentado en el suelo, donde lo dejé. Mi tono ha llamado su atención y me mira con el ceño fruncido.

—Quería proponerte que almorzáramos juntas mañana.

¿Qué? Abro la boca dispuesta a decir algo pero la cierro. No sé qué decir y no quiero acabar tartamudeando.

«Tranquilízate, Parker.»

Ryan se estira, me toma de la mano y tira de mí para que vuelva a sentarme en su regazo.

—He pensado que podríamos charlar y conocernos mejor —continúa.

—Me encantaría, pero no puedo ir hasta Glen Cove. Sólo tengo una hora para comer.

Al oír el nombre de la zona residencial de sus padres, la confusión aumenta en la expresión de Ryan.

—No te preocupes. Almorzaremos en el Plaza. ¿La una y cuarto es buena hora?

Asiento sin darme cuenta de que ella no puede verme. Estoy nerviosísima.

—Sí, me viene bien —me obligo a contestar.

Me siento algo incomoda manteniendo una conversación con mi futura suegra sin bragas y encima de su hijo, completamente desnudo.

—Perfecto entonces. Hasta mañana, Maddie.

—Hasta mañana, Meredith.

Pronuncio el nombre de su madre mirándolo a él. Ryan me devuelve la mirada sin tener la más remota idea de lo que está pasando. Me separo el teléfono de la oreja y me aseguro de que he colgado.

—¿Para qué te llamaba mi madre?

Me encojo de hombros.

—Quiere que coma con ella mañana en el Plaza.

Aunque ahora mismo mi estómago se haya cerrado a cal y canto de puro nervio.

Ryan nos levanta a los dos sin esfuerzo y nos tumba sobre la cama. Nuestras piernas están

entrelazadas sobre una maraña de sábanas blancas. Aún tengo el iPhone entre mis manos.

Ryan me da un dulce beso en la frente, después otro en el ojo derecho, después en el izquierdo, la punta de la nariz, la barbilla y finalmente los labios. Su recorrido me hace sonreír.

—No tienes por qué ir, si no quieres —me recuerda.

—Quiero ir —sentencio.

Ryan sonrío y vuelve a besarme. Me quita el teléfono de las manos y lo deja sobre la mesita. Apaga la luz y me estrecha con fuerza. Ahora mismo la cabeza me da vueltas con la invitación de Meredith Riley. Estoy muy nerviosa. Me acomodo contra el pecho de Ryan y cierro los ojos. Sintiendo respirar, me quedo dormida.

Me despierta la voz de Ryan. Abro los ojos pero no está en la habitación. Me incorporo adormilada y miro a mi alrededor. Apenas ha amanecido. Sigo escuchando su voz. Me levanto y con el paso torpe bajo al salón.

Está hablando por teléfono junto al sofá, ya duchado y vestido. No sé qué hora es, pero no deben ser más de las seis.

Riley, necesitas descansar.

Al verme, sonrío, acelera el final de la conversación y cuelga.

—¿Qué haces despierta? —pregunta saliendo a mi encuentro.

—Eso debería preguntarlo yo.

—Tengo mucho trabajo.

—Ryan, apenas has dormido. Necesitas descansar.

—He descansado —responde.

—Ni siquiera ha amanecido del todo —replico.

—He dormido contigo —responde seductor, alzando la mano despacio, posándola en mi cadera y atrayéndome hacia él—. Aunque sean unos minutos, eso es todo lo que preciso para relajarme.

Tengo la sensación de que podría aceptar cualquier cosa que me pidiera con esa voz.

—Prométeme que intentarás descansar.

—Dentro de dos semanas tengo previsto un viaje de lo más interesante —comenta socarrón.

Me muero por estar de luna de miel.

—¿Dónde vas a llevarme? —inquiero con una sonrisa.

—Al hotel con la cama más grande que encuentre. Tengo muchas cosas en mente.

Mi sonrisa se ensancha y mi imaginación se dispara.

Ryan hunde su mano en mi pelo y tira de él para obligarme a alzar la cabeza. Me besa con fuerza sólo una vez y se separa dejándome llena de deseo, de él.

—Nos vemos esta noche —susurra.

Yo suspiro decepcionada. Quiero que suba conmigo a la habitación.

—Si trabajaras conmigo, te encerraría en mi despacho todo el día —me amenaza sensual, encendiendo aún más mi cuerpo.

Ryan se encamina hacia la puerta.

Yo intento responderle, a ser posible con una frase muy impertinente, pero no soy capaz. Por si fuera poco, mi reacción le hace sonreír triunfal y arrogante y mis pocas neuronas que aún se mantenían en pie se desmayan como todas las demás.

El bastardo presuntuoso sabe muy bien cómo usar sus armas.

Regreso a la habitación pero no vuelvo a la cama. Hoy me espera un día de lo más intenso, almuerzo en el Plaza incluido, y quiero estar preparada.

Pongo música. Algo lleno de energía que me dé fuerzas para este titánico día. Elijo *Love runs out*, de OneRepublic, y me meto en la ducha. Al final, y aprovechando que es temprano, acabo cantando todos los grandes éxitos de la banda y la verdad es que, para cuando cierro el grifo y me envuelvo en la suave toalla de algodón, estoy animadísima.

Delante del vestidor las cosas no me resultan tan fáciles. No tengo ni la más remota idea de qué ponerme. Me decido por el Valentino de cóctel. Es el traje más elegante que tengo y eso me hará falta para almorzar en el Plaza con Meredith Riley. Se trata de un doble reto a mi parte más *chic*.

Me recojo el pelo en una discreta coleta y me maquillo, nada llamativo.

A pesar de la insistencia de la señora Aldrin, no desayuno. No soy capaz. Además, tengo prisa por marcharme. Mi intención es aprovechar el camino hasta el trabajo para pasar por un kiosco de prensa y comprar revistas de novia. Ya han pasado varios días y, salvo la lista de invitados, prácticamente no he organizado nada. También me gustaría simplemente caminar y relajarme un poco.

Sin embargo, Finn insiste en llevarme. Órdenes de Ryan, que, por la mirada que me dedica, no piensa ponerme fácil desobedecer.

Desde que pongo un pie en el edificio del *New Yorker* comienzo a rezar mentalmente para que Sterling esté de mejor humor y me deje explicarle todo lo que ocurrió ayer.

Entro en el despacho y saludo a Rachel, que me mira de arriba abajo sin ninguna discreción. Yo frunzo el ceño y continúo caminando. Sé que voy más elegante de lo habitual, pero tampoco creo que sea tan raro.

Ashton está en su mesa, tan concentrado en la pantalla de su ordenador que no se da cuenta de que he llegado hasta que el ruido que hago al abrir el cajón para dejar mi bolso le sobresalta.

—Hola. —Me saluda con una sonrisa.

Bien, no está enfadado por lo de ayer.

—Hola —le respondo imitando su gesto—. Ashton, te quería pedir disculpas por lo que pasó ayer. Fue mi responsabilidad. Espero que Sterling no la tomara mucho contigo.

—No más de lo habitual —responde sin darle importancia, volviendo la mirada a la pantalla.

Yo suspiro aliviada. No me gustaba la idea de que Ashton hubiera tenido que pagar los platos rotos.

Aún no he encendido el ordenador cuando la puerta del despacho de Sterling se abre y él sale

con paso titubeante. Nada que ver con cómo suele hacerlo normalmente, hecho un verdadero ciclón.

—Maddie —me llama—, ven a mi despacho.

Asiento.

Él gira sobre sus pasos y vuelve dentro dejando la puerta abierta. Miro a Ashton y se encoje de hombros. Me levanto dudosa y comienzo a caminar hacia su despacho. Un jefe como Sterling está tan amable por muy pocos motivos y todos tienen que ver con la muerte o el despido inminente.

Trago saliva y doy el último paso para entrar. Al alzar la cabeza, me sorprende ver a Samantha Stinson de pie junto a la silla de Sterling. Él está apoyado, casi sentado, en su mesa.

—¿Quería verme, señor Sterling?

—Maddie, por favor, siéntate —me dice señalando la silla frente a él.

Esto comienza a resultarme tan raro que empiezan a darme escalofríos.

Me siento y por un segundo nadie dice nada. La señorita Stinson carraspea discreta y Sterling resopla.

—Quería pedirte perdón por lo que ocurrió ayer —arranca a hablar.

Frunzo el ceño y lo miro sorprendida, confusa y desconfiada, todo a la vez. Si ahora mismo me dijeran que la persona que tengo ante mí es un clon y el verdadero Sterling está maniatado en una nave extraterrestre, lo creería sin problemas.

—No debí mandarte a casa —continúa—. Eso fue inaceptable. Además, tengo que ser más considerado, acabas de llegar y necesitas aclimatarte.

—Señor Sterling, le agradezco las disculpas pero no tiene por qué dármelas. No debí modificar el artículo de Cavessi sin preguntarle.

Él sonríe pero no le llega a los ojos y vuelve a quedarse en silencio.

—Puedes volver al trabajo —dice finalmente.

Asiento y me levanto bajo la atenta mirada de los dos. Me siento como una especie de fenómeno de feria. ¿Qué demonios está pasando aquí? En cuanto pongo un pie fuera del despacho, lo veo todo clarísimo.

Cojo mi móvil y salgo como una exhalación hacia el baño. No me puedo creer que haya sido capaz de inmiscuirse en mi carrera otra vez. Noto el enfado creciendo dentro de mí como un huracán. Habrá presionado al dueño de la revista o quizá a Sterling personalmente y el resultado es éste. No podría sentirme más violenta.

Me aseguro de que no haya nadie y marco el número de Ryan. Estoy a punto de deslizar el pulgar por la tecla verde cuando me doy cuenta de que estoy metiendo la pata hasta el fondo. No ha podido ser Ryan. Sólo sabe que los primeros días en el trabajo no fueron bien, pero no le conté lo que pasó ayer ni cómo se ha comportado Sterling.

Suspiro hondo y mi enfado se calma. Entonces, ¿a qué viene este cambio de actitud?

El resto de la mañana es de lo más extraña. Sterling ha pasado de ser un ogro a tratarme como si yo fuera una princesita a punto de romperse en cualquier momento. No me manda nada pesado o mínimamente aburrido ni ningún recado que incluya moverme de esta planta. El mismísimo jefe del

departamento de informática viene a ver mi ordenador y, cuando falta poco más de una hora para comer, Sterling le pide a Ashton que me enseñe la redacción, me presente a todos y me indique cómo funcionan maquetación y archivos. Casi lo prefería cuando era un ogro. Está rarísimo.

Sin embargo, a la una en punto toda mi atención se centra en el hecho de que en quince minutos estaré almorzando con la señora Riley.

Voy en taxi a pesar de que son poco más de diez manzanas. Por nada del mundo quiero llegar tarde.

El edificio del Plaza siempre me ha parecido precioso. Una de las fotografías más emblemáticas de la ciudad de Nueva York, con su impoluta fachada y su porche tan elegante. Sin embargo, ahora mismo no podría intimidarme más.

Pregunto en recepción dónde está el salón comedor. Camino de él, me repito mentalmente a modo de mantra todos los consejos que durante años nos ha ido dando Mira Hannigan. El más importante, esgrime toda la elegancia que seas capaz, y el que creo que más me ayudará aquí: no dejes que nadie se dé cuenta de cuánto te intimida.

En la entrada del inmenso salón suspiro hondo, aliso la falda de mi vestido con las manos y me meto un mechón de pelo rebelde tras la oreja. Estoy hecha un flan.

«Vamos, Parker, me animo. Has salido de cosas peores.»

Me obligo a poner mi mejor sonrisa y camino hasta el *maître*, un hombre elegante y esbelto con pinta de europeo refinado.

—¿La señora Riley, por favor?

El hombre me sonrío, solícito como cada vez que pronuncio ese apellido.

—Acompáñame, por favor —me pide a la vez que me hace un gentil gesto con la mano para que lo siga.

Me guía a través del comedor y ya a unos metros de distancia puedo verla tan elegante como siempre, sentada a una pequeña mesa para dos. Al verme, me sonrío y se levanta grácilmente, mostrando su precioso traje de vestido y chaqueta en tonos *champagne*.

«Menos mal que dejaste que Ryan te comprara este vestido.»

Me pongo los ojos en blanco mentalmente. La voz de mi conciencia me odia.

—Gracias por venir, cielo.

Me da un suave pero sincero abrazo y sorprendentemente me siento más relajada.

—Ha sido un placer, señora Riley.

—Por favor, llámame Meredith —me pide a la vez que me señala la silla y ella misma toma asiento.

—¿Desean que les traiga algo de beber? —pregunta el *maître*.

—Yo tomaré una copa de vino, un Carruades de Lafite del 2004. —Su acento es muy melódico.

Ahora entiendo de quién ha heredado Ryan su facilidad para los idiomas.

La señora Riley me mira y yo tardo un segundo de más en reaccionar. Parece que estoy más acostumbrada de lo que creía a que Ryan pida por mí. Sonrío. A él le encantaría saberlo.

—Agua sin gas, por favor. Tengo que volver al trabajo —le aclaro.

—Por supuesto —contesta con una suave sonrisa.

El ambiente es de lo más agradable. El salón es amplísimo y todo está decorado en suaves tonos crema. Hay bastantes mesas ocupadas, pero el sonido apenas es un rumor que se ahoga en una dulce melodía tocada por un cuarteto de violín en el centro de la sala.

—Y dime, ¿qué tal te va en tu nuevo trabajo? —me pregunta—. Ryan me ha contado que ahora eres ayudante del editor en el *New Yorker*.

—Me va muy bien —miento—. Estoy muy contenta —miento un poco más.

—Me alegro, cielo.

Me gusta que me llame cielo, me relaja.

Una camarera con una sonrisa enorme se acerca a nuestra mesa. Sirve una copa de vino a la señora Riley y abre una botella de Evian para mí.

—Imagino que te preguntarás por qué te he pedido que comamos juntas.

Asiento y sonrío. Llevo preguntándomelo desde que me llamó ayer.

—Maddie, sé que Carson fue a veros. —Mi sonrisa se esfuma—. Quiero que entiendas por qué lo hizo.

—Señora Riley, Meredith —rectifico—, no tiene por qué explicarme nada. Entiendo la postura del señor Riley. Ryan es su hijo y sólo quiere protegerlo.

Meredith me sonrío con ternura.

—Ryan siempre ha sido un chico difícil, desde pequeño —añade, y su sonrisa se ensancha como si recordara algo en concreto—, muy obstinado y con un carácter muy fuerte. Pero también es la persona más noble y leal que encontrarás jamás. El problema es que su padre es exactamente igual. Por eso quería que entendieras que la oposición de Carson a la boda no tiene nada que ver contigo.

Sonrío pero no me llega a los ojos.

—Con todos mis respetos, Meredith, sí tiene que ver conmigo. Carson cree que no soy la persona adecuada para Ryan y, créame, lo entiendo, pero quiero a su hijo más que a nada.

—Y él a ti —se apresura a continuar—. Lo sé desde el domingo que viniste a almorzar a la mansión. Sólo había que ver cómo os mirabais para darse cuenta de lo que ocurría.

Suspiro discretamente y casi me ruborizo. Nunca pensé que fuese tan obvio.

—Lo que quiero que entiendas es que veo a mi hijo feliz y es gracias a ti y, aunque ahora no lo haga, Carson también terminará por entenderlo. No te rindas con ninguno de los dos —añade apretando mi mano, que descansa sobre el elegantísimo mantel de hilo.

El *maître* se acerca de nuevo y nos toma nota del almuerzo.

—¿Qué tal se lo han tomado tus padres?

Sonrío nerviosa.

—Digamos que mi padre también tiene que entenderlo.

Ahora es Meredith la que sonrío.

—¿Y habéis decidido una fecha para la boda?

—Nos casaremos en dos semanas.

Meredith me mira prácticamente boquiabierta y yo le doy un trago a mi vaso de agua. Jamás he deseado tanto que fuera un Martini Royale. Sonríe nerviosa y ella cabecea. Por lo menos apuesto a que tiene claro de quién ha sido la idea.

Nos traen nuestros platos y comemos manteniendo una agradable charla. Mi lubina con verduras al vapor y salsa holandesa está riquísima.

—Meredith —la llamo—, ayer Ryan me contó que usted le pidió que ayudará a Miles Hannigan con su problema financiero.

Su expresión cambia por completo.

—Sólo quería decirle que para mí los Hannigan son como parte de mi familia y le agradezco muchísimo que intercediera por él.

Parece increíblemente preocupada y por un momento temo que pueda pensar que le contaré algo a Álex o a James.

—No se preocupe —me apresuro a continuar—. Ryan ya me dijo que no podía decírselo a nadie.

Su expresión se relaja, aunque no del todo. Me resulta extraño.

—¿Hace mucho que conoces a los Hannigan? —inquire y algo en su tono de voz ha cambiado. Parece inquieta.

—Desde el primer día de universidad.

Meredith sonríe pero no le llega a los ojos.

—¿Y usted? —me animo a preguntar—. ¿Hace mucho que Los Riley y los Hannigan son amigos?

—Cuando una tiene mi edad, cielo, es difícil recordar cuándo pasó qué.

Ambas sonreímos, pero me da la sensación de que esa respuesta sólo intentaba eludir mi pregunta.

—Los Hannigan son increíbles. Mira es una mujer extraordinaria.

—Sí que lo es —contesta incomoda.

El cuarteto de cuerda termina la canción y comienza otra suave melodía. No logro identificarla, pero me resulta muy familiar.

—Me encanta esta canción, pero siempre olvido cómo se llama.

—Es *Città vuota*, de Mina. Mi canción favorita, debo añadir. Enseñé a bailar a Ryan con esta canción cuando tenía ocho años.

Sonríe sincera y ya no parece tan intranquila.

—Es preciosa y, no sé por qué, olvido siempre cómo se llama. La habré escuchado en casa de los Hannigan una veintena de veces. Miles dice que es su canción favorita.

Termino la frase en un hilo de voz. Meredith me mira culpable y de pronto todas las piezas de

una verdad que no quiero saber encajan en mi mente.

—Maddie, deja que te explique —se apresura a decir, aunque sin perder su natural elegancia.

—No —me doy prisa yo también en responder con una sonrisa, casi risa, nerviosa en los labios

—. De verdad, todo está bien.

¡Meredith Riley y Miles Hannigan tuvieron una aventura!

—Ocurrió hace mucho tiempo.

Es la situación más violenta en la que he estado en toda mi vida y, gracias a Lauren, el listón estaba bastante alto.

—Señora Riley, está todo bien, de verdad —me parafraseo a mí misma.

¡No me lo puedo creer! ¿Y por qué he tenido que enterarme?

—Ryan no sabe nada de esto. Nadie, en realidad.

La sonrisa se evapora de mis labios. No quiero tener que ocultárselo a Ryan, aunque lo cierto es que tampoco quiero ser yo la que se lo cuente. Tengo la impresión de que sería una de esas situaciones en las que el mensajero es quien sale peor parado.

—Como te he dicho, ocurrió hace mucho, y fuimos muy discretos.

—No es asunto mío. No voy a juzgarla. Pero Ryan se merece saber por qué le pidió que salvara a Miles.

—No seguimos juntos. Si Ryan se enterara ahora, sólo le haría daño.

Resoplo. La verdad es que remover el pasado no suele traer nada bueno.

—No se preocupe. No diré nada.

—Sé que puedo confiar en ti.

Me aprieta la mano de nuevo y yo siento la misma tensión que si hubiera montado en diez montañas rusas. Ni siquiera puedo creérmelo del todo.

Terminamos el almuerzo. Insisto en pagar pero Meredith no me da opción, más aún cuando mira al *maitre* y éste asiente. Parece ser que los Riley tienen cuenta en el Plaza. ¿Por qué será que no me sorprende?

Meredith me acompaña hasta el vestíbulo y de nuevo me da un sincero abrazo.

—¿De verdad no necesitas que te lleve? El chófer está en la puerta.

—Se lo agradezco —respondo con una sonrisa—, pero prefiero regresar caminando.

Ella me la devuelve.

—Me alegra que hayamos hablado. Tenemos que repetirlo.

Pero sin confesiones de *affaires* secretos, por favor.

—Por supuesto —respondo y comienzo a caminar.

Parece que el extraordinario autocontrol de los Riley también se alcanza por unión matrimonial. La observo de reojo regresar al salón tan elegante como siempre mientras yo salgo del hotel y llego a la Quinta Avenida absolutamente conmocionada.

¡Tuvieron una aventura! No puedo dejar de darle vueltas. Francamente preferiría no saberlo.

Estoy a poco más de una manzana de la revista cuando veo a James y a Lauren en la acera junto a la entrada. Frunzo los labios. ¿Qué hacen aquí? En ese instante caigo en la cuenta de que he olvidado el móvil sobre la mesa y automáticamente me preocupo. Parecen nerviosos.

—Chicos, ¿qué ocurre? —pregunto al llegar hasta ellos.

Mis palabras les hacen darse cuenta de mi presencia y los dos dan un paso hacia mí. Oficialmente estoy muy preocupada.

—Maddie, tienes que ver esto —dice Lauren con la voz queda, tendiéndome *New York Star*, una horrible revista de cotilleos.

Vuelvo a fruncir el ceño y la cojo. Ya está abierta y doblada por la página veintisiete.

—Sentimos ser nosotros los que te enseñemos esto —se apresura a continuar James—, pero pensamos que querrías saberlo, sobre todo por tu padre.

Miro la revista. Hay varias fotos mías y de Ryan, pero creo que dejo de respirar cuando veo una de mi madre. Todas bajo el mismo titular: «De desvalida a cazafortunas. La historia de la pequeña huerfanita de Carolina del Sur que el millonario neoyorquino vistió de Valentino.»

Resoplo con la mirada fija en la revista, que añade varias fotos mías de pequeña y una de mis padres. Es horrible, monstruoso.

—¿Cómo han sabido que mi madre murió? ¿Y de dónde han sacado fotos tuyas? —pregunto tan perpleja que casi tartamudeo.

—No lo sé, Maddie —responde Lauren.

El corazón me da un vuelco.

—¿Y si mi padre lo ha leído? —pregunto en un susurro, aterrada.

Tiro la revista contra el suelo furiosa e indignada y comienzo a dar pequeños e inconexos paseos.

—¡Es una maldita basura! —grito—. No tienen derecho a hablar de mi madre.

Me llevo las manos a la frente. Esto es demasiado.

—A lo mejor sería buena idea que fuéramos a tomar algo —propone Lauren con dulzura— o quizá simplemente irnos al apartamento.

—No —niego con la cabeza—, tengo que trabajar.

—¿Estás segura? —me pregunta James.

—Sí —musito—, debo hacerlo.

No quiero encerrarme en casa y no dejar de darle vueltas. Además, no voy a permitir que afecte a mi trabajo. Yo no soy como esos estúpidos periodistas dicen que soy y, si ahora me fuera a casa a llorar mis penas esperando a que Ryan regresara, sería exactamente eso. Si hasta llevo un maldito Valentino.

—Está bien, como quieras —comenta Lauren—, pero si nos necesitas llámanos y estaremos aquí en un santiamén.

—Gracias.

Lauren se lanza a abrazarme y a los segundos James también. Nos quedamos así varios minutos en mitad de Times Square.

—Vale, ya —me quejo—, o voy a empezar a pensar que aprovecháis para meteros mano —bromeo aunque sin mucho entusiasmo.

Básicamente necesito que dejen de abrazarme o romperé a llorar.

—Llámame —me pide Lauren alejándose por la 42 camino de la boca de metro.

Yo asiento y los observo unos pasos hasta que finalmente accedo al vestíbulo.

En el ascensor no puedo dejar de pensar en ese par de fotografías. Mi madre no debe de tener más de veintiochos años en ninguna de las dos. Sólo espero que mi padre no lo haya visto. Es lo último que necesita. Sólo hará que odie aún más mi boda con Ryan.

Atravieso la redacción y entro en mi despacho. No hay nadie y lo prefiero. Me siento en mi mesa y enciendo el ordenador. Está arrancando cuando oigo voces en el despacho de Sterling. Pienso en decirle que he llegado, pero mejor espero a que termine. Probablemente no le haga mucha gracia que lo interrumpa.

—¡Claro que estoy cabreado! —grita y su voz resuena por toda la oficina.

Parece que quien éste ahí dentro está soportando toda la ira de Sterling. Espero que no sea Ashton. Me cae bien.

—¡Me has obligado a pedirle perdón a una cría de veinticuatro años!

Automáticamente alzo la cabeza. No hay asomo de dudas de que la cría de veinticuatro años soy yo.

Me levanto despacio y me acerco a la puerta entreabierta. No me gusta hacer esto, pero es la única manera que tengo para averiguar por qué Sterling de repente es todo amabilidad conmigo.

—Metió la pata —continúa algo más sereno—, incluso ella misma lo sabía, y tú me has obligado a sentarla en este despacho y pedirle disculpas.

La persona con la que habla dice algo pero no logro entenderla. Parece una mujer.

—No te preocupes. Hoy la he tenido entre algodones, pero necesito que me digas cuánto va a durar esto.

—Pero ¿por qué no la aprovechas? —Ahora sí reconozco la voz. Es Samantha Stinson, la mujer que me contrató—. Parece muy competente.

—No necesito otro ayudante y, menos aún, a ella.

—Viene de trabajar con Bentley Sandford. No puede ser una inútil.

—De trabajar con Sandford cinco semanas de las cuales se pasó calentándole la cama a Ryan Riley probablemente cuatro y media.

¿Qué? Maldito gilipollas.

Estoy a punto de atravesar la puerta como un ciclón pero Samantha Stinson continúa hablando y me detengo en seco.

—Es inteligente.

—Es una cría sin apenas experiencia de la que ni siquiera te habrías molestado en leer su currículum si no se estuviera tirando a Ryan Riley —se interrumpe a sí mismo con una sonrisa irónica y llena de malicia—. Cabronazo. No voy a decir que no le entienda. —Hace una pequeña pausa—. Me está complicando la vida y eso no me gusta.

—La necesitamos aquí —sentencia la mujer—. Newark, el dueño de todo esto por si lo habías olvidado —le aclara arisca—, quiere que Riley invierta en la nueva publicación y la única manera en la que puede que le escuche es teniéndola a ella aquí. Así que trátala bien.

Así que al final ése es el motivo. Por eso Samantha Stinson fue tan amable conmigo en la entrevista. Cree que si yo estoy feliz y contenta aquí, tendrán las puertas abiertas con Ryan.

Suspiro con fuerza y regreso a mi mesa. No quiero oír más. Ahora entiendo lo hostil que fue Montgomery conmigo en maquetación y su frase de «sé quién eres y no creas que voy a ser más amable contigo sólo por eso». Y es el mismo motivo por el que claramente Sterling no me quiere aquí.

Miro la pared tras mi mesa con las marcas de archivadores que siguen por la moqueta y suspiro furiosa. Crearon el puesto para mí con esa única intención. Joder, no me lo puedo creer. ¿Cómo pude ser tan estúpida de no darme cuenta antes?

Intento tranquilizarme y pensar. Una parte de mí sólo desea entrar en ese despacho y mandarlos a los dos al cuerno.

Ashton y Rachel entran en la antesala del despacho. Los observo despedirse a través de la puerta abierta. Ella me sonrío pero está claro que no le caigo muy bien. Ahora entiendo el porqué. Imagino que lo sabe todo y piensa que no merezco estar aquí. No la culpo.

—Hola, Maddie —me saluda Ashton.

Yo le sonrío como saludo pero no me llega a los ojos. Él siempre ha sido simpático conmigo. A lo mejor no sabe nada o a lo mejor sí lo sabe y no le importa. Suspiro mentalmente. ¿Cómo he podido acabar así?

—¿Estás bien? —me pregunta sentándose a su mesa.

—Sí, claro —le respondo.

La cabeza me va a mil revoluciones por hora. Rodeo mi escritorio y me siento. «Cálmate, Parker. Ahora necesitas ser toda frialdad.»

Paso la tarde nerviosa, inquieta. Cada vez que me cruzo con Sterling, tengo ganas de gritarle que es un gilipollas, pero me contengo. Pienso quedarme y demostrarle lo equivocado que está conmigo y, cuando lo consiga, mandarlo a la mierda con mis mejores deseos. Puede que sólo tenga veinticuatro años, pero no conseguí trabajar para Bentley a base de polvos.

A las cinco en punto me levanto y salgo de la oficina. No quiero pasar aquí ni un minuto más de lo necesario.

En la puerta me espera Finn. Imagino que con Ryan. Miro a mi alrededor y me acerco al coche.

Aunque sé que es muy injusto, ahora mismo me siento muy incómoda con el hecho de que venga a buscarme. Todavía recuerdo cómo me miro Sterling hace unos días desde el vestíbulo cuando me subí a este mismo coche. Ahora sé lo que estaba pensando y me provoca náuseas.

—Hola, Finn —le saludo.

—Hola, Maddie.

Me abre la puerta y, cuando estoy a punto de montarme, veo que Ryan no está.

—¿Y el señor Riley? —inquiero girándome hacia él.

—El señor Riley tenía que resolver algunos asuntos y me pidió que la recogiera.

Suspiro. No voy a negar cuántas ganas tenía de tirarme en sus brazos.

—Llévame a mi antiguo apartamento, por favor.

No me apetece estar sola dándole vueltas a todo.

Finn me mira con reticencia.

—No te preocupes. Estaré un rato con los Hannigan y podrás llevarme a Chelsea.

El chófer sonríe, asiente y yo entro en el Audi.

Llegamos al Village bastante rápido. Le digo a Finn que puede marcharse, pero él insiste en esperarme y yo me canso de discutir.

Subo hasta el cuarto piso y llamo al apartamento de los Hannigan rezando porque Álex o James hayan vuelto de trabajar.

—Maddie, ¿qué haces aquí? —me pregunta James al otro lado de la puerta.

—El día, que ya era horrible, ha pasado a ser muy horrible —me lamento—. Necesito una cerveza.

Entro dispuesta a dejarme caer sobre el sofá, pero me sorprendo al ver a Lauren.

—Hola —la saludo—. ¿Qué haces aquí? Pensé que el señor Miller te estaría torturando.

—Me he escapado antes —responde incómoda.

Frunzo el ceño. Conozco a Lauren Stevens desde hace seis años y sé que me está ocultando algo.

—¿Dónde está Álex? —inquiero perspicaz.

—Trabajando —responde James regresando con el paso titubeante desde la puerta.

Miro a mi alrededor. No hay copas, ni cartas, ni el pobre muñeco de Operación pidiendo desesperadamente mejores médicos y un hospital privado.

—Vale —respondo desinteresada—. Vais a contarme que pasa aquí, ¿o no?

Ninguno de los dos habla y yo, que parece que hoy me he convertido en la descubridora oficial de *affaires*, me llevo las manos a la cara exasperada y resoplo.

—Vamos, chicos —me quejo—. ¿En serio? ¿Justo hoy?

Miro a Lauren, que sigue petrificada en el sofá.

—No puedo creer que le hayas hecho esto a Bentley.

Ella se levanta de un salto indignadísima.

—¿Qué crees que le he hecho a Bentley?

—No soy idiota —vuelvo a protestar.

—¿Cómo puedes pensar que sería capaz de engañarlo?

—Entonces, ¿dime qué haces aquí?

Envalentonada, abre la boca dispuesta a decir algo, tartamudea y finalmente resopla.

—Exactamente eso —replico sardónica—. Lauren, ¿en qué estabas pensando? Es James —digo señalándolo bruscamente con el brazo.

—Sí, soy James —repito furioso y lleno de indignación a mi espalda— y, al contrario de lo que tú crees, hay quien puede enamorarse de mí, joder.

Me vuelvo con la mirada entornada.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto.

—Sí, ¿a qué ha venido eso? —inquire Lauren.

Mierda. No creo que haya un peor momento para que se entere. Lauren camina hasta colocarse frente a mí, que como medida prudencial había decidido no volver a girarme. Me mira y yo intento mantenerle la mirada, pero no soy capaz. Si yo la conozco desde hace seis años, ella a mí también.

—¿Era Maddie? —le pregunta a James atónita—. ¿La chica misteriosa era Maddie?

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos y Lauren resopla. Ha sido un cristalino «sí».

—No lo planeé, ¿vale? —se disculpa brusco.

—Y nunca pasó nada —añado.

—No, está claro que no —replica James muy molesto y muy irónico.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadado? —le pregunto casi en un grito.

—Porque ni siquiera lo pensante un segundo.

—¿Qué?

Esto debe ser una maldita broma.

—Me dijiste que todo estaba bien —protesto—. Me mentiste.

—No, no te mentí. Somos amigos y eso no cambia, pero me dolió que salieras huyendo sin ni siquiera mirar atrás.

—¿En serio voy a tener que ver una pelea de enamorados ahora? —pregunta Lauren cruzándose de brazos.

—No lo sé —respondo sardónica—. Eso tendría que preguntártelo a ti.

—No me puedo creer que no me lo contaras —replica ella.

—Lo mismo digo —protesto.

—¿Cómo puedes pensar que engañaría a Bentley? —se queja ofendidísima.

Esto es ridículo.

—Un momento —pide James alzando la mano—. ¿Aún estas con Bentley? —le pregunta.

Ahora mismo está más que furioso.

—¿Le has dicho que habéis roto? —pregunto incrédula y sonrío breve, fugaz y muy cabreada.

—Sólo quería comprobar una cosa —se defiende Lauren—. Y no ha pasado nada.

—Porque he llegado yo.

—¿Ésa es toda la confianza que tienes en mí? —me pregunta dolida.

—Oh, por Dios, cállate, Lauren —le espeta James.

—No le hables así —intervengo.

—No me defiendas —se queja ella.

Los tres nos quedamos en silencio, mirándonos furiosos.

«¿Quién dijo que el día no podía empeorar?»

—Me largo de aquí —dice Lauren cogiendo con rabia su bolso del sofá.

—Lauren, espera —le pido echando a andar tras ella.

Ella se gira justo antes de abrir la puerta del apartamento. Su mirada me detiene en seco.

—Ahora mismo no tengo ganas de veros a ninguno de los dos —masculla.

Sale dando un portazo y yo suspiro hondo.

—¿Tenías que decírselo así, James? —me quejo girándome hacia él.

—Esto no es culpa mía. Si tú no hubieras reaccionando huyendo, podríamos haber aclarado las cosas de otra manera.

—Acababas de decirme que estabas enamorado de mí y yo estaba hecha polvo. Lo siento si no reaccioné como esperabas.

—Está claro que no.

—¿Y qué hay de ti? —me quejo—. Somos amigos.

—Deja de repetirlo, Maddie. Soy tu amigo pero también soy un tío, no otra chica más.

—Lo siento, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres oír? —me disculpo casi gritando con el tono completamente equivocado.

—¡Sí, gracias! —responde furioso a punto de estallar.

—¡De nada! —le grito más enfadada todavía justo antes de abrir la puerta y salir dando otro portazo.

Estoy cabreadísima. Puede que yo no reaccionara bien, pero él tampoco lo ha hecho todo a la perfección. Además, si estaba enfadado, ¿por qué no ha hablado conmigo antes? ¿Por qué ha fingido que todo estaba bien?

Salgo del portal como un ciclón. Al verme, Finn se baja del coche para abrirme la puerta, pero no le doy tiempo y lo hago yo misma.

—A Chelsea, por favor.

Finn asiente y nos incorporamos al tráfico. Me llevo las palmas de las manos a los ojos, creo que por tercera vez. No me puedo creer el día que estoy teniendo.

Nos detenemos en un semáforo y sin ningún motivo en especial miro por la ventanilla. Veo un kiosco de prensa al final de la calle y recuerdo que aún no he comprado las revistas de novia.

—Finn, ¿puedes pararte junto al kiosco?

No es lo que más me apetece ahora mismo, pero dos semanas apenas es tiempo. No puedo permitirme seguir retrasando algunas decisiones.

El A8 se detiene en la esquina y me bajo. Una bocanada de aire se abre paso justo delante de mí y un montón de papeles tirados en el suelo se arremolinan en el aire un segundo y después vuelven a caer. El otoño ha llegado oficialmente.

Me acerco al kiosco y echo un vistazo. Nunca he comprado una revista de esa clase. Ni siquiera sé qué tengo que buscar.

—¿Cuántas revistas de novia tiene?

—Cinco —responde el kiosquero parapetado tras un expositor de chicles.

—Deme una de cada.

Mientras el hombre busca las revistas, echo un nuevo vistazo. Normalmente ojearía el *New Yorker*, pero ahora mismo no me apetece lo más mínimo. El día ha sido de locos. Primero lo de Meredith y su *affaire* con Miles, luego el artículo del *Star*, más tarde la confesión de Sterling, seguidamente el intento de *affaire* de Lauren, la pelea. Joder, el día no podría haber ido peor.

«¿Seguro?»

Y entonces mi mirada cae inocente sobre el *New York Post*. Mi foto está en la portada junto a las de otras chicas y bajo todas un único titular: «El *ranking* de las cazafortunas de Nueva York.» Con la palabra *cazafortunas* tan grande que puede verse en dos kilómetros a la redonda.

Resoplo. No me merezco todo esto.

Pago las revistas y me llevo también el periódico, aunque no sé muy bien por qué. Supongo que inconscientemente pienso que así habrá un neoyorquino menos hablando de mí.

Me monto en el coche y dejo las revistas y el periódico en el asiento. Todo está siendo mucho más difícil de lo que había pensado.

Estoy a punto de empezar a martirizarme cuando mi iPhone comienza a sonar. Imagino que será Ryan para decirme que ya está en Chelsea, pero el corazón se me encoje cuando veo que se trata de mi padre.

—Hola, papá —le saludo con la voz cautelosa.

—Hola, pequeñaja.

Sólo por la manera en la que ha pronunciado esas dos palabras sé que ha leído el maldito artículo.

—Maddie, he visto el reportaje en el *New York Star*, ¿estás bien?

—Sí —musito, aunque no es verdad—, ¿y tú?

Mi padre suspira. No lo está.

—Sí.

Hace una pequeña pausa que me parte el corazón.

—¿Sabes? Desde que Ryan vino a pedirme tu mano nunca me había parado a pensar en lo que habría dicho tu madre.

Suspiro.

—Creo que Ryan le habría gustado.

Suspiro de nuevo. Estoy a punto de llorar y no quiero hacerlo.

—Yo también lo creo.

—Probablemente me habría sentado en la mesa de la cocina y me habría echado una buena bronca por haber sido tan brusco con él.

Ambos sonreímos suavemente.

—Pero después leo ese artículo, oigo cómo hablan de ti en esos horribles programas de televisión... Maddie, no te mereces esto y ella, tampoco.

No aguanto más y las primeras lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

—Lo siento mucho, papá.

—No es culpa tuya, pequeñaja.

No quiero que me oiga llorar. Le preocuparía aún más.

—Papá, tengo que colgar. Te llamaré mañana.

—Cuando quieras. Te quiero, pequeñaja.

—Yo también te quiero, papá.

Cuelgo y, con el teléfono todavía en la mano, llevo mi mirada hacia el montón de revistas y el periódico. Ahora mismo me siento fatal. Nunca imaginé que todo esto acabaría afectando a mi padre, obligándole a remover todo lo de mi madre.

El coche se detiene y al alzar la cabeza me doy cuenta de que ya hemos llegado a Chelsea.

—¿Podrías darme un minuto? —le pido a Finn justo antes de que salga para abrirme la puerta.

—Por supuesto —responde.

Trato de tranquilizarme. Por muy duro que haya sido el día, no puedo dejar que me hunda. Respiro hondo. Todo va a arreglarse y, como dijo Ryan, más tarde o más temprano se olvidarán de mí.

—Estoy lista —musito obligándome a sonreír.

Finn asiente, sale del coche y me abre la puerta.

Ryan aún no ha llegado, así que decido subir directamente a la habitación. Dejo las revistas y el periódico sobre la cómoda y miro a mi alrededor. Me siento tentada de tirarme en la cama y darle un millón de vueltas a todo, pero no pienso hacerlo. Los días malos son sólo días malos.

«Pero es que éste ha sido muy malo.»

Opto por darme una ducha. Seguro que me relaja.

Me desvisto y abro el grifo de agua caliente. Me meto bajo el chorro e intento relajarme, no pensar, pero han sido demasiadas cosas. Odio haberme peleado con Lauren y con James. Odio que mi trabajo sea una farsa. Odio todas las cosas que la prensa dice de mí, de mi madre. Odio que mi padre esté sufriendo por mi culpa. El agua casi hierve. Intento repetirme todas las cosas que me dije en el coche para calmarme, pero no sirven de nada y comienzo a llorar.

Toda la tensión que llevo soportando durante tantos días estalla y mi llanto se intensifica. Me dejo caer por la pared y acabo sentada en el suelo de la inmaculada ducha.

Todo esto no es justo, nada justo.

—Nena, ¿qué pasa? —La preocupada voz de Ryan me saca de mis pensamientos.

Siento más que veo cómo abre la mampara de la ducha y, aún vestido, entra y se sienta junto a mí. Me rodea con sus brazos y apoya mi cabeza en su pecho.

No dice nada, sólo me chista suavemente mientras me acaricia rítmicamente el pelo húmedo. Sigo sintiendo toda esa tensión, toda esa rabia, esa tristeza, pero poco a poco Ryan va reconfortándome.

Dejo de llorar pero mi pecho todavía se convulsiona de arriba abajo sin mucho sentido. Ryan alza la mano y, sin separarme de él, cierra el grifo.

—Será mejor que salgamos de aquí o te pondrás enferma.

Me ayuda a levantarme y con cuidado me hace salir de la ducha y me deja en el centro de la estancia.

—Espera aquí —susurra.

Coge un albornoz y una toalla y regresa hasta mí. Deja la toalla sobre el mármol del lavabo y paciente me envuelve con el albornoz. Después toma la toalla de nuevo, la abre y me seca el pelo despacio y con mucho cuidado, mimándome.

—¿Mejor? —pregunta tras unos minutos, sonriéndome para animarme a hacer lo mismo.

Yo le sonrío pero no me llega a los ojos.

—Espérame en la habitación —susurra acariciándome la mejilla.

Me sonrío de nuevo y lo cierto es que me siento un poco mejor. Sus sonrisas tienen ese efecto.

Salgo del baño y me tumbo en la cama con la vista clavada en el techo. A los pocos segundos Ryan también sale. Se ha quitado la ropa mojada y se ha envuelto una toalla a la cintura. Se pasa las manos por el pelo húmedo y se lo hecha hacia atrás. Rodea la cama y se tumba a mi lado. Instintivamente me giro para poder mirarlo y por un momento sólo hacemos eso. Ryan alza la mano, me mete un mechón de pelo húmedo tras la oreja y me acaricia suavemente la mejilla.

—¿Qué ha pasado, Maddie? —susurra.

—¿Por dónde empiezo?

Sin quererlo sonrío fugaz y Ryan hace lo mismo.

—¿Tiene algo que ver con el almuerzo con mi madre? —pregunta sin dejar de acariciarme.

—No —me apresuro a responder—. El almuerzo con tu madre ha estado bien.

Salvo por el hecho de haberme confesado un *affaire* con el hombre que te pidió que salvaras de

la ruina.

—¿Entonces?

—El *Post* ha publicado un *ranking* con las mayores cazafortunas de Nueva York y yo estoy en él.

Hace una mueca de rabia casi imperceptible.

—Me he peleado con Lauren y con James.

Ryan frunce el ceño.

—Ha sido una estupidez, pero no me gusta discutir con ellos.

No puedo decirle a Ryan que creo que estaban a punto de liarse. Se lo diría a Bentley y yo entendería que lo hiciera. Al fin y al cabo es su mejor amigo, pero ellos son los míos y no puedo traicionarlos.

—Y ya sé por qué me contrataron en el *New Yorker*. Resulta que Newark, uno de los dueños, quiere que inviertas en su nueva publicación y pensó que, si me contrataba allí, tú estarías más predispuesto.

Ryan sonríe duro, incluso con algo de malicia.

—No me conocen en absoluto —responde—. Si quiero que trabajes en el *New Yorker*, sólo tengo que comprarlo. —Su voz está llena de enfado y arrogancia—. Pero te conozco lo suficiente como para saber que no quieres conseguir un trabajo así.

Me llevo el índice a la nariz y los dos sonreímos suavemente.

La mirada de Ryan continúa sobre la mía.

—¿Qué es lo que de verdad te preocupa, Maddie?

Suspiro. Me conoce demasiado bien.

—El *New York Star* ha publicado un artículo sobre mi madre.

Los ojos azules de Ryan se llenan de rabia, pero se contiene. Sabe que eso es lo último que necesito.

—Salen fotos de mi madre que ni siquiera entiendo cómo han podido conseguir. —Hago una pequeña pausa—. Mi padre lo ha visto y me ha llamado. Estaba destrozado.

Suspiro con fuerza. No quiero volver a llorar.

Ryan me estrecha contra su cuerpo y me besa en la frente.

—Te prometo que todo esto se acabó, Maddie.

Me dejo embriagar por su abrazo y por su olor. Creo que es el primer momento en que me siento bien desde que este horrible día empezó.

—Te parecerá una estupidez, pero me he pasado toda la tarde pensando en esas fotos. Las recordaba perfectamente. En una sale ella de joven. No debe tener más de veintiocho años. Mi padre hizo la fotografía en el Sound una mañana que mi madre dejó que nos saltáramos el colegio para ir a verlo trabajar.

Ryan sonríe.

—Cuando nos explicó lo que hacía allí, creí que era un superhéroe. El Sound me parecía enorme y él lo protegía.

Su sonrisa se ensancha y mis labios se inundan con el mismo gesto.

—La otra es de los dos en un cumpleaños de Sam. Se les ve muy contentos. No tengo muchos recuerdo de aquella noche, sólo que mi madre llevaba un vestido rosa.

—¿Recuerdas muchas cosas de ella?

—La verdad es que no —respondo algo triste, pero al hacer memoria mi sonrisa vuelve—. Sólo que olía a flores y que le encantaba escuchar a Peter Gabriel. Sam siempre se metía con ella por eso.

Sigue observándome con sus ojos azules llenos de ternura.

—Mi padre me dijo que a mi madre le hubieras caído bien —susurro.

Ryan me acaricia suavemente el pelo.

—Ella a mi también. Estoy seguro.

—¿Tú tienes muchos recuerdos de tu infancia?

Lo pregunto sin recordar lo poco que le gusta hablar de él.

—No tienes que contestarme si no quieres —añado rápidamente.

No quiero que se sienta presionado.

Ryan sonríe suavemente.

—Recuerdo que me encantaba ir a la oficina a ver trabajar a mi padre. Spencer y yo siempre nos peleábamos por sentarnos en su silla.

La foto sobre la chimenea viene en seguida a mi mente.

—Me parecía enorme —añado nostálgico con una sonrisa—. Me gustaba cuando mi abuelo me llevaba de la mano por el edificio. Todas las secretarias se volvían locas con él, le llamaban señor Riley y yo me sentía muy orgulloso, pero no por eso, sino porque yo era el único que podía llamarlo abuelo.

Ahora soy yo la que sonrío inundada de ternura.

—Adoraba cuando íbamos a las constructoras. Contemplaba esos edificios inmensos que en ese momento sólo eran esqueletos. Podía pasarme horas mirándolos.

—Un pequeño arquitecto —comento con una sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

Ryan me da un beso en la frente y me estrecha aún más contra su cuerpo.

—¿Te apetece bajar a cenar?

Asiento.

—¿Podemos cenar en la terraza? —pregunto.

Me apetece sentir el aire fresco.

Ryan asiente a la vez que se levanta y me ayuda para que haga lo mismo. Entra en el vestidor y yo voy hacia la cómoda. Saco uno de mis conjuntos de ropa interior de algodón y un pijama. Estoy

recogiéndome el pelo cuando Ryan regresa a la habitación. También se ha puesto el pijama, sólo que de pantalón largo y oscuro y una camiseta blanca.

—¿Lista? —pregunta tendiéndome la mano.

Asiento y la cojo.

Bajamos al salón. La señora Aldrin nos ha dejado la cena preparada, así que sólo tenemos que calentarla y llevarla a la terraza. Ryan sirve dos copas de vino, francés e impronunciable, y comenzamos a comer el delicioso pollo con almendras.

El viento sigue indomable y de vez en cuando se deja sentir. Lo agradezco. El aire fresco siempre ha sido mi aliado.

—Vas a caer enferma, deberíamos entrar —dice Ryan observando cómo con los ojos cerrados dejo que el viento sacuda mi pelo mojado.

—Un rato más, por favor. Me apetece mucho estar aquí.

Ryan sonríe y pierde su vista en la ciudad a la vez que se lleva la copa de vino a los labios.

Cuando comienza a refrescar y el viento se vuelve más fuerte, Ryan se muestra inflexible y me obliga a entrar. Estamos dejando los platos en el fregadero cuando su iPhone comienza a sonar en la encimera de la cocina. Mira la pantalla.

—Tengo que cogerlo, nena. No tardaré.

Asiento.

—Riley... sí, sí exactamente eso.

Ryan entra en el estudio. Yo termino de recoger los platos y los friego. Sé que probablemente a la señora Aldrin no le haga ninguna gracia, pero prefiero estar ocupada.

Al terminar, me seco las manos con un grueso trapo blanco, increíblemente suave aunque no lo parezca, y miro hacia el estudio de Ryan. Aún no ha salido.

Camino hacia allí y me paro en el marco de la puerta.

—Quiero que averigües quién está detrás de todo... quiero el nombre de ese hijo de puta.

Me alejo unos pasos. No quiero molestarlo.

Decido sentarme en el sofá y esperarlo. No quiero darle vueltas a todo lo que ha pasado hoy, pero es muy difícil y antes de que me dé cuenta mi mente se pierde intentando analizarlo todo, tratando de sacar alguna conclusión.

En ese preciso instante Ryan sale del estudio y camina despacio hasta agacharse frente a mí. Instintivamente alzo la cabeza y sus ojos azules están esperándome para atrapar los míos. Me dedica su media sonrisa, que tiene un eco directo en mis labios, y acuna suavemente mi cara con sus manos justo antes de besarme.

—Déjame hacer que te sientas mejor —susurra contra mis labios.

Ahora mismo es lo único que quiero. Necesito que haga que me olvide de todo.

Sin dejar de besarme, con delicadeza me obliga a tumbarme en el sofá y él lo hace sobre mí. Su cuerpo se acopla perfectamente al mío y suspiro. Le necesito. Le necesito. Le necesito.

Ryan baja su boca por mi mandíbula y se pierde en mi cuello.

Poco a poco mi respiración se transforma en un suave mar de jadeos.

Baja un poco más y todo mi cuerpo se arquea para recibirlo.

Toma mi camiseta y lentamente la va enrollando, conservándola entre sus manos hasta que me la saca por la cabeza. Sonríe al ver mi sujetador de algodón y desliza sus dedos por la prenda.

—Me gusta cuando llevas encaje pero también me gustas así, Maddie.

Sonríó. Mis ojos bailan de los suyos a su boca. Quiero que me bese.

Ryan atiende mi suplica silenciosa, vuelve a inclinarse sobre mí y conquista mi boca con la suya.

Gimo contra sus labios y él sonríe contra los míos.

Su mano se desliza lentamente por mi costado hasta encontrarse de nuevo con mi sujetador. Continúa bajando y se aferra con fuerza a mi trasero para estrecharme aún más contra su cuerpo.

Su miembro rebosante de fuerza lucha por salir de sus pantalones.

Me lame la mandíbula y marca un reguero de besos hasta mis pechos. Los libera de las copas del sujetador y reparte su boca entre los dos.

Toma uno de mis pezones entre sus dientes y tira de él con fuerza.

Grito y el placer se arremolina en mi sexo.

Se recoloca entre mis piernas y mueve sus caderas.

—Ryan —gimo.

Ha sido certero y preciso.

Ryan sonríe y repite el movimiento.

Mi cuerpo se arquea de nuevo.

Gimo.

Se desliza por mi cuerpo, me besa el estómago y calienta mi piel con su aliento.

Mi respiración se acelera aún más.

Se arrodilla entre mis piernas y lentamente se deshace primero de mis pantalones cortos verde hierba y después de mis braguitas verdes de algodón.

Coloca su dedo en el centro de mis pechos y lo baja despacio, agónico y seductor, hasta llegar a mi ombligo. Lo rodea y se inclina para darle un beso.

Su dedo y sus perfectos labios continúan bajando hasta encontrarse con mi sexo. Me da un corto beso justo en el centro y todo mi cuerpo se estremece.

Su lengua se abre paso mezclada con sus besos.

Gimo de nuevo.

Ryan añade sus dedos. Todo se vuelve delirante.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—Ryan —susurro.

Toma mi clítoris entre sus labios y tira con suavidad.

¡Dios mío!

Todo mi cuerpo se tensa y una corriente de puro placer lo atraviesa.

Imprime un ritmo deliciosamente lento. Sus dedos se deslizan en mi interior mientras su boca me acaricia experta y habilidosa, despertando todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Vuelve a tomar mi clítoris entre sus labios. Vuelve a tirar de él. Aumenta el ritmo y caigo en una deliciosa espiral de placer que me atrapa entre su boca y sus dedos, susurrando su nombre, mi mantra.

Consigue que me olvide de todo y sólo estemos nosotros.

Se yergue triunfal con los restos de mi placer aún en sus labios. Hipnotizada, contemplo su lengua pasearse y saborear mi esencia. Es lo más sensual que he visto nunca.

Vuelve a inclinarse sobre mí y me besa. Su boca toma la mía y vuelve a prepararme, a encenderme.

Ryan se lleva las manos a la espada y se quita la camiseta.

Alzo las mías y las pierdo en su perfecto torso.

Se deshace de sus pantalones, coloca su mano entre los dos y lentamente entra en mí.

Grito al acogerlo entero.

Todo mi cuerpo se estremece.

Ryan apoya su frente en la mía y despacio empieza a moverse. Embestidas largas y profundas que me colman por dentro.

Nuestros alientos se entremezclan.

Mis caderas se acompañan con las suyas y lo reciben y despiden una y otra vez.

—Ryan —jadeo.

Gruñe y aprieta la mandíbula. Se está controlando. Está dejando que el deseo hierva en sus venas para hacerlo lento e intenso. Sólo para mí. Para hacerme el amor.

Gimo soliviantada. Mi cuerpo le responde, clama por él, le llama.

Sus estocadas me llenan por completo.

Grito.

Rota las caderas y alarga el movimiento. Sale casi del todo y entra de nuevo.

Todo mi cuerpo le recibe enardecido.

—¡Ryan!

Vuelve a embestirme y mi cuerpo se llena de placer y de luz.

Me embiste una vez más. Rota sus caderas otra vez. Mi placer crece.

Me da una nueva estocada y caigo en un espectacular orgasmo que me invade por completo hasta atarme a él, siempre a él, sólo a él.

Mi clímax se enreda con el suyo y sonrío extasiada y absolutamente enamorada cuando se pierde en mí susurrando mi nombre.

Jadeantes, Ryan me observa desde arriba y me acaricia suavemente la sien y la mejilla. Siento su respiración desordenada como la mía pausarse poco a poco. Su cuerpo aún tapa por completo el mío y no podría haber una sensación mejor.

Me besa con dulzura y sale de mí. Todo mi cuerpo se estremece. Ryan se levanta y, antes de que yo lo haga, me rodea con sus brazos y me alza del sofá. No protesto. Quiero sentirlo cerca.

Abro los ojos. Ya es de día. Ryan no está en la cama. Miro el reloj y aún es temprano. Me giro, clavo mi vista en el techo y extendiendo los brazos para ocupar toda la cama. Se acabó el autocompadecerse. El día de ayer fue duro, pero aquí estoy a la mañana siguiente. No hay nada a lo que no podamos sobrevivir y, si no sobrevives, francamente qué importancia tiene entonces.

Me levanto y voy hasta el baño. Abro la puerta esperando encontrarme a Ryan dándose una ducha, pero no.

«Hubiera sido una excelente manera de comenzar la mañana.»

En ese mismo instante me parece oír pasos en el vestidor. Me giro sin moverme de la puerta y veo a Ryan salir de él ajustándose los puños de la camisa que le sobresalen elegantemente de su chaqueta carbón. Por un momento no puedo evitar quedarme embobada mirándolo. Es la personificación de la confianza en uno mismo, del éxito, del atractivo.

No se da cuenta de que lo observo. Se acerca a la cómoda, apoya las dos manos sobre el mueble y se inclina ligeramente para prestar toda su atención a la pantalla de su MacBook Pro. Al hacerlo, la chaqueta se ciñe y los músculos de su espalda se tensan. Una visión no apta para cardíacas.

Mira su reloj y después mira hacia la cama. Al ver que no estoy, se sorprende, echa un vistazo a su alrededor y, una vez más, me pilló deleitándose con él.

—Imagino que lo que miras es el traje —comenta socarrón con una sonrisa de lo más presuntuosa.

—¿Sabe, señor Riley? Hoy estoy dispuesta a admitir que le miraba a usted.

Su sonrisa se ensancha sincera y se sienta en el borde de la cama. Vuelve a buscar mi mirada con la suya y me doy cuenta de que se ha transformado en otra más salvaje, más sexy.

—Ven aquí —me llama.

Hago lo que dice. Me coloco frente a él y automáticamente Ryan lleva sus manos a mis caderas y me sienta a horcajadas sobre su regazo.

—Me alegro de que estés mejor —me dice sumergiendo su mano en mi pelo.

—Si hoy estoy mejor, es por todo lo que me mimaste ayer.

Ryan sonrío.

—Supongo que puedo saltarme las reglas de vez en cuando.

Sonrío pero lo hago por inercia. Recuerdo sus tres normas perfectamente y ninguna de ellas

hablaba de eso.

—Ninguna de tus tres reglas dice nada sobre mimos.

—Es que ahora tengo tres reglas nuevas —replica—, y las tres tienen que ver contigo.

Quiero mirarlo con mi mejor cara de póquer, pero no soy capaz. La curiosidad me delata.

—¿Cuáles son? Si tienen que ver conmigo, creo que me merezco conocerlas.

Ryan sonrío de nuevo.

—La primera es obvia. Engatusarte con el sexo siempre que pueda.

¿Se puede tener menos vergüenza?

Le hago mi mejor mohín y su sonrisa se ensancha.

—La segunda, no demostrarte que estoy loco por ti. Me gusta ser misterioso —añade divertido.

Asiento muy convencida disimulando una incipiente sonrisa.

—Eso se te da francamente bien.

No puedo más y ambos sonreímos.

—¿Y la tercera? —pregunto al ver que no continúa.

Ryan rodea mi cintura con sus brazos y me estrecha aún más contra su cuerpo.

—No permitir que nada vuelva a hacerte llorar —susurra con la voz ronca.

Sus palabras me derriten por dentro.

Ryan me mira directamente a los ojos y otra vez veo en ellos toda esa fuerza. Como pasó en la ducha, pienso que va a decir algo pero en lugar de hacerlo me besa con fuerza.

Gimo contra sus labios y Ryan vuelve su beso aún más intenso.

Me tumba sobre la cama sin separarse un ápice.

—Tengo que irme a trabajar —susurra contra mis labios.

—Creí que querías engatusarme con el sexo.

Ryan sonrío y finalmente se separa. Me observa desde arriba con sus ojos oscurecidos y llenos de deseo. No creo que haya ninguna mujer capaz de resistirse a esa mirada.

—Tengo que irme.

Suspiro decepcionada. Ryan me besa una vez más y se levanta de un salto. Yo me incorporo hasta quedar sentada de nuevo y lo observo ajustarse de nuevo la chaqueta y los puños de la camisa. Se pasa la mano por el pelo, me guiña un ojo y se dirige triunfal hacia la puerta sabiendo perfectamente en el lamentable estado que me deja.

¡Maldito autocontrol!

Mientras me ducho, repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer hoy. Lo primero es hablar con Lauren y con James. Odio que estemos peleados. Respecto a Sterling y al trabajo, tengo que encontrar la manera de dar un golpe de efecto y demostrar que no soy ninguna cría inútil. Con la prensa no puedo hacer nada, pero tengo que obligarme a que no me afecte. Seguirán diciendo cosas de mí durante algún tiempo. Más vale que me mentalice.

Me pongo mi camiseta nadadora azul y mi falda de la suerte. Está claro que hoy más que nunca voy a necesitarla. Me lleno el brazo de pulseras de madera, me recojo el pelo, me cepillo los dientes y me maquillo.

No desayuno. Quiero estar lo antes posible en la revista.

Aunque como siempre mi idea es irme en metro, Finn está preparado para llevarme.

Mientras espero el ascensor para subir a la redacción, suspiro hondo y me dedico todas las frases motivacionales de anuncio de refresco que se me ocurren. Son como mi falda de la suerte, tampoco fallan.

Tengo que demostrarle a Sterling que soy buena en mi trabajo. Ahora mismo para él, en realidad para todos aquí, soy exactamente como me describen los periódicos, y no puedo permitir que sigan pensando eso.

Saludo a Rachel y me siento a mi mesa. Ashton aún no ha llegado y parece que Sterling tampoco.

Sin ni siquiera quitarme el bolso, consigo hacerme con una copia de la agenda de mi jefe. Hoy hay una reunión de redactores. Tengo que conseguir ir como sea. Allí se discutirán temas importantes y puede ser justo lo que necesito para poder dejar las cosas claras. Dado que está increíblemente amable conmigo gracias al rapapolvo que le echo Samantha Stinson, sólo tengo que pedirle ir y aceptará.

—¡Montgomery, esto es inaceptable, joder!

Los gritos vienen de la redacción.

Salgo y veo a Sterling haciendo aspavientos con las manos mientras le señala a Montgomery un fallo, al parecer colosal, en la maqueta que sostiene Ashton.

—¿No te das cuenta? —vuelve a gritarle—. La continuidad es el puto problema aquí.

Frunzo el ceño. Claro que la continuidad es el problema de esa maqueta, pero no está donde él cree que está.

—La continuidad no es asunto mío. Tú eres el que tiene que ser capaz de verla —le contesta Montgomery.

Sterling suspira brusco. Sabe que tiene razón.

—¡Smith! —grita aún más furioso—. ¡Smith, mueve tu maldito culo hasta aquí!

Todo el mundo se gira buscando al pobre Antón Smith y yo caigo en la cuenta de algo que me hace sonreír casi al momento.

—El artículo de Smith no es el problema —digo dando un paso al frente.

Todos, absolutamente todos, clavan su vista en mí. Me miran boquiabiertos mientras Sterling lo hace como si estuviera a punto de dispararme.

Yo suspiro y doy otro paso.

«Éste es tu momento, Parker. ¡Aprovéchalo!»

—El artículo de Smith no es el problema —repito—, y acortarlo sería un error. Sé que parece que la continuidad cojea ahí porque es el más largo, pero el fallo está en la maquetación de las

fotografías —digo señalándolas en la maqueta—. Son muy grandes y no siguen el esquema estético de tres columnas que se mantiene en el reportaje anterior.

Sterling me observa. Parece intrigado y el hecho de que aún no me haya gritado que me meta mis opiniones donde nadie pueda oírlas me da fuerzas para continuar.

—Si cambia la maquetación de las fotografías, y no quiere recortar ningún artículo de esa sección, sólo tiene que intercambiarlo con el reportaje de Cavessi. La historia es más ligera. El lector tendrá un descanso entre dos temas mucho más técnicos y sonreirá. Sé que le preocupa la publicidad y también sé que no le gusta que los reportajes principales la lleven, pero lo único que tiene que hacer es sustituir la entradilla del artículo de Smith, en el que habla de las grandes marcas americanas de consumo, por una que se centre en una marca en concreto. Añada una fotografía a página completa de algún anuncio clásico muy significativo de esa marca, como los de Coca-Cola durante la guerra, y para los de producción lo cuenta como publicidad. Cualquier marca estará encantada de salir a página completa en el *New Yorker* y pagará por ello, y usted tendrá su artículo sin publicidad aparente y con la continuidad intacta.

Sterling continúa observándome. Está sopesando mis palabras. Mira la maqueta durante unos minutos con los brazos cruzados y, tras lo que me parece una eternidad, al fin vuelve a mirarme a mí.

—Es una idea genial —sentencia.

Y yo suelto el aire que sin darme cuenta había estado reteniendo.

—Smith, ¿has oído lo de la entradilla? —le pregunta Sterling.

Él asiente.

—Pues cámbiala, ya —le ordena—. Ashton, habla con el departamento de fotografía. Quiero ese anuncio clásico de Coca-Cola en el que salía la mujer de la fábrica sonriendo. ¡Smith! —lo llama de nuevo—. En la entradilla quiero que hagas una referencia a cómo el consumo de productos americanos fue vital y necesario para ganar la segunda guerra mundial y cómo necesitamos volver a hacerlo ahora, sólo que nuestra guerra es la crisis económica.

Sonrío. No se puede negar que, aunque sea un capullo, Sterling es bueno, muy bueno.

—Montgomery, vuelve a tu agujero y espera los nuevos planes de maquetación. Te enviaré a Maddie con ellos y prepararéis los cambios.

Mi sonrisa se ensancha. Es hora de dar el golpe definitivo.

—Lo siento, señor Sterling —me disculpo con una incipiente sonrisa en los labios. Pienso disfrutar de esto—. Creo que eso no va a poder ser.

Otra vez su mirada se clava sobre mí y empiezo a pensar que estoy tentando mi suerte demasiadas veces esta mañana.

—Me marchó. No necesito trabajar para alguien que cree que sólo soy una cría inútil. No tengo que demostrarle nada a nadie y mucho menos a usted.

Montgomery, Ashton y el propio Sterling me miran boquiabiertos, aunque mi futuro jefe se recompone rápido.

—Hasta la vista, Ashton.

Es de lo único que merece la pena que me despida.

—Adiós, Maddie —responde con una sonrisa.

Se la devuelvo y comienzo a caminar, pero aún tengo algo más que decir y no pienso guardármelo. Estoy viviendo mi propio momento de heroína de película americana de sobremesa y siento de maravilla.

—Ah... —digo girándome de nuevo hacia Sterling— y puede decirle a Samantha Stinson y al señor Newark que si creían que, sólo porque yo trabajase aquí, Ryan Riley iba a invertir en su empresa, no lo conocen en absoluto. El día que él quiera que yo trabaje aquí, comparará el *New Yorker* y me dará su puesto.

Sterling me mira con la mandíbula desencajada y yo me doy la vuelta con la sonrisa a punto de partirme la cara en dos. Estoy eufórica.

Me meto en el ascensor y en cuanto las puertas se cierran, doy un catártico grito, feliz. ¡Me siento genial!

Salgo del elevador radiante. Le dejo mi identificación al guardia de seguridad y abandono el edificio sin mirar atrás. Toda la impotencia que sentía ayer por este asunto ha desaparecido.

Camino feliz hasta la parada de Port Authority con la 42 y voy en metro hasta el Riley Enterprises Group. Saludo a Ben con una sonrisa y él me devuelve el gesto como siempre, aunque inmediatamente lo cambia por uno más profesional.

En el ascensor todos los ejecutivos siguen mirándome diferente, pero decido no darle importancia. Es mi nueva política.

Cruzo la redacción y voy hasta el despacho de Ryan. Tess me saluda con una sonrisa mientras atiende el teléfono y me hace un gesto con la mano para que pase.

Le devuelvo la sonrisa y camino hasta la puerta. Llamo y espero a que me dé paso. Cuando lo hace, entro y cierro tras de mí.

—Hola —me saluda saliendo a mi encuentro y por el tono de su voz parece angustiado.

Por un momento creo que le ha pasado algo pero entonces comprendo que lo que le preocupa es que algo me haya pasado a mí, así que le muestro mi mejor sonrisa para tranquilizarlo y en seguida surte efecto.

—Hola —respondo.

Ryan va a estrecharme entre sus brazos pero, haciendo un titánico esfuerzo, doy un paso hacia atrás. Él frunce el ceño.

—Tenemos que hablar de algo importante y no quiero que me despistes —le digo.

Ryan me dedica su media sonrisa y se sienta en el borde de la mesa.

—Acabo de dejarle claro a Sterling que soy muy buena en mi trabajo y me he despedido.

Sonríe de nuevo.

—Era lo que tenías que hacer —comenta orgulloso.

—Quiero recuperar mi trabajo en *Spaces* —digo en un golpe de voz.

Ryan se cruza de brazos e intenta disimular una incipiente sonrisa.

—Habla con el director ejecutivo —contesta socarrón—. Dicen que es un tipo bastante

corriente.

No puedo evitar que una boba sonrisa se dibuje en mi cara. Es la misma frase que dijo el día que nos conocimos.

—Pero, si vuelvo, tienes que prometerme que aquí tendremos una actitud exclusivamente profesional —pronuncio tratando de sonar muy seria y muy convencida.

—No pienso prometerte eso —sentencia.

Yo lo miro sin saber qué decir. Nunca fui tan ilusa de pensar que aceptaría sin más, pero tampoco imaginé que sería tan tajante.

—Eres mía —continúa clavando sus espectaculares ojos azules en los míos—. No voy a prometerte que te miraré como miro a las demás mujeres cuando estés aquí, porque sencillamente es imposible. Cada vez que te veo quiero tocarte y cada vez que pueda, pienso hacerlo. Me importa bastante poco dónde estemos.

Uau. Lo miro absolutamente embelesada por toda la sensualidad que ha desprendido con cada palabra. Ahora mismo ni siquiera recuerdo por qué me parecía tan importante que nos comportáramos sencillamente como jefe y empleada.

Ryan sonrío, se estira, me coge de la muñeca y tira de mí hasta colocarme frente a él. Su proximidad me hace suspirar y, tímida, clavo mi mirada en el suelo. Ryan coloca su mano en mi cadera y todo mi cuerpo se recrea en sus dedos suaves y firmes sobre mi piel.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —susurra a escasos centímetros de mi boca.

—Porque me he dado cuenta de que quiero estar en el lugar al que pertenezco —respondo en un hilo de voz pero muy convencida.

Ryan sonrío sincero y me besa con fuerza. Yo me deleito en sus brazos, en su sabor y en su olor. Nunca imagine que un olor pudiera resultar tan atractivo.

Me da un último beso, más corto y dulce, y finalmente se separa de mí.

Sin alejarse, coge el teléfono.

—Tess —dice con su mirada unida a la mía—, llama a Recursos Humanos y pide que envíen el contrato de Maddison Parker al despacho de Bentley Sandford.

Sonríe y yo también lo hago.

—¿Tenías mi contrato preparado? —pregunto sorprendida en cuanto cuelga.

—Lleva preparado desde el día que te fuiste.

Suspiro absolutamente encantada y, rodeando su cuello con mis brazos, lo beso. Ryan reacciona en seguida. Pierde una de sus manos en mi pelo, desliza la otra hasta el final de mi espalda y me tumba sobre ellas, lo que me hace romper a reír.

—Vamos a decírselo a Bentley —me dice poniéndome en pie de nuevo—. Hoy me ha amenazado dos veces con suicidarse en mitad de la redacción si no le dejaba contratar a una ayudante —añade con sorna.

Estamos a punto de cruzar la puerta del despacho cuando me freno en seco.

—¿Puedes esperarme en el despacho de Bentley? —le pregunto—. Necesito hacer algo antes.

Ryan me mira perspicaz, pero finalmente asiente y estira el brazo para que pase delante.

Me despido de Tess y, justo antes de cruzar el umbral, le dedico una sonrisa a Ryan, que se ha parado a hablar con su secretaria. Él me devuelve el gesto discreto y yo salgo encantada de su oficina.

Voy hasta el archivador y le mando un mensaje a Lauren para que venga. No me contesta pero sé que lo hará. Me quito el bolso, lo dejo sobre uno de los muebles y, con más intención que aptitud, trepo hasta alcanzar el detector de humos. Lo quito, saco las pilas y lo dejo junto a mi bolso.

Apenas me he bajado cuando Lauren entra.

—¿Qué? —me pregunta brusca cruzándose de brazos.

La miro y sonrío. Está muy enfadada.

—Vamos —gimoteo—. ¿Sigues enfadada conmigo?

—Claro que sigo enfadada contigo —me responde indignadísima—. Maddie, ¿por qué no me lo contaste?

—No lo sé. Pensé que te molestarías.

Como de hecho ha pasado.

—¿Y por qué iba a enfadarme porque el estúpido de James se enamorase de ti?

Suspiro.

—Porque pensé que todavía sentías algo por él.

—¿Qué?

Está a punto de gritar.

—Y tampoco me equivocaba tanto —añado—. ¿Qué hacías ayer en su casa?

—No es lo que tú piensas —se apresura a replicarme.

—Lauren —me quejo.

Odio que me traten como si fuera idiota.

Lauren resopla y de un salto se sube al archivador. Nada que ver con mi bochornoso espectáculo de hace unos minutos.

—No lo sé, ¿vale? Sólo quería aclararme las ideas. James siempre estuvo ahí para mí, en todo, cada día, y Bentley me decepcionó de tal manera que necesitaba saber si lo que estaba empezando a sentir por James otra vez era simplemente nostalgia o había algo más.

Me mira y suspira. La conozco y sé que está totalmente confundida y muy arrepentida.

—¿Y pudiste aclararte?

—No —protesta—, porque llegaste tú y nos interrumpiste —continúa socarrona.

—Disculpa —me quejo—. De nada por salvarte de un catastrófico error —añado en su mismo tono.

Lauren me da con el pie en el costado y yo me quejo con un lastimoso «ay».

Ambas sonreímos. Oficialmente hemos hecho las paces.

—Tienes que averiguar lo que sientes por Bentley al margen de James, no con James —le digo como si fuera obvio.

Ella me mira mal y finalmente asiente.

—Pero, de todas formas, sigo enfadada contigo.

—¿Por qué? —pregunto casi en un grito.

No he hecho nada más.

—Por dar por hecho que estaba engañando a Bentley.

—¡Era lo que pensabas hacer! —protesto indignadísima.

—Pero te hubiera agradecido que me hubieras dado el beneficio de la duda. Soy una dama.

No puedo más y rompo a reír. A los segundos ella también lo hace.

—¿Has quitado el detector de humos? —pregunta mirando al techo.

—Es mi manera de pedirte perdón.

Lauren da unas palmaditas y saca un único cigarrillo y el mechero de uno de los bolsillos de su elegante chaqueta. Se lo enciende y suspira feliz.

—¿Has hablado con James? —me pregunta.

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—El pobre debe estar pasando un mal rato.

—Que sufra —se queja sin más—. Se lo ha ganado.

Sonrío. Sé que no lo dice en serio.

—¿Y tú qué haces aquí? —inquire cayendo en la cuenta de la hora que es y de que no estoy en mi supuesto trabajo.

—Estás delante de la nueva ayudante de Bentley Sandford —digo estirando los brazos con una sonrisa.

Lauren suelta un grito de lo más agudo, se baja de un salto y me abraza.

—Va a ser genial —comenta con una sonrisa.

Miro el reloj.

—Tengo que irme —le anuncio—. Ryan me está esperando en el despacho de Bentley para firmar el contrato.

Ella asiente y da unas palmaditas.

—Vete, vete —me dice con una sonrisa echándome de la diminuta habitación.

—El detector de humos —le recuerdo justo antes de abrir la puerta.

Ella sonrío y asiente de nuevo.

Cruzo la redacción y voy hasta la oficina de Bentley. Sonrío al ver mi antiguo escritorio, pero en seguida me llaman la atención las risas en el despacho vecino.

Me acerco a la puerta y veo a Bentley trabajando en su mesa de arquitecto y a Ryan apoyado en ella con los brazos cruzados. Están charlando y riendo. Adoro verlo así.

—¿Puedo pasar? —pregunto llamando suavemente a la puerta.

Ryan sonríe e inmediatamente su mirada se posa sobre mí.

—Aquí está mi ayudante —dice Bentley encantando.

Se levanta a toda prisa y me abraza levantando mis pies del suelo.

—¿Por dónde empiezo? —pregunto entusiasmada cuando me suelta.

—Por firmar el contrato —responde Ryan.

En ese momento el móvil de Bentley comienza a sonar. Él resopla, lo saca del bolsillo de sus vaqueros y mira la pantalla.

—Es Max. Tengo que bajar a maquetación —dice saliendo del despacho—. Volveré en unos minutos —prácticamente nos grita ya en la redacción.

La sonrisa de Ryan se vuelve más peligrosa plenamente consciente de que acabamos de quedarnos solos.

—Ven aquí —me llama.

Yo suspiro discreta. Todo mi cuerpo acaba de encenderse y sólo ha necesitado una mirada y dos palabras. A veces me resulta perturbador el poder que tiene sobre mí.

Me acerco hasta él. Ryan me indica los papeles que hay sobre la mesa golpeándolos suavemente con los dedos y, por alguna razón, toda mi atención se centra en ellos. Son largos y hábiles.

—Léelo —me indica seductor y tengo la sensación de que estamos hablando de otra cosa.

Bajo mi mirada hacia los papeles e intento concentrarme en ellos. Ryan alza la mano y comienza a acariciar suavemente mi cadera. Suspiro. No me lo está poniendo nada fácil.

Cojo el contrato para no distraerme, pero Ryan coloca su otra mano en mi otra cadera y me atrae hacia él.

—Ryan —susurro.

—¿Qué?

—Creí que querías que leyera el contrato.

—He cambiado de opinión —se apresura a replicar.

Me besa y yo gimo encantada al sentirlo. Sube su mano y la sumerge en mi pelo.

Oímos pasos. Se separa y en ese mismo instante Bentley entra en la habitación. Ryan se pasa la mano por el pelo y automáticamente recupera su expresión imperturbable. ¿Cómo puede hacerlo? Yo aún tengo la respiración desbocada y la piel encendida.

Bentley se sienta a su mesa y comienza a revisar unos papeles. Ryan lo mira y, justo antes de echar a andar, se inclina discretamente sobre mí.

—Te quiero en el archivo. Ahora.

Sale del despacho dejándome inmóvil y con todo mi cuerpo aún más soliviantado.

Yo suspiro. La idea de tener un comportamiento exclusivamente profesional ahora está enterrada en el fondo de mi cerebro.

Le pongo una pobre excusa a Bentley y voy al archivo.

Abro la puerta, la cierro tras mi paso y, antes de que avance un simple metro, Ryan se abalanza sobre mí, me lleva contra la estantería y me besa con fuerza, casi con desesperación.

Gimo extasiada.

Me estrecha contra su cuerpo.

Se deshace de mi camiseta y agarra mi pecho bruscamente. Lo masajea y toma mi pezón entre sus dedos, lo retuerce, lo endurece, tira de él.

Gimo otra vez.

Todo mi cuerpo se arquea. Estiro las manos por la estantería buscando algo donde agarrarme.

Ryan baja las suyas hasta mis muslos y las sube remangando mi falda a su paso.

Acelerada, desabrocho su cinturón y libero su enorme erección.

Ryan ancla sus manos en mi culo. Me levanta con fuerza y me embiste castigador.

Grito contra su boca y Ryan me besa aún más posesivo para acallarme.

Comienza a moverse implacable, haciendo que lo sienta brusco, duro, casi irracional. Estiro las piernas y apoyo los pies en el mueble a su espalda. Sonríe por mi movimiento, se recoloca entre mis muslos y vuelve a embestirme.

Intento controlarme pero no soy capaz. Me muerdo el labio con fuerza para contener mis gritos.

Ryan busca mi mano, la entrelaza con la suya y la empuja contra la estantería, consiguiendo que nuestros cuerpos se estrechen aún más.

Mi placer se transforma en un grito y recorre mi garganta. Tengo que morderme el labio todavía con más fuerza para domarlo.

Más fuerte. Más rápido. Otra estocada.

Quiero gritar. Me muerdo con más fuerza.

Me embiste de nuevo. Va a romper la estantería, a mí. ¡Joder!

Pero entonces se detiene.

Yo lo miro con los ojos como platos y él me dedica su media sonrisa antes de embestirme con fuerza, más que nunca, sólo una vez.

Gimo desbocada. Siento el sabor metálico de la sangre en mi lengua.

Ryan espera a que me tranquilice, sale de mí y me da otra estocada profunda, deliciosa.

Retuerzo con fuerza y desesperación el hombro de su chaqueta mientras que mi otra mano se estrecha aún más a la suya. Alzo la cabeza para besarlo pero Ryan niega con la suya suavemente a la vez que me dedica su media sonrisa más presuntuosa.

Yo lo miro confusa, con la respiración desbocada, y entonces, despacio, se inclina sobre mí y me besa. En ese mismo instante me embiste torturador otra vez.

Gimo contra su boca.

Quiero volver a besarlo pero Ryan se aparta y, tras sonreírme sexy y duro, chupa mi labio inferior y tira de él tocoso.

Rota sus caderas y me penetra otra vez.

Todo mi cuerpo se tensa y echo la cabeza hacia atrás. Ha sido demasiado.

Sonríe y su gesto tiene un eco directo en mi sexo. Su sensualidad envalentona mi libido y, antes de que salga de mí, apoyo los pies con fuerza en la estantería y comienzo a moverme adelante y atrás, deslizándome sobre su mágica polla.

Así entra aún más profundo.

Es una locura.

—Joder —gruñe.

Siento su cuerpo tensarse pero no me detengo.

Gimo y sonrío, todo a la vez.

Intenta besarme pero ahora soy yo la que aparta la cabeza.

Ryan sonríe más arrogante que nunca.

—¿Quiere jugar, señorita Parker? —me pregunta con la respiración entrecortada y sus ojos azules centelleando espectaculares.

Me agarra por las caderas, me inmoviliza y comienza a embestirme sin piedad, fuerte, rápido, profundo, haciendo que nuestros sexos choquen descontrolados.

Contengo un grito.

Acelera el ritmo. Lo vuelve delirante.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Estoy sobreestimulada.

Antes de que pueda controlarlo, todo mi cuerpo estalla en un espectacular orgasmo que se entremezcla con el suyo y llena de placer, luz y un deseo desenfrenado la pequeña habitación.

Me besa lleno de intensidad y fuerza reclamando mi boca.

—Bienvenida al Riley Group —susurra contra mis labios.

Y su voz es lo mejor de todo.

Me baja suavemente y comenzamos a arreglarnos.

Mientras busco mi camiseta, no soy capaz de dejar de sonreír. Termino de vestirme. Me recojo el pelo y echo un vistazo a mi alrededor comprobando que todo esté bien.

—¿Comemos juntos? —pregunto.

—No puedo. —Sonríe misterioso—. Tengo cosas que hacer.

Yo le pongo mala cara pero, como siempre, sólo sirve para que sonría aún más.

—Me encanta esa carita —se despide burlón.

Me da un rápido beso y sale de la habitación.

Yo me quedo observando la puerta, pensando cuáles son esos planes, pero en seguida una sonrisa radiante inunda mis labios. Por mí puede darme una bienvenida como ésta cada día.

Regreso a la oficina y lo primero que hago es reinstalarme en mi mesa. La había echado muchísimo de menos.

Voy sacando todo el trabajo que me va mandando Bentley y cada vez que tengo un hueco adelanto parte del que hay atrasado.

Antes de que me dé cuenta son la una y media y Lauren está en mi puerta dispuesta a que nos vayamos a comer.

Sentadas en nuestra mesa de siempre, pedimos un par de Coca-Cola *light* y dos ensaladas del chef.

—Tenemos que celebrarlo —comenta Lauren.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? —me pregunta dedicándome un mohín.

—Yo ya lo he celebrado —respondo con una sonrisita.

Lauren pone los ojos en blanco.

—Oh, por Dios —se queja—. ¿Cuánto tiempo ha tardado en echarte un polvo?

Mi sonrisa se ensancha pero no contesto. Soy una dama.

—El caso es que deberíamos celebrarlo. Hoy es jueves —comenta como si acabara de descubrir cómo hacer volar los coches.

Yo la miro divertida.

—Cualquier día me mirarás igual y me dirás «es martes» —replico imitando su efusividad.

—Si quiero convencerte para salir, no te quepa duda de que lo haré.

Ambas sonreímos.

—Podríamos ir a ese club nuevo —propone—. El Electric House of Natives. Lo inauguraron hace poco y todo el mundo dice que es fantástico. Además, vi las fotos de la última fiesta que hicieron y, entre los vips más vips, estaba Sting.

Me pregunto si Sting caerá en redondo en el suelo de su baño y se le pondrán los ojos en blanco cada vez que Lauren se concentra y lo llama telepáticamente.

—Me parece genial, pero quiero que venga James.

—Yo también —claudica—. Le odio pero lo echo de menos.

—Hay gente que se ha casado por menos —comento socarrona.

Lauren me hace un nuevo mohín, aún más infantil si cabe, y yo rompo a reír.

—¿Has hablado con Bentley? —inquiero.

—Más o menos. Estamos en negociaciones.

Sonrío.

—Toma la mejor decisión, Lauren Stevens —la reto apuntándola con el índice.

—Haré como tú —dice poniendo expresión de Scarlett O'Hara junto al árbol—. Dejaré que me follen hasta que me convenzan.

—Eres odiosa —me quejo.

Y ambas nos echamos a reír otra vez.

El resto del almuerzo nos lo pasamos bombardeando a James a mensajes para que venga a la fiesta de esta noche. Nos hacen falta diecisiete para convencerlo. Se ha hecho de rogar.

Mientras cruzamos la calle de vuelta al trabajo, un repartidor de propaganda va distraído, se da de bruces con un grupo de ejecutivos y todas las octavillas que lleva se le caen. Una bocanada de viento arrasa la calle justo en ese instante y arrastra los cientos de papeles por el aire. Por un momento el cielo se inunda de ofertas de comida tailandesa.

El resto de la tarde acontece sin novedad. Hay bastante trabajo, así que apenas tenemos un momento para respirar. Paso varias veces a ver a Ryan, pero está en una reunión fuera del edificio.

A las siete aún estoy en la oficina. Bentley se marchó y, aunque me insistió muchísimo para que hiciera lo mismo, decidí quedarme. Quiero esperar a Ryan. Además, así podré adelantar trabajo. Hay muchísimas cosas por hacer.

Son casi las ocho y empiezo a preocuparme. Sopeso la idea de llamarlo, pero no quiero que piense que soy incapaz de comprender que tiene que trabajar.

Estoy colocando un fichero en la estantería cuando oigo a alguien acercarse. Al girarme veo a Ryan apoyándose en el marco de mi puerta. Ya no lleva la corbata y se ha desabrochado los primeros botones de su camisa.

—¿Aún por aquí? —pregunta.

—Tenía mucho que hacer —contesto intentando disimular una sonrisa.

Ryan también sonríe pero parece algo inquieto.

—Ven —me dice tendiéndome su mano a la vez que se aleja de la puerta—. Quiero enseñarte algo.

Está de lo más misterioso.

Curiosa, lo sigo. Entramos en el ascensor y Ryan pulsa el botón de la planta cincuenta. La última.

A cada piso que subimos, me siento más nerviosa. Miro a Ryan con los ojos llenos de expectación esperando que suelte prenda, alguna pista, pero no lo hace.

Las puertas se abren. Ryan tira de mi mano y me obliga a salir. Me es imposible asegurarlo, pero diría que incluso está algo nervioso.

Atravesamos la puerta de emergencia y accedemos a una escalera de hierro.

—Ten cuidado —me advierte.

—¿Adónde vamos?

Ryan se gira, me sonríe, pero no dice nada.

Finalmente llegamos a la puerta de la azotea. Se saca su corbata del bolsillo, alza las manos y me tapa los ojos con ella.

—¿Qué haces? —inquiero con una sonrisa.

La curiosidad me está matando.

—Siempre ansiosa por saber, ¿verdad, señorita Parker?

Sonrío. No es la primera vez que pronuncia esa frase.

La anuda a mi nuca y, cuando se convence de que no veo, toma de nuevo mi mano. Vamos a empezar a caminar pero entonces me suelta y, tomándome por sorpresa, me coge en brazos.

—Así es más fácil —me explica divertido.

Salimos a la azotea. Noto el aire fresco y el ruido de la ciudad se hace más intenso, aunque sigue lejano, al fin y al cabo son cincuenta plantas.

Ryan camina unos metros más hasta que finalmente me deja despacio en el suelo y se coloca a mi espalda.

—¿Estás lista? —pregunta, y su voz está teñida de impaciencia.

Asiento.

Ryan desata el nudo, la corbata cae ante mis ojos y sólo puedo suspirar boquiabierta. Es maravilloso.

Toda la azotea está cubierta por pequeños cubos de luz como si fueran elegantes portavelas. Debe de haber cientos. Junto a ellos hay pequeñas grullas de origami de todos los colores imaginables. Todo está sencillamente precioso.

Suspiro emocionada sin saber si reír y llorar y me llevo las manos a la boca.

—¿Te gusta? —pregunta Ryan.

—Me encanta —respondo emocionadísima sin poder dejar de mirar cada pequeño haz de luz, cada grulla—. Es increíble, Ryan.

No puedo dejar de sonreír.

Pero entonces Ryan camina hasta colocarse frente a mí e hinca la rodilla en el suelo. El corazón me late muy deprisa.

Se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca una cajita cuadrada, roja y perfecta.

Estoy a punto de romper a llorar o a reír, no lo sé.

—Maddie, te quiero en mi vida porque tú eres quien hace que valga la pena. Luchar contra todo merece el esfuerzo si al final puedo estar contigo. Así que, Maddison Parker, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —respondo sin poder dejar de asentir.

Ryan suspira, me dedica su sonrisa más maravillosa y saca del estuche un preciso anillo de platino con un espectacular diamante engarzado en el centro. Es sencillo y por eso es precioso.

Toma mi mano derecha y desliza el anillo por mi anular, ocultando la tira roja bajo él. No me la quita. Sabe que siempre querré conservarla.

Ryan se levanta. Yo no puedo dejar de observarlo. Estoy petrificada, felizmente petrificada. Toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza.

Una bocanada de aire arrasa la azotea. Todas las grullas de origami salen volando y, cuando el viento cesa, comienzan a caer sobre nosotros.

Ahora mismo no podría ser más feliz.

Ryan me tumba suavemente sobre el suelo y deja que su cuerpo tape el mío por completo. Cojo las solapas de su chaqueta y la deslizo por sus hombros.

Hoy sus labios saben mejor que nunca y cuando nos perdemos el uno en el otro lo hacemos con más amor que nunca.

La noche inunda Manhattan pero no nos importa. Tenemos nuestra propia luz en todos los sentidos. Cojo una grulla azul y la giro entre mis dedos. Ryan, que aún sigue sobre mí, me observa con una sonrisa en los labios.

—Todo esto es maravilloso —susurro.

—Te mereces que todos los días sean así.

Sonrí y Ryan me besa de nuevo.

—Deberíamos volver —dice.

Asiento pero en realidad no quiero irme. Sospecho que podría quedarme a vivir en esta azotea.

Ryan me ayuda a levantarme y, perezosos, nos vestimos.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Espera.

Busco la grulla azul con la que había estado jugando y la recojo del suelo. Quiero llevármela como recuerdo.

Ryan sonríe y tira de mi mano para que lo siga.

En el ascensor no puedo dejar de contemplar la grulla con la sonrisa más estúpida del mundo mientras la giro de nuevo entre mis dedos. Ryan me contempla y sonríe una vez más. Aún no me puedo creer que haya hecho eso algo así.

Sólo el pitido del elevador anunciándonos que hemos llegado a la planta veinte me distrae.

—Ve a coger tu bolso —me ordena suavemente—. Tengo que ir un momento a mi despacho.

Sonrí y camino hacia mi oficina bajo su atenta mirada. Cuando ya me he alejado unos pasos, él se dirige a su despacho.

Estoy a punto de atravesar la puerta cuando Lauren sale como una exhalación de la oficina de Bentley.

—¡Vete a la mierda! —le grita justo antes de dar un portazo.

Yo la miro sorprendida y, cuando ella repara en mi presencia, hace lo mismo. Voy a decir algo, pero Bentley sale hecho un verdadero ciclón de la misma habitación.

—Podrías darme la oportunidad de explicarme —se queja furioso.

Lauren está inmóvil y muy avergonzada. Al ver que no reacciona, Bentley la observa confuso y al instante repara en mi presencia. Sorprendido y también avergonzado, mira a Lauren y después me mira a mí.

—Lo siento —me apresuro a decir cogiendo mi bolso—. Nos vemos esta noche.

Giro sobre mis talones y salgo disparada, pero de nuevo, cuando sólo he dado un par de pasos, unos gritos me sobresaltan.

—¿Dónde estás, Riley? —grita un hombre saliendo del ascensor.

Debe tener unos cincuenta años. Viste un traje muy caro pero, por cómo lleva la corbata aflojada y la chaqueta arrugada, parece que hoy no ha tenido un buen día.

—¿Dónde estás? —vuelve a gritar.

En ese preciso instante Ryan aparece caminando desde su despacho. Me mira a mí y, al ver mi expresión, inmediatamente se gira hacia la puerta.

—¿Qué haces aquí, Dimes?

Oh, así que él es Julian Dimes.

—Sabes perfectamente qué hago aquí. Estás jugando sucio.

El hombre está nervioso. A punto de estallar.

—No —responde Ryan perfectamente calmado pero con esa voz tan amenazadoramente suave que podría helarle la piel a cualquiera—. Él que ha estado jugando sucio has sido tú. Tómatelo como una advertencia.

Su seguridad resulta aplastante y Julian Dimes se pone aún más nervioso.

—Te crees muy superior. El dueño del mundo, ¿verdad?

Ryan sencillamente lo ignora.

—Esos negocios son míos —le recrimina Dimes casi en un grito—. Me pertenecen.

Ryan sonríe con malicia y da un paso hacia él.

—Otra vez te estás equivocando. Son tuyos mientras yo decida que lo son.

El hombre absolutamente impotente mira a su alrededor y de pronto repara en mí. Ríe con fuerza, desagradable.

—Y todo por esa puta.

Antes de que pueda terminar la frase, Ryan se abalanza sobre él y le da un sonoro puñetazo que lo tira al suelo. Se arrodilla sobre su magullado cuerpo y le da otro aún más fuerte.

—¡Ryan, no! —grito corriendo hacia él.

Mis gritos alarman a Lauren y a Bentley, que salen del despacho.

—¡Ryan, déjalo! —le pido, pero es inútil. No me escucha.

Le da otro puñetazo. Julian Dimes tiene la cara totalmente ensangrentada.

—Si vuelves siquiera a pensar en su nombre, acabaré contigo —masculla Ryan entre dientes levantándolo del suelo por las solapas de la chaqueta.

Bentley corre hacia nosotros, coge a su amigo por los hombros, lo obliga a levantarse y lo empuja para que se aleje.

Ryan mira a Dimes lleno de furia y desprecio. Se pasa la mano por el pelo y veo que la tiene ensangrentada.

—Lauren —la reclama Bentley—, llama a seguridad.

Bentley se agacha y observa a Dimes. Por lo menos aún respira. Al ver que Ryan aún sigue ahí, alza la cabeza.

—¡Lárgate! —le grita Bentley.

Tras unos segundos que se me hacen eternos, y en los que Ryan sigue con la vista fija sobre Dimes, pulsa el botón del ascensor y yo rezo para que esté en planta. Por la manera en la que todavía lo mira, con sus ojos azules absolutamente endurecidos, tengo la sensación de que podría volver a abalanzarse sobre él en cualquier momento.

Las puertas se abren y entro deprisa. Ryan no. Sigue de pie. Mirándolo. Destilando rabia.

—Ryan —lo llamo, pero no se vuelve—. Ryan. Ryan, por favor —le suplico.

Y al fin se gira y me mira directamente a los ojos. Veo algo diferente en ellos, aunque no sabría decir el qué, y automáticamente me preocupo. Entra en el ascensor y veloz pulso el botón de la planta baja.

Miro a Ryan. Sigue con la vista clavada en las puertas de acero, como si todavía estuviera pensando en regresar arriba y continuar pegando a Dimes.

—Ryan —susurro acercándome lentamente a él.

Alzo la mano y, dejándole claro lo que pienso hacer, le acaricio suavemente la mejilla. Siento su cuerpo ceder y parte de su tensión se disipa.

—¿Estás bien? —pregunto mirando su mano.

—Sí, estoy bien.

Aún sigue furioso, alterado. Está muy lejos de aquí.

Las puertas se abren en el vestíbulo. Ryan sale con el paso decidido y tira de mi mano para que yo haga lo mismo.

El A8 nos espera junto a la acera.

—Finn —lo llama Ryan—, sube a la planta veinte y encárgate de todo.

El chófer asiente y entra en el edificio.

Ryan me abre la puerta, espera a que me suba y la cierra. Después rodea el Audi y se acomoda en el asiento del piloto. Nunca me había montado en la parte delantera de este coche con Ryan. Bueno, salvo el día en el que prácticamente me sacó a rastras de la fiesta del artículo de Gehry.

Al arrancar el coche, salta *This Fire*, de Franz Ferdinand, pero suena tan bajito que apenas es un murmullo.

Observo a Ryan. Me gustaría que me explicara qué es lo que ha ocurrido, a qué se refería Dimes con lo de «jugar sucio» y por qué al final ha dicho que la culpa era mía. Pero la verdad es que no me atrevo. No tengo ni idea de cómo reaccionaría.

Llegamos a casa sin que haya dicho una palabra. Se quita la chaqueta malhumorado y la lanza sobre el sofá.

—Ryan... —intento llamarlo.

—No —me interrumpe.

Con ese «no» se está negando por adelantado a cualquier pregunta que pensara hacerle.

—Sólo intento ayudarte —me disculpo.

—No necesito que me ayudes, Maddie —replica arisco.

Ryan resopla brusco al tiempo que vuelve a pasarse las manos por el pelo. Nunca lo había visto tan furioso.

Estoy a punto de armarme de valor para intentar otra vez hacerle hablar, cuando su móvil empieza a sonar. Ryan se saca el iPhone del bolsillo interior de su chaqueta, mira la pantalla y se va a su estudio.

Yo me quedo en mitad del salón como una idiota sin saber qué hacer. Es obvio que algo está sucediendo y que ese tal Julian Dimes está metido de lleno, pero también está claro que Ryan no va a contármelo. Suspiro hondo. Lo que no entiendo es qué pinto yo. ¿Por qué ese tipo dijo que era por mi culpa?

Decido no darle más vueltas de momento. Recuerdo que Ryan tenía la mano ensangrentada. Voy hasta el baño de la planta principal, busco la crema antiséptica y unas gasas y camino hasta su estudio.

Ryan está sentado a su elegante mesa. Tan hermético y tan misterioso. Después de la pelea, una parte de mí incluso lo ve más atractivo. La otra pone los ojos en blanco y resopla.

«Eres un topicazo, Parker.»

—¿Puedo pasar? —pregunto bajo el umbral.

Ryan asiente.

Camino hasta él y me siento en la mesa.

—He traído crema antiséptica.

Observo su mano. Sus nudillos están desollados.

Ryan mira el tubo de crema y niega con la cabeza.

—No.

Sospecho insistir pero las heridas son pequeñas y sigo sin tener muy claro cómo reaccionaría si le contradigo.

—Voy a preparar algo de cenar —comento bajándome de la mesa.

Ryan asiente pero no dice nada más. No puedo dejar de pensar que detrás de la pelea y de la acusación de Dimes hay algo que no me está contando.

Antes de ponerme a cocinar, recuerdo que tengo que llamar a Lauren para decirle que no saldremos esta noche. No he hablado con Ryan, pero es obvio que no está de humor y la verdad es que, después de todo lo que ha pasado, yo tampoco.

Cojo el bolso y al abrirlo para sacar el móvil veo la grulla de origami azul. No puedo evitar sonreír. Ha sido uno de los momentos más maravillosos de mi vida. Es curioso cómo, de repente, todo puede cambiar sin que siquiera lo veas venir. Resoplo.

Voy a llamar a Lauren pero, cuando me dispongo a marcar su número, el teléfono suena en mis manos y me sobresalta. Es precisamente ella. Supongo que querrá saber qué ha pasado.

—Hola... —la saludo.

—Maddie, ¿dónde estás? —me interrumpe.

—En casa.

—Por favor, tienes que venir —me suplica, y creo que está llorando.

Mi nivel de preocupación sube al instante.

—Lauren, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Tienes que venir, por favor —repite.

—¿Dónde estás?

—En la 4 Oeste, en una cafetería horrible cerca de la parada de metro.

—No te muevas. Voy para allá.

Subo y cojo del armario la única cazadora que traje, una chaqueta vaquera.

Me recojo el pelo mientras bajo las escaleras y voy hasta el estudio de Ryan. Al verme entrar con la chaqueta puesta, frunce el ceño.

—Ryan, tengo que irme.

—No —responde instintivamente—. ¿A dónde?

—Lauren me ha llamado, necesita que vaya a buscarla.

Ryan se levanta.

—Te llevo —replica sin dejarme alternativa, saliendo al salón.

Yo suspiro. Sé que esto me va a costar una pelea y, teniendo en cuenta lo malhumorado que está, dudo que me salga con la mía.

—Ryan, por favor —lo llamo—. Lauren estaba llorando. Probablemente se haya peleado con Bentley. Si te ve aparecer, va a sentirse muy incómoda.

—Maddie, no voy a dejar que salgas sola a estas horas. Es peligroso.

«Y yo no soy ninguna niña.» Afortunadamente esta primera respuesta es sólo mental. El señor irascible hoy no está para bromas.

—Cogeré un taxi. Nada de metro.

Ryan resopla.

—Maddie, no pienso discutirlo. Te llevaré yo.

En el viaje por lo menos consigo negociar que me deje y se marche. A cambio, prometo no moverme de la cafetería y llamarlo cuando termine para que me recoja. Me siento como si tuviera doce años y estuviese yendo al cine con amigos por primera vez.

Ya desde el cristal puedo ver a Lauren llorando a moco tendido delante de una hamburguesa con queso, su comida para las depresiones. Observo la cafetería. La verdad es que no exageraba por teléfono. Tiene un aspecto horrible.

—¿Qué te ha pasado? —inquiero sentándome frente a ella.

—Maddie, se acabó. Esta vez se acabó.

—¿Con Bentley? —pregunto.

—¿Con quién iba a ser, si no? —responde en un grito.

«No lo sé. ¿Con James?» Por suerte esta primera respuesta también la doy mentalmente.

—¿Habéis discutido?

—No, eso ha sido la tercera guerra mundial. Le he roto su disco preferido de Van Morrison y le he tirado un zapato.

Me lo dice tan triste, justo después de sorberse los mocos, que no puedo evitar sonreír con

ternura.

—¿Le has dado? —inquiero.

—Sólo de refileón.

—Quizá tendrías que haberle tirado el otro —replico robándole una patata.

—Lo hice —dice señalándose los pies—, pero no le di.

Miro con más atención y me doy cuenta de que está descalza.

—¿Estás descalza? —le pregunto boquiabierta.

—Debí pensarlo antes de tirarle los zapatos. Soy muy pasional.

No puedo evitar sonreír ante semejante comentario y finalmente ella también lo hace, aunque no le llega a los ojos.

—¿Por qué habéis discutido?

—¿Por qué no? —se apresura a rebatirme—. Maddie, no sé qué espero en una relación, pero creo que no es esto.

—A lo mejor el problema está en de quién lo esperas.

—¿Lo dices por James?

Asiento y le robo otra patata.

Ella se queda en silencio.

—¿Verdad o Roger H. Prick? —pregunto tras mirarla un segundo y cuadrar los hombros.

—Verdad.

—Fuiste muy feliz con James, te marchaste y todo se quedó a medias. Conoces a Bentley, te enamoras, pero estás en otra etapa de tu vida y surgen problemas de verdad.

—Gracias por el resumen —contesta sardónica.

Yo le doy una patada por debajo de la mesa y ella se queja con un «au».

—Creo que has idealizado a James y eso es muy peligroso y también muy injusto para Bentley.

Lauren se toma un segundo para pensar en mis palabras.

—No quiero a James, lo sé. Quiero a Bentley.

Asiento.

—Pues ya hemos resuelto gran parte del problema. Voy a pedirte algo de comer.

—No quieres pedirte algo de comer —me advierte—. Ésta es la segunda hamburguesa que he pedido. La primera se movió sola.

Hago una mueca de aversión. ¡Me he comido dos patatas!

—Vámonos de aquí —me pide Lauren.

Asiento. No quiero morir de disentería.

En la puerta saco el móvil para llamar a Ryan, pero Lauren me mira alarmada y me obliga a colgar.

—Nos recogerá y podrás venirte a casa —le explico.

—No quiero que me vea así. Ni siquiera llevo zapatos. Es muy humillante —se lamenta.

Yo resoplo. Ryan va a enfadarse muchísimo si se entera de que no le he llamado.

—Hagamos una cosa —le ofrezco—. Mi apartamento no está lejos. Pedimos un taxi, subimos, te pones unos zapatos y regresamos aquí para que Ryan nos recoja.

Lauren asiente y salimos en busca de un taxi.

—¿Es igual de controlador en la cama? —pregunta completamente en serio.

—¿Qué? —respondo escandalizada a punto de la risa nerviosa—. No voy a contestarte a eso.

—Ya lo has hecho —se burla.

—No llevas zapatos —contraataco—. Tu opinión no cuenta.

Me hace un mohín y yo se lo devuelvo.

¿Dónde demonios se han metido todos los taxis de Nueva York?

—¿Y si caminamos? —propone Lauren—. No son más de cinco manzanas.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estás descalzas y esto es Nueva York. Cogerías tres infecciones antes de que llegáramos a mi apartamento.

—Me apetece caminar —gimotea.

Yo le pongo los ojos en blanco.

—Ni una palabra a Ryan.

—Ni una palabra —responde—, pero, si usa el sexo para sonsacarme, no prometo nada.

No tengo más remedio que echarme a reír y finalmente comenzamos a caminar.

Por suerte mi apartamento no queda muy lejos. Lauren va dando saltitos, esquivando todo lo peligroso o verdaderamente asqueroso que puedes encontrarte en una acera. Va a tener que acabar desinfectándose los pies con lejía y amoníaco.

Estamos a menos de una manzana cuando su móvil comienza a sonar. Observa la pantalla, resopla y cuelga. Es Bentley. Yo la miro pero no digo nada.

Sólo hemos dado un par de pasos y su Smartphone suena de nuevo. Lauren vuelve a colgar.

—Deberías contestar —comento.

Lauren me hace un mohín y yo sonrío. Sabe que tengo razón.

El teléfono vuelve a sonar. La miro. Ella me devuelve la mirada y finalmente pone los ojos en blanco justo antes de descolgar.

Se aleja unos pasos y yo me siento en un parterre de la calle.

—¿Qué quieres? —contesta malhumorada —... No, no voy a ir... Estoy con Maddie y voy a quedarme a dormir con ella... No, sigo muy enfadada... —Su expresión cambia por completo —... ¿De verdad? ¿Con flores?

Comienzo a sonreír. Los dos idiotas están más enamorados el uno del otro de lo que se piensan.

—Está bien... Sí, sí. Adiós.

Lauren cuelga y camina con una sonrisa indisimulable hasta mí.

—Era Bentley.

—¿En serio? —pregunto socarrona.

Lauren decide ignorarme.

—Me ha pedido perdón y quiere que vayamos a cenar para hablar.

Yo sonrío.

—Me alegro mucho. ¿Aún quieres los zapatos? —comento señalándole los pies.

—No. Bentley me espera con el coche en la cafetería. Vuelve conmigo y te llevamos a casa, así no tendrás que llamar a Ryan.

—No, ya que estoy aquí voy a subir a mi apartamento. Me dejé el cargador del ordenador y quiero aprovechar para recogerlo.

—No te importa que me vaya, ¿verdad?

—¿Eres rematadamente idiota? —le pregunto—. Claro que no —añado con una sonrisa.

Lauren imita mi gesto y me da un abrazo de oso.

—Gracias por haber venido.

—De nada. Y ahora lárgate. Un hombre guapísimo te espera en un Porsche.

Lauren sonrío de nuevo y se marcha feliz y descalza.

Yo sonrío y lanzo un largo y relajante suspiro. Me alegro de que las cosas se estén arreglando entre ellos.

En cuestión de minutos estoy atravesando mi portal. Subo las escaleras a paso ligero y llego al cuarto piso. He avanzado más o menos la mitad del rellano cuando alzo la cabeza y veo a un hombre junto a mi puerta. Instintivamente me asusto. ¿Quién es?

—Maddie Parker, ¿verdad? —me pregunta.

Lo miro. No parece peligroso pero siempre he pensado que esos son los peores. Si no, cuando entrevistan a los vecinos de los asesinos en serie en el telediario, nunca dirían eso de «siempre me saludaba». Los inofensivos son los peores.

—Soy Walter —se presenta, imagino que intentado tranquilizarme, pero no me dice su apellido y eso me inquieta aún más.

Pienso en gritar, pero los Hannigan están en el club y no hay más vecinos en esta planta.

Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás.

Lleva una cámara de fotos con un objetivo inmenso y entonces lo comprendo. Es un *paparazzi*. Internamente suspiro de alivio. Por lo menos no va a matarme.

—Venía a proponerte un trato muy beneficioso para los dos.

—No tengo nada que hablar con usted. Márchese o llamaré a la policía —replico tratando de

sonar lo más segura posible, aunque no me siento así en absoluto.

El hombre se aparta. Yo cojo la llave de reserva que guardo en el marco y abro. Ahora tendré que cambiarla de sitio.

—Vamos, no te pongas así —me pide—. Lo único que tienes que hacer es contarme lo que sepas de Ryan Riley, de sus negocios. Yo lo publicaré e iremos a medias.

Frunzo el ceño y me giro furiosa. ¿Cómo se atreve?

—Pero ¿quién se cree que soy? —Maldito gilipollas—. Hablo en serio. Lárguese ahora mismo o llamaré a la policía.

Siento, más que veo, cómo va a dar un paso hacia delante para entrar. Rápidamente tiro de la puerta e intento cerrarla, pero él la frena con las dos manos.

—¡Lárguese! —grito.

—Vamos, es bueno para los dos —trata de convencerme con la respiración trabajosa.

Forcejamos. Empujo la puerta. No consigo cerrarla. Él hace más fuerza. Mis manos ceden y la puerta me golpea tirándome al suelo. Siento un dolor muy fuerte. Agudo. Me llevo la mano a la frente. Estoy sangrando. No veo bien. La habitación empieza a girar. Me duele. Me duele muchísimo. Ya no siento nada.

—Maddie, Maddie.

Es la voz de Ryan. Quiero abrir los ojos pero no soy capaz. Parece muy angustiado.

—Maddie, nena, por favor, despiértate.

Hago un esfuerzo sobrehumano. La cabeza me duele muchísimo.

—Ryan —murmuro.

—Oh, Señor, gracias.

Consigo abrir los ojos. Ryan me mira con los suyos azules abiertos como platos. Está aterrado. Es la primera vez que veo esa expresión en él.

Me rodea con sus brazos y despacio me levanta del suelo. ¿Qué hacía en el suelo? Estoy muy desorientada. Todo me da vueltas. No soy capaz de mantener los ojos abiertos.

Parpadeo. La luz fluorescente es demasiado brillante. Me molesta y me hace cerrar los ojos otra vez. Me revuelvo. Me duele mucho la cabeza.

—Maddie —susurra.

Es Ryan.

—La luz —musito—. No puedo abrir los ojos con la luz.

Mi voz suena débil.

Le oigo moverse por la habitación. Suena un interruptor y a los segundos otro más pequeño.

—Ya está, nena —dice volviendo a mi lado.

Abro los ojos. Ahora sólo está encendida la luz de la mesita. Es más tenue. Me duele mucho la cabeza. No reconozco la habitación.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

Ryan se sienta con cuidado en el borde de la cama y se inclina hacia mí.

—En el hospital —responde.

—¿Qué? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Intento incorporarme pero el cuarto gira trescientos sesenta grados. Joder, ¡cómo me duele la cabeza!

—Túmbate —me ordena a la vez que me empuja suavemente hasta que mi cabeza vuelve a reposar en la almohada.

—¿Qué ha pasado? —vuelvo a preguntar.

—No lo sé. ¿No te acuerdas de nada?

Niego con la cabeza. La expresión de Ryan se recrudece. Sus ojos azules son un reguero de emociones: está conmocionado, preocupado y, sobre todo, furioso.

—Lo último que recuerdo es que quería entrar en mi apartamento y había un hombre en la puerta —murmuro.

—No te preocupes —me dice acariciándome la mejilla—. Tienes que descansar.

Intenta sonar tranquilo pero todo su cuerpo refleja una tensión indecible.

La puerta se abre y entra un médico vestido con un pijama azul de quirófano y bata blanca. Abre un gran sobre marrón y coloca unas radiografías sobre una lámpara fluorescente colgada de la pared. Las mira unos segundos, asiente varias veces y finalmente camina hacia mí.

Ryan se levanta pero se queda junto a la cama.

—Bueno, Maddie, ¿qué tal te encuentras? —me pregunta con una amable y profesional sonrisa.

—Bien, pero me duele mucho la cabeza.

—Es absolutamente normal —responde sin asomo de duda.

Saca una pequeña linterna del bolsillo de su bata y la coloca frente a mis ojos.

—Sigue la luz —me pide.

Lo hago pero me resulta muy molesto.

—Sé que no es agradable —comenta a modo de disculpa.

Guarda la linterna en el bolsillo de su bata blanca y del mismo saca un bolígrafo, abre la carpeta que tiene en la mano y apunta algo en ella.

—Te has dado un fuerte golpe en la cabeza —me explica señalándose la frente—. Después, al caer al suelo, volviste a golpearte, en esa ocasión en la base del cráneo. Las placas y el escáner indican que todo está bien, por lo que podemos descartar que sufras algún tipo de hemorragia interna y por eso te hemos permitido dormir.

Ryan suspira aliviado.

—Te dolerá mucho la cabeza durante unos días. También puede que sientas mareos, náuseas y no tolere muy bien la luz. Este último síntoma deberá desaparecer en las próximas horas.

Asiento. Intento concentrarme en lo que me dice, pero la habitación no para de girar.

—Te daré unos calmantes. Son bastantes fuertes, así que te quedarás dormida en seguida y, cuando te despiertes, probablemente te encontrarás mucho mejor. Pero antes necesito que respondas a unas preguntas.

Asiento de nuevo. Tengo que empezar a decir que sí. Cada vez que muevo la cabeza el dolor es insoportable.

—¿Recuerdas qué pasó? —pregunta el doctor.

—No, había un hombre pero no recuerdo mucho más. Llevaba una cámara de fotos.

Miro de reojo a Ryan. Suspira breve y brusco y se cruza de brazos, aunque inmediatamente se lleva la mano a la boca.

—Maddie, ¿recuerdas algo más? —inquire de nuevo.

—No.

El doctor suspira.

—Teniendo en cuenta lo que nos has explicado y dado que no recuerdas nada más, voy a tener que examinarte para descartar que te hayan forzado de algún modo.

¿Qué?

—Joder —farfulla Ryan entre dientes al tiempo que se da la vuelta. Está a punto de estallar.

—¿De verdad cree...

No soy capaz de seguir. Mi voz se evapora. Al oírme, Ryan se da inmediatamente la vuelta y se acerca a mí. Se sienta de nuevo en el borde de la cama y me acaricia suavemente la mejilla.

—No te preocupes, nena —susurra. De nuevo todo su autocontrol sale a relucir.

—No se trata de lo que yo crea, Maddie.

Asiento. Estoy muy nerviosa. El llanto que no me permito soltar forma un nudo en mi garganta y casi no me deja respirar.

—Tenemos que descartar todas las posibilidades —continúa el doctor.

—Todo va a salir bien —añade Ryan.

Me sonrío pero no le llega a los ojos.

—Señor Riley, por favor, espere fuera mientras realizo el examen médico.

—De eso nada —responde sin moverse de mi lado.

—No es lo habitual...

—Me importa bastante poco lo que sea habitual —le interrumpe girándose con el gesto endurecido—. No voy a apartarme de ella.

El doctor lo mira mal pero Ryan sencillamente lo ignora. Finalmente alza las manos y asiente.

—Como quiera —añade.

Pulsa un botón del cabecero de mi cama y a los segundos entra una enfermera con varias bolsas selladas con material médico. Camina hasta un mueble que ocupa una de las paredes de la habitación, prepara una bandeja y regresa junto al doctor.

El médico retira la sábana y me examina con cuidado las piernas. Imagino que busca moratones o arañazos. Yo suspiro hondo. Todo esto me parece algo surrealista. La enfermera me levanta despacio el camisón del hospital y ambos fijan su atención inmediatamente en las marcas de mis caderas.

—Doctor —lo llamo—, esas marcas son consentidas.

Ryan y el médico se miran. La desaprobación inunda los ojos del facultativo pero no dice nada.

Continúa examinándome y tras una comprobación ginecológica, la enfermera vuelve a bajarme el camisón y a taparme con la sábana.

—Parece que todo está correcto, Maddie —nos informa el médico. —Ese hombre no la tocó.

Doy el suspiro de alivio más grande mi vida.

—Como le dije, la enfermera le suministrará unos calmantes muy fuertes. Tiene que descansar al menos dos días, ¿entendido?

Ryan y yo asentimos.

—No se preocupe, doctor. Descansará.

Parece que está claro quién se va a encargar de que lo haga.

La enfermera me tiende un vasito de plástico con dos píldoras y después uno de cristal más grande lleno de agua fresca. Me lo bebo entero. Estaba muerta de sed.

Vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada. Ryan habla con el doctor a mi lado pero no sé qué dicen. Trato de escucharlos pero no soy capaz. Sonrío. Tengo sueño. Ya no me duele nada. Las drogas con prescripción médica son geniales. Quiero darle las gracias al doctor pero no puedo. Tengo mucho sueño.

Me despierto. Abro los ojos un segundo y vuelvo a cerrarlos. ¿Dónde estoy? Sería más fácil si tuviera los ojos abiertos pero tengo mucho sueño. Me duele la cabeza. Me giro. Reconozco ese olor. Huele a gel de afeitado y a lavanda fresca. Huele a Ryan. Estoy en su cama. Automáticamente me relajo y me duermo feliz.

Abro los ojos despacio. Parpadeo. Hago un gran esfuerzo y consigo mantenerlos abiertos. Poco a poco todos los recuerdos del día de ayer comienzan a inundar mi embotada mente. Recuerdo que quería ir a mi apartamento. Recuerdo el hospital. Recuerdo a Ryan preocupadísimo, furioso y, sólo al final, algo aliviado.

Me giro lentamente y veo el MacBook de Ryan encendido sobre la cama. Hay varias carpetas en la mesita y encima del propio colchón. Debe haber estado trabajando aquí.

No tengo ni la más remota idea de la hora que es. La habitación está en penumbra pero creo que ya es de día. Intento levantarme. Por suerte todo ha dejado de girar. Camino despacio y entro en el baño.

Me miro en el espejo y hago una mueca de disgusto cuando veo el enorme apósito que tengo pegado en la frente, casi en el nacimiento del pelo. Mierda, si el apósito es grande, la herida también lo será.

Resoplo malhumorada y mi cabeza se resiente obligándome a agarrarme con fuerza al mármol del lavabo para no caerme.

—Mierda, Maddie —masculla Ryan desde la puerta del baño.

Entra como un ciclón, me coge en brazos y me lleva de nuevo a la cama.

—No puedo dejarte sola ni cinco minutos sin que hagas una tontería.

Sigue furioso.

Me deja con cuidado sobre el colchón y me tapa con la sábana. Pulsa uno de los interruptores junto a la mesita de noche y las persianas bajan del todo. La poca claridad que entraba desaparece y ahora la estancia sólo está levemente iluminada por la luz que llega desde el pasillo.

Se inclina sobre mí y me da un dulce beso en los labios.

—Duérmete —me ordena suavemente.

—Quédate conmigo —le pido.

—No voy a moverme de aquí —me asegura.

Sonrío y le observo sentarse en el borde de la cama. Quiero alzar la mano y acariciarle la mandíbula cubierta por una incipiente barba, pero sin quererlo vuelvo a quedarme dormida.

Me despierto sobresaltada. He soñado que me caía y he abierto los ojos en el preciso instante en el que tocaba el suelo. Tengo la respiración acelerada. Me levanto lentamente. La cabeza me duele pero me siento mucho mejor. Las persianas siguen cerradas a cal y canto, así que soy incapaz de saber si es de día o de noche.

Camino despacio. Salgo al pasillo. Desde lo alto de las escaleras puedo ver el inmenso ventanal del salón. Ya es de noche. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—¡Claro que es culpa tuya!

Es la voz de Ryan. Está muy enfadado.

—La dejaste sola en plena noche —continúa con su voz amenazadoramente suave.

—No pensé que pasaría esto —murmura alguien entre lágrimas. Creo que es Lauren.

Intento bajar más deprisa.

—No le hables así, tío. Ya se siente bastante mal —intenta defenderla Bentley.

—Tú cállate —le espeta Ryan—. También estoy muy cabreado contigo. Yo jamás habría dejado sola a tu novia.

—Lo siento, lo siento mucho —balbucea Lauren.

Al fin llego al salón. Los tres están junto a la isla de la cocina. Ryan desprende una hostilidad termonuclear y Lauren está llorando como una magdalena.

—¿Qué pasa? —pregunto caminando hasta ellos.

—¡Maddie! —grita Lauren entre lágrimas y corre a darme un abrazo.

Al verme, Ryan farfulla algo ininteligible y se inclina ligeramente sobre la encimera apoyando las dos manos en ella. Está más que furioso. ¿Qué le ocurre?

—Lo siento, Maddie —se disculpa Lauren sacándome de mis pensamientos—. No tendría que haberte dejado sola.

—Lauren, no tienes por qué disculparte —respondo completamente en serio—. No podías imaginarte que alguien me estaría esperando.

—Aun así, debí acompañarte hasta la puerta. Lo siento.

No deja de llorar. Está realmente triste. Debe sentirse fatal.

—Deja de disculparte. No es culpa tuya.

Ryan aún sigue con las manos clavadas en el mármol italiano.

Bentley lo observa, resopla y finalmente se acerca a nosotras y coge a Lauren por los hombros.

—Vámonos a casa —dice obligándola a empezar a caminar—. Maddie necesita descansar.

Bentley me sonríe y yo le devuelvo el gesto.

—Vendré a verte mañana —me promete.

Asiento y los observo hasta que se marchan. No me puedo creer que Ryan le haya echado la culpa de lo que pasó.

—Ryan, ¿qué te ocurre? —pregunto acercándome a él—. ¿Por qué estás así?

—¿En serio tienes que preguntármelo? —inquieta a su vez casi en un grito al tiempo que se gira.

—Lauren no tuvo la culpa. Yo quise ir a mi apartamento.

—Joder, Maddie —farfulla pasándose la mano por el pelo.

No entiendo por qué está así.

—¿Ryan, por qué estás tan enfadado?

—Porque no me puedo creer que fueras tan inconsciente —gruñe.

—Sólo quise irme a mi apartamento. No tengo seis años.

—¡Podrían haberte matado! —grita soltando al fin toda esa rabia.

Yo me quedo de piedra. Sus palabras, pero sobre todo el modo de decirlas, como si recordara el peor momento de su vida, me rompen por dentro.

—Cuando subí a tu apartamento y te vi tirada en el suelo, inconsciente, llena de sangre, te llamaba pero no te despertabas, Maddie. Nunca había estado tan asustado en toda mi vida.

Me acerco hasta él despacio. Intento acariciarle la mejilla pero se aparta brusco.

—Así que, sí, estoy muy furioso, y no te quepa duda de que no voy a volver a pasar por eso —me advierte—. A partir de ahora no saldrás de esta casa si Finn o yo no te acompañamos.

—Eso es un poco exagerado —protesto —Podrías intentar ser...

—No se te ocurra pedirme que sea razonable contigo, Maddie —me interrumpe y creo que sus ojos azules podrían traspasarme—. Créeme, no es un buen momento.

Trago saliva. Estoy completamente segura de que no es el mejor momento y por eso no voy a discutir, pero no pienso dejar que esto se quede así.

—Ahora sube. Tienes que descansar.

—Ryan —gimoteo—, llevo durmiendo un día entero.

Mi suplica le hace gracia y, aunque intenta disimularla, una incipiente sonrisa se asoma en sus labios.

—Pues siéntate —dice señalando uno de los taburetes de la isla de la cocina—. Te prepararé algo de comer.

—No tengo hambre —protesto sentándome.

—Comer o dormir. Tú eliges.

—Comer o dormir. Preferiría hacer otras cosas —replico tratando de tentarlo.

—Esa opción actualmente está fuera de su alcance, señorita Parker. —Yo frunzo los labios. Quiero estar con él—. Aunque me muera de ganas —añade dejándome ver su media sonrisa.

Parece que al fin comienza a relajarse.

Rodea la isla de la cocina y camina hasta colocarse frente a mí.

—¿Qué tal tu cabeza? —pregunta tomando con delicadeza mi cara entre sus manos y examinando mi herida.

—Bien. Me duele mucho menos que en el hospital y ya no me da todo vueltas.

Ryan sonrío de nuevo y se inclina sobre mí.

—Me alegro —susurra justo antes de besarme.

Yo gimo pero Ryan se aparta rápidamente con la sonrisa aún en los labios. Cuando quiere, puede ser imposible de convencer.

—¿Y qué vas a prepararme de cenar? —pregunto resignada con una sonrisa.

Ryan abre el frigorífico, lo observa con detenimiento y finalmente lo cierra. Comienza a mirar en todos los armarios hasta que encuentra unas cajas de comida preparada. Coge una de ellas y empieza a leerla muy concentrado. Regresa a la isla de la cocina y se apoya en el mármol con la caja entre las manos, aún leyendo las instrucciones de uso con detenimiento.

—Parece fácil —murmura para sí—. Cenaremos tallarines chinos con verduras —sentencia dejando la caja sobre la encimera.

Gira sobre sus talones y da una palmada. Está buscando algo y creo que no tiene claro ni qué ni dónde hacerlo.

Sonrío. Me resulta muy divertido verlo desenvolverse en un campo que le es completamente nuevo.

Finalmente saca una olla, la llena de agua y la pone al fuego. Tras unos segundos mirando los mandos de la cocina, consigue que la placa de inducción se encienda y sonrío satisfecho.

—Debería ponerme con la boda. Apenas queda una semana —comento.

—No te preocupes por eso —dice sin más—. Hoy le encargado a Tess que contrate a una empresa especializada en organizarlas.

Suspiro. Siempre pensé que me encargaría de organizar mi boda, decidir los detalles, prepararlo todo, pero al tener tan poco tiempo todo está resultando muy complicado.

—Me parece bien —claudico.

Sonrío.

—Mi madre me ha propuesto que la celebremos en la mansión.

Lo miro sorprendida. Teniendo en cuenta la oposición del padre de Ryan, nunca imaginé que nos ofrecerían su casa para celebrarla.

—¿Te parece bien? —me pregunta.

—Sí, claro. Tu casa es preciosa pero... ¿tú padre está de acuerdo? —inquiero con cautela.

No sé si es buena idea sacar el tema de su padre.

—No lo sé. Supongo que sí —responde encogiéndose de hombros.

Está claro que no quiere hablar de eso.

El agua rompe a hervir. Ryan abre la caja de los tallarines, los echa a la olla y comienza a removerlos con una pala de madera.

Saca dos boles, prepara los manteles individuales, las servilletas y los cubiertos sobre la isla de la cocina y exactamente cinco minutos después saca los tallarines de la olla y los sirve.

—¿No deberías probarlos antes? —pregunto.

—Están justo en su punto —responde tan divertido como presuntuoso—. Tengo ojo para esto.

Yo lo observo con una sonrisa. ¿Se puede ser más descarado?

Coloca los dos boles sobre los manteles, coge dos botellitas de agua San Pellegrino sin gas del frigorífico y se sienta a mi lado.

—Con un buen vino estarían mejor —comento.

—Todo está mejor con un buen vino —me corrige—, pero a alguien le han prescrito algo muy parecido a las drogas duras.

—Por mucho que insistas, no voy a compartirlas contigo.

Me hace un mohín y no tengo más remedio que echarme a reír. Las peores costumbres siempre se pegan.

Pruebo mis tallarines. Están ricos. Tengo que reconocer que mucho mejor de lo que pensé que estarían.

Ryan me observa, juraría que sabe exactamente lo que estoy pensando, y lentamente se inclina sobre mí.

—No hay nada que se me resista, señorita Parker —comenta con la sonrisa más presuntuosa del mundo—. Deberías saberlo.

Yo le devuelvo una sonrisa nerviosa y me concentro en controlarme para no suspirar. Es un bastardo arrogante.

«Y puede permitirse serlo.»

Ya casi hemos terminado de cenar cuando no puedo evitar fijarme en la mano de Ryan. Aún tiene algunas heridas en los nudillos.

—Ryan —lo llamo y otra vez lo hago llena de cautela—, ¿quién era el hombre al que golpeaste?

Alza la cabeza durante un segundo y vuelve a prestar toda su atención a la comida.

—Nadie importante.

Suspiro. Me siento exasperada de darme siempre de bruces con la misma pared.

—No lo parecía —respondo.

Sin quererlo mi voz suena de lo más impertinente, pero estoy cansada de que nunca quiera hablar.

—Maddie —me reprende clavando sus ojos azules en los míos.

—Ryan, estoy preocupada. Dijo un montón de cosas horribles de ti.

Ryan resopla.

—Maddie, necesitas descansar. Dimes no va a volver a molestarnos. No quiero hablar de esto ahora —sentencia.

—¿Y tú cuándo quieres hablar? —mascullo levantándome.

—Maddie —me llama.

Pero no me detengo y voy hasta la habitación. Me pregunto si alguna vez va a cambiar. Me dice que confía en mí y, cuando llega el momento de dar el paso y hablar, nunca lo hace. Me cruzo de brazos y pierdo la vista en cualquier parte. No sé qué pretende que haga.

«Que no preguntes.»

—¿Tan importante es para ti? —inquire caminando despacio hasta colocarse a mi espalda.

Suena cansado. A veces tengo la sensación de que esta situación le desespera tanto como a mí, pero está en su mano hacer algo para solucionarlo.

—Ryan —digo girándome—, me gustaría que confiaras en mí. Sé que ese hombre estaba hablando de algo relacionado conmigo. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Porque no serviría de nada, Maddie.

—Serviría para que yo me sintiese un poco mejor.

Ryan me mira directamente a los ojos. Siento su dilema, su lucha por contarme o no lo que quiera que esté pasando. Finalmente resopla y se pasa la mano por el pelo.

—Julian Dimes es el dueño del *New York Star*, la revista que publicó la noticia sobre tu madre.

—¿Qué? —murmuro.

—Además, ha estado presionando a otros medios y a otros periodistas para que publicaran artículos sobre ti. Te ha estado utilizando para hacerme daño.

Todo esto es surrealista.

—¿Por qué quiere hacerte daño? —pregunto más que confusa.

—Porque nunca me he comportado como esperaba que lo hiciera. Pensaba que Nueva York era suya, y se equivocaba —añade con un brillo arrogante en sus ojos—. Y hace una semana lo saqué de un par de negocios. Nada que no se hubiera buscado.

—¿Y por qué estás tan seguro de que va a parar?

—Porque lo sé, Maddie —sentencia sin asomo de duda—. Me he hecho con el control de todas las empresas que actualmente tienen negocios con él. Si vuelve a intentar algo contra nosotros, lo destruiré.

Su seguridad es aplastante.

Yo suspiro hondo. No me puedo creer que detrás de todas esas noticias al final hubiera una trama empresarial contra Ryan.

—Maddie, va a arrepentirse de todo lo que ha hecho —sentencia acariciándome suavemente la mejilla.

Su mirada está endurecida, llena de rabia contenida. Me asusta esa mirada, pero inexplicablemente también me gusta, hace que me sienta protegida, que sepa que nunca permitirá que nadie me haga daño.

Me besa y yo me pierdo en su beso una vez más, pero Ryan se separa y deja su frente reposar en la mía.

—Necesitas descansar —susurra con la voz entrecortada por el deseo.

—Te necesito más a ti.

Ryan gruñe y yo me estrecho contra su cuerpo.

—Maddie —me reprende o me llama, no lo sé.

Lo beso otra vez.

—Nena, no —dice con la voz firme a la vez que se separa de mí—. Tienes que descansar. Ayer te diste un golpe fortísimo.

Voy a abrir la boca dispuesta a protestar. Estoy bien.

—Puedes volver a marearte o a sentir dolor en cualquier momento —me interrumpe.

Por el tono de voz que usa sé que da igual cuánto me queje. Tengo la batalla perdida antes de empezar.

—Acuéstate —me ordena suavemente.

—¿Te acostarás conmigo?

Ryan niega con la cabeza.

—Le estás denegando auxilio a una enferma. Seguro que estás violando la Convención de Ginebra o algo parecido —me quejo.

—Vete a la cama —me apremia de nuevo intentando ocultar una incipiente sonrisa.

Ahora soy yo la que niega con la cabeza.

—Maldita sea, métete en la cama de una vez, Maddie, porque me están entrando ganas de...

Ryan se frena y resopla divertido. Estoy casi segura de que esa frase terminaba con un «follarte para hacerte entrar en razón», justo lo que quiero. La sonrisa me delata.

Ryan se pasa la mano por el pelo y, para mi desgracia, con ese gesto llega todo su autocontrol.

—A la cama.

Y nuevamente por su tono de voz sé que la decisión está tomada.

A regañadientes camino hasta la cama y me tumbo. Ryan me sigue con la mirada. Hace el ademán de marcharse, pero finalmente se gira y, apoyando la mano en el cabecero, se inclina sobre mí y me da un intenso beso.

Apenas se ha separado un centímetro de mis labios cuando vuelve a besarme. Yo gimo bajito contra su boca y Ryan gruñe contra la mía. Está a punto de dejarse llevar, pero se aleja de nuevo. Deja que su frente repose en la mía unos segundos y nuestras respiraciones se entremezclan aceleradas. Aún tiene los ojos cerrados. Está cogiendo fuerzas, dejando que su autocontrol vuelva a mandar en él.

—Que descanses —pronuncia abriendo los ojos y definitivamente se separa de mí.

Yo suspiro decepcionada y me cruzo de brazos. Después de ese beso y tras comprobar que de alguna manera le tiento, le deseo aún más.

Me despierto. Ya es de día. Estoy acurrucada contra el pecho de Ryan, que me abraza suavemente. Tengo sed pero no quiero levantarme. Vuelvo a cerrar los ojos. Siento su pecho subir y bajar relajado. Me estrecho contra su cuerpo y Ryan reacciona abrazándome con más fuerza.

—Buenos días —dice con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días —murmuro.

Intento moverme y un estruendo me atraviesa la cabeza, provocándome una mueca de dolor. Ryan se incorpora rápidamente.

—¿Nena, estás bien? —pregunta preocupado a la vez que deja mi cabeza suavemente sobre la almohada.

—Sí, es sólo el dolor de cabeza. Es fuerte.

Ryan se inclina y mira el reloj.

—Tienes que tomarte las pastillas.

Se levanta de un salto, entra en el baño y regresa con un vaso de agua y dos pastillas en la mano. Deja el vaso sobre la mesilla, se sienta a mi lado y me tiende las pastillas. Cuando me las tomo, me pasa el agua.

—En seguida te sentirás mejor.

Me tumbo de nuevo y suspiro. Sólo con mirarlo únicamente con el pantalón del pijama, totalmente despeinado y esa cara de sueño tan adorable, ya me siento mejor.

—¿Tienes que empezar a prepararte para ir a trabajar? —pregunto sin poder dejar de mirarlo.

—No voy a ir a trabajar —responde sin asomo de duda.

—Ryan, estoy bien —trato de convencerlo—. En cuanto las pastillas me hagan efecto, podré bajar.

Ryan sonrío.

—No voy a dejarte sola. No quiero que hagas alguna tontería.

—¿Alguna tontería? —me quejo.

—No me fío de ti —sentencia y su sonrisa se ensancha.

Suspiro.

—Finn y la señora Aldrin estarán aquí. Tienes dos carceleros a tu servicio. No deberías tener nada de qué preocuparte.

Se humedece el labio inferior discreto y fugaz intentado disimular una nueva sonrisa.

—Prométeme que no vas a salir.

—Te lo prometo —respondo.

Ryan escudriña mi mirada. No puede ser. ¡Está sopesando si puede creerme o no!

—¿Sabes? No sé por qué estás dudando tanto. Tú tuviste un accidente de coche y te largaste del hospital —le recuerdo.

—Ya te lo dije una vez. No necesito que me cuiden.

—Yo tampoco —respondo.

No soy de porcelana. No voy a romperme.

Mi gran indignación hace sonreír a Ryan.

—Me alegra divertirlo como siempre —me quejo.

Ryan apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y se inclina para besarme, pero no lo hace en mis labios si no en la punta de mi nariz.

—Para eso estás, señorita Parker.

Suspiro indignada pero absolutamente embriagada por este hombre y finalmente sonrío. Deben de ser las pastillas.

«Seguro.»

—Estaré aquí a primera hora de la tarde —me promete sin dejar de mirarme a los ojos.

—Más te vale. Voy a aburrirme mucho.

Se levanta y se mete en la ducha y yo suspiro decepcionada por no poder meterme con él. Espero que este maldito dolor de cabeza desaparezca pronto.

Quiero esperarlo despierta para desayunar, pero el sueño que me provocan las pastillas me vence antes de conseguirlo.

Cuando vuelvo a despertarme, ya son más de las diez. Afortunadamente el dolor de cabeza ha desaparecido casi por completo.

Me doy una ducha con cuidado de no mojarme el apósito y me pongo unos vaqueros y una camiseta que le tomo prestada a Ryan. No quiero pasarme todo el día en pijama.

Bajo al salón y en seguida la señora Aldrin sale a mi encuentro. No tengo hambre pero insiste sobremanera en que debo desayunar. Decirle que no a esta mujer es casi tan difícil como decírselo a Ryan, así que finalmente acepto y acabo comiendo huevos revueltos con fruta y un zumo de naranja. El café me ha sido vetado. Necesito dormir y descansar. Eso suena a orden directa del señor irascible.

Después de desayunar veo un poco la tele. En «Today Show» están entrevistando a Seth Rogen. Me río cuando explica cómo conoció a su mujer y la convenció para que se casara con él.

Una hora después comienzo a dar vueltas por la casa sin saber qué hacer. Recuerdo la inmensa biblioteca que vi una vez y subo a la planta de arriba dispuesta a buscar algo que leer. Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, recuerdo la habitación vacía en esta misma planta y, llena de una renovada curiosidad, camino hasta ella.

La observo con detenimiento. Sigo sin entender por qué Ryan no la transforma en un pequeño estudio de arquitectura. Es obvio que ésa es su idea con respecto a esta estancia, si no por qué compraría una mesa de arquitecto y conservaría todos esos planos y libros.

Tengo una idea brillante. Necesito mi móvil. Lo busco por todo el dormitorio y por el salón. Estoy a punto de preguntarle a la señora Aldrin cuando recuerdo que Ryan tiene un teléfono fijo en su estudio.

Voy hasta allí y llamo a Lauren. Dado que no puedo salir, es una pieza imprescindible para mi plan.

Media hora después estamos las dos contemplando la habitación.

—Para que me quede claro, ¿qué es lo que quieres montar aquí? —me pregunta con la vista perdida, como la mía, en la estancia vacía.

—Un estudio de arquitecto. Ya sabes, una mesa alta, estanterías con planos, un póster motivacional.

Estoy segura de que a Ryan le encantará. Tendrá un sitio donde diseñar y relajarse.

—¿Y no crees que, si el señor irascible-sexo increíble hubiese querido tener un estudio de arquitectura en su casa, ya lo habrían montado él?

—Nadie se compra una mesa de arquitecto —digo señalándola desmontada en su caja— si no piensa usarla.

—*Touché* —responde.

Comenzamos a apartar las cajas y todos los portaplanos. Finn nos ayuda a mover la estantería y a montar la mesa de arquitecto.

Lauren desaparece una hora y regresa con un póster fantástico de un emblemático diseño de la Escuela de la Bauhaus de principios del siglo XX y otro del Chrysler. Ese edificio representa a la perfección el poder, el éxito, la arquitectura y la ciudad de Nueva York. Es el cuadro ideal para Ryan.

A la hora de comer, ya hemos terminamos. Almorzamos juntas un delicioso plato de pasta que nos prepara la señora Aldrin y Lauren se marcha. El señor Miller debe haberla llamado alrededor de una docena de veces.

Ryan prometió volver a primera hora de la tarde, así que, desde que dejo los platos en el fregadero, lo espero nerviosa.

Cuando le veo cruzar la puerta del salón, doy un salto entusiasmada y salgo a su encuentro.

—Hola, nena —me saluda estrechándome entre sus brazos.

—Tengo una sorpresa para ti —le anuncio, y me muerdo el labio sin poder contener la emoción un segundo más.

Ryan sonrío. Le tomo de la mano y lo guío hasta el piso de arriba. Me detengo delante de la puerta y me giro hacia él. Frunce el ceño.

—¿Mi sorpresa está en esa habitación? —pregunta mitad confuso, mitad sorprendido.

Asiento.

Ryan rodea el pomo con firmeza y abre despacio.

Su expresión permanece inescrutable. Da un paso hacia al interior, mira a su alrededor y se gira brusco hacia mí.

—¿Qué es esto, Maddie?

Su voz está endurecida y su mandíbula, tensa. Clava sus ojos azules casi metálicos en mí y yo siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies. ¿Por qué está tan enfadado?

—Pensé que te gustaría.

Ryan resopla y se lleva las manos a las caderas.

—Ser arquitecto es tu sueño —me disculpo—, sólo quería ayudarte a que lo cumplieras.

—Tú lo has dicho, Maddie. Es mi sueño y yo decido cuándo cumplirlo.

Sin darme oportunidad a decir nada, se encamina hacia la puerta y sale de la habitación.

—Deshazte de todo esto —sentencia justo antes de marcharse.

Me quedo en la habitación sin tener la más remota idea de lo que ha pasado. Miro a mi alrededor y suspiro, cayendo en la cuenta de que quizá lo único que he hecho con todo esto haya sido presionarlo más. Me llevo las manos a la cara, no recuerdo mi herida y me doy un soberano manotazo. ¡Cómo duele!

Resoplo. Joder, he metido la pata hasta el fondo.

Cierro la puerta y bajo las escaleras despacio. Ryan está junto a la isla de la cocina con un vaso de bourbon en la mano. Está apoyado en el mueble, ligeramente inclinado sobre él. Me ve pero inmediatamente pierde su vista al frente.

—Lo siento —musito.

Me siento fatal. Yo sólo quería darle una sorpresa.

—¿Y exactamente qué sientes, Maddie? —pregunta arisco.

—Yo sólo quería hacer algo por ti. Pensé que no habías dado el paso de montar el estudio porque no habías tenido tiempo, no porque no... —trato de encontrar la palabra adecuada—... quisieras.

¿Es ésa la palabra? Por un momento creo que el problema es mucho más complicado.

—No se trata de eso, Maddie.

—Pues dime de qué se trata —le pido.

—Joder, otra vez no.

Resopla malhumorado. Se lleva las palmas de las manos a los ojos y se los frota con fuerza.

—No quiero hablar, Maddie. Son mis problemas y mis decisiones. Puedes enfadarte o no, pero deja de presionarme.

—¿Así te sientes?

Ryan le da un trago a su copa y se mantiene en silencio. Es obvio que sí.

—No quiero presionarte. Sólo me gustaría ayudarte.

—No necesito que me ayudes —replica con la voz amenazadoramente suave.

—Pues yo creo que sí y que no sólo se trata de una mesa de arquitecto en una habitación. Te

sientes responsable por la vida de cuarenta y cinco mil personas y tu padre...

—¡Basta ya! —me interrumpe con sus ojos azules abrasándome—. Esta discusión se acaba aquí, Maddie.

Coge el vaso y, sin mirarme, se marcha a su estudio.

Yo suspiro una vez más perdiendo la cuenta de cuántas van desde que Ryan apareció en mi vida. Me gustaría que fuésemos capaces de dejar de discutir aunque sólo fuera un día.

Me dispongo a ir a su estudio pero creo que es mejor que le deje a su aire. Ahora mismo no debo ser su persona favorita. Me dispongo a subir a la habitación y veo mi bolso tirado en el suelo, prácticamente escondido tras el sofá. Por eso no lo encontré esta mañana.

Recuerdo que Lauren me dijo que Álex y James me habían estado llamando. Seguro que debo tener una docena de mensajes de ellos. Soy una pésima amiga.

«Y actualmente una pésima novia. Que no se te olvide.»

Me pongo los ojos en blanco y saco mi Smartphone. Al hacerlo, algo cae de mi bolso. Me agacho y sonrío al comprobar que es la grulla de origami azul que me llevé de la azotea.

La cojo y, girándola entre los dedos, se me ocurre una idea. Regreso a la cocina y la pongo junto a la botella de bourbon. En algún momento Ryan saldrá a echarse otra copa y la verá. Espero que la grulla ablande un poco al señor irascible y me perdone.

Subo al dormitorio con el teléfono en la mano y efectivamente tengo más de diez llamadas perdidas y mensajes de los Hannigan, además de Lauren y de Bentley. Les respondo a todos y llamo a Álex para que no se preocupe. James acaba quitándole el teléfono y echándome una bronca monumental por no haber regresado con Lauren y con Bentley. Prometo no volver a hacerlo y no se me escapa la ironía de que es la segunda vez que he tenido que hacerlo.

Estoy revisando los últimos mensajes cuando llaman suavemente a la puerta abierta. Alzo la cabeza y es Ryan con la grulla azul en la mano.

—Exactamente, ¿qué pretendías con esto? —pregunta.

Sonrío suavemente. Por su tono de su voz está claro que parte de su enfado ha desaparecido. El origami ha cumplido su misión.

—No lo sé. Creo que simplemente era chantaje emocional.

Ryan intenta disimular la sonrisa que mi respuesta le ha provocado, pero no puede evitar que las comisuras de sus labios se eleven.

—Tuve al departamento de maquetación al completo toda la mañana haciéndolas.

—Max debe odiarme.

—Max me pidió un aumento de sueldo al hacer la última y me dijo que ya no éramos amigos.

Ambos sonreímos.

—De verdad, lo siento —susurro.

Su mirada se endurece de nuevo y yo de repente me siento muy tímida y nerviosa. No sé qué hacer.

Ryan camina hasta el borde de la cama y avanza por ella hasta mí.

—Deja de disculparte —me ordena suavemente a escasos centímetros de mi boca—. No me gusta.

Yo suspiro al sentirlo tan cerca y Ryan me besa.

Inmediatamente me tumba en la cama y él lo hace sobre mí.

—¿Te duele la cabeza? —pregunta con la voz llena de deseo.

—No —respondo absolutamente convencida.

Habría contestado que no aunque todo me diera vueltas. Le deseo demasiado.

Me besa despacio y estrecha mi cuerpo contra el suyo. Acaricio su torso por encima de la camisa, deleitándome en cada botón pero sin llegar a desabrochar ninguno.

Intento acelerar el ritmo de nuestros besos pero Ryan se separa.

—Despacio, Maddie —me pide apoyando su frente en la mía.

Yo asiento pero mi cuerpo desbocado tiene otros planes y alzo la cabeza para besarlo de nuevo. Ryan suspira con fuerza. No llega a separarse pero lo noto contenido. Está tenso, nervioso. Suspira brusco de nuevo. Desliza sus manos por mis costados y, cuando va a llegar a mis caderas, las separa y cierra los puños con fuerza. Está intentando controlarse. ¿Por qué?

—Maddie, necesitas descansar —me dice con la respiración entrecortada.

—Llevo descansando dos días, Ryan. Estoy bien.

Me estrecho contra su cuerpo y lo beso con fuerza. Ryan gruñe contra mis labios. Se separa otra vez pero se queda sólo a unos centímetros, tentado, deseando volver.

—Ryan, por favor —susurro.

Me revuelvo bajo él intentando provocarlo, pero sigue luchando. Me separo y busco su mirada con la mía. Sus ojos azules centellean presos de una cruda batalla. Alzo la mano y acaricio lentamente su mejilla. ¿Qué te pasa, Riley?

—¿Qué ocurre? —pregunto en un susurro.

No responde. Aparta su mirada de la mía y la centra en sus dedos, que bajan despacio por mis costados hasta acariciar mis caderas, suave, casi efímeramente. Nada que ver con lo posesivo que suele ser con ese trozo de mi cuerpo.

—Maddie... —No sabe cómo seguir.

Finalmente alza la mirada y clava sus ojos azules en los míos.

—¿Alguna vez te he hecho daño?

Su voz suena arrepentida, casi torturada. Yo lo miro confusa. ¿A qué viene esto? Pero entonces noto sus dedos sobre mi piel demasiado fugaces y me doy cuenta de que todo esto es por cómo reaccionó el doctor cuando vio mis marcas.

—¿Crees que me haces daño por cómo te miró el médico?

—No me has contestado —me apremia.

Yo suspiro hondo y dejo que su mirada atrape la mía una vez más.

—Tú nunca me haces daño —digo tratando de mostrar una seguridad aplastante en cada una de

mis palabras. Necesito que lo entienda—. Me encanta el sexo contigo. Me encanta cómo me follas. Me gusta todo lo que me haces.

Ryan suspira increíblemente aliviado y al fin sonrío.

—Déjate llevar —le pido—. Eso es todo lo que necesito.

Su sonrisa se transforma en media, más atractiva y mucho más sexy, y por fin vuelvo a ver en sus increíbles ojos azules al dios del sexo por el que mi cuerpo clama absolutamente encendido.

Ryan me besa con fuerza, acelerado, y todo mi cuerpo se rinde a él. Acepto sus besos encantada, desbocada, sintiéndome viva.

Hunde su boca en mi cuello y me besa cada centímetro de piel.

Gimo.

Ryan me remanga la camiseta y deja mis pechos al descubierto. Aparta tosco las copas del sujetador y toma un pezón entre sus dedos. Lo retuerce y tira de él para endurecerlo aún más.

Gimo de nuevo.

Baja su boca hasta mi otro pecho y acompasa sus labios con sus manos.

Tira fuerte. Me muerde.

El placer se multiplica.

Ryan se incorpora y se queda de rodillas entre mis piernas.

—Vaqueros —susurra sensual desabrochando el botón con una sola mano—, me gusta que me pongan las cosas difíciles.

Sonríe presuntuoso y no tengo más remedio que sonreír con él.

Se inclina y me besa justo en el centro de la pelvis.

Suspiro.

Ryan continúa bajando, avanzado por la piel que libera de mis vaqueros. Me besa las caderas, el interior de los muslos y, poco a poco, va descendiendo hasta llegar a mis pies. Posa sus labios en mi empeine y sonrío con los ojos llenos de placer anticipado.

Tira mis vaqueros al suelo y se inclina de nuevo sobre mí. Llena mi estómago de besos de lado a lado.

Suspiro bajito. Toda esta excitación me está matando.

—Ryan —susurro.

—Tranquila, nena —responde torturador.

Rodea mi ombligo con su lengua y continúa bajando, dejando que su nariz y su cálido aliento acaricien mi piel y la incendien a su paso.

Se deshace de mis bragas de algodón y al fin se desliza en mi sexo y me da un largo y profundo beso.

Mi cuerpo se arquea. Estiro los brazos y los pierdo bajo las carísimas sábanas.

Ryan me sostiene por las caderas y me besa una y otra vez, dejando que su experta y habilidosa

lengua me haga soñar.

Me retuerzo bajo sus manos y, como castigo, Ryan toma mi clítoris entre sus dientes y tira de él.

—¡Dios mío! —grito.

Relío las sábanas entre mis dedos y me aferro a ellas.

Mi respiración está agitada, convulsa.

Ryan baja una de sus manos, la desliza por el interior de mi muslo y finalmente me acaricia justo ahí, en el centro de mi placer rendido a él por completo.

Grito.

Hace más profundo su beso y me penetra despacio.

Mi cuerpo se tensa.

Siento calor.

Ryan entra y sale de mí a un ritmo delicioso sin dejar de besarme un solo instante.

El placer se arremolina en mi cuerpo.

Su lengua rodea mi clítoris. Sus labios tiran de él.

Grito otra vez.

Me penetra con el índice y el corazón y, antes de sacarlos, hace un glorioso y delirante círculo.

Tiro de las sábanas y mi cuerpo se llena de luz y estalla entre sus labios y sus dedos, mi placer y todo su deseo.

—Ryan —susurro con los ojos cerrados y el cuerpo extasiado.

Ryan se yergue triunfal y lentamente comienza a desnudarse. Es plenamente consciente de que su cuerpo es un auténtico instrumento de placer y pecado.

Gloriosamente desnudo, tira de mis manos para incorporarme. Me quita con cuidado la camiseta y se deshace de mi sujetador.

Sonríe al tenerme desnuda y yo me muerdo el labio inferior. Esa sonrisa es lo único que necesito para arder otra vez en mi propio deseo.

Ryan me besa y me obliga a tumbarme de nuevo. Estamos piel con piel y todo su calor me inunda.

Me besa justo bajo la oreja, toma mi lóbulo entre sus dientes y tira.

Gimo y me aferro con fuerza a sus hombros.

Me siento abrumada, sobreestimulada.

Ryan vuelve a tomarse su tiempo. Besa cada centímetro de mi cuerpo y yo siento mi deseo crecer más y más hasta nublarlo absolutamente todo, hasta que sólo existimos nosotros.

Su miembro choca contra mi sexo caliente y húmedo.

Todo mi cuerpo se arquea.

Otra vez me siento a punto de estallar.

Ryan coloca su mano entre los dos y de un solo movimiento me embiste duro, delicioso, llegando al fondo de mí.

Toma mi rodilla y me obliga a levantarla. Se recoloca entre mis piernas y su estocada llega aún más lejos.

Gimo soliviantada.

Se mueve calculado, quiere asegurarse de hacerme ver el paraíso otra vez antes de verlo conmigo.

Entra y sale de mí sin separar nuestros labios, recogiendo mis gemidos en su boca, sonriendo cada vez que mi cuerpo reacciona a su polla, que llega más lejos, más fuerte, más rápido.

Nos gira tomándome por sorpresa y me deja sentada a horcajadas sobre él.

Sonrío extasiada. Estoy completamente llena por su increíble miembro.

—Muévete —me ordena con la respiración entrecortada a la vez que coloca sus manos en mis caderas.

Dirijo todo el peso de mi cuerpo a las rodillas y me elevo. Su longitud sale casi por completo. Un instante después vuelvo a bajar tan despacio como subí, lento, sintiéndolo grande, duro, perfecto.

—Joder —masculla.

Sus ojos azules están clavados en los míos y sus dedos se aferran fuertes a mis caderas.

Repito la operación.

Gruñe. Gimo.

Subo de nuevo. El placer me arrolla. Todo mi cuerpo me suplica que vaya más rápido, pero milagrosamente me contengo. Quiero torturarlo como él me tortura a mí.

Cierro los ojos.

Gimo.

Subo despacio.

—Cielos, Maddie —jadea.

Voy a bajar otra vez pero Ryan me sostiene con fuerza por las caderas, me penetra brusco y me obliga a moverme adelante y atrás sin salir de mí.

¡Demonios! ¡Es increíble!

Con fuerza, echa la cabeza hacia atrás contra el colchón mientras controla mis movimientos con sus manos.

—Joder, joder —gruñe.

Está a punto de perder el control y no quiere hacerlo.

Agarro sus manos con las mías y empiezo a moverme arriba y abajo muy fuerte, muy rápido.

Su respiración se acelera aún más. La mía ya es un caos.

Gimo.

Gruñe.

Grito.

Y, sin que pueda controlarlo, vuelvo a estallar, a dejarme inundar de placer, a volar.

Sigo moviéndome disfrutando de mi placer y de Ryan. Él me embiste con fuerza, nuestros movimientos se superponen y el placer se vuelve eléctrico.

Su cuerpo se tensa bajo mis brazos. Grita mi nombre y se corre en mi interior mientras oleadas de placer todavía me recorren una y otra vez, una y otra vez, sin descanso.

Me dejo caer sobre su pecho al tiempo que lucho porque mi respiración se calme.

—Te quiero —susurro y las palabras se escapan de mis labios antes siquiera de que puede controlarlas.

Al oírme, Ryan nos gira de nuevo. Otra vez estoy bajo él. Se separa lentamente y su mirada atrapa la mía.

—Repítelo —me pide con el deseo y el amor más puro e infinito brillando en sus ojos.

—Te quiero.

—Otra vez —me apremia a escasos centímetros de mis labios.

—Te quiero.

Y me besa acelerado y lleno de una pasión desbordante.

Su maravillosa polla se endurece de nuevo dentro de mí y, sin darme tregua, comienza a embestirme. Estocadas firmes, duras, delirantes.

No separa sus ojos azules repletos de amor de los míos.

Gimo.

Mi cuerpo se arquea.

Mi corazón late desbocado.

Sus ojos me hechizan. Se mueve más fuerte, más rápido.

Grito.

Y un nuevo orgasmo recorre cada terminación nerviosa de mi cuerpo hasta que sólo soy placer y euforia y risas y temblores y Ryan sobre mí susurrando mi nombre perdiéndose en mi interior otra vez.

—Joder —se queja jadeante, tumbándose a mi lado—, esto es una maldita locura.

Yo sonrío y clavo mi vista en el techo. No podría tener más razón.

Apenas unos segundos después, Ryan se levanta prácticamente de un salto y comienza a vestirse.

—¿Adónde vas? —pregunto confusa, incorporándome.

Ryan se abrocha los pantalones y rescata su camisa del suelo.

—Abajo, lejos de ti —susurra cerca, muy cerca de mi boca—, porque sólo puedo pensar en follarte otra vez.

Suspiro con fuerza. Ryan sonrío y yo me muerdo el labio inferior.

—Hazlo —musito.

La sonrisa de Ryan se ensancha. Me besa con fuerza una sola vez y sale del dormitorio abrochándose la camisa. Ésa era exactamente la respuesta que esperaba.

Yo resoplo y me levanto. La cabeza me duele un poco. En realidad es una molestia más que un dolor.

Me visto despacio y me recojo el pelo. Estoy a punto de salir de la habitación cuando Ryan regresa. Me relamo mentalmente. A lo mejor ha cambiado de opinión.

—Los organizadores de bodas están aquí —me avisa.

Todo mi cuerpo protesta.

Ryan se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. Sus ojos azules me recorren con descaro de arriba abajo y finalmente se posan en los míos. Tiene la mirada más seductora del mundo.

No puedo evitarlo y un suspiro se escapa de mis labios. Él sonríe presuntuoso. Es plenamente consciente de cómo me siento ahora mismo.

«Y está disfrutando muchísimo riéndose de ti.»

Algún día encontraré el modo en que el rey del autocontrol me las pague.

Decidida, cuadro los hombros y me dispongo a salir de la habitación. No voy a dejar que siga riéndose de mí. Tengo fuerza de voluntad y pienso ponerla en práctica.

Ryan me observa, vuelve a sonreír y, cuando paso junto a él para alcanzar el pasillo, se inclina sobre mí fingidamente desinteresado y su cálido aliento impregna suavemente mi cuello. Sus labios están a escasos, escasísimos, centímetros de mi piel. Todo mi cuerpo se estremece y yo me quedo absolutamente inmóvil. Maldita sea, mi libido traidora.

Su sonrisa se ensancha mientras sus preciosos ojos azules dominan los míos y, sin más, se marcha. Acaba de dejar clarísimo que no tengo ninguna escapatoria con él y ni siquiera ha tenido que tocarme o hablarme para demostrarlo.

Suspiro hondo. Voy a tener que mejorar eso de ser impasible.

«Desde luego.»

Ryan ha contratado a Leonard y Vera Hamilton, un matrimonio cuyo negocio ha organizado las bodas de los nombres más relevantes de la ciudad de Nueva York. Nos pasamos casi tres horas charlando con ellos, aunque sólo necesitan unos minutos para demostrar por qué son los mejores.

Nos informan de que mañana tendré que elegir mi vestido y el de mis damas de honor, y que el mejor sastre de la ciudad se desplazará al despacho de Ryan para tomarle medidas a él y a los chicos.

La boda se celebrará en la mansión de los Riley en Glen Cove y, a pesar de ser casi dos mil invitados, no tienen ningún problema con la fecha que les pone Ryan, es más, creen que podrían adelantarla al martes que viene. ¡Eso es dentro de tres días!

Cuando se marchan, ya es hora de cenar. Mientras la señora Aldrin nos prepara la cena, Ryan va a su estudio a responder algunos correos electrónicos de trabajo y yo salgo a la terraza a hacer una llamada muy importante.

Tengo que hablar con mi padre. Se opuso a la boda, pero va a celebrarse de todos modos y quiero que esté a mi lado.

Después de dos tonos, responde.

—Hola, pequeñaja.

—Hola, papá.

—¿Qué tal estás?

Aunque mi primera idea es contarle lo del golpe, no quiero que se preocupe por nada del mundo, así que me guardo esa información.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien. Estoy en el restaurante con Sam. Acabamos de ver el partido.

—¿Los Panthers han ganado?

—Por trece puntos —responde entusiasmado.

Genial. Eso significa que está de buen humor.

—Pero imagino que no me has llamado por eso —añade perspicaz.

Sonrío y tomo aire.

—Papá, la boda es la semana que viene. ¿Vendrás? —inquiero llena de cautela.

El silencio se abre paso al otro lado de la línea.

—Maddie —me reprende al fin—, no estás pensando bien las cosas.

—Papá, ya hemos hablado de esto —protesto—. Voy a casarme con Ryan.

—Es una locura y no vas a contar con mi bendición.

Suspiro de nuevo.

—¿Eso significa que no vendrás?

—Lo siento, pero no puedo presentarme allí y fingir que todo va bien, pequeñaja. Estás cometiendo un error y no puedo apoyarte en eso.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No quiero romper a llorar.

—Papá, tengo que colgar —acelero una vez más la despedida con la voz entrecortada.

No puedo creerme que mi padre no vaya a estar en el día más importante de mi vida.

—Está bien, pequeñaja —se despide triste—. Te quiero.

—Te quiero —respondo y cuelgo.

Miro el teléfono y resoplo. Nunca pensé que las cosas se complicarían tanto. Mi padre, su padre, la prensa. A lo mejor todos tienen razón y es una locura que nos casemos. Ryan y yo seguimos discutiendo cada día y seguimos teniendo los mismos problemas.

Tal vez lo mejor sería que no pasáramos por el altar. Me permito pensarlo durante un instante y sacudo la cabeza con fuerza. Quiero a Ryan. Nada va a apartarme de él.

Regreso al salón. La comida, humeante y con una pinta deliciosa, ya está servida sobre la barra

de la cocina. Sin embargo, ahora mismo no tengo ni pizca de hambre.

Sólo he avanzado un par de pasos cuando Ryan sale del estudio. Al pasar por mi lado me da un furtivo beso en el cuello y continúa caminando. Saca dos botellas de agua de la nevera y las pone junto a los platos.

Yo me siento en el taburete. Creo que Ryan va a hacer lo mismo, pero antes se acerca a mí y me examina el apósito con cuidado.

—Mañana vendrá el doctor. Te examinará la herida y te cambiará el apósito —me informa justo antes de sentarse.

—Mañana me gustaría ir al trabajo.

No soporto estar otro día encerrada.

—No —responde terco—. Necesitas descansar.

—Ryan, me aburro. No puedo quedarme otro día aquí sin nada que hacer.

Nunca imaginé que suplicaría para poder ir a trabajar en domingo.

—Pues encuentra algo que hacer. La respuesta es no.

Lo miro con los ojos entornados.

—Si estoy bien para que me folles tres veces en una tarde, estoy bien para ir a trabajar —digo con total seguridad.

Ryan se gira lentamente con el tenedor suspendido en el aire. Desde luego no se esperaba esa respuesta. Clava su mirada en la mía, baja lentamente la mano y, tras lo que me parece una eternidad, sonrío sexy.

—Media jornada —sonrío victoriosa— y, si sientes el más mínimo dolor o mareo, regresas a casa.

Asiento encantada. Ryan se acerca un poco más y toda mi atención se centra en sus ojos azules.

—Y la tarde aún no ha acabado —susurra sensual.

Ahora la que se queda petrificada soy yo.

«Qué novedad.»

Estamos terminando de cenar cuando Finn aparece en el marco de la puerta. Ryan le hace un leve gesto con la cabeza y su hombre para todo da un paso al frente.

—Señor Riley, el señor Woodson está aquí.

Ryan se levanta del taburete.

—Dile que pase.

Automáticamente se gira hacia mí.

—Nena, tengo que tratar este asunto ahora. ¿Por qué no me esperas en la habitación?

Asiento.

—Recojo los platos y subo.

Ryan entorna la mirada.

—Maddie, llevas todo el día dando vueltas. Tienes que descansar.

Se muestra tajante.

«Otra novedad.»

—Está bien —claudico.

Cojo la botella de agua y me dirijo a las escaleras bajo la atenta mirada de Ryan.

Me pongo el pijama y me tumbo en la cama con el iPad. La verdad es que estoy cansada, aunque afortunadamente no he vuelto a sentir que todo me da vueltas.

Miro el reloj. Son más de las doce. Viendo un capítulo de «Enredo» en la tableta, los ojos comienzan a cerrárame sistemáticamente y, sin que me dé cuenta, me quedo dormida.

Me despierto sobresaltada. Otra vez soñaba que me caía. Tengo la boca seca. Alargo la mano y cojo la botellita de agua que dejé en la mesilla. Miro el reloj. Son casi las cuatro de la madrugada y Ryan no está.

Suspiro preocupada. Seguro que aún está trabajando en su estudio. Necesita descansar.

Me levanto despacio y bajo al salón. Todo está a oscuras excepto por la luz que sale de su despacho. Me acerco hasta la puerta y lo veo allí, sentado a su elegante mesa. Parece agotado, con las mangas de la camisa remangadas y la mirada fija en el ordenador. Debe llevar horas aquí.

—Hola —dice al reparar en mi presencia.

—Hola —respondo.

Me hace un gesto para que me siente en su regazo y, en cuanto lo hago, me estrecha con fuerza rodeándome por la cintura.

—Deberías estar descansando —murmura hundiendo su nariz en mi pelo.

—Lo mismo digo, señor Riley.

Ryan sonríe.

—¿Cuántas horas llevas aquí?

—No me he parado a contarlas —me contesta burlón.

Lo miro mal y su sonrisa se ensancha, así que no me queda más remedio que sonreír con él.

Me acomodo en su regazo y pierdo mi cara en su cuello. Todo está en absoluto silencio, calmado. Apoyo la palma de la mano en su pecho y la observo moverse arriba y abajo con su respiración.

—Mi padre no va a venir a la boda —susurro.

Ryan suspira hondo y me mueve con suavidad para obligarme a alzar la cabeza hasta que sus ojos atrapan los míos.

—Cambiará de opinión —me dice muy seguro de sí mismo.

—No lo creo —respondo.

Me obligo a sonreír pero no me llega a los ojos.

—Maddie, es tu padre. Te quiere. Cambiará de opinión.

—¿Y el tuyo?

Ryan lo piensa un instante.

—Es más fácil cambiar de opinión por ti que por mí.

Su comentario me hace sonreír. Está muy equivocado. Es muy fácil cambiar de opinión por él.

—Vete a dormir —me ordena suavemente.

—Ven conmigo —le pido.

Ryan me dedica su media sonrisa y niega con la cabeza a la vez que desliza su mano por debajo de mi camiseta. Me gusta.

—Estoy esperando una llamada.

Lo miro confusa. ¿Quién espera llamadas a las cuatro de la mañana? ¿Quién llama a las cuatro de la mañana?

—Es algo muy importante —responde demostrando una vez más su innata capacidad para leer mi mente.

Sus suaves dedos acarician mi estómago.

—¿No puedes esperarla arriba?

Niega otra vez con la cabeza. Sube la mano y, cuando está a punto de alcanzar mi pecho, la desvía por mi espalda. Suspiro bajito y Ryan sonríe.

—No puedo dejar de tocarte —susurra.

Sus palabras me derriten aún más por dentro. Desliza de nuevo su mano por mi estómago. Mi vientre se tensa delicioso por la expectación pero, cuando está a punto de llegar al vértice de mis muslos, se detiene y se separa de mi piel.

—Vete a dormir —me ordena de nuevo con la voz mucho más ronca.

Me levanto y camino hasta la puerta. Antes de salir, me giro. Sus ojos están llenos de un deseo y una lujuria apenas controlados. No quiero marcharme. Quiero que me folle otra vez salvaje y delicioso.

Mi respiración se acelera. Sus ojos azules me dominan. Ardo. Su pecho sube y baja cada vez más rápido. Siento su cuerpo llamarme, clamar por el mío, excitarme. Me abrumba que todo sea intenso cuando ni siquiera me está tocando.

—Ryan —susurro.

Y es todo lo que necesita.

Se levanta del sillón acelerado como el león cayendo sobre su presa. Me estrecha contra su cuerpo, me lleva contra la puerta y me besa salvaje, decidido, lleno de pasión, casi de rabia.

Levanta mis piernas hasta que las estrecho contra su cintura y ágilmente se gira y sin ninguna delicadeza me tumba en la mesa.

Se deshace de mis pantalones, de mis bragas y me embiste duro, triunfal.

Grito.

No hay juegos, no hay caricias. Ahora no las necesitamos. Le quiero tan brusco y tan maravilloso como quiera ser.

Me levanta con fuerza y choca nuestras bocas en un fuerte beso. Yo rodeo su cuello con mis manos.

No deja de moverse. Sus estocadas entran en mí. Me dan placer. Me sublevan.

—Ryan —susurro—, Ryan, —Mi mantra, mi dios del sexo, todo mi placer—. ¡Ryan!

Y un orgasmo poderoso e indomable me arrolla por dentro y hace que mi sangre se transforme en pura adrenalina húmeda y caliente mientras mi corazón late más deprisa que nunca. Sólo soy placer.

Ryan me embiste con fuerza, me estrecha aún más contra su cuerpo y se corre violentamente en mi interior.

Con la respiración jadeante, se separa de mí y me mira a los ojos desde una distancia tan corta que los suyos parecen demasiado bonitos para ser reales.

Sube su mano, la hunde en mi pelo y me besa con fuerza, sólo una vez.

—Vas a volverme loco —me dice con la respiración entrecortada.

—Lo mismo digo —respondo jadeante.

Ryan sale despacio de mí y todo mi cuerpo se estremece. Me baja de la mesa con cuidado y yo me visto rápidamente. Él me observa apoyado en la elegante mesa donde acaba de hacerme ver el cielo otra vez. Cuando termino de vestirme, me dedica su media sonrisa dura y atractiva y me señala la puerta con un leve gesto de cabeza. Yo le devuelvo la sonrisa y salgo.

Mientras me meto en la cama, sólo puedo pensar en que venga a dormir. Lo necesita.

El despertador suena impasible. Lo apago de un manotazo y suspiro con fuerza. Me mentalizo de que tengo que abrir los ojos y tardo por lo menos cinco minutos en hacerlo. Me duele la cabeza pero es un detalle que no pienso compartir o Ryan hará que me quede un día más descansando.

Al fin abro los ojos. Miro a mi alrededor y Ryan no está. Frunzo los labios. Espero que por lo menos durmiera algo.

Me levanto y en seguida la ventana llama mi atención. Está diluviando. Me acerco al cristal y contemplo la ciudad. Oficialmente podemos decirle adiós al verano.

Me recojo el pelo y salgo de la habitación. Ya desde la escalera puedo oír un murmullo de voces. Una es la de Ryan. La otra me resulta familiar pero no la reconozco.

Cuando al fin alcanzo el salón, compruebo que, en efecto, se trata de Ryan charlando con el doctor que me atendió en el hospital. ¿Cómo ha conseguido que venga hasta aquí?

—Hola, Maddie —me saluda tendiéndome la mano.

—Hola, doctor... —respondo intentando recordar su nombre, pero no lo consigo.

—Michael Duffy —me aclara—. No te preocupes. Es normal que no lo recuerdes.

Pasamos al estudio y el médico me indica que me siente en el sofá. Mira a Ryan esperando a que se marche, pero él, lejos de hacerlo, se apoya en su mesa. Con su postura llena de exigencia y su

perfecto traje azul marino de corte italiano, es la arrogancia personificada.

El doctor asiente con los labios convertidos en una fina línea y se sienta a mi lado.

—¿Te ha dolido la cabeza? —me pregunta mientras me apunta a los ojos con su linternita.

—Ayer sí, pero se me pasó con los calmantes.

Una mentira piadosa.

—¿Mareos? ¿Náuseas?

—No.

—¿Te molesta la luz?

—No.

Retira el apósito y sonrío satisfecho.

—La herida está cicatrizando muy bien. Si quieres, puedes cambiar el apósito por tiritas normales.

Sonrío. Mucho mejor. Con el apósito parece que acabo de abandonar un frente de la primera guerra mundial.

Tras un par de minutos, da el examen por finalizado y me cambia la medicación por una suave con la condición de que, si los mareos, la intolerancia a la luz o el dolor intenso volviesen, lo llamaría.

Desayuno contenta por poder volver al trabajo y subo a la habitación a darme una ducha mientras Ryan se encierra en su estudio con Finn. Está de lo más misterioso desde que anoche vino a verlo ese hombre.

Bajo el chorro de agua canto a pleno pulmón *Lovers on the sun*, de David Guetta y Sam Martin. El pequeño mando que me regaló Ryan es el avance musical más importante que he vivido desde que me compré mi primer *discman*.

Me pongo mi vestido blanco, que se difumina con el *tangerine* en la falda. Lo adorno con un delgado cinturón marrón y me pongo mis Converse, también blancas. Estoy a punto de salir cuando recuerdo cómo llueve fuera. Sólo tengo una cazadora aquí, así que no hay mucho que pensar. Al menos es vaquera. Me gusta el conjunto.

Cuando bajo, Ryan me está esperando sentado en el brazo del sofá. Al verme aparecer, se levanta y sale a mi encuentro.

—Necesito tiritas —le informo—. Olvide pedirselas al doctor Duffy.

—En el armarito del baño de invitados —me responde.

Camino hasta allí con el paso acelerado, no quiero llegar tarde, y abro el armarito. Al instante diviso la caja que me llevé al despacho para curar a Ryan cuando tuvo el accidente de coche, pero recuerdo que gasté con él la última tiritita que quedaba.

Resoplo y reviso cada balda hasta que encuentro una caja de tiritas infantiles de Hello Kitty. La cojo pero la dejo de nuevo en la balda. No voy a ponérmelas.

—Son las única que hay —oigo decir a Ryan a mi espalda.

Cuando me giro para mirarlo, tiene una incipiente sonrisa dibujada en los labios.

—Son de mi sobrina Olivia. La última vez que estuvo aquí se cayó y mandé a Finn a comprarlas.

—Ahora podrías mandar a Finn a comprar tiritas de adultos —me quejo.

—¿Has visto cómo llueve? —comenta burlón cogiendo la caja de donde yo la había dejado—. No quiero que se resfríe.

Lo miro mal y su sonrisa se ensancha. Abre la caja con sus hábiles dedos y saca una tirita.

—No pienso ponerme eso. Tengo veinticuatro años.

Ryan, ignorándome por completo, me aprisiona entre la pared y su cuerpo y me pone la tirita.

—Pues yo creo que te queda muy bien —me anuncia claramente riéndose de mí.

—Eres un capullo.

Sonríe y me besa.

—Y tú estás adorable —añade y, por supuesto, otra vez se ha reído de mí.

Dos veces en treinta segundos. Seguro que es algún tipo de plusmarca mundial.

Llegamos al Riley Group con algo de retraso. Debido a la lluvia, el tráfico estaba imposible.

Sigue riéndose de mi tirita con una mano apoyada en la pared cuando las puertas del ascensor se abren ante nosotros. Ryan, acariciándose el labio inferior con la yema del dedo corazón, alza la mirada. Sus ojos azules se han endurecido y parecen más instintivos. Es la mirada de perdonavidas de Ryan Riley, director ejecutivo, y no podría resultar más atractivo. Todos los ejecutivos se callan al instante y una chica de las inmobiliarias suelta una risilla nerviosa. No la culpo. Está imponente.

Saluda y todos lo saludan prácticamente al unísono. Entra en el ascensor y yo lo sigo, aunque me cuesta que las piernas me obedezcan. Ha sido un auténtico espectáculo.

Cuando el pitido del ascensor suena indicando que las puertas van a abrirse en la planta veinte, Ryan me acaricia discretamente el reverso de la mano con los dedos y, en cuanto el elevador se abre, sale con el paso acelerado seguido de varios ejecutivos.

Yo atravieso la redacción y voy hasta mi oficina. Apenas he dejado el bolso en el perchero cuando la puerta del despacho de Bentley se abre.

—¿Qué tal estás, Maddie? —me pregunta mi jefe.

—Muy bien.

Inmediatamente centra su atención en la tirita, aunque le agradezco que disimule la sonrisa.

—Me gusta tu tirita —comenta sin poder evitarlo.

—Tu amigo es un capullo —protesto malhumorada.

Es fundamental que encuentre una tirita de adulto ya.

—Ryan me ha advertido de que, por prescripción médica, sólo puedes trabajar media jornada y que tienes que tomártelo con calma.

¿Prescripción médica u orden del señor irascible?

—Ryan está exagerando —me quejo de nuevo—. Estoy deseando trabajar.

Bentley sonrío.

—¿Qué tal si empiezas por lo de siempre? Agenda, reuniones y correo, y después te pones con las cartas al director.

Asiento.

—Lo que ordenes, jefe.

Bentley me sonrío de nuevo.

—Me alegro de que estés bien —me dice antes de girar sobre sus pasos y regresar a su despacho.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Me siento en mi mesa y enciendo mi Mac. Mientras espero a que cargue la agenda, no puedo evitar pensar en lo que ocurrió. No he querido darle muchas vueltas porque básicamente no recuerdo gran cosa, pero resulta inquietante que un hombre me esperara en la puerta de mi apartamento.

Afortunadamente me paso la mañana trabajando y es justo lo que necesitaba para olvidarme un poco de mi padre, el padre de Ryan y todo lo demás.

A la una y media en punto suena el teléfono de mi mesa.

—¿Diga?

—Maddie, soy Tess.

Sonrío. Debí imaginarlo.

—El señor Riley quiere verla en su despacho.

—En seguida.

Cuelgo con la sonrisa más tonta del mundo en los labios y, aunque me negaría a admitirlo delante de cualquiera, siento una punzada de placer en mi vientre. Ryan Riley, CEO, es de lo más sexy.

Voy hasta su despacho, saludo a Tess y llamo a la enorme puerta doble de caoba esperando a que me dé paso. Cuando lo hace, abro, cierro tras de mí y camino hasta colocarme en el centro de su despacho.

—¿Querías verme? —pregunto entrelazando mis manos al final de mi espalda.

Ryan sonrío y se recuesta sobre su inmenso sillón. Alza la mano y seductoramente me hace un gesto para que me gire.

Me muerdo el labio inferior y lo hago, muy despacio. Mantengo nuestras miradas atadas todo lo que me es posible.

—Joder —masculla—, ¿cómo es posible que ya me la hayas puesto dura?

—Es la tirita —respondo impertinente, señalándomela con el dedo.

Ryan sonrío.

—Hicimos un trato —me recuerda—. Tienes que irte a casa.

—No quiero irme a casa.

Su sonrisa se ensancha.

—Imaginaba que dirías eso —responde con el gesto aún en sus labios—, pero no tienes elección. Verás, Hamilton te está esperando en la tienda de Valentino. Tu vestido de novia está allí.

Abro los ojos como platos. No me lo puedo creer. ¡Mi vestido de novia va a diseñarlo Valentino!

—Pero si es domingo —comento absolutamente atónita y muy muy emocionada.

Ryan sonrío de nuevo. Está claro que para él no es nada sorprendente que una tienda le abra en domingo. Se me olvidaba que hablo con el hombre que cerró La Perla de la 14 Oeste para echar un polvo.

Mi sonrisa es indisimulable. La de Ryan se ensancha al comprobar lo feliz que acaba de hacerme la idea. Finalmente se levanta, rodea su mesa y se apoya en ella.

—Finn te está esperando en el garaje. Te llevará a la tienda.

Resoplo. No me gusta esa idea.

—Ryan, quiero ir con las chicas dando un paseo. Por Dios, es pleno día. No va a pasarme nada.

Ryan frunce los labios y su expresión se endurece al instante.

—Maddie, no quiero discutir —sentencia.

—Ni yo, pero no quiero sentirme como si necesitara un guardaespaldas.

Ryan se cruza de brazos y su mirada cambia imperceptiblemente, sólo un instante, pero lo suficiente como para que me preocupe.

—Porque no lo necesito, ¿verdad? —inquiero tratando de controlar lo nerviosa que comienzo a sentirme.

Ryan no contesta. Oficialmente estoy nerviosa y preocupada.

—Ryan, ¿qué pasa?

Exhala todo el aire por la nariz pero no contesta.

—No soy idiota. Sé que pasa algo.

Sus ojos azules se clavan en los míos. Es más que obvio que no quiere contármelo. Yo suspiro con fuerza y me cruzo de brazos absolutamente indignada.

—No voy a obligarte a que me lo cuentes, pero me estoy cansando de esto, Ryan.

Vuelvo sobre mis pasos y me dirijo hacia la puerta.

—Ven aquí —me llama con su voz tan grave y masculina, esa que está conectada con mi cuerpo de una manera que ni siquiera entiendo.

Me giro y dejo que su mirada me atrape una vez más, a la vez que camino hacia él. Pretendo quedarme separada unos pasos prudentiales, pero Ryan me coge de la muñeca y tira de mí hasta que nuestros cuerpos se tocan. Y, a pesar de lo enfada que estoy, su delicioso olor me embriaga.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Julian Dimes?

—¿El dueño del *New York Star*? —pregunto para asegurarme.

Ryan asiente.

—Llevo dos días sospechando algo que ayer me confirmaron. El hombre que te atacó —su expresión se endurece aún más, como si el simple hecho de recordarlo lo torturara— era un fotógrafo enviado por Dimes.

Abro la boca sorprendida. Automáticamente recuerdo la cámara con el gran objetivo.

—Quería ofrecerte dinero a cambio de que tú le dieras información sobre mí. En teoría para publicarla en las revistas, pero en realidad lo que quería era usarla contra la empresa.

Estoy perpleja.

—¿Y qué pasa con Dimes? ¿No tendríamos que denunciarlo?

—Ya me he ocupado de Dimes —dice sin asomo de dudas.

Mi preocupación aumenta al instante.

—Ryan, ¿qué has hecho?

—Maddie, son negocios. Nada que te incumba. Sencillamente me he asegurado de que no vuelva a molestarnos.

Su mirada endurecida me dice que no siga preguntando y yo decido callarme. Hay muchas cosas que quiero saber todavía y, si le presiono con esto, no contestará a ninguna.

—Lo que no entiendo es, que si Dimes ya no volverá a molestarnos, ¿por qué esta obsesión con mi seguridad?

—Maddie —me reprende.

Está comenzando a cansarse de mis preguntas.

—Por favor —le suplico—, necesito saberlo.

—Porque me he dado cuenta de que estás en peligro.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí. ¿De qué peligro habla?

—Dimes quiso hacerme daño a mí y tú fuiste el centro de sus ataques. ¿No lo entiendes? Alguien podría intentarlo de nuevo y no voy a permitir que por mi culpa te rocen un solo dedo.

Sus ojos están llenos de furia, de dolor, pero, sobre todo, de culpabilidad, y eso me parte el corazón.

—Tú no has tenido la culpa de nada de lo que pasó.

Ryan sonrío indulgente.

—No voy a dejar que vuelvan a hacerte daño —susurra mirando cómo sus dedos acarician suavemente la tirita de Hello Kitty.

—Lo sé —respondo con total seguridad.

Ryan me da un dulce beso en los labios.

—Finn te llevará —me informa tozudo.

—Está bien —claudico.

Ryan sonríe y me besa de nuevo.

Me separo con la sonrisa aún en los labios y giro sobre mis talones.

Cuando pongo un pie fuera del despacho, me doy cuenta de lo desconcertante que ha sido todo lo que me ha dicho. No sé qué habr a hecho con Dimes, pero ya me explicó que se había hecho con el control de todos sus negocios, así que me imagino que ahora habr a dado el siguiente paso y le habr a dejado sin ninguno.

Resoplo. No voy a negar que me preocupa un poco, pero prefiero no darle vueltas y mucho menos hoy. Ya tengo suficiente con todo lo relacionado con la boda. Además, hoy voy a probarme mi vestido. Tiene que ser un día feliz y voy a esforzarme porque así sea.

Antes de salir del edificio, me quito la tirita de Hello Kitty y la reemplazo por una normal que he sacado del botiquín de la planta. No quiero ni imaginar la de bromas que me caer an de Lauren y  lex, e incluso alguna de James por mensaje, si me ven con ella en la frente.

Las chicas y yo lo pasamos de cine. Nos sirven *champagne*, aunque apenas bebo por los calmantes, y nos tratan como si fuéramos tres princesas en busca de sus zapatitos de cristal. Le doy a Vera las indicaciones de cómo quiero mi vestido y, cuando veo el modelo que elije para mí, estoy a punto de romper a llorar. Es perfecto.

Las damas de honor irán espectaculares. Lauren pide que le suban el dobladillo a su vestido unas tres veces.

También elijo el ramo, los ramos de las chicas, los centros de mesa y aproximadamente un millón más de detalles, incluida la lencería bajo el impresionante vestido, blanca, de encaje y de La Perla. No podría ser de otra forma.

Cuando terminamos, ya ha anochecido. Me alegro de que Finn nos lleve a casa. Estamos cargadas de bolsas y francamente cansadas después de la frenética tarde.

Llevamos a las chicas a sus respectivos pisos.  lex lo guardar a todo en su apartamento. No quiero llevar las cosas a casa por si a Ryan le da por curiosear.

Llevo en la habitación unos cinco minutos cuando Finn golpea suavemente la puerta.

—Maddie —me llama.

Dejo de beber de la botellita de San Pellegrino sin gas que había cogido de la nevera y lo miro con una sonrisa, esperando a que continúe.

—El señor Riley, Carson Riley —me aclara—, est  aquí.

La boca se me seca de pronto.

— Le has dicho que Ryan no está?

Finn asiente.

—Quiere hablar con usted.

 Qu e?

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero la cierro inmediatamente. «Tranquilízate, Parker. Soportaste un asalto con la señora Riley,  por qué no ibas a hacerlo con el señor Riley?»

Finalmente suspiro, cuadro los hombros y asiento.

—¿Dónde está? —le pregunto tratando de que mi voz suene firme.

—La espera en el salón.

—En seguida voy.

Finn se retira y a los segundos salgo de la habitación.

Al bajar el último de los peldaños de la escalera, pierdo la cuenta de cuántas veces he suspirado antes de llegar aquí.

Carson Riley me espera junto al sofá. Estoy tan nerviosa que tengo la sensación de que el inmenso salón no mide más de un par de metros cuadrados.

Al verme, sonrío, aunque no le llega a los ojos.

—Buenas noches, Maddie.

—Buenas noches, señor Riley. —Hago una mínima pausa—. ¿Quiere algo de beber?

No ha sido la voz más segura que habrá oído, pero por lo menos no he tartamudeado. Teniendo en cuenta lo acelerada e inquieta que me siento, para mí eso ya es una victoria.

—No, gracias. He venido porque sinceramente creo que debemos hablar.

Asiento. Hablar nunca le ha hecho daño a nadie.

«Espera a ver cómo termina esta conversación.»

Le señalo el sofá y ambos nos sentamos prudentemente separados.

—Maddie, lo primero que quiero que entiendas es que mi oposición a esta boda no es porque piense que tú no eres suficiente para Ryan.

Vaya, sin paños calientes. Directo al grano.

Carraspeo. «Échale valor, Parker.»

—Con todos mis respetos, creo que es exactamente eso, pero le demostraré que se equivoca.

—Maddie, Ryan tiene un carácter muy complicado y tiene demasiadas responsabilidades. Sé que ahora crees que no te supone un problema pasar tiempo sola o ver cómo él se lo dedica a la empresa en vez de a ti, pero esas cosas, toda la atención que debe dedicarle al trabajo, pesarán entre los dos.

Parece realmente preocupado.

—Ryan y yo ya hemos hablado de todo eso, señor Riley.

Carson Riley suspira con fuerza.

—Ryan necesita a una mujer que esté acostumbrada a este tipo de vida, a enfrentarse a la prensa, que sepa qué puede esperar y qué no. Maddie, tú no eres esa clase de chica.

—¿Y Meredith lo era?

Me arrepiento inmediatamente de haber hecho esta pregunta. Ha estado fuera de lugar.

—No, no lo era, Maddie.

Su respuesta me roba la reacción, pero más que sus palabras es la manera en la que me mira, como si supiera lo que Meredith me confesó en el almuerzo del Plaza.

Trago saliva. Sé lo que le quiero preguntar, pero necesito reunir el suficiente valor para hacerlo. Abro la boca para pronunciar mi primera palabra cuando un estruendo me sobresalta. Es la puerta principal cerrándose de un sonoro portazo. A los segundos, Ryan cruza el umbral del salón como una exhalación. Finn debe haberle avisado, porque ya está claramente en guardia.

—¿Qué haces aquí, papá? —pregunta con el gesto endurecido y su voz amenazadoramente suave.

—Sólo quería que habláramos un poco —me apresuro a mediar, levantándome y acercándome a Ryan.

Pero él ni siquiera me mira. Sus ojos azules casi metálicos están fijos en su padre.

—¿No te das cuenta? —dice Carson levantándose y avanzando unos pasos—. No te estoy protegiendo a ti, la estoy protegiendo a ella.

Sus palabras me hacen volverme. Era lo último que esperaba que dijera.

—Esto no va a salir bien —continúa—, y tú lo sabes, Ryan. Déjala ahora que todavía es una chica dulce.

—A ti te salió bien —le espeta.

—No, no es cierto. Ryan, eres mi hijo y sé que soy gran parte del problema. Di por hecho que acabarías casándote con alguien como Marisa Borow o Savannah Sandford.

¿Qué? ¿Savannah Sandford?

—Pero cometiste el mismo error que yo. Te enamoraste de quien no debías.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Ryan confuso.

—Tu madre lo ha pasado demasiado mal —sigue con amargura—. Veinte años comiendo sola, durmiendo sola, criándoos sola. Y, aunque ella nunca se quejó ni una sola vez —recalca con tristeza—, nadie puede vivir un matrimonio siendo la única persona que está en él, por mucho que le compense.

Al pronunciar esa frase, me mira directamente a mí y el corazón se me cae a los pies.

—Eso no nos pasará a nosotros —asegura Ryan lleno de seguridad.

—¿Por qué? ¿Por qué la quieres? —pregunta Carson con cierto toque de desdén.

—Porque es mi vida —sentencia sin asomo de dudas—, y nunca he sentido nada por nadie —dice haciendo hincapié— remotamente parecido a lo que siento por ella. Y eso será suficiente.

No hay un solo gramo de duda en su voz.

—Ryan, me duele decirte esto, pero no lo será —replica su padre.

De pronto la mirada de Carson vuelve a teñirse de todo ese dolor y Ryan lo identifica al instante.

—¿Qué estás insinuando? —pregunta Ryan confuso, dolido, a punto de estallar.

—De lo que pasó, yo soy el único responsable —se sincera Carson—. Hice a tu madre muy infeliz y pagué por ello.

Ryan lo mira como si no pudiera creérselo del todo y yo sinceramente no tengo ni la más remota

idea de qué hacer.

—¿Con quién? —inquire Ryan.

—Eso no tiene importancia ahora —replica su padre.

—¿Con quién? —vuelve a preguntar Ryan y su voz se recrudece.

—Con Miles Hannigan —responde en un golpe de voz.

Ryan lo mira como si su mayor héroe de la infancia se hubiese caído de un pedestal.

—Ryan —intento consolarlo.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta con los ojos centelleando de rabia.

Mi falta de sorpresa me delata.

—Lo sabías —murmura para sí—. ¿Desde cuándo?

No sé qué decir. No contesto.

—¿Desde cuándo? —pregunta casi alzando la voz, destilando un enfado monumental.

—Tu madre me lo contó cuando almorzamos en el Plaza.

No tiene sentido que mienta.

—No me lo puedo creer. —Sueno traicionado, herido—. Dejaste que salvara a ese gilipollas.

Ryan gira sobre sus pasos y coge las llaves del coche, que tiró con furia sobre la isla de la cocina al llegar.

—Ryan —lo llamo saliendo tras él, pero no me escucha.

Baja las escaleras deprisa y sale de casa cerrando con un portazo aún peor que cuando llegó.

Regreso al salón, miro a Carson y, la verdad, siento que tengo delante a mi peor enemigo.

—¿Por qué ha tenido que contárselo? —le pregunto.

Mi voz suena suave pero estoy furiosa.

—Porque los dos os merecéis saber cómo acabará.

Sin decir nada más, sale del salón con el mismo paso seguro con el que entró. Lo observo alejarse y quiero odiarlo por habérselo contado a su hijo, por la situación en la que nos ha puesto esta inesperada confesión, pero es obvio que no ha sido un plato de buen gusto para él. No puedo evitar pensar que ha sido capaz de sacrificar su orgullo y la visión que su hijo tiene de su madre y de él con tal de impedir esta boda. Realmente debe pensar que estamos cometiendo el mayor error de nuestras vidas.

Me quedo en el salón, sola, aunque francamente creo que, aunque estuviera rodeada de un millón de personas, me seguiría sintiendo exactamente así. Me siento fatal y muy culpable. Ryan piensa que lo he traicionado y en cierta manera no le culpo. Me paso los días gimoteando porque no me cuenta las cosas y, lo único que tenía que haberle contado yo, no lo he hecho.

Subo como una exhalación, cojo mi móvil y lo llamo, pero es inútil. No contesta.

Ya son casi las once. Han pasado más de dos horas y sigo sin poder contactar con él. Sólo sé que se marchó en su BMW. Finn ha comprobado que no está en el garaje. Llamo a Bentley, a Max y a Spencer, y les hago prometer a los tres que me avisarán si saben algo de él.

A las doce ya no aguanto más y le pido a Finn que me lleve al edificio del Riley Group. Quizá esté en su despacho. Cuando llegamos, todo está cerrado a cal y canto. Golpeo el cristal de la entrada principal hasta que Stuart, uno de los guardias de seguridad nocturnos, me explica que ya no queda nadie en el edificio.

En el camino de vuelta a casa vuelvo a llamar a Bentley y a los chicos, pero ninguno lo ha visto. Estoy muy preocupada. ¿Dónde demonios está?

Cuando el A8 baja la cuesta del garaje de Chelsea, respiro aliviada. El BMW de Ryan está aparcado de cualquier manera ocupando un par de plazas. Finn detiene el Audi junto a él.

—Encárgate del coche del señor Riley —le pido.

Él asiente y yo voy corriendo hasta las escaleras amarillas de acceso. Tomo el ascensor y subo acelerada al salón. Sólo espero que esté bien. Por un instante tengo el mismo horrible temor que cuando vine aquí después de que Bentley me dijera que había tenido un accidente con el coche.

Cruzo la puerta del salón, pero no hay rastro de Ryan. Oigo un ruido y a los segundos sale de su estudio. Ya no lleva la chaqueta, ni la corbata. Se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y se la ha remangado. Está empapado. El pelo húmedo desordenado y los bajos del pantalón mojados. Camina descalzo. Probablemente sus zapatos estén mojados y tirados en cualquier rincón de su estudio.

Se tambalea. Veo el vaso de bourbon en su mano y automáticamente dirijo mi mirada hacia la isla de la cocina. Hay una botella vacía tirada junto al fregadero y otra abierta, prácticamente ya por la mitad, sobre el mármol.

—Ryan —lo llamo preocupada—, ¿estás bien?

Mi voz le hace reparar en mi presencia. Se gira hacia mí y sonrío débilmente.

—Estoy jodidamente bien, perfecto —pronuncia con dificultad—. ¿Por qué tendría que estar mal?

—No lo sé. Quizá por lo que ha pasado hoy.

—¿Por que mi padre haya decidido contarme la patética mentira que ha sido su matrimonio? ¿O porque mi madre decidiera acostarse con el primero que se lo propuso?

Ryan se termina el bourbon de su vaso de un trago. Camino de la cocina tiene que agarrarse con una mano a la encimera para no perder el paso.

Se rellena el vaso y le da otro trago. Está muy borracho. No me gusta verlo así, pero no puedo negar que lo entiendo.

—No creo que las cosas fueran así —intento apaciguarlo.

Ryan sonrío sardónico.

—Se me olvidaba que mi madre y tú ahora sois íntimas y te lo cuenta todo. ¿Qué te dijo? ¿Cásate con un Riley pero ten cerca a un Hannigan para follártelo?

—Ryan...

—Cuéntamelo. Estoy deseando oírlo.

Su tono es irónico, casi cínico. Está muy resentido.

Yo le mantengo la mirada pero no digo nada. Obviamente no necesita que le dé más leña para ese fuego.

—¡Son mis padres! —grita increíblemente dolido—. Y si el imbécil de Miles Hannigan se tiró a mi madre, tendrías que habérmelo contado a mí, porque es mi vida.

—Lo siento —me disculpo—. Tu madre me pidió que no te lo contara y yo pensé que sólo serviría para hacerte daño.

Ryan apura el vaso y se sirve otro.

—No deberías seguir bebiendo.

—Toda mi vida te pertenece —continúa ignorando mis palabras—. ¿Es eso lo que quieres oír? Toda mi vida pertenece a Maddie Parker.

—Ryan, por favor.

Odio verlo así.

—Por favor, ¿qué? —Sus ojos azules se posan en los míos y puedo ver toda esa rabia, todo ese dolor, inundarlos por completo—. Joder, Maddie, te veo ahí de pie y por un momento casi me convences de que eres así de inocente.

—Yo no quiero convencerte de nada.

Puede que esté borracho, pero no tiene derecho a decir lo que quiera.

Ryan ahoga una sonrisa en un suspiro y sacude la cabeza.

—Ni siquiera el trabajo, Maddie. Joder, también me robaste eso.

—Yo nunca he interferido en tu trabajo.

—Compré Borow Media por ti —me interrumpe.

—Compraste Borow Media para vengarte —le interrumpo a él.

Sin quererlo, pronuncio esas palabras con más desdén del que realmente siento.

—Buena puntualización —me dice con una sonrisa que apenas dura un segundo en sus labios—.

Lo hice porque estaba destrozado. Te montaste en un taxi, te largaste y me dejaste tan hundido que me costaba trabajo respirar.

Sus palabras hacen que un nudo de culpabilidad y rabia se forme en mi garganta.

—¿Y qué hay de mí? Me echaste de tu vida sin pestañear.

—¡Yo no necesitaba a nadie! —grita—. Y desde que te conozco me he vuelto loco cada minuto de cada día intentando mantenerte a mi lado.

Involuntariamente una lágrima cae por mi mejilla. Me la seco con rabia y le mantengo la mirada. Ryan vuelve a sonreír fugaz.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi?

Sé que lo que diga va a hacerme daño, así que prefiero no escucharlo.

—No quiero saberlo —digo caminando hacia las escaleras.

—Parece tan desvalida que no sé si follármela o abrirla una cuenta de ahorro. ¡Qué curioso! Acabé haciendo las dos cosas —añade con sorna antes de dar otro trago.

Sus palabras me detienen en seco. No debería seguir oyéndolo. Ése no es Ryan. Está furioso, dolido, borracho.

—Podría haberte follado hasta que hubiese querido sin molestarme en decir una palabra, lo sabes tan bien como yo.

Eso ha sido demasiado.

—Estás borracho. No piensas lo que dices.

—Puede que esté borracho —deja el vaso sobre la encimera y coge directamente la botella—, pero no te haces una idea de cuánto me arrepiento de haber dejado que la pena que me dabas se interpusiera en todo lo demás.

Camina hasta colocarse tras de mí.

Yo me giro despacio. Estoy furiosa. Está diciendo cosas demasiado horribles y lo peor de todo es que yo sigo aquí como una idiota pensando cuánto hay de verdad en ellas.

—Tú sí que das pena —mascullo.

Ryan sonríe con desdén.

—Se me olvidaba lo digna que eres. Para mi gusto, demasiado, sobre todo para ser una cría

muerta de hambre a la que tuve que pagar las facturas y dar un trabajo para que no acabara en la calle.

Se acabó. He tenido suficiente. Paso junto a él y me encamino a la puerta. De reojo veo cómo Ryan camina hacia las escaleras.

—¿Te marchas? Me parece perfecto, pero llévate toda tu mierda.

—Por mi puedes quemarlo todo —le digo furiosa sin ni siquiera detenerme.

—¿Eso incluye la fotito de la pobre desgraciada?

Ryan pierde el paso al subir el siguiente escalón y está a punto de perder el equilibrio.

No entiendo a qué se refiere, pero entonces señala la fotografía de mi madre sobre la chimenea con la botella de bourbon medio vacía.

Yo lo miro con una mezcla de sentimientos que me aprieta el estómago y tira de él. Estoy furiosa pero también increíblemente dolida y no puedo evitar sentir desprecio por él. Con paso firme, voy hasta la chimenea y cojo la foto.

—Joder —se queja—, si hasta te llevé a Santa Helena y me quedé dos días en ese agujero por ti.

Sus palabras vuelven a frenarme. Nunca había sentido un odio tan profundo por él. Desando los pasos hasta que nuestras miradas vuelven a encontrarse. Quiero que vea que no soy el animalillo asustado que cree que soy.

—Si tan poco te gusta todo lo que tiene que ver conmigo, tendrías que haberme dejado seguir con mi vida. Nos habrías ahorrado mucha mierda a los dos.

Me giro de nuevo y comienzo a caminar. Sólo quiero salir de aquí.

—Estaba enamorado —dice justo antes de dar otro largo trago.

¿Habla en pasado? ¿Por qué? En realidad no debería importarme. No quiero que me importe. Resoplo con fuerza y me contengo para no contestar. No quiero seguir escuchándolo.

—Imagino que te vas con los Hannigan. Siempre te ha costado mucho menos aceptar su caridad que la mía.

Da otro trago y sonrío cínico y amargo como si cayera en la cuenta de algo.

—Los hermanitos Hannigan —continúa mordaz—, Sean y James, los dos patéticamente enamorados de ti. Joder, tienes dos para elegir con quién irte a la cama. Mi madre no tuvo esa suerte.

Ahogo una risa nerviosa en un suspiro y otra lágrima aventurera corre por mi mejilla. Me la seco igual de rápido que la anterior. No pienso llorar delante de él.

—Vete a la mierda, Ryan.

Es lo último que digo antes de salir del salón, bajar las escaleras tan rápido como soy capaz y cruzar la puerta principal.

Ya en la calle, respiro hondo y trato de tranquilizarme. Lo intento una y otra vez, pero no lo consigo. Estoy demasiado furiosa, demasiado dolida. Ha dicho cosas verdaderamente horribles, cosas que probablemente piense y yo, por primera vez desde que todo esto comenzó, realmente me siento tan desvalida como todo el mundo se empeña en creer que soy.

Suspiro hondo una última vez.

«Arriba, Parker. Tú no eres una persona que se rinda.»

Cuadro los hombros y camino hasta la acera en busca de un taxi. Necesito alejarme de la órbita de Ryan y pensar.

Sonrío. Así es exactamente cómo me sentía cuando volví de los Hamptons. Quizá debería haberme quedado a vivir allí. Todo habría sido más fácil.

Estoy furiosa y lo cierto es que no sé dónde ir. Mi primer impulso ha sido darle al taxista la dirección de mi apartamento pero en ese mismo instante la voz de mi conciencia, que tanto disfruta haciéndome ver el chiste continuo que es mi vida, me ha recordado que no es mi apartamento sino el suyo y hoy menos que nunca puedo obviar ese hecho.

Después he pensado en ir a casa de Alex y James pero los dos me harían un montón de preguntas que la verdad no me apetece nada responder. Ahora mismo solo quiero meterme en mi cama, taparme hasta las orejas y, siguiendo con las buenas costumbres, no salir en dos días.

Frunzo los labios y pienso cuánto dinero llevo en la cartera. No más de veinte dólares. Con eso no pago una habitación en ningún sitio medianamente decente. Ni siquiera en una de esas pensiones del norte del Bronx.

El taxista me mira por el espejo retrovisor esperando a que le diga dónde ir. Tampoco creo que tenga prisa. El taxímetro está corriendo. Suspiro con fuerza. Al 734 de la 16 Este. Es la dirección de Lauren. Con un poco de suerte estará en casa de Bentley. Si no, siempre puedo ofrecerle que bebamos en vez de hablar. No creo que me costara mucho convencerla.

Después de llamar con insistencia a su timbre casi cinco minutos la llamo al móvil.

—¿Diga? —responde adormilada.

—Lauren, soy Maddie. Estoy en la puerta de tu apartamento y quería saber si podía dormir aquí esta noche —digo sin darle más vueltas.

Ella calla un segundo como si intentara asimilar la información que le acabo de dar.

—Espera, espera —dice al fin—. ¿Qué haces ahí? Son casi las dos de la madrugada. ¿Ha pasado algo? —pregunta alarmada recapacitando sobre sus propias palabras.

—No, bueno sí —rectifico— pero no me apetece hablar. Solo quiero dormir.

Comienza a dolerme mucho la cabeza.

—Has discutido con Ryan, ¿verdad?

Y por primera vez no hay rastro de burla en su voz. No es como todas esas otras veces donde inmediatamente después pone los ojos en blanco o se queja de que solo sabemos follarse y discutir. Tan obvio resulta lo mal que me siento ahora mismo.

—Ya sabes dónde está la llave de repuesto. Dame quince minutos y nos vemos allí.

—No, Lauren —me apresuro a interrumpirla—. Quiero estar sola. ¿Te importa?

Mi amiga calla un momento.

—No, claro que no —responde algo confusa—. ¿Seguro que estás bien? —pregunta tras unos segundos.

No la culpo y no es mi intención preocuparla pero lo único que necesito es dormir un poco y relajarme aunque solo sea un minuto, olvidarme por un momento de la vorágine en la que se ha convertido en mi vida en las últimas semanas.

—Estoy bien —trato de tranquilizarla—. Sólo necesito descansar.

—Como quieras —se rinde aunque sé que no se ha quedado muy conforme—. Hay galletas en el mueble de la cocina y alcohol en el congelador.

—Vaya. Veo que estás preparada para todo.

—Qué remedio —contesta resignada—. Soy una chica moderna y mi vida sentimental es de lo más truculenta.

Sonríó pero no me llega a los ojos.

—Sí me necesitas, llámame —añade sin asomo de duda.

—Está bien.

Cuelgo y suspiro. El dolor de cabeza se ha vuelto casi insoportable. Espero que Lauren, además de alcohol y galletas, tenga analgésicos. He olvidado mis calmantes en casa de Ryan.

Por suerte la llave está donde siempre, bajo el único macetero del rellano, y no tardo en encontrarla. Al abrir la puerta y contemplar el silencioso salón vuelvo a suspirar hondo. No quiero pararme a pensar en todo lo que ha pasado pero evitarlo también es complicado. Entiendo que estaba muy borracho pero aún así no tenía derecho a decir todas esas cosas horribles. Además, ¿no dicen que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad? Suspiro con fuerza, más bien resoplo. Si eso es así, piensa que soy una muerta de hambre a la que prácticamente ha sacado de la indigencia solo porque le di pena. Sacudo la cabeza y dejo las llaves sobre la isla de la cocina. Me niego a seguir martirizándome con esto.

Rebusco en el botiquín de Lauren y gracias a Dios, tras la caja de vitaminas donde esconde sus cigarrillos de emergencia encuentro un bote de ibuprofenos. Me tomo un par y rezo para que hagan efecto lo más pronto posible.

Ya en la cama de Lauren clavo la mirada en el techo y comienzo a pensar. Pienso en todo lo que ha pasado hoy, en lo que me ha contado sobre Dimes, en que crea que necesito un guardaespaldas, en Carson, en la pelea, en mi vestido de *Valentino*, en la boda. Suspiro por enésima vez. Ahora mismo si alguien me preguntara si la boda sigue en pie, ni siquiera sé que le contestaría. Quiero a Ryan más que a mi vida y jamás, ni por un solo instante, me plantearía estar sin él, pero no puedo evitar pensar que quizá todos tienen razón y todo esto es una locura. Ryan y yo solo sabemos discutir.

Cuando me duermo, son casi las seis de la mañana y el sol ya comienza a intuirse a través de la ventana.

Me despierta un sonido continuo y estridente. Intento abrir los ojos y me giro con la intención de levantarme pero automáticamente me llevo las manos a la cabeza y hago una mueca de dolor. Me duele muchísimo. El sonido cesa pero en seguida se reactiva. Es mi móvil.

Lo cojo de la mesita y aún tumbada miro la pantalla. Es Ryan. Probablemente está preocupado porque no he dormido en casa pero no quiero que sepa dónde estoy. Soy plenamente consciente de que no es la actitud más madura pero salir corriendo y emborracharse tampoco lo fue. Rechazo la llamada. Sé que más tarde o más temprano tendré que verlo pero aún no estoy lista para enfrentarme

a él.

En la pantalla del teléfono puedo ver que es la quinta vez que me llama. La primera fue a la siete, poco después de que me durmiera. También tengo varios mensajes. En todos me pregunta dónde estoy.

Dejo el *iPhone* sobre la mesita y voy con bastante dificultad hasta el baño. Todo me da vueltas y me cuesta mantenerme en pie. Me tomo otros dos analgésicos. La cabeza me va a estallar. Me siento como si me estuvieran atravesando el cráneo con una barra de acero fundido. Ahora entiendo como tuvo que sentirse el malo de la segunda parte de *Terminator*.

Mi móvil vuelve a sonar. Imagino que será Ryan y decidí ignorarlo. Me merezco una ducha. quizá me relaje y me ayude a sentirme mejor.

Media hora debajo del chorro de agua caliente después la cosa no ha mejorado pero por lo menos ahora todo huele a cerezas gracias al gel de Lauren y es un olor tan empalagoso que me coloca un poco.

Al volver a mirar el móvil, encuentro otras siete llamadas perdidas de Ryan y un nuevo mensaje.

Maddie, ¿dónde estás? Solo dime dónde estás

Suena desesperado y yo empiezo a sentirme un poco culpable. No me gusta preocuparlo pero es que estoy demasiado enfadada y no me siento con ánimos de enfrentarme a una conversación que será civilizada los quince primeros segundos y después se convertirá en una nueva discusión.

Además una parte de mí no puede dejar de pensar que se merece sufrir un poco. *La muerta de hambre* tiene otros recursos para conseguir un techo, señor Riley. Automáticamente me pongo los ojos en blanco.

Esa frase tampoco te deja a ti en muy buen lugar, Parker.

Le robo a Lauren unas bragas limpias, hay confianza, y me pongo la misma ropa que llevaba ayer. El móvil vuelve a sonar sobre la mesita y yo vuelvo a ignorarlo estoicamente. No sé por qué no lo silencio o lo apago directamente. Debe ser que tengo un punto masoquista autodestructivo que poco a poco está saliendo a la luz.

Mi teléfono suena una vez más pero lo hace la canción de *Papa don't preach* de Madonna y sé que una de las chicas. Lo cojo y miro la pantalla. Es Lauren.

—Hola —respondo poco animada.

—Hola, chica. ¿Qué tal estás?

—Mejor.

Miento pero me ahorro explicaciones.

—Ryan ha estado aquí —me comenta tratando de que su voz suena neutra para ocultar un rastro de preocupación.

Trago saliva.

—¿Dónde es aquí? —pregunto intentando fingir que no me afecta.

—En tu apartamento. Ha estado a punto de tirar la puerta de abajo. Después ha ido a casa de los Hannigan. Casi llega a las manos con James.

—¿Qué?

Ya no soy capaz de disimular lo preocupada que estoy.

—Maddie, ¿qué demonios ha pasado? —pregunta ignorando mi último comentario—. Ryan está como loco. No paraba de llamarte por teléfono pero tampoco decía porque no sabía dónde estabas.

Suspiro brusca.

—Maddie, ¿qué pasa? —inquieta de nuevo.

—¿Le has dicho dónde estoy?

—No, claro que no —contesta sin asomo de dudas—, pero no es idiota. Se imagina que estás allí.

Sopeso mis opciones. Pienso en marcharme, pero por muy cabreada que esté no puedo huir de él indefinidamente, se supone que vamos a casarnos mañana. Además tiene un jet podría encontrarme en cualquier rincón del mundo.

—Estaré allí en quince minutos —comenta Lauren sacándome de mis pensamientos.

Asiento.

—Sí —añado cuando me doy cuenta de que no puede verme.

Cuelgo y suspiro de nuevo. Tengo que tranquilizarme y pensar porque estoy tan enfadada que ni si quiera sé lo que voy a decirle.

Prácticamente en ese mismo instante llaman a la puerta. Ni siquiera sé cómo pero instintivamente sé quién es. Me acerco con el paso titubeante.

Parker, ahora toca ser fuerte.

No voy a consentir que todo acabe como siempre. No puedo dejar que me bese y logre que me olvide todo. Tenemos que hablar. Tiene que hablar.

A penas estoy a un metro de la puerta. Voy a abrir pero dudo. Sin quererlo recuerdo todo lo que dijo y la incómoda pregunta de si de verdad piensa todas esas cosas vuelve a instalarse en mi mente. Todo se ha complicado demasiado.

—Maddie —le escucho llamarme al otro lado de la puerta—. Maddie, por favor, ábreme.

Suena más que cansado, agotado y eso me conmueve. Despacio recorro los pocos pasos que me quedan hasta la puerta y finalmente abro.

Una vez más el universo no ha querido concederme una tregua y Ryan está más guapo que nunca. Se ha duchado, afeitado y lleva un pantalón de traje negro y una camisa blanca con las mangas remangadas y los primeros botones desabrochados. No sé de qué me sorprende, cada vez que nos peleamos está impresionante. Sin embargo hoy lo está más que nunca. Me parece muy injusto.

—Hola —susurra.

Parece aliviado.

No respondo. Soy consciente de que es una actitud de lo más infantil pero no quiero hablar con él.

Ryan vuelve a suspirar brusco.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Yo asiento. Comienzo a andar hacia el interior del apartamento y a los segundos siento que Ryan lo hace tras de mí. Escucho la puerta cerrarse. El corazón me late muy deprisa. No esperaba que se presentara aquí.

Cometo el error de mirarle pero rápidamente aparto mis ojos de él. Con Ryan siempre he tenido claro las cosas que no debía hacer: no debía estar cerca de él, no debía acostarme con él, no debía enamorarme de él. Incluso sabía que no debía abrir esa puerta. Ahora sé que no debería escucharlo, ni siquiera mirarlo. Y aún así no entiendo por qué cada vez que discutimos mi cuerpo lo echa de menos de esta manera tan temeraria, como si en el fondo supiera que esta relación está avocada al fracaso y cada vez que nos peleamos podría ser la definitiva. La idea me entristece. Yo le quiero. Le quiero con toda mi alma.

Noto las lágrimas quemarme en los ojos. Suspiro con fuerza. Tengo que salir de aquí.

Pero al pasar junto a él, Ryan me toma de la muñeca y me retiene junto a él.

—No te vayas —me pide.

Ni siquiera quiero volverme.

Da un paso hacia mí y siento su delicioso olor a gel de afeitado y lavanda fresca. Me lo está poniendo muy difícil.

—Maddie —susurra con su voz salvaje y masculina.

Me obliga a girarme despacio y toma mi cara entre sus manos.

—Lo siento —dice mirándome directamente a los ojos—. Lo siento —susurra.

E inmediatamente recuerdo las palabras de la señora Aldrin y lo que éstas significan para él. Suspiro con fuerza. Aún así no puedo quedarme, no puedo perdonarle sin más.

—Ryan, no —musito haciendo un pobre intento por zafarme.

—No quiero que te vayas.

Su voz. ¿Por qué no puedo escapar de ella por mucho que me lo proponga?

—Me has hecho mucho daño —susurro conteniendo las lágrimas.

—Lo sé —responde sin asomo de duda y sus ojos azules se llenan de arrepentimiento.

—¿Por qué tuviste que decir todas esas cosas?

—Estaba borracho y dolido.

Suspiro hondo. Todo esto me está superando.

—¿Te arrepientes de que forme parte de tu vida? —pregunto en un hilo de voz.

La respuesta me aterra. Podría partirme en pedazos.

—No, claro que no. Eres lo mejor que me ha pasado. Ni siquiera te merezco.

El alivio inunda cada centímetro de mi cuerpo.

—Ryan —susurro y ya no puedo contener más las lágrimas.

Me las enjuga con el pulgar. Se inclina suavemente y me besa con dulzura acallando mis gemidos más tristes.

—Siento lo de la foto —susurra contra mis labios—. Lo siento todo —se apresura a aclarar— pero sobre todo, lo de la foto.

Sin dejar de llorar reacciono, alzo la cabeza y Ryan, interpretándolo como el sí entregado que es, me besa con más fuerza.

Pero por mucho que me duela. No puedo dejar que todo acabe así otra vez. No hemos arreglado nada.

Con el corazón partiéndoseme en pedazos niego con la cabeza y me separo alejándome unos pasos. Ryan suspira brusco y deja caer sus manos junto a los costados.

—Márchate —le pido con la voz entrecortada por las lágrimas pero tratando de que suene segura.

—No —responde sin dudar.

—Ryan, por favor. Los dos sabemos que no te costaría más de cinco minutos convencerme de que te perdone y tenerme debajo de ti otra vez por eso quiero que te vayas. Quiero que te vayas y me dejes seguir enfadada, por favor.

Todos los sentimientos que brillan en la mirada de Ryan se intensifican y por un momento sus ojos parecen más azules que nunca.

—Me lo debes —sentencio.

Y los dos sabemos que tengo razón.

Suspira con fuerza y se pasa las dos manos por el pelo a la vez que se gira despacio. Se mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca mi bote de calmantes y lo deja sobre la barra de la cocina. Ese pequeño gesto me desarma y estoy a punto de correr tras él, pero milagrosamente me mantengo fuerte.

Ryan sale con el paso decidido sin mirar atrás. El andar de los Riley, y en su caso, mezclado con pura sensualidad y masculinidad. Sin ni siquiera saber cómo consigo aguantar el llanto hasta que la puerta se cierra tras él.

Me siento en el sillón. Llora y por mucho que me esfuerzo en intentar que sea algo tímido, lo justo para poder tomar aire, cuadrar los hombros y recuperarme, no puedo evitarlo y acabo llorando a moco tendido como una auténtica magdalena. Llora por todo lo que pasó ayer, llora por todo lo que ha ocurrido estas últimas semanas, incluso creo que llora un poco de todo lo que no me permití llorar en los Hamptons. Llora como llora en la ducha de Ryan solo que él no va llegar dispuesto a sentarse a mi lado y abrazarme mientras el agua empapa su traje a medida.

Entre sollozos oigo la puerta abrirse y apenas unos segundos siento unos brazos rodearme y calmarme.

—Si lloras porque se ha acabado el alcohol, conozco un restaurante chino que sirve a domicilio y creo que también tienen galletas —comenta Lauren.

Sonrío en mitad de las lágrimas y ella me abraza con más fuerza.

—Deberían inventar galletas que sepan a alcohol —comenta dejando totalmente claro que no es la primera vez que lo piensa.

Yo me aparto y la mira de reojo mientras sin mucha delicadeza me sorbo los mocos.

—O alcohol que sepa a galletas.

Ella me mira como si hubiese tenido la mejor idea de su vida.

—Vodka *Absolut Oreo*. Nos forraríamos —dice muy convencida.

Yo no puedo más y rompo a reír.

Lauren también lo hace se levanta, va hasta el mueble, saca las galletas y regresa al salón.

—Gracias por venir —le digo cogiendo una galleta del paquete que me tiende.

—Los hombres, chica. Si son tan guapos que podrían protagonizar su propio anuncio de colonia, te traerán problemas.

Tiende su galleta esperando a que brinde con ella.

—Ni que lo digas —respondo haciéndolo.

—En tu caso la situación es más grave porque Ryan podría protagonizar un anuncio de colonia y otro de condones.

Una sonrisa débil se dibuja en mis labios.

—Eres muy sabia —comento socarrona.

—Lo sé —responde suspirando —así que hazme caso y coge otra galleta. La necesitarás.

En ese preciso instante mi móvil suena de nuevo. No voy a negar que estoy a punto de tirarlo por la ventana. No quiero hablar con nadie. Cuando veo la pantalla, suspiro con fuerza. Es Vera Hamilton. No quiero hablar con ella. Es la organizadora de una boda que ni siquiera sé si va celebrarse. Suspiro de nuevo. Lauren, ante mi desesperación, se inclina y mira la pantalla.

—Es la organizadora —comenta realzando lo obvio—. ¿No vas a cogerlo?

—¿Y qué le digo? Señora Hamilton siento haber tardado tanto en contestar. Por cierto, a lo mejor no hay boda, pero no se preocupe seguimos en contacto por *WhatsApp*.

Lauren disimula una sonrisa y se encoge de hombros.

—Sólo hay una persona con la que tienes que decidir eso.

Resoplo y me dejo caer de nuevo en el sillón. Tiene razón, pero no sé si ya estoy preparada para un nuevo asalto con Ryan.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta.

—Mejor no —respondo a la vez que me levanto.

Camino hasta la cocina, cojo el bote de calmantes y dejo dos sobre la palma de mi mano. Involuntariamente me fijo en mi anillo de compromiso. No tengo ni la más remota idea de que hacer. No he tenido más dudas en toda mi vida.

Me tomo las pastillas de un golpe y me obligo a sonreír.

—Buena suerte con tu anuncio de colonia —me grita Lauren justo antes de que cierre la puerta.

Yo me obligo a sonreír de nuevo. La voy a necesitar.

Llego a Chelsea en taxi, como me fui anoche. Llamo a la puerta y Finn no tarda más de unos minutos en abrir.

—Maddie —me saluda y parece algo sorprendido.

Yo asiento y entro con el paso titubeante. Sí, Finn, yo también me sorprendo de estar ya aquí.

Subo las preciosas escaleras y suspiro cuando me veo de nuevo en mitad del perfecto salón de Ryan. En ese momento él sale de su estudio poniéndose la chaqueta. Por un segundo me limito a mirarle. Es increíblemente guapo. Cuando me ve, su expresión cambia por completo y da unos últimos pasos por inercia hasta detenerse por completo en mitad de la estancia.

—Maddie —susurra.

Me mira con sus ojos infinitamente azules y por un momento parece aliviado, vulnerable y todo eso me desarma porque a veces lo siento tan inalcanzable que dudo que pueda sentir esa clase de cosas y mucho menos por mí.

Resoplo y me obligo a apartar la mirada de él. Concéntrate, Parker.

—Ryan, tenemos que hablar.

He perdido la cuenta de cuantas veces he pronunciado esa misma frase en este mismo salón sin obtener respuesta ninguna de ellas.

—Maddie, tengo que irme —me responde reactivándose, terminado de colocarse bien al chaqueta—. Es urgente.

Cabeceo. ¿En serio? No me puedo creer que también esta vez vaya a comportarse así.

Ryan me observa durante unos segundos y finalmente camina decidido hacia mí. Toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza, solo una vez. Deja su frente apoyada en la mía y nuestros alientos desesperados se entremezclan.

—Sé que me comporté como un gilipollas y sé que sigues enfadada. Tienes todo el derecho a estarlo pero voy a compensarte. Te lo prometo.

La punta de sus dedos acaricia suavemente mi mejilla y la piel de mi cuello. Deja que sus ojos azules terminen de convencerme y sin decir nada más se marcha.

Yo me quedo en mitad de su salón, contemplando como se marcha, echa un auténtico lio una vez más. Me llevo las palmas de las manos a los ojos. ¿Qué voy a hacer? No hemos hablado ni siquiera me ha dicho donde va.

Miro a mi alrededor y decidió salir a la terraza. Acercó la silla a la gran baranda de acero. Apoyo la palma de la mano sobre ella y la barbilla en la mano. Nueva York está precioso, huele a lluvia y todo parece que se mueve más despacio, como si las personas, los coches, los edificios se hubieran despertado de un sueño muy agradable y relajado y se sintieran somnolientos y perezosos.

Quiero a Ryan no he tenido nada tan claro en toda mi vida. quizá solo tendría que dejarme llevar, olvidarme de todo. Mañana a estas horas ya estaremos casados y nada más importara. Debí aceptar su proposición de irnos a Las Vegas cuando tuve oportunidad, probablemente nada de esto hubiera pasado.

Me fijo en cada edificio. Me encanta esta ciudad. Como brilla, el aire que desprende, su color. Ya la siento parte de mí. No creo que pudiera renunciar a ella. Supongo que hay cosas que no se eligen simplemente cierras los ojos y saltas al vacío pero, ¿qué hago con todas las dudas que me aprietan en la boca del estómago? Su padre, el mío, la prensa, las peleas. Suspiro hondo. Otra vez me duele la cabeza. No quiero pensar. No voy a pensar. Simplemente me voy a quedar en esta terraza con la ciudad de Nueva York. Sé que ella tampoco va a preguntarme.

El día sigue su curso y antes de que me dé cuenta estoy montada en el Audi A8. Finn me lleva al Village para celebrar mi despedida de soltera. He decidido no pensar y lo mantengo. Si voy a saltar al vacío. Las dudas desaparecerán solas o al menos eso creo.

Mientras subo las escaleras hasta mi apartamento. Me obligo a sonreír. Cuando mire a tras no quiero recordar mi despedida de soltera como un momento triste. Me merezco poder dejar todo al margen aunque solo sea una noche. Después de las semanas que he pasado me lo he ganado a pulso.

Abro la puerta de mi piso y sonrío de oreja a oreja cuando en ese mismo instante, comienza a sonar a todo volumen *Wasted* de Tiësto desde la habitación.

—¡Esto es una maldita fiesta! —grita Lauren—. Puede que no haya alcohol, pero reinterpretando al gran homosexual Rupert Everett, ¡por Dios seguro que habrá música!

Lauren aúlla con el maravilloso cambio de ritmo y yo no puedo evitar echarme a reír. ¿Qué haría sin ella?

Álex y James no tardan en llegar. Llenamos el suelo de mi habitación de colchones y nos pasamos toda la noche jugando al póquer en pijama y bebiendo cócteles sin alcohol. Por exigencia de James, no llamamos a la reunión fiesta de pijamas, ya que, según él, sin conejitas de *Playboy* de por medio ni peleas de almohadas en ropa interior, a los hombres no se les permite estar en una fiesta así. Como respuesta, Lauren le da con una almohada en la cara y después se tira del tirante del sujetador para que lo vea.

—Ahí tienes tu pelea de almohadas en ropa interior —le dice, y todos nos echamos a reír.

Lo paso francamente bien y me sirve para distraerme y dejar de pensar en todo lo que no debo pensar. Se supone que mañana es el día más feliz de mi vida.

Nos levantamos bastante temprano ya que Finn pasará a recogernos a las siete de la mañana para llevarnos a *Glen Cove*. En realidad cuando Alex se levanta de un salto dando palmaditas yo ya llevo más de una hora despierta pero prefiero callármelo. Así me ahorro dar explicaciones.

Después de ducharnos y desayunar las exquisitas tortitas con bacón de James, recogemos todo lo necesario y bajamos.

Cuando el elegante A8 atraviesa las no menos elegantes puertas de la mansión de los Riley, me siento más nerviosa de lo que he estado en toda mi vida.

Lauren y Álex están pletóricas y yo, en el fondo, también. Es sólo que siento un nudo tan fuerte en el estómago que me lo está poniendo complicado.

Vera Hamilton, la organizadora de la boda, sale a recibirnos a la entrada de la mansión junto a Meredith Riley. Me preocupa que la madre de Ryan sepa que él conoce todo lo de Miles Hannigan y piense que fui yo quien se lo contó.

—Cielo —me saluda saliendo a mi encuentro.

Me abraza con una sonrisa en los labios y al instante comprendo que no está enfadada conmigo por ningún motivo.

Meredith nos conduce hasta un precioso salón en la planta baja. Las chicas y yo no podemos más que suspirar asombradas cuando abre la puerta frente a nosotras. Es grandísimo, con los muebles y la decoración en blanco y suaves tonos dorados. La luz, que entra por un inmenso ventanal desde el que pueden contemplarse los preciosos jardines, lo inunda todo.

Hay una pequeña mesa con una fuente de plata reluciente de varios pisos llena de *macaroons* y *minicupcakes* de todos los sabores imaginables y una cubitera también de plata donde se está enfriando una botella de Dom Pérignon Rosé. Las copas que hay junta ella son de un cristal tan fino que parecen casi invisibles.

En el centro de la habitación hay un inmenso y, por el aspecto, comodísimo sofá blanco y junto a la ventana un fantástico tocador y un espejo de pie con el marco lacado también en blanco.

Sin embargo, sin duda alguna, lo que más llama la atención es mi vestido de novia. Es espectacular. El vestido más bonito que he visto en mi vida. Está montado en un maniquí *vintage* y lo flanquean los dos vestidos de las damas de honor, también absolutamente impresionantes.

No he terminado de creerme todo lo que ven mis ojos cuando una criada de los Riley llama suavemente a la puerta abierta. La señora Riley le hace un gesto para que pase y la chica se acerca diligente a ella. Discretamente le dice algo al oído, Meredith asiente con una sonrisa y la criada se retira.

—Maddie —me llama la señora Riley—, te buscan en la entrada.

Frunzo el ceño confusa. ¿Quién me busca? La señora Riley sonrío y me hace un gesto para que la siga. Yo lo hago con el paso titubeante seguida de Lauren y Álex.

Cruzamos el lujoso vestíbulo y bajamos las escaleras al tiempo que un elegante Mercedes se detiene frente a nosotras haciendo sonar la gravilla suavemente bajo sus ruedas. Lo miro expectante y las chicas me miran a mí y después al coche.

La puerta del piloto se abre y un hombre vestido con un impecable traje negro se baja y solícito rodea el coche para abrir la puerta de atrás. No puedo creerme a quién veo salir. Es mi padre. ¡Mi padre!

Salgo corriendo, con la sonrisa más grande del mundo en los labios, y me lanzo en sus brazos.

—Papá.

Le veo sonreír.

—Pequeñaja.

—Has venido —afirmo con los ojos vidriosos separándome de él.

—Digamos que alguien ha sido muy convincente —responde escueto.

Yo sonrío feliz y mi gesto se contagia en sus labios.

—¿Significa que lo apruebas? —pregunto con cautela.

Mi padre suspira. Las sonrisas han desaparecido de las expresiones de los dos.

—No, Maddie —responde al fin—, pero te quiero y para ti es importante que esté a tu lado.

Asiento y sonrío fugaz. Sigue sin aprobarlo pero está aquí y soy plenamente consciente del esfuerzo y la concesión que eso le supone.

Después de que salude a Sam, a su esposa y a Evelyn, todos menos esta última se marchan con Meredith, quien se ofrece a acompañarlos a las habitaciones para que descansen del viaje y se preparen para la ceremonia.

Evelyn viene con nosotras hasta el salón. Que ella esté aquí también es muy importante para mí.

—¿Cómo has conseguido convencerlo? —pregunto atónita y muy agradecida mientras caminamos por el gran pasillo hacia el salón.

—No fui yo —responde con una sonrisa.

—¿Sam? —inquiero de nuevo.

Evelyn niega divertida con la cabeza. Yo la miro confusa. ¿Quién, si no?

—Fue Ryan —me aclara al fin.

¿Qué?

—¿Qué?

No doy crédito. Las chicas y yo nos miramos más que perplejas.

—Ayer por la noche se presentó en casa —me explica—. Tu padre salió y, antes siquiera de poner un pie en el porche, Ryan le dijo que tenía que venir, que estaba cometiendo un error y que te estaba haciendo muy infeliz y eso no iba a permitírselo.

La miro sin poder creer una palabra. Se presentó en casa de mis padres. ¡En Carolina del Sur!

—Tu padre se enfadó muchísimo y le dijo que se largase, y que, si ponía un pie en su propiedad, le dispararía.

Lauren suspira sorprendida.

—¿Christopher? —pregunta Álex atónita—. Es el hombre más pacífico que conozco.

—Estaba muy furioso —lo defiende Evelyn—. Ryan se quedó al otro lado de la calle apoyado en su coche durante más de dos horas. No iba a marcharse de allí. Sam vino como cada noche al cerrar el restaurante. Cuando vio lo que pasaba, le dijo a tu padre que eran un testarudo y que no sabía de qué se quejaba si tú eras exactamente igual de tozuda que él. Se gritaron, se dijeron de todo y al fin tu padre accedió a salir.

—Sam es genial —comenta Lauren.

Todas asentimos con una sonrisa.

—Ryan le dijo que sabía que no estaba de acuerdo con que te casaras con él, pero que, si no venía a la boda, se arrepentiría porque él iba a luchar para que este matrimonio fuera para siempre.

Abro la boca dispuesta a decir algo pero no puedo, sencillamente no puedo creerme que Ryan hiciera algo así.

—¿Y qué le respondió Christopher? —pregunta Álex absolutamente entregada a la historia justo antes de entrar al salón.

La sonrisa de Evelyn se apaga.

—Que sentía ser él quien tuviera que decírselo, pero que este matrimonio no duraría, que Ryan acabaría haciéndote daño y que al final tendría que pegarle ese maldito tiro.

Las últimas palabras nos hacen sonreír suavemente a las cuatro, aunque son sonrisas de puro trámite. El mensaje de mi padre no ha cambiado.

—Pero accedió a venir —sentencia Evelyn recuperando el buen humor y yo también lo hago. Que esté aquí es lo que importante— y eso es lo que importa —coincide conmigo—. Además, me he montado en un jet privado —añade feliz con el fin de hacerme sonreír.

Las cuatro lo hacemos de verdad.

Evelyn echa un vistazo a su alrededor y su sonrisa se ensancha entusiasmada y sorprendida a partes iguales.

—Dios santo, Maddie. Esto es fantástico.

Asiento. La verdad es que parece un sueño.

Vera regresa al salón y todo se pone en marcha. Me alegra haber decidido no tomarme los calmantes, ya que así puedo disfrutar de una copa de delicioso *champagne*. Sally Hershberger y su equipo llegan puntuales y comienzan a peinarnos y maquillarnos. Hacen un absoluto milagro y consiguen cubrir la herida de mi frente.

Después de discutirlo y hacer varias pruebas, deciden dejarme el pelo suelto, marcando de una manera preciosa mis ondas castañas y cubriéndolas después con un extraordinario velo de *tulle* seda.

El maravilloso vestido me queda perfecto. Nunca pensé que pudieran realizarse tantos ajustes y cambios en tan poco tiempo y con una sola prueba.

Las chicas también están fabulosas. Álex deja mi ramo sobre el tocador y se acerca a Lauren, que la llama para que recojan los suyos. Lo observo con una sonrisa. Es un sencillo ramo de rosas rojas con los tallos verdes sujetos con una preciosa cinta también verde. Justo lo que quería.

Al final todo está saliendo genial, lo que me hace más complicado entender por qué me siento así. Quiero a Ryan, es el amor de mi vida, pero algo dentro de mí no para de repetirme que esto es una auténtica locura. Todas las dudas que ayer pronuncié en voz alta se han instalado en mi estómago y lo aprietan. Quizá esto sea un error. Quizá tendríamos que seguir como estábamos antes, sin nadie diciéndonos cómo o no saldrá, sin la prensa opinando de los dos.

Si todo esto es una locura, el momento de pararlo es ahora.

—Maddie, ¿estás lista? —me pregunta Lauren.

Yo la miro y la verdad es que no sé qué contestar.

Epílogo

Vera Hamilton está dando vueltas por la habitación controlando que todo esté bien y yo sólo puedo pensar en que tendría que haber metido a Maddie en un avión y alejarla de todo, de la prensa, de mi padre, del suyo. Casarnos en Las Vegas o en alguna isla perdida del Pacífico.

Miro a mi alrededor y resoplo. Joder, aún falta más de una hora.

Cuando ayer la escuché decir que no sabía si esta boda era buena idea, pensé que iba a volverme loco. Y esa parte de mí que no para de gritarme que debería dejarla marchar se rió en mi cara y me hizo ver lo egoísta y malnacido que estoy siendo. Joder, ha sufrido muchísimo, los artículos de prensa, mi padre, el suyo, el *The New Yorker*, el imbécil de Dimes. Cualquiera se habría asustado y se habría largado, pero ella me sonrío y me dijo que no era culpa mía. Claro que es culpa mía. Debí haber evitado todo eso. Dimes ya me las ha pagado. Le he dejado sin nada. Me he quedado hasta su último negocio, dólar o propiedad. Quiero que todos los demás gilipollas capten el mensaje: rozarle un solo dedo a ella equivale a perderlo todo.

Aún puedo recordar cómo me sentí cuando la vi tirada en el suelo de su apartamento. Nunca había estado tan asustado.

Resoplo con fuerza. Odio esa sensación. La corriente eléctrica recorriéndome la columna vertebral. La rabia que inunda mis pulmones. Si llega a pasarle algo más grave, ahora Dimes estaría muerto en vez de arruinado.

Al menos conseguí arreglar lo de su padre. Tuve que ir a Carolina del Sur. Me amenazó con un arma y me tuvo dos horas frente a su maldita puerta. No le culpo. Yo no dejaría que un tipo como yo se acercara a mi hija a menos de diez kilómetros. Sonrío con malicia. El problema para él es que no pienso permitir que nadie aparte a Maddie de mí.

—Ven aquí, capullo. —Es la voz de Spencer.

Está pletórico.

—No puedo entender la maldita suerte que tiene —continúa fingidamente indignado, hablando con Bentley mientras me obliga a girarme y me pone una rosa roja a punto de abrirse en la solapa—. El muy cabronazo —dice en clara referencia a mí— la ha convencido para que se case con él.

Bentley sonrío y yo también lo hago, aunque me empeño en disimular la sonrisa fingiendo mi peor mirada con mis ojos clavados en los suyos, que están centrados en sus manos.

—El universo debe quererlo —comenta Bentley a modo de explicación.

—El universo debe adorarlo —replica rápidamente mi hermano—. Seguro que lo dirigen un montón de mujeres en lencería y todas suspiran por ti; si no, no se entiende que te haya enviado una chica como ésa —continúa colocándose bien la flor—. Eres mi hermano y te quiero. Te mereces ser feliz —me dice alzando al fin la mirada.

Bentley alza su copa y los dos sonrían. Yo lo hago por inercia. Observo a esta pandilla de gilipollas e inexplicablemente me siento más sereno. Spencer, Bentley y Max son las tres personas en las que sé que puedo confiar pase lo que pase. En ellos y en Maddie. Ya cometí el error de dudar de

ella una vez y casi la pierdo. Sonríó sincero. Me lo puso muy complicado para volver, pero jamás me hubiese rendido. Es mía.

Joder, soy un maldito hijo de puta. Ella duda con razón y debería dejarla marchar, pero no puedo, sencillamente no puedo. Por eso no entiendo cómo pude ser tan gilipollas. Pero cuando mi padre decidió contarnos sus miserias, yo sólo podía pensar en destruir a Miles Hannigan. Hasta llamé a Lawson para ordenarle que rompiera todas las negociaciones con el arbitraje internacional y con Marisa. Pensaba ver cómo se arruinaba y disfrutar con ello. Pero no lo hice por Maddie, y eso me enfado aún más, me hizo odiarla.

Antes de conocerla no me habría temblado el pulso, pero en ese momento sólo podía imaginarme esos enormes ojos verdes mirándome tristes y decepcionados. Joder, odio cuando me mira así. Me remueve por dentro.

Y así fue exactamente cómo lo hizo cuando, borracho, le dije todas esas barbaridades. Suspiro hondo. ¿Cómo pude ser tan capullo? Estaba muy cabreado, furioso con todos y sobre todo con ella por haberme dejado salvar a Hannigan, por impedirme hundirlo sin ni siquiera saberlo, por montarme el estudio de arquitectos y hacerme comprender que estaba renunciando a mi sueño, por hacer que casi la maten, por conseguir que no sepa vivir sin ella. Y aun así, cuando fui a buscarla, me perdonó. Spencer está absolutamente equivocado. No me la merezco, y además él no sabe dónde fui cuando salí como una exhalación de mi casa tras escuchar las mierdas de mi padre.

Me paso la mano por el pelo. Joder, Riley, fuiste un auténtico gilipollas. Acabé allí sin ni siquiera darme cuenta. Necesitaba sentir que seguía teniendo el control, que mi maldita vida seguía siendo mía. El mayor error que he cometido, el puto mayor error que he cometido. Si ella se entera, nunca me lo perdonará.

He arriesgado lo único que me importa.

Por eso estoy tan impaciente. Por eso en lo único en lo que puedo pensar es en meterla en un avión y alejarla de todo, de la prensa, de mi padre, del suyo y del estúpido error que cometí. Pienso protegerla de cualquier cosa que pueda hacerle daño, incluso de mí.

Todas las canciones de amor que siempre sonarán en la radio

—Maddie, ¿estás lista? —repite Lauren.

—No lo sé —musito.

Lauren y Álex me miran con los ojos como platos. Yo me siento sobre el delicado taburete del tocador y me llevo las manos a la cara. «¡El maquillaje!», me recuerdo en un grito mental y automáticamente las separo.

Afortunadamente, Vera Hamilton ha acompañado a los estilistas a la salida y Evelyn ha subido a ver a papá. Estamos solas. Para asegurarse de que siga siendo así, Álex va como una exhalación hacia la puerta y echa el pestillo.

—Explícanos ahora mismo qué quieres decir con eso de que no lo sabes —me apremia Lauren—. Vas a casarte en menos de una hora.

—Ya lo sé —respondo alzando la voz.

Estoy nerviosísima.

—Me alegra que por lo menos sepas algo —replica del mismo modo.

Yo la miro realmente mal y me levanto de un salto. Comienzo a dar breves e inconexos paseos y finalmente me dejo caer en el inmenso sofá blanco. De inmediato, Álex se sienta a mi lado y Lauren lo hace en el brazo del tresillo. No lleva ni un segundo sentada cuando se levanta de un brinco y camina decidida hasta una pequeña y elegante cómoda.

—Lo primero es lo primero —comenta con total seguridad.

Abre el primer cajón, saca su bolso y del bolso, una petaca. Se acerca a nosotras desenroscando el pequeño tapón y me la tiende. Álex y yo la miramos como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—No me juzguéis —se queja retirando su ofrecimiento—. Soy una mujer de mundo y la petaca está llena de Martini Royale; eso es un cóctel, no es alcohol, lo que me convierte automáticamente en una mujer con mucha clase.

Sin poder evitarlo, las tres rompemos a reír. Una risa catártica y liberadora que consigue que parte de la presión que siento en mis pulmones se evapore.

Lauren le da un trago a su petaca y me la pasa. Parecemos tres vaqueros de una vieja película del Oeste. Sólo nos falta una fogata y andar llevando ganado de un lugar a otro.

—Deberías distraerte —me dice Álex—. Desconectar de todo esto, aunque sólo sea un segundo. Puede que simplemente estés un poco superada.

La miro confusa. ¿Cómo se supone que voy a desconectar de mi propia boda a una hora de casarme?

—¿Cómo lo hago? —inquiero exasperada.

—No lo sé. Distráete —me apremia.

—¿Con qué? —pregunto aún más nerviosa.

Ésta es la conversación más ridícula que he mantenido en mi vida.

—Bentley y yo lo hemos dejado —suelta Lauren en un golpe de voz.

Las dos nos giramos a la vez y la miramos con los ojos más atónitos que este salón probablemente ha presenciado.

—¿Qué? —inquiero patidifusa—. ¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado?

No sé a qué quiero que me responda primero.

—Ayer. Mutuo acuerdo y estoy bien, gracias.

—De esa frase la única palabra que es verdad es *ayer* —comenta Álex robándome la petaca de las manos.

Lauren le hace un mohín y Álex se lo devuelve.

—¿Por qué no nos lo has contado? —pregunto todavía muy muy sorprendida.

—Porque no quería arruinar tu boda...

Se interrumpe a sí misma y reflexiona sobre sus propias palabras un instante.

—En fin, que estaba buscando el momento adecuado —continúa deslizándose desde el brazo del tresillo al sofá, obligándonos a Álex y a mí a movernos.

Suspiro sin poder dejar de mirarla. No puedo creer que hayan roto.

—Me dais demasiado trabajo —se queja Álex a la vez que da un trago.

—Yo no te doy trabajo —protesta Lauren recuperando su cóctel para llevárselo a la boca.

—Yo tampoco —comento indignadísima.

—Por favor... «odio a Ryan, Ryan me gusta, quiero a Ryan, odio a Ryan otra vez, pero siempre me tiro a Ryan» —me responde dejándose caer sobre el respaldo del sofá.

La miro aún más indignada pero inexplicablemente al borde de la risa. Lauren intenta disimular una sonrisilla, pero Álex se gira hacia ella y vuelve a quitarle la petaca.

—Y tú eres la peor. «Quiero a James, odio a James, quiero a Bentley, odio a Bentley, quiero a Bentley pero le sigo haciendo ojitos a James.»

—¿Por qué no hablamos de a quién le hace ahora ojitos James? —pregunta Lauren claramente con la intención de escurrir el bulto de su vida sentimental.

Yo la asesino con la mirada. Manifiestamente no es el momento.

—¿Te refieres a la «no sé si quiero ser la señora Riley»?

Lauren asiente.

—¿Lo sabías? —inquiero absolutamente perpleja.

—Claro que lo sabía —pronuncia con rotundidad—. Todos lo sabíamos. Creo que la penúltima persona en darse cuenta fue James y la última, tú.

Las dos sonrían de lo más impertinentes y yo frunzo los labios. Se están riendo a mi costa. Hoy no me lo merezco.

—La última en enterarse fue Lauren —comento socarrona robándole la petaca.

Ahora soy yo la que se ríe con Álex y Lauren la que asesina con la mirada.

—Pues no sé de qué te ríes —continúa Lauren, índice en alto—. Tu hermano es algo así como un gigoló del amor en nuestra pequeña pandilla.

Álex cesa sus carcajadas por completo, se gira hacia Lauren y la golpea en el brazo. Ella se queja con un «ay» y le hace un mohín. Yo las miro sin poder dejar de sonreír y al instante ambas hacen lo mismo.

Las tres nos quedamos unos segundos en silencio.

—Si James fuera un gigoló, ¿cuánto creéis que cobraría? —pregunta Lauren absolutamente en serio.

—Más de lo que te puedes permitir —sentencio dándole un trago a su petaca.

Ella me hace un mohín y Álex aprovecha para robarme la petaca, aunque inmediatamente Lauren se la quita de las manos.

Suspiro hondo de nuevo. No sé qué haría sin las chicas. Ahora mismo me siento más relajada y, a pesar de todo, he podido desconectar. Sin embargo, aunque es lo último que quiero, todas mis dudas siguen estando ahí, clavadas en el fondo de mi estómago.

—No sé qué hacer —confieso—. Creo que todo esto se nos está yendo de las manos. Nadie ve bien que nos casemos.

—Eso no es verdad —me interrumpe Álex—. Hay mucha gente que ve bien que os caséis.

—¿Tú ves bien que nos casemos? —me apresuro a interrumpirla exigente, mirándola directamente a los ojos.

Por primera vez en nuestra relación, la que parece el mentalista soy yo.

Álex abre la boca muy convencida dispuesta a decir algo pero, tras unos segundos, la cierra y resopla.

—Lauren —se queja finalmente.

Yo suspiro con fuerza.

—¿Lo veis? Mi padre ha venido prácticamente obligado, y sigue pensando que va a ser un desastre. El suyo está dispuesto literalmente a todo con tal de impedir esta ceremonia.

Quiero parar, pero las palabras atraviesan descontroladas mi garganta antes de que pueda contenerlas.

—Pero lo peor no es eso —continúo—. Ryan y yo no hemos dejado de discutir. A veces creo que no sabemos estar juntos.

Me siento como una auténtica perra desagradecida por estar diciendo esto en voz alta, pero no puedo evitar sentirme así. Estoy aterrada.

—Eso es una estupidez —me espeta Álex—. Puede que tenga mis dudas sobre esta boda —se sincera—, pero tenéis que estar juntos, sólo sois felices si estáis juntos.

—Jamás me alejaría de Ryan —sentencio, porque es la verdad—, pero no sé si puedo casarme con él.

Y eso también es la pura verdad.

En ese momento llaman con insistencia a la puerta. Las tres decidimos hacer oídos sordos. Sea quien sea, tendrá que volver más tarde. Esta crisis es nivel rojo intenso. Vuelven a golpear la puerta. Lauren se levanta, petaca en mano, dispuesta a echar a quien quiera que esté siendo tan inoportuno, pero se frena en seco exactamente en el mismo momento en que yo dejo de respirar.

—Maddie, soy Ryan.

Sobre la autora

Cristina Prada tiene 30 años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual ha devorado todos los libros que caen en sus manos. En la trilogía «Todas las canciones de amor» decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura, la literatura romántica y la música.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
www.facebook.com/todaslascancionesdeamor

@everysongwhich

Todas las canciones de amor que aún suenan en la radio

Cristina Prada

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Cristina Prada, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13611-8

Conversión a libro electrónico: Átona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

Table of Contents

Agradecimientos

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

Epílogo

Todas las canciones de amor que siempre sonarán en la radio

1

Sobre la autora